
3 1761 03990 9783


LIBRERIA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRINCIPE, 16 - MADRID






DOÑA SANCHA DE NAVARRA.

DOÑA SANCHA DE NAVARRA,

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.



EDITOR
MIGUEL PRATS.

CALLE DE CARRETAS, NÚM, 45. SEGUNDO.
MADRID 1865.

ESTA APROBADA POR LA CENSURA.

Imp. de C. Gonzalez, S. Vicente alta, 52.

LIBRO PRIMERO.

El azor y el caballo.

CAPITULO PRIMERO.

En que se trata de amores y venganzas, y se presentan misterios que se explicarán más adelante.

Acababan de tocar á la queda las campanas de la iglesia mayor de la ciudad de Leon, una oscura y fria noche del mes de Abril del año de gracia de 998, cuando por una de las puertas de la ciudad (la historia calla el nombre de la tal puerta) entró un hombre rebozado en un manto, no sin cuidarse de burlar la vigilancia de la guardia, que, como en tiempo de paz, estaba descuidada, hasta el punto de que pudiese entrar en la ciudad, sin ser notado, quien tuviese interés y necesidad de ello.

El cuidado que el encubierto habia demostrado para pasar de una manera furtiva, era una señal clara de que tenia mucho por que temer un reconocimiento de los bravos soldados del señor rey de Asturias y de Leon don Sancho I, el Gordo.

En cuanto aquel hombre hubo pasado de la guarda, apresuró el paso, se metió por entre un intrincado laberinto de callejas, y al fin paró en una de ellas bajo un soportal lóbrego, junto á una pequeña puerta, á la que llamó tres veces con otros tantos fuertes golpes.

A poco se vió luz por una rejilla de la puerta, y apareció en ella el rostro monstruoso de un negro etíope, que dijo con acento amenazador, enseñando al recien llegado dos hileras de dientes blancos como el marfil:

—¿Qué quieres? ¿qué buscas?

—Dá estas letras á tu señor, dijo el recien llegado, metiendo por la rejilla un pergamino.

—¿Sabes tú el nombre de mi señor?

—Sí: tu señor se llama Jonias.

El negro tomó el pergamino, desapareció con él, y el interior quedó de nuevo oscuro.

Pasó algun tiempo. Al cabo se oyeron tardos pasos, y apareció de nuevo el negro con la luz, pero acompañado de un personage alto, seco, viejo, vestido con una hopalanda talar, y á todas luces segun las apariencias judio.

Aquel hombre se acercó á la rejilla.

—¿De dónde vienes? dijo.

—De Córdoba, respondió el forastero.

—¿Quién te envia?

—El califa Abd-el-Rajman.

Pareció extremecerse el judío al escuchar á aquel hombre.

—¿Y á quién vienes buscando? añadió.

—A una esclava del califa.

Jonias sacó entonces de debajo de su hopalanda tres enormes llaves, y abrió otros tantos candados, despues de lo cual franqueó la puerta.

—Sígueme, dijo el judío despues de haber cerrado; y tomando la linterna de manos del negro, subieron unas estrechas escaleras, atravesaron un largo corredor, y al fin de él el judío abrió una puerta.

—Ahí está la mujer que buscas, dijo; cumple, pues, las órdenes del poderoso califa, mi señor.

El recien llegado entró, y el judío se retiró cerrando la puerta.

Era una habitacion pobremente amueblada, guarnecida hasta la tercera parte de la altura de sus paredes de un revestimiento de madera ensamblada: en un lado habia una especie de divan ó sofá, en el que estaba reclinada una mujer, iluminada vigorosamente por la luz de las rajas de encina que ardian en una chimenea situada en frente del divan.

Aquella mujer era muy hermosa, y parecia muy jóven, apenas llegaba á veinte años: el color de su tez y el corte de sus vestidos tenian mucho de extraño en España, donde se conservaban los tipos del norte y las severas y magestuosas vestiduras de los godos, á pesar de que habian pasado más de dos siglos despues de la invasion árabe. Aque-

lla mujer era de mediana estatura, esbelta, de ademan arrogante y formas magníficamente modeladas: su tez era densamente morena, pero con ese moreno encendido que caracteriza la raza egipcia, que vemos hoy representada por los gitanos, pero de una manera degradada.

Aquella mujer era una verdadera maravilla: podia decirse que su hermosura resplandecia: sus cabellos negros con reflejos azulados como las plumas del cuervo cortados á la altura de los hombros, caían en anchos y pesados rizos, sujetos en la frente por una especie de cinta de metal dorado, y dejaban descubierto un semblante en que parecia que la naturaleza se habia esforzado por apurar lo simétrico y lo bello de las formas: su frente, pura y cándida, irradiaba un pensamiento recóndito de amores, que se exhalaba con un fulgor sin igual de sus grandes y negrísimos ojos, coronados por dos cejas de azabache dulcemente arqueadas, y sombreados por largas y convexas pestañas: su nariz, un tanto aguileña, se dilataba ó se comprimia segun pasaban por su alma gratos ó sombríos pensamientos, y sus entreabiertos y suspirantes labios, tras los cuales se veía una blanquísima dentadura, tenian ese puro y húmedo color rojo de una granada entreabierta. Su trage, más de lo que debia libre, compuesto de un justillo muy descotado sin mangas y de una falda muy corta, dejaba ver su cuello dulcemente musculoso, sus redondos hombros, el nacimiento de su seno, sus brazos, de inmejorables formas, y por la parte inferior una pierna robusta desnuda y bellísima, y un pié pequeño como el de una niña. Tenia en los brazos y en las piernas ajorcas doradas, una cadena de

plata rodeada al cuello y de la que pendia un amuleto, y unas arracadas ó pendientes de cobre. Un manto azul, con capuz, orlado con una franja blanca y largo hasta los pies, parecia destinado á cubrir la media desnudez en que la constituía lo exigüo de su trage, que á todas luces era pobre, é indudablemente de verano. Esto significaba que la jóven no poseia otra riqueza que sú hermosura, y que habia recatado de tal manera sus favores, que se veia reducida á aquellas insuficientes ropas y á aquel raido manto de franela.

Sin embargo, al contrario de otras mujeres á quienes las ropas hacen parecer bellas, la belleza de aquella mujer hacia parecer elegantes á sus ropas.

El hombre que habia entrado en su aposento, contaba como treinta años: era de aventajada estatura, blanco, rubio, de formas duras, mirada sesgada y boca de expresion desdeñosa. Contribuía á darle cierto aspecto siniestro, una desaforada cicatriz que surcaba su rostro, partiéndole una ceja y la nariz desde la parte superior izquierda de la frente, hasta la parte inferior de la mejilla derecha. Aquella era una horrible costura de carne que habia alterado la forma y la colocacion de su ojo izquierdo, y sesgado y descompuesto horriblemente su boca.

A pesar de esto, por la forma del ojo derecho, por su bello color zarco, por lo terso y blanco de su tez en la parte libre de la cicatriz, y por la colocacion de su sedosa y rizada barba color de oro, se comprendia que aquel hombre, antes de haber recibido aquella herida, debió ser hermosísimo.

Su trage era una extraña mezcla de noble y de villano; consistia en un capacete mohoso, una coraza no más limpia, un sayo de ante, unas calzas de lana azules de tosco tejido, y unos ferrados zapatos de piel de toro; un manto rojo y deslustrado cubria todo esto, se apoyaba en una media pica, con regaton ferrado que tanto podia servir de baston en una marcha, como de arma ofensiva, y al cinto una fuerte espada corta y ancha y un puñal buido.

Al verle la mujer lanzó un grito de sorpresa.

—¡Ah! ¡eres tú! exclamó: ¡tú, el conde don Vela Sanchez!

—Sí, yo soy don Vela, el conde castellano, como tú eres Ayelah, la hermosa hija del sol... por cierto que en otros tiempos no hubiera pensado en que nos viéramos en esta situacion, yo perseguido, tú esclava...

—En otros tiempos, es verdad, dijo indolentemente Ayelah, en los hermosos tiempos en que era niña todavía, en que mi madre me adormia sobre sus rodillas á la márgen de las corrientes bajo la sombra de los árboles, entre los cuales levantaba sus tiendas de cuero y sus barracas de mimbres nuestra tribu. Ya entonces los hombres palidecian por mí de amor, y las mujeres de envidia... Aquellos tiempos han pasado. El fuego devoró las tiendas, la sangre tiñó las corrientes... todo, todo ha pasado: solo me queda mi venganza, como el sol que traspone entre ráfagas rojas.

—Tienes razon, Ayelah, todo ha desaparecido y solo debemos pensar en vengarnos... hablemos, pues, de nuestra venganza. ¿Cuánto tiempo hace que has llegado á Leon?

—Un mes.

—¿Y qué has logrado?

—Tener esperanza.

—¡Cómo!

—Sí, el conde Fernan-Gonzalez está en Leon. Además, cuando entrábamos en la frontera cristiana, encontramos en el camino algunos caballeros de esos que se llaman cruzados y que van á rescatar el Santo Sepulcro. Yo tuve ocasion de escribir en un pergamino algunos carácteres y el nombre de una persona á quien debia entregarse aquel pergamino en Alejandría. Uno de aquellos caballeros me prometió con juramento entregar el pergamino á quien iba dirigido.

—¿Y quién era esa persona?

—Un mercader egipcio.

—¿Y para quién era este pergamino?

—Para mi hermano Wamdihavé.

—¿Quién sabe dónde estará tu hermano?

—Nunca falta un emisario que lleve un aviso, una palabra, una seña cualquiera de tribu en tribu. Nada tendrá de extraño que Wamdihavé esté ahora mismo aquí ó cerca de aquí en mi busca. Espero, pues, y en el tiempo que hace que estoy aquí, he adelantado más de lo que pudiera desear. Cuento con la proteccion de la reina viuda doña Teresa Garcés.

—¿Y cómo has podido verla?

—Disfrazada de juglar.

—¡Cómo! ¿tú juglar?

—Sí; ¿y para qué si no habia yo de haberme cortado

aquella rica cabellera que tanto te enamoraba?

—Pero si te has fingido juglar, ¿á qué esos vestidos de mujer?

—Es que aquí soy dos no siendo más que una.

—No te comprendo, Ayelah.

—Durante el dia, recorro como juglar la ciudad, guardada siempre por un horrible esclavo que nos ha acompañado desde Córdoba; en cuanto cierra la noche, soy la hechicera del rey don Sancho de Asturias y de Leon. Como juglar entro á ver á la reina doña Teresa en la abadía de San Salvador de Leon, donde como dueña recatada, vive en compañía de la infanta doña Elvira, su hija, abadesa del monasterio, y de su hermana doña Sancha de Navarra.

—¿Y para qué ese fingimiento?

—Nosotros somos demasiado débiles para enemigos del conde de Castilla, y es necesario buscar el arrimo de enemigos más poderosos. Recuerda que el conde Fernan-Gonzalez mató de solo á solo en la batalla de Yolanda al rey de Navarra don Sancho Garcés Abarca, padre de doña Teresa.

—Me hallé siendo muy jóven en aquella memorable batalla en que cayó tambien bajo la lanza de Fernan-Gonzalez el conde de Tolosa, aliado de Sancho Abarca.

—Pues admira mi destreza: tanto he repetido á la reina la muerte de su padre, tan elocuente he estado, tanto he hecho mentir á las estrellas, que al fin he decidido á la reina doña Teresa á que haga traicion al conde, ahora que ha venido á las córtes de Leon como feudatario del rey don Sancho.

—¿Y podrá la reina?...

—Jonias la espera.

—Harto miserable es ese pícaro cuando te permite usar esos pobres vestidos.

—¡Oh! ¡oh! Jonias me cubriría de oro si yo quisiera.

—¡Cómo! ¿Tambien te ama!

—¿Puede un hombre acaso resistír á la miradas de mis ojos!

Y como para apoyarse en una prueba, Ayelah lanzó al conde una mirada tal, que este se extremeció.

—Eres un demonio tentador, dijo.

—Por lo mismo Jonias se venga de mi desden, siendo conmigo avaro y miserable; pero le tengo á mi merced, y el dia que le necesite me serviré de él.

—¿Y dices que ese hombre espera á la reina doña Teresa?

—Sí: la ha ofrecido levantarla figura y decirla su horóscopo... ya ha venido muchas noches, y nunca Jonias ha encontrado propicios los astros: era porque esperábamos al enviado de Abd-el-Rajman.

—¿Y para qué?...

—Desde la llegada del conde, entra todas las noches en la abadía por el cementerio un hombre.

—¿Y qué hombre es ese?

—La infanta doña Sancha está en la edad del amor.

—¡Ah!

—Es hermosa, muy hermosa... su hermana la reina doña Teresa la destinaba al claustro; pero al ver que Fernan Gonzalez se turbaba ante la mirada de ángel de la in-

fanta, se ha acordado, escitada por mí, de la muerte de su padre... el conde entra solo en el monasterio. Solo faltaba un hombre... pensábamos en el que enviase Abd-el-Rajman, y por fortuna el enviado has sido tú.

—¿Y dices que Fernan-Gonzalez ama á doña Sancha?

—Sí; ¿no es verdad, don Vela, que será muy hermoso para tí ocultarte en un bosquecillo de laureles, escuchar las dulces palabras de dos enamorados, y cuando más felices se crean, caer sobre el amante, tenderle muerto á tus piés, y manchar de sangre la blanca túnica de su amada?

—Yo nunca mancharé mi nombre con un asesinato.

—Bien, pero, traidor á Fernan-Gonzalez, no podrias presentarte en Burgos á cobrar tu venganza, porque serías preso... ni aun el medio de un reto te queda, porque el conde no responderia al reto de un vasallo á quien ha sentenciado: no te queda más esperanza que encontrar una ocasion propicia... ninguna mejor que esta: Abd-el-Rajman ansía deshacerse por cualquier medio de un enemigo á quien no puede vencer en batalla, y que contínuamente baña en sangre árabe sus fronteras, y conocedor de nuestro ódio se vale de nosotros. Pues bien, don Vela, sirvámosle... Matemos al conde...

—El conde es demasiado bravo... y la lucha es dudosa.

—¡Tienes miedo! exclamó con desprecio Ayelah.

—¿Miedo yo?... sí, tengo miedo de caer sin vengarme.

—Te juro que si caes, yo te vengaré.

—¿Tú?...

—¡Yo!

—¿Y cómo?

—Con mi hermosura.

Un volcan de celos estalló en el alma de don Vela.

—No, no he venido desde las fronteras de Córdoba, exclamó con arranque, para encontrarte á tí, á la única mujer que he amado, para verla en los brazos de mi enemigo, por más que tu amor haya de matarle. No. Una vez que dices que solo se esperaba á un hombre para herir al conde... héme aquí. ¿Qué hay que hacer?

—¿Estás resuelto?

—Sí.

—¿Herirás?

—Sin vacilar.

—Sígueme.

Aldeborak asió de la mano á don Vela y desapareció por una puerta inmediata con él; apenas habian salido, cuando se abrió la pared en un lugar en que parecia no haber ninguna puerta, y apareció un hombre. Aquel hombre llevaba del brazo una mujer, cubierta enteramente con un manto.

—¿Habeis oido, señora? la dijo.

—Todo, contestó la mujer temblando.

—¿Y os negareis?

—Me he negado á venir hasta aqui á pesar de comprometer mi honra? ¡Si nos hubiesen encontrado los guardas de la ciudad!...

—Pues sin duda no hemos sabido lo bastante: ¿teneis aun valor?

—Sí, sí, todo por él.

—Pues bien, seguidme y apresuraos: esa mujer no

puede tardar en volver, y es necesario que no nos encuentre aquí.

El encubierto tomó una mano de la tapada, que por cierto era pequeña y blanquísima, y la llevó á otra puerta; atravesaron algunos aposentos oscuros, llegaron á unas escaleras, las bajaron, y se encontraron en un patio.

El hombre llegó á una puerta y llamó en ella con la mano.

Oyóse dentro un gruñido semejante al de un perro que se impacientase al ser despertado por un importuno, y poco despues se abrió la puerta, que era ni más ni menos la de una caballeriza.

Un negro encorvado, disforme, vestido de encarnado, el mismo que hemos visto anteriormente con una linterna en la mano, apareció mirando de una manera recelosa á las personas que tenia delante.

—¿Quién eres? dijo al hombre.

—¿Conoces esto? contestó el encubierto, mostrándole la empuñadura de un puñal que asia por la hoja.

—Sí: tú eres el cristiano escudero de...

—Poco importa el nombre de mi señor. Me has ofrecido ocultar una persona cuando sea necesario en el lugar donde se encierra todas las noches con un hombre la mujer hermosa de los ojos negros.

—En cambio tú me has ofrecido...

—Toma, dijo el hombre arrojando una bolsa llena de oro á los piés del eunuco.

Aquella especie de mónstruo recogió la bolsa con avaricia, la guardó en su cinto, y dijo á los encubiertos:

—¿Y podremos ver desde aquí?





—Venid conmigo.

Apagó la linterna, atravesó el patio, entre en una puertecilla situada en un ángulo, abrió otra puerta en el interior, y subió por una escalera de espiral. Cuando estuvieron en lo alto, abrió otra puerta, y díjo:

—Entrad.

—¿Y podremos ver desde aquí? dijo el encubierto entrando con la tapada.

—En este aposento hay una ventana con celosías, desde donde se ve el lugar donde todas las noches habla con un hombre la doncella hermosa de los ojos negros.

—¿Pero habeis pensado bien, Fortun?... dijo la dama con recelo.

—Nada temais, señora: fuera nos quedan cien buenas espadas, y teneis al lado la mia; en la casa no hay más hombres que el viejo judío Jonias, el esclavo Atar, y ese traidor conde de Vela: os juro que nada os acontecerá.

—¡Oh! no le digais jamás que por su amor he arrostrado estas aventuras.

—Callad: no estamos solos. ¡Hola! ¡engendro de Satanás! ¿por dónde andas?

—Estoy aquí, señor, dijo el esclavo desde la puerta.

—Pues bien, vete: y si acontece algo de que debas avisarnos, avísanos; ya sabes: un silbido como el de la culebra.

El esclavo por contestacion silbó de una manera enteramente semejante al silbido de estos reptiles. Luego se le sintió bajar pesadamente las escaleras.

—¡Oh! ¡oh! exclamó el esclavo cuando se encontró en

su cubil, levantando de un ángulo una enorme losa y poniendo la bolsa que le habia dado el encubierto junto á otras. Ya soy bastante rico para poder dar un golpe de mano. Aquí hay oro bastante para pagar á Wamdihavé ese filtro que hace dormir, y para arrebatarla á la cercana frontera de los árabes... ¡oh! ¡oh! la esquiva doncella de los ojos negros será para mí... ¡Por la divina luz del sol!.. este nublado lloverá sangre... ¡El rey don Sancho, la reina doña Teresa y la infanta doña Sancha, todos juntos aqui!.. y ese hombre de la cicatriz... ¡oh! ¡oh! ¡si yo quisiera!... pero... no... no... ya tengo oro bastante... y esta noche... esta noche Jonias buscará en vano al amanecer á su bella Ayelah y á su horrible Atar.

Y tomando algunos marcos de oro, dejó caer la losa sobre los restantes, la cubrió con forrage, y salió de la caballeriza, no sin haber golpeado antes las grupas de un magnífico caballo.

—¡Ah! ¡ah! exclamó: tú eres valiente y fuerte, Volador. ¡Bien podrás soportar sobre tu espalda á la doncella de los ojos negros y al oro de Atar!

Y saliendo al patio y de allí á un huerto, saltó las tapias con la agilidad de un gato y se perdió en las revueltas y estrechas calles de la ciudad.

CAPITULO II.

En que se trata de lo que trataron un rey que fué gordo y un arcipreste que fué flaco.

A aquellas horas en una cámara del castillo real de Leon, un hombre estaba sentado en una ancha mesa cubierta de papeles y de libros en fólio: delante de él, de pié, respetuosamente descubierto, habia otro hombre que esperaba pacientemente á que el que estaba sentado en la mesa acabase de leer un largo pergamino que tenia en la mano.

El uno de estos hombres, el que leia, era un jóven como de veinte y cinco años, pero parecia un viejo, segun tenia de arrugados el rostro y las manos: aquellas arrugas provenian de una piel que era demasiado grande para el cuerpo que encerraba, y que en otros tiempos debió estar henchido de grosura, porque aquel hombre era el rey de Asturias y de Leon don Sancho I, el Gordo.

Es cierto que sofocado algunos años antes por su obesidad, desesperado de alcanzar remedio en los ignorantes médicos de su reino, se habia decidido á ir á Córdoba donde el califa Abd-el-Rajman III le habia dado un expléndido

hospedage, y lo que fué mejor, sobre todo, le habia puesto en comunicacion íntima con el famosísimo médico persa Tsuabah-el-Alime, que en virtud de ciertos baños, sudoríficos y friegas, puso á don Sancho enjuto como una ciruela pasada; pero no pudo lograr que la piel estirada y dilatada por la grosura, menguase al mismo tiempo que la obesidad, por lo cual se arrugó, se plegó é hizo aparecer á don Sancho viejo, cuando en realidad era mozo, y mozo con un corazon demasiado inflamable, demasiado susceptible á los encantos femeniles, para que no fuese para él un tormento el ver que hasta la más záfia de sus vasallas miraba con cierto horror, con cierta repugnancia, la envoltura de pellejo que encerraba holgadísimamente la enjuta persona del antes obesísimo rey.

Don Sancho quiso recurrir de nuevo al médico de Abd-el-Rajman, y le escribió una atenta, larguísima y suplicatoria epístola en árabe, acompañada de un enorme regalo, á cuya epístola doliente contestó el persa con otra no menos difusa epístola en latin, en que se trataba largamente de los achaques de la enfermedad de que habia curado al rey, y le avisaba de que solo desollándole, y promoviendo el nacimiento de una piel nueva, podria encontrarse remedio á lo de las arrugas, desuello, añadia el médico, no practicado jamás en persona que hubiese podido contarlo, y que esponia casi de seguro á su merced nobilísima el señor rey de Asturias y de Leon, á ir á echar el pellejo nuevo al otro mundo. Concluia el médico agradeciendo de la manera más ponderativa el regalo, y ofreciéndose á poner al rey gordo ó flaco cuando quisiese.

Don Sancho, pues, se ocupaba en leer á la sazon la sobredicha carta del médico persa, y su rostro estaba lo más avinagrado que darse puede, con sus puntas de irritacion y de cólera, porque lo del desuello le parecia una chanza de mal género, y el agradecimiento del regalo en los términos que aquel agradecimiento se expresaba, una burla, de cuyas dos insolencias le impedian tomar venganza el poder de Abd-el-Rajman, que tenia á su médico sobre sus ojos, como decirse suele, y la enorme distancia que existia entre Leon y Córdoba. A haber estado más cerca, don Sancho juraba sobre sus arrugas que no se hubiera librado el médico á lo menos de una paliza, aunque le hubiera amparado el zancarron de Mahoma.

A pesar de esto leía y releía el pergamino que el irritaba, porque á vueltas de sus burlas, en la parte científica era un tesoro de ejemplos y de demostraciones, y el pobre rey ansiaba descubrir algun supuesto falso, que pudiese ser para él una esperanza en medio de tantas negaciones.

El hombre que estaba de pié delante del rey, era una contraposicion suya en cuanto á forma; lo que tenia de arrugada y lácia la piel de don Sancho, era de reluciente y tersa la de aquel hombre, y tanto, que parecia querer reventar á impulsos de una gordura siempre creciente, implacable, feroz. Aquel hombre, cinco años antes criado de la casa del rey, le habia acompañado á Córdoba, y por aquel tiempo era enjuto y liso como un junco. Llamábase Pero Sanchez, ejercia el oficio de perrero, y habíale acontecido más de una vez verse en peligro de ser arrebatado por el viento: Pero Sanchez reunió sus ahorros, los sacri-

ficó en las aras de la ciencia, y el médico persa le puso tan gordo como flaco habia puesto al rey.

Por razon de su obesidad, Pero Sanchez se vió reducido á renunciar á su oficio de perrero mayor del rey, y este, satisfecho de sus antiguos y leales servicios, y viendo sobre todo en él una *vera efigies* de lo que él mismo habia sido, proveyó en él un oficio sedentario, regalon y cómodo, haciéndole arcipreste de las monjas de San Salvador de Leon, de que era abadesa su hermana la infanta doña Elvira.

Por causa de este cambio de volúmen, de este trastrueque de carnes, se estableció de una manera irremediable una relacion íntima entre el rey y el arcipreste, hasta el punto de haber llegado el segundo á ser una especie de privado del primero.

Pero desde algunos meses antes de la época en que empieza nuestra accion, la intimidad del rey con Pero Sanchez se habia estrechado por una causa acaso la más poderosa en el corazon humano: esta causa era el amor: quien estaba enamorado era el rey; la mujer que le enamoraba era su tia la infanta doña Sancha de Navarra.

El rey de Navarra don Garci Sanchez, su hermano, hombre duro y feroz, valiente como su padre el rey don Sancho Abarca, y recientemente viudo, habia encontrado penosa la tutela de su hermana la infanta doña Sancha, y sin consultar su voluntad ni tomarse tiempo, obligado á abandonar á Pamplona para salir al encuentro del conde de Castilla que le talaba las fronteras de su reino, metió á su hermana doña Sancha en una litera, la hizo acompañar por

un capitan y un centenar de lanzas, y la remitió á Leon á su hermana la reina viuda doña Teresa y á su sobrina la abadesa doña Elvira, sin más aviso que una carta que llevaba la misma infanta, y otra de que era portador el capitan para su sobrino el rey de Leon don Sancho el Gordo ó el ex-Gordo, como quieran nuestros lectores, puesto que ya habia soltado su grosura, y solo conservaba aquel sobrenombre en fuerza de la costumbre.

Don Sancho no conocia á su tia, por lo que ésta tampoco conocia á su sobrino: conociéronse, en fin, como era natural y preciso, y el efecto que entrambos produjeron el uno sobre el otro á primera vista, fué lo más contrapuesto y disonante que darse puede: don Sancho se enamoró perdidamente de su tia, y su tia, que era jóven y alegre, tuvo necesidad de apelar á toda su prudencia y de escudarse con sus buenos instintos, para no demostrar á su real sobrino cuánta repugnancia le causaron sus mejillas colgantes, sus ojos casi escondidos bajo el desplome de sus párpados, y el aspecto, en fin, de ruina á que le habian reducido los medicamentos depurativos del sabio médico de Abd-el-Rajman. Calló, disimuló, apuró todos sus recursos para mostrarse amable y aun cariñosa en la conversacion, y estos esfuerzos dieron por resultado que el rey, convirtiendo en sustancia lo que solo era amabilidad de la infanta, se enamorase perdidamente de ella, y encontrase sumamente horrorosa al volver á su palacio á su mujer doña Geloira, dueña de más edad que él, enjuta, seca, pálida, de penetrantes ojos negros que hacian daño cuando miraban, y en cuya boca jamás se veía una sonrisa.

Don Sancho, que habia suspirado al separarse de la infanta su tia, suspiró de nuevo y ruidosamente al ver á la reina su esposa: para su corazon era cosa averiguada que la suerte habia hecho muy mal en no hacer á su esposa su tia y á su tia su esposa, y tanto dió en pensar en ello, que vino á sacar en claro que todo podia arreglarse: en aquellos tiempos los repudios de los reyes y sus casamientos en grado ilícito eran cosa usual y corriente, y se abusaba de ello de tal modo, que el Papa se veia obligado á disolver lazos indebidamente contraidos, ó á interponer su excomunion cuando el rey se negaba á romper tales lazos.

Don Sancho vió un dia y otro dia á la infanta, y uno y otro dia la infanta se vió obligada á mostrarse cortés y amable con don Sancho: llegó, al fin, un momento en que el rey enloqueció á fuerza de enamorado, y se decidió de una manera resuelta á repudiar á la reina y á casarse con la infanta.

Pero este repudio de seguro le hubiera llevado á una guerra con su tio el rey de Navarra, padre de su esposa, y don Sancho, obligado de antiguo á la quietud por causa de su pasada gordura, habia pensado mucho por necesidad, y pensando se habia hecho prudente. Meditó, calculó y discutió consigo mismo, y vino á conocer que antes de dar un paso decisivo y ruidoso, debia informarse de una manera segura de lo que debia esperar de la infanta, declararse solemnemente, y estar á su contestacion para obrar en consecuencia.

La infanta, pues, se vió obligada á causa de una declaracion explícita á mostrarse severa con su sobrino: le puso

ante los ojos que el no haber tenido sucesion de su esposa, causa que además de su amor, alegaba el rey para justificar aquel paso, no era una razon para repudiar á una dama, que como él era su sobrina, que atesoraba en prudencia y virtud todo lo que le faltaba de hermosura, y que tenia adquiridos derechos incontestables de propiedad sobre el rey.

Don Sancho repuso que le era insoportable la hija del rey Garci Sanchez su tio, y que sin el motivo de su amor, la repudiaria de igual modo.

La infanta añadió sériamente que en cuanto al repudio, si una vez se empeñaba en ello, podia hacer lo que más le viniese en agrado; pero que en cuanto á casarse con ella, pensase decididamente en otra cosa más llana y hacedera.

El rey atribuyó la repulsa de la infanta á pudor, puesto que la corona de Leon no era una joya que se despreciase de una manera tan decidida, é insistió.

La infanta se vió obligada á decirle terminantemente que aunque nada se opusiera á aquel casamiento, ni su parentesco ni su matrimonio con doña Geloira, é item más, que aunque ella fuese una pobre mecánica desamparada, no habia que pensar en ello, porque...

El por qué de la infanta ha quedado envuelto en las tinieblas del pasado, pero debió ser un por qué harto triste y harto feo para el rey, puesto que... no volvió á hablar más de amores á la infanta.

Pero como los empeños contrariados suelen hacer valiente al cobarde, audaz al tímido, generoso al miserable, y en fin, malo al bueno, la repulsa de la infanta convirtió

en intrigante y mal intencionado á don Sancho, que hasta entonces habia sido un modelo de franqueza y buena fé.

Acordóse, pues, en mal hora de que tenia una hechura suya en la abadía de San Salvador, en la persona del ex-flaco arcipreste Pero Sanchez, y pensó en convertirle en espía de la infanta.

Este espionage se justificaba por la razon de que, no contando aun doña Sancha veinte y cinco años, siendo hermosa, rica, y sobre todo infanta, su repulsa debia consistir en algunos amores ocultos ó no conocidos. Pero Sanchez, pues, se encargó de vigilar á la infanta con un asíduo cuidado, y no dejar pasar desapercibida circunstancia alguna que pudiese poner en claro algo que fuese de sustancia para el rey.

Pero en cinco meses nada notó el arcipreste que de referir fuese: la infanta dejaba el lecho al rayar el dia, asistia á los oficios matinales, y despues del almuerzo leía ó hacia labor, paseaba á la siesta despues de comer por la huerta de la abadia, si hacia sol, ó si llovia se asentaba á la chimenea, é inmediatamente despues de la cena y á hora muy temprana se acostaba despues de haber rezado sus devociones y... este era el cuento que relataba Pero Sanchez al rey todos los dias.

Esto traia ya desesperado á don Sancho, y aun le hacia olvidarse de los negocios del reino: él hubiera querido de buena gana que hubiese habido de por medio algun amante, aunque hubiera sido trovador ó aventurero, ó algun otro individuo de la casta andariega y trashumante. Necesitaba tener celos... un pretesto que justificase el desden de

la infanta... pero su mala suerte le negó aun este tristísimo consuelo: la infanta no le amaba, no porque amase á otro, sino porque no le amaba á él.

Pero llegó un dia en que don Sancho probó lo que eran celos, y se arrepintió de haberlos deseado: tan amargos le parecieron: Pero Sanchez llegó jadeando á palacio, y le reveló con gran misterio que la noche antes la infanta no se habia acostado á la hora de costumbre. Esto consistia en que habia trasnochado, y el trasnocho, en que habia pasado gran parte de la noche hablando con un hombre por el postigo del cuarto de la celda de la abadesa.

¿Pero qué hombre era aquel?

Trascurrieron otros quince dias hasta que el arcipreste pudo averiguar su nombre.

Aquel hombre era el primero y más alto vasallo del rey; era su feudatario el conde Fernan-Gonzalez.

Entonces recordó el rey con rabia la gentileza, la hermosura, la valentía, las hazañas de su tributario el conde de Castilla. Entonces, creyendo de larga fecha aquellos amores, comprendió el desden de doña Sancha, y entonces por la primera vez aborreció á un hombre. Además, aquel soberbio conde ¿no era el mismo que habia arrancado la vida con su lanza á su abuelo el rey de Navarra Sancho Abarca?

Estos eran más que poderosos motivos para que el rey se decidiese á armar una zancadilla al conde, y para que se olvidase de que habia ido á Leon llamado por el rey para asistir á las cortes que habia convocado, y que por lo tanto estaba bajo el seguro de la fé de su palabra real.

Pero el ódio es muy mal consejero. Don Sancho el Gordo conocia demasiado la altivez del conde de Castilla su vasallo, para no tener por cierto que bastaria con muy poco para que Fernan-Gonzalez, excediéndose mucho, le diese pretexto para prenderle. Pero el rey no habia encontrado una ocasion propicia, y el rey no sabia que Pero Sanchez le traia un aviso de tal ocasion cuando de tal modo se extremecia en leer y releer la carta que acerca de su pellejo habíale escrito y enviado de Córdoba el buen médico de Abd-el-Rajman, Tsuabah-el-Alime.

Al fin se cansó de leer, enrolló cuidadosamente el pergamino, le guardó en uno de los cajones de la mesa, le cerró con llave, y levantando la cabeza y poniéndose la mano sobre los ojos á la manera de pantalla para que no les ofendiese la luz, dijo con acento reposado al arcipreste:

—¡Ah! ¡estabas ahí!

—Sí, sí señor, aquí estaba y aquí estoy.

—¿Y por qué no me has hablado?

—Temí provocar el enojo de vuestra merced. (1)

(1) No deben extrañar nuestros lectores que Pero Sanchez diese al rey el mismo tratamiento que se dá hoy en los lugares á los párrocos, á los médicos y á los propietarios: el tratamiento de los reyes en aquel tiempo andaba entre merced y señoría: llamábaseles excelentes señores, grandes señores, altos señores; pero nunca alteza ni magestad, ni aun señoría: desde que pasaba lo que estamos refiriendo hasta ahora, han pasado muy cerca de novecientos años. Del mismo modo no debe tomarse por lo que suena hoy la denominacion de arcipestre que damos á Pero Sanchez, que en aquel tiempo se usaba en vez de la de alcaide cuando se trataba de gobernadores de castillos, palacios ó puertas fortificadas, ó de guardianes ó jefes cuando de los empleados exteriores de las abadías ó monasterios. Pero Sanchez no era otra cosa que guardian ó guarda de las monjas de San Salvador de Leon. Véanse en comprobacion de lo dicho algunos lugares de la crónica del rey don Alonso el Sabio.

—¡Ah! ¡temias provocar mi enojo! bien... muy bien... tenemos lo de siempre, ¿eh? llega el conde, baja la infanta, hablan largamente de lo que mejor les place, pasan las horas, y al venir el dia el conde se va y la infanta se sube á dormir á su cámara. Si no tienes otra cosa que decirme, has hecho bien en estarte callado.

—Es que tengo que decir más á vuestra grandeza.

—¡Más! exclamó el rey abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, sí señor: mucho más: el conde llega, mete una llave en la cerradura...

—¡Que mete una llave!... ¡hemos llegado ya á ese caso! ¿y quién le ha dado esa llave?

—No he sido yo.

—¡No has sido tú! poco importa quién haya sido: el caso es que en estos amores ya hay llaves de por medio.

—Así es, señor.

—¿Y qué sucedió despues?

—Despues sucedió que sobrevino la infanta, y se puso toda hosca é irritada.

—¡Luego tampoco le habia dado la llave la infanta!

—Pero sin duda no debió disgustarla que el conde se hubiese tomado tal licencia, porque despues de algunas réplicas dichas con enojo por su parte, y de algunas amantes excusas por la del conde, le permitió que esta noche pusiese tambien la llave en la cerradura.

—Esto es decir que mi noble tia ha llegado á perder el juicio.

—Sí, sí señor.

—Afirmas de tal modo, que no parece sino que has visto y oido.

—Ciertamente: he visto y oido oculto en el bosquecillo de laureles á dos pasos de los amantes.

—¿Pero qué has visto, qué has oido? exclamó el rey todo sobresaltado.

—He visto que se daban las manos.

—¡Oh! ¡oh!

—Y he oido que se prometian ¡tomando á Dios por testigo! ser marido y mujer.

—Es necesario impedir eso á todo trance.

—Sí, sí señor, y yo he pensado de avisar de ello á la señora reina doña Teresa, y á la señora abadesa doña Elvira.

—Guárdate bien de ello.

—¡Señor!

—Es necesario sorprender al conde.

—¡Señor!

—¡Prenderle!

—¿Pero ha olvidado vuestra excelsitud que el conde es demasiado temerario, y yo demasiado gordo para que no me suceda una desdicha.

—¿Y quién cuenta para prender al conde contigo?

—¡Ah! exclamó Pero Sanchez, como si lo hubiesen aliviado de un gran peso.

—¿Tienes tú por dónde introducir en el huerto cuarenta buenos jayanes sin que sean sentidos?

—Puedo hacer de modo que nadie les vea si escalan las tapias.

—Bien, muy bien. ¡Fortun Nuñez! ¡Fortun Nuñez! gritó el rey llamando.

Instantáneamente se presentó á la puerta de la cámara un hombre armado de todas armas.

—Has armar cuarenta hombres.

—Muy bien, señor.

—Has que lleven cuatro escalas.

—Muy bien, señor.

—Y espera con ellos en el patio del castillo. Cuando el señor Pero Sanchez te mande seguirle, le seguirás y le obedecerás en cuanto te mandare como si se tratase de mí mismo.

—Muy bien, señor.

—Vete.

Fortun Nuñez salió, y el rey, levantándose de su sillon, se puso á pasearse agitado á lo largo de la cámara, murmurando entre dientes, irritado, palabras ininteligibles. De repente se puso junto al arcipreste, le asió un brazo, y sacudiéndole fuertemente, le dijo:

—¿Conque es decir que el conde, que ese maldito conde, tiene la llave del huerto de mi tia?...

—Pero, señor, yo no tengo la culpa...

—¿Conque es decir que se casarán?

—¡Señor!

—Escucha, Pero Sanchez: yo no quiero entremeterme personalmente en esto... si tú me sirves bien...

—¡Señor!

—Si el conde no es preso esta noche y encerrado en una torre, te hago arrojar desde los matacanes de la torre

más alta del castillo al campo, para que revientes como una odre.

—Es que yo no respondo, señor, del sigilo...

—Pues cómo... ¿no me habias asegurado que harias de modo que mi gente se emboscase sin ser vista en el huerto?

—Me habia olvidado, señor, de que además de la infanta doña Sancha, hay otra persona que baja todas las noches al huerto.

—¿Y quién es esa persona?

—La excelente señora, la reina doña Teresa, vuestra madre.

—¿Y hay tambien otro conde que abra para mi madre la puerta del huerto?

—No, no señor... la reina sale acompañada de un esclavo, está una hora fuera, y vuelve antes de que el conde haya venido á hablar con doña Sancha.

—¿Y adónde va mi madre?

—Lo ignoro, señor.

—¡Ah! ¡ah! ¿que lo ignoras? Pues no te pago yo para eso. Quiero saber lo que pasa en mis reinos. ¡Vive Dios! ¡las mujeres!... ¡oh! ¡las mujeres!... Son capaces de dar por tierra por un capricho con todos los reyes del mundo si se les deja hacer. Es necesario que averigües adónde va mi madre.

—¿Y cuándo, señor?... yo no puedo estar á la vez en muchas partes.

—¡Es verdad! Pues bien lo averiguaré yo.

—¡Vuestra merced, señor?

—Sí. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Está la noche demasiado cerrada y oscura.

—Pues mejor, mucho mejor, así no me conocerán.

—Vuestra grandeza puede encontrar un peligro.

—Me acompaña mi espada.

—Debe vuestra merced hacerse acompañar.

—¡Para vigilar á mi madre! ¡no! ¡no! no todos son leales y callados como tú. Iré yo mismo. De todos modos tengo necesidad de ir á visitar á cierta persona. ¿Crees tú en los hechizos?

—Y tanto como creo, señor... Pienso que aquel maldito moro de Córdoba se valió de hechizos y malas artes para que vuestra nobleza quedase flaco, y para convertirme en gordo.

Sonrióse, aunque de mala gana, el rey.

—Yo creo que esos egipcios vagabundos todos son hechiceros, dijo el rey.

—Indudablemente, señor.

—¿Y crees tú que los hechizos vienen?...

—Indudablemente vienen del diablo, señor.

Extremecióse el rey, calló, dió algunas vueltas por la cámara en silencio, y luego, deteniéndose frente al arcipreste, le dijo:

—¿A qué hora sale mi madre del convento?

—Ya se acerca la hora.

—¡Oh! ¡oh! pues bien, tú me guiarás al lugar por donde sale.

—¡Señor!

—Basta: tráeme mi capellina, mi manto y mi espada.

Pero Sanchez entró en una habitacion inmediata, y vol-

vió poco despues entregando al rey los objetos que le habia pedido.

Don Sancho se caló la capellina hasta los ojos, se ciñó la espada, se envolvió en un manto oscuro, y dijo al arcipreste, despues de haber encendido una lámpara:

—Sígueme.

Pero Sanchez siguió tambaleándose, á causa de su gordura, al rey, que entró en una habitacion inmediata, fué á un lugar de la tapicería, y apretó un resorte. Instantáneamente se abrió una puerta oculta y entraron por ella.

Despues de haber bajado una larga escalera, y de haber recorrido tortuosos pasadizos, el rey abrió otra puerta, y se encontraron al aire libre.

—¿En dónde estamos, señor? dijo Pero Sanchez.

—Dentro de la ciudad, en las Tendillas de Lara, dijo el rey. El monasterio de San Salvador no está distante. Guia al postigo por donde sale mi madre.

Poco despues Pero Sanchez señalaba al rey un pequeño postigo, en una tapia de un huerto.

No pasó mucho tiempo antes de que aquel postigo se abriese, dando paso á una mujer cubierta por un manto y á un hombre envuelto en un ropon.

—¡La reina doña Teresa, señor! exclamó Pero Sanchez en el acechadero en que se habia ocultado con el rey.

—Bien, dijo don Sancho: ahora vete al castillo: trae contigo á Fortun Nuñez y á los cuarenta jayanes y embóscalos de modo que cuando sea necesario caigan sobre el conde sin dejarle tiempo de defenderse.

—¿Y se va á aventurar solo vuestra grandeza, señor?...

—Un rey debe ser un hombre: ya no tengo gordura que me impida esgrimir una espada. Adios.

—Él acompañe y guarde á vuestra merced.

—Ten mucha cuenta con que quiero preso al conde.

—Lo prenderemos.

—O de lo contrario, Pero Sanchez, lo dicho: doy contigo de cabeza por el almenar más alto de mi castillo.

Y sin decir más, se rebozó en su manto, y dió á seguir de paso apresurado á los dos bultos que habian salido por el postigo, y que ya se alejaban por una extremidad de la calle.

CAPITULO III.

De cómo el rey don Sancho siguiendo á su madre, tuvo un mal encuentro, y de la manera como salió de él.

El rey don Sancho era, á no dudarlo, no solo valiente, sino temerario, cuando de tal modo se aventuraba en una noche tenebrosa por las solitarias calles de su buena ciudad y corte de Leon, en unos tiempos en que, por las contínuas guerras contra los árabes y por las disensiones civiles, hervian en ella aventureros, que, cuando no tenian á quien vender su espada, se convertian en bandidos.

Además, las condiciones en que él mismo se encontraba colocado, hacian que fuese imprudente su escursion: estaba mal apagada la guerra que habia sostenido con su hermano don Ordoño, que durante su ausencia, cuando fué á Córdoba á dejar en ella las carnes que le sobraban, habia sublevado la nobleza y le habia arrebatado el trono, ayudado del conde don Vela Sanchez, el mismo que hemos presentado al principio de nuestra historia, y se habia visto precisado para recobrar aquel trono á ampararse del cali-

fa Abd-el-Rajman III, que siempre noble y generoso le habia dado un ejército, con ayuda del cual habia logrado vencer á don Ordoño y conquistar su reino, obligando á su hermano á ir á demandar una generosa hospitalidad á aquel mismo califa cuyos soldados le habian vencido.

Don Ordoño, aunque desterrado, alentaba esperanzas, y como todas, aquella guerra civil habia dejado tras sí desafectos al poder constituido, que solo esperaban una ocasion para arrojar el antifaz de lealtad con que se cubrian, y mostrarse abiertamente enemigos.

Y todos los nobles del reino, entre los cuales podian contarse los desafectos á don Sancho, estaban en la ciudad con ocasion de las córtes que habia convocado el rey.

Por lo tanto, no era lo más prudente la conducta de don Sancho, lo que demostraba, ó que el amor le habia hecho valiente, ó que siéndolo, aquel valor se habia exasperado hasta convertirse en temeridad.

El convento de San Salvador estaba situado á un extremo de la ciudad, que ya era entonces grande y más poblada que hoy, y el rey se vió reducido á atravesar un gran espacio por calles tortuosas y oscuras, hasta llegar al centro, á los alrededores de la plaza Real, adonde se habian encaminado los dos bultos que habian salido del convento.

Pero para llegar á la plaza Real, era necesario, yendo por el lado por donde los bultos iban, atravesar una plazuela tétrica y medrosa, por la cual despues de oscurecer y aun antes, no se atrevian á aventurarse los honrados vecinos de la muy noble y leal ciudad de Leon. Aquella plazuela se llamaba el Coso de la Picota, y en uno de sus

ángulos se alzaba una horca de piedra, de la que siempre, por la bondad de los tiempos, pendia algun ahorcado.

A la sazon pendia un ajusticiado de una de sus cadenas, que rechinaba á impulsos del viento que agitaba el cuerpo. Frente á la horca se alzaba el medroso y negro frontispicio de la iglesia de San Yllan, y en su soportal gótico ardia una lámpara agonizante, que lanzaba su turbio y débil resplandor sobre la gótica efigie de un *Eccehomo.*

Los dos bultos que el rey seguia atravesaron rápidamente la plazuela como si tuviesen miedo, y el rey apresuró el paso para perderlos; pero al deslizarse junto á la horca, tropezó en un bulto humano, que en vez de apartarse resistió el empuje y asió vigorosamente el manto de don Sancho.

El rey procuró desasirse y ponerse en defensa; pero el hombre le tenia tan bien asegurado y envuelto, que no le era posible valerse.

—¿Qué quieres? dijo con firmeza don Sancho: si eres un ladron, toma mi bolsa y déjame; me importa seguir á dos personas que acaban de pasar.

—Si no es más que eso, contestó el hombre, ayúdame, y despues yo te llevaré adonde van esas personas.

—¿Las conoces?

—Sí.

—¿Quiénes son?

—Basta que yo te diga que te mostraré la casa adonde van, pero será necesario que me ayudes.

—¡Que te ayude! ¿á qué?

—Quiero descolgar de la horca al hombre que está pendiente de ella.

—¿Y me necesitas para eso?

—Sí.

—¿Sabes que sería donoso que me viesen los leoneses á la luz del sol descolgando un ahorcado?

—Si eres noble, no hay por qué te extrañes : el oficio de salvar á nuestros semejantes es un muy noble oficio.

—¡Cómo! ¿y se puede salvar al ahorcado?

—Sí, si acudimos á tiempo : solo hace dos horas que maese Sándias, el verdugo del rey, acaba de suspenderle.

—¿Y por qué delito?

—Le han encontrado diciendo la buena ventura, con una gallina hurtada bajo el sayo.

—¡Ah! era egipcio.

—Sí, egipcio como yo.

—¿Y si no quisiera ayudarte, idólatra?

—Entonces peor para tí, porque te mataria.

Y como para demostrar que tenia fuerzas bastantes para hacerlo, se apoderó de la espada del rey y le desarmó.

—¡Vamos! dijo don Sancho : será necesario que el rey extermine esa langosta que, sin saber de dónde ha venido, se ha echado sobre su reino.

—En buen hora, pero ayúdame.

—¿Y cómo he de ayudarte?

—Subamos á la horca.

El rey y el egipcio subieron unos toscos peldaños de piedra, y se encontraron en el terraplen sobre que se alzaban los dos brazos de piedra del patíbulo.

—El egipcio puso al rey debajo del ajusticiado, y apoyó las manos en sus hombros como preparándose á saltar sobre él.

—No, no, dijo el rey; ya que te ayude, quiero ser el que monte, y no el montado: de otro modo no haremos nada: me dejaré matar.

—¿Pero sabrás tú desatar el lazo?

—Si no le puedo desatar, le cortaré.

—¡Ah! ¿tienes armas aun?

—Sí, tengo armas y valor, y si te ayudo, no es ciertamente por miedo, sino porque cuento con que tú me ayudarás despues.

—En buen hora, pero concluyamos, dijo el egipcio, encorvándose para que el rey pudiera subir sobre él.

Don Sancho se encaramó en aquella escala humana, se asió al ahorcado, buscó la cadena y desató el lazo, saltando al suelo de los hombros del egipcio, que recogia entre tanto en sus brazos al cadáver.

—Hé aquí que yo robo á mi justicia, dijo para sí el rey, ó lo que es lo mismo, que me robo á mí mismo.

—¿Qué decias? preguntó receloso el egipcio.

—Nada digo sino que, si estamos aquí mucho tiempo, nos esponemos á que dén con nosotros los guardas de la ciudad.

—Pues ayúdame á conducir á este desdichado.

—¿Y para qué diablos quieres esa carroña... ¡ah! ¡es verdad! dicen que los egipcios buscais los ahorcados para aprovecharos de sus untos y hacer con ellos maleficios.

—En ese cuerpo desplomado, atormentado, inerte, se

alienta un alma como la tuya, una vida más vigorosa que la tuya; la vida de un mancebo, que es la esperanza de toda una tribu.

—Este es un cadáver, dijo el rey tocando una mano yerta y crispada del ahorcado.

—Su espíritu vivirá.

—Sí, de seguro; en el infierno, adonde le habrán llevado sus hechicerías.

—Vivirá sobre la tierra.

—¿Y quién le volverá á la vida?

—La ciencia, por mi mano.

—¡Ah! ¡eres médico!

—¡Qué es un médico! Haber leido algunos pergaminos llenos de mentiras, y haber aprendido de memoria la composicion de algunos brebajes. ¡Por el brillante rostro de Siro! Yo he aprendido en la naturaleza viva la ciencia de dar la vida cuando solo amenaza la muerte, por una descomposicion de esta máquina que se llama cuerpo: sé tambien cuándo es inútil la ciencia, porque el dedo de Dios haya señalado una presa á la tumba. Pero ayúdame: estamos perdiendo el tiempo, y el tiempo es la vida.

—Espera un momento... Yo padezco de una dolencia que me hace parecer viejo cuando soy jóven, feo cuando debia ser hermoso. ¿Podrás curarme de ella?

—Si pueden curarla los hombres, puedo curarla yo.

—Pues bien, te ayudaré; pero con la condicion...

—Haré cuanto quieras y cuanto sea posible hacer.

—Entonces, vamos pues.

El egipcio asió al ahorcado por debajo de los brazos y

el rey por los piés, y así tomaron por la plazuela adelante, y se aventuraron por un laberinto de callejas más tétricas y más sombrías, guiando siempre el egipcio.

El espíritu del rey era eminentemente aventurero, y por más que aquella aventura fuese extraña á su dignidad, estaba seguro de no ser conocido; estaba solo, envuelto en las tinieblas; nadie más que Dios le veia, y aun así practicando tal vez una obra de caridad, y era, en fin, entonces un hombre: como tal, el espíritu aventurero que hemos indicado en él, le hacia gozar en aquel extraño lance, y por otra parte, habia hablado el egipcio de la ciencia, se atribuian tales prodigios á estos vagabundos, que el rey esperó deber más á aquella casualidad que al famoso médico persa Tsuabah-el-alime. Además, si era cierto que aquella gente poseia la magia y los hechizos, podia acontecer que aquel hombre pusiese en práctica en su favor tales artes, que por ellas viniese á amarle doña Sancha de Navarra.

Al fin de muchas vueltas y revueltas, el egipcio se detuvo en otra plazuela, cuyas casas estaban medio arruinadas: en muchas de ellas se veía luz á través de las ventanas no guarnecidas, y de todas salia el álito zumbador de una poblacion que velaba.

El egipcio se encaminó á un ángulo entrante é irregular de la plazuela, sacó una llave de su bolsa, abrió una puerta; entró y tornó á cerrar.

El rey se encontró solo con un hombre desconocido, y sin armas, en un espacio densamente lóbrego.

CAPITULO IV.

De cómo acontecieron al rey nuevas y no menos extrañas aventuras.

La oscuridad duró muy poco: el egipcio buscó un objeto en su bolsa, y poco despues el rey vió brillar un surco lívido, oyó un leve chasquido, y brotó una luz azul primero y luego enteramente roja, en la punta de una astilla de tea que el egipcio tenia en la mano.

—¡Cómo! exclamó maravillado don Sancho; ¿enciendes fuego sin pedernal?

El egipcio, que era jóven y vigorosamente hermoso, hizo un gesto despreciativo, y sin mirar al rey contestó aplicando la luz de la tea á la mecha de una lámpara de hierro:

—¿Tan ignorante es la generacion en que vives, que un sencillo y natural resultado de la composicion de materias inflamables os maravilla?

—Verdaderamente eres sábio: ¿cómo te llamas?

—Mis hermanos me conocen con el nombre de Wamdihavé.

—Wamdihavé... ¿y qué significa Wamdihavé?

—Wamdihavé significa en nuestro idioma rey, sábio, poderoso.

—¿Luego eres rey?...

—Sí; soy rey de una tribu errante, cuya cuna bañó el Nilo con sus inundaciones hace centenares de siglos. Nuestro pueblo fué un gran pueblo... tuvo reyes sábios y sacerdotes cuya ciencia es una luz escondida que no alcanza á ver la ciega y miserable generacion de hoy... nuestra historia está escrita en libros de piedra, y sus letras son un misterio aun. Nosotros dejamos nuestra ciencia á la India, la India la entregó á la Grecia, Grecia á Roma, pero variando de carácter y de profundidad, perdiendo luz, á la manera que un raudal puro y claro en su nacimiento, se enturbia y cambia de color al pasar sobre lechos impuros. Vuestros abuelos los godos acabaron de enlodar y de perder la ciencia, y ha sido necesario que un pueblo de Oriente, rama del mismo tronco de donde nosotros venimos, haya recogido algunos destellos de esa luz que se ha escondido.

—¿Y qué pueblo es ese?

—Es el pueblo del impostor Mahoma.

—El pueblo árabe. En verdad es sábio, pero su ciencia es incompleta. Nadie mejor testigo de ello que yo.

—¿Tú, anciano, has podido juzgar de la ciencia de los árabes, tú que tienes todas las apariencias de un topo que sale por la primera vez á la luz?

—Hé ahí en lo que consiste mi experiencia. ¿Te parezco anciano?

—Y lo eres.

—Pues te engañaste, sábio: soy tan mancebo como tú.

El egipcio miró profundamente á don Sancho.

—Es verdad, dijo, una enfermedad ha dilatado tu piel, y la ha arrugado sobre tu carne.

—¿Y no alcanza tu ciencia remedio?...

—Tú puedes esperar, dijo el egipcio; este desventurado, y señalaba al ajusticiado que habia puesto sobre un lecho, está entre la vida y la muerte. Espera.

Inútil nos parece advertir á nuestros lectores que durante la conversacion entre el rey y el egipcio, este se habia ocupado de cuidar del jóven que habia descolgado de la horca.

Era este apenas llegado á los quince años, y era muy semejante á Ayelah, con la cual, sin duda, le unia un estrecho parentesco: más robusto y más fuerte que ella, era asimismo de formas más rudas, ó por mejor decir, menos delicadas; sus negrísimos cabellos estaban enmarañados, su rostro lívido, sus ojos cárdenos, y al rededor de sus ojos se marcaba un círculo negro. En su cuello el dogal habia dejado una señal sangrienta, y su alto pecho parecia abultado por la presion de una respiracion comprimida.

El otro egipcio, Wamdihavé, era un hombre como de treinta y cuatro años, de frente y megillas rojas, nariz aguileña, ojos enormes, altivos y penetrantes, cabellera rizada en bucles, sujeta por un mohoso capacete de hierro, y estatura aventajada: sus miembros eran esbeltos, por mejor decir, delgados, pero fuertes y musculosos, y en su ademan, en sus actitudes, en sus maneras, se com-

prendia en él la fuerza unida á una agilidad suma.

A pesar del frio de la estacion, sus ropas eran muy ligeras: un jubon abierto que dejaba desnudos su cuello y brazos; un calzon á medio muslo, de paño burdo, y sobre las desnudas piernas los filamentos de cuero que sujetaban á sus piés, desmesuradamente largos, unas abarcas: sobre todo esto, sujeto en los hombros por un herrete de metal se veía un exigüo y raido manto: además llevaba en sus dedos sortijas doradas y aretes de cobre en sus orejas.

Don Sancho miraba con extrañeza á aquel egipcio, á aquel rey que tan extraño aspecto presentaba y que hablaba de una manera tan altiva: apenas podia comprender que los pensamientos de un sábio se albergasen tras aquella frente bronceada, y á pesar de la especie de desprecio que le causaban los harapos y el aspecto de indigencia del egipcio, no podia sostener la brillante y dominadora mirada de aquel hombre, mirada de leon, de águila, de rey, mirada, en fin, noble, altiva, que revelaba un alma inmensa, y un sufrimiento y un valor á toda prueba.

—Necesito que me dejes solo, dijo el egipcio despues de haber mirado de una manera profunda y por algun tiempo al ajusticiado. Ven conmigo.

El rey, empeñado en aquella aventura, se resignó á seguirla hasta donde ella le condujese, y se dejó llevar por el egipcio á otra habitacion, donde le dejó con la lámpara, y salió, cerrando por fuera los cerrojos de una desvencijada puerta.

Por más que el rey fuese valiente, le impresionó el es-

tado á que habian llegado las cosas: á todas luces un hombre de las apariencias de Wamdihavé, que tenia relaciones íntimas con gentes que iban á parar en la horca, no era lo más á propósito para tranquilizar á quien se encontraba desarmado y encerrado en su poder.

Pero un recuerdo de otra aventura más espuesta vino á tranquilizar á don Sancho: aquella aventura habia sido su excursion á Córdoba á curarse de su obesidad: se habia puesto en manos de su enemigo natural el califa de Córdoba; durante su ausencia, se habia alzado con el trono de Leon su hermano don Ordoño, y al fin habia salido indemne del poder del califa, habia vencido á su hermano, y solo le habia quedado aquella fatal exuberancia de piel, que le hacia parecer viejo á los veinte y cinco años.

Añadíase, para tranquilizarle, el pensamiento de que el extraño personaje, en cuyo poder se encontraba, era sin duda poseedor de una ciencia extraña á la que podia deber no solo la regularizacion de su piel, sino el logro de us amores.

Pasó algun tiempo desde que el rey quedó solo y abismado en sus pensamientos, hasta que se escuchó no lejos la vibracion de una tiorba, y luego una voz sonora, pura, valiente, un tanto salvage, voz de mujer en que vibraban la dulzura, el sentimiento, la energía, se dejó oir cantando.

Apenas habia resonado aquel canto, cuando el rey sintió que se abrian y se cerraban algunas puertas, pasos precipitados y luego la voz vibrante de Wamdihavé que exclamaba:

—En nuestros hogares está la muerte, y los cánticos deben dejarse para tiempos más felices.

—¡La muerte! exclamó una voz dulcísima de mujer que llegó á pesar de doña Sancha hasta el fondo del alma del rey.

La voz de Wamdihavé, más contenida, pronunció algunas rápidas palabras, despues de lo cual sucedió el más profundo silencio: volvieron á resonar los pasos de Wamdihavé menos apresurados, y al fin se abrió la puerta y apareció el egipcio, que asió de un taburete y se sentó junto al rey.

—¿Quién eres? le dijo.

—Soy un caballero de Asturias, dijo el rey, que ha venido á las córtes del señor rey de Asturias y de Leon don Sancho I.

—¡Ah! ¡eres un caballero de Asturias!... bien: me has hecho un beneficio; me pareces valiente, y nada tengo que decirte: ¿por qué me ocultas tu nombre? Cuando te encontré, seguias á una mujer y á un hombre. Aquella mujer era la reina viuda doña Teresa, y aquel hombre un esclavo.

—¿Es decir que conoces á la reina?

—La conozco, porque como tú busca ayuda en la ciencia.

—¿Que la reina busca?...

—Sí; la reina aborrece á un hombre.

—¿Y quién es el hombre á quien aborrece?

—El conde de Castilla Fernan-Gonzalez.

—¿Y quién ha de procurarle los medios de vengarse de ese hombre?

—Un judío embustero que se llama Jonias.

—¡Jonias!... ¡va á casa de Jonias!

—Sí... ¿Por qué te extraña?

—Por... nada.

—Bien, no te preguntaré más. Pero responderé á lo que me preguntes.

—¿Tú me has dicho que puedes curar este defecto de mi piel?

—Indudablemente.

—¿En cuánto tiempo?

—En ocho dias.

—Pues bien, cúrame y pide cuanto quieras.

—Solo te pido, que pues eres caballero y poderoso, ruegues al rey que trate con más compasion á unos pobres extrangeros que solo han venido de paso por su córte, que han hecho su viaje de noche, que se ocultan mientras brilla el sol...

—Y que de noche roban...

—Alimentos... porque son pobres... alguna miserable gallina, que no es bastante causa para arrebatar por ella la vida á un desdichado.

—Creo que no estareis mucho tiempo en el reino.

—Antes de mucho nos volveremos á un pais donde el sol es más ardiente y la tierra fértil y abundante, lo que basta á alimentar á nuestra tribu.

—Pues bien, mientras permanezcais en Leon, el rey se encarga de atender á vuestra subsistencia.

—No queremos recibir ningun don del rey, contestó con altivez Wamdihavé: solo queremos que no se ensañen en

nosotros vuestros jueces; que no visiten nuestros hogares, hogares que hemos encontrado abandonados; que no nos arrebaten á nuestras mujeres, ni ahorquen á nuestros hijos; por lo demás, yo haré que las gentes de Egipto no sean un azote para su reino.

El rey se levantó.

—Bien, le dijo, os aseguro, que desde hoy en adelante sereis juzgados por los fueros viejos del reino, como si fuérais leoneses: se os castigará como se castiga á los hombres, no como se mata á las bestias. Ahora devuélveme mi espada y déjame salir.

—No saldrás solo: hay gentes en la ciudad que no son egipcias, y con las cuales pudieras tener un mal encuentro.

—¿Un mal encuentro?

—Sí, con los enemigos del rey don Sancho, el Gordo.

Al pronunciar estas palabras Wandihavé fijó en el rey una mirada tan profunda, que don Sancho no pudo sostenerla.

—Bien, dijo; salgamos pues; hace ya mucho tiempo que hago falta donde me esperan.

—Vamos.

En aquel momento resonó dentro de la casa un grito singular.

—Aguarda: algo sucede de interés cuando me llaman, dijo Wandihavé.

Y salió dejando de nuevo encerrado al rey.

El egipcio atravesó algunas habitaciones ruinosas, y llegó á un patio donde le esperaba un muchacho desharapado con una tea encendida en la mano.

—¿Qué quieres? le dijo Wamdihavé.

—Acaba de llegar un extranjero que ha preguntado por tí, y me ha entregado esta señal.

La señal era un giron de paño rojo.

—¿Y dónde está el extranjero?

—En la plaza.

Wamdihavé siguió adelante, llegó á un ancho portal, abrió, y la luz de una lámpara reflejó en las repugnantes facciones del esclavo nubio Atar.

—¿Qué quieres? le dijo.

—Ya hace algun tiempo que nos conocemos, egipcio, dijo el esclavo: yo te encontré saltando las bardas del huerto de mi dueño Jonias; pude matarte como á un ladron, y no te maté.

—Bien... confieso que me hiciste un favor.

—Yo sabia que los de tu casta son hechiceros.

—Bien, acaba.

—Dejándote escapar...

—Te repito que me hiciste un beneficio..

—Pues bien, quiero que en pago de ese beneficio y por una razonable cantidad de oro me des un filtro.

—¡Un filtro! dijo con recelo Wamdihavé.

—Sí, un filtro para hacer dormir.

—¡Ah! ¿quieres sorprender á una mujer?

El esclavo se sonrió con una repugnante malicia.

—Pues bien, te daré un filtro, no para que duerma, sino para que te ame, lo que es infinitamente mejor.

Brillaron con una impura alegria los ojos del esclavo.

—¿Cuánto me darás por ese filtro? dijo el egipcio.

—Cuanto quieras.

—¿Eres bastante rico para darme veinte libras de oro?

—En esta bolsa hay más.

Y mostró un largo bolsillo de cuero á Wamdihavé, que tendió hácia él la mano.

—No, no, todavia no; dame ese filtro.

—¿Cuándo le quieres?

—Ahora mismo.

—Espera.

Wamdihavé entró y volvió á salir poco despues con un pequeño pomo de laton que entregó al esclavo.

—¿Y este filtro?... dijo con recelo Atar.

—Basta beber el licor que aquí se encierra, y apenas le beba te amará.

—¿Y si me engañas?

—Si te engaño, delátame al rey.

—Bien, toma.

Wamdihavé guardó el bolsilló en su bolsa; el esclavo impaciente guardó el pomo, se despidió del egipcio y se alejó.

Wamdihavé entró apresuradamente en el aposento donde habia dejado al rey.

—Escucha, le dijo: ¿tú vas á casa de Jonias?

—Sí.

—¿Vas á ver en ella una mujer?

—Sí.

—¿Esa mujer es hermosa?

—Sí.

—¿Hechicera?

—Sí.

—Pues bien, espera, dijo Wamdihavé, yendo á una mesa y escribiendo con un punzon unos extraños caractéres en una tablita de marfil.

—Toma, cristiano, le dijo: si quieres que Wamdihavé te ame como á un hermano, y abra para tí los tesoros de su ciencia, entrega esta tabla á la mujer á quien vás á ver.

—¿Y esa mujer?

—Esa mujer es mi hermana, exclamó Wamdihavé.

—¡Tu hermana!

—Sí, por ella he venido á Leon.

—¿Y cómo estás separado de ella?

—¡Oh! esa es una triste y terrible historia: mi hermana es esclava del califa de Córdoba, que la ha enviado á Leon con el hebreo Jonias, que la guarda de una manera harto receloso y con bastante gente brava, para que yo no haya podido arrebatársela.

—¿Y esta tabla?

—Esta tabla la pondrá en mi poder.

—Pues bien, se la daré.

—No perdamos, pues, el tiempo. Vamos.

Wamdihavé y el rey salieron. Atravesaron muchas calles silenciosas y oscuras, y al cabo desembocaron en la plazuela donde estaba situada la casa de Jonias.

Antes de hacer la seña por la que debia abrírseles aquella puerta, el rey se volvió á Wamdihavé:

—¿Esperas aquí? le dijo.

—No, es preciso que vuelva con los mios.

—¿Podré volverte á ver?

—Sí, si no salvo á mi hermana... si la salvo... partiré con ella.

—¿Has olvidado ya que has prometido curarme?

—Es verdad... esperaré... pero esperaré en las montañas.

—¿Y qué señal podré tener para encontrarte?

—Cuando me necesites pon una cruz roja en la primera encrucijada del camino de Asturias, y á la noche siguiente has que espere junto á ella un hombre.

—¿Por tu fé y por tus dioses?

—Por mi alma.

—Adios.

—Entrega esa tabla á mi hermana.

—Te lo juro. Adios.

Dicho esto, Wamdihavé partió. El rey se acercó á la misma puerta adonde se habia acercado el conde don Vela Sanchez, y silbó.

Poco despues se abrió la puerta, se cambiaron algunas palabras entre el rey y el que habia abierto, y la puerta se cerró.

CAPITULO V.

La mágia blanca y la mágia negra.

Érase una estancia sombría, enteramente pintada de negro, con caractéres rojos escritos en gran tamaño sobre aquel fúnebre fondo: un paño negro cubria el pavimento, y sobre un candelabro de tres luces ardian tres llamas lívidas que daban al aposento un aspecto espantoso.

Junto al candelabro habia una trípode de bronce, sostenida por sierpes; delante de ella una especie de ara portátil en que ardia un fuego opaco, y entre el ara y la trípode un libro abierto escrito con extraños caractéres, y sobre el libro una varita de ébano con extremos de metal dorado.

El todo de esta habitacion era lúgubre; de su alta y negra bóveda parecia suspendida una niebla fantástica, y en su parte superior, sobre un friso, se veía en cada lado una ventana con celosías.

Nadie habia en aquella estancia; pero poco despues del momento en que la presentamos á nuestros lectores, se abrió silenciosamente una puerta y apareció por ella Ayelah, sin

manto ni otras ropas que las reducidas con que la hemos presentado anteriormente.

Adelantó en silencio, se sentó en la trípode, apoyó los pies en las cabezas de las sierpes, pues con la altura del asiento no llegaban al suelo, y adoptó una actitud imponente: su semblante sombríamente severo, iluminado por la verdosa luz que destellaban las bujías, puestas en el candelabro, tenia una hermosura fantástica, casi satánica: su boca entreabierta parecia dominada por un furor sobrenatural, y sus ojos brillaban con una hermosura salvaje.

En el momento de sentarse tomó la varita que estaba sobre el libro, y dió tres golpes con ella en uno de los brazos del candelabro, que produgeron tres sonidos metálicos y vibràntes: inmediatamente resonaron fuera otros tres golpes, se abrieron con estruendo y como por sí mismas las hojas de una puerta, dejando descubierto un fondo oscurísimo, de en medio del cual fué lanzado un hombre en la estancia mágica, y en el momento se cerró la puerta con estruendo.

El hombre que habia entrado era el rey don Sancho I de Leon, el Gordo.

Debia estar acostumbrado á aquel tenebroso aparato, ó era excesivamente valiente, puesto que ni retrocedió ni tembló: por el contrario, adelantó con desembarazo, y dijo con voz segura dirigiéndose á Ayelah:

—Hermosa reina de los conjuros, héme aquí que vengo por la décima vez á sober de tu ciencia, si debo esperar victoria ó temerlo todo de mis enemigos.

—Al fin las estrellas tienen un lenguaje para tí, rey:

al fin puedo decirte que triunfarás de tus enemigos, dijo Ayelah.

—¿Es decir, que mi espada se teñirá en la sangre del conde Fernan-Gonzalez?

—El conde ha venido á ponerse descuidado en tus manos, porque confia en un poder que le acompaña: para vencerle es necesario que le arrebates ese poder.

—¿Y en qué consiste ese poder?

—Escucha lo que dicen los astros.

Ayelah echó en el braserillo del ara una materia inflamable, que se deshizo en humo, en un humo blanquecino y de olor acre que se dilató, lleno la estancia y dió á los objetos y á las dos personas un colorido doblemente fantástico.

Ayelah, vista á través de aquel humo, era una verdadera sibila.

Tomó el libro, y fijando en él los ojos, entonó en voz lenta y lúgubre el canto siguiente:

«¡Abd-el-Rajman! ¡Abd-el-Rajman! ¡tú eras fuerte, tú eras grande, tú eras poderoso!»

«¡Abd-el-Rajman! ¡los ejércitos de Oriente y de Occidente te acometian en vano, revueltos en monton, irritados como tigres hambrientos! ¡tu yatagan los deshacia, como el viento deshace las nubes, y lluvia de sangre se desplomaba á su choque, como se derrumba de las nubes el aguacero del cielo!»

«¡Abd-el-Rajman! ¡tu brazo despejaba en un momento de enemigos los campos de tu imperio como el cierzo despeja de nubes el firmamento!»

«¡Ay! ¡un dia menguó tu estrella! ¡tus haces fueron derrotadas, y en vano se tiñó tu diestra en sangre!»

«¡El ángel del terror batió las alas sobre los tuyos, que huyeron desbandados delante del enemigo como las hojas secas vuelan delante del aquilon!»

«¡Dia de luto y de vergüenza para tí fué aquel en que el conde de Castilla cebó sus canes en los insepultos cuerpos de los tuyos despues del estrago de Santisteban de Gormaz!»

«¡Volvíste á Corthobah, con las megillas rojas, con la púrpura de la vergüenza, y te encerraste en los jardines de Azarah, donde no resonó una guzla, ni el leve girar de las hermosas esclavas en la zambra!»

«¡Luto vistió tu corazon! ¡duelo tus ojos! ¡te mesâste la larga barba, y en un momento de delirio, de rabia, hiciste sonar tus trompetas, levantaste tu antes poderosa bandera, oprimiste los lomos de tu corcel, pisador de sangre, y te lanzaste colérico como leon irritado sobre los linderos del cristiano!»

«Y allí otra vez cerca de Lara, á las puertas de Burgos, tu bandera fué hollada de nuevo, y deshechas tus taifas, y ensangrentado el suelo, y puestos en huida tus caballeros.»

«El sol de tu gloria que habia brillado en cien combates, se eclipsó entre nubes rojas, y volviste á Corthobah, y esperaste á la noche para entrar en ella, envuelto en las tinieblas, temeroso de que tu pueblo viese en tus megillas el rubor del vencimiento.»

«Y ya no imploraste á Dios. Desesperado te volviste á los astros.»

«Y los astros te dijeron:»

«Vuelve tu corcel á la parte de Alquibla (1), y sigue el sendero derecho.»

«Y cuando al fin del sendero encontrares un gigante caballero en una sierpe, combátete con él: pero cuida de no herirle con punta que derrame sangre, sino con golpe que le confunda y le aturda.»

«Sofócale luego y abre su boca.»

«En ella encontrarás una llave de oro.»

«Y seguirás adelante.»

«Tu corcel te llevará por entre rocas y precipicios, y en medio de ellos encontrarás una torre.»

«Saldráte á recibir una maga amiga del jayan que hayas vencido.»

«Y la maga será muy hermosa: hermosa como un arcángel del sétimo cielo.»

«Y su vez será suave y dulce, como el suspiro de las auras entre las flores, y sus palabras incitantes y enlaquidecesoras, como la primera mirada de amor de una vírgen.»

«Sus túnicas serán brillantes como la caida de agua que se derrumba de las montañas, y matizadas de colores tan puros como los que hace nacer el sol en el arco de los cielos despues de la tormenta.»

«Y la maga acompañada de hermosísimas doncellas, saltará sobre la grupa de tu caballo y te rodeará al cuello sus frescos brazos, y te hará sentir el perfume de su aliento.»

(1) Alquibla en árabe es la parte del Mediodia, Alquf ó Alquifia la del Norte, Ajarkia la de Oriente, y Algarb ó Algarbia la de Poniente.

«Ay de tí si tu corazon se extremece de amor.»

«Sombra profunda y noche de duelo cubrirán tus ojos, y tu alma será condenada.»

«Pero si resistes los encantos de la maga, si tu corazon es de diamante para ella, huirá de tí convertida en ave nocturna con sus doncellas, lanzando agudos graznidos.»

«Y llegarás á las puertas del alcázar, y las podrás abrir con la llave de oro, y entrarás y verás jardines y aposentos como no los ha visto ojo humano, y en esos jardines encontrarás inmóvil como una estátua un poderoso corcel con caparazon de guerra, y sobre él en una alcándara un azor mudado.»

«Pero el caballo y el azor, cuando tú vayas á tocarles, girarán en derredor de tí como un torbellino.»

«Y se escucharán voces espantosas y alaridos y gritos de muerte.»

«Fragor de combate, mugidos de tormenta, silbos de sierpe y baladros de trasgos.»

«Se nublará el cielo con nubes rojas, y girarán cada vez con más violencia el azor y el caballo.»

«¡Ay de tí si aquel girar te desvanece! ¡Ay de tí si aquellos gritos y aquel rumor insólito te espantan!»

«Encantado girarás dentro de aquel círculo mágico, que seguirá dando vueltas y haciéndote girar sin descanso, una eternidad de eternidades.»

«Mas si ves y oyes con ojos y oidos serenos; si rompes impasible aquel círculo sin temor de que te arrastre consigo, podrás llegar al último aposento del alcázar.»

«Saldránte á recibir siete enanos cargados con fuentes

llenas de piedras preciosas, y la primera fuente será de amatistas, la segunda de rubies, la tercera de ópalos, la cuarta de esmeraldas, la quinta de perlas, la sesta de diamantes, y la sétima de carbunclos.»

«Y cada uno de los enanos te dirá:»

«Toma, señor, estas riquezas que hemos guardado para tí, que eres ínclito y vencedor.»

«La riqueza es la fuerza, la riqueza es el poder, la riqueza es el amor, la riqueza es la felicidad.

«Esto te dirán los enanos, y girarán al rededor de tí, y levantarán hasta tus ojos las bandejas, y te harán ver la enorme grandeza de las piedras y su brillante hermosura.»

«Pero sigue adelante, porque si tocases una sola de aquellas piedras, el alcázar se derrumbaria sobre tí, y serias maldito.»

«Y cuando hayas llegado al último extremo del aposento, se abrirá una puerta de oro labrada con cuantas piedras llevaban en sus bandejas los enanos, y tras aquella puerta aparecerá una doncella resplandeciente como la luz, vestida con túnicas cándidas como las espumas de las aguas, y te sonreirá amorosa, y te dará paz en el rostro con sus lábios.»

«Y si un impuro pensamiento no cruza por tu alma, si respondes con palabras de paz á la hermosa de las hermosas, ella te dará un pequeño silbato fabricado de una sola esmeralda y pendiente de una cadena de oro.»

«Y cuando hagas sonar tres veces aquel silbato, te encontrarás ginete sobre el caballo que no habias podido tocar, y en el puño el azor que te unia; y desaparecerá el al-

cázar, y te encontrarás á la márgen de un torrente que se derrumbará en una cima.»

«Y en aquella cima arrojarás el silbato, para que no pueda acontecer que le pierdas y alguno le halle y al sonarlo vayan á él el caballo y el azor.»

«Y cuando hayas hecho esto, dirás al azor:»

«Azor sábio, azor de Alí el sucesor de Mahoma, vuela hácia donde estén mis enemigos, y siéntate sobre el campo de mi victoria.»

«Y cuando esto hayas dicho, soltarás el azor, que volará y buscará el lugar de tu triunfo.»

«Y entonces te inclinarás sobre el cuello del caballo, y le dirás:»

«Corcel mio, noble corcel, corcel de Alí, el escogido de Dios: sigue el vuelo de mi azor, y llévame al campo de sangre y de victoria.»

«Y el corcel partirá y servirá de guia á tu hueste.»

«Y cuando encuentres al enemigo le vencerás, y entrarás á saco sus ciudades y sus castillos, y encontrarás más riquezas y mujeres más hermosas que las que despreciaste.»

«Y despues que el sábio Alime hubo dicho al califa este decreto de las estrellas, el califa montó en su corcel de guerra y le volvió á la puerta de Alquibla.»

«Y sucedió como las estrellas habian hablado.»

«Encontró al gigante ginete en una sierpe, y lidió con él y le arrojó por tierra y le sofocó y le arrancó la llave.»

«Y venció á la tentacion cuando encontró á la maga, y al miedo cuando ya dentro del alcázar defendia al caba-

llo y al azor un torbellino de espanto, y á la codicia cuando los siete enanos le presentaron las siete fuentes de oro colmadas de piedras preciosas.»

«Y su corazon no se extremeció ante la inmaculada pureza de la doncella que le dió el silbato.»

«Y el califa hizo sonar el silbato por tres veces, y se derrumbó el alcázar, y él se encontró sobre el caparazon de guerra del corcel de Alí, y con el azor de Alí en el puño, á la orilla de un torrente que se derrumba en una cima.»

«Y Abd-el-Rajman arrojó en ella el silbato.»

Detúvose Ayelah, y fijó una profunda mirada en don Sancho, que escuchaba estático aquel cuento de encantos.

—«¡Abd-el-Rajman! ¡Abd-el-Rajman! tu estrella de victoria volvió á lucir en lo más alto de los cielos y clavó para tí la instable rueda de la fortuna!»

«El azor te llevó á campos de triunfo, y tu caballo se ensangrentó hasta las cinchas en sangre de cristianos que huian trémulos de pavor delante de tu bandera.»

«Volviste á ser el invencible, y tu espada fué de nuevo la espada de Dios.»

«Fernan-Gonzalez, el soberbio conde, forzó en vano su valor de leon herido é irritado; llevaste sus escuadrones delante de los tuyos como lleva el torrente una paja.»

«Y la soberbia se apoderó de tí, y atribuiste á tu diestra los triunfos que eran de la invisible mano de Dios.»

«Un dia el conde de Castilla asentó sus reales junto á aquella misma villa de Lara, donde un año antes te habia vencido.»

«El sol tocaba entre encendidas nubes al ocaso: y la

noche avanzaba tras negros nublados preñada de tormentas.»

«El conde entristecido por los pasados desastres, levantaba los ojos al cielo, y elevaba una fervorosa súplica al Padre de todo lo criado.»

«Y se apoyaba en una fuerte jabalina.»

«Iba á ponerse en camino para salir al encuentro de tus árabes, Abd-el-Rajman, y sus escuderos le tenian de las bridas su generoso corcel de batalla.»

«Rodeábanle sus capitanes desalentados, y la hueste extremecida ya de pavor con la sola noticia de que iban á salir al encuentro de los árabes, plegaba las tiendas y cabalgaba.»

«Y hé aquí que de repente se levantar clamor de voces, y estridor de armas y carrera de caballos.»

«¡Al arma! gritan los atalayas. ¡Al arma! los capitanes, y aunque no se ve una toca ni un solo almaizar en la llanura, el conde y sus capitanes cabalgan apresuradamente.»

«Cuando rompiendo por la hueste, herido, acosado, lanzando bufidos de dolor, pasó junto al conde un jabalí blanco y espantable.»

«Un jabalí como jamás habia visto uno montero mortal.»

«Y el conde, arrastrado por un misterioso impulso, apretó los acicates á la hijada de su caballo, púsose en seguimiento del cerdoso, y blandió la pesada jabalina.»

«Síguenle los capitanes, luego los alféreces, despues los cabos, y por último la hueste entera.»

«Pero el jabalí corre como el pensamiento, y el corcel del conde como la idea que al pensamiento acosa.»

«Corren y corren ; se dejan atrás á los capitanes, á los alféreces, á los cabos, á la hueste.»

«Dejan en fin atrás al viento.»

«Y siguen corriendo, atravesando campos, salvando colinas, saltando rios y torrentes.»

«Cierra la noche, y el jabalí relumbra como una estrella girante que desprendida de los cielos rodase con una velocidad increible sobre la tierra.»

«El corcel del conde le persigue sin perder terreno, dejando tras sus ferrados cascos un rastro de fuego.»

«Y empezaron á trepar por lo fragoso de la sierra, entre cuyas altísimas crestas zumbaba el trueno y cuyos abismos alumbraba la luz del relámpago.»

«Mugian los torrentes, bramaba el huracan, crujian las encinas descuajadas de la tierra, y retemblaban las rocas al estampido del rayo.»

«Y el conde con el corazon sereno y el espíritu levantado á Dios, pronunciaba su santo nombre y seguia y perseguia al jabalí.»

«Hé aquí, que en lo más alto de un áspero repecho á la luz de los relámpagos, se descubre un pequeño y tosco santuario.»

«Cortinages de hiedra cubren la piedra de sus muros, y el jaramago ondea sobre su techo impulsado por el viento.»

«Su campana agitada por la tempestad se extremece, y deja escuchar por intérvalos un sonido tembloroso y desigual.»

«Y el jabalí enviste por el sendero, y trepa y llega al santuario, y la puerta se abre y el jabalí penetra.»

«Y el conde llega y se arroja del corcel, y entra en el santuario blandiendo su jabalina.»

«Pero al llegar junto al jabalí, cree que sus ojos tienen un brillo y una expresion sobrenatural, y que parecen decirle:»

«Llega, hiéreme, y mancha con sangre impura el altar del Altísimo á que me he acogido.»

«Y el conde al comprender esto, arroja lejos de sí la jabalina, cae de rodillas ante el altar, se arranca de la frente el capacete, y ora.»

«El jabalí desaparece, como hubiera podido desaparecer una vision, y por el fondo del templo adelanta un hombre anciano envuelto en una túnica penitente.»

«Es un varon justo, y se llama Pelagio.»

«Hace cuarenta años que vive en el yermo, y á pesar de su retiro, la fama de su santidad y de sus milagros llena el mundo.»

«A él vienen los tristes, los menesterosos, y él en nombre de Dios les dá paz, amparo y salud.»

«Bien venido seas, buen caballero, dice al conde: tu espada brilla en defensa de Dios, y tu boca no miente, ni tus triunfos te ensoberbecen.»

«Has respetado la casa del Señor, y el Señor me envia á decirte que mañana vencerás á tus enemigos.»

«Dios te dará la victoria, y la señal de ella será un caso extraño que acontecerá en tu hueste.»

«Toma esta corneta y hásla sonar tres veces.»

«Cuando la hayas soñado, un azor se posará en tu puño, y te encontrarás ginete en un corcel de guerra.»

«El azor te llevará á la victoria, y el caballo hollará tus enemigos.»

Y así sucedió, el conde se volvió á su hueste, sonó la corneta y fueron á él el azor y el caballo de Alí.

«Y venció á los árabes, los arrolló, les hizo innumerables cautivos, y desde entonces el azor y el caballo han sido un signo de triunfo para Fernan-Gonzalez.»

Calló Ayelah, y don Sancho, juzgando terminado el cuento, la dijo:

—¿Con que es decir, egipcia, que el poder del conde consiste en ese azor y ese caballo?

—No solo su poder, sino su amor, su felicidad, sus riquezas.

—No te entiendo.

—Pues es muy claro: supongamos que el conde en vez de decir: azor mio, vuela; busca el lugar donde está mi enemigo Abd-el-Rajman: y á su caballo: sigue al azor, corcel mio, les dice: azor, busca una doncella real, hermosa, noble, pura, casta; corcel mio llévame hasta ella.

—¡Ah! ¿y el conde se hará amar de la dama, de la misma manera que hace huir á sus enemigos?

—Cabalmente: la dama le amará con frenesí; pero...

—¿Pero qué?

—En el momento en que el conde pierda el azor y el caballo, dejará de ser invencible, y le olvidará la dama que le haya amado, y perderá las riquezas que haya adquirido.

—¿Pero cómo arrancar al conde esos dos animales? por medio de la corneta que le dió el santo Pelagio los llamará é irán á él aunque se les tenga encerrados en una cripta y tras puertas de hierro.

—Hé aquí que todo consiste en quitar al conde la corneta.

—Pues bien, tú que eres sábia, tú para quien tienen un claro lenguaje las estrellas, díme la manera de arrebatar al conde esa presa.

—Lo que te he dicho hasta ahora se referia al poder del conde, y eso he podido conocerlo por medio de la mágia blanca: pero lo que me pides se refiere al mismo conde, y es necesario valerse de la mágia negra, de la nigromancia, en fin.

—¿Y qué es la nigromancia?

—La ciencia de conocer lo oculto por medio de los cadáveres.

Crispáronse un tanto los cabellos de don Sancho.

—¿Y es necesario que yo vea ese cadáver?

—Necesario de todo punto, rey: pero si te aterra, si te repugna, dueño eres de desistir de tus intentos.

—No, no, exclamó el rey: ¡mi gloria! ¡doña Sancha! ¿me la ha de arrebatar ese terrible conde? dispuesto estoy, egipcia; evoca al infierno si es preciso: le veré aparecer sin miedo.

Ayelah dió tres golpes pausados con la varita de ébano sobre el candelabro: describió despues con la misma varita dos círculos al rededor de su cabeza, y murmuró en voz gutural algunas palabras en un dialecto desconocido y bárbaro.

Despues esperó: nada apareció por el momento: pasó algun tiempo, y sucedió el mismo reposo: esperó aun más, y volvió á repetir los tres golpes y las mismas ó semejantes palabras. Pero nada apareció.

—Es extraño, dijo para sí: ¿donde estará Atar?

Y se agitó impacientemente en la trípode.

—Aun no ha llegado la hora, dijo; es necesario esperar.

—Esperemos, pues, dijo el rey, y pues nada tienes que decirme, aprovecharé estos momentos para darte lo que uno de tu raza me ha dado para tí.

—¡Uno de mi raza! ¡qué! ¡hay egipcios en Leon!

—¡Han llegado hace ocho dias!

—¡Que han llegado hace ocho dias! murmuró en acento ininteligible Ayelah. ¡Hace ocho dias que han llegado egipcios, y él... no, no será él! él hubiera encontrado un medio de verme. ¿Y dices que te ha dado para mí... le añadió en voz alta.

—Esta tablita, dijo don Sancho sacando de la escarcela la que le habia dado Wamdihavé, y entregándosela á Ayelah.

La jóven posó una mirada avarienta en los menudísimos caractéres que el egipcio habia escrito sobre ella, y una expresion de lúgubre alegria se pintó en su semblante, y se arrojó de la trípode, corrió al rey, le asió de las manos, y le hizo extremecerse, no sabemos si por su suave contraste ó por horror á una mujer que de tal manera se confesaba nigromante.

—Acabas de darme en esta tabla de marfil más que un

tesoro: me has dado la felicidad, rey: pero me queda una horrible inquietud: en tu reino, en donde jamás han visto á los egipcios, en que tanto horror se tiene á los hechiceros, amenazan á mi pueblo grandes peligros: tú lo eres aquí todo: tu voluntad se obedece como ley...

—Sobre mí está el reino cuando se reune en córtes, dijo con acento mal humorado el rey; pero te juro que se les considerará como hombres, como vasallos mios, y serán juzgados por los fueros viejos del reino: así lo he dicho al hombre que me ha entregado esta tablita de marfil para tí.

—¿Y has estado en la casa de ese hombre?

—Sí.

—Y... ¿qué has visto?

—Nada he visto... pero he oido...

—¿Y qué has oido?

—Una voz dulcísima de mujer, que cantaba en un lenguaje desconocido para mí, pero armonioso como el canto de los pájaros en las florestas durante la primavera.

—Espera, espera, dijo Ayelah meditabunda como quien recuerda: ¿cantaba así la mujer?

Y entonó la misma cancion que habia oido el rey en la casa de Wamdihavé, con la misma armonía, los mismos accidentes, y el mismo dialecto desconocido.

La voz de Ayelah era dulcísima, llena, armoniosa, pero de más extension, de más fibra que la que antes habia escuchado el rey, que parecia atónito, como arrastrado por el encanto de la jóven.

—Sí, sí, era ese mismo cantar, exclamó el rey: pa-

rece que le ha reproducido un eco... la misma dulzura... ¡oh! ¡oh!

—Es ella, Athais la hermosa, la de las trenzas de oro, murmuró Ayelah con acento indefinible.

Y luego, volviendo á su expresion glacial, se volvió á la trípode, subió en ella, colocóse en su posicion de pithonisa, y dijo al rey:

—Me has obligado acaso sin pensarlo, y es necesario que sepas cuanto deseas. Veamos si Atar ha vuelto, murmuró en voz baja.

Y tocó de nuevo tres veces con la varita en el brazo del candelabro murmurando un nuevo conjuro.

Pero esta vez no se hizo esperar el resultado: oyóse bajo la habitacion un ruido sordo, lento, que fué acreciendo, semejante al zumbido del huracan desencadenado; luego rechinó el pavimento, se abrió una negra boca, se exhaló por ella una llamarada lívida que saturó el ambiente de un olor acre, y luego apareció un negro corcovado, enano, patizambo, vestido de rojo, que al verse en el aposento rodeó en torno suyo una mirada estúpida, y luego hizo una mueca, que tanto podia tomarse como una burla, como por un mohin del infierno.

Los cabellos del rey, que no estaba iniciado ni podia sospechar aquella farsa, se erizaron, pegósele la lengua contraida á su boca, y sus ojos dilatados á pesar de la piel sobrante que caía sobre ellos, parecian próximos á saltar de su órbita: Ayelah entre tanto habló algunas palabras en dialecto extraño, á las que contestó con voz bronca, sepulcral y campanuda el negro, en un idioma igualmente

desconocido para el rey. Despues de esto, Ayelah volvió á tocar con la varita al candelabro, pronunció con vibrante voz el conjuro, y el negro, haciendo una contorsion horrorosa, se hundió, desapareció, volvió á cerrarse el boqueron por donde habia desaparecido, y volvió á escucharse el zumbido profundo, que fué disminuyendo hasta perderse en el silencio.

Entonces Ayelah se volvió al rey.

—Tu destino está en la mano de una mujer, le dijo: de una mujer que vive en tu corte en una santa casa.

—¡Ah! ¡el nombre de esa mujer!

—Si los astros expresáran claramente el destino de los hombres, serian inmortales y poderosos como Dios: los astros no hacen más que indicar de una manera misteriosa.

—Si esa mujer fuera la infanta doña Sancha...

—Acaso, acaso.

—¿Y dicen las estrellas que en el momento en que el conde pierda el azor y el caballo perderá su poder?

—Sí.

—¡Oh! Pues los perderá, yo te lo juro.

Dicho esto, el rey sacó un pesado bolson de su escarcela, y le arrojó sobre el libro, que habia quedado abierto.

—Además de ese oro, pídeme una merced, dijo á Ayelah.

—¿Una merced? Sí. ¿Si alguna vez recurro á tí, rey, encontraré amparo?

—Te lo juro.

—Pues bien, esa es la única merced que necesito.

—¿Nos volveremos á ver?

—Dios lo sabe.

—Pues adios, egipcia. Paréceme que comprendo á los astros, y que tengo al conde entre mis manos.

—Ten cuenta con que Fernan-Gonzalez es valiente como un leon.

—No importa: esta noche estará en prisiones.

Brilló un relámpago sombrío en los ojos de Ayelah, que se contuvo y volvió á aparecer serena.

—Importa que me dejes sola, le dijo.

Y dió un golpe con la varita sobre el timbre.

Abrióse entonces la puerta por donde habia entrado el rey, y apareció en ella una sombra blanca é inmóvil.

El rey salió, la sombra le precedió, alumbrándole con una lámpara, le hizo pasar algunas habitaciones tétricas, bajar unas escaleras, y al fin abrió la puerta en silencio, y el rey salió y se encontró en la calle.

Lo que habia pasado por él era demasiado grave para que no le impresionase. Nunca Ayelah se la habia presentado rodeada de tan fantástica ostentacion: aquel negro aposento, aquellos signos rojos, aquella luz lívida, aquel cadáver evocado, segun creia el rey, de la tumba, le impresionaban fuertemente, y caminaba de una manera lenta, abstraido en sus ideas, hácia la calleja donde se levantaban las tapias y se abria el postigo del huerto del monasterio de San Salvador.

De improviso sintió á sus espaldas los rápidos pasos de dos personas que se acercaban en su misma direccion. El rey se detuvo y se ocultó en el cancel de una puerta. Poco

despues las dos personas pasaron sin reparar en él á causa de la oscuridad.

—¡Oh! más aprisa, más aprisa, dijo al pasar una voz de mujer que extremeció al rey: es necesario avisarle: si le sorprendiesen á traicion...

La voz se perdió en la distancia, y el rey quedó por un momento enclavado en el mismo lugar donde habia escuchado aquella voz.

—¡Oh! ¡Doña Sancha! exclamó: pero no, no puede ser: ella es demasiado recatada... y luego, ¿por qué habia de aventurarse... pero esa voz... sí, es la suya... Acaso este no es más que un encanto de esa egipcia... ¡Oh! ¿Quién sabe á lo que han venido á mi corte esos hechiceros? ello es que no sé dónde estoy... Pero bien... en todo caso, para alejar de mí los conjuros tengo los exorcismos del abad Ugaldo, y para librar á mis reinos de esa peste la cuerda de mi verdugo... sigamos á esa fantasma... si es doña Sancha él debe ser el conde... y si es... ¡oh! si es... yo le juro que no verá mañana la luz del sol, y serán mios su azor y su caballo.

Y tras estas palabras se puso rápidamente en seguimiento de las dos sombras.

Como se vé, el rey participaba del fanatismo de su época: aborrecia de muerte á los hechiceros, los miraba con horror, los entregaba á su verdugo, y sin embargo, se valia de ellos: lo que prueba que en religion el fanatismo es tan reprobable como la impiedad.

CAPITULO VI.

Lo que era la mágia de Ayelah.—El amor de Atar.

Apenas salió de la casa el rey, la sombra blanca que le habia acompañado subió al piso superior y entró en un aposento, en donde se encontraba ya Ayelah, rebujada en su manto y sentada en un pobre divan.

Cuando aquel hombre entró, desenvolvió la ancha toca que cubria su cabeza y su frente como un velo, y quedó descubierto un semblante lacio, prolongado, de ojos hundidos, pequeños y móviles, naríz aguileña, labios sutiles, barba rala y entrecana, y expresion mezquina, recelosa, repugnante: no podia dudarse á primera vista, aunque el trage no lo hubiera indicado, que aquel hombre pertenecia á la raza judía, raza degradada y errante desde que cayó sobre ella la maldicion de Dios, y que si antes fué valiente y guerrera, solo tuvo despues por armas la astucia y el engaño.

Aquel hombre era Jonias; parecia contar cincuenta años,

y la perfidia y la maldad estaban impresas en su semblante como un sello de reprobacion.

—¿Y bien, te ha creido el rey? dijo posando en Ayelah una mirada hedionda.

—El rey tiene envuelta el alma en las nieblas de la ignorancia, y ha creido cuanto le he dicho: para él, el azor y el caballo que Abd-el-Rajman perdió en la batalla de Lara, son dos talismanes, el negro Atar un cadáver que se ha levantado de su tumba para revelarle su porvenir.

—Es decir...

—Que el rey de Leon tiene demasiado empeño por el caballo y por el azor para que no se apodere á todo trance de ellos: una vez en poder de don Sancho, fácil nos será apoderarnos de ese azor y de ese caballo, y podremos volver á Corthobah para satisfacer ese capricho del califa.

—¡Oh! ¡tiranos insoportables! para ellos valen más un pájaro y una bestia, que la mujer más hermosa que ha recibido de Dios la luz de su mirada.

—Abd-el-Rajman tiene en sus alcázares hermosuras resplandecientes... y una más ó menos le importa poco; pero es demasiado buen cazador y buen guerrero para conocer que no es tan fácil encontrar un azor de Africa de primera raza y un caballo de Persia, tales como los que le arrebató el conde Fernan-Gonzalez. El califa hace muy bien: ¿qué vale una miserable esclava comparada con esas dos prendas?

—Es que esos dos animales le cuestan un tesoro. Ya hace dos meses que estamos en Leon, y en ese tiempo hemos gastado de una manera que espanta: ha sido necesa-

rio gastar mucho para preparar, sin que nadie se aperciba de ello, el gabinete mágico, y sobro todo, se han ido miles de doblas para lograr que no se entrometan con nosotros las gentes del obispo, sin lo cual lo hubiéramos pasado mal, puesto que nos hubieran tratado como hechiceros.

—Tú, por tu parte, te has aprovechado de ello: la reina...

—La reina es tan imbécil como su hijo don Sancho.

—¿Ha venido esta noche?

—Sí, y acaba de dejarme.

—Y bien, ¿qué ha sucedido?

—Ha creido mis pronósticos lo mismo que el rey los tuyos, y ha salido acompañada de ese conde don Vela Sanchez, de ese odioso cristiano que se llama tu amante.

Y el acento del judío revelaba unos horribles celos.

—¿Mi amante ese hombre? exclamó con desprecio Ayelah: es verdad que hace algunos años, cuando era una niña, le encontré un dia perdido en el bosque, y su gallarda presencia, sus dulces palabras me enamoraron; pero despues comprendí lo odioso de su alma, y me repugnó...

—Pero seguiste diciéndole amores.

—Existia otro hombre que me habia ofendido, que por mí habia ofendido á mi tribu, y necesitaba un brazo que me vengase. Ese brazo podia ser el de don Vela, y le mentí más amor que nunca. He vuelto á verle despues de grandes desgracias, me conviene engañarle aun, y le engaño. Esto es todo.

—¿De modo que podré esperar...

—Jonias... tus celos me atormentan... ¿tienes algun

motivo para recelar de mí? ¿no me haces acompañar á todas partes? ¿no vigila sobre mí ese Atar, ese esclavo, que es demasiado fuerte y feroz para no ser un guardian que te satisfaga?

—Palabras y no más palabras, Ayelah.

—Tú sabes que ante todo es necesario alcanzar mi libertad del califa. ¿Qué seríamos sin él? Tus tesoros están en Corthobah.

—Y tú de seguro no los perderias por mí, huyendo del califa.

—El califa ha sabido quedarse con buenos rehenes.

—Sí, pero Abd-el-Rajman es un noble y valiente caballero que jamas ha faltado á su palabra: cuando le entreguemos el azor y el caballo, te entregará los tesoros que le has dejado en prenda de mi persona, me dará la libertad...

—Y tú...

—Yo te daré mi amor... pero... quiero ser rica, Jonias, añadió la jóven reclinándose indolentemente en el divan: quiero olvidar esta pobreza que me rodea entre alcázares de mármol y oro; quiero tener túnicas resplandecientes, esclavas que se tiendan á mis piés y guarden mi sueño, quiero gozar tanto, ser tan feliz como la esposa de Abd-el-Rajman, la sultana Sobeyah.

—Lo serás, dijo trasportado Jonias... pero entretanto...

—Entonces, solo entonces, cuando tenga en Corthobah un alcázar, seré tuya.

—Es una ramera que se vende, dijo para sí y dominando su irritacion Jonias.

—Tú quisieras que te amaran por tí mismo, judío, dijo

Ayelah, como si hubiera adivinado el pensamiento de Jonias, y no comprendes que un hombre como tú no puede tener más que esclavas; pero yo amo tu riqueza... ¿y qué te importa?... lo mismo es... cuando yo posea tus tesoros, te adoraré.

—Ayelah... tú te burlas de mí... mil veces he puesto montes de oro á tus piés, y...

—Es que yo quiero que me proteja la justicia del califa, quiero ser tu esposa... y para ser tu esposa, que me declares tu heredera... pero tengo sueño... estoy fatigada, Jonias, déjame.

El judío se hizo atrás sin pronunciar una sola palabra, miró de una manera singular á Ayelah, y salió murmurando:

—La miserable quiere ganar tiempo... sabe sin duda que los suyos han llegado á Leon; pero apodéreme yo del azor y del caballo, y entonces... ¡oh! esa miserable, cuya hermosura me enloquece, no se burlará de mí.

Y tras esto, salió dejando sola á Ayelah, que sacó la tablita de marfil que la habia dado el rey y la leyó de nuevo.

—¡Que me deje enamorar por Atar! exclamó refiriendose al contenido: que coma ó beba sin cuidado el manjar ó la bebida que me dé, y que me finja enamorada de él. ¡Oh! ¡oh! Wamdihavé es demasiado sagaz para engañarse, y cuando tal me manda, debo obedecer. Obedeceré pues... me parece que alguien se acerca... preparémonos.

En efecto, fuera de la habitacion donde Ayelah se encontraba, se percibia un ruido leve como el de un reptil que

se arrastrase por un pavimento. Ayelah reclinó la cabeza sobre el divan y se finjió dormida.

Poco despues se abrieron silenciosamente las dos hojas de la puerta, y asomó una cabeza informe, de mirada encarnizada y boca espumosa: luego aparecieron unos anchos hombros, y al fin la monstruosa y sesgada figura del enano Atar.

Detúvose un momento, miró á la jóven, adelantó, se sentó de rodillas junto al divan, y se puso á contemplar con éxtasis. Algunas veces su semblante fruncido y horrible se dilataba con una sonrisa de triunfo; y miraba á Ayelah de una manera ansiosa: una y otra vez tendió su mano para asir una de la jóven que pendia fuera del divan, y la retiró poseido de un respeto supersticioso.

Al fin entonó á media voz un canto monótono, y Ayelah abrió los ojos y fingió que despertaba.

—¿Qué quieres? ¿qué haces aquí? dijo con voz severa y displicente: ¿por qué el esclavo abandona su caballeriza?

—La vírgen de lás crenchas negras dormia, dijo humildemente el esclavo, tuerto y jorobado.

Una lágrima ardiente asomó al único ojo del esclavo, que se secó sobre él como absorbida por la ardiente y feroz exp esion que la reemplazó. Pero aquella expresion pasó como un relámpago, y volvió á su semblante su sumisa y servil expresion.

—Atar ama á la hermosa vírgen de los ojos brilladores, dijo: Jonias es un vil usurero que la hace sufrir: yo tengo para la hermosa doncella ricos manjares y dulces licores.

—¡Ah! ¡ah! ¡robas para mí!

—El esclavo tiene oro, dijo con esa vanidad pueril de los negros.

Y levantándose con una precipitacion febril, salió del aposento y volvió á poco, trayendo un paño blanquísimo y una escudilla con un guiso de ave y una copa de plata con vino. Acercó una mesa, puso sobre ella el mantel, la escudilla, la copa y un pan blanquísimo, y los mostró á Ayelah.

—Atar quiere, la dijo, que la doncella de las crenchas negras coma y beba agradablemente.

—Tú eres un esclavo, dijo Ayelah: ¿de dónde has sacado estas alhajas y este paño? un esclavo que roba, no merece ser amado... el verdugo le espera.

—¡Atar no roba! exclamó con fiereza el negro.

—¿Y cómo te has procurado?...

—¡Oh! ¡oh! en esta casa hay entradas secretas... que yo he descubierto por un acaso.

—¿Y has encontrado en ella un tesoro?

—Más que un tesoro, Ayelah: hay un hombre que me ha pagado á peso de oro la facultad de entrar cuando ha querido en esa casa.

—¿Y hace mucho tiempo que viene ese hombre?

—Hace ocho dias.

—Ocho dias hace que llegó á Leon el conde Fernan-Gonzalez, pensó Ayelah... acaso... ¿y ese hombre es noble?

—Escudero de un gran señor.

—¿Escudero de un gran señor?

—Sí...

—¿Y te ha dado oro?...

—Sí, mucho oro... y ese oro... será para tí...

—¡Oh! acaso la codicia de este miserable lo ha malogrado todo... es necesario obrar... bebamos y obedezcamos á Wamdihavé.

Y Ayelah comió y bebió frecuentemente á pequeños sorbos, de la copa.

Atar la miraba de una manera profunda. Parecióle que á medida que bebia se dulcificaba su semblante, que sus miradas se posaban en él de una manera dulce, y al fin no pudo dudar: la jóven le miraba con pasion.

—¡Oh! exclamó Ayelah, ¡cuán felices vamos á ser! ¡cómo vamos á engañar á ese miserable Jonias! ¡Jonias que me ama y quiere hacerme su esposa!

Brillaron de una manera sombría los ojos de Atar.

—¡Que Jonias te ama! exclamó.

—Sí... pero yo le aborrezco... me dá horror... continuó Ayelah: yo no amo á nadie, á nadie más que á Atar.

—¡Que me amas! ¡que me amas tú!

—Sí, pero es necesario huir... si Jonias despertára... si Jonias supiese...

—¡Oh! ¡oh! Jonias no despertará, exclamó Atar levantándose de una manera violenta y saliendo de una manera precipitada del aposento.

—¡Oh! ¡qué va á hacer ese hombre... ese miserable!... exclamó horrorizada Ayelah lanzándose tras el negro.

Pero Atar habia enloquecido con las fingidas palabras de amor de la jóven, y habia entrado furioso con sus celos en el aposento de Jonias, que acababa de acostarse en su lecho. Al ver entrar á Atar, horrible, rugiente, el miserable tembló, y al ver aparecer tras él á Ayelah, creyó compren-

derlo todo: creyó que se trataba de robarle su oro, y se arrojó á la ventana gritando:

—¡Socorro! ¡honrados vecinos! ¡socorro! ¡ladrones! ¡ladro... nes!...

No pudo decir más; Atar fuera de sí, asustado por las voces del judío, clavó su puñal en su espalda, y el desdichado cayó lanzando un ronco gemido.

Ayelah, que no estaba familiarizada con el crímen, palideció, tembló, y se sintió morir al ver aquella negra sangre que manchaba el pavimento: sus ojos se nublaron, y cayó por tierra sin sentido.

Cuando volvió en sí, lanzó un grito de placer: se encontró recostada en un lecho, y junto á ella vió un hombre que la miraba con un profundo amor.

Aquel hombre era el egipcio Wamdihavé.

CAPITULO VII.

En que el rey dá un golpe en vago, y no sabe cómo remediarlo.

Entre tanto, el rey seguia á los dos bultos que habia encontrado en la calle, en uno de los cuales habia creido reconocer á doña Sancha de Navarra.

Marchaban muy de prisa, y llegaron muy pronto, seguidos por el rey, al postigo del huerto del convento de San Salvador.

En aquel postigo se detuvieron y hablaron acaloradamente algunas palabras: al fin la mujer pareció ceder, se abrió el postigo, y las dos sombras entraron; don Sancho, furioso por los celos y por la indignacion, esperó: durante algun tiempo, nada se oyó, y el rey llegó á creer que Pero Sanchez, cansado, habria abandonado el puesto.

Veamos entre tanto lo que pasaba dentro.

Era un gran espacio irregular: á ser de dia se le hubiera visto plantado de hortalizas y atravesado por calles tortuosas cubiertas de emparrados y flanqueadas por árboles: todas aquellas calles coudncian á un claro, rodeado de un bosquecillo de laureles, en el centro del cual habia una

tosca fuente y algunos poyos de piedra en torno de ella: al fondo se levantaba la severa fábrica bizantina del convento, que tenia una galería abierta y verjada de hierro sobre el huerto que correspondia á un sombrio claustro.

Pero eran tan densàs las tinieblas en la noche en que marcha nuestra accion, que nada de esto podia percibirse, ni sobre la dudosa claridad del cielo se destacaba otra cosa que las formas confusas de los árboles y la pesada masa del monasterio.

Pero si de repente la luz hubiera inundado aquel espacio, se hubieran visto por un lado cuarenta hombres ocultos é inmóviles tras los laureles, amen del arcipreste Pero Sanchez que prudentemente se habia colocado tras ellos, y por el otro un hombre que, sin apercibirse de que no era el único que se ocultaba en el huerto, esperaba impaciente con la mano puesta en su puñal.

Pasó algun tiempo, y al fin los que esperaban escucharon el ruido de una llave en la cerradura del postigo, luego rechinar su maderámen, cerrarse y volver á resonar la llave en la cerradura.

Dos sombras adelantaron, llegaron al claro rodeado de laureles, se sentaron en uno de los poyos, y hablaron con calor y en voz baja. Entre tanto y á un mismo tiempo, salieron de sus puestos los cuarenta jayanes que habia emboscado Pero Sanchez, y el hombre que esperaba oculto en el opuesto lado, y que llegó antes por estar más próximo: oyóse en seguida un golpe como de un puñal que choca en hierro, y en seguida un grito de indignacion.

—No tembleis, noble infanta, dijo el hombre que acom

pañaba á la mujer; mi deber es morir por vos... salvaos, no temais... yo me dejaré prender... huid.

La mujer, fuese porque la convenciesen estas palabras, fuese por temor, corrió hácia la verja que comunicaba con el convento, y desapareció por ella, en tanto que el hombre que habia quedado en el huerto era asegurado por los cuarenta jayanes de Pero Sanchez despues de una ligera lucha.

—¡Oh! ¡oh! ¡pues no creía yo tan fácil apresar al leon! decia para sí el arcipreste: pronto, hijos mios, pronto: tapadle la boca, cubridle el rostro, y con él al castillo. ¡Oh! ¡oh! pues no ha podido ser más en silencio... Me alegro.... las buenas madres, y sobre todo, la señora infanta doña Elvira no me hubieran perdonado nunca un alboroto. ¿Y bien, hijos mios, le teneis bien sujeto?

—No se escapará á buen seguro, dijo uno de los jayanes.

—Más fácil es que se revuelva un difunto á quien han echado encima la tierra de una hoya, dijo otro.

—Dejadle que se retuerza, añadió un tercero, logrará tanto como un lobo cogido en una trampa.

—¿Vosotros no sabeis quién es este hombre? dijo Pero Sanchez.

—Cierto que no lo sabemos, señor, contestaron algunos.

—Pues bien, nada importa que no lo sepais: lo que importa mucho es que nadie sepa lo que ha sucedido aquí esta noche... porque si se sabe... nadie puede decirlo más que vosotros, y se os ahorca sin remedio.

Siguieron á esta intimacion las más exajeradas protestas.

—Ahora, continuó Pero Sanchez, silencio, hijos mios, mucho silencio, y salgamos.

Y tomando el camino hácia el postigo, llegó á él, le abrió y salió: pero si se hubiera detenido á la salida á contar su gente, hubiera visto que con el prisionero habian salido cuarenta y dos hombres del huerto.

El uno de los que aumentaban el número, que no era prisionero y que se separó inmediatamente de la tropa, tomó apresurado el camino de la casa donde vivia Ayelah, murmurando:

—El conde está en poder del rey... bien... ahora poco importa que yo haya sido tan torpe que haya dado el golpe bajo sin pensar que podia ir armado, que necesariamente iba armado: pero me alegro: no tengo sobre mí esta sangre... el asesinato me repugna... y por otra parte, la prision ha sido misteriosa... el rey sabe demasiado que es un vasallo harto peligroso el conde, para que no le tenga á buen recaudo, y para que sus gentes le busquen en vano... puede ser que haya una guerra con Castilla. Pero faltando á los castellanos la espada de Fernan-Gonzalez, están muy lejos de ser invencibles... el rey don Sancho sabrá avenírselas con ellos y reducirlos; paréceme que de esta vez el leon se apodera de la Castilla y la sujeta bajo su garra... y una guerra... una guerra podria servirme de mucho... vamos á ver á Ayelah... me ama... sí... es indudable y mi suerte me arrastra hácia ella.

Por las anteriores palabras habrán reconocido nuestros

lectores al conde don Vela Sanchez: en efecto, era él; Jonias le habia presentado á la reina viuda doña Teresa como el único hombre capaz de vengarla del conde, y esta, sabiendo que el conde solia ir segun costumbre al huerto, le habia emboscado en él: ya han visto nuestros lectores el resultado, y cómo don Vela se encaminaba á casa de Ayelah.

Cuando estuvo cerca, y á medida que adelantaba, notaba un rumor confuso que acrecia, que se multiplicaba, como el de muchas voces reunidas de una multitud sublevada: quiso volver atrás, pero en aquel momento se oyó clamor de campanas que tocaban á rebato, y gentes que acudian medio armadas, despavoridas, de todas partes.

Don Vela apeló al medio más prudente que le quedaba, esto es, dejarse llevar de la corriente general.

Muy pronto, y á medida que se acercaba á la casa de Jonias, aparecian antorchas en las ventanas y los vecinos hablaban unos con otros.

—Es una mala peste esa langosta de Egipto, decia una vieja con voz chillona en la ventana: ¿creereis, vecina, que con sus conjuros han hecho volar tres casas en el arrabal alto?

—Pues hoy no es sábado, contestó la vecina.

—¿Y quién os ha dicho que esos hereges necesitan como las brujas del sábado? ellos deben hacer maleficios hasta en los dias consagrados.

Don Vela siguió adelante murmurando:

—¡Oh! ¡oh! se trata de los egipcios.

Pero al llegar más cerca de la casa, á una plaza despa-

redones derrumbados y casuchos incendiados, vió un espectáculo terrible y extraño al mismo tiempo.

Los buenos vecinos de Leon, y los arqueros del rey y del concejo, se esforzaban por apagar un incendio que podia comunicarse á la ciudad: el pueblo hervía entre aquel mar de llamas y se miraban con horror algunos utensilios abandonados por los egipcios, porque aquel era el barrio en donde se habian alojado.

—¡Infames! gritaba un cortador, blandiendo un enorme palo: nunca dejan un sitio sin profundas señales de su paso: el señor rey tiene la culpa: en vez de haber dado lugar á que ellos incendiasen su corte, debió haber levantado una hoguera de quince codos para haberlos tostado á fuego lento.

Don Vela siguió adelante evitando los lugares donde más se agolpaba la multitud, pero llegó á un punto en que le fué imposible evitar la concurrencia: circulaba una noticia horrorosa: se habia encontrado asesinado en su aposento al judío Jonias, y en la calle al negro Atar cosido á puñaladas: añadíase que un magnífico caballo del judío habia sido robado, y como en general la opinion pública casi siempre juzga de las cosas al revés de como suceden, hablábase de la lealtad del esclavo, que habia muerto defendiendo á su señor, de aquellos viles egipcios, hereges y ladrones.

Supo además don Vela, por las imprecaciones públicas, que el cadáver de un egipcio ahorcado habia desaparecido, y que se habian visto en los aires trasgos y fantasmas y esqueletos montados en extrañas hosamentas.

Don Vela siguió adelante ansiando salir de aquella zona de séres vivientes, y encontrar un lugar solitario oscuro donde ponerse en salvo; pero por desgracia suya se iba haciendo más compacta la muchedumbre, y más numerosas las antorchas; al fin, lo extraño de su trage y su cuidado por recatarse, le denunciaron.

—¡Hé aquí uno! ¡hé aquí un maldito egipcio condenado! exclamó un muchacho zarrapastroso.

Algunos se volvieron á la indicacion del mozuelo, y al reparar en don Vela, se enfurecieron, le tuvieron por egipcio, y levantaron sobre él horquillas, palos, espadas y toda clase de armas.

Don Vela no tuvo otro recurso que arrojar su manto y presentar su trage, que nada tenia de oriental.

—¡Eh! ¡buenos compadres! ¡honrados amigos! exclamó sobreponiéndose á la situacion: ved que yo nada tengo de egipcio, ni de herege, ni de hechicero, sino que soy como vosotros, un buen hijo del Papa y un honrado y leal servidor del señor rey don Sancho.

Pero por mala ventura del conde, un viejo escudero que habia llevado armas en otro tiempo, le conoció á pesar de la furibunda cicatriz que surcaba su semblante.

—En verdad, en verdad, amigos mios, dijo, que ese pájaro de lo que menos tiene es de hechicero vagabundo: pero tiene mucho de traidor y de mal cristiano.

—¿Por quién me tienes, viejo? dijo don Vela conservando á toda costa su sangre fria: tú estas loco, ó has bebido demasiado y no ves claro... vamos, déjame pasar.

—Que no veo claro... en verdad, en verdad, que en

otro tiempo era necesario ser muy lince para descubrir tus traiciones. ¿Dónde te has dejado á tu buen amigo el rey don Ordoño el malo?

Y como don Vela pugnaba por oscurecerse entre los grupos, gritó con todas sus fuerzas:

—¡A mí, leales y valientes leones, á mí! ¡ayudadme á prender al traidor conde don Vela Sanchez!

A aquel nombre que era muy conocido como el de un traidor en Leon, no hubo ya medio al escape: don Vela se vió cercado y acosado por todas partes, mientras el viejo escudero gritaba:

—No le maltrateis, no le hirais; cogedle vivo, para que el señor rey don Sancho tenga el placer de ver ahorcar al favorito de su enemigo.

Estas palabras lograron ser escuchadas, y don Vela, rugiendo como un lobo cogido por el cazador, se vió suspendido, maniatado, llevado en vilo por la multitud, que le conducia con gran algazara al castillo, adonde llegaron á la carrera.

Don Sancho se encontraba del peor humor posible, y se ocupaba en lanzar su centésima filípica á Pero Sanchez, que temblaba confundido delante de él: la causa de la irritacion del rey y de la confusion del arcipreste era muy sencilla: en vez de haber sido preso en el huerto del convento, el conde Fernan-Gonzalez, lo habia sido su primer escudero el noble caballero castellano Gonzalez y esta equivocacion habia pasado á beneficio de las tinieblas.

El rey habia dado, pues, un golpe en vago, y esto le tenia furioso. Buscaba en vano medios para reparar aquel

percance, cuando le acometió de repente los oidos el clamor del pueblo, que conducia preso al conde don Vela.

—¿Qué es eso? ¿qué gritan estos furiosos? exclamó el rey: ¿será que vienen á repetirme que esos endiablados egipcios han descolgado un ahorcado y han matado un judio y un esclavo, guarda de la puerta de los Leones? Y bien, que apaguen el fuego, que aballesteen al capitan de la guarda. ¿Qué diablos he de hacer yo ya? ¿ó quieren que me ciña mi arnés y mi espada para salir en persecucion de esos vagabundos?

—Señor, dijo un maestresala á la puerta.

—¡Qué! ¡y bien! ¿qué quieres?

—Un juez del consejo trae preso al conde don Vela Sanchez.

—¿Al conde don Vela? exclamó con alegría el rey: ¿y cómo se le ha preso?

—Se le ha encontrado entre el tumulto, señor.

—¡Ah! ¿se ha encontrado á ese traidor entre el tumulto?.. Bien! ¡sí! de aquí pueden salir grandes cosas. Que entre, que entre.

El maestresala desapareció, y el rey se volvió á Pero Sanchez.

—Vete... le dijo.

El arcipreste no esperó á que concluyese el rey para volver la espalda.

—Espera, espera, le dijo don Sancho; aun no he concluido: vete á la cripta del castillo, y presentate preso al capitan Rodrigo.

—¡Señor!

—Preséntate preso, y mándale de órden mia que te encierre en el mismo calabozo donde está el conde Gonzalo Diaz.

—¡Pero... señor!...

—Esto ha de ser, Pero Sanchez: ten en cuenta que no eres un prisionero, sino un guardian.

—¡Ah!

—Ten mucha cuenta con que nadie hable con el prisionero.

—Muy bien, señor.

—Pero tú, que eres sagaz, procura engañarle.

—Engañarle...

—Sí; por fortuna no hemos aventurado ninguna palabra que demuestre que teníamos intencion de prender al conde soberano su señor; tú... puedes decirle... sí... ciertamente... puedes decirle que yo, sabiendo que un hombre entraba todas las noches en el huerto de... del monasterio de San Salvador, donde tengo á mi madre, á mi hermana y á mi sobrina... temiendo un escándalo... sí... esto es... temiendo un escándalo... mandé prender silenciosamente al temerario que... Gonzalo Diaz dará sus descargos indudablemente... como que por afecto á su amo le importa mentir... y estos descargos acaso nos indiquen algo, por bien mentidos que sean.

—¡Ya! ¿Esto es decir que estoy encargado de embuchar un embuste á Gonzalo Diaz, y hacerle desembuchar mentiras?

—Esto es... y si eres sagaz, podrás servirme aun.

—Señor, mi lealtad...

—¡Basta! ¡basta! ¡vete! me parece que ya se aproxima esa gente.

Y el rey hizo salir por una puertecilla á Pero Sanchez, mientras por otra decia el maestresala:

—El juez, señor.

—Que entre solo el preso, dijo el rey.

Y envolviéndose en su manto, desnudó su daga preparado á todo evento, y esperó de pié en medio de la cámara.

Poco despues se levantó uno de los tapices, y entró un hombre con la cabeza descubierta, y vestido con un trage humilde y lleno de lodo, adelantó lentamente y se detuvo á alguna distancia del rey.

Aquellos dos hombres se miraron un momento profundamente y en silencio: don Vela, que era el que habia entrado, se mostraba perfectamente sereno: nadie hubiera creido que aquel hombre era un noble rebelde, que pregonado y sentenciado á muerte, se encontraba al fin desarmado y preso delante de su señor natural.

CAPITULO VIII.

En que se demuestra que el conde don Vela, á pesar de sus traiciones, ganó con ser preso y presentado al rey.

—¿Con que tú eres don Vela? dijo el rey despues de haber mirado algun tanto al conde.

—Don Vela soy, señor.

—Y dónde te has dejado á mi buen hermano don Ordoño el malo?

—¿No sé que haya sido de él, señor.

—Dicen que estaba en Corthobah, al arrimo del Hagib Almanzor.

—Es verdad; pero hace ya algun tiempo que yo falto de Corthobah.

—¿Y á qué has venido á Leon?

—A vengarme del hombre que es la causa de que yo me encuentre desterrado y pobre.

—¿Y qué hombre es ese?

—Ese hombre es el conde Fernan-Gonzalez, vuestro enemigo, señor.

—El conde de Castilla es mi más leal tributario.

—El conde de Castilla ansía llamarse independiente... el año pasado no vino á las córtes del reino á pesar de que vuestra grandeza le mandó que viniese, y este año ha mostrado que viene de mala gana, tardando más de lo necesario.

—Tú aborreces al conde, y le calumnias porque no has podido olvidar la batalla de Piedrahita, en que te venció con todos tus deudos y parciales.

—No le calumnio: vuestra merced sabe bien que lo que yo digo es verdad, y tanto, como que habeis hecho prender esta noche al conde, y le guardais en vuestro castillo.

—¿Que yo he preso al conde?... ¿dónde? ¿cómo? exclamó con impaciencia el rey.

—En cierto lugar donde mora cierta hermosa dama cuyo honor os interesa.

—¡Don Vela! ¡don Vela! ¿quién te ha revelado?...

—He sido testigo de ello...

—¡Que has sido testigo!... ¿y quién te ha dicho que yo me intereso por una dama?

El acento con que el rey pronunció estas palabras inspiró un atrevido pensamiento á don Vela.

—La infanta vuestra tia, dijo, la hermosa doña Sancha ama al conde de Castilla, y el conde la adora... y vuestra grandeza...

—¡Yo!...

—Vos teneis celos...

—¡Celos yo!...

—Sí, celos del conde, por amor á la infanta.

—¡Don Vela! ¡don Vela! exclamó todo asustado el rey. Y se puso á pasear agitado á lo largo de su cámara. De pronto se paró delante de don Vela.

—¿Que amo yo á doña Sancha, á una parienta mia, estando casado con la noble reina doña Geloira?

—Nada importa eso: un repudio puede arreglarlo todo.

—Tu lengua de traidor no sabe pronunciar más que infamias.

—Ahora no pronuncia más que verdades.

—¡Verdades!... ¿y quién puede asegurarte de que no te engañas?

—Cuanto sufrís por la infanta me ha sido revelado por vuestra madre.

—¡Por mi madre!

—Sí, por la excelente señora la reina doña Teresa.

—¡Cómo! ¿la reina sostiene inteligencias contigo?

—La reina, señor, no me conoce: ansía vengar la muerte de vuestro abuelo el rey de Navarra Sancho Abarca, y tiende lazos al conde: ella protege los amores de este con doña Sancha: ella sabe que su hermana habla todas las noches con Fernan-Gonzalez, y esta noche, la reina, á quien fuí recomendado por Jonias, me introdujo en el huerto para que matase al conde Fernan-Gonzalez.

—¡Como un asesino!

—No ciertamente, señor; aunque llevo al cinto un puñal, tambien llevo una espada: hubiera acometido al conde, y le hubiera obligado á defenderse; pero no tuve tiempo: antes de que yo llegase á él, salieron muchos hombres

de las enramadas: la infanta huyó, y el conde fué preso: entonces oí que el que los mandaba les decia que le asegurásen bien y le llevasen á vuestro castillo. Ya vé vuestra grandeza que lo sé todo.

—¡Todo!

—Y luego, vuestra confusion cuando escuchais el nombre de doña Sancha, la cólera que asoma á vuestro semblante al solo nombre de Fernan-Gonzalez... ya veis, señor, que habiendo venido solamente á matar al conde, he venido á prestaros un gran servicio, que no debeis recompensarme tratándome como traidor.

El rey volvió á pasear meditabundo.

—Tú, dijo deteniéndose de nuevo, como poseedor de estados en Vizcaya, en la frontera castellana y en la leonesa, eras vasallo tributario y natural tanto de mí como del conde Fernan Gonzalez.

—Es verdad... quise ser independiente, como ahora quiere serlo el conde de Castilla, y me revelé contra ambos. Vos tambien habeis sido tributario del califa de Corthobah, y os habeis declarado independiente... si yo he sido traidor, vos lo sois tambien: estamos en una situacion igual: con la diferencia de que vos habeis sido más afortunado que yo.

—Has perdido tus feudos, tus villas, tus castillos: tus deudos y tus parientes han muerto ayudándote, y estás solo, solo, reducido á ser esclavo de Abd-el-Rajman.

—Es verdad, señor, pero yo cuento con que vos me ayudareis, y me devolvereis vuestra gracia, mis estados...

—¡Yo!

—¡Vos!

—¿Y quién te hace alentar esa quimera?

—¡Veamos! si yo pusiese en vuestras manos á la infanta doña Sancha...

Brillaron los ojos del rey de una manera singular, y vaciló.

—Si yo me apoderase de los más adictos vasallos del conde, y completase la obra, ya que le teneis preso...

El rey se abismó en una meditacion profunda.

—¿Me puedo fiar de tí? dijo al fin.

—Hablemos con sinceridad, don Sancho: ¿si os sirvo bien, me devolvèreis mis estados?

—¿Me impones condiciones?

—Porque sé que nadie hay tan á propósito como yo para serviros.

—Pues bien, empieza á servirme.

—Mandad, señor.

—Escucha: la reina deña Teresa, tú y yo nos hemos engañado.

—¡Que nos hemos engañado!

—Sí; el hombre que estaba esta noche con la infanta doña Sancha èn el huerto del monasterio, no era el conde Fernan-Gonzalez.

—¿Pues quién era entonces?

—El conde Gonzalo Diaz, su escudero.

—¡Ah!

—Necesito que ese hombre no vuelva á ver al conde: es necesario que Fernan-Gonzalez no conozca esta intriga.

—Os juro que no la conocerá por parte de Gonzalo Diaz.

—No, no quiero que le mates, dijo el rey comprendiendo la sesgada expresion con que don Vela habia exclarecido sus últimas palabras: todo se sabe tarde ó temprano, y no quiero embrollar mis asuntos... además, me repugna el verter sangre de una manera inútil. Todo se reduce á que, para evitar que el conde sepa lo que ha sucedido por Gonzalo Diaz, lleves á este á un lugar seguro.

—Bien, pero siempre quedarán el hombre á quien encargásteis la prision del conde y los soldados que le acompañaban.

—Te llevarás ese hombre contigo, y esos soldados bien armados y pertrechados serán tu ejército con algunas lanzas más: tú eres un buen capitan y contándose con un castillo solitario y aislado...

—Ninguno de los que vayan conmigo hablará dos palabras con nadie; pero siempre quedarán la reina doña Teresa y la infanta doña Sancha.

Doña Teresa es demasiado enemiga del conde para que se tema que pueda avisarle, y en cuanto á la infanta, ya encontraremos medio.

—Vuestra grandeza quedará satisfecho de mí.

—Es necesario empezar á obrar al momento.

—No tengo medios, señor.

—Yo te los daré. Ven conmigo.

El rey salió por una puerta y le siguió don Vela. Atravesaron algunas cámaras, al fin entraron en una, en la que habia una multitud de armaduras y armas de todo género, colgadas de escarpias, colocadas en astilleros, agrupadas

de los ángulos. El rey dió la lámpara que llevaba á don Vela, y le dijo:

—Elige un arnés de los que aquí hay: el que más te agrade, con tal de que sea un arnés blanco sin mote ni empresa.

Don Vela recorrió el ringle en que estaban colgados los arneses, y eligió uno, fuerte y redoblado, enteramente blanco y severamente sencillo; le descolgó, y el mismo rey le sirvió de escudero y le armó. Los cascos de aquel tiempo no tenian visera, ni más que un hierro perpendicular al rostro para defenderle de los cortes horizontales.

—Será necesario proveerte de un antifaz, dijo el rey: en aquella arca que se ve ahí abajo, los hay de hierro y de cuero.

Don Vela fué al arca y tomó de ella un antifaz de hierro pintado de negro, y le sujetó á su cabeza con la correa que estaba adherida á él. Despues se puso el capacete y quedó transformado.

—Toma además las armas ofensivas que necesites, le dijo don Sancho.

Don Vela tomó una pesada hacha de armas, una espada de á dos manos y una lanza de roble.

En seguida el rey salió con él de la armeria, le llevó á otra cámara, y abriendo un arca sacó de ella una pesada bolsa llena de oro: luego fué á una mesa, tomó un pergamino, escribió en él, le selló y le entregó á don Vela.

—Hé aquí, le dijo, una órden para que el alcaide del castillo cercano de la Hechicera, te entregue su tenencia, y salga en el momento con sus gentes. Ahora vamos á las caballerizas.

Cuando estuvieron en ellas, don Vela escogió caballo, como habia escogido armas, y el rey mandó á sus escuderos que lo encaparazonasen de batalla: cuando esto estuvo hecho, don Vela tomó el caballo de las cadenas de acero que le servian de bridas, y siguiendo al rey salió al patio del castillo.

Cuando estuvieron en él, don Sancho mandó á uno de los atalayas que llamasen al capitan Fortun Nuñez.

Poco despues apareció el capitan.

—Tráeme al momento, le dijo el rey, al arcipreste Pero Sanchez.

Transcurridos algunos momentos, el capitan trajo ante el rey á Pero Sanchez.

—¿Has podido sacar algo á Gonzalo Diaz? le dijo don Sancho.

—Ni una palabra: parece que el tal castellano ha enmudecido.

—Pues peor para él, dijo el rey: escucha, Fortun Nuñez: vé á la cuadra donde están encerrados los cuarenta hombres de armas que salieron esta noche del castillo con Pero Sanchez: que se apresten á tu vista, que cabalguen á tu vista, que no hablen con nadie: para ello aleja de las caballerizas á todos los que se encuentren en ellas y vuelve; trae tambien una mula para Pero Sanchez.

Fortun Nuñez desapareció, y Pero Sanchez se volvió aterrado al rey.

—¿Cómo, señor, voy á salir de Leon? le dijo.

—Sí; vas á viajar bajo las órdenes de este caballero, dijo don Sancho señalando al conde don Vela, que estaba

apartado á un lado, meditando profundamente de qué manera podria sacar más provecho de la confianza del rey.

—¿Y adónde voy, señor?

—A ser escucha del conde Gonzalo Diaz: y te repito lo que te dije cuando te encargué la prision del conde: si por un descuido tuyo, Gonzalo Diaz logra ponerse en comunicacion con alguien, y si se sabe que yo he dado un golpe en vago, te hago arrojar de cabeza por el almenar más alto de mi castillo.

El rey no habló más, ni Pero Sanchez, aterrado por el acento del rey, dijo una sola palabra.

Poco despues entraron en el patio los cuarenta hombres de armas y la mula que don Sancho habia pedido: cabalgó en ella el arcipreste, Fortun Nuñez por órden del rey notificó á los soldados que estaban bajo las órdenes del caballero encubierto, y cabalgando don Vela acompañado de Pero Sanchez, que iba mohino y cabizbajo, salió del castillo, cuyo rastrillo y puente le facilitó Fortun Nuñez: acompañóle este mismo hasta la puerta de los Leones de la ciudad, é hizo abrir al nuevo alcaide de órden del rey, y cuando don Vela, el arcipreste y los soldados estuvieron fuera, volvió al castillo y dió parte de ello al rey.

—Escucha, le dijo don Sancho; vé ahora mismo á la posada del conde de Castilla y avísale que mañana saldrá el rey á monteria.

—Muy bien, señor.

—En cuanto al conde, te reducirás á convidarle; pero en cuanto á la reina y á la infanta, las anunciarás que el rey desea que asistan, y que en último caso lo manda.

Fortun Nuñez se inclinó y salió. El rey llamó á sus camareros y se metió en el lecho.

—Paréceme, dijo meditando entre sábanas, que ese bribon de don Vela me servirá bien, para conseguir que yo le devuelva sus estados, y Gonzalo Diaz estará preso hasta que sea posible ponerle en libertad... por esta parte estoy asegurado... Fernan-Gonzalez no sabrá que yo sé... no, no lo sabrá, porque yo evitaré que se lo diga la infanta... en teniendo ese maravilloso azor y ese caballo... y los tendré... de seguro... entonces no tendré nada que temer... en verdad que yo podria prender al conde á la luz del sol, es mi vasallo... pero me importa que nadie pueda decir que falto á mi seguro real... en cuanto á mi pellejo... ese egipcio me curará... luego... luego... sí, sí: mañana á la montería que será fecunda, pasado mañana á buscar á ese egipcio en la cruz de los dos caminos.

Y soñando rosadas ilusiones y gozando con ellas como si fueran realidades, se durmió.

CAPITULO IX.

De lo que pasaba entre tanto en la abadía de monjas de San Salvador de Leon.

Apenas habia salido del huerto del monasterio el arcipreste Pero Sanchez, y con sus gentes habia dejado desiertas las calles vecinas, cuando avanzó entre la oscuridad un bulto, llegó al postigo y dió visibles muestras de extrañeza al encontrarle abierto, porque es de advertir que con la precipitacion y el placer que experimentaba el arcipreste creyendo haber preso al conde Fernan-Gonzalez, se habia olvidado de cerrarle.

El bulto vaciló un instante, y luego, decidiéndose, empujó el postigo, entró, encajóle, y adelantó con paso recatado y con precaucion por el huerto.

Dominaba en él un profundo silencio; el bulto llegó al claro rodeado de laureles, se detuvo en el centro, miró y escuchó con atencion, y nada vió ni oyó, más que las sombras de los árboles y el rumor del agua que por los caños se desprendia en la fuente.

Nadie habia en el huerto.

El bulto adelantó hasta la tosca verja que daba por aquella parte entrada á los claustros, y la encontró tambien abierta: allí fué mayor su irresolucion, pero al fin empujó la verja, como habia empujado el postigo, y entró, atravesó una oscura crugía, y se encontró en un sombrío claustro gótico, alumbrado á trechos por opacas lámparas suspendidas delante de severos santos, esculpidos en piedra ó pintados en tabla.

Todo allí inspiraba pavor; de trecho en trecho, en el fondo de oscuros arcos, se veian blancos sepulcros, cuyas fatídicas estátuas se alzaban de rodillas, como en representacion de una penitencia eterna: escuchábanse entre el silencio el grito del buho y el ténue revuelo de los murciélagos: á pesar de esto, el bulto, que más detallado ya representaba á un caballero envuelto en un manto rojo con birrete en la cabeza, adelantó, aunque de una manera insegura, como quien no conoce el lugar en que se encuentra.

—Los aposentos de doña Sancha, dijo el encubierto deteniéndose en un ángulo del claustro, deben estar en la parte baja del edificio y hácia este lado; la reina doña Teresa vive en la parte opuesta; la infanta doña Elvira está, segun lo indican las voces que oigo, en maitines con la comunidad.

En efecto, se oian á lo lejos las voces de las monjas que cantaban en el coro.

—Bien puedo, pues, adelantar sin temor, continuó el encubierto; nadie puede verme; ahora procuraremos no equivocarnos.

Y siguió adelante torciendo por el claustro; pero á la mitad del costado que seguia, se detuvo indeciso: á la derecha habia una oscura galeria, tétrica y silenciosa. El hombre, despues de meditar algun tiempo, entró por ella, y al fin se detuvo delante de una puerta entreabierta, la empujó al fin, y tendió la vista adelante.

Al frente de él, á través de una antecámara, una dama vestida de blanco y maravillosamente esbelta, estaba arrojada sobre un reclinatorio, en el cual habia una imágen de la Virgen: al verla, el caballero adelantó decidido, llegó á la cámara donde oraba la dama, y miró en torno suyo: estaba sola.

Entonces aquel hombre se desembozó, se despojó del birrete, y dejó ver su semblante y su rica vestidura.

Parecia contar treinta y cinco años; era de mediana estatura, de apostura gentil y notablemente hermoso. Su cabellera negrísima, cortada sobre la frente á manera de cerquillo, y prolongada por los costados y por detrás de la cabeza hasta sus hombros y su espalda, daba á su noble y magnífico semblante un aspecto de bravura y de fuerza, que junto á la poderosa expresion de sus grandes ojos negros hacia concebir en él un valor á toda prueba: su ancha frente, sus cejas arqueadas y sedosas, su nariz aguileña, y la rizada y negra barba que orlaba el marco oval de su semblante, daban á este, por la simetria y la regularidad de las formas, una hermosura vigorosa. Vestia una túnica casi talar de riquísimo brocado rojo; mostraba en sus brazos y en sus piernas una reluciente cota de mallas; pendia de su cinto, tachonado de oro, una espada ancha y corta con

vaina de tafilete y arabescos bordados con alambre de plata, y sobre su pecho, suspendida por una cadena de oro de su cuello, descansaba una magnífica placa de diamantes, en cuyo centro se veía toscamente esmaltada la imágen del Señor San Yago, matando árabes.

Aquel hombre, por su noble aspecto, por la altivez de raza que emanaba de su mirada, de su continente y de sus maneras, y por lo magnífico de sus vestiduras, era sin duda un príncipe, pero príncipe poderoso, acostumbrado á una gloriosa existencia de triunfos y de conquistas.

En efecto, aquel hombre era el conde soberano de Castilla Fernan-Gonzalez.

Generalmente su semblante representaba la generosidad y el valor; pero en el momento en que le presentamos á nuestros lectores, una expresion más grata se retrataba en su mirada, dulcemente fija en el puro contorno de la dama, que, sin sentir la presencia del conde, seguia orando en su reclinatorio. Era aquella una intensa expresion de amor, pero de amor feliz, satisfecho, orgulloso por la persona que le inspiraba.

Pasó algun tiempo sin que el conde, inmóvil en el centro de la cámara, diese señales de su existencia en ella; al fin dijo á media voz y como temeroso de ser oido por otra persona que por la dama:

—¡Sancha! ¡Mi adorada Sancha!

La dama volvió el rostro asustada, y al reparar en el conde, se levantó exhalando un grito de placer:

—¡Ah! ¡Fernan! ¡Fernan mio! ¡Cómo te has atrevido á entrar aquí!



—¡Sancha! ¡Mi adorada Sancha!




Y asiendo las manos del conde, le miró con una indefinible expresion de ansiedad.

Doña Sancha de Navarra, que esta era la dama, poseía una de esas dulces y melancólicas hermosuras que hacen pensar en los ángeles; sus cabellos color de oro, su frente nacarada, sus ojos garzos, coronados por cejas negras, singularidad que producia en su semblante un magnífico contraste con el color de sus cabellos y la deslumbrante blancura de su tez; su boca suspirante, pura, esmaltada con ese vivo y purísimo color de la flor del granado; su cuello, sus hombros, su seno, su talle, todo era virginal, todo noble, todo simpático; desprendíase de ella una mágia irresistible, una aureola de candor y de pureza: dulcemente desarrollada, su estatura era casi igual á la del conde, y en su mirada, tan candorosa y tan brillante como la de una niña que reposa tranquila en su inocencia, se vislumbra un recóndito foco de valor, de energía indomable, op fuerza, de resolucion: en la mirada que fijaba en el conde, en la sonrisa inefable á un tiempo y cuidadosa que vagaba en sus lábios, se comprendia que le amaba con toda la fuerza de su alma.

La toquilla de seda azul bordada de perlas, que cubria las anchas trenzas de sus cabellos, agrupadas como una diadema de oro sobre su cabeza, y la túnica de blanquísima lana de cordero que se ajustaba á su talle por un ceñidor azul, como la toquilla, y como ella recamado de perlas, acababan de completar el dulce y sencillo efecto de su hermosura.

Despues de un momento en que entrambos amantes se

contemplaron de una manera intensa, la infanta exclamó de nuevo con ansiedad:

—Esta noche sabido cosas horrorosas.

—¿Estamos solos, vida de mi vida? dijo el conde.

—Sí, enteramente solos. Mis dueñas y mis doncellas duermen apartadas de aquí; la reina doña Teresa se ha recogido desde hace mucho tiempo en su aposento, al otro extremo del claustro; mi sobrina doña Elvira está con las monjas en el coro... Yo sola velaba orando por tí, por tu libertad, por tu vida.

—¡Amor mio! ¿Y quién se atreveria á mí, que yo no le venciese alentado por tu amor?

—¿Cómo has entrado aquí? preguntó con ansiedad doña Sancha.

—He encontrado abiertas la puerta del huerto y la verja del claustro.

—¿Abiertas, y no has encontrado á nadie?

—A nadie.

—¡Oh! Fernan, Fernan mio, huye... el rey don Sancho te hace traicion.

Destellaron una mirada bravía los ojos del conde.

—Tu sobrino no puede olvidar nunca, exclamó con altivez, que mi pendon es más temido que el suyo en las fronteras; don Sancho se ha empeñado conmigo en una lucha inútil, y me obligará al fin á que le niegue un vasallage que solo le conservo porque mi padre se lo rindió al suyo; y si he venido este año á las córtes ha sido solo por verte, Sancha; pero esto es necesario que concluya, es necesario que seas mi esposa y que me sigas á Castilla.

—Antes, conde, es necesario que te pongas en salvo: has venido con poco resguardo, y el rey no respetará el seguro de su palabra real; ¿qué digo respetar? si esta noche no te hubiera defendido la fidelidad del buen conde Gonzalo Diaz, estarias preso, muerto acaso. ¿Nada te hacen sospechar ese postigo y esa verja que has encontrado abiertas?

—¡Cómo! ¿Pues qué ha sucedido aquí? exclamó el conde levantándose del estrado adonde le habia llevado doña Sancha. ¿Qué es de mi buen escudero Gonzalo?

—Gonzalo Diaz está preso.

—¡Preso!

—Sí, le encontraron conmigo en el huerto, y engañados á causa de la oscuridad, le tomaron por tí, le acometieron, le prendieron y le llevaron al castillo.

Fernan-Gonzalez tomó decididamente y en silencio el camino de la puerta.

—Espera, conde, espera; aun no he concluido, y es necesario que lo sepas todo.

—¡Qué! ¿Aun hay más? exclamó el conde volviendo.

—Sí; esta noche fuí al huerto á la hora de costumbre, y, como siempre, esperé impaciente tu seña, que al fin resonó tras de las tapias.—Abrí y entró un hombre. Su estatura, más alta que la tuya, me hizo conocer que no eras tú; lancé un grito de terror, pero aquel hombre me dijo: no tembleis, noble infanta; quien os habla, si no es el conde, es uno de sus más leales servidores.—Soy Gonzalo Diaz.

—¡Gonzalo Diaz! ¡ah! ahora lo comprendo; el conde Gonzalo Gustios de Lara, grande amigo de Gonzalo Diaz,

me ha entretenido hasta ahora hablándome de asuntos de sumo interés, de tratados pendientes con el califa Abd-el Rajman... y entre tanto Gonzalo Diaz venia aquí á ocupar mi lugar...

Una expresion de recelo se pintó en el semblante del conde.

—Pero á ocupar un lugar de peligro, repuso doña Sancha: Gonzalo Diaz me habló de traiciones contra tí, y yo le escuché.

—¿Y cómo conocia Gonzalo esas traiciones?

—El conde me reveló que á los pocos dias de estar en Leon, vió atravesar las calles, saliendo del convento, un page acompañado de un judío. Que en aquel page habia encontrado una extraña semejanza con una egipcia... con una mujer hechicera que te aborrecia...

—¡Ayelah! murmuró de una manera ininteligible el conde.

—El conde añadió que habia seguido al page y al judío hasta la casa donde entraron, y que á la noche la observó. Que vió salir de ella un esclavo, de quien, á fuerza de oro, logró le introdujese en aquella casa por minas y pasadizos ocultos. Entonces vió que el page era mujer, y una mujer hermosísima, la misma hechicera, tu enemiga.

—¡Ayelah! volvió á murmurar el conde.

—Gonzalo Diaz, continuó doña Sancha, pagando siempre al esclavo, logró saber que aquella mujer estaba en inteligencias con la reina doña Teresa y el rey don Sancho: la primera ansía vengar la desastrosa muerte que diste de una manera fatal á nuestro padre.

La infanta al recordar este hecho, bajó los ojos, y su voz opaca y dolorida se apagó trémula.

—¡Oh Sancha! ¡Sancha! á qué recordar... El rey Sancho Abarca, tu padre, era mi enemigo: yo no te conocia entonces... y luego... yo no queria su muerte, y él me buscó, me acometió, me obligó á defenderme.

—¡Oh Fernan! Sin duda soy muy culpable amando al matador de mi padre... pero al verte, yo que te aborrecia, sentí vacilar mi ódio, ceder, cambiarse lentamente en amor. ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cuán terrible, cuán intenso debes considerar un amor que se sobrepone en mí á la vengaza!

—El rey Sancho Garcés, tu padre, continuó Fernan-Gonzalez, era un cumplido caballero y un buen cristiano, y sin duda Dios le ha premiado con una eterna corona en los cielos: tu padre desde ellos sabe bien cuán noblemente fuí su enemigo, defendiendo la independencia de mis estados, y á mi pueblo de una vergonzosa tutela; tu padre sabe, sin duda, cuán ardientemente te amo y bendecirá nuestra union.

Doña-Sancha bajó sus hermosos ojos, guardó silencio por un momento, y luego continuó:

—Mi hermana doña Teresa, por venganza, desea tu muerte, y mi sobrino el rey de Leon quiere apartarte de mí... porque...

—¿Por qué?...

—Porque me ama, exclamó penosamente doña Sancha; á los pocos dias de mi venida á Leon me habló de repudiar á su esposa doña Geloira, de hacerme su esposa...

—¿Y tú?...

—Yo... yo recibia entonces cada tarde las amantes car-

tas que me enviabas desde Burgos con tu noble azor... yo ardía en tus amores... y me burlaba de don Sancho y de su corona y de sus tesoros.

El conde estrechó con efusion las manos de doña Sancha.

Gonzalo Diaz me habló de la posibilidad de que esta misma noche fuese preso, y me propuso que consintiese en engañar á tus enemigos, permitiéndole que ocupase en las apariencias tu lugar y hacerles dar un golpe en vago. Yo me negué. Entonces Gonzalo Diaz me propuso ir con él á la casa del judío y de la hechicera.

—¡Y fuiste!..

—Fuí... No sé por qué deseaba conocer la ponderada hermosura de esa egipcia.

—La ví oculta, la escuché hablar con el conde don Vela Sanchez, tu más mortal enemigo.

—¡El conde don Vela en Burgos! exclamó Fernan-Gonzalez exhalando de sus ojos un relámpago sombrío.

—Ese traidor atenta á tu vida, Fernan.

El conde hizo un ademan de desprecio.

—¡Oh! ¡Fernan! ¡Fernan! no desprecies á la serpiente que se acerca, arrastrándose, á su presa. Y luego... lo que ví en aquella casa fué terrible.

La infanta refirió al conde cuanto habia visto oculta tras una celosía en la cámara mágica de Ayelah, y que nosotros referimos á nuestros lectores en el capítulo quinto: añadió la manera como Gonzalo Diaz fué preso en el huerto y conducido al castillo, y que aterrada, huyó y se puso en su reclinatorio, donde la habia encontrado Fernan-Gonzalez.

Esta revelacion sumergió al conde en profundos pensamientos; veía que por todas partes le rodeaba la traicion; sabia que Garci Sanchez, rey de Navarra, le tendia lazos; resistia de una manera pujante los ataques del califato de Corthobah; se necesitaba el gran corazon de Fernan-Gonzalez para no aterrarse ante tan tremenda lucha; pero el peligro le engrandecia y le llenaba de entusiasmo, y despues del relato de doña Sancha, su mirada brillaba con un fuego sobrenatural, con el divino espíritu de los héroes.

—¿Con que el rey don Sancho cree en el maravilloso poder de mi azor y mi caballo? dijo al fin.

—¿Y ese poder es verdad?

—No pasa de ser una ingeniosa ficcion de esa vagabunda.

—¡Oh! pues es una ficcion tan bella como la boca que la ha pronunciado, exclamó con acento celoso doña Sancha; esa mujer puesta al lado de la mujer más hermosa de Castilla la haria parecer fea.

—Esa mujer junto á tí, Sancha, no sería otra cosa que la imágen del arcángel rebelde junto á un ángel de pureza y de paz... esa mujer me aborrece porque lancé su horda de mis estados, porque...

—Porque la amaste y la aborreciste sin duda.

—¡Sancha! ¡Sancha! exclamó el conde, no hablemos más de esa mujer... entre ella y yo hay un abismo de sangre y un ódio inmenso.

—Quiero saber la historia de esa mujer, exclamó con arranque la infanta.

—Es una historia de sortilegios y malas artes, Sancha,

y tus puros oidos se ofenderian al escucharla .. ¿Por qué quieres saberla? ¿Desconfias de mí? ¿Me harás la injuria de creerme falaz?

—¡Oh! ¡nó! ¡no! exclamó con nobleza doña Sancha. Guarda tus secretos, Fernan, guárdalos. ¿Qué me importan las locuras de tu pasado, si tú me amas, si tu corazon es enteramente mio!

—¡Oh! ¡gracias, gracias, Sancha! exclamó el conde. Tú eres mi ángel de luz, mi ángel salvador... el ángel que suspende mi cólera y la aparta de sobre la cabeza de ese fementido rey; pero... es necesario que fortalezcas tu corazon, porque va á empezar la lucha... ¡Oh! si tu corazon vacilase y yo te perdiera...

—Escucha, Fernan, he olvidado por tí la muerte de mi padre y te he amado... olvidando por tí mi decoro, te recibo sola de noche en mi cámara... por tí mi altivez devora sus celos...—porque tengo celos de esa egipcia,—los domina, y solo te vé á tí que me dices amores... Te he jurado ser tu esposa, y lo seré ó moriré... te ayudaré, me levantaré contigo, ó caeré en la demanda. ¿Qué más quieres de mí?

—Mi corazon se llena con tus palabras, Sancha, y me siento invencible... ¿Qué me importan las traiciones de don Sancho, las asechanzas del rey de Navarra, las maquinaciones de don Vela y todo el poder de Corthobah? tú eres mi espíritu, mi valor, mi luz! Y tú serás mi esposa... lo serás... y muy pronto... lo juro por mi honor... entre tanto... el rey desea el azor y el caballo que apresé al califa Abd el-Rajman en la batalla de Santistelan de Gormaz; don

Sancho los tendrá; pero ese azor y ese caballo harán independientes á Castilla, sin que esa independencia cueste una sola gota de sangre á mis vasallos.

Y el conde sonrió á un pensamiento que habia brotado en su imaginacion.

—¿Y permanecerás en Leon despues de saber?...

—No. Mañana poseerá el rey mi azor y mi caballo, y mañana, dejando en mi representacion á Gonzalo Gustios de Lara, partiré á Castilla.

—Y si das al rey ese azor, ¿quién me traerá nuevas tuyas?

—Mis campeadores... un peregrino... un trovador... siempre habrá en el camino de Burgos á Leon una persona que venga á traerte la expresion de mis amores.

—¿Y si el rey irritado por mi desden, me aparta de Leon y me encierra en alguna torre apartada y solitaria?

—El dia que uno de mis mensageros vuelva sin nuevas tuyas... entonces me harás revolver, hasta encontrarte, las tierras de Leon... y te encontraré y te salvaré.

—¡Fernan! ¡Fernan! no me olvides, exclamó la infanta posando en el conde una anhelante mirada á través de un velo de lágrimas.

—¡Olvidarte! exclamó el conde: jamás; pero ya amanece y es necesario que nos separemos.

—Adios, Fernan, adios.

—Adios, Sancha mia.

Y el conde, haciendo un poderoso esfuerzo, se apartó de la infanta y salió, atravesó rápidamente el claustro y el

huerto, recorrió las calles que le separaban de su posada, y entró en ella por un postigo.

Doña Sancha, apenas salió el conde, se arrojó en su reclinatorio y siguió orando por él como á su llegada.

Apenas Fernan-Gonzalez habia entrado en su aposento y sus camareros se ocupaban en desnudarle, cuando se levantó el tapiz de una puerta y dijo desde ella un maestresala:

—¡Señor!

—¿Quién es? ¿Qué sucede? dijo con recelo mal encubierto el conde.

—Acaba de llegar un conde de su merced el señor rey de Leon.

—¿Y qué quiere ese conde?

—Viene á avisar á vuestra grandeza que el rey va á monteria á la salida del sol, y que os convida.

—¡Oh! ¡oh! Acaso una nueva traicion, murmuró el conde; y luego añadió alto: decid al mensagero del señor rey de Leon que el conde de Castilla tendrá la honra de acompañarle.

El maestresala salió, y el conde se volvió á su servidumbre.

—Mis ropas de montería, dijo, mi ballesta y mi jabalina; que saquen de su alcandora el azor negro, y que enjaecen á Lucero-blanco: á caballo mis monteros, mis pages, mis escuderos y mis lanzas. Avisad al conde Gonzalo Gustios de Lara y al conde Gonzalo Diaz.

Fernan-Gonzalez nombró á este último en su órden como si ignorase absolutamente su prision.

Una hora despues el conde de Castilla, magníficamente equipado de caza, con un brillante gambax de brocado verde, toca con pluma de águila, sujeta con una piocha de diamantes, calzas de grana y borceguíes de marroquí, llevando una ballesta de marfil á la espalda, una jabalina á la cintura y un azor en el puño con capirote y cascabeles, regía un hermoso caballo árabe, atravesando á Leon seguido de una expléndida cabalgata.

Cuando llegó á la plaza del castillo vió otra cabalgata que acababa de llegar. Al frente de ella, rodeadas de damas, pages y monteros, iban dos damas: la una era la reina viuda doña Teresa, que vestia un severo trage negro; la otra la infanta doña Sancha de Navarra, que por un acaso habia elegido los colores que el conde, y vestía una rica túnica verde y una toquilla de brocado rojo.

Entrambas damas llevaban pequeños alcones en el puño, y entrambas estaban pálidas y profundamente pensativas.

A punto de salir el sol una gran cabalgata salía de los muros de Leon. Al frente de ella iba el rey don Sancho, entre su madre y su tia, llevando á la derecha á su primer vasallo el poderoso conde de Castilla Fernan-Gonzalez, á quien de tiempo en tiempo y con gran disimulo miraba de reojo.

CAPITULO X.

De lo que aconteció en una venta cerca de Leon.

A una legua de Leon, sobre el camino de Asturias, habia en aquellos tiempos una encrucijada formada en el camino real por un camino de travesía.

A la derecha, un tanto separada de los dos caminos, sobre una eminencia, habia unas antiquísimas ruinas de un castillo romano, del que solo quedaban algunos restos de muros y un torreon cubierto de yedra y coronado de jaramagos, por cuyas anchas ventanas entraban y salian bandadas de palomas torcaces.

En el citado torreon, cuya gran puerta habia sido tapiada y sustituida por una pequeña abertura cerrada por un postigo de tablas de abeto, se apoyaban los tapiales de tierra del corral de una venta destartalada que se avanzaba sobre el camino real.

Esta venta de un solo piso en su mayor extension, cubierto de bálago y retamas, tenia en uno de sus ángulos sobre su ancho portalon un segundo piso, y en él un bal-

con de madera que correspondia á un extenso aposento cuadrado, cuyo techo tenia la aguda y alta forma de la cubierta rústica que le defendia de la intempérie.

En aquella especie de salon, en donde penetraba el aire libremente por todas partes, habia algunas miserables camas pegadas á las negras paredes, algunos sitiales de pino, y en el centro una larga, corroida y desvencijada mesa flanqueada por bancos no en mejor uso ni estado.

Al fondo, debajo de la enorme y negra campana de una gigantesca chimenea, ardía una hoguera, y á un lado de ella una gruesa Maritornes se ocupaba en dar vueltas en una colosal sarten á una considerable cantidad de magras, cuya grasa chirriaba de una manera desapacible.

Algunos tragineros, sentados junto á la mesa, devoraban, mejor que comian, un salado guiso de abadejo salpimentado con picante, trasegaban á su estómago sendas tarteras de un vinillo color de tomate, y no hablaban una sola palabra, si bien miraban mucho á hurtadillas y con cierto aspecto de miedo á un caballero que, enteramente armado con un arnés blanco y cubierto el semblante con un antifaz de hierro negro, estaba sentado en un escabel al amor de la lumbre, silencioso é inmóvil como una estátua.

Junto á él, profundamente pensativo, envuelto en un balandran pardo, y fijando una ansiosa mirada en la sarten donde se freían las magras, habia otro personage enormemente gordo que callaba de una manera tan tenaz como su acompañante.

Nuestros lectores comprenderán que aquellos dos hom-

bres no eran otros que el conde don Vela Sanchez y el arcipreste de las monjas de San Salvador de Leon Pero Sanchez.

Emanaba á pesar de su arnés y de su antifaz un no sé qué tan terrible y misterioso de don Vela, era tan compungido, tan cobarde, tan deprimido el aspecto de Pero Sanchez, que nada tenia de extraño el silencio y el temor de los bandidos en los caminos y en los campos, hasta en los mismos muros de las poblaciones, que aquella buena gente, al notar el tenaz silencio de don Vela, lo fuerte de sus armas y lo que de bravío y feroz se desprendia de su actitud, unido á lo triste, lacrimoso y acobardado de su acompañante, que la primera idea que se les ocurrió era que se las habian con un terrible capitan de merodeadores que habia pasado la noche en la venta, y que solo esperaba á almorzar fuertemente, para ir á reunirse á su banda, que debia estar oculta en las breñas cercanas al camino.

Solo el que se ha visto obligado á caminar de contínuo por un país infestado de bandidos, sabe el terror que inspira el más leve indicio de la proximidad de tales señores.

Por su parte el ventero habia puesto el colmo al terror de aquella buena gente, puesto que solo habia respondido á sus recelosas preguntas acerca del caballero con un gesto que nada bueno indicaba, poniéndose con gran misterio un dedo sobre los lábios.

Dominaba, pues, en la venta una especie de terror pánico, el ventero se mostraba á todas luces contrariado, y la Maritornes daba vueltas á la sarten y posaba de tiempo

en tiempo sus pequeños y redondos ojos, con una expresion de hambrienta curiosidad, en el caballero, que desde una hora antes que se habia sentado en el escabel, no habia pronunciado una sola palabra.

Los tragineros acabaron de comer apresuradamente su abadejo y de beber su vino, y abandonaron la habitacion con el mismo silencio con que habian estado en ella: bajaron al corral, recogieron sus bestias, que ya habian pensado, y salieron de la venta encaminándose á buen paso hácia Leon, sin dejar de volver la cabeza para ver si los seguia el capitan de bandoleros, que segun ellos no era otra cosa el conde don Vela.

Apenas habian salido, cuando don Vela se dirigió á la criada.

—Avisad al huésped, que quiero hablar con él, la dijo.

—¡Ah! no es mudo, dijo la Maritornes poniendo precavidamente la sarten sobre el suelo y saliendo.

—En resumidas cuentas, ¿adónde vamos? dijo el arcipreste apenas quedaron solos.

—Vos sin duda habreis recibido órdenes del rey, le dijo don Vela.

—Sí por cierto.

—¿Os he preguntado yo acerca de ellas?

—No en verdad, pero...

—¿Por qué, pues, me preguntais acerca de las mias?

—Pero supongo...

—Nada supongais... como me veis ahora, me vereis hasta tanto que no reciba otras órdenes: junto á vos... sien-

pre junto á vos... Cuando lleguemos á nuestro destino, conocereis que mi trato no es tan malo como parece.

—Me habeis traido con los ojos vendados.

—No es mia la culpa, y he hecho demasiado con no encerraros con el otro en los subterráneos.

—Veo que será necesario daros las gracias.

—Ciertamente: yo debia ser con vos un duro carcelero, y ya veis que solo soy un celoso guardian.

—Pero por piedad, caballero... tengo una horrible ansiedad... contestadme una sola palabra... ¿Teneis alguna órden contra mi vida?

—¡Oh! en cuanto á eso podeis estar descuidado: el señor rey de Leon os aprecia sin duda demasiado, para deshacerse de vos.

Respiró de una manera desembarazada Pero Sanchez por la primera vez desde que se encontraba en poder de don Vela, estiró las piernas y volvió algo de color y de travesura en su semblante.

En aquel momento llegó el ventero acompañado de la Maritornes.

—¿Me necesitábais, caballero?

—Sí, venid conmigo.

Don Vela se levantó y llevó al ventero al balcon.

—Me habeis dicho que al mediar esta noche pasaron por aquí unos egipcios.

—Es verdad, señor, y no solo pasaron, sino que se detuvieron en las ruinas... era una taifa entera... ¡y qué gentes, señor!... gracias que yo hice tomar las ballestas á los mozos, y guardar el corral, y atrancar bien la puerta, y á

esto debo sin duda el que no me haya faltado una sola gallina... Dicen que allá en la ciudad han incendiado y robado, y qué sé yo qué mas.

—¿Y cuánto tiempo se detuvieron? dijo don Vela atajando la locuacidad al ventero.

—Hasta poco antes del amanecer.

—¿Por donde tomaron?

—Por la travesía hácia la montaña.

—Entonces no deben estar muy lejos.

—¡Ah, señor! esos hereges son andadores como podencos, y la mayor parte de ellos llevan unos caballos que ni el señor rey los tiene mejores.

—Sin embargo, esa gente no se aleja mucho de las poblaciones... ¿Teneis algun perro de rastro?

—Tengo un hermoso sabueso, señor, que aunque es viejo, seguirá la pista de una liebre sobre el agua.

—Os compro ese perro.

—En verdad, señor, que me pedís una cosa muy dura de hacer... no hay dinero con que pagarme el solaz que recibo cuando me entro en los cotos con mi Tragaviento.

—Pero ese placer puede daros un amargo sinsabor; sois un villano, y si un señor os encuentra cazando en sus cotos, os ahorca sin compasion.

—¡Ah, señor! Mi Tragaviento y yo sabemos seguir buenas sendas, y estamos seguros de no dar con los monteros de ningun noble.

—Sea como quiera, necesito vuestro perro, y si no me le vendeis, os le tomo.

—Se me ocurre una idea, señor.

—¿Y qué idea es esa?

—Mi sabueso se negará á guiaros porque no os conoce; dadme el dinero que me daríais por el perro, y yo os serviré de ojeador.

—En buen hora, haced que nos pongan el almuerzo y preparaos para acompañarme.

—Ahora perdonadme, señor, si os digo que no es prudente...

—¿Quién os pide consejo?

—Son lo menos quinientos, entre los cuales van doscientos hombres robustos, jóvenes, bien montados y mejor armados.

—Aunque fueran diez mil.

—Bien, muy bien, señor.

—Escuchad: tomad de nuestro almuerzo una razonable cantidad, pan blanco y vino, y ponedlo aparte.

—Muy bien, señor.

El ventero salió, la Maritornes puso sobre la mesa lisa y llanamente la sarten, y junto á ella, segun las órdenes transmitidas por el ventero, otra sarten más pequeña.

—Vamos, señor Pero Sanchez, dijo don Vela, acercaos y almorcemos; ya sabeis aquello de que los duelos con pan son menos; ciertamente, si no hubiera sido por la necesidad de tomar algun alimento, no nos hubiéramos detenido.

El arcipreste no se hizo de rogar, y tranquilizado ya algun tanto acerca del porvenir de su pellejo, acometió bizarramente á los tasajos, al pan y al vino.

El almuerzo fué breve: cuando hubieron concluido, don Vela se levantó y dijo á Pero Sanchez:

—Ahora bien, justo será que miremos por el estómago de nuestro prisionero: ayudadme á llevarle su almuerzo; tomad vos la sarten; yo me encargo del pan y del vino.

El arcipreste era de condicion demasiado llana para ofenderse por aquel servicio, tanto más cuanto, aunque dejándole la parte más negra, le compartia con él un hombre de quien, á pesar de no conocerle, se desprendia un olor legítimo de caballero.

En esta risible facha don Vela y el arcipreste bajaron al corral, le atravesaron, llegaron á la parte de la torre romana que hemos indicado anteriormente, y el conde abrió su puerta con una llave que le habia dado el ventero y que llevaba en su escarcela; al entrar, un humo denso dió en la cara de los que llegaban, emanado de una hoguera en la cual los cuarenta hombres del rey habian condimentado un rancho de abadejo que se ocupaban en comer con gran apetito: al fondo del ancho espacio de la torre, los caballos comian á su placer de la paja que allí estaba almacenada.

Don Vela hizo entrar al arcipreste, cerró de nuevo la puerta, atravesó con él aquel espacio, subió unas ruinosas escaleras, abrió con otra llave otra puerta, tras la cual guardaba al conde Gonzalo Diaz, hizo entrar al arcipreste, cerró tambien su puerta despues de mandar á los soldados que se preparasen á partir, y encontró ya en el corral al ventero que tenia sujeto de la trailla su viejo sabueso.

—Por lo que veo, estais ya dispuesto, le dijo.

—Sí, si señor, buen caballero.

—¿Y cuándo pensais que daremos con esa gente?

—Si se han detenido ó se detienen en la selva, daremos con ellos antes de medio dia.

—¿Hácia dónde cae el castillo de la Hechicera?

—A cuatro leguas de aquí, señor; en medio de los montes.

Don Vela, sin decir más, se puso á pasear á lo largo del corral; cuando hubo pasado el tiempo necesario para que el conde Gonzalo Diaz hubiera terminado su almuerzo, entró de nuevo en la torre.

Poco tiempo despues don Vela salió llevando del diestro su caballo, y tras él los cuarenta hombres con los suyos, luego el arcipreste guiando con una mano al conde Gonzalo Diaz, que llevaba los ojos vendados, y con la otra una mula negra: don Vela mandó acercar una litera cerrada conducida por dos mulos que habia bajo los sotechados del corral, hizo entrar en ella al conde, cerró con llave, cabalgó, cabalgó su gente, y tomando junto á sí el arcipreste, dijo al ventero:

—Abrid la puerta del corral y guiad.

Poco despues toda aquella gente caminaba por una senda de travesía hácia los montes, siguiendo al ventero, cuyo sabueso habia encontrado un rastro.

CAPITULO XI.

El castillo de la Hechicera.

A medida que nuestros viajeros adelantaban, se iba haciendo más penoso y áspero el sendero que seguia Tragaviento á gran paso, haciendo maldecir á su amo, que, jadeando de fatiga, seguia á pié la marcha apresurada del sabueso delante del caballo de don Vela.

El paisage se iba haciendo cada vez más bravío, más selvático; sobre rocas escalonadas, hacinadas, cuyos intersticios estaban llenos de tierra, cubiertos de musgo, se levantaban gigantescos pinos, cuyas copas se entrechocaban mecidas por el viento: nada más triste que un pinar: sus troncos rectos, escuetos, establecen una monotonía de líneas que dá á su conjunto una grandeza selvática, una solemnidad que aumenta con el grave silencio de las soledades, que solo interrumpe de una manera lúgubre el zumbido del viento entre los troncos y el graznido de las águilas que se detienen un momento á descansar en las altísimas copas.

Y si á esta grave magestad de la selva se añade el re-

tumbar del paso de los ferrados piés de los caballos sobre las rocas, el crujir de los arneses de los ginetes, y el misterio de una litera cerrada y silenciosa, rodeada de lanzas y donde el pasagero, que se detiene asustado, no sabe si vá un cadáver, ó un hombre destinado á morir, ó una mujer violentada, se tendrá una idea del aspecto que presentaba la cabalgata de don Vela internándose en los espesos pinares de Leon.

—Hola, maese, dijo don Vela al ventero deteniéndose á la entrada de un gran claro, en cuyo centro sobre una alta roca tajada se veia un castillo pequeño formado por cinco torres, cuatro de las cuales servian de recinto, con los lienzos de muralla que las unian, á otra mucho mayor colocada en el centro, y en cuyas almenas, en un ángulo, suspendida de un arco, se veía una campana. ¿Qué fuerza es aquella que se levanta sobre la altura?

—Es el castillo roquero de la Hechicera, señor, dijo el ventero.

—¡Ah! ¿Es ese el castillo de la Hechicera? Pues me alegro, sí, voto á... guiad á él, maese.

El ventero fué á la maleza y cortó de ella con su puñal una rama.

—¿Qué haceis?

—Voy á poner una señal sobre el rastro que, como veis, tuerce á la izquierda hácia la espesura para poderle encontrar despues con facilidad si quereis que vayamos al encuentro de los egipcios.

—Sí, habeis hecho bien, y ya que está esa señal puesta, guiad al castillo.

El ventero bajó al valle que circuía á la roca, le atravesó seguido de don Vela y de su gente, y poco despues trepaba con ella por el escarpado sendero que conducia á la poterna.

Antes de llegar á ella se oyó crujir el rastrillo que se alzaba, cayó el puente con estruendo y luego la poterna de las barreras, y adelantó por el sendero un hombre armado de punta en blanco, en quien al llegar don Vela reconoció al conde Fortun Nuñez.

—¡Diablo! le dijo: ¿por dónde habeis venido para haberme adelantado?

—Por el camino más corto, dijo severamente Fortun Nuñez. ¿Y vos, en qué os habeis detenido?

—Yo y mi tropa necesitábamos alimento, y sobre todo un guia que nos condujese al castillo, cuyo camino no conocia yo ni ninguno de los que me acompañan: me detuve, pues, en la venta de la encrucijada. Y vos, ¿me traeis alguna nueva de órden del rey?

—Sí, tomad, dijo Fortun Nuñez, sacando de su escarcela un pergamino enrollado, del que pendia un sello de plomo.

Don Vela rompió su sello de cera colorada, le leyó rápidamente, y dijo á Fortun Nuñez:

—Decid á su grandeza que puesto que me ha enviado un guia, estaré dispuesto á la hora y en el lugar que me manda.

—Es cuanto tenia que deciros: entrad y hablad con el alcaide Per Dávalos, que os sale al encuentro.

En efecto, al frente de una tropa de veinte hombres

adelantaba un fornido caballero ginete en un corcel de guerra. Al encontrarse á cierta distancia de don Vela hizo detener á su gente, y don Vela mandó de igual modo hacer alto á la suya: el conde Fortun Nuñez quedó entre ambas fuerzas, mientras Per Dávalos, despues de haber saludado á don Vela y de haber leido la órden en que el rey le mandaba entregar al portador el castillo, entraba con él en su recinto.

Per Dávalos miró con curiosidad á aquel hombre que se le presentaba encubierto, y cuyo nombre no se expresaba en la órden, y le dijo:

—Agradezco al señor rey don Sancho que se haya al fin acordado de mí para sacarme de esta roca, en la que durante seis meses solo he visto nieves, lobos y bandidos.

—¿Tan apartado está este castillo?

—No pasa junto á él camino para ninguna parte, y además, tiene muy mala fama.

—¡Mala fama!

—Sí por cierto; el servicio de armas os dará poco que hacer. Todo se reduce á poner una atalaya en la torre del Homenage y otra sobre el rastrillo... Pero además... y esta es una órden que desde hace muchos años se transmite misteriosamente de alcaide en alcaide, os vereis precisado á poner todos los dias en una claraboya de los sótanos al amanecer un cántaro con agua, pan y una escudilla con un guiso de carne, cuidando de cerrar bien la escalera que conduce á los subterráneos.

—¿Y para qué eso?

—En el castillo mora un alma en pena.

—¡Un alma en pena que come! ¡Bah!

—Haced lo que querais, yo os transmito la órden tal como la recibí del alcaide anterior; y á nadie he hablado ni hablaré de tal asunto más que á vos: haced vos lo mismo, porque si sois una vez indiscreto, de seguro os acontecerá una gran desgracia.

—Y el rey ignora...

—De todo punto: como que antes de ser rey, ya se guardaba este secreto por los alcaides del castillo.

—¿Sí? En buen hora, dijo don Vela, y como ahora bajamos por unas escaleras, creo que me llevais á ese lugar.

—Así es; sigamos ahora esta galería, y dejadme encender luz puesto que vamos á necesitarla.

Per Dávalos encendió una tea y entró por otras escaleras oscuras, despues de haber abierto una puerta forrada de hierro: al fin de las escaleras encontraron un largo pasadizo, y como al comedio de él una abertura á la altura del pecho de un hombre.

En ella habia un cántaro y una escudilla vacía: al mirar á su fondo don Vela creyó ver retirarse un bulto informe.

—Mirad, ya ha puesto aquí la hechicera la escudilla y el cántaro vacíos; bueno será que los llevemos con nosotros: ya sabeis lo que teneis que hacer todos los dias: bajais al amanecer, dejais la comida, y no os deteneis ni un momento; á las dos horas bajais de nuevo y tomais la escudilla y el cántaro: esto es fastidioso; pero una de dos, ó cumplís con esta obligacion, ú os sentís molestado.

—Molestado...

—Si dormís os despertarán ruidos espantables, si abrís los ojos vereis visiones...

—¡Oh! ¡oh! ¿Y no se os ha ocurrido nunca esperar apagada vuestra luz despues de haber traido los alimentos para ver el rostro al duende?

—Hícelo una vez, pero quedé escarmentado...

—¿Vísteis...

—Escuché.

—¿Y qué escuchásteis?

—Ruido de cadenas, voces temerosas...

—Pues mirad, no me agrada mucho esta alcaidía, dijo don Vela fingiéndose maravillado.

—¿Qué quereis? el rey manda, y es necesario obedecer... y luego la honra... ¿Qué se diria si fuésemos con estos cuentos á la corte? Además, que quien lo revele se expone. Tenedlo, pues, presente, subamos y no hablemos más de esto.

Subieron á la plaza de armas, y Per Dávalos fué haciendo entrega una por una de las habitaciones del castillo y de sus utensilios á don Vela, concluido lo cual, y con una precipitacion que demostraba el gran deseo que tenia de verse fuera del castillo, salió de él, montó á caballo, se despidió de don Vela, y partió con Fortun Nuñez y con su gente.

Don Vela hizo entrar la suya, mandó esperar fuera de las barreras al ventero, cerró la poterna, hizo levantar el puente y bajar el rastrillo, y cuando estuvo dentro, sacó de la litera al conde Gonzalo Diaz, sin venda ya, y cuyo noble semblante estaba tan sereno como si no estuviese preso á

merced de un rey enemigo de su señor: su continente era si cabe más altivo que si hubiera estado libre. Por el contrario, el arcipreste Pero Sanchez, al verse en aquel tétrico y sombrío edificio, se mostraba lo más triste y macilento que darse puede; don Vela les mandó en acento breve pero cortés que le siguiesen, y subiendo con ellos á lo más alto de la torre del Homenage, les encerró en ella, bajó, cerró tres puertas intermedias, dejándoles incomunicados, y puso un hombre de armas en la primera.

Despues reunió los soldados, les marcó de una manera firme la conducta que debian seguir con arreglo á las órdenes del rey, y montando á caballo, y previniendo que á nadie se abriese el castillo hasta su vuelta, salió y mandó al ventero que le pusiese de nuevo sobre el rastro de los egipcios.

CAPITULO XII.

El aduar de los egipcios.

Emprendieron de nuevo la marcha: don Vela iba meditabundo y abstraido en sus pensamientos; sin contestar más que con monosílabos á las preguntas con que queria ingerirse en la familiaridad del conde el ventero.

—Que me aposte en la Cruz roja, decia para sí don Vela, recordando la última órden escrita del rey, y que me apodere de la dama que pase por allí rindiendo á los que la acompañen... esta dama debe ser la infanta doña Sancha; que lleve conmigo veinte hombres sin vestas ni ninguna otra señal por la que se pueda venir en conocimiento de que son soldados del rey... bien... cualquier aventurero va mejor armado que los soldados de su merced el señor rey de Leon. Con sus viejos rocines, sus armaduras cada cual de distinta forma y sus rostros de jayanes, nadie les tendria sino por bandidos: afortunadamente parecen valientes, y bajo mi voz, y contando con las medidas que tome el rey, poco me importa el ligero resguardo del conde de Cas-

tilla... ¡Oh! ¡diablo! y si yo pudiera asestar una lanzada á ese buen conde... allá veremos.... siento ardientes deseos de acabar esta aventura para descansar, que bien lo he menester, y pensar prudentemente en el camino que debo seguir para llegar á mis perdidos estados. ¿Dónde está la Cruz roja, maese? dijo dirigiéndose en voz alta al ventero?

—La Cruz roja, señor, dijo este, está á una legua de aquí hácia la derecha.

—¿Sabeis vos el camino á ella?

—Yo lo creo, señor, como que es un buen puesto para cazar liebres.

—Seguid adelante... creo que esos egipcios nos han tomado mucha delantera.

—Pues yo creo, señor, que los debemos tener muy cerca. Tragaviento se impacientá y tira con más fuerza de la trailla, como siempre que está cerca de la pieza.

Don Vela calló, el ventero se vió obligado á callar tambien, y siguieron adelante por verdaderas quebraduras, que salvaba con gran trabajo el caballo del conde.

De improviso de en medio del sendero se levantó un muchacho desharapado y cobrizo, qne éstaba agazapado en la maleza, y dió á correr por las quebraduras arriba. Tragaviento quiso lanzarse tras él, atirantó la trailla y empezó á ladrar roncamente.

El muchacho en tanto habia desaparecido, y don Vela aguijaba su caballo.

—¿No ós lo decia yo? dijo el ventero; ya hemos dado con uno de los escuchas de esos hereges; oid, oid cómo

gritan: nuestra llegada los revuelve, y en verdad, en verdad, señor caballero, que esto no deja de ser una imprudencia.

Don Vela no contestó: siguió apretando los acicates á su caballo, y al llegar á lo alto de la senda descubrió el espectáculo que vamos á describir á nuestros lectores.

En una extensa planicie rodeada de árboles y rocas, de la más alta de las cuales se desprendia un torrente que atravesaba el terreno convertido en un rio, habia una multitud de tiendas de todas formas y colores colocadas en líneas paralelas y con cierta simetría, dejando en el centro una especie de plaza ó espacio cuadrado; dentro de aquel espacio se agitaba una multitud de séres humanos, harapientos, medio desnudos unos, abigarrados otros con trages de colores chillones y extrañas formas, mujeres como harpías, viejos hediondos, muchachos flacos, denegridos y enérgicamente feos, y como excepciones en medio de esto, jóvenes de rara y característica belleza, mancebos gallardos y viejos venerables: aquello era un pueblo entero, un pueblo errante con sus costumbres, su religion y sus leyes especiales; pueblo que nunca veia salir el sol en un mismo punto, errante y andariego y fugitivo siempre y siempre asolador como la langosta.

Y entre estos séres humanos, animales de todo género, caballos, bueyes, gallinas, ovejas, cabras, presas robadas al paso y destinadas á alimentar á aquella gente y á conducir sus mujeres, sus niños, sus viejos, sus tiendas y su miserable menage.

Don Vela se hizo cargo de esto en una rápida mirada,

se aseguró de que aquella era la gente que buscaba, y adelantó hácia el aduar seguido del ventero, que se hacia reácio cuanto podia de una manera instintiva.

En el momento en que don Vela habia dado vista al aduar, llegaba á él desalado el muchacho que se habia levantado de sobre el sendero y se perdia en las calles de tiendas: poco despues aparecieron por aquel lugar cuatro hombres á caballo con lanzas, delante de los cuales y avanzado gran trecho venia otro ginete.

Cuando aquel hombre estuvo á cierta distancia de don Vela, se detuvo y gritó:

—¿Qué quereis entre nosotros?

Don Vela se detuvo, soltó las riendas, extendió ambos brazos en ademan de afecto hácia el ginete egipcio, luego los plegó sobre su pecho, y al fin inclinó la cabeza y se puso entrambas manos sobre ella. Despues de esta mímica, que el ventero habia observado con gran extrañeza, don Vela recobró las riendas y avanzó descuidado hácia el egipcio, que le salió al encuentro.

Aquel hombre era Wamdihavé.

Cuando se reunieron, este último dijo á don Vela:

—¿Quién eres? ¿por qué conservas encubierto el semblante cuando te anuncias como amigo?

—Valiente Wamdihavé, dijo don Vela, ya han pasado cinco años desde el dia en que yo entraba en tu tienda como hermano tuyo, y tu anciano padre me recibia como á un hijo y me contaba sentado al hogar la historia y las peregrinaciones de tus abuelos.

—En mal hora entraste en nuestras tiendas y comiste

con nosotros el pan y la sal, cristiano, dijó Wamdihavé dando muestras de haberle reconocido: en mal hora Ayelah te encontró y te escuchó; pero no es tuya la culpa, el brillante Aldeboran lo quiso: bien venido seas, cristiano, aunque como antes seas para nosotros un mensagero de desgracias.

—Necesito hablarte donde no haya un oido extraño que nos escuche, Wamdihavé.

—Ven conmigo, le dijo el egipcio.

—Espera; es necesario que trateis á mi guia de una manera amistosa: el pobre traía miedo de encontrarse entre vosotros.

—Puede estar seguro que viniendo contigo nada le acontecerá, dijo Wamdihavé dirigiéndose al ventero.

Y luego, volviéndose á los que le seguian, añadió:

—Llevad á ese hombre á vuestra tienda y acompañadle siempre uno de vosotros: agasajadle, es nuestro huésped.

Esto tranquilizó al ventero, que se dejó llevar por los cuatro egipcios, mientras don Vela y Wamdihavé adelantaban entre las tiendas.

Cuando llegaron á la especie de plaza formada por ellas, al ver el trage cristiano de don Vela toda aquella multitud harapienta y estenuada, se lanzó á su alrededor ahullando palabras amenazadoras.

—¡Un prisionero!

—¡Un cristiano!

—¡Un infame verdugo!

—¡A la hoguera con él!...

—¡Muera! muera! ¡muera!

Don Vela escuchó sin conmoverse todos estos gritos, en tanto que Wamdihavé decia, extendiendo su brazo hácia las turbas, con un indescribible ademan de imperio:

—¡Paso! ¡y silencio! ¡es mi hermano!

A estas palabras las turbas se retiraron murmurando y mirando de reojo al extrangero; Wamdihavé siguió adelante, llevando de la mano á don Vela, y á un extremo de aquella especie de plaza, le introdujo en una gran tienda, aislada de las otras por una barrera, y con la cual comunicaban dentro de aquel recinto otras tiendas más pequeñas, unidas con pasadizos formados por lienzos, y conteniendo dentro un pequeño patio en que se veian algunos hermosos caballos africanos sueltos, sin brida ni silla, paciendo de la yerba de que estaba cubierto el terreno en abundancia.

En el fondo de la tienda, medio sepultado en un sillon, entre pieles de oso, habia un venerable anciano, de larga barba blanca como la plata, frente espaciosa y calva, á cuyos costados pendian largas guedejas canas, con los ojos mates, dilatados é inmóviles: una jóven, como de quince años, vestida con un precioso trage oriental, de colores vivos y cubierto de relumbrones, daba de beber con gran paciencia y amor al viejo, un líquido contenido en una brillante copa de oro, que tenia todas las formas, todo el aspecto de un cáliz gótico.

Aquella era sin duda una prenda robada.

—¿Aun vive Kaleb? dijo profundamente don Vela deteniéndose delante del anciano y mirándole con interés.

—Su cuerpo está en la tierra, dijo guturalmente Wam-

dihavé; pero su espíritu se ha remontado hace ya mucho tiempo adonde es eterna la luz y brilla la verdad. Ciento veinte inviernos han pasado sobre su cabeza, y ha visto antes de cegar, morir cinco generaciones: el gran guerrero ha cerrado los ojos de su hijo, de su nieto y de su biznieto, y yo soy su cuarto descendiente que se ha puesto sobre sus hombros su manto ducal y ha lanzado delante de sus guerreros su grito de combate. Desde que los ojos de Kaleb, el sábio y el poderoso, han cegado, hemos recorrido el mundo desde las tierras en donde nace el sol hasta el pais donde jamás desaparece el hielo, y muchas desgracias, muchos dolores han pasado sobre su familia.

—¿Y quién es esa doncella que le cuida tan amorosamente? dijo don Vela fijando una mirada profunda en el semblante de la jóven.

—Es Athais, mi hija, contestó brevemente Wamdihavé.

—Pues tienes una hija hermosísima, hermano, una perla escondida entre vosotros, sentenciada sin duda á ser la esposa de alguno de esos rojos hijos de tu tribu. ¿Sabes, Wamdihavé, que me parece demasiado blanca, demasiado delicada para ser hija legítima, sangre pura egipcia?

—Solo Dios sabe lo oculto, dijo lacónicamente Wamdihavé, saliendo de la tienda por una puerta que conducia al patio y desapareciendo con don Vela por ella.

Athais, que durante la presencia de un extrangero en la tienda habia permanecido con la cabeza inclinada mirando al viejo y entregada enteramente á hacerle beber el líquido contenido en el cáliz ó copa, apenas desaparecieron

fué de puntillas al tapiz de la puerta por donde habian salido, y miró con una atencion profunda la tienda á que se encaminaban. Cuando les vió entrar en ella, volvió junto al anciano, dejó la copa, despues de haberla limpiado con un paño, en un arcon de roble donde habia otros objetos preciosos, y cubriendo enteramente al anciano con pieles, le dijo inclinándose sobre él:

—Padre Kaleb, tu hija Athais te ama; pero quiere saber á lo que viene el extrangero de las crenchas rubias, y te deja un momento solo; duerme, padre Kaleb, duerme; tu hija no tardará.

Y besó en la frente al anciano, que se extremeció y procuró hablar; pero su lengua entorpecida por la vejez, solo pronunció algunos sonidos inarticulados semejantes á los que produce un niño recien nacido.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí, padre Kaleb! tu hija volverá, pero quiere saber... hace mucho tiempo que vé cosas extrañas... ella ha reparado que los hijos de sus padres no tienen su color... ni su corazon, añadió la joven suspirando.

El viejo produjo aun algunos otros sonidos, dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillon y se quedó inmóvil.

Athais le acabó de cubrir, salió de la tienda, y procurando evitar ser vista, se deslizó á lo largo de los lienzos que servian de muros á aquella especie de edificio portátil, y acercándose á la tienda donde habian entrado Wamdihavé y don Vela, se replegó, se agazapó, se cubrió con la parte sobrante del cuero de la tienda, y miró á su interior por un resquicio: nadie, aunque hubiera pasado junto á ella, hubiera podido reparar en que estaba oculta.

Dentro de la tienda, recostados sobre un ancho divan, estaban el egipcio y el conde don Vela, que se habia quitado el capacete y el antifaz de hierro, y mostraba descubierta su rica cabellera rubia, su rostro enérgicamente blanco y su tremenda cicatriz violada.

Athais sintió á su vista una repulsion invencible, y sin embargo, cuando los ojos de don Vela se posaban abstraidos por acaso en la rendija tras la cual se ocultaba Athais, aquellos ojos parecian atraerla como la serpiente atrae á los pájaros.

—¿Y dices que esa doncella es tu hija? exclamó profundamente don Vela.

—¿Qué interés puedes tú tener en que lo sea ó no? dijo con acento contrariado Wamdihavé.

—Si no querias exponerte á escuchar esta pregunta, has debido recatar mucho á esa doncella, singularmente en un pais donde hay muchos que conocen á un noble y poderoso señor, á quien ella se parece como una gota de agua á otra gota.

—Tu espíritu está conturbado y te hace ver lo que no existe, don Vela, dijo más contrariado aun Wandihavé.

—Quien ha visto los poderosos y brillantes ojos del conde, su tez densamente blanca, su boca altiva y dominadora, su continente severo y magestuoso, no puede dudar, Wamdihavé. Athais es algo más salvage, pero esto se explica perfectamente: tú has debido robar á esa doncella siendo muy niña... y he aquí lo que no comprendo bien: el conde Fernan-Gonzalez solo tuvo de doña Urraca, su primera mujer, á doña Urraca, su hija, á quien acaba de repu-

diar el rey don Ordoño el malo, en venganza de la ayuda que dió el conde de Castilla á su hermano don Sancho el Gordo, para ponerle en el trono de Leon: así, pues, y siendo Athais, como no tengo duda, hija del conde Fernan-Gonzalez, debe ser el resultado de algunos amores ocultos con una manceba.

Wamdihavé escuchaba con visiblés muestras de disgusto á don Vela, describiendo extraños signos con la contera de la espada que tenia asida, en la arena que servia de pavimento á la tienda.

—Tienes razon, dijo al fin: ha sido una imprudéncia en mí el introducirte en mi tienda sin recordar que podias encontrar en ella á Athais.

—En otro tiempo me tratabas con más confianza, Wamdihavé.

—En ese tiempo, sin embargo, Athais, que solo contaba diez años, vivia conmigo como ahora, y nunca la viste: entonces me hubiera importado poco, pero ahora desconfio de tí.

—Que desconfias de mí; ¿y por qué? ¿acaso porque tu amistad se ha enfriado durante una larga ausencia?

—Tu desaparicion era inexplicable, coincidiendo como coincidió con la desaparicion de Ayelah de entre nosotros.

—Y sin embargo, Wamdihavé, desde entonces no he vuelto á ver á Ayelah hasta anoche, y esto por un acaso. Sabia que era esclava del califa Abd-el-Rajman, al mismo tiempo que yo vivia en Corthobah con Ordoño, al amparo y á expensas del hagib Almanzor; pero nunca logré verla ni

tener de ella más que vagas noticias por medio de los esclavos del harem.

—Ayelah seguia al conde de Castilla, dijo Wamdihavé, y fué hecha cautiva por una imprudencia suya por los esclavos de la guardia del califa, despues de la batalla de Piedrahita, segun me ha contado anoche despues que la salvé de su cautividad por un acaso; pero Ayelah es un espíritu falaz y astuto de cuyas palabras no se puede fiar; Ayelah te amaba, ó fingía amarte, y era de presumir...

—¿Que yo la hubiese arrastrado conmigo... cuando seguia el campo de Fernan-Gonzalez? dijo con acento torvo don Vela: más prudente era creer que, engañándote á tí, y á mí y á todos, y puesto que en el campo del conde fué hecha cautiva, seguia á Fernan-Gonzalez por amor ó por sed de venganza.

—Solo Dios sabe lo oculto... Sin embargo, Ayelah te ha dado muestras de amor.

—Ayelah me ha enloquecido... aun su amor dura en mi alma y con más fuerza que nunca; por ella me hice enemigo de Fernan-Gonzalez, por ella he perdido mis estados... por ella vengo ahora á tí.

Frunció severamente el entrecejo Wamdihavé.

—Tu amor volverá á sernos funesto, conde, y yo debería obrar con severidad, con la severidad que obré en otros tiempos.

—No es ya ocasion de retroceder, hermano; un lazo de ódio y de venganza nos une de una manera demasiado fuerte para que podamos romperle; sigamos, pues, unidos y vengamos á lo que importa. Tiempo tendremos de tratar de

Athais y de Ayelah. Por ahora sepamos con cuántos ginetes cuentas.

—Con doscientos.

—¿Valientes?

—Como tigres.

—¿Decididos á todo?

—A todo.

—¿Y bien armados?

—Cada cual tiene un arnés semejante á aquel (y señaló uno puesto en un ringle al fondo de la tienda), y en cuanto á caballos ya has podido juzgar por el mio.

—En verdad, en verdad, que vas haciéndote cristiano, Wamdihavé.

—¡Cristiano yo! Aunque no estuviese tan arraigada en mi alma la fé de mis padres, he recibido tantas injurias de los cristianos, les debo tantos dolores, que sería de todo punto imposible que yo abrazase su religion.

—Sin embargo, esos arneses nada tienen de egipcios ni de comun con las armas que vistes en este momento.

—Eso no quiere decir otra cosa sino que me encubro. Antes de entrar con nuestras familias, con nuestros padres y con nuestros dioses en un pais desconocido, entro en él como capitan de aventuras: ahora hay guerra en todas partes, yo y los mios hablamos un poco de cada lengua y nos hacemos entender; doscientos buenos hombres de armas que piden poco sueldo, encuentran fácilmente acomodo con cualquiera rey, príncipe ó aventurero; es cierto que la mayor parte de las veces el sueldo que se estipula no se nos paga, pero nosotros sabemos cobrárnoslo.

—Sí, sí, ya he visto en las manos de Athais algo demasiado rico para que tú lo hayas comprado.

—Si en verdad; es una copa de sacerdote que se encontró ayer mi hijo Kaid, sin saber cómo, en la catedral de Leon, y por lo cual, aunque no le encontraron con el hurto, le ahorcaron.

—¿Que le ahorcaron?

—Ni más ni menos.

—¿Y lo dices con esa sangre fria?

—Lo digo así, porque Kaid doma en este momento un potro salvage en la rivera del torrente, tan sano y tan bueno como si nada le hubiera acontecido, salva una señal cárdena que conserva en su cuello.

—¿Podré, pues, contar con cincuenta de tus ginetes?.. porque es ya tarde, sube el sol, y no tengo tiempo para volver al castillo y tomar conmigo á mis hombres de armas.

—¿Y para qué quieres esos cincuenta ginetes?

—Para servir al rey don Sancho de Leon.

—¡Ah! ¡es para servir al rey!

—Eso sin duda no te agrada, puesto que sus jueces te han ahorcado á Kaid.

—Si sus jueces le mandaron ahorcar, en cambio el señor rey me ayudó á salvarle.

—¡Diablo!

Wamdihavé contó á don Vela cuanto le habia acontecido la noche antes con don Sancho. Don Vela en reciprocipad le contó sus aventuras de aquella noche.

—Ya sabia por Ayelah, dijo Wamdihavé, que el rey amaba á la infanta doña Sancha; pero no creia que llegase

hasta ese extremo; mas puesto que es así, yo soy ante todo agradecido. ¿Quiere á la infanta? Pues bien, la tendrá. Yo mismo iré.

—¡Tú!

—Sí, yo...

—Iremos, pues, los dos.

—En buen hora.

—¿Cuál es el lugar de la emboscada?

—La Cruz roja.

Extremecióse imperceptiblemente Wamdihavé.

—¡La Cruz roja! exclamó roncamente. Ese es un lugar fatal. Pero no importa: ya debe haber muerto... Sí, sí, nada importa. Vamos, don Vela, puesto que dices que ya es la hora.

Wamdihavé y el conde salieron y se trasladaron á la gran plaza. Al pasar por la tienda donde reposaba Kaleb, Wamdihavé notó con recelo que no estaba en ella la jóven.

—¿Dónde estará Athais? murmuró.

Pero en aquel momento apareció la hermosa niña á la puerta de la tienda, adelantó, corriendo, hácia el guerrero egipcio, y colgándose de su cuello, estampó un dulce beso en su boca.

Wamdihavé perdió la tirantez de su semblante, la besó conmovido en la frente, y la dijo:

—Dios te bendiga, hija miá.

Athais se desprendió del cuello de su padre, se fué junto al anciano, tomó una tiorba, y se puso á cantar acompañándose con ella.

Su pura, argentina y fresca voz era la misma que habia

escuchado el rey la noche antes en la casa adonde le habia conducido Wamdihavé.

Pero aunque parecia absorta con su canto, vió desde el lugar en que estaba asentada que el extrangero y Wamdihavé hablaban con algunos guerreros de la tribu, que se retiraban sucesivamente á sus tiendas: poco despues apareció en la plaza una tropa de hombres de àrmas completamente equipados, que montaron á caballo; y al fin Wamdihavé, que se habia armado como ellos, y el extrangero se pusieron á su frente y salieron.

Apenas se perdieron fuera de las tiendas, Athais levantó las pieles que cubrian al anciano, y acercándose á su oido, le dijo con voz vibrante:

—Yo sé que hay un noble señor que se llama el conde Fernán-Gonzalez.

Los ojos ciegos del viejo continuaron inmóviles, pero su semblante se contrajo de una manera violenta y su garganta lanzó algunos sonidos roncos é irritados.

—Y sé que soy semejante á él como una gota á otra gota, añadió Athais.

El temblor del viejo creció, y sus esfuerzos por hacer hablar á su lengua entorpecida se hicieron más desesperados.

—¡Oh! dijo Athais, tú, padre Kaleb, no puedes decir á nadie que Crencha-de-Oro sabe un secreto como este... pero yo sé que cuando este secreto te extremece tanto, debe valer mucho.

Y poniéndose sobre sus rubios cabellos una toquilla roja, tan llena de relumbrones como su trage, salió de la

tienda, saltando como una jóven corza, atravesó por la derecha unas solitarias tiendas, y siguió corriendo por el campo hasta un altozano en cuya cumbre se detuvo y miró en torno suyo: á lo lejos, junto á la corriente, vió un jóven vestido de verde que hacia correr en círculo un fogoso caballo negro: cuando le vió la jóven cantó con alegria corriendo hácia el ginete:

Corre, corre, dale espuela,
que tras de tí el tiempo va;
corre, corre, el tiempo vuela
y más que tú correrá.

Al sonido de aquella voz alegre el ginete se volvió, miró adelante, y á todo andar llegó en pocos instantes á la doncella.

—Yo tambien quiero correr, Kaid, le dijo Athais.

—¿La hija de mi padre, dijo el mancebo, que era hermosísimo, sabe que por ella estuve ayer suspendido en la eternidad?

—¡Ah, Kaid! no me digas eso, porque me entristeces, exclamó la jóven; yo guardaré la copa cristiana como un don precioso, pues por ella estuviste á punto de perder la vida.

—Escucha, amor mio, si tú no fueses tan tirana conmigo yo te haria muy feliz.

—Calla, Kaid, calla; ¿has olvidado que somos hermanos?

Kaid se sonrió de una manera particular.

—Y si no lo fuéramos, ¿me amarias?

La jóven posó sus rasgados ojos en Kaid con una expre-

sion de asombro tan bien fingida que éste no pensó en corregir su imprudencia.

—Si no fueras mi hermano, Kaid, dijo... eso es imposible: ¿acaso no venimos de un mismo padre?

—Si tú me amáras, Athais...

—¡Oh! Sí, yo te amo mucho, hermano mio, dijo la jóven: pero si te obstinas en esa locura, darás motivo para que no te vuelva á ver más, para que se lo revele á nuestro padre.

—En nuestra tribu, Athais, los hermanos se casan con los hermanos.

—En tiempo de estrechez, cuando no pueden encontrar una parienta menos próxima sino dentro de la tribu; pero ahora no; las mujeres hermosas brillan entre nosotros en tanto número como las estrellas en el cielo: tu tia Ayelah...

—Es vieja.

—Vieja, y apenas ha pasado veinte veces sobre ella la estacion de las flores...

—Tú eres más jóven y más pura, Athais.

—Kairah solo tiene catorce años y es tambien muy hermosa.

—Pero es roja como el sol.

—Sangre pura y sin mancha.

—Me enamora más tu frente de azucena, Athais.

—Zinka tiene por ojos dos rayos y puede cubrirse con sus brillantes cabellos negros.

—Me agradan más tus hermosos ojos celestes como el cielo y tus cabellos de oro.

—Ya sabes, hermano mio, que amores como los tuyos han traido los rayos de Aldeboran sobre nuestra tribu.

—Yo sé que puedo amarte, Athais.

—¿Que puedes amarme?

—Sí, sin que se irrite el brillante Aldeboran.

—Pues bien, si yo supiera...

—¿Serás capaz de callar, Athais?

—Callaré.

—¿Y cuando yo te pruebe que no eres mi hermana?..

—¡Que no soy tu hermana!

—Si te convenzo de ello...

—Te amaré, seré tu esposa, mi buen hermano Kaid.

—Pues bien, vamos á aquel rivazo donde nadie pueda escucharnos.

—No, Kaid, ponme sobre tu caballo, y llévame á un sitio que se llama la Cruz roja...

—¡La Cruz roja!..

—Sí... yo he oido decir que eso que se llama Cruz es un signo santo, y que quien miente bajo ella trae sobre su cabeza la cólera de Siro y de Aldeboran.

—Pero yo no sé á la Cruz roja, Athais.

—¿Ves allá á lo lejos una tropa de ginetes cuyas armaduras brillan al sol y que empiezan á perderse entre las breñas?

—Sí.

—Pues sigamos á aquellos ginetes, ellos nos llevarán á la Cruz roja.

Dicho esto, Athais saltó con una agilidad maravillosa á la grupa del caballo, se asió á la cintura de Kaid, y este, apretando sus acicates al bruto, partió como una flecha hácia el lugar donde brillaban los arneses.

CAPITULO XIII.

En que se trata de una montería, y de los sucesos y extraños incidentes que en ella tuvieron lúgar.

En verdad que los tiempos pasados si eran más rudos, eran por lo tanto más romancescos, más primitivos, más bellos.

¿Quién nos diera ahora ver una de aquellas magníficas cabalgadas que salian con el alba de un castillo roquero y bajaban á la floresta y se perdian en la selva, al ronco son de los cuernos de caza, al ladrido impaciente de sus perros, al alegre vocear de sus ojeadores? ¿quién ver aquellas hermosas y robustas damas, oprimiendo los lomos de un palafren, con la rica y abigarrada túnica flotante, el velo de seda y oro suelto al viento, el azor en el puño y al lado un gentil caballero, que á veces perdia la ocasion de lanzar su venablo á un venado, fascinado por el dulce mirar de la hermosa? ¿quién la tropa de pages y monteros, las acémilas empenachadas, conduciendo exquisitos mantenimientos, las ricas tiendas que en un momento se levantaban en el centro

de una pradera á las márgenes de un rio, rompiendo su soledad con el aspecto de una ciudad animada?

Hoy todo lo que nos rodea es raquítico, y necesitamos volver al pasado para encontrar algo bello, algo grande, algo magnífico.

Una de aquellas monterías es la que vamos á describir á nuestros lectores, lo mejor que nos sea posible.

Ya desde muy por la mañana los ámbitos de un espeso bosque situado á dos leguas de distancia de Leon estaban atronados por las trompas de los ojeadores y los ladridos de los sabuesos; ya se habian buscado los rastros, establecido los puestos, y ya se habian apostado en su respectivo lugar jaurias y monteros, cuando por la gran avenida del bosque apareció una tropa de batidores al galope, magníficamente armados, y tras ellos una nube de pages y escuderos.

Seguia despues Ruy Pero Ponce, finchado hidalgo, montero mayor del rey, con su gaban verde galoneado de negro, su gorra con pluma de águila, su cuchillo de monte y su ballesta, sobre un magnífico alazan, llenando la selva con su orgullo, y acompañado de Suero Diaz, alconero mayor, que llevaba en el puño una colosal garza, y á la derecha á Juan Berlanga, ballestero mayor, á los que seguian una turba de alconeros, perreros y ballesteros á pié: tras esta gente, igualmente vestido de caza y á caballo, seguia el conde de palacio Fortun Nuñez, y con él Per Afan Castro, gran escudero, y Artal de Meneses, copero mayor, y otros muchos caballeros, en fin, de la cámara, recámara y consejo del rey: seguidamente iba su nobleza el señor rey don Sancho con sus arrugas y sus ojos escondidos bajo las

faldetas de sus párpados, fijando de tiempo en tiempo furtivas y rápidas miradas á su tia la infanta doña Sancha, y otras no menos intencionadas en el conde Fernan-Gonzalez, que marchaba rodeado de su escaso séquito, á espaldas de la infanta doña Sancha y de la reina doña Teresa, que rodeadas de sus damas, iban profundamente preocupadas y abstraidas.

Seguia una enorme comitiva, y cerraba la marcha un escuadron de lanzas.

En el momento en que la montería se encontró en la selva se dispersó por diversos senderos para ponerse sobre las pistas que ya habian buscado los monteros que habian llegado de antemano á la selva.

El rey, el conde de Castilla, la infanta doña Sancha y la reina doña Teresa partieron por uno de los senderos.

El rey llevaba en la mano una jabalina dorada, la reina una garza real, la infanta un alcon y el conde de Castilla un magnífico azor mudado, que ya sin capirote, se espeluznanaba y lanzaba impacientes graznidos, ansioso de ser lanzado á una presa.

El caballo que montaba el conde era un soberbio corcel árabe, negro como la noche y con una estrella blanca en la frente. El generoso bruto demostraba su impaciencia, contenido por la cortesania de Fernan-Gonzalez, que procuraba no adelantar al caballo del rey, infinitamente inferior al suyo.

Aquel azor y aquel caballo eran los animales tan codiciados por el rey don Sancho el Gordo.

Además, el rey miraba con cierta impaciencia envidiosa

una pequeña corneta de marfil incrustada en oro que el conde llevaba pendiente de una rica bandolera bordada de oro y perlas.

Aquella corneta era sin duda el talisman sin el cual nada valian el azor ni el caballo.

Los ojeadores con las traillas y los monteros iban delante batiendo el rastro, y los perros latian impacientes y corrian con una velocidad tal, que era necesario que los ginetes soltasen toda la rienda á sus caballos para no perderlos de vista.

Retumbaba la selva por todas partes con el sonido de las cornetas, los gritos de los cazadores y los ladridos de los perros.

Al pasar por cada encrucijada la comitiva real encontraba un grupo de monteros, que se unian á la carrera con los monteros del rey y seguian poderosamente el rastro.

Aquellos hombres eran formidables, corrian tanto como los caballos y poco menos que los perros, y parecian incansables, extraños á la fatiga.

De repente jaurias y monteros se revolvieron sobre el rastro, y se escucharon terribles voces:

—¡Cuenta, cuenta con la pieza!

—¡El jabalí! ¡el jabalí!

En efecto, uno de estos terribles animales, de enorme tamaño, con las duras cerdas del testuz erizadas, adelantó rompiendo la maleza en direccion al grupo compuesto por el rey, la reina doña Teresa, la infanta y el conde Fernan-Gonzalez: en vano todos los monteros dispararon sus balles-

tas; ningun venablo tocó al animal, que siguió adelante en direccion al caballo del rey.

Don Sancho dió entonces una clara muestra de valor: en vez de revolver su caballo y apartarle del paso de la fiera, le plantó, armó en su ballesta de marfil su jabalina dorada, y disparó: el arma se clavó silbando en el lomo del animal, que sin embargo pasó adelante, embistió bufando con el caballo del rey, le derribó, y sin hacer caso del ginete, cargó sobre el caballo de la infanta que venia detrás.

Entonces el conde de Castilla para desembarazarse lanzó el azor á los aires, que se alzó en anchos círculos graznando alegremente, y poniendo mano á su espada, se lanzó sobre el jabalí en socorro de la infanta.

Pero el caballo de esta, asombrado por el peligro, habia saltado sobre un costado del sendero, y á pesar de los esfuerzos de doña Sancha para contenerle, habia partido desbocado con la velocidad de una flecha por una avenida inmediata.

El peligro, si no era tan inminente, era mayor: el caballo, ciego y desenfrenado, podia lanzar de sí á la infanta ó lanzarse con ella en un precipicio.

El conde clavó los acicates en los flancos de su caballo, y partió ansioso de salvar á la infanta.

Muy pronto ambos ginetes se perdieron de la vista del rey y de los suyos, que por otra parte estaban muy ocupados en su propio peligro para reparar en su desaparicion.

El palafren de la infanta crecia cada momento más en rapidez escitado por la carrera del caballo del conde que le seguia. Doña Sancha asustada, se inclinaba sobre el arzon

murmurando oraciones á los santos de que era devota para que la salvasen, y su velo dorado y la falda de su trage habian sido desgarrados por las ramas de las carrascas y de los espinos: sus ricas trenzas se habian desordenado y flotaban sobre su cabeza como una aureola dorada, y era de temer un momento en que doña Sancha fuese hecha pedazos por alguna rama de árbol.

Y el conde ensangrentaba cada vez más los hijares de su caballo, que volaba relinchando de dolor, pero sin ganar un palmo en la distancia que le separaba del palafren de la infanta.

—¡Corre, corcel mio, Lucero-blanco, vuela! gritaba el conde desesperado. ¿No ves que está mi alma en peligro?... Vuela, vuela, Lucero-blanco, que yo te prometo no llevarte más á la batalla, ni oprimir tus lomos, si la alcanzas.

Y el caballo parecia comprender estas palabras y forzaba su carrera, y el conde blandía su ancha espada, avanzándose sobre el arzon ansioso de herir al caballo de la infanta.

Pero este corria cada vez más. De improviso escuchóse el derrumbe de un torrente, y la sangre del conde se heló. Cerca, muy cerca se veía un borde escarpado, tras el cual se levantaba la blanca neblina producida por la espumosa corriente, y el palafren de la infanta avanzaba con una velocidad, espantosa ya.

El conde desesperado ofreció á su patron el apóstol San Yago ir en romería descalzo á su templo de Compostela si salvaba á la infanta, cuyo palafren estaba ya cercano á la cortadura.

En aquel momento se oyó un áspero silbido, y un venablo se clavó pujante en el cuello del caballo de doña Sancha, que dió un salto atrás y se levantó sobre sus piernas: aquella momentánea detencion dió lugar á que el conde pudiese alcanzar á la infanta; arrojó la espada que le estorbaba, extendió los brazos hácia ella, la sacó vigorosamente del arzon, la puso sobre el suyo, revolvió á su caballo por un movimiento desesperado, en el momento en que tocaba al borde del abismo, y le dejó ir la márgen abajo.

Doña Sancha estaba desmayada: el conde, loco de amor, la contemplaba con delicia entre sus brazos; y en un momento de delirio estampó un beso en su frente.

La infanta tornó en sí, vió al conde y sonrió de una manera dulcísima.

Poco despues aquel caballo que sostenia al enamorado grupo se perdió en una enramada cercana, á tiempo que aparecia por la parte opuesta y sobre otro caballo un grupo semejante.

Eran Kaid y Athais sobre el negro potro salvaje.

Kaid detuvo su cabalgadura en el mismo lugar donde estuvo á punto de ser precipitada doña Sancha, echó pié á tierra, y luego bajó en sus brazos á Athais.

—Hemos hecho una buena accion, hermano, dijo la jóven; sin tí la dama rubia hubiera sido tragada por el torrente como lo ha sido su caballo.

Y señalaba un rastro de negra sangre que se veía en el declive de las rocas sobre las aguas.

—No hay mérito donde no hay peligro, Athais, dijo Kaid, cuyo cobrizo semblante estaba resplandeciente de

alegría: ya sabes que yo corto el vuelo á un águila con mi arco. ¿Y qué me importaba esa dama?... Tú has sido quien la has salvado, Athais, tú, que te aterraste por ella.

—¿Y si hubieras venido solo?...

—La hubiera dejado caer, hubiera dejado que el caballero hubiese caido con ella.

—¡Oh! No, no, tú no dices lo que sientes, tú no eres cruel.

—No, no soy cruel, pero aborrezco á los cristianos, que son enemigos de nuestra raza, que han causado las desgracias de nuestra familia y luego... ellos me colgaron ayer de la cadena de una horca.

—Y el justo Aldeboran te ha guardado la vida para que puedas pagarles sus odios con beneficios.

—No hablemos más de esto, Athais; si lo he hecho ha sido por tí.

Athais se sonrió mirando á su amante de una manera dulcísima.

—¿Qué es aquello que brilla entre la yerba, Athais? dijo Kaid.

La niña corrió al lugar que le indicaba su hermano, y levantó de entre el césped una brillante espada: era la espada del conde Fernan-Gonzalez.

—¡Arma de caballero! exclamó Kaid; y luego, contemplando el arma, exclamó con alegría: ¡oh! si he hecho una buena accion, hé aquí su precio.

—No te entiendo, Kaid; una espada por rica que sea, no vale la vida de una hermosa y noble dama y de un poderoso caballero.

—Mira; ¿ves en el medallon que la sirve de pomo una Castilla roja?

—Sí.

—¿Y no comprendes lo que esta Castilla significa.

—No.

—Esta Castilla es el blason de un noble y poderoso señor, se lo he oido decir muchas veces á mi padre: esta Castilla quiere decir que esta espada es del conde Fernan-Gonzalez... sí, sí... es suya: mira esta corona soberana rodeando el pomo... ¡Oh! ¡buena y valiente espada, exclamó el jóven atravesándola en su ceñidor de seda, tú eres la esperanza de Kaid! ¿No quieres saber la historia que te habia prometido, Athais?

—Sí, sí; pero quiero oirla al pié de la Cruz roja.

—Nos hemos extraviado siguiendo á la montería; pero no importa, ya encontraremos un pastor que nos lleve allá.

Y poniendo sobre el arzon del potro á Athais, montó en él de un salto, y se alejó en la misma direccion que habia seguido el conde de Castilla.

CAPITULO XIV.

La Cruz roja

En un lugar bravío y solitario flanqueado por las escarpaduras de dos montañas cubiertas de encinas enanas, de espinos y de brezos, al lado de un turbio arroyo, que corria por entre las quebraduras de la roca, habia un pequeño edificio de piedra desmochado por el tiempo, cuadrado, construido con trozos de peñasco irregulares, unidos con argamasa, sin entrada ni más respiradero que una estrecha ventana pegada al suelo y defendida con una fuerte reja de hierro.

Un doble zócalo á manera de gradas levantaba aquel edificio del terreno, y delante de él habia una tosca cruz de mármol cárdeno, en cuyas junturas habian nacido espesas yerbas.

Por detrás de aquella cruz y de aquel edificio se levantaba un espeso y enmarañado bosque del mismo modo que en los flancos de la montaña.

Aquella era la Cruz roja, y aquel pequeño edificio se llamaba de tiempo inmemorial el *Purgatorio de la bruja*.

Generalmente aquel lugar, tenido por maldito, estaba desierto; pero todos los sábados, aunque lleno de miedo y cuidando de rezar al acercarse á él oraciones y ensalmos, se acercaba un pastor y dejaba delante de la reja provisiones para una semana y una odre con agua.

Hacian esto los pastores de los contornos temerosos de que el sér maldito que vivia en el *Purgatorio* saliese de él incitado por el hambre y devorase sus rebaños.

Como ven nuestros lectores, el miedo es á veces más poderoso que la caridad.

Sin embargo, nadie habia visto á la persona que consumia periódicamente el pan, el queso, la leche y las frutas que dejaban junto á la reja los pastores, y se ignoraba absolutamente si era hombre ó mujer, demonio ó persona humana.

Contábanse, á propósito, terribles consejas acerca de aquel lugar, y se asustaba á los chiquillos de los pueblos circunvecinos, con el condenado ó la condenada, el hechicero ó la bruja, que esto era arbitrario, del *Purgatorio* de la Cruz roja.

El dia en que acontecia lo que vamos relatando, la selvática soledad de aquel lugar era absoluta; parecia que hasta los pájaros huian del profundo silencio que le rodeaba, y que solo se turbaba por el ruido del arroyo que se derrumbaba, saltando por las quebraduras, despues de haber establecido una pequeña laguna ó estanque entre la Cruz y el *Purgatorio*.

Estaba el sol ya alto, y aunque sus rayos penetraban por la estrecha reja, no bastaban á desvanecer las densas tinieblas del fondo.

De repente apareció un objeto tras de la reja y se iluminó con los rayos del sol: era una cabeza humana, una cabeza de mujer.

Pero á todas luces de una mujer loca; sus ojos de gran tamaño, salientes, por la demacracion de su semblante, se fijaban de una manera terrible en las profundidades del barranco situado frente á la reja: sus manos, secas y huesosas, asían convulsivamente los hierros, y todos sus miembros temblaban como á impulso de un frio intenso.

Aquella mujer era cobriza; á pesar del estado de miseria y de enflaquecimiento en que se encontraba, conservaba en las formas generales los vestigios de una hermosura que debió ser extremada cuando sus megillas respiraban frescura, morbidez y juventud; y sin embargo, aquella mujer no era vieja aunque lo parecia á primera vista: despues de mirarla con alguna atencion, se hubiera podido reparar en que solo demostraba tener treinta y cinco ó cuarenta años.

De tiempo en tiempo se extremecía de una manera más marcada, sacaba el descarnado y desnudo brazo por entre los barrotes, y señalando al fondo de las quebraduras exclamaba:

—¡Por allí!... ¡por allí!

Esto duró algun tiempo: al cabo aquella extraña mujer inclinó hácia fuera uno de sus oidos como pretendiendo percibir un rumor lejano y escuchó; despues lanzó una insensata carcajada y desapareció, volviendo á verse tras la reja las densas tinieblas del fondo del *Purgatorio*.

No tardó en justificarse la huida de aquella singular

mujer: allá, en el fondo de las quebraduras se escuchó crujir de armas y pisadas de caballos sobre las rocas; luego apareció un numeroso escuadron perfectamente armado, pero sin divisas ni bandera, á cuyo frente iban dos hombres: aquellos hombres eran el conde don Vela Sanchez y Wamdihavé. Aquel escuadron era el que habia salido del aduar de los egipcios.

Desde el momento en que Wamdihavé vió el *Purgatorio* palideció y aguijó su caballo, que adelantó como una flecha. De igual modo el conde don Vela y el escuadron aguijaron y pasaron con el ruido y la velocidad del vendabal entre el *Purgatorio* y un flanco de la montaña y se perdieron en el encinar próximo.

El ruido se extinguió al fin, volvió el silencio anterior, pero no volvió á aparecer en la reja la habitante del *Purgatorio*.

Pasó algun tiempo y se volvieron á oir pisadas de caballo, y luego apareció por el mismo lugar por donde habia venido el escuadron, Kaid llevando entre sus brazos, sobre el arzon de su potro, á Athais,

Adelantó hácia la Cruz, desmontó, ató el potro á un espino, bajó de él á Athais, y entrambos jóvenes se sentaron alegremente al pié de la Cruz.

Kaid conservaba aun desnuda y sujeta en su ceñidor la espada de Fernan-Gonzalez.

—¿Por qué has querido que sea aquí y no en otra parte donde yo te diga lo que sé acerca de tu nacimiento, hermana mia?

Athais se ruborizó, bajo los ojos, y contestó trémula:

—Si nuestro padre supiera lo que voy á decirte, Kaid, me mataria.

—¡Te mataria!... ¿Tan terrible es tu secreto, Athais?

—Yo no creo en Aldeboran, dijo la niña fijando sus hermosos ojos azules en el egipcio.

Kaid se levantó como á impulsos de un horror invencible, y miró de una manera severa á Athais.

—Aldeboran no es más que la antorcha de fuego con que Dios alumbra al mundo; un astro y nada más... los que creen en Aldeboran, los que le adoran, son idólatras.

Athais al pronunciar estas palabras mostraba el mismo intenso valor de los mártires del cristianismo.

Kaid estaba pálido de cólera.

—No blasfemes, Athais, la dijo, si no quieres que el poderoso Aldeboran, que nos alumbra, nos consuma con sus rayos.

Athais miró frente al sol como en ademan de reto, y por una consecuencia natural se deslumbró.

—Hé ahí el castigo de la impiedad, dijo Kaid: Aldeboran nos calienta con sus rayos, nos alumbra, nos mantiene; pero cuando nos atrevemos á mirarle frente á frente, nos deslumbra y nos ciega.

—Aldeboran es el fuego de Dios, dijo Athais.

—¿Quién te ha enseñado eso? dijo con acento de amenaza Kaid.

—Nuestra tia Ayelah.

—Ayelah hace cinco años que falta de nuestra tribu, dijo Kaid, y cuando estaba en ella eras muy niña, Athais.

—Pero tengo esta cruz sobre mi seno desde hace cinco

años, y no amaré á nadie que no sea cristiano, Kaid.

El jóven egipcio miró con ansiedad á Athais, y al ver su semblante resplandeciente de fé y de hermosura, vaciló, palideció y fijó su vista en el suelo.

La fé religiosa entre los idólatras estaba basada sobre groseros principios acerca de la divinidad; era más que una creencia, una costumbre, y en el momento en que se sentia combatida por una fuerza superior vacilaba en sus débiles fundamentos.

Athais era un misionero demasiado hermoso y demasiado amado para que no fuese un terrible enemigo de Aldeboran: la fé grosera de Kaid empezó á vacilar, eran aquellos los primeros pasos de la senda de la conversion.

—¿Que no me amarás si no soy cristiano?

—Te amaré como te amo ahora, como á un hermano mio; pero aunque me pruebes que somos hijos de distintos padres, no te amaré de otro modo mientras continúes encenagado en la idolatría.

—¿Y quién me probará que la religion que profeso es falsa?

—Ayelah ha vuelto á nuestra tribu.

—¿Que ha vuelto Ayelah?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Y si alguna vez soy cristiano?...

—Seré feliz, Kaid.

—¿Y si te pruebo que no eres mi hermana?...

—Seré tu esposa.

—Pues bien, yo te juro probártelo antes de que transcurra una luna.

—¿Qué, no puedes ahora?

—Lo que puedo decirte no alcanzaria tal vez á convencerte.

—Eso quiere decir que tú no estás convencido.

—Yo sí, contestó gravemente Kaid.

Hubo un momento de silencio.

—Escucha, Athais, dijo Kaid; hace un año iba yo á entrar una noche en la tienda de nuestro padre, cuando oí la voz del viajero Kairú, que hablaba ágriamente con él. Tú ya tenias catorce años y eras la más hermosa doncella de nuestra tribu: Kairú hablaba de tí.

—¡De mí!

—Sí, Kairú tiene un hijo que es el guerrero más famoso de la tribu.

—¡Zuanko! exclamó extremeciéndose Athais.

—Sí, Zuanko; su padre te pedia al nuestro para que fueses su esposa.

—¿Y nuestro padre?...

—Nuestro padre al principio se negó, disculpándose con tu juventud: recuerdo perfectamente las palabras que se dijeron entre el viejo Kairú y Wamdihavé.

—«Entre nosotros, dijo Kairú, una mujer se casa en el momento que cumple once años.»

—«Sí, cuando se trata de una egipcia, contestó Wamdihavé.»

—«¿Qué, acaso Athais no es sangre de tu sangre?»

—«Athais tiene en sus venas sangre egipcia y castellana.»

—«No importa, Zuanko ama á Athais, es el mas valiente y el más respetado de la tribu, y se casará con ella.»

—«No se casará, dijo Wamdihavé, porque Athais, la doncella de la Crencha-de-Oro, está destinada á otro hombre, que si no es tan feroz, es más valiente que Zuanko.»

—«¿Y quién es ese hombre? dijo con cólera Kairú.»

—«Ese hombre es mi hijo Kaid.»

—«Pero Kaid es su hermano.»

—Dios sabe lo oculto, contestó Wamdihavé.»

—«¡Qué! ¿No sera Athais tu hija? repuso con recelo el viejo.»

—«Quién te ha dicho que no sea mi hija?»

—«¡Ah! ¡ah! murmuró Kairú con el acento de un hombre que recuerda; verdaderamente he estado ciego cuando no he notado cierta semejanza entre Crencha-de-Oro y cierto poderoso señor castellano... ¡Ah! ¡ah! Hé aquí que nuestro poderoso duque, Wamdihavé, cansado, sin duda, de nuestra vida errante, busca por un medio cualquiera la ocasion de que el conde soberano de Castilla le haga señor en sus estados.»

Exhalóse un ronco rugido del pecho de Wamdihavé.»

—«¿Qué dices tú del conde de Castilla? exclamó con acento amenazador.»

—«Digo que Athais se parece á él como una gota de agua á otra gota, y me extraña el que yo haya sido tan ciego que no lo haya conocido hasta ahora.»

—«Mientes; te engañas, exclamó Wamdihavé.»

—«Ni miento, ni me engaño... pero me alegro de haber reparado en ello: Athais es una extrangera, y segun nues-

tros usos, será nuestra esclava, ó no dejará de serlo sino cuando uno de nuestros guerreros se digne tomarla por esposa: si hay dos que lo deseen, ya sabes cómo se arreglan entre nosotros estas cosas: en combate; el más fuerte obtiene á la extrangera.»

—«Pero eso no sucederá, dijo con desprecio Wamdihavé.»

—«¿Y por qué no?» repuso con cólera Kairú.»

—«Porque has sido demasiado imprudente para dejarme conocer que sabes ese secreto, y ese secreto morirá contigo.»

—«¿Que morirá conmigó? ¿Con que es verdad que es hija del conde?»

—¿Y qué contestó Wamdihavé? preguntó con ansiedad Athais.

—Wamdihavé contestó, asiendo violentamente á Kairú: «Sí, Crencha-de-Oro es hija del conde Fernan-Gonzalez y de mi hermana Alida: mi hermana pagó de una manera terrible su liviandad, y tú vas á pagar con la vida tu imprudencia.»

Nada más oí sino el ruido de un combate sordo: temeroso por el peligro de mi padre, entré en la tienda, pero cuando entré Kairú caía sin vida partido el corazon de una puñalada.

Athais palideció.

—«¿Qué haces aquí?» me dijo Wamdihavé, añadió el jóven continuando su relato.

—«Te habia oido combatiendo, padre mio, y venia á darte ayuda.»

—«¿Y no has oido más?»

—«Sí, sí, padre mio, prefiero tu enojo á engañarte; he oido de tu boca que Athais no es mi hermana.»

—«Ese secreto ha costado la vida á Kairú, me dijo severamente: á tí te costaria si lo divulgases el perder mi amor y mi proteccion: ténlo muy presente, Kaid: Athais será tu esposa, porque sé que la amas; pero guárdate de que ella sepa que no es tu hermana.»

Yo juré á mi padre callar; pero se me quitó un horrible peso del corazon: á pesar de que nuestras leyes en situaciones particulares permiten el casamiento entre hermanos, me repugnaba ser esposo de una hija de mi padre: el saber que no lo éramos me llenó de felicidad.

— «Tú solo sabes, me dijo Wamdihavé, lo que ha sucedido aquí; es necesario que nadie lo sepa: ayúdame á borrar los rastros de esta muerte.»

Entonces metió el cádaver en un saco de cuero, cubrió con arena la sangre, y cargó á Kairú en su caballo, en el que monté, salí, recatándome de los guardas, y llevé á Kairú á lo más enmarañado de una selva cercana.

Al dia siguiente nuestros cazadores encontraron á Kairú despedazado por los lobos, y solo pudieron reconocerle por algunos restos de sus vestiduras: su hijo Zuanko creyó, como los demás, que habia sucedido á su viejo padre una desgracia, y nadie sospechó que le habia dado muerte Wamdihavé.

Oyóse entonces un rumor sordo semejante á un rugido inarticulado en la espesura colocada tras los jóvenes, y al volver estos la cabeza creyeron ver una forma confusa que se ocultaba apresuradamente

—¡Oh! ¿Qué es eso? dijo Athais.

—Nada, no es nada, alguna liebre ó algun animal salvage que se ha vuelto asustado al vernos. ¿Quién ha de venir aquí? ¿No te acuerdas que el pastor que nos ha servido de guia no se atrevió á pasar de cierto punto, y que decia que era un lugar funesto?

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! Quiera Dios que no lo sea para alguno, dijo Athais.

—¿Temes que pueda influir sobre nosotros la maldicion de este lugar?

—¡Oh! ¡no! Pero yo tambien he escuchado á tu padre hablando con un extrangero en su tienda; le he oido decir que no era su hija, y además... además sé que á este lugar debe venir el conde Fernan-González, que van á prenderle y á robar á una hermosa dama.

—¡Que vá á venir el conde Fernan-Gonzalez!

—Sí, están ocultos, emboscados, esperándole.

—Es imposible, no hemos oido nada.

En aquel momento, como si la casualidad se hubiese encargado de contestar, relinchó á cierta distancia un caballo.

—¿Oyes? dijo Athais.

—Sí... sí... ¿Y quién espera al conde?

—Tu padre, un extrangero y doscientos de nuestros ginetes.

—¡Oh! pues es necesario que salvemos otra vez al conde.

Kaid se levantó y se encaminó á su caballo; pero al llegar á él apareció un hombre entre la espesura y adelantó.

Aquel hombre era Wamdihavé.

—¿Qué hace aquí mi hijo con la doncella de la Crencha-de-Oro su hermana? dijo severamente.

—Padre, contestó Kaid, hemos venido sobre mi potro á respirar libremente el aire de la montaña.

—El cachorro de leon es impaciente, y su impaciencia le perderá. Tenemos demasiados enemigos, Kaid, para que te separes así del aduar con Athais. Venid conmigo.

Wamdihavé desató el potro, y los dos jóvenes le siguieron. En el aspecto y en las palabras del guerrero egipcio, habia notado Kaid que nada habia escuchado del secreto que acababa de revelar á Athais.

Poco despues los dos jóvenes estaban entre un escuadron de lanzas. No lejos de ellos, apoyado en una ancha y larga espada, teniendo su caballo del diestro é inmóvil como una estátua, un egipcio hermoso, aunque de fisonomía dura y astuta, y como de veinte y cuatro años de edad, fijaba alternativamente una mirada sombría en Wamdihavé y en Kaid, y otra avarienta y profunda en Athais.

Aquel hombre era Zuanko, el hijo de Kairú, el amante desdeñado de Athais.

CAPITULO XV.

Las traiciones amorosas del rey don Sancho.

—Esto es extraño, decia el rey don Sancho á su madre la reina doña Teresa, atravesandó una ancha avenida á la cabeza de su gente: ¿dónde diablos se nos han ido el conde y la infanta?

—Recordad, señor, que asustado el caballo de doña Sancha por el jabalí, dió á correr á bosque atraviesa, y que el conde se lanzó en su socorro.

—¿Querreis creer, señora, que creo que la infanta ha puesto mucho de su parte en el desboque de su caballo?

—Dijérais que en esto hay algunas malas artes del conde, dijo la reina, y dijérais mejor; porque no se puede creer buenamente que una dama, por lograr algunos momentos de soledad con un amante, se esponga á una muerte casi segura.

Del mismo modo pudiera decirse que un hombre que bien ama no espone por nada de este mundo á perecer á la mujer de su amor.

—Concedamos, pues, que esto no pasa de ser una casualidad.

—Pues es una casualidad que me fastidia.

—Que os fastidia; ¿y por qué?

—¿Creeis que sea muy grato á un rey el que una infanta su parienta se pierda por los breñales con un conde que es su enemigo?

—¡Ah! ¿es vuestro enemigo el conde?

—Enemigo á muerte, señora.

—¿Y desde cuándo? Recuerdo perfectamente que siempre que os he aconsejado que llameis á vuestra corte al conde y le prendais, me habeis contestado que el conde de Castilla era un vasallo leal, que no teníais motivo de queja de él, y sobre todo, que os veíais obligado á respetar la fé de los tratados.

—Entonces, señora, yo no tenia motivos de queja con el conde.

—Entonces como ahora érais nieto del rey de Navarra don Sancho Abarca, mi padre.

—Aunque sea doloroso el confesarlo, señora, aunque me pese en el alma de la muerte de mi abuelo, el conde de Castilla fué provocado por mi abuelo á una guerra injusta, y si el conde le mató, matóle en buena lid, de solo á solo, lanza contra lanza.

—Los hijos que aman á sus padres, jamás ven la justicia de quien los mata ó los ofende.

—Odiais al conde, señora.

—No le odiais vos menos.

—Yo tengo motivos.

—Motivos rastreros.

—Es un vasallo rebelde que quiere hacerse independiente de la corona de Leon, de Asturias y de Galicia, que ceñimos por la gracia de Dios.

—Es un hombre que tiene más fortuna que vos en amores: si no le amára vuestra tia doña Sancha de Navarra, no seríais vos su enemigo.

—Vos teneis la culpa de esos amores, que aunque no me contraríen como hombre, me humillan como rey: jamás consentiré que una parienta tan próxima mia se case con uno de mis enemigos. Vos habeis permitido...

—Que se vean... que se hablen... sí... porque sabia que este era el único medio de hacer que vos prendiéseis y matáseis al conde, poniéndoosle enfrente como un rival favorecido.

—Juro á Dios que por lo mismo que habeis tenido tan baja sospecha, no le prenderé, señora.

La reina se sonrió de una manera particular.

—¿Dudais de mis palabras? dijo amostazado don Sancho.

—Creo por lo contrario que si la suerte no ayuda hoy al conde, dareis con él al traste.

—Recordad que en el tiempo que hemos estado juntos le he tratado con más distincion que nunca.

—Así se confia al que recela.

—El tiempo dirá, señora.

Callaron rey y reina y siguieron adelante: era más de mediodia, y la caza habia terminado por el incidente de la desaparicion del conde y de la infanta; pero si habian dejado en paz á las alimañas, los ojeadores no trabajan me-

nos buscando el rastro de los dos personages que se habian perdido.

El rey mostraba una inquietud inequívoca; nunca los celos le habian punzado de una manera tan formidable, ni el conde le habia inspirado tanto ódio, ni tanto amor la infanta : á pesar de conocer la rígida virtud de doña Sancha, su envidia, sus celos le hacian temer que la soledad y el silencio de un bosque no fuesen terribles enemigos de su recato, y que el amor concediese sus favores á manos llenas á los amantes. Por lo tanto disfrazando su inquietud con las señales de un benévolo cuidado, preguntaba á su montero mayor, y de una manera que hacia sonreir á la reina y mirarse maliciosamente á los caballeros, si se habia logrado encontrar el rastro de los perdidos.

Al fin Fortun Nuñez llegó al rey respetuosamente, y le dijo que se creia haber encontrado dos rastros; uno sobre la Cruz roja, y otro sobre el Torrente del diablo.

El rey mandó, pues, que la mayor parte de su resguardo y de sus caballeros siguiesen el rastro del Torrente, y él con muy poco acompañamiento siguió el de la Cruz roja.

Al poco espacio de seguir el rey aquella direccion, se vió en los aires un azor siguiendo á una paloma: el ave cazadora giraba en anchas vueltas, y el ave perseguida forzaba su vuelo, pretendiendo escapar. De repente se vió al azor plegar las alas y dejarse caer sobre la paloma desde una gran altura sobre la avecilla, apresarla, remontarse de nuevo con ella, y despues abatir el vuelo á tierra y perderse entre los árboles á corta distancia.

—¡El azor del conde! dijeron algunos caballeros de los que constituian la comitiva de Fernan-Gonzalez.

—¡Su corneta! exclamó otro oyendo cerca un agudo toque.

El rey mandó tocar todos los cuernos de caza y todas las trompas de guerra.

Instantáneamente contestó más cerca la corneta del conde, y poco despues apareció en el fondo de la avenida trayendo del diestro á Lucero-blanco, sobre el que cabalgaba doña Sancha, y sobre el hombro el azor que se espeluznaba alegremente, y en la mano la paloma que acaba de cazar.

Cuando llegó, vió el rey que otras cuatro palomas pendian de su bandolera.

—¡Oh! buen temor nos habeis hecho pasar, conde, dijo el rey desmontando. Y vos tambien, nuestra amada tia; venís destrozada, palida, cansada; el peligro debe de haber sido terrible.

—He estado entre la vida y la muerte, señor, y á no haber sido por un venablo que salió providencialmente de la espesura y detuvo á mi caballo cuando se despeñaba por un abismo, y el generoso valor del conde, no existiria.

—¿Y quién fué el lanzador del venablo? dijo el rey desentendiéndose de los méritos del conde.

—Lo ignoramos, señor, contestó este; pero debe de haber tenido parte en ello mi patron el apóstol San Yago.

—Observo, conde, que habeis perdido vuestra espada.

—En verdad, señor, me fué preciso arrojarla para socorrer á la infanta.

—¿Y no creeis que esta pérdida sea de mal agüero?

—Poco importa, señor, que se pierda la espada, si no se pierde el brazo.

—Paréceme tambien que no habeis perdido el tiempo.

—En efecto, señor, mi azor ha dado caza á cinco palomas.

—Teneis dos joyas en vuestro azor y en vuestro caballo.

—Vuestras son si las deseais, señor.

—¿Y quién no desea esos tan magníficos animales?

—Sin embargo, he prometido no donarlos nunca, señor.

—¿Pero no habeis prometido no venderlos?

—No por cierto.

—¿Y cuánto apreciais por ellos, conde?

—¡Ah! señor, los aprecio en tanto, que acaso no os convenga su venta.

—Decid, pues, y veamos.

—Tres mil marcos de oro.

—Carillos son... exclamó el rey.

—Yo no atiendo á los animales, sino á las personas que contratan.

—¡Ah! ¡ah! ¿Y cuándo querreis recibir ese dinero?

—Cuando despues de las córtes me vuelva á Castilla.

—¿Y me entregareis en este momento el azor y el caballo.

—Vuestros son, señor, dijo el conde entregando las bridas del caballo á un escudero del rey y el azor á otro escu-

dero; pero será necesario que en este momento me otorgueis una seguridad escrita.

—¡Cómo! ¿Y dónde escribirla?

—Tengo por costumbre que siempre me acompañe un secretario con menesteres de escribir: vos y yo llevamos nuestros sellos, vos en una sortija, yo pendiente de esta cadena, y podemos concluir.

—Concluyamos.

—Aun falta una condicion á nuestro contrato.

—¿Cuál?

—Si transcurrido un mes desde la fecha no se me han satisfecho los tres mil marcos de oro, por cada dia que pase se doblará la cantidad, y no solo la cantidad de la venta, sino las cantidades dobladas.

—Acepto, dijo el rey, que, dando un gran valor al azor y al caballo, creia que el conde acumulaba condiciones irritantes para evitar la venta.

El escribano del conde escribió un documento segun se lo dictó su señor, firmóse por ambos contrayentes, firmaron como testigos de ambas partes algunos caballeros, sellóse y refrendóse por un secretario del rey el pergamino, y el conde le entregó á su canciller que le acompañaba.

La venta quedaba legalmente hecha, y el azor y el caballo de Fernan-Gonzalez eran propiedad del rey de Leon don Sancho el Gordo.

—¿Y habeis hecho tambien juramento de no deshaceros de esa corneta de marfil? dijo el rey.

—No por cierto, señor, y si os agrada os la regalo.

—Quiero conservarla como un recuerdo del gran ser-

vicio que nos habeis hecho salvando á nuestra querida tia la infanta doña Sancha de Navarra: pero no la aceptaremos sin que vos la troqueis por nuestra corneta de oro.

—Como gusteis, señor, dijo el conde despojándose de la bandolera y entregándola al rey, que le entregó una magnífica corneta de oro.

—Tened en cuenta, conde, le dijo el rey al entregársela, que esa corneta era de nuestro abuelo el rey don Sancho Abarca.

Este recuerdo en aquellas circunstancias y con el acento con que le expresó el rey, era de mal agüero. Sin embargo, el conde contestó con entereza fijando una serena mirada en la reina doña Teresa que habia palidecido:

—Tened en cuenta vos, señor, que apreciaré en mucho prenda que ha sido de un valiente rey, digno de mejor suerte y mejores consejeros.

—Partamos, señores, partamos, dijo don Sancho aguijando su caballo y poniéndose en marcha hácia una avenida que conducia á la Cruz roja.

El conde montó en el corcel de uno de sus caballeros, pero se olvidó de proveerse de una espada: iba enteramente desarmado, y como acaso le rodeaban las lanzas del rey, cualquiera le hubiera juzgado preso.

Adelantaron en silencio: cada uno de los régios personages iba abstraido en profundos pensamientos, y los caballeros y los hombres de armas callaban por respeto: nadie dejaba de pensar en lo extraño de aquella venta del azor y del caballo hecha de una manera imprevista y en campo abierto, y parecia que un mismo presentimiento los hacia

mostrarse á todos cuidadosos: los caballeros del conde le rodeaban, y las lanzas del rey le seguian de cerca: don Sancho y doña Teresa, llevando en medio á doña Sancha, cabalgaban delante.

Así continuaron por algun tiempo hasta que por fin entraron en las quebraduras, al fondo de las cuales se veian la Cruz roja y el *Purgatorio de la bruja*.

El conde y sus gentes iban tranquilos; pero la infanta palideció de espanto al ver la sombría palidez que cubria el semblante del rey y la intensa mirada que lanzó al fondo de las quebraduras.

CAPITULO XVI.

Que no es otra cosa que la continuacion del anterior.

No se mostraban menos sombríos ni cuidadosos Wamdihavé y el conde don Vela al frente de sus ginetes.

—Manda alejar esa niña, hermano, dijo el conde al egipcio mirando á Athais, que pálida y pensativa estaba sentada en el tronco de un árbol.

—¿Alejarla, y por qué? contestó con acento displicente Wamdihavé.

—¿No estamos esperando al conde de Castilla?

—Sí.

—¿Y crees tú que no debemos evitar el que la vea?

—Sí por Dios, pero necesitamos de toda nuestra gente, y sería una gran imprudencia que se alejase sola estando á gran distancia de nuestro aduar.

—Como ha venido con tu hijo, puede partir con él.

—No, no: es necesario que Kaid y Athais no vuelvan á encontrarse solos; además, ¿ves aquel mancebo que se apoya en el arzon de su caballo y mira de una manera tan intensa á Athais y Kaid?

—Si no recuerdo mal, aquel es el hijo de Kairú. ¿Qué se ha hecho el viejo hechicero?

—Fué devorado por los lobos, dijo brevemente Wamdihavé.

Zuanko oyó sin duda estas palabras y miró de una manera sombría á Wamdihavé.

—Ese hombre es nuestro enemigo á muerte, dijo el egipcio, y será necesario enviarle á la eternidad á la primera ocasion.

—Yo creia que entre vosotros no teníais enemigos.

—Zuanko ama á Athais.

—¡Ah!.. y si la ama, ¿por qué le has traido á un lugar donde puede ver al conde Fernan-Gonzalez?

—No lo recordé en el momento: además, pertenece á una de las antiguas y respetadas familias de nuestra tribu; si yo muriese sin hijos él sería nombrado duque... por lo mismo hay que temerlo todo de él.

—Pues deja al señor Zuanko de mi cuenta, dijo don Vela, y tratemos de otra cosa. Ya hace mucho tiempo que esperamos, y el rey no tardará en entregarnos al conde. Si no le puedo tender de una lanzada, le quiero para mí.

—Tuyo será... pero escucha: ¿no resuenan cornetas cercanas?

—Sí par diez, y ladridos de perros.

—¡A caballo! gritó Wamdihavé á su gente.

Oyóse en el momento el ruido de los arneses y de las armas al montar los ginetes.

—Kaid, dijo Wamdihavé á su hijo.

El jóven se acercó.

—Monta á caballo con Athais, ponte á nuestras espaldas, y está dispuesto á seguirnos.

El jóven obedeció.

—Estad prontos, dijo Wamdihavé á su gente, que habia formado á su alrededor en círculo, y cuando lleguen las gentes que esperamos, rodead á las personas más principales y prendedlas, en particular á una dama jóven y hermosa y á un gentil caballero que lleva una corona de conde en el birrete. El que insulte ó maltrate á cualquiera de esas personas, puede contar con la hoguera.

Dicho esto se puso con don Vela al frente de los egipcios, que formaron en hileras; inmediatamente detrás de Wamdihavé y de don Vela estaba Zuanko, pálido y sombrío, empuñando convulsivamente su hacha de armas.

Al fin se oyeron en el fondo de las quebraduras pasos de caballos, y Wamdihavé y don Vela vieron entre los árboles adelantar al rey don Sancho y á la reina doña Teresa, llevando en medio á doña Sancha de Navarra. Detrás de ellos, como preso en la apariencia, venia el conde de Castilla.

Kaid y Athais á caballo veían acercarse tambien la comitiva: cuando llegaron á una distancia que permitia distinguir las facciones de los que se acercaban, Athais estrechó temblando la cintura de Kaid.

—¡Mira! ¡mira aquel caballero! exclamó. ¡Es él! ¡El mismo á quien decian que me parezco como una gota de agua á otra gota!

—Silencio, Athais, silencio, exclamó Kaid, que no



Prision del conde de Castilla y de doña Sancha.

temblaba menos que ella; ese es el conde de Castilla.

—¡Mi padre!

Kaid revolvió su caballo y se apartó á gran distancia entre los árboles á retaguardia del escuadron, perdiéndose entre ellos: Zuanko les vió desaparecer con rabia; pero lanzó otra mirada profunda á Wamdihavé y permaneció en su puesto.

Al fin el rey y sus gentes entraron en el camino que flanqueaba la Cruz roja y el *Purgatorio* á la falda de la montaña: sonó la corneta de Wamdihavé, y el conde don Vela, Zuanko y los egipcios se lanzaron en el desfiladero.

A aquella imprevista acometida de un escuadron infinitamente superior en número y armas al resguardo del rey, se trabó un combate encarnizado, pero de corta duracion: los caballeros del conde quisieron en vano socorrer á su señor, que fué rodeado, preso, apartado de los suyos é internado en el bosque; la infanta doña Sancha fué presa del mismo modo, y el rey y doña Teresa y las demás gentes necesitaron revolver harto aprisa sus caballos para no ser presos, y lo hubieran sido á no ser porque convenia dejarles escapar segun las secretas inteligencias del rey y de don Vela.

En el momento en que la gente de don Vela se desbandaba, Wamdihavé sintió sobre su casco un terrible golpe, que le aturdió, haciéndole tocar con la cabeza el cuello de su caballo. Aquel golpe habia sido dado por Zuanko.

—¡Hola! ¿Esas tenemos? dijo don Vela que estaba próximo, asiendo con su ferrada manopla al egipcio por la go-

la. ¡A mí, amigos mios, á mí! Hé aquí un infame que ha querido asesinar á vuestro duque.

—Ved lo que haceis, exclamó el egipcio queriendo en vano desasirse de las férreas manos de don Vela; ved que es un extranjero el que me llama traidor.

Afortunadamente para don Vela, Wamdihavé se recobró y dejó á los suyos señalándole á Zuanko.

—Prended á ese traidor.

Zuanko fué preso; poco despues el escuadron volvia grupas y desaparecia entre los árboles.

La Cruz roja y el *Purgatorio de la bruja* quedaron tan silenciosos y desiertos como de costumbre. Solo algun tiempo despues de haber desaparecido el escuadron se vió asomar á la reja del *Purgatorio* la cabeza de mujer de que hemos hablado.

—¡Por allí! ¡por allí! gritó. ¡Era ella! ¡era él! ¡por allí! ¡por allí!

La loca permaneció convulsivamente asida á la reja hasta que la noche envolvió en su oscuridad las quebraduras.

LIBRO SEGUNDO.

Los amores del conde.

CAPITULO PRIMERO.

En que se demuestra, tomando por ejemplo al rey don Sancho, que es más fácil cambiar de figura que de carácter.

Era un mes despues y hacia frio, un frio intenso; acababa apenas de oscurecer, y un contínuo y helado cierzo hacia que las calles de la buena y leal ciudad de Leon estuviesen casi desiertas, y que las pocas personas que transitaban por ellas apresurasen el paso para llegar cuanto antes á sus casas.

A aquellas horas por la puerta de los Leones de la ciudad entraba un ginete en una mula negra, embozado hasta los ojos en un manto, y calado hasta las cejas un gorro de pieles.

Entró solo en la ciudad, pero los guardas de la puerta vieron, entre lo oscuro, algunos ginetes armados que habian acompañado hasta allí al encubierto, y que, cuando hubo entrado este en la ciudad, volvieron riendas y se alejaron á gran paso.

Nada tenia esto de extraño en aquellos tiempos, y los guardas dejaron por lo tanto pasar pacíficamente al bulto puertas adentro sin meterse en reconocer á los que se volvian puertas afuera.

El de la mula atravesó calles, callejas, plazas y plazuelas, subió una empinada cuesta, y se presentó en la poterna del palacio-castillo del señor rey don Sancho de Leon.

Allí echó pié á tierra, llamó con autoridad á uno de los soldados, le entregó las riendas de la mula, y adelantó con gentil desembarazo, atravesó el patio de armas, subió unas anchas escaleras, y solo en lo alto de ellas se detuvo delante de una puerta para decir á un maestresala que salia á punto:

—Dad estas letras en el momento á su merced el rey.

El maestresala tomó el pergamino enrollado que el incógnito le presentaba, miróle de alto á bajo, y vió que era un hermosísimo mancebo, de mirada fija y brillante y color más de lo que convenia moreno.

Aquel mancebo era ni más ni menos que Ayelah vestida de page.

Despues de su breve inspeccion el maestresala entró, y á poco volvió á salir y dijo á Ayelah:

—Seguidme.

Despues de atravesar algunas habitaciones Ayelah se

encontró en la cámara del rey, que leia á la luz de un velon de hierro cincelado, colosal, y monumental, en no sabemos qué voluminoso librote. Al sentir los pasos de Ayelah don Sancho levantó los ojos del libro, y al reconocerla lo cerró y se puso en la actitud del que espera de un visitante la enunciacion del objeto de su visita.

Bueno es que digamos á nuestros lectores que si hubieran tratado personalmente al rey don Sancho y no le hubiesen visto desde el dia del rapto del conde de Castilla y de doña Sancha de Navarra hasta un mes despues, no le hubieran reconocido. Se habia operado en él una transformacion completa; no era ya el hombre á quien venia grande su pellejo: este se hábia contraido, menguado, estrechado, ajustado á la carne, y el rey don Sancho aparecia ya tal cual era, un hermoso mancebo de tez fresca y reluciente, ojos grandes, negros, brillantes y expresivos, blondos cabellos, barba rizada y apostura gentil; parecia que al recobrar sus antiguas formas habia recobrado su gusto en el vestir, y vestía bella y expléndidamente, lo que acababa de completar su hermosura. Aquello era un milagro ó un esfuerzo de la ciencia; pero milagro ó esfuerzo, ello era verdad que don Sancho estaba hermoso y que nadie podia dudar de sus juveniles veinticuatro años.

Esto demostraba que Wamdihavé no era un charlatan y que habia cumplido religiosamente su promesa, promesa que recordarán nuestros lectores de dejar al rey magro y enjuto, en su pristino estado en fin.

Pero toda la ciencia de Wamdihavé no habia podido borrar de la frente, del rey la nube sombría que la empañaba

ni arrancar de sus ojos la profunda expresion de disgusto que amortiguaba su brillo.

Don Sancho habia dejado de parecer viejo, pero no habia dejado de ser infeliz.

Y esto que la altiva y severa doña Geloira, su esposa, se habia humanizado y enamorádose frenéticamente de él, como pudiera haberse enamorado de un extraño, á la reaparicion de la perdida hermosura del rey, y esto que las damas más bellas de palacio y las campanudas y conocidas beldades de la corte le sonreian y le provocaban y giraban á su alrededor como una falange de sílfides tentadoras; y esto que las lindas villanas y mecánicas de la ciudad al verle pasar sobre su palafren blanco decian sin temor de ser oidas:—Dios bendiga al señor rey y qué hermoso va:—y esto sin contar con que todos le respetaban más porque habia dejado de ser feo, y hasta sus enemigos los reyes fronterizos habian dado un gran valor á su transmutacion.

El rey don Sancho seguia siéndo infeliz por sino, y su pueblos y sus cronistas seguian llamándole Don Sancho, el Gordo, por costumbre, en cuyas dos cosas habia una paridad, una relacion, una influencia respectiva fatales.

La desgracia del rey don Sancho no consistia ni en que Almanzor talase sus fronteras, como acontecia á cada paso, ni en que el rey de Navarra, su tio, se mostrase con él exigente y hostil, ni en otros mil percances á que estaban acostumbrados los reyes de entonces: la desgracia suprema de don Sancho era el desden tenaz, invencible, casi feroz, de su tia doña Sancha.

En vano habia sido que hubiese recobrado su hermosu-

ra; en vano el poder mágico que Ayelah habia atribuido al azor y al caballo de Fernan-Gonzalez: en vano los ensalmos de cuantos astrólogos, magos y hechiceros habia habido á las manos: en vano, en fin, las amenazas, las súplicas, las iras y las lágrimas.

Don Sancho, pues, estaba en un contínuo estado de escitacion y de mal humor, estado que habia llegado á ser espantoso, y del cual á la locura no habia más que un paso.

Por lo tanto, cuando se le presentó Ayelah la recibió con una indiferencia glacial, y en vez de dirigirla la palabra esperó á que ella hablase.

—¿Habeis leido mi carta, señor? dijo la jóven.

—Sí, y con arreglo á lo que en ella pedias he mandado que te dejen pasar. ¿Qué más quieres?

—Mi hermano me envia á vos, señor.

—¡Ah! te envía el sabio Wamdihavé. ¿Y qué quiere tu tu hermano?

—Me manda deciros que será necesario que os encargueis del conde de Castilla.

—¡El conde! ¡el conde! ¡allá! ¡allá vosotros! exclamó el rey con inequívocas muestras de embarazo y disgusto. Vosotros le apresásteis y vosotros podreis hacer de él lo que más os convenga; no quiero sonar para nada en este asunto: así y todo cuando hay caballeros castellanos, incluso el conde Gonzalo Gustios de Lara, y Ruy Perez de Silva y otros caballeros, que fueron testigos del hecho, los castellanos nos molestan cada dia con embajadas y nos obligan á enviar ginetes en busca del perdido conde, mientras mi tio el rey de Navarra me hace que haga sudar, á pesar del

frio de la estacion, dentro de sus arneses á mis hombres de armas para buscar á doña Sancha de Navarra, mi tia. Yo respondo á todos que nada sé de mi tia ni del conde, y sin embargo no se me cree, se me molesta, se me fastidia...

—Bien, señor; del mismo modo que os es embarazosa la persona del conde, nosotros, esto es, mi hermano, no puede tenerlo en su poder sin esponerse á graves males.

—Tu hermano es más rey de sus salvajes errantes que yo de mis buenos y leales vasallos de Leon.

—Entre nosotros tambien hay traidores.

—¿Y qué tiene que ver en esto el conde?

El conde es un pretexto que alienta la traicion.

—¡Cómo! ¿el noble, el generoso, el magnánimo conde de Castilla desciende hasta el punto de?.. ¡vamos..: esto es increible!.. y dicen bien: no hay cosa que más domestique al hombre que la necesidad... pues... no... no lo hubiera creido nunca.

—El conde es siempre el noble, altivo y valiente caballero que conoce por sus hazañas el mundo, dijo con interés marcado Ayelah; el conde pasa en silencio el tiempo en la tienda en que se le guarda rodeado de los guerreros más fieles á mi hermano.

—¡Ah! ¡ah! ¡yo te creia enemiga del conde!

—Su enemiga soy, señor; pero soy enemiga generosa, le concedo la justa fama que se ha adquirido.

—¿Y cómo puede el conde perjudicar á tu hermano en el concepto de los suyos?

—Dicese que si tiene al conde prisionero, es solo para

lograr de él como rescate algun castillo ó señorío, obtenido lo cual abandonará la tribu.

—Pero esto debe ser falso, nadie deja de ser rey para ser vasallo.

—Nuestra tribu es un pueblo como otro cualquiera; solo se distingue de los demás en que vive errante, y en que el techo de sus hogares es el cuero de una tienda ó la bóveda de los cielos; nuestra tribu, como todos los pueblos, está compuesta de fuertes que mandan y se enriquecen, y de débiles que sufren, obedecen y trabajan para enriquecer á los fuertes: los primeros envidian el poder del gran duque, están siempre dispuestos á combatirle y obran de mala fé; los segundos son ignorantes, idiotas, y no ven las cosas sino como se las presentan: así, pues, y no esplicándose bien la causa de la presencia del conde soberano de Castilla entre nosotros, se cree que se irrita su deseo de libertad para que la compre á gran precio: como os he dicho, se murmura que Wamdiavé, el gran duque, quiere hacerse castellano.

—¿Y qué piensa Wamdihavé? dijo el rey.

—Wamdihavé no puede olvidar que vos fuísteis quien le ayudó á salvar de la horca á su querido hijo, á su heredero Kaid, ni de que habeis permitido y aun protegido su permanencia en vuestros estados.

—Sin embargo, Wamdihavé ha retenido á viva fuerza al conde consigo, cuando debia haberle entregado al conde (1) del castillo de la Hechicera.

(1) Debemos advertir á nuestros lectores, que lo ignoren, que la palabra conde en los tiempos que tratamos significaba gobernador, del mismo modo que duque capitan, y marqués gobernador de un distrito denominado *marca*.

—El conde del castillo de la Hechicera hubiera dado muerte á Fernan-Gonzalez.

—¡Que le hubiera dado muerte! ¡oh! ¡oh! más despacio; no queremos tanto... no, de ningun modo; no somos tan enemigos del buen conde de Castilla para desearle la muerte... y nuestro conde del dicho castillo no se hubiera atrevido á tanto.

—El conde don Vela Sanchez es capaz de todo, aborrece de muerte al conde, y en cuanto á lo de desobedeceros, ya sabeis que en otro tiempo no ha dudado en haceros traicion.

—¿Cómo sabes tú que el conde del castillo de la Hechicera es don Vela Sanchez?

—Yo sé todo lo que quiero saber... ¿Tan pronto habeis olvidado que soy hechicera?

El rey se extremeció de una manera perceptible á pesar de sus esfuerzos para mostrarse sereno.

—¡Hechicera!... ¡sí! ¡sí por Dios!... ¿pero de qué me ha servido la especie de pacto que hice con el diablo valiéndome de tus conjuros? A pesar del azor y del caballo, tan poderosos segun tu dicho, nada he conseguido; he lanzado innumerables veces el azor diciéndole: busca á mi amada, búscala... (á pesar de que sabia su paradero, para probar su poder) y el maldito pájaro se ha remontado en los aires en direccion casi siempre opuesta, y ha vuelto trayéndome un vencejo ó un ave fria y graznando como si quisiera burlarse de mí. He montado á caballo en el famoso Lucero-blanco, y le he dicho: llévame, corcel mio, adonde está mi amada, y en vez de tomar el camino del castillo...

El rey se detuvo como queriendo corregir una imprudencia.

—¡Del castillo de la Hechicera! dijo Ayelah lanzando á plomo su diáfana y penetrante mirada en la mirada del rey.

—¡Cómo del castillo de la Hechicera! exclamó el rey. Yo solo he nombrado un castillo y nada más... ya sabes que, aunque mi reino no se llame la *Tierra de los castillos* (1), tiene tantos ó más que los estados del conde Fernan-Gonzalez.

Por mucho que quiso disimular el rey, Ayelah no tuvo duda alguna acerca del paradero de doña Sancha, y si entonces el rey hubiera podido penetrar en su pensamiento hubiera visto en él la siguiente afirmacion:

—En el castillo de la Hechicera está.

Pero el rey no poseía la virtud de ver pensamientos, y continuó con el mayor disimulo del mundo:

—Pues el maldito caballo en vez de tomar el camino del castillo donde yo sé que habita mi tia, apenas le soltaba la rienda corria por donde mejor le placía... y nada más: este ha sido un engaño soez, rastrero...

—Esto consiste en que no sentís por doña Sancha de Navarra el puro y casto amor que es necesario para que os obedezcan esos dos animales mágicos.

—¡Ah! ¡con que es necesario que el amor que se sienta sea casto y puro, tímido y sencillo como el de un pelon que empieza á tener pelo, para que los dichos animales le lle-

(1) Antigua denominacion de Castilla.

ven á uno al objeto de su amor!... ¡Bravo! Pues nunca hubiera creido que fuesen instrumentos de pureza dos animales... debiste haberme hablado de esa pureza antes de proponerme la adquisicion de dos bichos tan caros, adquisicion que yo no hubiera hecho á buen seguro con tales condiciones.

—Siempre os podrán servir para la guerra.

—¡Que me podrán servir para la guerra! Sí, ciertamente, si no hay alguna otra condicion irritante como la de la pureza... ¡Ira de Dios!

—Para que el azor y el caballo os lleven á la victoria será necesario que hagais la guerra con razon.

—De modo que cuando no tenga razon...

—De nada os servirán el azor ó el caballo.

—Voy creyendo, Ayelah, que tu ciencia es vana palabrería.

—¿Y por qué, señor?

—Porque hay en tí verdaderas bribonadas.

—¡Vos!...

—¡Vientre del diablo! ¿Quién ama con pureza más que una vez en la vida, y quién hace la guerra, no cuando le conviene y puede, sino cuando tiene razon?... pero estamos perdiendo el tiempo... y debemos concluir.

—Debemos, sí, concluir, porque yo hago falta en otro lugar.

—Decias que la permanencia del conde entre vosotros...

—Nos perjudica.

—¿No quereis entregarle al conde don Vela?

—No, porque le mataria.

—Entregadle á quien yo os envie.

—No tendremos confianza en él.

—Pues haced lo que mejor os parezca.

—Le pondremos en libertad, y le diremos que su merced el noble rey don Sancho de Leon, de Asturias y de Galicia, no ha vacilado en servirse de egipcios errantes, idólatras y descreidos para...

—¿Para qué?... de ningun modo... no, de ningun modo, ni la libertad por ahora.

—Pues mal que os pese, señor, eso sucederá si no os prestais á lo que exigimos.

—¡A lo que exigís! ¡Hola! ¡señores mendigos! ¡se os ha recibido por caridad, y...

—¡Ahorcándonos!...

—Sea como fuere, yo os he protegido.

—Por lo que os convenia... Nosotros os hemos vuelto vuestra salud, vuestras beilas formas; por nosotros pareceis un hombre y no un mónstruo... por nosotros, en fin, no ha caido sobre vos el cargo odioso de haber preso á traicion al conde de Castilla.

—Aunque todo eso sea cierto, amigos mios, mandais de un modo que...

—No mandamos; todo consiste en que ahorramos de palabras, y aun así las damos su verdadera expresion.

—¿Qué quereis en fin?

—Queremos que escribais una real cédula, que la hagais refrendar por uno de vuestros secretarios y signar por vuestro canciller.

—¡Oh! ¡oh! ¡una real cédula! ¿Y qué ha de mandar esa cédula?

—Escribid.

El rey miró por un momento con asombro á quien de tal manera le mandaba; y fascinado por la mirada dominadora de Ayelah, tomó un pergamino.

—Veamos, dijo, qué es lo que quieres que escriba.

—«Don Sancho, por la gracia de Dios rey de Leon, de Asturias y de Galicia».... dijo Ayelah dictando.

El rey escribió.

Ayelah siguió.

—«Por la presente mandamos al conde del castillo á quien esta nuestra real cédula fuese presentada, que entregue el castillo de su mando á quien esta cédula le presentare, so pena de ser tenido por traidor, y como tal castigado si no obedece en el momento lo que en esta nuestra real cédula se le manda.—Dada en nuestro castillo de Leon.

—» El rey don Sancho.»

El rey escribió palabra por palabra y sin faltar letra, aunque estas eran gordas, desiguales y semibárbaras, lo que le habia dictado Ayelah. Sin embargo, cuando concluyó retuvo fuertemente el pergamino.

—Y dime, preguntó el rey con recelo, ¿para qué quereis este castillo?

—Para guardar al conde con algunos de los guerreros de más confianza de mi hermano: cuando el conde haya desaparecido de entre nosotros, nuestro enemigo Zuanko y sus parciales habrán perdido su pretexto y les será preciso inventar otro, en lo que perderá algun tiempo.

—Comprendo; pero lo que no comprendo muy bien es que no podais designarme el nombre del castillo que necesitais: para tener preso al conde lo mejor seria una torre de atalaya ó uno de esos castillos roqueros que parecen nidos de águilas colgados de una cortadura, y que apenas se les vé sobre el llano; por ejemplo, el castillo de los Infantes...

—No podemos designaros un lugar fijo, señor: nosotros no anochecemos dos veces en un mismo sitio; dormimos de dia y caminamos de noche; así, pues, elegiremos el castillo que encontremos á mano, con tal de que no sea de gran importancia y pueda defenderse con poca gente.

—¡Hum! exclamó el rey. ¡Defenderse! Es decir que os apoderareis del castillo.

—Mientras dure la prision del conde.

—Pues digo que no, y me asombro de haber tenido la paciencia de sufrir tanto tiempo tus demasías.

—No es demasía obrar como se puede.

—¡Como se puede! ¿eh? es decir...

—Que por más de un motivo os tenemos atado.

—¡Por más de un motivo!... ¡atado!... ¿qué teneis vosotros atado, perros idólatras, á un poderoso rey cristiano?

—El poderoso rey cristiano volverá á ser viejo y feo solo con que lo quiera el sábio Wamdihavé que le ha hecho hermoso.

Ayelah esplotaba la supersticion del rey, que se extremeció á su despecho al recordar la antigua holgura de su piel.

—El poderoso cristianísimo rey, continuó impasible Ayelah, será deshonrado cuando nosotros queramos ante los cristianísimos y poderosos reyes sus hermanos.

—¡Deshonrado!

—Ciertamente, porque el poderoso rey cristiano ha cometido la imprudencia de escribir cartas demasiado claras y precisas á un gran duque de egipcios idólatras.

—Sois una verdadera langosta de la que me alegraré que Dios ó el diablo me libren cuanto antes.

—Hé aquí vuestro agradecimiento.

—¡Mi agradecimiento!... vosotros sabeis cobrar tal suma por vuestros servicios, que no hay agradecimiento posible.

—Llamad á vuestro secretario y á vuestro canciller y haced que esa cédula sea valedera, dijo la inflexible Ayelah.

El rey, dominado, irritado, devorando su cólera, sujeto por las circunstancias, hizo venir á los dos funcionarios, que acabaron de dar á la cédula su valor cancilleresco, y salieron.

El rey entregó el pergamino rollado y sellado á Ayelah, que se despidió de él sonriéndose.

—Hé aquí, decia la jóven, que no han salido defraudados mis pensamientos: el conde es mio... y sé de cierto dónde encontraré á la infanta... en poder de don Vela... la infanta será mia tambien.

Y cobrando su mula á la puerta, desandó las calles y plazas que habia andado para llegar al palacio, y salió por la puerta de los Leones, tan rebozada como habia entrado.

El rey en tanto se paseaba impaciente en su cámara entregado á una cólera sombria.

—¡Y esto es ser rey! murmuraba... ¡no, no, cien veces

no! para ser un rey que valga algo es necesario no tener pasiones... yo no soy más que un hombre, y un hombre harto menguado... y esos malditos egipcios... ella, ella, doña Sancha es la causa de todo... cuando me valí de esa gente, fué lo mismo que si hubiera vendido mi alma al diablo.

Apenas habia pronunciado el rey estas palabras, cuando retumbó sobre la cámara el sonido lento y grave de una campana. En el mismo punto se levantó un tapiz, y un hombre armado apareció en la cámara.

Era Ruy Dávalos.

—La queda, señor, dijo.

—¡Ah! ¡sí! ¡la queda! ¿Estan dispuestos los caballos? contestó el rey.

—Sí, señor.

—¿Y libre la salida escusada?

—Sí, señor.

—Ármame, pues, Ruy.

El capitan armó al rey, despues de lo cual salieron de la cámara rebozados á una oscura galería, y tomaron á tientas por unas estrechas escaleras.

Despues de haber recorrido un tortuoso y lóbrego pasadizo, Ruy abrió un pequeño postigo y se encontraron en el campo, donde les esperaba un escudero con dos caballos: el rey y Ruy montaron y se alejaron al galope. El escudero entró, cerró el postigo y quedó tras él esperando la vuelta del rey..

—¿Adónde irá don Sancho? dijo arropándose en su tabardo. Ya esto es mucho: lleva un mes justo de salir encu-

bierto todas las noches... y no es esto lo malo, sino que cada noche que pasa es más larga la espera y hace más frio.

El escudero se recostó sobre el quicio, y poco despues surgian de su garganta profundos ronquidos.

CAPITULO III.

En el que se trata de doña Sancha de Navarra particularmente, y por incidencia de otros curiosos asuntos.

Érase una cámara de gran extension; aquella cámara ocupaba toda la parte superior de una torre; aquella torre era la del homenaje ó de honor de un castillo, y aquel castillo el de la Hechicera.

Notábase que la cámara habia sido blanqueada en su bóveda y cubierta de tapices y alfombras en sus paredes y en su pavimento: se habian hecho en ella algunos compartimientos por mamparas de cuero, á manera de biombos, y merced á ellos no se veian ni el lecho ni lo que podia llamarse tocador de la persona que habitaba aquella cámara, y que á todas luces era mujer, segun señales inequívocas que se veían por todas partes: aquí una rica tiorba de marfil incrustada de oro, allá un cestillo con ricas labores, sobre una gran mesa bujerías y joyas de mujer, y en un reclinatorio de sándalo un pequeño libro de devociones cuyo pergamino estaba matizado con esas miniaturas características

y brillantes que se admiran en los manuscritos de la edad media.

En efecto, una mujer habitaba en aquella cámara, aquella mujer era la infanta doña Sancha de Navarra.

En el momento en que corremos la cortina de este escenario la infanta estaba en la cámara sentada en un sillon de alto respaldo blasonado con las armas de Leon, uno de sus brazos apoyado en otro del sillon, la megilla descansando en la mano, la frente pálida, la boca entreabierta, y la dulce mirada fija y pensativa.

Conservaba la inmovilidad más completa; hubiera podido tomársele por una magnífica figura de cera, y era tal la expresion de paz de su semblante, que nadie la hubiera creido presa á no ser por los fuertes barrotes que defendian las ventanas y por las mohosas planchas de hierro que mostraba la cerrada puerta.

Era cerca del oscurecer, y ese último reflejo vespertino del sol poniente, que queda impreso en el horizonte como una faja de sangre, arrojaba sobre el semblante de la infanta un no sé qué de misterioso y fantástico, que le hacia semejante á un sér sobrenatural, á una doble existencia, como podria concebirse una existencia inmaterial, una forma diáfana é impalpable más allá de la vida: su túnica de lana sencilla de un azul claro y limpio, su ceñidor dorado, y la diadema de perlas con que segun costumbre sujetaba los rizos de sus blondos y profusos cabellos, la daban cierto aspecto celeste. Así recordamos que los hombres visten las imágenes de los ángeles.

Lentamente fué menguando el último y lánguido fulgor

vespertino, y las sombras subieron del valle hasta la torre.

Quedó una media claridad.

Entonces, y antes de que las tinieblas fuesen densas, se oyeron pasos en una escalera al parecer de espiral, pasos cuyo ruido ascendia y que, al fin, resonaron junto á la puerta; sonó luego en esta por tres veces el ruido de una llave en una cerradura, luego, corriéronse sucesivamente los cerrojos, y al cabo se abrió la puerta, brilló una luz, aparecieron dos hombres, uno de los cuales traia una lámpara de plata y una linterna que dejó junto á la puerta, y otro una ancha batea cubierta de un blanquísimo paño y de algunos exquisitos manjares.

El primer hombre parecia caballero por su apostura, y llevaba cubierto enteramente el rostro con un antifaz negro.

Aquel hombre no pasó de la puerta.

El segundo era un soldado que dejó la batea sobre la mesa, tomó la lámpara de plata de manos del caballero, y la puso sobre la batea.

Luego, sin hablar una palabra, aquellos dos hombres salieron, cerraron la puerta, se oyeron sus pisadas, que se alejaban en el descenso de la espiral, y la infanta quedó de nuevo sola.

Fuese por abstraccion, fuese por cálculo, lo que es más verosímil atendido el carácter enérgico de la infanta, continuó vuelta de espaldas á la puerta sin cambiar de posicion durante la permanencia de aquellos hombres en la cámara.

Así continuó algun tiempo, despues se levantó, fué á la mesa, examinó los manjares que habia en la batea, y solo

tomó cuatro huevos cocidos que sorbió lentamente: desde su llegada á la torre, ó por mejor decir durante su prision, la infanta, que recordaba la historia de Florinda, no tomó más alimento que aquel, temerosa de caer vencida por un narcótico ó una yerba dañina, si comia de otros manjares. Sin embargo de esto, la cena que se la servia era una verdadera cena de infanta, en la que nada faltaba, ni exquisitos condimentos, ni escudillas de plata, ni la ancha copa de oro, que la infanta solo usaba para beber agua y solo despues de haber mirado si era límpida y trasparente.

Cuando doña Sancha hubo terminado su ligera cena fué á una de las rejas que daban al norte, se apoyó en el alfeizar, y miró profundamente á la montaña.

La noche habia cerrado oscura; no se veía fuera más que una masa compacta de sombra, y sin embargo doña Sancha miraba á un punto fijo.

Pasó mucho tiempo sin que la infanta viese nada entre las tinieblas: al fin en una cortadura próxima brilló momentáneamente, como un fuego fátuo, una luz.

Doña Sancha se retiró entonces de la ventana, fué á la mesa y tomó la lámpara, volvió á la ventana, puso la lámpara en el alfeizar, y se retiró á un lado cubriéndose con el muro. Un vivo carmin coloraba sus megillas, y la agitacion de su cuerpo mostraba claramente su impaciencia.

Poco despues una flecha penetró silbando por la reja y se clavó en la pared frontera sobre la mesa donde habian servido la cena á la infanta.

Doña Sancha arrancó la flecha de la tapicería y desató de ella un pergamino que estaba enrollado en su asta.

La infanta desenrolló con mano trémula el pergamino, y leyó con emocion las líneas siguientes:

«Espera, luz de mi vida, y ten valor: en medio de mi extraña cautividad entre estos vagabundos he encontrado un misterioso amigo á quien debo los medios de escribirte: esto necesita una esplicacion, y como á un prisionero le sobra tiempo, aprovechando los largos períodos en que mis guardas me dejan solo, he podido escribir por ambos lados este largo pergamino.—Despues que fuí tan villanamente entregado por el rey, el dia de la montería, los que se habian apoderado de mí, á pesar de mis esfuerzos, me vendaron los ojos y me obligaron á montar en un caballo que condujeron del diestro. Nada pude conjeturar por el momento: se guardaba á mi lado el más profundo silencio, y solo se oía el paso ferrado de los caballos sobre un terreno roqueño y quebrado: nuestra marcha, ya porque lo requiriese la distancia, ya porque de intento para desorientarme se diesen rodeos inútiles, duró hasta la noche. Al fin paramos, se me hizo desmontar, me desvendaron los ojos, y con gran asombro mio me encontré dentro de una tienda de cuero, rodeado de cuatro feroces egipcios que, no entendiendo sin duda el castellano, me indicaron por señas que aquel era el lugar que se me destinaba por un tiempo ilimitado.—Despues salieron y me dejaron solo.—Durante el tiempo que ha transcurrido desde mi prision solo he visto á uno de aquellos hombres dos veces al dia para servirme la comida.—Despues he quedado enteramente solo. —Solo he podido juzgar de que estoy en el centro de un aduar de egipcios, por el ruido particular y las voces extran-

geras que escucho á mi alrededor.—Intentar una fuga era imposible, solo, desarmado y bien guardado por desgracia. Hacíame por otra parte perder la paciencia el ignorar absolutamente lo que se queria de mí. Al principio creí de buena fé que mi prision solo habia sido efecto de un ataque de aventureros bandidos; pero el no habérseme presentado nadie á tratar de rescate, el respeto que me muestran mis guardianes, lo delicado de los manjares que se me sirven, lo cómodo de mi lecho y los ricos muebles con que han adornado la tienda, producto sin duda de rapiñas anteriores, me indican que solo quiere tenérseme cautivo por un tiempo determinado, y esto me hizo pensar que el atentado vendria del rey don Sancho, á quien sin duda habia impulsado á ello el insensato amor que le inspiras. Hace tres dias el misterio ha empezado á desvanecerse para mí, y no tengo duda de que el rey don Sancho es el autor de mi prision y de la tuya... de la tuya que yo ignoraba.—Hace tres noches, cuando segun costumbre mis guardas habian sacado la luz de la tienda dejándome en tinieblas, despues de trascurrido algun tiempo sentí cerca de mí un extraño ruido como el que hubiera podido producir una serpiente arrastrándose en direccion á mi lecho.—Alcéme sobre él y escuché con atencion.—El cuerpo que avanzaba lo hacia lentamente, y de tiempo en tiempo se detenia.—Al fin sentí aquel extraño y ténue rumor muy cerca, y luego una voz extrangera me habló con gran recato:

—«Nada temais, me dijo; quien se acerca á vos es un amigo.

—»¡Un amigo! dije con extrañeza.

—«Más que un amigo; quien por vos se espone á la cólera del gran duque, os ama demasiado para no reparar en el peligro.

—»Las precauciones que tomais para llegar á mí me indican que se me guarda con mucha vigilancia.

—»La serpiente entra, me dijo, sin ser sentida en el lugar más guardado.

—»¿Y teneis esperanzas de que yo pueda verme libre por vuestro medio?

—»Sí, si teneis prudencia y paciencia.

—»No me faltarán, así como tampoco oro y honores para recompensaros.

—»Guardad vuestro oro, noble conde, me dijo la voz con altivez.

—»¡Qué, no pensais al venir á salvarme en una recompensa!

—»Ya os he dicho que os amo.

—»¡Que me amais! ¿No sois, pues, egipcio?

—»Egipcio soy... y si os amo... Dios sabe lo oculto... Además, aunque yo rechace vuestro oro, podrá suceder que llegue un dia en que os pida una gran recompensa.

—»Os la concederé si está en mi mano concedérosla.

—»Juradme que me otorgareis lo que os pida.

—»¿Atenta vuestro deseo á mi honor?

—»No.

—»¿A mi justicia?

—»No.

—«¿Es decir que puedo concederos lo que me pedís sin

faltar á mi fé de cristiano, á mi dignidad de príncipe y á mi honra de caballero?

—«Sí.

—»Pues contad con ello.

—»Jurádmelo por Dios trino y uno.

Admiróme que un idólatra me exigiese tal juramento, y sin embargo se lo otorgué.

—»Hablemos ahora, me dijo la voz, de lo que sin duda os importa tanto como el honor ó la vida.

—»¿Y qué cosa es esa?

—»¡La infanta doña Sancha de Navarra!

Creció mi admiracion y empezó á interesarme vivamente aquella aventura.

—»¿Os envía acaso doña Sancha? le dije.

—»Doña Sancha está presa como vos, y más en peligro que vos.

—»¡Presa! ¡en peligro! exclamé. ¡Y dónde!

—»En el castillo de la Hechicera, bajo la guarda del conde don Vela Sanchez.

—»¿Cómo sabeis eso? exclamé recelando un lazo del rey.

—»Cuando os prendieron en las quebraduras de la Cruz roja me hallaba presente, y ví que al entregarse de vos nuestro gran duque, se entregó de doña Sancha un caballero encubierto que nos habia acompañado, y que desapareció con ella: yo no olvidé las señales exteriores de aquel caballero, que despues de aquel dia ha venido varias veces á nuestro aduar.—En una de estas ocasiones logré ocultarme en la tienda del gran duque y oir su conversacion: ha-

blaban de vos de una manera acalorada; el gran duque se negaba á entregaros á aquel hombre á quien llamaba unas veces hermano, otras conde, otras don Vela: el conde insistia, el gran duque se negaba de una manera cada vez más terminante: entonces aquel hombre exclamó irritado:—«Y bien, si no puedo herir al conde en el cuerpo, le heriré en el alma: tengo en mi poder á la infanta doña Sancha de Navarra, á quien aman á un tiempo y con igual frenesí el rey y el conde: irritaré los deseos del rey, le procuraré si es necesario por cualquier medio la posesion de doña Sancha, y luego la arrojaré deshonrada al conde.»—No necesitaba escuchar más, pero sí prepararme para averiguar el paradero de aquel hombre: tomé uno de nuestros perros de caza, me embosqué á la salida del aduar, y cuando aquel hombre salió esperé á que se alejara y seguí su rastro. El sabueso me llevó á unas altas cortaduras donde empezaba un sendero que descendia á un estrecho valle: en medio de él se alzaba una alta montaña, y en su cumbre habia un castillejo no distante del lugar en donde está la Cruz roja. Cuando yo llegaba á lás cortaduras divisé al caballero cuyo rastro seguia subiendo el repecho de la montaña. Al fin llegó delante de la poterna del castillo, tocó una bocina, bajaron el puente y entró. Era probable que aquel fuese el lugar en donde el conde guardase á la infanta doña Sancha. Pero yo no tenia seguridad de ello. Podia suceder muy bien que el conde hubiese parado por otros asuntos en el castillo y que no fuese de su gobierno. Entonces me volví, me vestí como trovador, tomé una tiorba, me acerqué lo más que pude oculto por las breñas al castillo y entoné una

cántiga. Poco despues, á una de las rejas de la gran torre, asomó una dama hermosísima en cuyo rostro apesarado habia una indudable magestad. Así, pues, no vacilé en creer que era la infanta doña Sancha.

—»¿Y no habeis podido averiguar más? le dije con la ansiedad que puedes suponer en mi amor.

—»Á veces, me dijo el astuto egipcio, la impaciencia malogra el asunto mejor preparado: esperé una ocasion á propósito, y anoche cuando la luna se habia ocultado fuí á las breñas cercanas, y sirviéndome de blanco el reflejo de una luz que se veia tras una reja de la prision de la infanta, metí por ella una flecha.

—»¿Y para qué? dije, no comprendiendo por el momento.

—»En la flecha iba enrollada una carta, me contestó.

—»¿Y qué la decíais?

—»La avisaba de que se velaba por vuestra vida, de que se procuraba vuestra libertad, y de que si cuando viese de noche brillar momentáneamente una luz en las quebraduras ponia su lámpara en una de sus rejas, sería señal de que se encontraba sola, y recibiria una carta vuestra.

»Esto fué lo más importante de mi conversacion con el misterioso egipcio, que me dejó menesteres de escribir y me anunció que volveria á los tres dias.

»He escrito minuciosamente la antecedente narracion para que puedas juzgar hasta qué punto está en peligro mi amor, y con mi amor mi vida, si no resistes con la admirable fuerza de alma que posees las infamias de que pueden hacerte objeto: tu amor es mi vida, adorada Sancha, y sin

tu amor, sin tu pureza la vida me sería insoportable. Espero que la misma mano que me procura escribirte me procure la libertad y entonces ¡ay del rey de Leon! ¡ay de su reino si me obliga á vengar mi amor ó tu honra! Se me acaba el pergamino, pero tú que conoces mi amor, puedes añadir lo que sabes bien te diria si te viese.—Adios: esperanza y fortaleza, y Dios hará que venzamos.—El conde de Castilla.»

Doña Sancha leyó y releyó mil veces el pergamino, le besó con frenesí, lo que no hubiera hecho ciertamente si no hubiera estado sola, porque las mujeres no son lo mismo cuando nadie las ve, que cuando tienen al rededor ojos que las observen: lloró, rió, se entristeció y se puso alegre alternativamente, y volvió otras cien veces á leer el pergamino; pero á pesar de la parte amenazadora que contenia con respecto á las intenciones de don Vela de esplotar al rey para hacerle cometer una infamia, ni por un solo momento la dominó el terror: las organizaciones vigorosas tienen el privilegio de despreciar el peligro, de no creer en él por próximo y probable que sea, única razon con que puede explicarse el valor, por el contrario. de las organizaciones débiles que en todo ven peligros y que los abultan, lo que produce la cobardía.

Doña Sancha sabia que por muy enamorado que de ella estuviese su sobrino, era incapaz de una villanía, y por otra parte su pureza no concebia que un caballero pudiese cometer un atentado contra una mujer honrada. Tranquila por esta parte, y despreciando por otra las maquinaciones de su misterioso y encubierto carcelero, contra el cual creía

bastante la precaucion de no tomar alimentos que pudieran estar inficionados, solo encontró motivos de placer en la carta del conde: ella le habia visto prender, ella habia sufrido una horrible ansiedad por su existencia, y sabia al fin que aunque preso, estaba respetado, defendido, y tenia esperanzas de libertad: además sabia lo bastante para mortificar con su relato al rey, y esperaba impaciente su visita de todas las noches.

Escondió cuidadosamente el pergamino y la flecha, y esperó; su cabeza ardia, devorada por la fiebre de la impaciencia, y á pesar del helado cierzo que zumbaba contra la torre, abrió las maderas de la ventana por donde habia penetrado la flecha, y se apoyó en el alfeizar respirando con ansia aquel viento, que, en otra situacion, la hubiera entumecido.

Dominaba un silencio profundísimo solo turbado de una manera intermitente por el zumbar del aire contra los muros, por los silbidos de los cárabos que anidaban en las rocas y por el sordo murmullo de los árboles, cuyas copas se entrechocaban. Otras noches habia escuchado en los adarves el crujir de los arneses de los guardas ó los monótonos cantares con que entretenian su vela; sin duda confiados de lo fuerte del castillo y en lo solitario de los alrededores, habian descuidado su guarda: ningun sonido humano, pues, se unia al álito de vida de la naturaleza.

Aquella soledad salvage fué infiltrándose lentamente y de una manera fatal en el alma de doña Sancha: su alegría habia sido una de esas alegrías de prisionero que pasan con la rapidez del relámpago: su semblante volvió á contraer

la melancólica expresion con que la presentamos al principio de este capítulo, y dos gruesas y límpidas lágrimas rodaron por sus megillas.

Y como si la naturaleza hubiese querido armonizarse con el dolor de la infanta, oyéronse á lo lejos, vagos y perdidos, confusos truenos: zumbó de una manera más profunda el huracan, y resonaron sobre el campo algunas gruesas y raras gotas que se desprendian del cerrado celage.

Lentamente la tormenta avanzó, se oyeron ya distintamente los truenos y un azulado repámpago rasgó las tinieblas, iluminando pasagero con su luz lívida el bravío paisage.

Por un acaso la infanta, que tenia fija la vista sin objeto en la sombra á la altura de los adarves del recinto exterior del castillo, creyó ver una sombra alta, blanca, deslizándose en paso lento y fatídico sobre el muro. Creyólo por el momento una ilusion de su mente, ó más bien el efecto del relámpago sobre la armadura de un atalaya. Pero además de que por aquel sitio no acostumbraban á posarse atalayas, estos generalmente no cargaban con el arnés, reduciéndose á velar simplemente con una ballesta y algunos venablos en el cinto: por lo tanto la aparicion del fantasma no pudo menos de llamar la atencion de la infanta, que esperó un nuevo relámpago.

No tardó en iluminar el espacio con una brillantísima exhalacion, y entonces la infanta no pudo dudar; frente á ella mirándola de hito en hito habia una mujer, segun pudo juzgar doña Sancha á la rápida luz del relámpago; pero de unas formas tan medrosas, tan fantásticas, que á pesar de

haberse hundido la forma en las tinieblas, aun la parecia ver la fatal sombra, fija la mirada en ella de una manera terrible. Doña Sancha, aunque era valiente, segun han podido comprender nuestros lectores por algunas pruebas y como verán más cumplidamente en lo sucesivo; á pesar de que era valiente, repetimos, sintió en su alma un terror intenso como el que podriamos suponer en nosotros mismos á la presencia de un aparecido: y sin embargo, no pudo retirarse de la ventana, porque el terror coarta y fascina, y durante uno, dos y tres relámpagos vió delante de sí la misma figura escueta, blanca, sobrenatural, sombría.

Entonces doña Sancha recordó algunas consejas que habia oido contar en las veladas de invierno á sus damas en la abadía de San Salvador, relativas á aquel mismo castillo en que se encontraba; otras relativas á una bruja, cuyos extraños cantares y maldiciones se oían en el Purgatorio de la Cruz roja: no recordaba bien cierta sombría tradicion relativa á la Cruz y al Purgatorio; pero sí que era sangrienta, vaga, misteriosa.

La presencia de aquella forma real é hija del estado de su imaginacion, el recuerdo de aquellas consejas, la influencia eléctrica de la tormenta que zumbaba en los aires, formaron en su corazon y en su cabeza ún conjunto tal de efectos apenadores, que doña Sancha se creyó morir; pero su maravillosa fuerza de voluntad dominó al vértigo, su corazon se rehizo, quiso explicarse como un efecto de su estado aquella fantasma, y miró de nuevo con más intensidad al fondo de las tinieblas para obtener con el primer relámpago, una prueba real de que aquel fantasma era un

aborto de su cabeza escandescida; pero como si Dios no hubiese querido dejarla fluctuar en la duda, brilló un nuevo relámpago, y vió otra vez delante de sí la fantasma: al mismo tiempo un atalaya, que sin duda hasta entonces habia estado dormido, lanzó un ¿quién va? medroso: oyóse una insensata carcajada partiendo del lugar en donde estaba la aparicion, y poco despues se oyó el silbido de un venablo, lució un relámpago, y la infanta vió desplomarse la sombra en los adarves lanzando otra sonora y más insensata carcajada.

No podia dudarse: no se trataba de un fantasma, sino de un sér real y efectivo. ¿Pero cómo era que aquel sér, estando dentro del castillo, era tratado de una manera tan dura por los atalayas? ¿Por qué aquellos terribles soldados la lanzaban su quién va con voz trémula?

La infanta no pudo explicárselo, y permaneció en la reja transida de terror.

En aquel momento se oyó fuera de los muros el ronco son de una bocina y pisadas de caballos en la escarpadura: despues de los ¿quién va? por la parte de adentro y de las contestaciones de los de afuera, doña Sancha oyó crujir el puente y el rastrillo.

¿Quiénes eran los que durante una tormenta llegaban á tal hora al castillo?

Hé aquí lo que vamos á referir á nuestros lectores en el capítulo siguiente.

CAPITULO III.

De cómo no es prudente entregar la guarda de un castillo á un hombre enamorado.

Cuando el cabo ó jefe de la guarda de la poterna salió á reconocer á los que llegaban, encontró delante de sí montado en una mula un embozado, á cuya espalda se veían cuatro hombres de armas.

El del castillo avanzaba á pié, pero no sin llevar tras sí una docena de ballesteros con las ballestas armadas, á pesar de cuyas seguridades, apenas estuvo en él mandó bajar el rastrillo.

Entonces y desde una respetuosa distancia dijo al de la mula:

—Adelantad solo.

El de la mula adelantó.

—¿Qué quereis? dijo el del castillo.

—Entregad este pergamino á vuestro capitan.

El intimado llamó á uno de los ballesteros, y le mandó que llevasen aquel pergamino al conde.

El soldado partió, alzóse el rastrillo y volvió á caer apenas el mensajero hubo pasado, y el jefe de la guarda, sus ballesteros, el de la mula y sus hombres de armas, quedaron frente á frente, recibiendo de una manera cumplida el chaparron que se desprendia de las nubes.

Al poco espacio volvió á abrirse el rastrillo y apareció don Vela solo, que dijo desde él:

—Dejad pasar, señor Alvar Gomez, á ese hidalgo y á esa gente.

El llamado Alvar Gomez se volvió al de la mula y le dijo repitiéndole las palabras de don Vela:

—Pasad, hidalgo con vuestra gente.

El de la mula y sus hombres de armas arrancaron hácia la poterna, retumbaron sobre el puente las pisadas de sus cabalgaduras y entraron.

Como se ve, en el castillo de la Hechicera se ejercia una gran vigilancia, lo que daba á entender que don Vela estaba acostumbrado á esta clase de gobiernos.

El rastrillo y el puente se cerraron con estruendo apenas estuvieron dentro los recien llegados.

Don Vela bajó de la mula entre sus brazos al que parecia jefe de aquella gente, y cuyo embozo se descompuso al bajar, dejando ver su semblante.

Era Ayelah.

El rostro del conde resplandeció de alegría.

—¡Oh! ¡Ayelah! exclamó: ¡al fin has tenido compasion de mí!

Ayelah sonrió dulcemente, se asió al brazo del conde; subieron unas estrechas escaleras y entraron en una cámara.

Don Vela acercó un sillon á una chimenea que estaba encendida, tomó el manto y la gorra de Ayelah, las sacudió é hizo sentar á la jóven en el sillon.

—En verdad que no te esperaba, la dijo el conde. ¿De dónde vienes tan tarde con tan terrible noche y con tan poco resguardo?

—Vengo de Leon.

—¿Y á qué has ido á Leon? dijo con recelo don Vela.

—A ver á don Sancho de parte de mi hermano.

—¡A tratar sin duda de la suerte del conde Fernan-Gonzalez!

—Mi hermano desea á toda costa deshacerse de él.

—No lo desea mucho, cuándo faltando á su promesa no me lo ha entregado.

—Wamdihavé es todo un rey, don Vela; Wamdihavé es incapaz de cometer una traicion ni aun contra un enemigo.

—Sin embargo, se prestó á prenderle y respiraba contra él odio.

—Despues Wamdihavé ha pensado que Dios castiga al que se venga traidoramente de un enemigo.

—No; quien le protege eres tú.

—¡Yo!...

—Sí... tú que amas al conde, dijo con acento terrible don Vela.

—¡Que amo yo al conde!... ¿acaso crees que yo miento?... ¿Acaso puedo amar yo á dos hombres?... ¿No sabes que te amo, don Vela?

—¿Que me amas? ¡y sin embargo, desde la noche en

que en muy diferente estado, tú esclava, yo errante, nos vimos en casa del judío Jonias no he vuelto á verte, Ayelah! Cuando he ido al aduar de tu hermano te has ocultado de mi vista... todo me ha hecho pensar que solo me has hablado de amores cuando me creías necesario: ¿para qué me necesitas ahora?

—Eres injusto conmigo, conde; si en nuestro aduar no me has visto, ha sido porque he estado ocupada de mi venganza contra el conde: mi hermano no sé por qué, ha cambiado enteramente; y aunque no le ve ni le habla y le guarda con gran cuidado, está de su parte...

—Por tu influencia... por tu amor.

—Si yo amára al conde le daría la libertad.

—Se la darás.

—Por el contrario, procuro que mi hermano no se vea obligado á dársela.

—¿Y quién puede obligar á Wamdihavé?

—La fatalidad.

—Es poderoso.

—Tiene enemigos.

—Zuanko está preso, acusado de haber querido atentar á la vida del duque, y sin duda le esperan la horca ó el fuego.

—Zuanko ha sabido hacerse parciales, y de acusado se ha convertido en acusador.

—¿Y de qué acusa á Wamdihavé?

—De la muerte de su padre Kairú.

—Pero eso es falso.

—Eso es verdad.

—¿Tiene pruebas?

—Tiene conviccion... puede procurárselas.

—Que Wamdihavé dé un golpe de mano.

—Ante todo es necesario calmar el descontento de la tribu.

—¿Y de qué se quejan?

—De que se les haya traido á un pais cristiano por asuntos personales de mi hermano, que solo vino á Leon en mi busca.

—Justo es que un hermano ayude á su hermana.

—Además, se le acusa de que solo tiene en su poder al conde de Castilla para alcanzar de él un señorío y abandonar la tribu.

—Sus intereses son primero que el conde: que le mate.

—Mi hermano quiere deshacerse de él, pero sin sangre.

—¡Poniéndole en libertad!

—¡No! ¡en libertad no! exclamó profundamente Ayelah; ¡eso es imposible!

—¿Y cómo piensa deshacerse de él?

—El rey le ha dado una órden para que el conde de un castillo cuyo nombre no recuerdo, se lo entregue y salga de él con su gente. Wamdihavé encerrará en él al conde, le guardará con algunos de sus amigos más leales, y quedará libre para poner en temor con un severo castigo á los rebeldes.

—¡Ah! con que el rey...

—El rey está locamente enamorado de doña Sancha. ¿Sabes lo que ha hecho con esa señora?

—Lo ignoro absolutamente, contestó con gran aplomo el conde.

—¡Pobre infanta! exclamó con un profundo acento de compasion Ayelah.

—¡La compadeces!

—¿Y por qué no? ama, es amada y...

—Y no tienes celos de ella?

—¡Celos! ¿y por qué? tú eres el que alientas unos celos rabiosos.

—Tengo motivos.

—Te engañas.

—Wamdihavé aborrecia de muerte al conde.

—Pero entre el conde y él hay un secreto que le desarma.

Don Vela recordó á Athais, y sus celos empezaron á desvanecerse.

—¿Conoces tú ese secreto, Ayelah? dijo don Vela.

—Sí.

—Y... ¿no puedes revelármelo?

—No es mio.

—Sin embargo, yo he sorprendido ese secreto.

—¿Tú?... exclamó Ayelah mirando fijamente á don Vela.

—Sí, he visto en la tienda del viejo Kaleb una doncella que es la viva imágen del conde de Castilla, y Wamdihavé me ha revelado al fin que es su hija.

—¿Y crees que amando como ama Wamdihavé á esa doncella, no baste este amor para proteger la vida del conde?

—No pensaba así Wamdihavé antes de que nos apoderásemos de él.

—Jamás puede asegurarse lo que se hará, sino cuando se esté en estado de hacer.

—Es decir que al tener al conde en sus manos, ha vacilado Wamdihavé.

—Sí; pero existo yo... yo, que necesito vengarme del hombre que me ha deshonrado.

Palidecieron de cólera las megillas de don Vela.

—¡Infame! exclamó.

—Necesito vengarme, y para vengarme he venido á buscarte.

—¡Cómo! ¿Piensas entregarme al conde?

—Sí.

—¡Y cómo!

—Escucha: mi hermano esta noche hará de modo que parezca que se ha fugado el conde; pero en realidad me lo entregará para que yo le lleve con alguno de nuestros guerreros al citado castillo. ¿No adivinais lo que podemos hacer?

—Puedo emboscarme con mis gentes en un lugar dado...

—Esto es, y cuando pasemos con el conde...

—Os apoderais de él.

—¡Oh! ¡Ayelah, Ayelah! ahora creo que me amas.

—Pero si te entrego al conde, ha de ser con una condicion.

—¡Cuál!

—Es necesario que nos venguemos de una manera terrible... tú oyendo á la imprudencia de tu ódio le matarias: esa es una venganza insuficiente... el dolor de una puñalada... una leve agonía... no, no... es necesario que sufra

un martirio lento, cruel... con doña Sancha... pues bien... busquemos á doña Sancha... ¿no concibes que podemos vengarnos de nna manera terrible?

Don Vela dejó ver en sus ojos una mirada de tigre.

—¿Y puedes tú hacer que esta noche huya el conde? exclamó con afan.

—Sí; he comprado á los que le guardaban, y si esta noche no se dá el golpe, tendremos que esperar mucho tiempo.

—¡Esperar! exclamó don Vela: harto he esperado, harto he devorado mi rabia, y me tarda tener preso en mi poder al conde.

—Pues entonces sígueme.

—Sí, es necesario, y sin embargo, estoy esperando al rey.

—Hace una noche demasiado tempestuosa para que el rey venga.

—Un enamorado no repara en truenos, ni relámpagos, ni en lluvias.

—Te digo que el rey no vendrá.

—¿Y por qué?

—El rey me espera despues de la media noche.

—¿Que te espera despues de la media noche el rey?

—Sí; espera á la hechicera.

Como comprenderán nuestros lectores, Ayelah mentia para engañar á don Vela.

El conde no creyó inverosímil que un hombre que estaba tan enamorado de la infanta, y que tantos desdenes sufria de ella, apelase á los hechizos para vengar su desden.

—¿Y habremos concluido pronto? dijo don Vela.

—Antes de la media noche, contestó Ayelah.

—Voy á dar las órdenes para que se armen veinte hombres.

—No me parecen bastantes; es necesario que las gentes que me acompañan cedan al número á viva fuerza, que nadie pueda sospechar que hay inteligencia entre nosotros.

—Entonces dejaré una guarda de doce hombres en el castillo, y llevaré conmigo todos los demás.

—Eso será mejor; entre tanto yo me vuelvo al aduar.

Ayelah se levantó y tomó su gorra y su manto, que don Vela habia secado al fuego.

—Espera, Ayelah, aun no se dónde he de emboscarme.

—En la selva, junto al nacimiento del torrente del Diablo.

—Famoso lugar.

—Yo pasaré por él con mi gente y con el conde.

—En verdad, en verdad, no sé por qué dudo; el rey no acostumbra á venir tan tarde, y ya no vendrá, pensó don Vela. ¿Con que de seguro en el nacimiento del torrente del Diablo?

—Sí.

—Antes de una hora estaré emboscado en él.

—Antes de la media noche tendremos en nuestro poder al conde.

Ayelah y don Vela salieron de la cámara y bajaron á la plaza de armas del castillo. Allí montó de nuevo en su mula Ayelah, y seguida de sus cuatro hombres de armas, pasó

bajo el rastrillo y sobre el puente, y descendió por el declive de la montaña.

La noche habia aclarado un tanto, habia cesado la lluvia, y se veía á los ginetes deslizándose como fantasmas, á aquella dudosa claridad.

Poco despues, y apenas habia desaparecido entre los breñales Ayelah con su gente, abrió la poterna y salió don Vela seguido de veintiocho de los cuarenta hombres de armas que le habia entregado el rey para la guarda del castillo de la Hechicera.

Durante algun tiempo nada aconteció que de referir sea: adelantaba don Vela en silencio al frente de sus ginetes por entre los breñales, y solo se oía el crujir de los arneses y las pisadas de los caballos. La luna, que poco antes habia aparecido en el horizonte, se elevó, el viento arrojó en grandes ráfagas las nubes, y la noche se hizo muy clara. Esto no convenia á don Vela, que hubiera deseado una noche tenebrosa.

Siguió sin embargo adelante descuidado y pensativo, terciada la lanza sobre el arzon y echado el escudo á la espalda; pero de repente, y mucho tiempo antes de llegar al lugar indicado por Ayelah, su caballo se plantó, rehiló las orejas receloso, y lanzó un relincho de alerta: en el mismo momento, un venablo pasó zumbando roncamente sobre la cabeza del conde, y como si aquella hubiese sido una señal zumbaron venablos y piedras por todas partes. Don Vela y su escuadron se encontraron acorralados por un enemigo invisible, que debia ser numeroso, á juzgar por la multitud de venablos y de piedras que salian por entre las quebraduras,

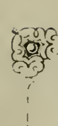
El terreno era lo menos á propósito para hacer maniobrar á los caballos, á quienes sus ginetes se veían obligados á llevar en hileras por un estrecho sendero; además, asustados los animales por el zumbido de los venablos y de las piedras que caian como una granizada sobre ellos, y habian ya herido, derribado y puesto fuera de combate á más de la mitad del escuadron, los caballos, decimos, se revolvian de una manera horrorosa, y desobedeciendo á los acicates, se negaban á avanzar.

Don Vela rugia de cólera; pretendia en vano romper aquel círculo de muerte que le rodeaba, gritaba á sus soldados que se rehiciesen, y heria furioso en ellos, viéndose desobedecido. Entre tanto y á cada momento menguaba el escuadron, y llegó al fin el caso de que se encontrase solo con cuatro soldados.

Entonces saltaron de entre las breñas como unos cincuenta hombres. Don Vela, que habia sospechado una traicion de Ayelah, vaciló en su recelo al ver que aquellos hombres que le rodeaban, no eran egipcios, sino buenos y legítimos bandidos leoneses, de los que á despecho de los señores alcaldes del concejo hervian á los alrededores de Leon.

—Entrégate, conde, exclamó roncamente el que parecia jefe de los bandidos, atlético jayan de anchas espaldas y cuello de toro: hace mucho tiempo que pensaba en tí; porque tu cabeza vale un buen rescate.

—¡Hola! ¿con que crees que yo valgo?.. dijo con una admirable serenidad don Vela... pues te engañas... antes valia mucho... pero ahora solo soy conde de un miserable castillejo y esclavo del rey.



— Entrégate, conde, — esclamó roncamente el que parecia jefe de los bandidos.




—¡Oh! ¡oh! todos dicen lo mismo, exclamó el bandido asiendo las bridas del caballo del conde, que no opuso resistencia: todos sois pobres, pero cuando se os aplica fuego á las plantas de los pies, ó se os cuelga cabeza abajo, á las pocas pruebas acontece que os acordais de un tesoro enterrado ó de otra cosa semejante. Vamos, mi buen caballero, entrégame tu lanza y tu espada, y sigue adelante: yo te serviré de palafrenero, lo que no es poca honra.

—Espera, bravo camarada, espera, dijo el conde: de mí nada puedes sacar aunque me quemes á fuego lento, porque nada tengo; pero puedo procurarte la prision de una persona que te daria tesoros por su cabeza.

—¿Y quién es esa persona? dijo con un acento de sórdida avaricia el bandido.

—El conde de Castilla.

El jayan lanzó una ruidosa carcajada.

—¡El conde de Castilla! exclamó; vamos, eres muy tonto, mi buen caballero, cuando crees engañarme con tales patrañas. ¿Qué diablos quieres que venga á hacer el conde de Castillla por estos andurriales?

—¿Y si yo os llevase á un lugar donde pudiérais apoderaros de él esta misma noche?

—Te aconsejo que no pierdas tus palabras, mi noble señor. Tú querrás llevarme á un lugar donde pudiera acontecerme un trabajo. ¿Quién sabe adónde tú ibas?

—Pero me tienes á tu lado en prenda de seguridad: al primer indicio de traicion puedes atravesarme con tu jabalina.

—Yo no quiero tu vida, sino tu oro, y si te quedas en-

tre mis vasallos, te juro que tú tendrás la culpa. Vamos, adelante, y fuera de palabras. Vosotros, añadió volviéndose á su gente, quedáos aqui con estos heridos, estos cautivos y estos caballos: acompañadme solo cuatro: adelante, mi noble conde, adelante: estamos cerca de nuestra casa, estoy cansado y tengo necesidad de dormir; tú tambien necesitas de que yo emplee contigo mi habilidad de curar; te mana sangre por bajo de la gola.

En efecto, don Vela estaba herido: el bandido tiró de su caballo, y el conde, desesperado, exclamó levantando los ojos al cielo con una mirada de reto:

—¡Maldita sea la hora en que nací!

Poco despues los cinco bandidos se perdieron con él entre las quebraduras.

CAPITULO IV.

De qué manera iban enredándose algunos personages en la trama de una intriga, del mismo modo que las moscas en una tela de araña.

Al mismo tiempo que acontecia esto al conde don Vela, acontecia otra aventura muy semejante si no tan sangrienta y dura á su merced el noble y poderoso rey don Sancho.

Cababalgaba su grandeza un tanto adelantado de su gran escudero Fortun Nuñez, siguiendo el camino que conducia de Leon á las montañas, abandonadas las bridas sobre el cuello de su caballo, á cuyos hijares apretaba de tiempo en tiempo las espuelas de oro,

Hacíalo esto máquinalmente, porque su pensamiento estaba muy lejos de cuanto le rodeaba; ni sentia la lluvia que empapaba el capuz de su manto, ni el viento que azotaba frio y agudo su rostro: su pensamiento entero estaba fijo en doña Sancha de Navarra, que, con su obstinado desden, habia llegado á ser un formidable empeño para el rey.

—¡Oh, adorada ingrata! exclamaba don Sancho para sus adentros; ¡más dura que una roca y más que ella insen-

sible! ¿De nada sirve para tí el amor de un rey que te ofrece su corazon y su trono? ¿No te conmueve cuanto por tí sufre, cuanto por tí rebaja su dignidad, viniendo de noche rebozado y oculto por los caminos, como un paladin de aventuras, y azotado por el viento y por la lluvia como un fulan cualquiera?

El rey suspiró ruidosamente.

—Y bien, ¿quién tiene la culpa? siguió murmurando: yo, yo solo, que no me atrevo... otro en mi lugar, no sería tan noble; está en mi poder; don Vela tiene demasiado interés en servirme para ser mudo, sordo y ciego: indudablemente Wamdihavé al curarme el cuerpo, al transformarme, ha debido transformar tambien mi alma, ha debido darme valor; pero mi alma se ha quedado como estaba... irresoluta, débil... conozco que nunca me atreveré... y necesito atreverme... sí por Dios... comprometamos su honra... y luego el honor la obligará... y una vez casada conmigo... si no me ama, al menos no será de otro.

No sabemos hasta dónde hubiera llegado el vuelo de los pensamientos del rey, si de ellos no le hubiera distraido un espectáculo maravilloso y extraño que se presentó súbito á su vista: era una hilera de luces que venian á su encuentro á lo largo del camino.

El rey recobró las bridas de su caballo y le refrenó.

—¿Qué diablos es eso, Fortun Nuñez? dijo á su escudero mayor.

—Indudablemente son luces que se acercan, señor, contestó Fortun.

—Bien lo veo; pero ¿qué piensas de esas luces?

—Mi vista no es muy buena, señor, y no distingo á los que las traen.

—Ni la mia tampoco... pero ello debe ser algo.

—Indudablemente.

—¿Y no das en lo que eso puede ser?

—Eso puede ser muchas cosas.

—Es verdad.

—Puede ser un entierro.

—¿Un entierro con este tiempo y á tales horas?

—O una penitencia de disciplinantes.

—Eso será mejor: ¿y qué te parece que hagamos?

—Creo que debemos apartarnos del camino y dejarlos pasar.

—Eso sería bien hacer, pero como vamos caminando á la sazon por entre dos cortaduras, eso es imposible.

—Volvámonos hasta encontrar un punto en que el camino se ensanche.

—Volvámonos, Fortun.

El rey y Fortun revolvieron sus caballos, pero pareció que describiendo un enorme círculo, los de las luces se habian vuelto con ellos: en aquella direccion avanzaban tambien dos largas hileras de luces, y empezaban á escucharse cánticos extraños.

—Pues nos es imposible evitar que nos vean, dijo el rey.

—Ya lo veo, señor.

—Esperemos, pues: esperemos, ya que no hay otro medio, exclamó, terriblemente contrariado el rey.

Se apartaron un tanto á las orillas del camino, y miraron alternativamente á un lado y á otro.

Al fin se acercaron lo bastante aquellas dos procesiones, por decirlo así, para que el rey pudiese notar sus detalles.

Componíase cada una de veinte hombres montados en asnos, cada uno de cuyos hombres llevaba un palo á manera de lanza, y en la parte superior del palo una linterna. En medio de cada una de aquellas dos extrañas comitivas marchaban cinco hombres, uno ginete como los demas en un asno, y los otros cuatro conduciendo una enorme litera.

Cada uno de aquellos hombres llevaba una túnica roja, una caperuza alta, puntiaguda, que se prolongaba en un capuz que les cubria hasta los hombros, y solo tenia dos aberturas por delante para los ojos, y la antedicha lanza con linterna, en la que hacian veces de vidrios lienzos encerados: cada uno de los asnos que estas gentes montaban iba asímismo encubertado con bayetas rojas, y el todo constituía un conjunto extraño, inexplicable, medroso, que tenia mucho de infernal.

Aproximáronse tanto aquellas dos procesiones, que se encontraron exactamente en el mismo punto en que esperaban el rey y Fortun Nuñez. Al encontrarse nada se dijeron, ni cesaron en sus cánticos; pero se formaron en círculo al rededor del rey y del escudero mayor, echaron pié á tierra á un mismo tiempo, clavaron en el terreno los palos de que sostenian las linternas, y forzando la entonacion de sus extraños cánticos, arremetieron con los dos asombrados y aun medrosos personages, y sin darles tiempo de defenderse los echaron de los caballos abajo, los sujetaron y metieron á cada uno de ellos en una litera.

Cuando el rey volvió en sí, se encontró á oscuras preso

y encerrado, y notó que le conducian á gran paso y en silencio.

Fué tal y tan justa la sorpresa del rey, que ni aun le dejó facultades para pensar: embrollábanse sus ideas, giraban sus pensamientos en un círculo confuso, y como armonizándose con sus pensamientos, la litera giraba tambien de tiempo en tiempo de una manera diabólica.

Don Sancho temió encontrarse en poder de espíritus malignos: acordóse de que habia oido decir que en las montañas de Leon habia lugares malditos en que las brujas celebraban sus *aquelarres:* al mismo tiempo recordó que aquel dia no era sábado, pero en cambio era martes, dia funesto y terrible.

El rey acabó por sentir una ansiedad infinita que á cada instante iba en aumento, y llegó á concebir que la aventura que le acontecia no era otra cosa que un castigo del cielo por sus villanos pensamientos acerca de doña Sancha de Navarra, por su prision, por la violencia que habia hecho al conde Fernan-Gonzalez, por su trato reprobado con idólatras y hechiceros, y últimamente, por su injusta decision de repudiar á doña Geloira, que aunque no era hermosa ni jóven, era una castísima y honrada matrona, á quien debía ya más de tres hijos.

En una palabra, don Sancho recordó todos sus más graves pecados, y se arrepintió de ellos protestando enmendarse por ante Dios, si Dios le sacaba de aquel extraño conflicto.

Era aquel uno de esos malos arrepentimientos producidos por el terror, que desaparecen cuando la causa que los ha motivado cesa.

Sea como quiera, al fin de mucho tiempo de encierro y de marcha, y de giros y de vueltas, y en el momento en que don Sancho hacia á Dios voto solemne de enmendar su vida, paróse la litera, abrióse, sacáronle de ella dos brazos vigorosos, y don Sancho se encontró en medio del camino en el mismo lugar en que habia sido apresado.

Todo habia desaparecido, los enmascarados rojos, los asnos, las linternas: cuando el rey volvió de su estupor, las literas habian desaparecido tambien; pero á su lado estaba Fortun Nuñez aturdido con los dos caballos del diestro.

La tormenta habia cesado tambien, no dejando más señales que el lodo del camino, y la luna brillaba clara y diáfana en el centro de un cielo despejado.

CAPITULO V.

De cómo se apoderó Ayelah del castillo de la Hechicera.

La infanta doña Sancha permanecia en la reja como sujeta á ella por una fuerza fatal: habia sentido abrir y cerrar sucesivamente el rastrillo y crujir las cadenas del puente, y se habia extremecido creyendo próxima la presencia del rey; pero su extremecimiento no era de terror, sino resultado de la repugnancia invencible que le inspiraba don Sancho.

Pero pasó el ruido y la puerta no se abrió, ni nadie se acercó á ella; entretanto, lentamente, el espacio fué despejándose, apareció la luna en el horizonte y su resplandor flanqueó los muros haciendo brillar los almetes de las atalayas.

Nada de medroso quedaba entonces. La infanta sintió renacer su valor ante el dulce y lánguido reflejo de la luna, como si un genio protector se hubiera levantado en el horizonte, y se asombró de haber dado entrada en su alma al terror.

Entonces sintió el frio de la noche, cerró la ventana, fué á la mesa, leyó de nuevo la carta del conde, la besó, la enrolló, la guardó en su seno, fué al lecho y se acostó vestida como acostumbraba hacerlo todas las noches desde su cautiverio.

Poco despues se durmió.

Durante mucho tiempo nada turbó su sueño, pero de repente despertó azorada. Oyéronse terribles voces dentro y fuera del castillo, imprecaciones, alaridos, son de armas, estruendo de combate. Levantóse medio despierta, fué á una reja, abrió sus maderas y miró al exterior; pero le fué preciso volver á cerrar; un venablo habia penetrado zumbando con una horrible fuerza por la reja y habia pasado muy cerca de su cabeza.

Era indudable que el castillo era acometido, y que sus gentes se ponian en defensa.

Todo el que ansía el logro de un deseo encuentra en cualquier acontecimiento una esperanza. Doña Sancha recordó lo que acerca de sus probabilidades de libertad le decia en su carta el conde, y, como podia haber sucedido muy bien que aquella libertad se hubiera realizado por un accidente, por una casualidad, supuso que una vez libre el conde, habria corrido á rescatarla, y bajo la impresion de este pensamiento, fué á su reclinatorio, se arrodilló en él y oró.

Mientras ora, veamos la verdadera causa de aquel estruendo de armas que retumbaba al rededor del castillo.

Apenas habia salido de él don Vela, cuando delante de la poterna y á poca distancia, saliendo de entre las quebra-

duras, apareció un grupo de ginetes, en medio de los cuales iba otro montado en una mula.

Inútil es decir que aquel ginete era Ayelah.

Además de estos ginetes se deslizaron por la vertiente de la montaña como cien peones armados con ballestas, algunos de los cuales llevaban al hombro unas largas escalas y otros troncos delgados de árboles y haces de ramage.

Todo indicaba que aquellas gentes se acercaban con proyectos hostiles al castillo.

Sin embargo, no avanzaron un solo paso más allá del grupo, en medio del cual estaba Ayelah; se formaron á su alrededor en círculo, y los que estaban cargados dejaron con gran silencio en tierra sus escalas, sus troncos y sus haces.

—¿Estaban bien apostadas nuestras gentes, Kolkos? dijo Ayelah á un anciano que estaba junto á ellas.

—Kaibar acaba de avisarme que aun cuando ha costado algun oro el comprar á los bandidos, están preparados y resueltos.

—¿Son valientes?

—Esta gente siempre lo es: su oficio lo requiere.

—Pero gentes que no conocen la honra acaso nos harán traicion.

—Un bandido tiene su honra á su manera y jamás falta á lo que promete: el conde cristiano no podrá volver en dos dias al castillo.

—¿Pero habrá sangre? exclamó con acento de repugnancia Ayelah.

—Esto es indispensable; la gente que lleva consigo el

conde es gente brava: si cuando emprendemos un camino nos hubiésemos de detener delante de un charco de sangre, nos veriamos precisados á no movernos para ninguna empresa que mereciese la pena.

Ayelah suspiró.

—¿Se sabe si ha salido el rey de Leon?

—Sí, acompañado de un hidalgo poco despues de haber salido tú.

—De modo que...

—El rey será apresado por los nuestros y entretenido todo el tiempo que sea necesario sin que sepa lo que le sucede.

—¿Es decir que estamos libres de un azar?

—De seguro, no vendrá nadie.

—Pues adelante, dijo Ayelah.

Y avanzó con los ginetes hácia el castillo.

A cierta distancia sonó un ¿quien vá? feroz, desde los matacanes del rastrillo.

—¡Del rey! contestó Ayelah desde las barreras.

—Esperad á que vuelva nuestro conde, que está fuera, dijo la voz un tanto dulcificada.

—El rey no espera nada.

—Aunque viniese el mismo emperador de los cielos, dijo la voz con firmeza, no faltaríamos á las órdenes que nos ha dejado nuestro conde.

—¡Cómo, villano! exclamó Ayelah con cólera. ¿Te expondrás á ser colgado cabeza abajo de una almena?

—Afuera disputas, señor barbilindo, dijo el guarda amostazado, calificando á Ayelah por lo femenil de su voz;

volved, pues, buenamente por donde habeis venido, si no quereis que mi ballesta os haga emprender el viaje de la otra banda.

—Ya suponia yo que sería insuficiente esa real cédula, dijo Kolkos.

—Por lo mismo nos hemos provisto de los medios de hacernos abrir esa puerta tan guardada. Adelante, adelante, pues; disparad contra los adarves, amigos mios.

Una nube de venablos fué á estrellarse contra las murallas.

—¡A las armas! gritó el atalaya: ¡á las armas, compañeros! ¡aquí! gritó el atalaya desde el muro.

Poco despues otra descarga de saetas partió de las almenas, pero inútil ya; los egipcios habian corrido á colocarse junto á la barbacana del foso, y los mismos reparos anteriores del castillo los cubrian.

En un momento se establecieron algunos puentes y sobre ellos escalas, por las que empezaron á trepar egipcios con un valor sobrenatural: entonces empezó verdaderamente el combate, los gritos, las imprecaciones, las blasfemias que habia escuchado doña Sancha.

Sin embargo, aunque los egipcios eran arrojados y valientes y acometian con un teson incansable, la altura de los muros y lo pequeño del castillo, eran otras tantas ventajas para sus escasos defensores. Ninguno de ellos habia sido herido, y ya se contaban muchos muertos entre los escaladores. Ayelah empezó á recelar que sus proyectos se estrellasen por el momento en lo fuerte del castillo y en la tenacidad de sus defensores.

—¡Oh! hemos calculado mal, dijo Ayelah; estos perros se defienden como leones.

—No he sido yo el que me he engañado, dijo Kolkos: bien sabia que esto era venir á perder sangre inútil; créeme, Ayelah, hija mia, lo mejor es retirarnos.

—¡Retirarnos! ¡y habremos perdido en un solo momento los afanes, los cuidados, los insomnios, las fatigas de un mes entero... de un mes consagrado á la salvacion de mi hermano!

Ayelah engañaba á Kolkos, como habia engañado al rey y á don Vela.

—En verdad, en verdad, que poseyendo este castillo, y defendiéndole con nuestros amigos fieles, podríamos burlarnos de las asechanzas de los de Zuanko, que van tomando un carácter demasiado sério.

—Por lo mismo es necesario apurar todos los recursos para penetrar en el castillo.

—Todo será inútil, hija mia: los nuestros, aunque son valientes, han conocido las dificultades de la empresa, y están dominados por ellas; créeme: con esa cédula del rey cualquiera de los condes de los castillejos inmediatos nos entregará sin dificultad el que mande: retirémonos y ahorremos sangre á los nuestros.

—No, Kolkos, no; por el Dios que adoro, he de entrar en ese castillo ó he de morir.

—Pero esa tenacidad es funesta, Ayelah, hija mia, exclamó profundamente el anciano: mira, la mitad de nuestra gente ha sido muerta ó herida, y los demas no tardarán en sucumbir: por el poderoso Aldeboran, Ayelah,

retirémonos; aun es tiempo; con la gente que aun nos queda no se atreverán á salir tras de nosotros, cuando por el contrario, si nos quedamos solos nos prenderán á mansalva. No lo digo por mí: ¿qué importo yo, viejo y cansado de vivir? ¡pero tú, tú! ¿no hemos venido desde Alemania por tí, solo por tí, querida Ayelah? ¿No es por tí por quien Wamdihavé se ve acusado y amenazado? ¿Y quién podria secar el llanto de los tuyos si murieses tú, la más hermosa, la más pura, la más amada de la tribu?

—He de entrar en el castillo, ó he de morir, dijo Ayelah con esa exagerada tenacidad peculiar á las mujeres.

—Pues muramos todos, exclamó Kolkos desesperado de vencer la obstinacion de la jóven; á tierra, hijos mios, añadió volviéndose á los ginetes, y á las escaleras: vamos á ayudar á nuestros hermanos.

—¡Oh! ¡no! ¡no te moverás de aquí, padre mio! exclamó Ayelah: escucha, paréceme que los nuestros vencen: ¿no escuchas los gritos de terror de los cristianos?

En efecto, se habia levantado un alarido informe dentro del castillo, y los soldados que le defendian habian huido de las almenas: entre los gritos confusos se escuchaban alguna vez distintamente las palabras:

—¡La bruja! ¡la hechicera!

Y á estas palabras seguian alaridos de terror y alaridos de triunfo: en un momento se vió coronado el adarve de egipcios, y entre ellos una sombra blanca que se destacaba como una aparicion á la luz de la luna.

—Venid, hijos de Egipto, venid, gritaba una voz vibrante; vuestro grito de guerra ha retumbado en mi cora-

zon: venid, hijos de Egipto, venid; yo os esperaba... venid... vuestros son los cristianos; vuestra la vírgen de los cabellos rubios.

Sonó tras este una insensata carcajada, y la sombra desapareció.

Poco despues, apoderados los egipcios del castillo, subian el rastrillo y calaban el puente.

Doña Sancha permanecia aun arrodillada y orando en su reclinatorio, cuando cesó el ruido; entonces indecisa, no sabiendo si habian triunfado los del castillo ó los acometedores, se asomó á la ventana: nada vió, de nada pudo juzgar: el silencio era solemne, y solo le turbaban algunos profundos gemidos de moribundos.

Oprimiósela el corazon, porque la duda, en situaciones dadas, es el mayor peso que puede oprimir nuestra alma.

Aquellos gemidos que resonaban al pié de los muros la extremecian: aquello era terrible entre el silencio de la noche y despues del combate: la infanta esperó anhelante á qne alguien se presentase á calmar su ansiedad.

Oyéronse al fin pasos en la escalera, y poco despues resonaron los tres candados y los tres cerrojos, y la puerta se abrió.

Pero en vez de presentársela el conde del castillo, eternamente enmascarado, apareció un gentil y hermoso mancebo.

Era Ayelah, que habia entrado en la cámara de don Vela, habia roto sus muebles y habia encontrado las llaves del encierro de la infanta.

Tras ella, severo, sombrío, con su venerable barba blanca y su extraño traje de guerrero egipcio, se veía un hombre.

Aquel hombre era Kolkos.

Kolkos cerró la puerta, y se sintieron sus pasos que descendian por la espiral.

Ayelah y doña Sancha quedaron solas.

La egipcia contempló profundamente á la infanta, pretendiendo descubrir por la expresion de su semblante, si reconocia bajo su disfraz su sexo ó la tomaba por hombre.

Pero estaba tan bien disfrazada Ayelah, eran tan esbeltas sus formas y tan enérgica la expresion de sus ojos negros, que doña Sancha, á pesar de guardar un recuerdo confuso de la fisonomía de Ayelah, á quien habia visto, como sabemos, en casa de Jonias, no la reconoció.

Ayelah y doña Sancha se contemplaron por un momento frente á frente con intensidad.

El semblante de la infanta expresaba asombro, el de Ayelah una gran dulzura, una sonrisa insinuante, una mirada de admiracion: nadie hubiera creido que aquella expresion era fingida, y sin embargo, bajo ella fermentaba un ódio cruel en el alma de la egipcia contra la infanta.

Por otra parte, Ayelah estaba espléndidamente vestida á la usanza de los nobles leoneses, y nadie la hubiera tenido sino por un jóven y hermoso rico-hombre.

—¿Nada tiene que preguntarme vuestra grandeza? dijo Ayelah acompañando sus palabras con una respetuosa inclinacion.

—Nada, contestó severamente la infanta: por el contrario, espero que vos me digais á qué venís.

—Este castillo es mio, señora.

—Vuestro... yo creía que este era un castillo real.

—Lo era ayer... pero en este momento no lo es.

—No os comprendo.

—Leed y me comprendereis.

Y Ayelah entregó á la infanta la cédula rollada del rey.

La infanta leyó:

«Don Sancho, por la gracia de Dios rey de Leon, de Asturias y de Galicia.—Por la presente mandamos al conde del castillo á quien esta cédula sea presentada, que entregue el castillo de su mando á quien esta cédula le presentare, so pena de ser tenido por traidor, y como tal castigado si no obedece en el momento lo que en esta nuestra real cédula se le manda.—Dada en nuestro palacio de Leon.

—El rey don Sancho.»

—En esta cédula no se expresa el castillo que el rey os concede, dijo la infanta devolviendo el pergamino á Ayelah.

—Así es la verdad, señora.

—¿Y por qué habeis elegido este castillo y no otro?

—Porque en él estais vos, señora.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Lo he adivinado.

—¿Quién os envía? dijo con anhelo la infanta, que no sabia si aquella persona que se la presentaba era la misma ó tenia alguna relacion con la que de un modo tan misterioso la habia enviado la carta del conde de Castilla.

—De seguro que no me envia él, señora, dijo Ayelah profundamente.

—¿Y quién es él? ¿qué quereis decir? exclamó con cuidado la infanta.

—Quiero decir que no me envia el conde Fernan-Gonzalez.

La infanta palideció, y miró profundamente á Ayelah.

—¿Qué quereis, pues? dijo.

—Quiero veros de cerca, frente á frente: veros todos los dias, teneros á mi lado... yo os habia visto alguna vez en la córte, pero de lejos: habia oido ponderar vuestra discrecion, vuestra hermosura... y empecé á amaros antes de conoceros bien.

—Que me amais... ¿habeis dicho que me amais? ¿y solo para eso habeis arrancado al rey esta cédula?... ¿quién sois? ¿con qué derecho os atreveis?...

—En mi familia, que es poderosa y noble como la vuestra, dijo Ayelah, valgo más y soy más poderoso que vos lo sois entre vuestros deudos: tengo por vos un interés terrible, doña Sancha; ocupais mi corazon, mis sueños, mi vida entera... me haceis desesperar... cuando una persona me inspira el interés que vos me inspirais... y vos sois la primera que me lo ha inspirado... no pasa mucho tiempo sin que esté en mi poder á mi merced... ya veis... os ama el rey... os guardaba un hombre tan feroz como el conde don Vela Sanchez... y á pesar de esto... el mismo rey os ha puesto en mis manos, y el conde no ha podido evitar que llegue á vos... á vos, que sois mi destino... á vos, que me enloqueceis, que me desesperais.

Habia pronunciado Ayelah con una entonacion y una pasion tales estas palabras, que adivinó en ellas la infanta tal fuerza de voluntad, tal decision de obrar, tal conciencia de poder, que se creyó perdida y se aterró.

Ayelah la miraba con los ojos inyectados de un fuego sombrío en que era dificil deslindar si era el resultado de un ódio á muerte ó de un amor rabioso. Ya hemos dicho que la infanta se habia equivocado creyendo hombre á Ayelah, y esta equivocacion produjo la creencia de que se hallaba en poder de un amador furioso que no guardaria ciertamente con ella las consideraciones y el temor respetuoso que la guardaba el rey.

Esto la aterró; pero acordóse que ocultos en su lecho tenia los dos venablos que habian sido portadores de los dos pergaminos que habian penetrado con ellos por la reja, y afectando un movimiento natural, se acercó al lecho, resuelta á matar ó morir antes que ser deshonrada.

Pero con esa astucia que jamás falta á la mujer más pura, comprendió que su situacion no la permitia irritar á una persona que parecia tan osada y tan violenta, y su semblante no se descompuso, ni salió á él la cólera que hervía en su alma: sentóse en un sillon, y señalando otro á Ayelah, la dijo indolentemente:

—Sentaos.

Ayelah se sentó admirada.

—Decís que me amais, dijo la infanta dominando su repugnancia, y por cierto que venis á decírmelo en una hora y con unas condiciones bastante extrañas; creed que esto me admira. Para llegar hasta mí habeis necesitado

arrancar una concesion al rey, sin duda por sorpresa, y despues teñir de sangre los muros de este castillo.

—Esto os probará, señora, lo terrible del interés que siento por vos, que me arrastra hácia vos.

—Y... ¿quién sois? Sin duda al atreveros á decir amores á una infanta, que solo puede aceptarlos del hombre que haya de ser su marido, os alentará una elevada alcurnia.

—Soy nieto, señora, de Íñigo Arista, y pariente de vuestro padre el rey don Sancho Abarca.

Como ven nuestros lectores, Ayelah estaba provista de una historia.

—¿Y quién es vuestro padre?

—El que era mi padre murió en la batalla de Yolanda, á manos del conde Fernan-Gonzalez, defendiendo al rey don Sancho Abarca, vuestro padre, que al fin murió á manos del conde.

—Uno de los nobles que murieron junto á mi valiente padre en Yolanda, que era su pariente, se llamaba Mosen Pierres de Beamonte.

—Y yo que soy su hijo, me llamo Mòsen Rodrigo de Beamonte, hijo de aquel valiente caballero y de la noble dueña doña Yolanda de Arlés.

—¡Oh! ¡oh! ¿y siendo tan noble y aun pariente mio, cómo es que no me habeis requerido de amores en otra situacion menos aflictiva?.. estoy prisionera, amenazada, importunada por el rey don Sancho, y debíais, mi generoso pariente, haberme puesto en libertad antes de decirme amores.

—Sería aventurado poneros en libertad antes que os presentáseis á mi lado en la corte como esposa mia..

—Eso es imposible por ahora, dijo dominándose la infanta.

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Porque sería necesario que os concediese tal demanda el rey don García de Navarra, mi hermano.

—Me la concederá.

—¿Que os la concederá?

—De seguro.

—Aun hay otro obstáculo, señor: tengo empeñada mi fé...

—¿Y vuestro corazon?

—Os lo confieso, dijo la infanta bajando los ojos y no queriendo ofender, ni aun en farsa, al conde de Castillo.

—¿Es decir que sin contar con vuestro hermano, que jamás consentirá que se una á su sangre el matador de su padre, os habeis prometido al conde de Castilla!

—Sin duda he hecho mal en consentir que piense en hacer me su esposa el que derramó la sangre de mi padre el rey Sancho Garcés... pero ya lo he hecho, caballero, y una hembra de mi raza no rompe sus juramentos sino cuando tiene razon sobrada para ello.

La conversacion entraba en el terreno á que la habia encaminado desde el principio Ayelah.

—¿Decís, observó acentuando sus palabras, que no rompereis la fé que habeis empeñado al conde sino cuando tuviéreis razon bastante para ello?

—Eso he dicho, repuso gravemente doña Sancha.

—¿Y si yo os probase que el conde ha sido perjuro, infame, que ha deshonrado y vendido á una mujer, que la

ha destrozado el alma, que tiene derecho á su amor, y que el conde vive ahora bajo el mismo techo que esa mujer?

—¿Y me podreis probar esa acusacion? exclamó la infanta, cuyos ojos centelleaban no pudiendo contenerse ya.

—Puedo probároslo de una manera cumplida.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Probádmelo, pues y...

—¿Y qué hareis?...

—Os juro que romperé con el conde mi empeño.

—Pues escuchadme, señora.

—Os escucho.

Ayelah se reclinó en su sillon, apoyó su barba en su mano, y mirando de una manera profunda á la infanta empezó el relato siguiente.

CAPITULO VI.

Historia de unos amores del conde de Castilla Fernan-Gonzalez.

Hace cuatro años, de un pais en donde los rayos del sol escandescen las arenas é inflaman el aire convirtiéndole en fuego, vinieron unas gentes cuyo color era tan colorado como el sol que alumbra los arenales de su patria.

¡Su patria! he dicho mal: las gentes de que hablo no tienen patria, ni hogares ni templo: su Dios marcha delante de ellos y los impulsa sin cesar de oriente á poniente; porque su Dios es el sol.

Estas gentes son egipcios.

Su historia se pierde en la noche de los tiempos, y aún ese pueblo errante guarda las tradiciones de su pasada grandeza, y se enorgullece con ella; guarda la ciencia de sus reyes sacerdotes, sus sábias leyes escritas en el corazon humano, el indomable valor de su raza y la belleza sin par de sus mùjeres.

Los hombres de este pueblo son valientes como el leon

y astutos como la serpiente: sus mujeres son hermosas como la primera mujer, puras como el fuego, y de corazon ardiente como el sol.

Durante muchos siglos, este pueblo anduvo errante por Egipto y Siberia, recorrió la India, volvió sobre sus pasos, y encontrando siempre huellas de la grandeza de sus progenitores, en monumentos que no ha podido derrocar el tiempo ni sepultar en sus movibles arenas el desierto, llegaron á los senderos del Africa, la atravesaron y llegaron al lugar habitado por las bárbaras tribus berberiscas, al punto donde las últimas tierras de Oriente avanzan como para saludar á la Europa, teniendo del un lado las ondas del mar de Damasco (1), y por el otro los inconmensurables desiertos del grande Océano.

Algunas de las tribus de aquel pueblo atravesaron el mar, y entraron en Europa, por España; algunos años despues volvieron algunos y relataron á sus hermanos, que allá al norte habian encontrado un gran pueblo, en que habian reconocido semejanza de raza, aunque lejana, entre ellos y sus habitantes; que habian hallado medios de subsistencia, riqueza en el suelo, pureza en el aire, y se habian establecido: aquel pueblo era la Germania, y su raza, mezcla de hombres de Oriente con los de Europa, constituían un pueblo que tenia mucho de comun con la raza egipcia: aquella raza se llamaba entonces y se llama hoy Indo Germánica.

El anciano y sabio Kaleb, gran duque de una de aque-

(1) El Mediterráneo

llas tribus, escuchó con atencion á los viajeros, les esploró, les pidió una descripcion circunstanciada de aquella tierra, envió á ella á algunos de los suyos, y cuando estos volvieron, ponderaron de tal manera el estado de holgura en que se encontraban en aquel pais algunas de nuestras tribus, que el anciano Kaleb se decidió, y pasando el estrecho de Geb-al-Teric (2), entró en España por Tarifa.

Ocupado el pais al Oriente por los árabes, como lo está ahora, la tribu egipcia se vió obligada á caminar con grandes precauciones de noche, y á enriscarse de dia en lugares inaccesibles para evitar los excesos y las crueldades con que los árabes creyentes del Islam, trataban á los egipcios idólatras, adoradores del sol.

Así, en marchas penosas, recatándose siempre, robando de noche á su paso para atender á su subsistencia, y en muchos dias, llegaron al Duero, le pasaron, y pisaron una noche el suelo cristiano... una noche, porque se veían obligados á usar entre los cristianos las mismas precauciones que entre los árabes: los musulmanes cuando se apoderaban de un egipcio le empalaban despues de haberle apaleado cruelmente las plantas de los piés: los cristianos los ahorcaban y despues los quemaban, cuando no los quemaban vivos.

Así recatándose llegaron á las montañas de Leon; allí una mujer, la más hermosa, la más pura, la más codiciada por todos los guerreros de la tribu, fué deshonrada por un castellano: aquella mujer era nieta del gran duque Kaleb;

(2) Geb-al-Taric, monte de Taric, por corrupcion, Gibraltar.

ofendido éste, no pudiendo vengarse del castellano, se vengó en su hermana, de una manera terrible y misteriosa: un dia la infeliz egipcia desapareció, y nadie pudo saber lo que habia sido de ella: el viejo Kaleb, herido de muerte por la deshonra de su nieta, á quien adoraba, cayó en una enfermedad terrible, se paralizaron sus miembros y perdió la voz. Entonces le sucedió en el gobierno de la tribu, como gran duque, su nieto Wamdihavé, hermano de la egipcia deshonrada y desaparecida, y si alguien conoce el secreto de la desaparicion de Alida, es Wamdihavé.

¿Y sabeis, noble infanta, quién fué el causador de tanta desdicha? fué el que pasa por noble, valiente y caballero entre los cristianos; fué el hombre á quien te has prometido por esposa; fué el conde de Castilla.

—¡La prueba! exclamó con voz ronca la infanta.

—La prueba existe en una hermosa doncella que vino entre los egipcios: en Athais, hija de Alida y de Fernan Gonzalez.

—Esa puede ser una impostura.

—Me he informado bien: Athais se parece al conde, como se parece á nosotros la imágen que al mirarnos en él se fija en un espejo.

—¡Y esa niña!...

—La vereis... es ya una mujer.

—¿Qué edad cuenta?

—Quince años.

—De modo que cuando sucedieron esos amores, el conde solo tenia veinte años, era un mancebo inexperto...

—Sin embargo, la maldicion de Dios le ha seguido en

su familia: poco despues, su primera esposa, la mujer á quien adoraba, doña Urraca, murió de una enfermedad misteriosa. Ten en cuenta que cuando aconteció la muerte de doña Urraca, los egipcios estaban aun en las montañas de Leon, y algunos de ellos habian pasado á Castilla.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que hay una fatalidad terrible que persigue los amores del conde.

—¿Y doña Urraca...

—Doña Urraca fué envenenada.

—¡Oh! ¡qué horror!

—Y como si Dios hubiese querido proseguir la venganza de los hombres contra el conde, hace tres años, don Ordoño el malo, hermano de don Sancho de Leon, repudió á doña Urraca, la hija adorada del conde, porque tenia de ella un recuerdo de su esposa. ¿No os parece que la fatalidad persigue á cuanto el conde ama?

—Seguid, seguid, exclamó la infanta extremecida.

—La tribu renunció á su proyecto de ir á Alemania, porque habia encontrado una desgracia en el camino, y un egipcio jamás seguirá una senda de la que le aparte la mano de Dios, y se volvió á Africa. Allí anduvo errante once años, y al fin pensaron de nuevo en encaminarse al norte de Europa.

Desgraciadamente siguieron el mismo camino que la vez primera, y la desgracia les salió al encuentro en el mismo sitio.

Habia entonces en la tribu una mujer, á quien todos llamaban hermosa: los más fuertes, los más poderosos an-

siaban una sonrisa de sus labios y una mirada de sus ojos. Aquella mujer solo contaba catorce años, y era ya sabia, valiente y discreta, y sobre todo esto, hermana del gran duque: aquella niña entre los suyos, doña Sancha, era tan princesa como vos entre los vuestros: aquella niña fué muy desgraciada.

Se llamaba Ayelah.

Ayelah al decir estas palabras miró intensamente á doña Sancha, que la escuchaba con una atencion cada vez más creciente.

La egipcia continuó:

—Ayelah, respetada por su tribu, amada por su hermano, codiciada por los fuertes, vivia soñando, rodeada de una nube purpúrea y fragante, flotando sobre ella en un espacio encantado, donde la halagaban con sus alas impalpables hermosos sueños. Ayelah no habia pensado en el amor, no le conocia, no le comprendia, no sabia que hubiese más amor que el que sentia por el viejo Kaleb, por su noble hermano Wamdihavé, y por la pequeña Athais, encantadora niña, á quien creia hija de su hermano.

Cada vez que la tribu se detenia en un lugar bello, frondoso, cubierto de floridas praderas, Ayelah, al amanecer, montaba sobre uno de los caballos del gran duque, y sola, sin más compañía que un arco y una aljaba llena de saetas, se lanzaba en los campos, pura como el alba, fresca y riente como ella: lanzaba su caballo á un altozano, y al levantarse en el horizonte la ardiente faz del Dios de sus padres, saltaba del caballo, se arrodillaba y oraba. Despues

volvia á cabalgar, se perdia en la selva, y se entretenia en la caza de avecillas, ó de inofensivas liebres.

La vida de Ayelah era entonces una vida de completa felicidad, de descuido, de inocencia; aun no habia hablado el amor en su corazon. Pero un dia... un dia...

La voz de Ayelah se hizo ronca y lúgubre, y dos lágrimas mal contenidas asomaron á sus ojos.

—Un dia, prosiguió haciendo un poderoso esfuerzo por dominarse, hace cuatro años, caminaba errante por una intrincada selva buscando entre las rocas un nido de águila. Habia encontrado algunos; pero estaban en cortaduras inaccesibles. Al fin escuchó el graznido hambriento de unos polluelos en la cresta de una altísima roca: un estrecho sendero, ó por mejor decir, accidentes naturales de la cortadura, ofrecian un camino, aunque peligroso, hasta la concavidad donde estaba el nido.

Ayelah no era cobarde, y por otra parte, estaba demasiado acostumbrada á satisfacer todos sus caprichos para que sus deseos no fuesen exigentes. Desmontó, ató su caballo á un espino y empezó á trepar por las escarpaduras: mientras estuvo á poca distancia de la tierra, siguió perfectamente, pero llegó á un lugar en que la altura era considerable, habia doblado un saliente de la roca, y habia encontrado á sus piés un abismo, bajo el cual se revolvia un espumoso y turbio torrente. Entonces sintió ese horrible mareo que se llama vértigo; vacilaron sus rodillas, sus plantas resbalaron en la roca, y solo tuvo tiempo de asirse á un espino.

El espino empezó á doblarse bajo el peso de su cuerpo,

que seguia desvanecida, sentia un horrible dolor en sus manos ensangrentadas, y sin embargo seguia asiéndose á aquella esperanza; el espino empezó á crujir, y se desgajó, doblándose cada vez más á cada momento: ya el cuerpo de Ayelah estaba inclinado sobre el borde del abismo, sus ojos veian aterrados rodar bajo ella á una gran profundidad el torrente; y así pasó mucho tiempo con los cabellos erizados, las manos ensangrentadas, cubierta de sudor frio, todo el tiempo que tardó en doblegarse y en romperse el espino: cuando Ayelah le sintió doblegarse con más rapidez, lanzó un horrible grito, y...

—¿Y cayó? exclamó con afan la infanta.

—No, continuó Ayelah, se desmayó: si entonces hubiera muerto, hubiera muerto sin sentirlo, porque ya habia sufrido la agonía, porque verdaderamente en cuanto al padecimiento habia muerto ya.

—¡Qué! ¿no murió? exclamó con doble interés doña Sancha.

—¿Si hubiera muerto, cómo hubiera podido conocer, amar, ser deshonrada y abandonada por el conde de Castilla? exclamó con un acento indescriptible Ayelah.

—Pero estando suspendida sobre un abismo, faltándola apoyo, ¿quién pudo librarla de la muerte? exclamó con extrañeza doña Sancha.

—El conde de Castilla, contestó sombriamente Ayelah.

—¡El conde de Castilla! ¡oh! ¡valiente y generoso siempre! exclamó con entusiasmo la infanta.

Una terrible mirada de ódio, que la infanta no pudo notar por lo rápida, partió de los ojos de Ayelah,

y se desplomó sobre el puro semblante de doña Sancha.

—Sí, dijo la egipcia; si el conde no hubiera sido despues miserable y traidor, indudablemente que su accion fué grande, generosa, sublime. Andaba á caza en los alrededores de Leon, adonde habia ido á asistir como tributario del rey á unas cortes convocadas por él, y vió á Ayelah en el momento en que la acometia el vértigo, comprendió el peligro, buscó una senda, la halló, voló sobre ella y llegó á tiempo de salvar á la desgraciada en el momento en que iba á hundirse en el abismo.

Cuando Ayelah tornó en sí se encontró entre los brazos de un hermoso caballero ricamente vestido, sobre un ribazo al pié de una enramada; estaban sólos: aquel hombre era el conde, que posaba una mirada intensa en Ayelah. Por la primera vez los ojos de la doncella se bajaron y sus megillas se enrojecieron ante la mirada de un hombre; por la primera vez sintió agonía en su corazon, fuego en sus venas, turbacion en su alma. Era que Ayelah habia encontrado al hombre que debia hacerla amar, y se doblegaba ya bajo la terrible influencia del amor.

Aquel dia Ayelah, ya respuesta, y el conde, cazaron juntos; cuando se separaron, ya las manos de un hombre habian estrechado las manos de la doncella egipcia, y sus lábios se habian posado en sus labios.

Cuando Ayelah volvió al aduar, rogó á su hermano Wamdihavé que permaneciese algunos dias más en aquellos lugares, con el pretexto de que la agradaban.

Wamdihavé amaba demasiado á su hermosa hermana para no satisfacerla este deseo.

Al dia siguiente, Ayelah, sola, volvió al mismo lugar donde habia encontrado al conde, que ya le esperaba: Fernan-Gonzalez no podia recompensar aquel amor sino con la deshonra y la infamia, y sin embargo, escitado por la hermosura de Ayelah, volvió.

Es cierto que ella fué más culpable que él, puesto que desde el primer momento que le habia visto le habia reconocido.

—¿Y cómo conocia esa egipcia al conde?

—Ya os he dicho, noble infanta, que no era la primera vez que el conde habia sido fatal á la tribu. Diez años antes del dia en que salvó á Ayelah la vida, habia encontrado á una hermana suya, la habia deshonrado y abandonado, y la infeliz Alida habia dado á luz una niña: aquella niña, salvada por la compasion del gran duque Wamdihávé, despues de haber castigado terriblemente á Alida...

—¿Y qué hizo ese gran duque con su desgraciada hermana?

—Lo que él hizo no he podido averiguarlo; nadie de la tribu lo sabe... decia, pues, que despues de haber castigado el rey de los egipcios á su hermana, adoptó como hija suya á Athais, que era hija del conde.

—¡Hija del conde!

—Sí; hija del conde y de Alida.

—Eso puede ser muy bien una impostura.

—El dedo de Dios ha hecho que el rostro de Athais sea una perfecta semejanza del rostro del conde. Ayelah sabia, pues, que Fernan-Gonzalez habia seducido, deshonrado y producido la desgracia á una hermana suya, y sin embar-

go, le amó... le amó hasta el punto de hacerle su señor en cuerpo y alma.

—¡Fué su manceba!

—Fué su esposa, exclamó con dignidad Ayelah.

—¡Su esposa una idólatra!

—El conde la engañó, la juró por su fé de cristiano y de caballero que la haria su esposa si ella se hacia cristiana. Entonces Ayelah, arrastrada por el amor del conde lo olvidó todo, le juró ser cristiana y se arrojó loca de amor en sus brazos.

—Pero la egipcia no cumpliria su palabra.

—La egipcia buscó una abadia, se presentó ante un prelado, sola, alentada por su amor, y pidió el bautismo. El anciano prelado la bautizó y la llamó María.—Durante dos meses, Maria (la llamaremos ya así) fué todos los dias á un lugar de la selva cercana donde la esperaba el monge, y se instruia ardientemente de los misterios de la religion de Cristo; el amor habia empezado su conversion, y la santidad, la persuasion del monge la acabó: María sintió desarrollarse en ella la fé, y al fin fué tan cristiana como el conde, tan cristiana como vos.—Entonces buscó á Fernan-Gonzalez, y le dijo:—He cumplido mi juramento: soy cristiana: cúmpleme el tuyo siendo mi esposo.—El conde se escusó. —Entonces Ayelah lloró, se arrojó á sus pies, le suplicó que la llevase consigo como esclava, y el conde, hastiado ya de ella, la rechazó. Entonces Ayelah juró al conde, por el santo nombre de Dios á que se habia convertido, vengarse de él, si Dios le daba vida para su venganza.

—¡Y se vengó!

—Cinco años ha esperado su venganza, y al fin se venga.

—¡Que se venga!

—Sí: Ayelah tiene en su poder al conde y dispone del honor de su amada.

Brilló una mirada de ódio tan imprudente en los ojos de Ayelah, que doña Sancha lanzó un grito semejante al que perdido en un camino en una noche tenebrosa vé de repente á la luz de un relámpago una cosa horrible.

Recordó entonces de una manera segura, á la egipcia que habia visto un mes antes en la casa del hebreo Jonias, hablando con don Vela, y despues mintiendo una prediccion al rey don Sancho: se acordó que el conde don Vela habia llamado á aquella egipcia Ayelah, comparó su semblante, aquel semblante que recordaba, con el de la persona que tenia ante sí, y vió que era una sola persona: extremecióse de terror al comprender hasta dónde podia llevar su venganza á una mujer tal, y procuró sobreponerse á su situacion, á apurar su horror, á defenderse de ella aunque fuese por medio de la astucia.

Ayelah se habia puesto de pié, excitada por el grito involuntario de doña Sancha.

—¿Qué os espanta, señora? la dijo.

—Espantarme... nada... pero es tan extraño vuestro relato... decís que me amais, y habeis añadido sin embargo que estoy en poder de esa Ayelah, de esa egipcia.

Ayelah conoció que habia cometido una imprudencia y se apresuró á decir:

—Estais en su poder, señora; pero yo, informado por

una feliz casualidad de vuestro cautiverio, he venido á salvaros de él.

—¿Y quién ha podido informaros?...

—Soy confidente del rey.

—¿Confidente del rey?...

—Sí, y no sé cómo no me habeis conocido en la corte, continuó Ayelah explorando á doña Sancha.

—Jamás os he visto... sois para mí una persona enteramente desconocida antes de ahora, una persona misteriosa. ¿Quién os ha revelado los secretos que sabeis?

—La misma Ayelah, por una parte..... el rey por otra.

—¿Y esa Ayelah está en Leon? dijo doña Sancha afectando un gran interés como si ignorase enteramente que era aquella misma Ayelah la persona con quien hablaba sin tener duda alguna en ello.

—Las tiendas de su tribu están levantadas á poca distancia de este castillo.

—¿Y decís que el conde vive bajo el mismo techo que esa mujer?

—Sí; bajo la tienda de su hermano Wamdihavé.

—¿Sin duda el rey sabe que el conde?...

—El conde fué preso por el rey... hace algunos dias me dijo: Rodrigo, es necesario que vayas á un aduar egipcio que encontrarás en tal lugar: dáte á conocer como enviado mio al gran duque, y díle que no ponga en libertad al conde hasta que se haya casado con esa Ayelah á quien debe el honor.

Ayelah, como conocen nuestros lectores, mentia para

torturar con su mentira á doña Sancha, que preparada ya, ni aun palideció.

—Infórmate además, me dijo el rey, si existe en la tribu cierta hija del conde soberano: es necesario que la vea doña Sancha... es necesario que conozca que el conde no es digno de su amor.

—¿Y habeis visto á esa niña? dijo la infanta.

—Sí.

—¿Y es hermosa?

—Una semejanza perfecta del conde, pero embellecida, pura, fresca, un ángel hechicero, un ángel de quince años.

—¿Y el conde la ha vísto?

—No: Wamdihavé le tiene enteramente apartado de los suyos, aislado en una tienda, y le guardan los más leales y valientes de los suyos.—Me importaba conocer las intrigas amorosas del conde, porque os amo, no por servir al rey, y tuve medio de ver á esa Ayelah, de sorprenderla con el secreto que me habia revelado á medias el rey; de ofrecerla mi proteccion: Ayelah entonces me lo confió todo.... todo cuanto os he dicho, y me aseguró que el conde de Castilla no saldria del poder de su hermano, sino siendo su esposo ó muerto.

Ayelah miró con avidez el semblante de doña Sancha, ansiando sorprender en él un movimiento de celos, de terror, de ansiedad. Pero nada de esto vió: la infanta se habia dominado y se mostraba serena.

—¿Qué, dijo con extrañeza Ayelah, nada os importa el que vuestro amado conde se case con esa mujer, ó muera?

—Vos no me conoceis, caballero; si es falso lo que me

habeis dicho, nada tengo que temer por el conde: si es cierto mi amor no puede ser de un hombre que, á pesar de su fama de noble y de leal, ha cometido infamias: os juro que si me probais lo que me habeis dicho, el conde no existirá para mí, ni aun su recuerdo.

—¿Y podré esperar entonces?...

La infanta fijó una mirada intensa en Ayelah.

—Os juro, la dijo, que jamás olvidaré esta noche: habeis causado en mí una de esas impresiones que se fijan en el alma, que jamás se borran de la memoria... y quién sabe...

—¿Sereis mi esposa?

—¿Que si seré vuestra esposa?... os juro serlo si mi hermano el rey de Navarra consiente, y sobre todo, si ese casamiento es posible.

—¿Y cuando me haceis esa promesa, creeis que podreis amarme?

—Ya os he dicho que habeis causado en mí una impresion profunda.

—¡Ah, señora! exclamó Ayelah: dominad por un momento vuestros reparos, sed franca conmigo: ¿cuántas veces sucede que un sér que nunca hemos visto nos hace amar violentamente á primera vista á pesar de otros amores más antiguos y que parece que debian estar profundamente arraigados en el alma? ¿Cuántas que nos sentimos arrastrar á pesar nuestro por un deseo inquieto... por un amor voraz fascinados por una mirada, por una palabra, por un pensamiento? ¿Sería tal mi felicidad?...

Era tan ardiente el acento de Ayelah, que doña Sancha á pesar de saber que se trataba de una mujer se ruborizó.

Ayelah, que era injusta con doña Sancha, como lo somos siempre con nuestros enemigos, no vió en aquel rubor la verdadera causa, sino el fuego de un alma impura que subia á su semblante.

Se acercó á la infanta y la asió una mano: aquella mano ardía y temblaba, pero no se retiró de las de Ayelah: la egipcia se acercó más, estrechó á doña Sancha entre sus brazos, y la besó con rabia en la boca: hubiera querido devorarla. Doña Sancha exhaló un gemido, se desasió dulcemente de los brazos de Ayelah, y dijo con acento trémulo:

—¡Dejadme! ¡dejadme! tened compasion de mí.

—Hé aquí la pureza de las cristianas, de las europeas, dijo para sí Ayelah... aman á un hombre, le adoran, se ponen en peligro por él, y á la primera ocasion olvidan sus amores y se arrojan en los brazos del primer aventurero que las domina. ¡Oh! me ha creido hombre, y mi hermosura la ha fascinado... Pues bien, yo sacaré partido de esa fascinacion.

Doña Sancha fingia por la primera vez de su vida, pero fingia de tal modo, que engañó á Ayelah: la celosa egipcia tomó por amor lo que solo era confusion, vergüenza, esfuerzo por afrontar la situacion.

—¡Oh! perdonadme, señora, perdonadme si en el delirio de mi amor he podido atreverme á expresaros cuánto os amo, dijo despues de un momento de silencio. Ni el conde, ni el rey os merecen. Yo no os puedo ofrecer como ellos una corona, pero sí un amor inmenso que jamás se extinguirá, un amor que ninguna mujer ha poseido... ¡oh! decidme, prometedme: ¿me seguireis?

—Seguiros, ¿y adónde?

—¿Desconfiais de mí?

—No... pero... ¿no sois dueño de este castillo?

—Sí, pero dueño por el rey, que vendrá como siempre, y que desesperado acaso...

—Vos estareis á mi lado para defenderme.

—Yo no puedo defenderos del rey sino llevándoos á un lugar absolutamente ignorado de él.

—¿Y creeis que el rey?...

—El rey está desesperado.

—Hace un mes que me visita todas las noches... y sin embargo, se muestra conmigo respetuoso.

—El rey ha llegado al caso de no respetar nada.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! pero vos...

—Yo, ya os lo he dicho, nada puedo hacer mientras el rey pueda llegar hasta vos.

—Haced que no llegue.

—Seguidme vos.

—Pues bien, si para conservar mi honra necesito seguiros, os seguiré.

—¿Que me seguireis? ¡oh! ¡y os tendré á mi lado!...

—Os prefiero á vos... á vos que me respetareis, dijo doña Sancha haciendo un poderoso esfuerzo... y que en todo caso... al fin no sois un hombre casado.

Ayelah se engañó enteramente, y necesitó dominarse para no expresar su feroz alegría.

—Esta misma noche partiremos, señora, dijo á la infanta.

—¿Esta noche?

—Sí, es preciso de todo punto.

—Pues bien, me entrego en vuestras manos, sed caballero.

—Os juro, señora, que haré tanto por vos que jamás lo olvidaréis.

—Preparaos, pues, y adios.

—Adios, caballero, dijo doña Sancha.

Ayelah fué á la puerta y llamó á ella con el pomo de su puñal. Poco despues se oyeron pasos en las escaleras, rechinaron los cerrojos de la puerta, se abrió y apareció el viejo Kolkos.

—Adios, repitió desde la puerta Ayelah.

—Adios, contestó doña Sancha.

La puerta se cerró. Doña Sancha escuchó las dobles pisadas de Ayelah y de Kolkos, que bajaban por las escaleras; despues otra puerta que se cerraba y luego un profundo silencio.

—¡Oh, Señor! ¡Señor Dios, fuerte y justo! ¡salvadme de ese demonio vengador! exclamó la infanta cayendo de rodillas y doblando la cabeza sobre su reclinatorio.

Entre tanto, Ayelah y Kolkos atravesaban un salon lóbrego en direccion á una galeria.

—¡Oh! ¡es demasiado, demasiado esto, hija mia! el que tú hayas sido engañada no te autoriza para cometer tan horrible crímen con una inocente: ¿qué daño te ha hecho esa mujer?

—¿Y me preguntas qué daño me ha hecho? ¿Por qué habia yo de haber vertido la sangre de nuestros enemigos? ¿Para qué habia yo de haber arrostrado la vista de

esa mujer odiosa sino para vengarme? ¿Qué me ha hecho? ¿No la ama el conde? ¿No me desdeña por ella?

—Fernan-Gonzalez te hubiera desdeñado por cualquiera otra, Ayelah. ¿Acaso puedes asegurar que ama á doña Sancha? Es príncipe, viudo, su hija doña Urraca ha sido repudiada por el rey don Ordoño, ella desesperada se ha acogido á un monasterio: el conde de Castilla es aun jóven, hermoso: sus vasallos le piden un heredero; se murmura de que ya no haya contraido un segundo matrimonio: la infanta doña Sancha le procurará la alianza de su hermano el rey de Navarra, y esto conviene al conde: suponiendo que no la ame, lo que es dificil, porque doña Sancha es muy hermosa, es el mejor casamiento que se le presenta.

—¡Muy hermosa! exclamó con rabia Ayelah, ¡hermosa como un ángel!.. pero liviana é impura como un demonio.

—¿Y cómo has podido juzgar?...

—Hace un momento, juzgándome hombre, no pudo resistir á mis demostraciones de amor, y cayó desvanecida entre mis brazos.

—¡Oh! es que tu hermosura es irresistible, Ayelah, y creyéndote hombre...

—Pues bien, el rey no tardará en venir: has avisado ya á los nuestros de que le dejen libre?

—Sí, y ya no debe tardar.

—Véngueme yo, Kolkos, y despues que suceda lo que Dios quiera.

Y tras estas palabras salieron á la galeria y se encaminaron á las habitaciones interiores del castillo.

CAPITULO VII.

De cómo el rey tuvo ocasion para creer que Dios se mezclaba en sus asuntos.

Dejamos, si nuestra memoria no se engaña, al rey don Sancho y á su primer escudero Fortun Nuñez en medio de un camino maravillados de la singular aventura que les habia acontecido, y creyendo ver aun aquellos fantasmas rojos montados en asnos, con sus varas, sus linternas y su aspecto de trasgos, ó duendes, si no de otra cosa peor.

Antes de que el rey y el escudero pensasen en montar á caballo, y se apartasen de aquel lugar, pasó algun tiempo; eran dos hombres aturdidos, preocupados, que aun no acertaban con lo que debian hacer.

—¿Qué te parece de esto, Fortun? dijo el rey despues de haber contemplado por largo tiempo en silencio al escudero.

—A mí nada me parece, señor, sino que ha sido un lance demasiado desagradable.

—¡Con que es cierto!

—¿Cómo que si es cierto? ¿Dudará todavía vuesa merced?

—Te diré, Fortun; hay cosas que parecen sueños.

—No, pues esto no lo ha sido.

—Pues mira, lo siento. Yo acostumbro á dormirme algunas veces cuando viajo á caballo, pero por lo visto esta noche no he dormido. ¿Eran encarnados los hombres... ó los diablos que tú has visto?

—Encarnados eran, señor.

—¿Con linternas y capirotes en las cabezas?

—Con capirotes y linternas.

—¿Pero por dónde diablos se ha ido esa gente?

—Lo sé tanto como vos, señor.

—¿Y qué piensas de esto?

—¿Qué quiere vuesa merced que piense? ¿quién piensa en misterios, que saque algo de provecho?

—Es verdad; ¿pero no crees tú que esto debe ser cosa más bien de acá abajo que de allá arriba?

—Tan de abajo pienso que es, que se me erizan los cabellos, señor.

—¡Cómo! ¿creerias que en esto haya andado el diablo?

—¡Señor! ¡señor! ved que no vais á hacer ninguna accion meritoria.

—¿Acaso, no pienso en hacer mi esposa á doña Sancha?

—Pero sois casado, señor, y acaso las oraciones de doña Geloira...

—No me digas que doña Geloira puede tener mediacion en esto, porque si tal me persuado, seré capaz de dejarme de miramientos con la infanta, á pesar del cielo y del infierno.

Pesóle en lo íntimo del alma á Fortun Nuñez el haber cometido el desacierto de haber atribuido á la mediacion de doña Geloira la diabólica aventura anterior, que él atribuía á castigo del cielo por la incontinencia del rey, y se apresuró á decir :

—En verdad, señor, que esto ha debido ser una casualidad; la desgracia de habernos encontrado con esas almas en pena, que dicen vagan por las montañas de Leon.

—Pues si almas en pena eran, asegúrote á fé de rey, que tenian buenos puños.

—Por lo mismo, señor, creo prudente el que vuesa merced se vuelva á su ciudad de Leon.

—¡Cómo! ¿tienes miedo?

—Ya sabe vuesa merced, que tratándose de hombres embisto con un escuadron cerrado. Pero tratándose de vestiglos es distinto: ¿qué puede un hombre contra la voluntad de Dios?

—Pues escucha: yo creo que en vez de volvernos á Leon... pues, en vez de volvernos á Leon, debemos seguir adelante.

—Como querais, señor; pero yo temo aun un mal encuentro con hombres de carne y hueso...

—Más probabilidades de peligro habrá cuanto más largo sea el camino : estamos más cerca del castillo que de la ciudad, luego el camino que menos peligro ofrece es el del castillo.

Despues de este silogismo artificial, por decirlo así, inspirado al rey por el deseo de ver á doña Sancha, nada tuvo que decir Fortun Nuñez. Tuvo el estribo á su real amo-

montó á caballo, encomendóse con todo su corazon á Dios, y terciando la lanza sobre el arzon, y requiriendo el escudo, partió adelante.

Seguíale el rey taciturno y pensativo: decíase el buen don Sancho, para sus adentros, que la aventura pasada debia ser una aventura que nada tuviese que ver con sus asuntos amorosos; por él no queria creer que Dios estuviese tan desocupado y á tras mano, que se metiese tan ostensiblemente en sus asuntos, cuanto más que para impedir que fuese en demanda de los amores de doña Sancha, tenia Dios medios más ocultos y fáciles de impedirlo, tales, como el de sacarle de repente de aquella especie de locura que le hacia desear con tantas veras y tales ansias la posesion de su tia, y hacerle que se enamorase y perdiese el seso, lo que le parecia más difícil, de la honestísima doña Geloira, su enamorada esposa.

Sobrepensaba que, puesto que sensiblemente ni Dios ni el diablo se entrometian en su enamoramiento, lo mejor que debia hacer era romper por todo y obligar, siquiera fuese por medio de un escándalo, á doña Sancha, á consentir en el repudiamiento de doña Geloira y á casar con él, aunque esto le hubiese de traer una guerra con Castilla, y con todos los condados y reinos próximos y extraños habidos y por haber.

Bien dicen que el amor, y mucho más el amor contrariado, es una locura incurable, cuando el pacífico don Sancho llegó por una mujer á lanzar de sí su natural prudencia y á convertirse tan en otro del que hasta entonces habia sido, que no le conociera la madre que á luz le dió.

En esta ida y venida de pensamientos, en esta alternativa de duda y decision, espoleando de tiempo en tiempo al caballo y mirando con recelo adelante y á los costados temeroso de que sobreviniera otra tal ó peor aventura que la antecedente, pasaron el camino, y al fin nuestros dos andariegos personages se encontraron en la vertiente de la roca sobre la cual estaba encaramado el castillo de la Hechicera.

Segun todas las observaciones astronómicas del rey, que con arreglo al estado de la mecánica en aquel tiempo, no tenia más reloj que el cielo, ni más indicadores que el sol y las estrellas (reloj, y sea dicho aparte, baratísimo, inmutable y de un uso general), no era aun llegada la cuarta vigilia; es decir, que aun cuando habia pasado ya la media noche, quedaba un buen espacio de tiempo desde entonces hasta el amanecer.

Despues de estas prévias observaciones, el rey mandó á Fortun adelantarse para hacerse abrir el castillo. Adelantó el gran escudero, siguióle á cierta distancia el rey, y poco despues de haber llegado á la esplanada anterior á la poterna, el escudero se volvió bruscamente.

—¿Qué es eso? dijo receloso el rey. ¿Tenemos otra nueva aventura?

—Y negra por cierto, señor.

—¿Negra ó blanca, qué es ello?

—La poterna está cubierta de cadáveres, cubierto el puente, alzado el rastrillo, y no se vé un solo hombre de armas en los adarves.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo el rey verdaderamente preocu-

pado; ¿habrán venido por aquí aquellos malditos fantasmas encarnados?

—Si han venido, no han sido con estas gentes tan inofensivos como con nosotros. Venid, señor, mirad; escalas rotas, cuerpos destrozados, una verdadera matanza, una soledad completa. Y luego el puente bajo y el rastrillo alto... franca la entrada... ¡Señor! ¡señor! más valiera no haber venido.

—Aunque valiera más, ya estamos aquí, dijo el rey con notable valor, aunque por dentro le andaba urgando el corazon el miedo; y puesto que aquí estamos, sepamos á qué atenernos. Toca tu bocina, Fortun.

El escudero sonó su bocina, que no produjo el vigoroso sonido que solia: causábalo esto los alientos del caballero, que estaban helados. Sin embargo, la bocina sonó lo bastante para que hubieran podido oirla una legua á la redonda.

Nadie contestó: parecióle al rey que su escudero no se habia dejado oir bien, y le mandó tañer por segunda vez.

Los bosques circunvecinos repitieron con estruendo el sonido de la bocina.

—¿Qué quereis? dijo una voz robusta desde la penumbra de la poterna; si teneis franca la entrada, ¿por qué no entrais?

Miráronse con pavor uno á otro rey y vasallo, y el pavor les impidió por el momento pronunciar una palabra.

Al fin el rey, tragando saliva y haciendo un esfuerzo, dijo el escudero:

—Pasa tú.

—¡Señor!

—Pasa ó te paso, repuso el rey echando mano á la espada.

No era oportuno elegir un peligro próximo con preferencia á otro no conocido, y la balanza del miedo, inclinándose hácia lo desconocido, impulsó al conde hácia la poterna; entonces adelantó una sombra hasta el medio del puente, y poniéndose de lleno bajo el rayo de la luna, dejó ver al venerable Kolkos, que, con su hopalanda color de hoja seca ceñida por un cinturon de cuero, su larga barba blanca, sus piernas desnudas, sus abarcas de cuero, y la media pica en que se apoyaba, parecía un encantador de los libros de caballería.

—¿Por qué te detienes, señor rey de Leon? dijo Kolkos; ¿no os dá bastante valor el amor de doña Sancha para arrostrar por todas las extrañas cosas qué te rodean?

—Vamos claros, dijo el rey: ¿eres hombre ó sombra, vives ó penas? respóndeme.

—¿Qué te importa quién yo sea, con tal de que te procure ver á tu amada?

—¿Es decir que doña Sancha está en el castillo?

—Sí.

—¿Y el conde Gonzalo Diaz?

—Sí.

—¿Y el arcipreste Pero Sanchez?

—Sí.

Kolkos contestaba á bulto, porque no sabia una palabra de la existencia de los dos últimos personages en el castillo.

—¿Y el conde don Vela Sanchez? continuó el rey.

—Ha desaparecido.

—¿Y sus soldados? dijo con cierto respeto el rey.

—Han desaparecido tambien.

—¿Y cómo diablos ha podido ser eso?

—Han sido vencidos.

—¿Luego aquí no se trata de apariciones ni fantasmas?

—Sea esto lo que fuere, os anuncio que al solo pensamiento de tocar, aunque no sea más que á mi túnica, sereis exterminados, dijo el prudente Kolkos.

Crispáronse á aquella amenaza los miembros del rey, y Fortun se persignó.

—¿Nos afirmas que podemos entrar sin peligro en el castillo?

—Franca teneis la entrada.

—En cuanto á la entrada, bien lo veo; ¿pero y la salida?

—La encontrareis del mismo modo.

Don Sancho dió un paso hácia la poterna: Fortun se atrevió á asirle por el manto.

—Ved lo que haceis, señor, le dijo; no se trata aquí de un hombre cualquiera que expone su vida por un empeño, sino de un rey, de un rey que se debe á su pueblo, que tiene sagradas obligaciones que cumplir, cuya vida es preciosa. Conteneos, señor, y volveremos, pero bien acompañados, delante de un escuadron de lanzas.

—¿Y crees tú, dijo, el rey, que si se tiene un interés cualquiera en hacernos cautivos ó en matarnos, no pueden hacerlo impunemente? ¿En la situacion en que nos encontramos, qué supone un paso más ó menos?

La respuesta de don Sancho era una de aquellas que no

tienen réplica: el rey se habia colocado, como suele decirse, en medio de la situacion, y el conde Fortun Nuñez nada tuvo que objetar. Hizo, pues, de la necesidad virtud, sacó valor del miedo, y siguió á su amo, que, no muy tranquilo, se aventuró por la poterna, pasó su oscura arcada y entró en el patio de armas del castillo.

En el momento en que el rey se puso en marcha, Kolkos se volvió y le precedió siempre á una misma distancia. Mientras estuvieron en el patio alumbróles la luz de la luna, pero cuando el egipcio entró en el oscuro pasage que conducia á las escaleras de la gran torre, tomó una linterna encendida que estaba abandonada en el suelo, despues de lo cual continuó.

Siguiòle el rey, á su vez siguió el conde Fortun á don Sancho: así uno tras otro subieron algunos tramos de escalera, atravesaron algunas cámaras y llegaron al fin al último tramo que conducia á la parte superior de la torre, esto es, á la cámara donde estaba cautiva doña Sancha.

Allí se detuvo Kolkos, encendió una lámpara que estaba sobre una mesa, y acercándose al rey le dió la linterna y tres llaves.

—Sigue tú solo, le dijo el egipcio señalándole un ángulo de la cámara donde se veia una oscura entrada: al fin encontrarás el aposento donde mora la mujer de tus amores.

El rey, que ya conocia aquel camino, siguió y se perdió tras la oscura y estrecha entrada: Kolkos, apoyado en su media pica en un extremo de la cámara, y el conde Fortun receloso, contrariado y apercibido, en el otro, quedaron mirándose frente á frente.

CAPITULO VIII.

Prosecucion del antecedente.

Nada nos importa lo que pudo pasar entre Kolkos y el conde Fortun; pero podemos asegurar al lector que tenga curiosidad de saberlo, que durante el tiempo que el rey estuvo en el aposento de doña Sancha, ni se movieron de su sitio, ni hablaron una sola palabra; parecian dos estátuas: solo podemos decir, que el viejo Kolkos estaba contrariado por el extremo á que habia llevado sus celos Ayelah contra doña Sancha, y prestaba una gran atencion como esperando algun rumor, alguna indicacion de una escena violenta en la habitacion superior. El conde Fortun, por su parte, tenia miedo, un miedo de raza pura, y no porque fuese cobarde, sino porque creia habérselas con gente del otro mundo.

Sigamos, pues, al rey.

—Es extraño lo que me sucede esta noche, murmuraba mientras subia las escaleras: lo de los diablos encarnados

no tiene fácil explicacion: tampoco la tiene la ocupacion del castillo por gentes extrañas: ¿pero dónde están esas gentes? á nadie he visto; solo algunos cadáveres junto á la caba y delante de la poterna; y ese viejo venerable, que no parece sino que representa al tiempo parado en su camino en medio de un cuadro de desolacion: el conde don Vela ha desaparecido... ¡pues no! don Vela es valiente y se habrá defendido bien: misterios son estos que no comprendo; pero al cabo peor hubiera sido que no estuviese tampoco en el castillo doña Sancha... esa gente, ó por mejor decir, ese viejo me la entrega, pues... no... no pienso ser tan imbécil como otras veces; hartos cuidados, celos y sustos me cuesta para que yo no coja un fruto cualquiera.

Y como al concluir su soliloquio llegase á la puerta, probó las llaves en sus triples cerrojos y candados y abrió con mano trémula: dejó fuera la linterna viendo que habia luz en la cámara, y entró.

La puerta quedó abierta, puesto que por falta de afianzamiento interior no podia cerrarse por dentro.

Don Sancho se detuvo un tanto con la espalda vuelta á la puerta y lanzando adelante una mirada ansiosa.

Arrojada aun delante de su reclinatorio estaba doña Sancha, que al ver ante sí al rey se levantó dejando ver la magnífica esbeltez de su estatura.

Fuese que el rey estuviese predispuesto por las impresiones de cuanto le habia acontecido aquella noche, y aun le acontecia, fuese que aquellas mismas extremas circunstancias hubiesen fijado una expresion particular en el semblante, en la apostura, en el ademan, en el paso de doña

Sancha, don Sancho la encontró, por decirlo así, trasfigurada; brillaban sus ojos de una manera divina, parecia que una pálida aureola circundaba todo su sér; aun creyó percibir el rey un dulce y particular perfume como emanado de la infanta: deslumbraba la nítida blancura de su frente, de su cuello, de sus hombros, de sus brazos, y estaba pálida, muy pálida.

—¿Estará viva ó muerta? se dijo extremeciéndose bajo esta horrible duda: ¿será ella misma ó su aparicion?

Y para desvanecer su duda, se acercó á ella, la asió una mano y se la besó, segun costumbre: aquella mano estaba fria, pero no con la frialdad del cadáver: temblaba imperceptiblemente, y aquel temblor representaba la vida para don Sancho, porque segun sus nociones sobre el otro mundo, los muertos no tiemblan, aun cuando vuelvan á una vida ficticia, porque nada tienen que esperar ni que temer.

—¡Oh, y cuánto me habeis hecho sufrir en tan poco espacio! dijo el rey limpiándose la frente, por la que corria eu abundancia un sudor helado.

—Siempre decís lo mismo, señor, y sin embargo, no sois vos quien sufre, sino quien haceis sufrir.

—¿Qué hablais de sufrimientos, señora? bien se conoce que no veis el fondo de mi alma.

—Demasiado que le veo, dijo la infanta, y esto os hace repugnante á mis ojos: os dejais arrastrar de una manera ¡nsensata á pasiones odiosas.

—¿Pero y quién es la causa de ello?

—Vuestra locura.

—¿Y quién me ha enloquecido?

—Un deseo licencioso, mal contenido por vos, un empeño deplorable de alcanzar por el terror, por el aislamiento, por la fuerza, lo que no habeis debido á la voluntad.

—Antes teníais una disculpa, señora, dijo don Sancho: yo era feo, horriblemente feo, repugnante: un topo humano, un animal de distinta especie, en cuanto á la figura aunque no lo fuese en el alma; pero ahora es distinto, mi amada tia: soy hermoso, no solo hermoso, sino hermosísimo: vuestro amor, en quien pienso eternamente, ha dado á mis ojos un brillo irresistible: soy tan hermoso como vos: esto gracias á ciertos untos y conjuros de un sábio: el ser hermoso me ha costado un tesoro: mis rentas reales se han quedado empeñadas para mucho tiempo: no tengo con que pagar á mis soldados, y si me sobreviniese una guerra con cualquiera de mis inquietos vecinos, me veria obligado para costearla, á azotar á mis reinos con tributos, cosa que nunca favorece á un rey: con los pueblos pasa lo que con los perros, señora; por muy leales que sean, por muy acostumbrados qne estén al látigo, si se les azota mucho, acaban por morder, y Dios nos libre de mordedura de perro rabioso: pues bien, mi adorada ingrata, mi dulce enemiga, vos sois la ocasion de todas las desgracias y descalabros que me suceden: vos me hicísteis pensar en que era feo, demasiado feo, y Dios, ó el diablo, me han traido un hombre, ó un hechicero, que me han hecho de nuevo, jóven, gentil, hermoso: esto me ha producido otra terrible desgracia: la horrible doña Geloira, la huesuda esposa mia, la séria, feísima y atrabiliaria reina de Leon, se ha enamorado ciega-

mente de mí, me persigue, me asesina, tengo que taparme los oidos para no oir su voz chillona, impaciente, que han hecho horribles los celos; de todo esto vos sois la causa y estoy resuelto, enteramente resuelto á que este estado cese.

Lo que acababa de decir el rey, lo habia oido la infanta cien veces durante su cautiverio bajo esta ó aquella forma, pero siempre con el mismo sentido: habia acabado por acostumbrarse á aquellas extrañas declamaciones, las habia cortado la primera vez de buena manera, se habia reido la segunda, y habia acabado por fastidiarse de ellas y no contestarlas. Así, pues, guardó silencio...

—Sí, sí; ya veo, dijo el rey, que me despreciais... pero ya os he dicho que estoy resuelto á que cese de todo punto este estado, que ya se ha hecho horrible para mí... estoy resuelto...

—¿Y á qué estais resuelto, señor? dijo con desden la infanta. ¿Podreis hacer más de lo que ya habeis hecho? Habeis privado de la libertad á una parienta vuestra, á una dama á quien debiais respetar, á una hija de vuestro valiente abuelo don Sancho Abarca; la habeis entregado á manos extrañas, habeis comprometido su honra, apartándola de la córte; la habeis ofendido de una manera grave é indigna de un caballero. Habeis hecho más: en vez de proteger mi matrimonio con el conde de Castilla, con el único hombre á quien he amado, á quien amo, y á quien amaré á despecho de todos los tiranos de la tierra (don Sancho se agitó poderosamente en su sillon de roble haciéndole crujir); en vez, digo, de facilitar ese matrimonio, removiendo

los obstáculos que hubieran opuesto mis hermanos el rey de Navarra don García, y la reina viuda vuestra madre, lo que os hubiera procurado en el conde de Castilla una ayuda leal y poderosa, una amistad firme y franca, valiéndoos de traiciones y malas artes habeis preso á ese noble conde, le habeis entregado á una horda egipcia.

—¿Que le he entregado en una horda egípcia! exclamó asustado el rey, que creía que la prision del conde era enteramente ignorada de doña Sancha. ¿Y quién os ha dicho eso, señora? os han engañado torpemente. Si el conde está preso ó no, lo ignoro; solo sé que ha desaparecido de mi corte.

—Si me han engañado torpemente, el engañador habeis sido vos, don Sancho, dijo con un aplomo desesperante la jóven.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—¿Y podreis decirme, señora, en qué ocasion os he dicho yo tal mentira?

—Hace un mes, una noche, en la casa de un judío.

—Vos, señora, debeis tener malos sueños y creerlos como verdades. ¿Qué judío es ese, ni qué noche, ni qué casa?...

—El judío se llamaba Jonias; su casa estaba en la judería de Leon; la noche ya os la he dicho, hoy se cumple un mes desde que pasó.

—En todo caso, y si eso fuera cierto, esto probaba que vos, la cristiana, la noble, la altiva infanta de Navarra, teníais conocimiento con judíos malditos y descreidos.

—Todo lo causa el amor. En todo caso no es menos extraño que un rey cristianísimo recurra á los embustes de una mujer que se llama hechicera, la cree, y escita á ciegas y de una manera ridícula las pasiones de esa mujer.

—Ved lo que decís, doña Sancha, ved que os engañais confesad que no teniendo nada que contestar á mis razones, habeis inventado un cuento.

—¡Un cuento! en verdad que parece un cuento, que un rey que pasa por prudente se deje engañar de tal modo: vos no podíais creer que aquella mujer, que aquella egipcia, que aquella Ayelah amase desesperadamente al conde de Castilla; vos no podíais creer que tuviese un interés en que le prendiéseis y se lo entragáseis, como tampoco el que aquella mujer ansiase vengarse de mí: creísteis el cuento del azor y del caballo; creísteis que aquellos dos animales tenian poder para satisfacer vuestra ambicion y vuestros deseos, los adquirísteis á un precio exorbitante, y esos dos animales os serán fatalísimos. Llegará un dia en que no tendreis dinero para pagar su precio, y os vereis obligado á sucumbir á las condiciones que os dicte el conde de Castilla.

—¿Es decir que me habeis burlado?

—No ha habido burla, sino justicia: vos pretendíais sorprender, engañar, y en efecto habeis sorprendido y engañado, porque si el conde sabia lo de vuestra empresa acerca del caballo y del azor...

—¿Lo sabia?...

—Se lo habia revelado yo, que habia asistido oculta á vuestra entrevista mágica con Ayelah; pero lo que el conde no sabia, ni podia creer ni esperar, era, que fuéseis tan

villano que pensáseis á sangre fria en su prision y la llevá-seis á cabo de una manera tan miserable, valiéndoos, en desdoro de vuestro nombre, de idólatras vagabundos y de condes traidores.

—¿Es decir que se me ha burlado?

—Os han burlado vuestros mismos instrumentos.

—¡Con que el azor y el caballo?...

—El azor es un azor africano de primera raza, muy inteligente, muy cazador, muy maestro, y nada más: el caballo no pasa de ser un magnífico potro árabe cordobés.

—¡Y ha pasado el mes del plazo! exclamó atortolado el rey.

—Aun es tiempo: poned en libertad al conde de Castilla, y entregadle los tres mil marcos de oro.

—¿Y qué sé yo del conde?

—Si no sabeis de él peor para vos, porque así mientras no parezca, no podrá devolveros la escritura de venta del azor y del caballo, y vendrán dias sobre dias y meses sobre meses, se doblará horrorosamente el precio, llegará el caso de que no podais pagar con todo el valor de vuestros reinos aunque los azoteis, hasta que rabien como perros, segun vuestro dicho: el conde tendrá ocasion de declararos la guerra, os la hará; es más fuerte que vos, y os vencerá, se declarará independiente de la corona de Castilla, y acaso, acaso, á título de cobro del tesoro que le debereis, se ceñirá vuestra corona.

—Eso no sucederá, dijo lúgubremente el rey.

—¿Y por qué? exclamó dominando mal su espanto doña Sancha.

—Porque el conde morirá.

—¡Ah! ¡morirá! ¡creeis tener poder para matarle!

—El conde es mio.

—Pues os engañais, al conde le protege el amor de Ayelah.

—El conde no sucumbirá á ese amor, le conozco bien.

—¡Oh! Ayelah es hermosa como un ángel y terrible como un demonio.

—¡Teneis celos!

—¡Celos yo! exclamó con altivez la infanta. ¡Celos yo de una egipcia!

—Sí, teneis celos; celos desesperados, como los tengo yo; por lo que sentis debeis conocer lo que yo sufro... además debeis renunciar al conde: Ayelah se matará antes que consentir en que sea vuestro esposo, en que le volvais á ver.

—Y yo moriré antes que faltar a la fé prometida.

—No moriréis, doña Sancha, no morireis: no se muere tan fácilmente: por lo demás me habeis burlado de tal manera, me costais tan cara... que estoy resuelto, señora, os lo juro, á no atormentarme: ¿no quereis ser mi esposa? pues bien, sereis mi manceba.

Nunca habia llegado á tanto el rey, y además, predispuesto por las emociones que habia experimentado aquella noche, irritado por las revelaciones de la infanta, habia en su semblante tal decision, tales indicios de dejarse arrastrar á un exceso, que la infanta se aterró.

Sobrepúsose sin embargo á la situacion para no alentar más al rey, y dijo con acento grave:

—Vos no pensais, señor, en lo que decís: no querreis deshonraros deshonrando á una dama de vuestra familia.

—Escucha, Sancha, dijo el rey cuyos ojos centelleaban, acercando su sillon al de la infanta: he sufrido tanto, he agotado de tal manera la amargura de las humillaciones y de los insultos, que ya nada importa cuanto puedan decir el mundo y mi conciencia: estoy lóco: despierto, mi pensamiento vuela, se lanza al porvenir, y creo que vencido tu desden, me amas, y te extremeces de placer entre mis brazos y apuras á torrentes una felicidad que yo parto contigo: si duermo, sueños terribles, enloquecedores, emociones tentadoras, un torbellino de delirios agitan mi alma: estoy loco, loco, enteramente loco (y el rey acercaba más su sillon), cuando tus ojos me miran irritados, mi alma se extremece de amor y de rabia, y yo, tan pacífico, tan inofensivo, me creo capaz de todo... Escucha, Sancha, evítame el sufrimiento de una lucha; sé mia... ó por mi alma que lo serás por fuerza.

Doña Sancha se levantó, solemne, altiva, irritada, valiente, al escuchar aquella suprema intimacion del rey.

—Apartad; salid de aquí, dijo con voz convulsiva por la cólera y por el miedo, ó grito y hago patente á todos la infamia á que se deja arrastrar un rey indigno y un mal caballero.

Por desgracia para doña Sancha, habia dado la indignacion tal brillo á su mirada, tal energía á su hermosura, tal lubricidad á sus formas palpitantes, que don Sancho sintió rodar un vértigo en su cabeza, cegó; no vió más que á doña Sancha, trémula, pálida ante él, y prevaliéndose de la des-

ventaja de la posicion de la jóven colocada entre el rey y la pared, la asió por la cintura, la levantó en alto con una fuerza desesperada, y unió su boca al hermosísimo cuello de la infanta.

Doña Sancha al sentir el aliento del rey, la presion de sus brazos, una violencia brutál, en fin, que nunca habia esperado, hizo un esfuerzo sobrehumano, luchó por un momento, sacudió de sí enérgicamente al rey, corrió á su lecho, sacó uno de los dos venablos que tenia ocultos bajo él, y esperó tranquila, altiva, amenazadora, al rey.

—¡Oh! ¡oh! ¡me retas! ¡hay peligro! exclamó don Sancho, que no era cobarde: bien, esta resistencia armada me evita una vergüenza: esto es una batalla en la que el premio del vencedor será tu hermosura para mí, tu honra para tí si vences. Pues bien, acepto.

Y el rey rodeándose al brazo izquierdo su manto, arremetió hácia doña Sancha, recibió el golpe del venablo en el brazo izquierdo, y asió á la joven el brazo siniestro, pero esta se rehizo, y aprovechando un descuido del rey, le hirió en el pecho.

Al sentir la herida, don Sancho retrocedió: la infanta espantada al ver brotar la sangre, dió un paso hácia el rey, luego horrorizada vaciló sobre sí misma, y cayó sobre un sillon.

—¡Oh! ¡oh! dijo el rey, que se habia desabrochado rápidamente su túnica y apartado sus ropas interiores; herida de mujer, un rasguño... y se ha desmayado... ¡oh! ¡oh! pues mejor, mucho mejor, así nos escusamos de gritos é imprecaciones.

Tan estraño personaje salvó á doña Sancha.




Y adelantó hácia la jóven.

Pero doña Sancha no estaba desmayada, sino desvanecida, y el peligro la rehizo; se alzó de una manera violenta, y procuró ganar la puerta; pero el rey se interpuso.

Entonces hubo una lucha innoble: la infanta corria á lo largo de la cámara evitando el ser asida por el rey, y lanzaba gritos de socorro.

Aturdida, aterrada, fuera de sí, tropezó en un mueble, cayó y se hirió en la frente. El golpe la privó de sentido, y el rey, ciego, ya fuera de sí, lanzó una insensata carcajada, y adelantó frenético hácia la desmayada jóven.

Solo un milagro podia salvar la honra de doña Sancha; en el momento en que el rey creía seguro su triunfo, oyóse un alarido de terror en la habitacion inferior, en que don Sancho creyó reconocer la voz del conde Fortun; luego precipitados pasos en la escalera, y al fin apareció una mujer, alta, pálida, huesuda, espantable, mal cubierta con algunos andrajos, con la cabellera enmarañada, los ojos inflamados, la boca espumosa y lanzando horribles carcajadas.

—¡Oh, los cristianos! ¡los cristianos! exclamó: ¡siempre son infames! ¡siempre verdugos de mujeres! ¡oh! ¡oh! ¡ah! ¡ah!

Y avanzaba hácia el rey, que retrocedia espantado delante de aquella mujer, que tenia todas las apariencias sobrenaturales que puede fingirse una imaginacion exaltada, aquello era una harpía, una furia, un demonio.

Tan extraño personage salvó á doña Sancha, como hubiera podido salvarla un ángel; el rey retrocedia cada

vez más ; la mujer adelantaba gravemente hácia doña Sancha, y al fin llegó á ella, se inclinó y la examinó.

—¡Oh! ¡oh! dijo ¡hermosa tambien! ¡oh! ¡oh! pero yo no tuve quien me salvara. ¡Ah! ¡ah! yo la salvaré... yo la libraré de un infierno...

Y cargando con un vigor sobrenatural con ella, salió en paso rápido y se la oyó descender por la escalera con la misma rapidez.

El rey quedó solo, aterrado, inmóvil, convertido en un sér, en el cual el miedo habia paralizado todas las facultades: al fin su razon dominó aquella situacion terrible, miró en torno suyo de una manera extraviada, y esclamó con acento de profunda conviccion:

—¡Dios! ¡Dios! ¡es Dios que me avisa!

Como si le comprimiesen aquellos muros, aquellas bóvedas, como si le sofocase el aire de aquel espacio, se lanzó fuera de él, bajó á tientas las escaleras y atravesó la cámara inferior sin reparar en Kolkos, que estaba en ella tan aterrado como él.

—Los muertos salen de su sepultura á amparar á los vivos, exclamaba el viejo egipcio... era ella... sí, ella era... la he reconocido... Alida, la hermana de Wamdihavé cuya muerte hace quince años lloró nuestra tribu... ¡Hágase la voluntad del justo, del grande, del sabio Aldeboran!

Y con paso tardo, salió á su vez del castillo, bajó la escarpadura de la roca, y se internó en el bosque cercano.

Empezaba á amanecer, y ningun rastro encontró en torno suyo que le dijese lo que habia sido del rey y de su escudero.

CAPITULO IX.

De la conspiracion que se fraguó contra Wamdihavé.

Antes de que el rey hubiera podido llegar al castillo, salió de él Ayelah dejando instrucciones, acerca de lo que debia hacer á la llegada del rey, al anciano Kolkos.

Ya sabemos cómo este cumplió las instrucciones de Ayelah.

Entre tanto esta, acompañada de algunos de sus ginetes, se encaminaba á la carrera al aduar de los egipcios. Cuando llegó á él solo velaban algunos vigilantes encargados de precaver una sorpresa: Ayelah se hizo reconocer de ellos, entró en el aduar, le atravesó y penetró en un grupo de tiendas aislado de las otras.

Pero no lo hizo tan recatadamente que no fuese observada por un egipcio, que al sentir sus pasos se habia ocultado precipitadamente tras una tienda.

Aquel egipcio era el jóven Kaid.

—¿De dónde vendrá mi hermosa tia? se dijo: segun lo que he podido entender, ama al conde Fernan-Gonzalez....

¿vendrá de su tienda?... no, venia en direccion opuesta, y en tal caso, se hubiera recatado más... vendrá de alguna aventura: á fé mia que en los tres años que ha estado separada de la tribu se ha hecho demasiado aventurera. Y bien, ¿qué me importan los asuntos de mi tia Ayelah? Ya es la media noche, y Athais debia haber llegado. ¿Se habrá dormido?... No... pero puede haber cometido alguna imprudencia y estar vigilada: ¡ah! ¡una sombra blanca! ¡adelanta! ¡es ella! ¡es mi Athais!

En efecto, una sombra blanca habia aparecido entre la penumbra de las tiendas inmediatas, y avanzaba ligera, aérea, bajo el rayo de la luna, como una aparicion fantástica, encaminándose al lugar en que estaba Kaid; este la salió al encuentro, y la estrechó entre sus brazos. La dulce niña miró sonriendo á su amante, y le dijo:

—¿He tardado, Kaid, no es verdad? pero yo no he tenido la culpa: nuestro abuelo Kaleb está inquieto... paréceme que va á pasar algo extraordinario, porque Dios ha hecho un milagro...

—¿Un milagro? exclamó Kaid.

—Sí, un milagro; nuestro abuelo Kaleb, que hace tanto tiempo que no habla, ha pronunciado clara y distantemente un nombre.

—¡Un nombre?

—Sí.

—¿Y qué nombre era ese?

—Alida.

—¡Alida! ¿y qué nombre es ese, á quién pertenece?

—No lo sé.

—Yo tambien lo he oido pronunciar entre sueños á mi padre... por cierto que su semblante estaba torbo, sombrío, como si sufriera... yo nunca le he preguntado... estoy seguro de que le hubiera disgustado mi pregunta: ¿y no ha sucedido más?

—Nada más.

—¿Duerme nuestro padre?

—Sí.

—Sin embargo, nuestra tia Ayelah acaba de llegar al aduar.

—Estaba fuera de él desde ayer al mediodia: vendrá cansada: yo no sé por qué está tanto tiempo ausente de nosotros.

—Escucha, dijo el perspicaz Kaid.

—¿Qué?

—Suenan pasos: ocultémonos.

Kaid y Athais se ocultaron detrás de la tienda; poco despues tres egipcios agigantados se acercaron á ella y entraron.

En el lugar en que estaban ocultos Athais y Kaid podian escuchar lo que aquellos hombres hablaban, y ver lo que pasase dentro de la tienda.

Uno de aquellos hombres encendió luz en una tea, fué á la puerta de la tienda, plegó sus lados, y fué á sentarse cerca de los otros dos que lo estaban sobre unos jaeces de caballo.

El menage de la tienda era miserable: componíanlo, un mal lecho formado con un saco relleno de yerba seca, segun se podia juzgar por sus aberturas; dos caparazones de guerra, dos arneses blancos, algunas armas y algunos miserables menages de cocina.

El hombre que habia encendido la luz dijo con recelo á los otros dos:

—¿Creeis que podremos hablar sin recelo?...

—Todos duermen, dijo uno de los otros dos.

—Sin embargo, Ayelah acaba de entrar en el aduar.

—Hace algun tiempo que esa mujer anda contínuamente entre cristianos.

—Lo que prueba que cuando Wamdihavé lo consiente, piensa en hacernos traicion.

—He visto á Zuanko, dijo el que era al parecer dueño de la tienda.

—¿Y cómo has podido entrar, Laiké? dijo otro; Wamdihavé le guarda con gran vigilancia.

—Engañé á uno de los guardas, y me deslicé sin ser sentido de los otros. Me ha revelado cosas horribles.

—¿Qué te ha revelado?

—Escucha, Zim-zam, y tú, Kaibur: acercaos más, temo que nos escuchen.

Zim-zam y Kaibur se acercaron á Laiké.

—Zuanko me ha dicho que el dia en que nos apoderamos del conde cristiano, vió desde el lugar en que estábamos emboscados á Athais que estaba sentada al pié de un jaral con Kaid: ya sabeis que Zuanko ama á Athais.

Los otros dos hicieron una señal de asentimiento.

—Pues bien, como todo amante celoso, deseó saber lo que hablaba su amada con el amante favorecido... ¿sabeis lo que escuchó?

—Ternezas... impurezas, puesto que Athais es hermana de Kaid, dijo severamente Zin-zam.

—Os engañais, repuso Laiké; Athais y Kaid no son hermanos.

—¿Que no son hermanos? exclamaron con asombro Zinzam y Kaibur.

—No, no son hermanos, dijo Laiké. Athais es hija del conde cristiano que está entre nosotros cautivo.

—¡Ah! exclamaron como comprendiendo los otros dos: ¿y á quién decia eso?

—Lo decia Kaid á Athais, para vencer su repugnancia en casarse con él, porque le creía su hermano; pero no es esto todo... hasta ahora creíamos que Kairú, el padre de Zuanko, habia sido devorado por las fieras... pues no... le mató Wamdihavé.

—¿Que le mató Wamdihavé? exclamó Kaibur. ¿Y cuál pudo ser la causa?

—Zuanko amaba ya entonces á Athais, y Kairú se la pidió á Wamdihavé para su hijo. Wamdihavé se la negó; Kairú, que habia conocido al conde y habia notado la extraña semejanza que existia entre él y Athais, tuvo la imprudencia de decirlo á Wamdihavé, y este para sellar su boca le mató.

—¿Pero cómo es que se encontró á Kairú comido por los lobos?

—El lobezno, Kaid, el hijo de Wamdihavé que habia escuchado y visto todo esto oculto en la tienda de su padre salió á darle ayuda, y luego metió en un saco á Kairú, le llevó á la selva y le dejó en ella.

—¿Y esto se lo revelaba Kaid á Athais cuando los escuchaba Zuanko? dijo meditabundo Kaibur.

—Sí.

—Pues Zuanko está salvado, dijo Zim-zam.

—¿Cómo?

—Escuchad: todos duermen, pero nuestros amigos, los amigos de Zuanko, velan.

—Y bien...

—Prendemos á Wamdihavé; prendemos al conde, á ese conde tan guardado, sin duda para que nadie entre nosotros se aperciba de su semejanza con Athais; prendemos á esta y á Kaid. Un golpe de mano es fácil, y no puede tener mal resultado si le apoyamos en una acusacion contra Wamdihavé; delante de nuestro consejo de ancianos al ver la semejanza que existe entre el conde cristiano y Athais, habremos convencido de falsedad á Wamdihavé. Despues, dando tormento al padre y al hijo, les haremos confesar el asesinato de Kairú. Esto justifica el atentado de Zuanko contra la vida del gran duque, y ese jactancioso, que nos trata como á sus perros, nos dará un buen dia viéndole ahorcar y quemar en medio de nuestras tiendas.

Kaid no quiso escuchar más: asió á Athais, que temblaba, la cargó en sus brazos para evitar el ruido de dobles pisadas, y ocultándose de tienda en tienda, dejó á Athais aterrada en la tienda del viejo Kaleb.

En seguida entró en la de su padre.

Poco despues salian de la tienda de Laiké, Zim-zam y Kaibur, que fueron recorriendo en silencio y con gran cuidado algunas tiendas vecinas.

CAPITULO X.

De lo que aconteció á seguida en la tienda de Fernan-Gonzalez.

Por algun tiempo Kaid permaneció en la tienda de Wamdihavé. Oyóse la voz irritada, aunque contenida, del gefe egipcio, y poco despues los pasos de algunos hombres que entraban: hubo un momento durante el cual Wamdihavé habló enérgicamente y en voz baja con aquellos hombres, y luego se sintieron pasos que se alejaron y la tienda quedó sumergida en un profundo silencio.

Pasó algun tiempo y nada turbó aquella quietud: al cabo se deslizó bajo el rayo de la luna, entre las tiendas del conde y de Wamdihavé, una sombra blanca y aérea.

Al llegar á la tienda del conde, uno de los guardas la impidió la entrada; vióse á la sombra inclinarse al oido del guarda, que levantó la pica que habia cruzado sobre la puerta, y la dejó pasar.

Á poco espacio una vista perspicaz hubiera apercibido un bulto informe que se arrastraba en direccion á la tienda del conde, por la parte opuesta por las otras tiendas.

Al llegar á cierta distancia el bulto se detuvo, alzó la cabeza y miró. A poca distancia de él habia un guarda sentado, dormido descuidadamente y apoyado en la pica.

El bulto volvió á estenderse á la manera de un reptil, y pasó junto al guarda dormido, sin rozar siquiera una hoja. Expuesto entonces el bulto al rayo de la luna, se vió relucir en sus manos un objeto brillante.

Con la misma lentitud avanzó el bulto hasta llegar á situarse junto á la piel que constituia la tienda del conde por la parte cubierta por la sombra.

Entonces el bulto se alzó y dejó ver que era Kaid.

Escuchó atentamente; nada oyó: entonces se inclinó, y levantó parte de la falda de la tienda con intencion marcada de entrar en ella.

Pero al asomar la cabeza se retiró rápidamente. Habia visto que el conde no estaba solo.

Una mujer vestida de blanco sentada sobre una alfombra vieja junto al lecho del conde, que dormia, le contemplaba profundamente: aquella mujer era Ayelah.

Una lámpara puesta en el suelo alumbraba aquel grupo extraño; el conde dormia profundamente: Ayelah, conmovida, más hermosa que nunca, fresca, pura, suspirante, le miraba con una expresion tal, que Kaid no pudo menos de decirse:

—¡Oh! le ama! ¡le ama con toda su alma!

Y en verdad que no podia dudarse del amor de Ayelah: entonces se creia sola, y las miradas del mundo no la impedian mostrar en su semblante las impresiones de su alma: habia en aquel semblante ternura y lágrimas, amor y ce-

los, despecho y esperanza. Era una mujer, en cuya alma luchaban á un mismo tiempo el amor y el orgullo delante de un hombre amado; aquella mujer, que tan cruel satisfaccion acababa de dar á sus celos, entregando á su rival, la infanta doña Sancha, á la deshonra, deshonra que creia consumada; aquella mujer que habia aceptado todos los peligros, todos los azares, todas las alternativas de una empresa difícil, no era entonces la leona irritada que defiende su presa, sino la víctima rendida, que sufre, llora y espera.

Por algun tiempo nada turbó aquel silencio, aquella inmovilidad: Kaid estaba impaciente; su tia Ayelah se habia puesto delante de su paso y le fracasaba un hermoso proyecto: impacientábase además, porque no habia tiempo que perder, porque las circunstancias eran inminentes, porque aunque avisado su padre de las intenciones de los amigos de Zuanko, el resultado no era seguro: podia sobrevenir, era probable que sobreviniese un combate. Así, pues, la presencia de su tia en la tienda del conde le contenia, le irritaba.

Al fin, la misma Ayelah apresuró el desenlace de aquella situacion; estendió la mano hácia el conde y le movió pronunciando al mismo tiempo con voz temblorosa:

—¡Fernan! ¡Fernan! ¡despierta!

El conde abrió los ojos, se incorporó lentamente, miró con noble fijeza á Ayelah, y no reconociéndola en el momento por razon del sueño que acababa de dejar exclamó:

—¿Quién sois? ¿qué quereis?

—¿Quién soy? ¿qué quiero? exclamó con un marcado acento de reproche Ayelah: ¡qué! ¿no me conoces ya?

—¡Ah! ¡la hechicera! la condenada! exclamó el conde, en cuyos ojos apareció una expresion de terror al reconocer á la jóven.

—¡La hechicera! exclamó con un profundo dolor Ayelah; sí; los sacerdotes cristianos no satisfechos con mi conversion á la fé de Jesucristo, no contentos con haberme hecho trocar mi nombre de oriente por el de María, me calumniaron, me hicieron aparecer á tus ojos como un sér maldito para apartarme de tí... sí, es cierto... soy maldita, puesto que estoy obligada á devorar mis dolores, á llorarlos en silencio sin que nadie enjugue mis lágrimas, sin que el hombre que me las hace verter las comprenda. Y sin embargo, Fernan, ¡cuán feliz has sido alguna vez entre mis brazos! ¡cómo entonces devorabas mis caricias, y te parecia poca tu vida para gozar, y me llamabas tu felicidad, tu gloria!... ¡oh! ¡casi estuvo el noble conde de Castilla á punto de olvidarlo todo y de hacer su esposa á una egipcia vagabunda, á una infeliz que solo vivia para él!

El conde palideció y bajó los ojos confuso.

—Pero yo te amaba demasiado para haber consentido en un matrimonio que hubiera traido sobre tí la murmuracion y el desprecio de tus vasallos: no, yo me miraba en mi sol y no queria mancharlo; queria verlo siempre puro y resplandeciente: á mí me bastaba con que hubieras mandado fabricar para mí una pequeña casa, con un huerto al lado de una corriente: yo hubiera pasado allí mi vida cuidando mis flores, esperando la venida del amado de mi alma... pero Dios no quiso que asi fuese... porque mi raza está maldita...

—¡Maldita! exclamó fanáticamente el conde.

—Sí, maldita... y su maldicion hiere la cabeza de todos sus hijos. Si así no hubiese sido, no hubiera habido un sacerdote supersticioso que me maldijera, que te hiciera horrorizar de mis amores, que te arrancára de mi lado y me condenara á un martirio sin fin, á un infierno en la tierra; pero Dios lo quiso, y me resigno con su voluntad.

—¿Y ahora qué quieres? dijo con acento duro el conde.

Aquella dureza hizo palidecer á Ayelah, y la irritó.

—Eres un miserable, conde de Castilla, le dijo.

El conde miró un momento con fiereza á Ayelah, y luego, como pesaroso de haber mostrado irritacion por las palabras de una mujer, la volvió la espalda en silencio.

—¡Sí, eres un miserable! dos veces ha pasado junto á tu tierra nuestra tribu, y dos mujeres han sido sacrificadas por tí... mi hermana, la infeliz Alida...

—¡Alida! exclamó el conde extremeciéndose y volviendo lentamente la cabeza.

—¡Oh! dijo Ayelah gozosa de haber encontrado un flanco en el carácter de hierro del conde: el remordimiento te extremece.

—¡El remordimiento! exclamó profundamente Fernan-Gonzalez: ¡remordimiento, por unos locos amores con una vagabunda hermosa, destinada sin duda á vender su cuerpo á un precio vil!

—Si, eso dicen vuestros sacerdotes, que no ven en nosotros, pobre pueblo desterrado, hermanos, sino bestias feroces, á las que se debe atormentar y exterminar por el hierro y por el fuego: eso dicen, en vez de enseñarnos la

religion del Crucificado con acento dulce y palabras de consuelo; pero mienten ó se engañan: nuestro pueblo, aunque errante, vale tanto como cualquiera de los que esquilman la tierra, é infestan el aire con poblaciones apiñadas é insalubres; que no pensando en moverse de un punto determinado de la tierra, establecen lo que vosotros llamais fronteras, y no es otra cosa que una línea de sangre: nosotros buscamos en la naturaleza lo que la naturaleza dá, y jamás sembramos los campos, porque vuestras tierras las encontramos sembradas por la mano de los hombres, y en los grandes desiertos, en las altas cordilleras, por cuyos senos se lanzan tramadoras torrentes, encontramos sabrosos frutos en una tierra vírgen del arado y sembrada por la mano de Dios: nuestros hombres son valientes, y nuestros ancianos sábios: en nuestro pueblo la mujer ayuda al marido, le acompaña en el placer y en el dolor, en la paz y en el combate: entre nosotros la impureza en la mujer se castiga á muerte, y si yo existo, solo es porque no ha quedado una prueba evidente de mi deshonra. ¡Oh! ¡Alida no fué tan feliz, ó por mejor decir, tan desgraciada!

—¡Cómo! ¡Alida!

—Mi hermana murió á manos de mi hermano; un dia Wamdihavé salió con ella fuera de nuestro aduar, y volvió con su crencha negra como el ébano, y con sus ropas ensangrentadas.

—¡Horror! exclamó el conde... pero eso no es cierto, eso no puede ser cierto...

—¿Que no puede ser cierto? ¿y por qué?

—El hombre que mató á tu hermana, no dudaria en

matar al que... al que fué, aunque por un momento, amante de ella.

—En primer lugar, mi hermano sabe que yo te amo... y además existe una prueba de la deshonra de Alida, prueba que ama demasiado Wamdiavé, para que no hable en tu favor.

—¡Una prueba! ¡que existe una prueba de la deshonra de Alida! exclamó anhelante el conde. ¿Y qué prueba es esa?...

—Esa prueba es una preciosa niña de quince años; blanca como tú, rubia como tú, como tú, de ojos negros y mirada noble: ¿no te parece, conde, que esa es una prenda que si se ama basta para salvar la vida de su padre?

—¿De su padre?

—¡Sí, de su padre! porque Athais es tu hija.

—¡Mi hija! ¡mi hija! exclamó el conde con un acento indefinible.

—Sí, hija tuya y de Alida.

—¡Mientes, mientes! ¡eso es imposible!

—¿Y á qué habia yo de mentir?

—Quieres vengarte; quereis hacerme probar un remordimiento cruel.

—¡Cómo! ¡eres capaz de remordimientos, y no le tienes por mis desdichas?

—No... porque yo nada te prometí... porque mis amores contigo solo fueron un efecto de tus maleficios, de tus conjuros. Pero esa niña...

—¿Y qué te importa esa niña, si no te crees su padre?

—Quiero verla... saber si es tan parecida á mí como

dices... y si es mi hija, ¡oh! si puedo decir por el testimonio de la naturaleza que es mi hija, la haré grande y feliz.

—La harias desgraciada, porque la apartarias del hombre á quien ama.

—¿Qué, ama ya á los quince años?...

—Entre nosotros se ama muy pronto; no tenia yo mucha más edad cuando me enamoré de tí, y me enamoré de tal modo, que, á pesar de verme menospreciada, te amo aun; pero mi amor te será funesto, conde, terriblemente funesto, si me canso un dia de que ese amor sea desdeñado.

—Pero... esa mujer á quien llamas mi hija... ese hombre que la ama...

—¿Y qué me importa que sufras ó no, estando en esta terrible duda?... ¿todo cuanto sufrieses podria compararse á lo que yo he sufrido por tí?

—¡A lo que has sufrido por mí! ¿acaso podia seguir adelante la locura que me fascinó, y me hizo olvidarme de mí mismo?

—¡Nobles y poderosos señores! ¡almas de cieno en cuerpo de oro! ¡miserables, que encontrais á una mujer hermosa, sencilla, inocente, pura, y la tratais ni más ni menos que como trataríais á una ramera!... ¿qué os importa á vosotros esa mujer?... vosotros no buscais una mujer, sino un hermoso instrumento de torpes placeres... ¡es verdad! ¿qué derecho tiene á quejarse esa mujer, á quien habeis engañado, á quien habeis perdido?... vosotros la habeis honrado haciéndola vuestra manceba de un dia, de una semana... debe recordar con orgullo que ha pertenecido á un noble y poderoso señor, y no recordárselo porque el

noble caballero la despreciará... y esta mujer que ha tenido sueños de oro, que no ha exigido más que amor, que nada necesita más que amor, que tiene el alma grande como la inmensidad en que se estiende... esta mujer, confiada, cándida, sencilla, debe decir á su corazon al verse abandonada: no llores, no te comprimas, no te rasgues de dolor al verte solo, separado de otro corazon, que latia junto á tí... ¡cómo querias tú, pobre corazon, que te llenase continuamente la mirada de un nobilísimo conde, de un señor soberano, que tiene bastantes vasallas impuras para no creer en la ternura, en el amor, en la desesperacion, en el alma de la mujer!

—Yo no he pensado así, eso es falso, eso es supuesto... de tí me ha separado la religion.

—El amor se sobrepone á todo... yo me hice cristiana por tí... sí, me hice cristiana... hice más; aproveché el amor del conde don Vela Sanchez...

—El amor de un enemigo mio: digna union la de una egipcia vagabunda con un traidor errante.

—¿Y quién te ha dicho que yo me haya unido á don Vela, ni que haya satisfecho su pasion? Yo usé de él como se usa de un instrumento, le seguí y me encontré en la batalla de Piedraita bajo tus banderas dentro de un arnés de soldado, como una aventurera, al lado del conde don Vela Sanchez, que encubierto como yo, se habia unido á tus gentes para encontrar una ocasion de matarte en medio de la pelea, y yo te protegia, yo lanzaba tras mí al conde apartándole de tu lado y empeñándome en lo más árduo y peligroso de la batalla: y el conde me seguia aterrado, porque entre su ódio á tí y su amor á mí, le era más precio

sa mi vida que tu muerte... ¡oh! yo te salvé aquel dia de una asechanza, de una muerte cierta; pero fué perdiendo mi libertad: los árabes me cautivaron, y conmigo á don Vela.

—Sin embargo, estás libre, y libre tambien ese traidor.

—Almanzor nos envió á Castilla en busca del azor y del caballo, á que tan gran valor ha dado el rey don Sancho, y que no tenian para Almanzor más valor que el de un capricho; pero el hagib del califa de Córdoba es demasiado poderoso para no satisfacer sus deseos: no se cómo conoció mi historia, y me llamó y me dijo:

—Egipcia, si quieres ser libre, sírveme: el conde de Castilla me tomó en batalla un azor mudado y un caballo negro de raza pura: vé á Castilla; si logras por oro ó por engaño apoderarte de ese caballo y de ese azor y me lo envias, eres libre.

Yo se lo prometí: Almanzor me hizo acompañar por un judío y por un esclavo, y llegué á Leon, despues de haber sabido en la frontera que el rey don Sancho habia enviado á sus villas, ciudades y vasallos tributarios, cartas convocatorias para la reunion en la ciudad real de las córtes del reino; tú debias venir á esta córte, y te esperé.

Pero no esperé en vano: cundia mi fama de hechicera... ¡oh! y has debido mucho á esa fama: el rey, enamorado de doña Sancha, quiso consultarme, y yo le incité á que comprara el azor y el caballo; los has vendido á buen precio, y aun el tenerte preso es para tí un favor: el rey no sabe dónde estás, no puede pagarte la cantidad convenida, que crecerá prodigiosa. Siempre mi amor ha velado por tí; hé

aquí hasta qué punto, olvidando tus traiciones á mi hermana y á mí misma, he llevado mi generosidad. Ahora bien, y no perdamos el tiempo en vano, ¿quieres salvarte?

—¡Que si quiero salvarme! ¿es decir que me impones condiciones?

—Te tengo en mi poder.

—¿Y con qué derecho?

—Con el derecho de la fuerza.

—Con el derecho de la traicion.

—Sea como quiera, eres mio: tú estás solo, prisionero, desarmado, y yo estoy rodeada de gentes que me sirven.

—Aunque sea así, nada quiero de tu mano, egipcia: si un dia tus malas artes y tu hermosura me obligaron á descender hasta tí, bastante me he arrepentido de ello, bastante me he avergonzado: vete: nada quiero de tí.

—¡Nada!... ¿Ni la vida?

—¡No; Dios me protegerá!

—¡Dios! ¡Dios! por más que la confianza en Dios sea una noble confianza, Fernan, es necesario que nos ayudemos. Escucha, y no creas que es por aterrarte por lo que te revelo un peligro: hay gentes conjuradas contra mi hermano, que creen que si te tiene preso, solo es para medrar con tu rescate... estas gentes conspiran y son astutas y poderosas; tu vida está en un inminente peligro: acaso en este momento, esta misma noche se piensa en arrancártela... yo no quiero que mueras... no... ¡qué horror!.. el hombre á quien amo, por más que me desprecie!.. no, no, Fernan; si tú murieras por mi descuido, por mi cobardía, tu sombra ensangrentada jamás se apartaria de mí: no; he

venido á salvarte y te salvaré... tu me ayudarás, porque no llevarás tu desprecio hasta el caso de no querer deberme la vida. Sálvate, y despues despréciame, ¿qué me importa? si no has de amarme, mátame, me haces un beneficio.

—Vete, repitió friamente el conde.

—¡Que me vaya! ¡con que es decir que tu ódio es ciego! ¡y todo porque un sacerdote fanático me ha maldecido!... ¡y tú... tú, el hombre que enloquecia mi amor, has llegado al caso de aborrecerme!... ¡pues bien, Fernan-Gonzalez, poderoso conde de Castilla, yo, la pobre egipcia, la hechicera, la mujer maldita, me vengaré de tí de una manera horrible, como nunca pudieras haber pensado, y te dejaré la vida para que sufras, para que recuerdes siempre con horror el nombre de Ayelah!

El conde hizo un ademan de desprecio.

—¡Qué! exclamó cou fria calma Ayelah: ¿crees que no puedo vengarme? ¿ignoras que tengo en mi poder una hija tuya?

—Tus palabras son tan traidoras como tus pensamientos, y mientes. Si eso fuera verdad, ya me hubieras presentado esa hija.

—¡Oh! yo te juro presentártela... pero te la presentaré esposa de uno de esos malditos egipcios... entonces gozaré en tu desesperacion, en tu orgullo humillado, en tu rabia: entre tanto, tengo otra venganza más próxima y no tan dolorosa, porque yo amo á Athais, en tanto que aborrezco á doña Sancha de Navarra.

—¡Doña Sancha de Navarra! exclamó palideciendo el conde: ¡que puedes vengarte de doña Sancha de Navarra!

—Recuerda que te acompañaba cuando fuiste preso, y que fué presa contigo.

—Sí, pero doña Sancha está en un castillo del rey.

—¿Quién te ha dicho eso? exclamó sorprendida Ayelah.

—Nada importa quien me lo haya dicho: basta que sepas que yo conozco el lugar donde se oculta doña Sancha, y que sé que hay un poder que la protege.

—¡Un poder que la protege! exclamó Ayelah devorando su ansiedad: sin embargo, yo he penetrado en ese guardado castillo cuando he querido, porque has de saber, Fernan, que el conde del castillo de la Hechicera es don Vela Sanchez.

—¡Don Vela, el traidor, el infame! ¿y ese hombre está encargado de doña Sancha?

—Y no es solo eso: Don Vela, atento á servir al rey por lo que le conviene...

—Acaba de una vez, si no quieres llevarme á un extremo violento.

Ayelah se sonrió con desprecio.

—Tú amas á doña Sancha, porque es noble infanta de Navarra, hermosa... pues bien, yo, la egipcia, la mujer despreciada, seré más grande que tú, Fernan, y te entregaré á doña Sancha.

—¿Que me la entregarás? exclamó el conde temblando de comprender el sentido de las palabras de la jóven.

—Sí, te la entregaré, la arrojaré en tus brazos... Pero deshonrada: despues de haber sido manceba del rey... esto es, si doña Sancha no consiente en el repudio de doña Geloira, y se casa con el rey vencida por las circunstancias,

por el brillo de la corona de don Sancho y por su hermosura.

—¿Por su hermosura?

—¡Oh, tú no sabes la transformacion del rey! ¡es verdad! cuando te prendieron, aun le venia ancho el pellejo y estaba horriblemente arrugado y feo; pero mi hermano, que es profundamente sábio... y algo hechicero, le ha estirado la piel, y don Sancho es lo que jamás ha sido; un hermosísimo mancebo de veinticuatro años, capaz de enamorar á una mujer sin alma... Y bien, si amas á doña Sancha, debes alegrarte: una pequeña corona de rey vale más que una gran corona de conde. ¡Y qué hermosa estará doña Sancha con una corona real!

Ayelah habia encontrado el flaco del carácter del conde y se complacia en atormentarle.

—¡Pero eso es imposible, imposible de todo punto! exclamó desesperado el conde: tu alma de demonio te hace mentir de una manera horrible... doña Sancha, aunque no fuese por la fé que me tiene prometida, jamás consentiria en manchar su conciencia permitiendo el repudio de la reina. ¡Mientes! ¡mientes, por atormentarme! pero te engañas, estoy tranquilo, te desprecio.

—Tal vez en este momento, don Sancho reclina su cabeza sobre el seno de doña Sancha.

El conde lanzó un rugido.

—¡Oh! mi venganza me ha costado cara: me he visto precisada á arrancar al rey una cédula cediéndome el castillo que más me viniese en cuenta; y mira, Fernan, esa cédula está aquí.

Y mostró al conde el pergamino que le habia dado el rey.

—Mira, le dijo: este es el sello real, esta la firma del rey, este el sello de su canciller, y escucha:—y Ayelah se acercó á la lámpara y leyó el pergamino.—«Por la presente, mandamos al conde del castillo de su mando á quien esta cédula le fuese presentada, qué entregue el castillo de su mando á quien esta cédula le presentase, so pena de ser tenido por traidor, y como tal castigado, si no obedece al momento lo que en nuestra real cédula se le manda. Dada en nuestro palacio, castillo de Leon. El rey don Sancho.»

El conde escuchó atónito esta lectura, y miró con más terror que nunca á Ayelah porque entonces más que nunca la creyó hechicera.

—Sin embargo, esta cédula no me ha servido de mucho, dijo la jóven; yo suponia que don Vela resistiria entregarme el castillo, y le aparté de él con un engaño: entre tanto mis gentes se apoderaron del castillo. Se esperaba en él al rey: la infanta se habia encontrado sola á discrecion de don Sancho, cuyo amor y cuya desesperacion han llegado ya al frenesí. Por mucho que tú sepas despreciarme, yo sé vengarme mejor. Vamos, confiesa, conde, que ningun poder te queda, que doña Sancha, sea por fatalidad ó por liviandad, no es ya digna de tu nombre, y que yo soy más pura que ella, más digna de ser amada.

—¡Véte! repitió el conde llevando al extremo su desprecio: véte, miserable, ó te trato como mereces.

—Sí, me iré, ó por mejor decir, nos iremos, conde: no

hay momentos que perder; oye, oye... ya es preciso salir de aquí.

En efecto, se oia una gritería espantosa en el centro del aduar.

El conde se puso violentamente de pié.

—¿Qué es esto? exclamó.

—Esto es que las gentes de Zuanko se revelan contra mi hermano. ¡A mí! ¡á mí, amigos mios! exclamó Ayelah yendo á la puerta de la tienda: acercad la litera y montad á caballo; es necesario partir.

—Es que yo no saldré de aquí, dijo el conde.

—Saldrás mal que te pese, repuso Ayelah, porque la fuerza es mia; despues tendremos tiempo para entretenernos.

Y volviéndose á un grupo de egipcios que habian asomado á la puerta, les dijo señalándoles al conde:

—Apoderaos de ese hombre, metedle en la litera, y partid.

Los egipcios se avalanzaron sobre el conde, que por más que fuese valiente y feroz estaba desarmado, y se vió reducido á ceder. Los egipcios le sujetaron, le sacaron de la tienda, y le hicieron entrar en una enorme litera conducida por cuatro mulas: tras él entró Ayelah, y la puerta de la tienda se cerró.

Una veintena de hombres montaron á caballo, y deslizándose á lo largo de las tiendas, y rindiendo una seña cada vez que encontraba un guarda, salieron del aduar.

Otro hombre salió tambien tras ellos á pié y recatándose á larga distancia para no ser sentido.

Aquel hombre era Kaid.
Una forma blanca le acompañaba.
Aquella forma era Athais.

CAPITULO XI.

La insurreccion contra el gran duque.—La justicia de los egipcios.

Entre tanto el estruendo y la gritería que habian obligado á Ayelah á precipitar, por decirlo así, el rapto del conde de Castilla, iba cada vez en aumento.

En el centro del aduar, alumbrados con hachas de viento, á pesar de la luna, cuya luz no les bastaba, se veía una multitud imponente por su aspecto, avanzada, irritada, sublevada, compuesta de lo más feroz, de lo más miserable, de lo más rudo, de lo más desarrapado de la tribu: no se gritaba, propiamente dicho, se ahullaba, y los alaridos parecian subir al cielo.

En medio de aquellas turbas á caballo habia un hombre que parecia dirigir la insurreccion. Aquel hombre era Laiké, uno de los tres egipcios que hemos presentado anteriormente en una tienda del aduar.

Aquel hombre, cuando lograba que se restableciese el silencio, hablaba con acento imperioso á las masas.

—Ya os lo he dicho, exclamaba á la sazon: nuestras

leyes están ofendidas: nuestros derechos hollados: Wamdihavé es un traidor; y si tuviérais alguna duda, os lo probaria el silencio con que escucha oculto, sin duda, nuestros justos gritos de indignacion; el gran duque se siente culpado; la sangre del sabio, del anciano Kairú, pesa sobre su cabeza, y no se atreve á respondernos de ella.

—¡Que muera! ¡que muera! gritaron las mujeres y las viejas, y la gente estropeada é inútil que no podia hacer otra cosa que gritar.

—Además, ¿por qué se nos tiene tanto tiempo en tierras de cristianos, en las que todo lo que nos rodea nos es enemigo? Cuando vinimos solo nos dijo que era á salvar á su hermana Ayelah. Más de una luna ha corrido desde que su hermana Ayelah está libre y no nos hemos movido de este sitio, donde á cada momento nos espera un peligro.

Repitiéronse las imprecaciones, los gritos y los mueras.

—Si Zuanko, continuó el orador, ha atentado á la vida del gran duque, tenia justas razones para ello. Ya os he dicho que por una cautiva, por una hija del cautivo que vive entre nosotros, por Athais, hubo una disputa entre el gran duque y Kairú, que, con arreglo á nuestras leyes, pretendia que la hija del extrangero fuese entregada al más fuerte. Esta disputa causó la muerte, más bien, el asesinato de Kairú, y el lobezno Kaid fué quien llevó el cadáver secretamente al bosque donde se le encontró devorado por los lobos. (Nueva esplosion en el concurso de dicterios y de amenazas.) Zuanko tuvo, pues, razon.

—¡Sí! ¡sí! ¡sí!

—A más, Wamdihavé es traidor, porque al apoderarse del conde de Castilla solo ha pensado en hacerle pagar como rescate su naturalizacion en los estados castellanos. El gran duque quiere, pues, abandonarnos, y al abandonarnos nos hará degollar á todos por los soldados del conde, para que no haya ninguno que pueda contar su traicion á nuestros hermanos.

Al anuncio de este degüello contestaron, no ya gritos, sino alaridos, ahullidos rabiosos: aquellas gentes, más que séres humanos, parecian una manada de lobos hambrientos.

—¡A él! ¡á él! ¡á los que le defiendan! gritaban algunas voces.

Con gran trabajo logró el orador hacerse oir de nuevo.

—Prudencia, amigos mios, prudencia, dijo; aunque tenemos tomadas las avenidas y nadie puede escapársenos, tened presente que debemos apoderarnos ante todo del conde cristiano, de Athais y de Kaid: despues prenderemos al gran duque, segun nuestro derecho, dentro de su tienda, y le haremos comparecer ante el consejo de nuestros ancianos.

La turba aplaudió: entonces Laiké encaminó su caballo hácia la tienda en que estaba prisionero el conde; pero con gran asombro de todos no le hallaron: entraron en la de las mujeres de Wamdihavé, y la encontraron desierta; fueron á la de Kaid, y la hallaron asímismo abandonada: desesperados ya se avanzaron á la del gran duque y la hallaron enteramente solitaria.

Pero no faltaba ni un mueble, ni un arca, ni lo más insignificante: los sublevados, en vista de este acontecimiento inesperado, se miraron en silencio unos á otros sin

saber á qué atribuir aquello, y el mismo Laiké tembló y se arrepintió de haberse metido en aquel negocio, que iba tomando un aspecto misterioso y amenazador.

Como hay situaciones en que una vez dado un paso adelante no es posible retroceder, porque volver atrás es morir, Laiké sacó fuerza de la situacion, y gritó á la turba:

—Ya veis la traicion manifiesta: nos han abandonado... tal vez se nos tiende un lazo y se tienen presentes los nombres de todos nosotros para la muerte.

Gritóse de nuevo, pero no en un diapason tan alto.

—Pues bien, continuó Laiké, ya que nos abandonan, corramos al lugar donde está preso Zuanko, proclamémosle nuestro duque, y él nos defenderá poniéndose á nuestra cabeza.

Las turbas corrieron al lugar indicado, pero encontraron la tienda sin guardas; penetraron algunos dentro y alzaron un griterío espantoso.

Zuanko habia desaparecido tambien.

A aquella noticia hubo una verdadera dispersion: cada cual tomó por su parte, pero todos fuera del aduar.

Al llegar á cierta distancia se vieron detenidos: lo más fuerte, lo más valiente del aduar, los doscientos soldados de Wamdihavé á caballo cercaban las tiendas.

—¿Qué es esto? decian á cada grupo que se presentaba: ¿quereis ver cómo se juzga esta noche á un asesino? pues bien: id hácia la márgen del torrente, entrad en el bosque, y vereis allí el consejo de nuestros ancianos, en medio de los cuales se encuentra sentenciado Kaleb.

¡Kaleb sentenciado! ¡el anciano paralítico y mudo!

las turbas se aterraron al escuchar aquel prodigio, y como arrastradas por una fuerza fatal se encaminaron á la selva.

Los guardas los dejaron pasar, pero Laiké y algunos conjurados de monta, fueron presos y conducidos con esposas en las manos al mismo lugar adonde se encaminaba la multitud.

Llegaron al fin á un lugar tenebroso; unas altas rocas cortadas y entapizadas de yedra, parecian servir de dosel á diez venerables viejos que estaban sentados sobre el musgo; tras de ellos y á los costados, habia hombres con hachas de viento encendidas; á la derecha estaba un hombre, sujetos los cabellos con un aro dorado á manera de diadema, un ancho ropon rojo sobre los hombros, y apoyado en una espada: aquel hombre era el gran duque Wamdihavé. A la izquierda estaban los que podian llamarse gefes de las armas colocados segun su categoría: en frente del consejo, guardado por algunos hombres armados, alumbrado por algunas antorchas, habia un hombre cargado de cadenas: aquel hombre era Zuanko. Al rededor de la eminencia donde estaba situado el consejo, el gran duque y los capitanes esto es, los poderes legislativo y ejecutivo de la tribu, habia un cordon de aquellos famosos soldados aventureros, que ya hemos visto cuando la prision del conde Fernan-Gonzalez, conteniendo á la muchedumbre de la tribu, que se estendia en lo oscuro al pié de la eminencia.

Este cuadro se aumentó con algunas figuras: eran Laik y sus cómplices, que venian entre los soldados que los habian preso, y se colocaron detrás de Zuanko.

Poco despues se adelantó al centro de la eminencia uno de los capitanes, y dijo en alta voz:

—Escuchad, hermanos: el consejo de nuestros sabios va á juzgar un crímen.

—Esperad, esperad un momento, dijo una robusta voz saliendo de entre las primeras filas de la multitud: preguntad al gran duque, amigo mio, si puede salir de entre la muchedumbre su hermano el conde don Vela.

El capitan se volvió á Wamdihavé, que hizo una señal con el brazo de que el recien venido podia pasar.

A poco trepó á la eminencia un ginete, adelantó al centro, y echó pié á tierra junto á Zuankó.

—¡Ah! ¡ah! exclamó mirándole con sarcasmo: ¿con que ha llegado el momento de que te ahorquen, bribon? me felicito de ello, y puesto que yo fuí quien te prendí, tendré una gran complacencia en verte ahorcar.

Luego, adelantando hácia Wamdihavé, le dijo:

—¿Y cuál es mi lugar, hermano?

—Junto á mí, conde: ¿pero qué es esto, quién ha podido decirte que nos ocupábamos de juzgar á ese hombre?

—¡Decirme! ¡para noticias estoy yo! Jamás me han pasado en menos tiempo tantas aventuras desagradables.

Inútil es decir que la llegada del conde don Vela habia suspendido el juicio por su conversacion con el gran duque.

—Despues me contarás eso, dijo Wamdihavé; por ahora es necesario castigar de una manera ejemplar la audacia y los crímenes de esos hombres. Por aquí han pasado tambien cosas singularísimas... Mira si no: ¿no reconoces al anciano que está en medio del consejo?

—¡Kaleb! exclamó con admiracion don Vela.

—Sí, Kaleb... pero no el Kaleb que tú has conocido, sino el gran gefe, que no es ya ni ciego ni mudo, ni paralítico: ha sido una reaccion inesperada, pero natural: al perdėr á la desventurada Alida, perdió la voz, la vista, el tacto: ha sido un cadáver durante diez y seis años... pero esta noche... ¡oh! esta noche entró Athais y me dijo: padre, el abuelo habla, el abuelo ve, el abuelo anda... esto era tan dificil, tan milagroso como sacar vivo de su sepultura á un muerto, y sin embargo es verdad: Kaleb ha recobrado con el uso de su razon su puesto de gefe en el consejo... pero lo que no puedo comprender es que al verle delante de mí esta noche, me dijo:

—Los muertos se levantan de sus tumbas para dar la salud á los vivos y para acusar á sus asesinos.

Luego ha hecho llamar á los ancianos del consejo, á los capitanes de armas, á todos los que constituyen nuestra fuerza, y les ha preguntado á solas, les ha dado órdenes secretas: yo mismo no vengo aquí sino como un testigo, sin representacion, ni fuerza, porque Kaleb se ha revestida del poder de gran duque. Aquí hay misterios que estoy ansioso de aclarar. Vuelve á pregonar, Lamdabaruk, añadió dirigiéndose al capitan que habia hablado antes á la muchedumbre, que va á empezar el juicio.

Lamdabaruk obedeció y repitió el pregon anterior.

Establecióse un silencio profundísimo. Entonces se levantó gravemente el centuagenario Kaleb apoyado en otros dos ancianos, y dijo con voz robusta y vibrante. que parecia milagroso en sus años:

—Yo soy Kaleb, hijo de Geter, hijo Barek, hijo de Alaben: para numerar mis ascendencia, sería necesario una lengua incansable y un tiempo infinito: mis abuelos duermen en las hecatombes de Egipto, y mi primer padre, que veía á su alrededor valientes guerreros, que le obedecian como á un gran gefe, hace muchas generaciones que cerró los ojos á la luz: desde él hasta mi nieto Wamdihavé, hijo de Kadar, la espada y el consejo de la tribu ha estado en mi familia.

Un murmullo de asombro causado por la sorpresa de ver hablar á un anciano, que se consideraba hacia mucho tiempo como un cadáver sostenido por un hálito de vida material, contestó á las palabras de Kaleb, que para darles mas gravedad habia guardado silencio.

Despues de algunos momentos, extendió el brazo indicando que iba á hablar de nuevo, y el silencio se restableció.

—Hace mucho tiempo, mucho, continuó Kaleb, diez y seis años, segun me han dicho, que la impresion de un doble y horroroso crímen me redujo al estado de la insensatez, de la imbecilidad; mis ojos se nublaron, mi lengua se pegó á las fáuces, mis miembros se entumecieron: no quedó de mí más que la imágen, pero una imágen lastimera, un tronco humano, una materia bruta: un gran acontecimiento me redujo á ese estado, y otro acontecimiento no menos terrible me ha vuelto los ojos, la lengua, la razon, las fuerzas: puedo aun ser vuestro gran duque, puedo haceros justicia, puedo vivir en medio de vosotros y evitar sucesos como los que hoy nos obligan á reunirnos.

—Vamos á lo que importa, viejo Kaleb, dijo ferozmente Zuanko: ¿crees tú que se pueden sufrir mucho tiempo tus discursos enfadosos, cuando se está aherrojado, injuriado y ofendido como yo?

—¿Quién es ese que habla? exclamó gravemente Kaleb: yo me acuerdo de que en otro tiempo en nuestra tribu se escuchaba con respeto la voz de los ancianos: el cuervo vuela sobre nosotros, presintiendo la destruccion... nuestro fin se acerca, hijos de Egipto.

—La lengua que ha sido impaciente con el sábio, con el anciano Kaleb, dijo el caudillo Lamdabaruk, no es la lengua de la tribu. ¿No es verdad, hijos de Egipto, hermanos mios, que todos amamos, respetamos y obedecemos al sábio, al justo Kaleb?

—¡Sí! ¡sí! ¡sí! retumbó en una exclamacion informe por todas partes.

—¿No es verdad que el gran duque Kaleb puede y debe hacer justicia?

—¡Sí! sí! ¡sí! repitió la turba entera.

—Reconozco á mis hijos, exclamó el viejo; yo durante mi sueño los he visto pasar desnudos y descalzos sobre un camino de abrojos, y mi corazon ha llorado: al despertar he visto que mi sueño no era mentira: estamos en la misma tierra que pisábamos hace diez y seis años: yo conozco sus aires y sus árboles: esta tierra ha sido maldita para nosotros, y es necesario que nos alejemos de ella.

Una aclamacion de entusiasmo interrumpió al viejo.

—Y nos apartaremos; pero antes es necesario que dejemos detrás de nosotros, exterminados por el brazo de

nuestra justicia, á los que se han atrevido á infringir nuestras leyes, á corromper nuestras costumbres con el crímen. Delante de mí tengo á un hombre acusado de traicion y de asesinato, á Zuanko, hijo de Kairú.

—¡De Kairú, el asesinado por tu hijo, anciano de nuestra tribu! exclamó con voz terrible Zuanko.

—El sábio, el justo, el grande Aldeboran, va á juzgar por medio de nosotros, anciano: pidámosle que nos ilumine para que no pueda haber entre nosotros error ni injusticia, dijo uno de los del consejo.

Kaleb se sentó fatigado, y hubo un momento de silencio.

Despues el de menos edad de los ancianos, dijo desde el extremo en que estaba sentado:

—¿Quién acusa á Zuanko?

—Yo, dijo Wamdihavé adelantando y presentándose delante de los jueces.

—¿Y de qué le acusas? dijo Kaleb.

—Primeramente de traicion, y luego de asesinato.

—¿Contra quién ha cometido la traicion?

—Contra mí, premeditando mi muerte, cuando era gran duque de la tribu.

—¿Y el asesinato?

—Contra mí, descargándome un golpe alevosamente, que no fué mortal por la misericordia de Aldeboran.

—¡Con qué pruebas cuentas para robustecer tu acusacion?

—Con doscientos testigos.

—¿Quiénes son?

—Yo soy uno, exclamó el conde don Vela, saliendo al

centro y presentándose delante del consejo junto á Wamdiavé, y conmigo testificarán todos los guerreros de la tribu. ¿No es verdad, amigos mios?

—¡Sí! sí! exclamaron á la redonda los egipcios, que armados hasta los dientes, aseguraban los actos de justicia de aquel extraño tribunal.

—¿Y es cierto lo que dice Wamdihavé? preguntó Kaleb.

—¡Cierto! dijo don Vela.

—¡Sí! ¡sí! gritaron los doscientos soldados.

—Ya lo oyes, Zuanko, exclamó nuevamente Kaleb; todos te acusan: ¿qué razones tienes que alegar en tu defensa?

—Una de nuestras más antiguas y respetadas leyes.

—¡Cuál!

—El que perdiese por asesinato un pariente ó un amigo, puede matar al asesino donde quiera que le encuentre, como él mató... y esto es justo... justo y respetado por nosotros.

—¿Y te hallabas tú en ese caso?

—Sí; Wamdihavé asesinó á mi padre Kairú.

—¡Mientes! exclamó Wamdihavé lívido de cólera; yo jamás he asesinado; la sangre de mi raza es leal, noble y valiente como la del leon, mientras la tuya es de zorro y lobo.

—Prueba tu descargo, Zuanko, como Wamdihavé ha probado su acusacion.

—Yo no tengo testigos.

—¿Cómo creerte, pues, por tu dicho?

—Que se pregunte á Kaid.

—Kaid ha desaparecido de la tribu, dijo Wamdihavé.

—Sí, es cierto; y tambien habrá desaparecido Athais: ¡sí! ¡se temia que la conciencia y el terror hiciesen hablar al lobezno y á la hija del extranjero!

—Kaid y Athais no son los solos que han desaparecido, ha desaparecido tambien mi hermana Ayelah, con el conde de Castilla y con los guerreros que le guardaban.

—Eso no significa más, sino que se me roban todos los medios de defensa.

—Mientes, Zuanko, exclamó don Vela; en esas desapariciones y en lo que ha sucedido esta noche, no tiene parte alguna mi hermano Wamdihavé: ¿qué direis si yo pruebo que al mismo tiempo que él ha sido sorprendido y engañado, lo he sido yo, hasta el punto de haber perdido por una maldita traicion un castillo que guardaba por el rey de Leon?

—¿Y qué tiene que ver tu castillo con nuestros asuntos? exclamó ferozmente Zuanko.

—¿Qué tiene que ver? ¿Quién ha hecho desaparecer al conde de Castilla, á Athais, y á Kaid?... Ayelah... pues bien, Ayelah es la que me ha engañado esta misma noche; Ayelah la que me ha robado á la infanta doña Sancha de Navarra, que yo guardaba de órden del rey don Sancho de Leon. Id, id al castillo de la Hechicera, y delante de su poterna encontrareis muchos cadáveres de los vuestros; id al castillo, y solo encontrareis un monton de escombros humeantes: no hagais cargo, pues, á Zuanko, de la desaparicion de Athais y de Kaid.

—Pero puesto que la prueba de Zuanko, exclamó uno

de sus partidarios, consiste en Athais y en Kaid, espérese á que vuelvan ó á que se les encuentre.

—No, no, exclamaron los amigos y los parientes de Wamdihavé. El crímen de Zuanko está probado: no así la razon que le justifica, y que hace que deje de ser crímen; con arreglo á nuestras leyes, pedimos que sea sentenciado Zuanko.

—Pero si nuestras leyes determinan esa precipitacion, son unas leyes bárbaras, exclamó colérico Zuanko.

Un murmullo de indignacion acogió esta blasfemia, por la cual empeoró su posicion el acusado echándose encima el orgullo ofendido de todo un pueblo.

—Aldeboran nos inspira, Zuanko, dijo uno de los ancianos: y se hará justicia, justicia rígida, inexorable; todas las pruebas están contra tí; si eres inocente, si Dios no quiere que mueras, no morirás, porque Dios lo impedirá. Ahora bien, ancianos, ¿creeis que el acusado está convencido del crímen que se le imputa?

—Sí, contestaron á una vez y con acento lúgubre todos los del consejo.

—Levantaos desde el de ménos hasta el de más edad, y con la conciencia libre y el corazon recto, sentenciad.

Levantóse uno de los ancianos de un extremo del semicírculo que formaba el consejo, y dijo con voz fuerte y vibrante en medio de un solemne silencio:

—En nombre de la justicia de Aldeboran, declaro que Zuanko, hijo de Kairú, hijo de Baleg, acusado y convencido de traicion y asesinato, debe morir.

Del mismo modo y con la misma solemnidad se levan-

taron uno tras otro todos los ancianos, y sentenciaron á Zuanko.

Levantóse el último Kaleb.

—El consejo juzga que debes morir, Zuanko, y morirás, dijo.

Zuanko se alzó irritado, pero antes de que pudiese hablar, le interrumpió la voz de toda la tribu, y aun la de sus parciales, que se dejaban arrastrar dominados por el terror.

—¡Que muera! ¡que muera! gritaron por todas partes.

Kaleb extendió el brazo con un indescribible ademan de imperio y de magestad: era entonces un verdadero gran jefe: su venerable figura parecia rodeada de ese prestigio, de esa expresion casi divina que acompaña á ciertas ancianidades: ante el aspecto de Kaleb se restableció el silencio como por encanto, y aun el mismo Zuanko se encontró dominado.

Kaleb dijo entonces con voz serena y grave:

—La ley ha hablado, y con ella han hablado nuestras cien generaciones pasadas: ¿quién se atreverá á desoir su voz? Cuando la ley habla todo enmudece. La ley no habla más que una vez: que la ley se cumpla.

Al pronnnciar con voz vibrante y severa su último precepto el gran jefe, los soldados le arrastraron y le llevaron consigo á pesar de su resistencia. La multitud iba á ponerse en seguimiento del reo, cuando á un nuevo ademan de Kaleb se contuvo.

—Aun nos queda que hacer justicia, dijo Kaleb: que adelanten los que se han atrevido á levantar voces sediciosas entre nosotros.

Adelantó Laiké, trémulo y aterrado, y con él sus cofrades.

—Vosotros os habeis sublevado contra el gran jefe, dijo severamente Kaleb.

—Perdon, anciano de nuestra tribu, perdon, exclamó Laiké: nosotros estábamos engañados.

—¿Confesais, pues, el crímen?

—Nosotros habiamos creido á Zuanko.

—Y porque creísteis á un impostor, habeis infringido nuestras leyes.

—Creíamos obrar en justicia.

—No sois vosotros los que teneis el derecho de hacer justicia: por lo tanto, amparándole, habeis cometido un crímen; habeis demostrado que no estais satisfechos bajo nuestros usos y costumbres. Idos, pues; dejais de pertenecer á la tribu, y tened entendido que si volveis á ella, os tendremos por traidores, y como tales os trataremos. Soltadlos, y váyanse en buen hora: la prudencia manda al labrador que separe del tronco las ramas podridas.

Los expulsados no esperaron á que se lo dijeran por segunda vez; se alejaron, tomaron consigo sus mujeres, sus hijos, sus animales y sus tiendas, y en el mismo punto empezaron su marcha.

La multitud no se dispersó; el consejo seguia reunido, y se esperaban nuevos acontecimientos.

Y en efecto, aquellos acontecimientos no se hicieron esperar.

—Wamdihavé, mi nieto, gran jefe que has sido durante nuestra dolencia, comparece.

Wamdihavé lleno de extrañeza, y entre la extrañeza general, adelantó al centro del consejo,

—¿Qué quièren de mí los ancianos de mi tribu?

—Yo te acuso, Wandihavé, dijo Kaleb con energía.

—¿Y de qué me acusas, padre?..... dijo Wamdihavé.

—¿Qué has hecho de tu hermana Alida?

—Cumplí la dura, la terrible ley, dijo Wamdihavé.

—Mientes, exclamó Kaleb, Alida no murió.

—Te engañas, padre, dijo Wamdihavé cubierto de una palidez mortal. La ley se cumplió.

—Hijos de mi tribu, exclamó Kaleb, escuchad, escuchadme todos: muchos de vosotros sabeis lo que voy á referiros, pero hay muchos tambien que lo ignoran. Hace diez y seis años pasamos por este pais encaminándonos á Alemania. En mala hora pusimos nuestra planta en esta tierra maldita. En mi familia habia una vírgen hermosa y pura; nuestros ancianos sonreían al verla, y nuestros mancebos la codiciaban para esposa... Alida era el orgullo de la tribu. —Un dia la vió un extrangero, un poderoso señor.—El mal espíritu fascinó á la vírgen egipcia, sucumbió á la deshonra, y fué madre.

Un murmullo de indignacion respondió al relato del anciano.

—Ya sabeis que nuestras leyes castigan de muerte á la mujer impura que dá á sus hijos padres de otras razas por amores criminales: si nuestras leyes no fuesen tan rígidas, nuestra raza se hubiera perdido ya. Alida y su hija fueron condenadas: su crímen habia traido la muerte sobre la ca-

beza de la madre, y la felicidad sobre la hija. Pues bien, Wamdihavé tuvo medios de salvarlas, y las salvó.

—¡La prueba! ¡la prueba! exclamó Wamdihavé.

—¡La prueba! Alida y la hija del extranjero han entrado esta noche en mi tienda; á la vista de Alida, mi sangre, tanto tiempo habia entorpecida, ha ardido como en los dias de mi juventud; me ha parecido despertar de un sueño; mi lengua ha tenido voz, mis ojos luz, mi pensamiento recuerdo: he visto ante mí á la hija que habia llorado muerta y al impuro fruto de su deshonra...

—¡Padre! ¡padre! sin duda te has engañado, exclamó Wamdihavé.

—¡Que me he engañado! ¡necesitas la prueba! pues bien, añadió volviéndose á su espalda á un oscuro fondo de la maleza; que comparezcan Alida y su hija, la extranjera.

Wamdihavé tembló al ver adelantar dos mujeres entre algunos guerreros de la tribu.

De aquellas dos mujeres una era horrible, por el aspecto de su demacracion, por la miseria de sus harapos: la otra jóven, hermosa, sencilla, pero elegantemente prendida: al verlas Wamdihavé y el conde don Vela, lanzaron dos gritos de sorpresa.

—¡Alida! exclamó Wamdihavé.

—La infanta doña Sancha de Navarra, exclamó el conde.

Para nosotros, aquella mujer desgreñada, sucia y pálida, era la misma que habia aparecido en el castillo de la Hechicera en la cámara de doña Sancha, á punto de que la

infanta estaba entregada sin defensa á los frenéticos deseos del rey. Nuestros lectores recordarán que aquella mujer habia arrebatado consigo á doña Sancha y le habia sacado fuera del castillo.

Por algun tiempo la llevó sobre sus hombros al través de los campos: llegó fatigada de su carga, la dejó cuidadosamente en tierra, y la examinó al resplandor de la luna.

La infanta estaba desmayada, y la palidez, la expresion de terror de su semblante aumentaban su belleza. Alida, pues, ya sabemos su nombre, la miraba con una insensata alegria.

—¡Qué hermosa! ¡qué hermosa! exclamaba: ¡cuánto la he llorado! ¡sí, es mi hija, mi pobre hija!... ¡yo me acuerdo tenia los cabellos rubios, y se le han tornado de color de oro... y aquel infame queria deshonrarla... pero yo estaba allí... sí... yo oí sus gritos y volé á su auxilio... ¡ah! ¡ah! el miserable conoció que yo era su madre... una leona irritada que defiende su cria... y tuvo miedo... y huyó... mi niña, mi dulce niña, mi ángel tuvo miedo tambien... ¡miedo de su madre! añadió con acento dulce y sentido... es verdad... tengo canas... estoy flaca... pero yo soy jóven aun, y ella era hermosa... mi hija... la he encontrado á mi hija, mi alegría... ella me devolverá mi hermosura... ¡oh, qué hermosa es! yo buscaré á Fernan-Gonzalez y le diré: yo soy Alida tu amante... la que has llorado tanto tiempo... no es verdad... y esta es tu hija, tu hermosa hija á quien tanto amas, ¡oh! ¡oh! ¡cuánta felicidad!... qué felices vamos á ser todos... no, yo no quiero nada para mí... yo ya sé que soy una egipcia... no, yo no me presentaria en

tu corte... no te avergonzaria... pero tu hija... ¡tu hija es blanca como una azucena y rubia como un oro... blanca y rubia como tú!...

Y la infeliz en su locura no notaba que la edad de doña Sancha era mayor que la que debia representar Athais, su verdadera hija.

Cuando doña Sancha volvió en sí, merced al fresco de la noche, se aterró al verse en poder de aquella mujer extraña: sin embargo, al ver que la trataba con dulzura y que la llamaba su hija, doña Sancha prefirió entregarse á la situacion y dejarse conducir, resuelta á aprovechar cualquier circunstancia favorable en el momento en que se le proporcionase el acaso.

Y así, dejándose acariciar por Alida, y aun acariciándola, porque comprendió que estaba loca, encontrándose perdida en medio de un campo, se decidió á buscar una habitacion, un camino, cualquier lugar habitado ó concurrido por gentes á quienes pudiera decir:

—Yo soy la infanta doña Sancha de Navarra: salvadme de esta mujer que me llama su hija.

A pesar de todo, doña Sancha se encontraba mucho mejor en el campo en medio de la noche acompañada por una loca, que en el castillo de la Hechicera abandonada en poder de infames servidores del rey.

Pero lo que más atormentaba á doña Sancha, era el escuchar continuamente de boca de Alida el nombre de Fernan-Gonzalez: si habia podido dudar del relato que la habia hecho Ayelah disfrazada de hombre en el castillo, no podia dudar del testimonio de aquella infeliz loca, cuyo amor

hácia el conde se exhalaba con el sentimiento y la persuasion en la verdad.

¿Y el conde habia podido descender hasta los amores de dos idólatras? Doña Sancha no hubiera extrañado que Fernan-Gonzalez hubiese tenido cien mancebas, ni que en su juventud se hubiese distraido en garzonías, porque tales eran la índole y las costumbres de la época; pero lo que no podia explicarse era que hubiese llegado hasta el punto de amar á dos egipcias hechiceras y condenadas.

Esto la puso notablemente distraida y contribuyó mucho á que no la fatigase la gran distancia que las dos mujeres recorrieron hasta llegar al aduar de los egipcios, con el que por casualidad tropezaron sobre su camino.

Como habia llegado hasta allí por acaso, por acaso tambien penetraron en el aduar sin ser sentidas, y por casualidad aun, ó providencialmente, entraron en la tienda del viejo Kaleb.

El anciano, que impelido por su deber habiasentenciado á muerte á su nieta y á la hija de su nieta, no cumplió con la dura prescripcion de la ley sin que le tragese funestas conseccuencias: apenas Wamdihavé llevó consigo á Alida y á su hija, cuando cayó en el estado de paralísis en que le hemos presentado á nuestros lectores.

Pero como las grandes afecciones suelen curarse por una causa igual ó semejante á la que las ocasionó, á la vista de Alida, Kaleb resucitó, por decirlo así, la reconoció, creyó su hija á doña Sancha, las hizo prender, llevar al bosque, y se constituyó en consejo al recobrar con sus facultades intelectuales el ejercicio de gran gefe de la tribu.

Las pasiones humanas entran por todo en los acontecimientos. Como sabemos, don Vela aborrecia de muerte al conde Fernan-Gonzalez y Wamdihavé adoraba á Athais.

Así, pues, aquellos hombres que pudieran haber reconocido á doña Sancha, se guardaron muy bien de hacerlo: don Vela veía en la muerte de la infanta una venganza cruel contra el conde, y Wamdihavé la salvacion de Athais.

Entrambos pues, dejaron correr los acontecimientos.

—¿Negarás, dijo Kaleb, que esta es Alida tu hermana?

—¿Que lo niega? exclamó Alida... ¡oh! si lo niega lo negará de miedo, porque él... me encerró en una horrible cueva... me arrebató mi hija y se la llevó por la rambla abajo... por allí... por allí...

—Y la loca estendió sus brazos adelante como cuando habitaba en el Infierno de la bruja.

Pero Dios me ha devuelto mi hija... exclamó asiendo con arranque á doña Sancha... miradla, hijos de Egipto.... vedla qué hermosa es... se parece á su padre, al valienet conde... al conde FernansGonzalez.

—Hijos de mi tribu... exclamó Kaleé... en otra ocasion hice callar el grito de la sangre y lancé la sentencia del consejo sobre la cabeza de mi nieta... la ley está viva como entonces, y por mas que yo vuelva el rostro pronunciárla, la ley se cumplirá.

—¿Y qué ley es esa? dijo doña Sancha.

—La hija de un extrangero nacida de una mujer de nuestra tribu, pronunció gravemente Kaleb... debe morir... y muere.

—Pero yo no soy hija de... no... yo soy hija del rey

don Sancho Abarca, hermana del rey don García de Navarra, tia del rey don Sancho de Leon... yo soy la infanta doña Sancha de Navarra.

—Tú eres la hija de la infamia, que mientes por salvarte, exclamó roncamente Kaleb irritado por lo que creía mentira de doña Sancha.

—Tú eres mi hija: sí, tu eres mi hija... no lo niegues... no tiembles, no nos matarán, no... exclamó la loca.

—¡Es su hija! ¡es su hija! exclamó la multitud aumentada ya por los curiosos que habian ido á ver ahorcar á Zuanko.

—¡Gracia! ¡gracia! gritaron algunos arrastrados por la hermosura de la infanta: que se case en la tribu... elígela un marido, anciano.

—La ley habla, exclamó Kaleb: cúmplase la ley.

—¡Cómo! ¿qué, la vais á matar? gritó furiosa Alida... ¡matar á mi hija! ¡y todo porque amé á un extrangero que era más hermoso y más valiente, que el más valiente y el más hermoso de vosotros!...

Doña Sancha rechazó á Alida.

—Apartad, apartad, la dijo; yo no os conozco... yo no os he visto nunca... me estais perdiendo con vuestras locuras... ya os lo he dicho, anciano... yo soy hija, hermana y parienta de rey, soy infanta de Navarra. Si no me creeis, que vaya uno de vosotros á Leon y vuelva acompañado de algunos ciudadanos; ellos me conocerán.

—¡Que vayamos á Leon, á ponernos en manos de los cristianos para que nos ahorquen! ¿y para qué? ¿no está clara tu impostura?... no porque hayais escapado antes

creais que se burla la justicia de Aldeboran... ella os ha traido á nosotros, y nosotros, que ya hemos sentenciado, confirmamos nuestra sentencia.

Kaleb hizo un ademan, y algunos guerreros rodearon á Alida y á doña Sancha.

—¡Gracia! ¡gracia! gritó la tribu.

—Esperad, esperad, exclamó doña Sancha reparando en don Vela Sanchez: responde, conde, responde... tú me conoces: sálvame.

—Yo no os conozco, señora, contestó con voz firme el conde.

—¡Oh! ¡infame! ¡infame! exclamó la infanta mientras la arrastraban de allí acompañada de Alida algunos guerreros.

Al fin las dos mujeres desaparecieron entre los árboles.

Wamdihavé entonces, dominado por el horror, exclamó saliendo al centro:

—¡Kaleb! ¡Kaleb! ¡has cumplido con la ley, pero de lo que acabas de hacer responderás á Dios! ahora senténciame tambien: sentencia á tu nieto: estoy pronto.

Kaleb no contestó, tenia la cabeza doblada sobre el pecho. Cuando pasado algun espacio notaron que no se levantaba, fueron y le levantaron.

Kaleb se sostuvo por un momento, y luego cayó inerte en tierra.

Estaba muerto.

CAPITULO XII.

En que siguen las desventuradas aventuras de doña Sancha de Navarra.

La muerte del viejo Kaleb alteró enteramente la marcha de las cosas: por ella Wamdihavé volvió naturalmente á la dignidad de gran jefe de la tribu, la cual, sobreponiéndose la humanidad al espíritu de las leyes, seguia gritando:

—¡Gracia! ¡gracia!

Wamdihavé, lleno de dolor por la muerte de su padre, cuidadoso por la desaparicion de Ayelah, del conde, de Kaid y de Athais, acudió sin embargo á lo más urgente, esto es, á salvar á las dos desdichadas, que ya los guerreros de la tribu llevaban á la muerte.

No fué necesario un gran esfuerzo para ello: la compasion, como hemos dicho ya, hablaba más alto que aquella ley feroz, dictada solo por un sentimiento de exclusivismo, que prohibia á los egipcios que se enlazasen, bajo pena de muerte, con otras razas: ley previsora que ha hecho que lleguen los gitanos hasta nosotros, con su carácter

especial, con su lenguaje misterioso, con sus intentos rapaces y sus costumbres nómadas.

La tribu entera se lanzó tras los guerreros que conducian á las dos mujeres, y llegaron á tiempo que doña Sancha de Navarra, desmayada por el terror, tenia ya al cuello el lazo fatal, mientras Alida, creyéndola su hija, se revolvia rugiente entre los brazos de algunos que la sujetaban y lanzaban gritos horrorosos.

El lugar enque esto acontecia era horrible: un estrecho barranco en que algunas colosales encinas agrupadas interceptaban con sus frondas la luz de la luna, estableciendo una oscuridad profunda que solo disipaba á medias y en un reducido espacio la luz de dos antorchas con que se alumbraban los que contra su voluntad habian ido á cumplir la sentencia del gran duque Kaleb.

A la luz de estas antorchas se veia un objeto lúgubre: un cuerpo humano pendiente por una cuerda de una encina, y al que hacia oscilar pesadamente el viento de la noche.

Aquel cuerpo era el de Zuanko.

Antes de llegar la multitud al sitio fatal, llegaron sus voces que clamaban á grito herido:

—¡Gracia! ¡Gracia!

—¡Gracia! ¡Gracia! ¿lo oís? exclamó con acento desesperado Alida volviéndose á los verdugos: ¡gracia para mi hija! ¡gracia para Athais!

—Pero esta mujer no es Athais, dijo el que á la sazon ponia el lazo al rededor del hermosísimo cuello de la infanta.

—No es Athais, dijo Wamdihavé que llegaba desalado:

basta de horrores: dejad á esa doncella, hacedla volver en sí, y marchemos.

Los verdugos quitaron el dogal del cuello de la infanta y se dedicaron á hacerla volver en sí, mientras el conde don Vela, que tenia más de bandido que de caballero, se mostraba contrariado y sombrío, al ver que la compasion de los egipcios le robaba la terrible venganza que ya habia saboreado contra el conde de Castilla, con la muerte de doña Sancha.

—¿Y qué piensas hacer con esa mujer? le dijo: el conde la ama.

—Amela en buen hora, contestó con decision Wamdihavé: el grande Aldeboran, cortando los dias de mi abuelo, me impide un crímen, un crímen horrible, consintiendo que muriese doña Sancha por salvar á mi sobrina Athais, que acaso puede volver de un momento á otro: ese crímen es ya inútil y no le cometeré. Yo soy el gran duque, dijo volviéndose á la tribu que le rodeaba: conozco nuestras leyes, y sé que por ellas estas dos mujeres debian morir; pero la tribu ha demostrado horror á esa ley, y es justo y preciso que las leyes, por más antiguas que sean, cesen cuando los pueblos sujetos á ellas las rechazan; vosotros habeis pedido gracia para mi hermana y para mi hija: mi hermana es esta que veis (y señaló á Alida:) en otro tiempo, mi abuelo el gran duque, el difunto Kaleb, la sentenció por el delito de haber faltado á su virtud dejándose seducir por un extrangero: mi abuelo escuchó á la ley antes que á su corazon, y la sentenció: hoy mismo ha vuelto á sentenciarla; pero débil ya, y viejo en el cuerpo, aunque

fuerte en el alma, no ha podido resistir esta prueba á que le sujetaba su deber de gran duque: cuando hace diez y seis años sentenció á esta infortunada, perdió la razon, el uso de sus miembros y quedó semejante á un cadáver: hoy al repetir esa sentencia ha muerto.

Wamdihavé se detuvo transido de dolor, y la tribu guardó el más profundo silencio.

—En aquel tiempo, dijo Wamdihavé enjugándose las lágrimas que le arrancaba la muerte de su abuelo, en aquel tiempo, obedeciendo al gran duque, yo mismo me encargué de dar la muerte á mi hermana, á mi sobrina, y las llevé conmigo á un lugar apartado; pero hay empresas superiores á las fuerzas humanas.—Alida, que por sí misma no me hubiera suplicado, se arrojó á mis plantas, lloró y se retorció los brazos por su hija.—Yo no tuve valor para matarla: dejé á mi hermana encerrada tras una fuerte reja, sentenciada á vivir de la caridad agena, en uno de esos lugares tétricos en que se sepultan por toda su vida los penitentes cristianos, y me llevé conmigo su hija, la oculté, la hice criar, y pasado algun tiempo, ayudado por mi difunta esposa Kaidée, la hice pasar por mi hija: ahora bien, ¿vosotros quereis que se ponga en desuso esa ley que manda que muera la mujer impura que acoja los amores de un extrangero?

—Sí, sí, sí, exclamaron todos.

—¿Y qué decís á esto, ancianos de mi tribu? dijo Wamdihavé dirigiéndose á los que poco antes habian compuesto el tribunal.

—La hora se acerca, dijo uno de los ancianos con acento

profético: el pronóstico de Kaleb va á cumplirse: el cuervo vuela ya sobre nosotros presintiendo la destruccion: cuando un pueblo rompe sus leyes, leyes respetadas por cien generaciones, ese pueblo está degradado, corrompido, y la degradacion primero y luego la corrupcion, son las señales ciertas de la ruina de los pueblos.

—Pero es bárbara esa ley que manda al padre que mate á su hija porque ha escuchado las palabras de amor de un extrangero, dijo un gefe de la tribu: es bárbaro castigar á muerte lo que el grande Aldeboran ha permitido en su eterna sabiduría: el amor no reconoce razas, ni condiciones: el amor lo manda todo.

Y aquel hombre, jóven guerrero de atezada tez y ojos brillantes, posaba una mirada intensa é inequívoca en la infanta doña Sancha, que acababa de volver de su desmayo.

Seguia el error: todos creían que doña Sancha era la hija del crímen de Alida.

—Será bárbara cuanto quieras esa ley, Karuk, dijo el anciano volviéndose al jóven guerrero, pero á ella debemos el que nuestra raza se haya conservado pura, sin mezcla de sangre extrangera.

—Y á esa pureza debemos nuestra eterna proscripcion, contestó con calor Karuk; las persecuciones que nos hacen todos los pueblos, que nos miran como séres de distinta especie: la mayor parte de nuestras antiguas tribus se han extinguido diezmadas á un tiempo por las persecuciones de los demas pueblos, por el hambre, por la fatiga, por las enfermedades: por el contrario, si nosotros cedemos un

tanto, si permitimos á nuestras mujeres, que son hermosas y tentadoras, enlazarse con hombres de otra ley y de otra sangre, habremos dejado aquí y allá familias que nos amarán, que nos protegerán, porque nuestras hijas se acordarán siempre de que somos sus padres.

—Y se extinguirá nuestra raza, dijo el anciano con energía; la noble descendencia de los reyes sacerdotes de Egipto: paréceme sentir la voz indignada de nuestros abuelos que retumba hueca y fatídica en el fondo de las criptas de las grandes pirámides: paréceme escuchar su maldicion que cae sobre nosotros como una lluvia de plomo derretido.

Wamdihavé comprendió la fuerza de las razones del anciano, pero no tenia valor para hacer cumplir aquella ley terrible, y callaba aterrado fijando confundido la vista en el suelo.

—Terminemos: dijo al fin Karuk, el alba adelanta: los cristianos están avisados, y sin duda vienen en contra nuestra: ¿qué hemos de hacer, hijos de mi tribu? ¿debemos acatar la ley, ó derogarla?

—¡Que se derogue! ¡que se derogue! gritó la multitud, á quien habia interesado la lánguida hermosura de doña Sancha.

Los ancianos adelantaron.

—Puesto que lo quereis, dijo el de más edad, sea. ¿Qué ley ha de sustituir á la que desechais, hijos de Egipto?

—La mujer que se entregue á un extrangero debe, segun mi conciencia, observó Wamdihavé, ser expulsada de la tribu, y abandonada á la suerte que ella misma se haya procurado.

—Sí, sí, sí, gritó la tribu entera.

—¿Y qué haremos cuando, como en el caso presente, se encuentre entre nosotros una hija del extrangero?

—Esa mujer, dijo Karuk, segun una de nuestras antiguas leyes, debe ser entregada al más fuerte.

—Sí, dijo la tribu.

—Sí, dijeron los ancianos.

—Sea, dijo Wamdihavé.

—En ese caso, yo tomo para mí esta mujer, dijo Karuk adelantando hácia doña Sancha y asiéndola por una mano. ¿Hay alguno de vosotros que me la dispute?

Todos callaron.—Karuk repitió por tres veces aquella pregunta, y como sucediese igual silencio, el de más edad de los ancianos dijo:

—Tuya es la extrangera, Karuk.

—Ya lo oyes, cristiana, dijo el jóven guerrero: eres mia.

—¡Tuya! exclamó doña Sancha con una firmeza y un desprecio que no comprendió el jóven guerrero.

—Adelantad, mujeres de mi familia, dijo Karuk: hé aquí á la esposa de vuestro jefe: guardadla y honradla: vé, cristiana, vé con ellas, y no tiembles, te ama uno de los más fuertes guerreros de mi tribu.

Doña Sancha no contestó; resignóse á morir antes que á bajar hasta aquel hombre siendo su esposa, y se dejó conducir por un grupo de jóvenes y hermosas egipcias que habian salido á la voz de Karuk de entre la multitud, y desapareció con ellas.

—Aun nos queda un triste deber que cumplir antes de

levantar nuestras tiendas, dijo Wamdihavé dirigiéndose á la tribu con acento conmovido: los restos del anciano Kaleb, mi abuelo, reposarán en tierra extraña; pero es necesario que les demos paz y reposo antes de que amanezca; el nuevo sol ha de vernos marchando hácia el Norte.

Y encaminándose al lugar que habian dejado, llegó á él seguido de toda la tribu.

Zuanko, pendiente de la fatal encina, habia quedado abandonado en la oscuridad.

Cuando los egipcios llegaron al lugar donde habia estado constituido el tribunal, encontraron á Kaleb en el mismo lugar donde habia caido, guardado respetuosamente por algunos guerreros: junto al cádaver habia clavada en el césped una antorcha, y á su luz oscilante se veia aun en el rostro del anciano la terrible pasion que le habia matado.

La tribu se extendió en semicírculo al rededor del cadáver; los ancianos al frente de la tribu empezaron á entonar una salmodia grave y lenta en idioma desconocido; de período en período la tribu entera contestaba con otra salmodia más aguda, más vibrante, que parecia representar el dolor: entretanto dos hombres cavaban una profunda hoya, y cuatro mancebos que se habian coronado de ciprés, hacian un lecho de ramas y hojas. Cuando este lecho estuvo dispuesto, cuatro doncellas asieron el cadáver, le colocaron en él, y los cuatro mancebos coronados le pusieron sobre sus hombros, encaminándose á la hoya, en cuyo fondo se habia encendido una hoguera.

Toda la tribu seguia al cadáver cantando pausadamente cuando llegaron á la hoya, los mancebos que le conducian describieron un gran círculo siete veces estrechándose progresivamente hasta que á la sétima dejaron el cadáver junto á la hoya, en cuyo fondo los ancianos habian avivado la hoguera.

Entonces Wamdihavé adelantó llevando en la mano una copa de oro llena de bálsamo oloroso, y le vertió sobre el cadáver, despues extendió sobre él un paño de púrpura, y antes de cubrirle le besó en la frente; luego, conteniendo mal sus lágrimas, se retiró entre los ancianos, y el cadáver fué colocado por los mancebos sobre la hoguera con el rostro vuelto al oriente.

Entonces toda la tribu se agitó al rededor de la hoguera en una danza, cuyos compases fueron primero graves y pausados, y lentamente acrecieron en rapidez hasta convertirse en un verdadero torbellino, al que acompañaban cánticos extravagantes: á medida que cada cual pasaba sobre la hoya, arrojaba en ella una rama seca, lo que aumentaba la hoguera hasta el punto de hacerla parecer un volcan; y así estuvieron dos horas sin que al parecer la violencia de aquel rito bárbaro les cansase: despues dejaron de arrojar ramas; la hoguera se fué extinguiendo lentamente, al fin solo quedó en el fondo de la hoya una ceniza negruzca: entonces los cuatro mancebos coronados cubrieron la hoya con la tierra, hicieron un montoncillo circular y pusieron sobre él césped, con tal arte que el ojo más perspicaz no hubiera creido que allí se habia sepultado un cadáver:

despues entonaron un cántico salvage, y concluida con él la ceremonia, Wamdihavé se puso en marcha hácia el aduar acompañado del conde don Vela, seguido de los ancianos y de la tribu entera.

Era cerca del amanecer: cuando llegaron al aduar todos se ocuparon en levantar las tiendas, y las cargaron con sus enseres en las caballerías; antes de la salida del sol la tribu estaba en marcha, y al separarse de aquella rivera Wamdihavé dijo á don Vela:

—Esta noche ha sido para mí funesta: he perdido cuanto amaba; mi abuelo, mi hermana Ayelah, mi hijo Kaid y mi sobrina Athais: el sábio Kaleb tenia razon cuando decia que el cuervo volaba sobre nuestra tribu presintiendo su destruccion: todo lo he perdido, todo, y he quedado solo en el mundo.

—Pero te queda un hermano, Wamdihavé, contestó el conde don Vela.

—¡Un hermano! ¡tú! dijo el egipcio.

—Sí: ¿acaso no amo á tu hermana Ayelah?

—¡Ayelah! ¡Ayelah! exclamó fatídicamente Wamdihavé; y espoleando á su corcel de batalla, siguió adelante y en silencio por el desfiladero de una montaña.

En medio del desórden de la tribu, que era una extraña mezcla de mujeres, muchachos, viejos, asnos, caballos y perros, rodeado por cuatro ginetes armados con lanzas, á cuyo frente marchaba Kairú, iba una especie de palanquin cubierto, conducido en hombros de cuatro egipcios: delante de aquel palanquin iba una mujer harapienta y desgreñada, que repetia sin cesar:

—¡Es mi hija! ¡es mi hija!

Aquella mujer era Alida, la hermana del gran duque: el palanquin encerraba á la infanta doña Sancha de Navarra.

CAPITULO XIII.

De cómo no todo el que parece muerto, es muerto.

Volviendo un tanto atrás, y mientras la tribu egipcia se ocupa con un religioso respeto en la inhumacion de su viejo gran duque Kaleb, cúmplenos decir lo que aconteció en la quebradura donde habia sido ahorcado Zuanko.

Apenas se habia separado de aquel lugar la tribu, cuando saliendo recatadamente de entre la maleza, aparecierou tres hombres, Laiké, Zim-Zam y Kaibur, los tres amigos de Zuanko, en fin, que por el delito de haberle querido salvar, habian sido expulsados de la tribu.

Laiké escuchó durante algun tiempo con atencion, y dijo á sus compañeros:

—Son los funerales de un gran duque: Kaleb ha muerto, y acaso su muerte haya variado la injusta determinacion que han tomado contra nosotros.

—Por el contrario, dijo Kaibur, Wamdihavé es nuestro enemigo, y de seguro que no habrá, despues de la muerte del anciano Kaleb, quien se oponga á su autoridad; volver



Zinzan, con la agilidad de un gato montés, trepó á la encina y cortó con su puñal la cuerda.

confiados en un azar, será una locura; limitémonos á lo que venimos: veamos si podemos volver á la vida á Zuanko.

—Dices bien, Kaibur, observó Zim-Zam, y no hay momento que perder: veamos si aun es tiempo de salvar á nuestro amigo, y si le salvamos, lugar tendremos de pensar en la venganza.

Tras estas palabras Zim-Zam, con la agilidad de un gato montés, trepó á la encina de que estaba suspendido Zuanko, buscó la cuerda, avisando á sus compañeros para que recogiesen á Zuanko, cortó con su puñal la cuerda: el ajusticiado cayó entre los brazos de sus amigos, al mismo tiempo que Zim-Zam se deslizaba de la encina con la misma facilidad con que habia trepado á ella.

—Su corazon late: su cuerpo aun no está frio, dijo Laiké; acaso podremos volverle á la vida; pero ante todo, es necesario que nos alejemos de aquí: en los dias que nos hemos detenido en estas riveras, he reconocido el terreno, y sé que hay cerca de aquí en la cumbre de una montaña un pequeño templo cristiano, en el que vive un penitente cristiano; todos estos ermitaños son caritativos; además, la roca es inaccesible, y si nos viésemos acometidos, podríamos defendernos con piedras solas de la tribu entera: nuestros amigos, que han sido desterrados como nosotros, nos han abandonado, formando una pequeña tribu con sus familias, y nosotros hemos quedado solos en el mundo, espuestos á la cólera y á las persecuciones de los cristianos; pero nos vengaremos, y nuestra venganza será cumplida si nos ayuda Zuanko: conduzcámosle, pues, á ese albergue que os he dicho, y luego veremos lo que debemos hacer.

Mientras Laiké hablaba, y prestaba algunos auxilios preliminares á Zuanko, Zim-Zam y Kaibur habian hecho una camilla con ramas de encina que habian unido entre sí valiéndose de la cuerda que habia servido para ahorcar á Zuanko: pusiéronle en ella, la cargaron sobre sus hombros; y á través de la maleza, tomaron por un estrecho y pendiente sendero.

Al cabo de una hora de marcha, y cuando ya la luz de la mañana empezaba á exclarecer el horizonte oriental, llegaron á la plataforma de una roca, que dominaba un paisage inmenso: veíanse acá, allá, en todas direcciones, cerca y lejos, montañas lánguidamente iluminadas por la primera luz del alba, valles sumidos en la sombra, sobre los cuales se levantaba un vapor denso, y en el fondo de estos valles mares de verdura, en los cuales las gigantescas copas de las encinas parecían olas inmóviles: un paisage bravío, en fin, adormido aun y mudo, bajo los últimos pliegues del manto de la noche, y sobre el cual se desplomaba la luz de la luna luchando con la luz del alba.

En el centro de la plataforma de la roca, que era extensa, habia un pequeño y secular edificio de piedra, al que estaba adherida por la parte del mediodia una mezquina construccion de tierra. La primera era una ermita, que habia llamado Laiké, ignorante de las denominaciones españolas, un pequeño templo cristiano: la segunda una humilde barraca de tierra y ramas, en la que moraba el ermitaño.

Cuando los egipcios llegaron á la cumbre con su lúgubre carga, ya el penitente habia dejado su lecho, y hacia ta-

ñer al cascado esquilon de la ermita la oracion de la mañana: el dia entraba á buen paso, la luz se exclarecia más y más, los primeros arreboles del sol aparecian en el horizonte, y á su luz pudieron notar los egipcios que el hombre de la ermita era un varon como de cincuenta años, de cabellos y barba blanca, y de color cobrizo, vestido con un sayo burdo que ceñía á su cintura con una cuerda de cáñamo.

Al ver á los egipcios, el ermitaño los miró de una manera profunda, y con una fijeza extraña, sus negros ojos pasaban alternativamente de los vivos al que parecia muerto, y de este á aquellos.

—¿Quiénes sois? ¿qué quereis? les dijo en el dialecto especial de aquellos vagabundos.

—Tú eres egipcio como nosotros, le dijo Laiké.

—¿Me llamais egipcio porque hablo vuestra misma lengua? dijo con reserva el ermitaño.

—El leon conoce al leon, por desfigurado y encubierto que esté, contestó sentenciosamente Kaibur terciando en la conversacion.

—¿De qué tribu sois? preguntó gravemente el ermitaño.

—De la tribu de Antaruk, contestó Laiké.

—Es verdad, dijo sombríamente el ermitaño: hace mucho tiempo que la tribu de Antaruk, viniendo del oriente para buscar el norte, pasó por la primera vez por estas tierras: jamás se habian visto en ellas egipcios, ni los ojos de los cristianos se habian asombrado nunca con la hermosura de las doncellas errantes: la mano de Dios detuvo en este mismo lugar á la poderosa tribu de Antaruk, dejó caer sobre ella desgracias sin número, y la obligó á volver otra

vez á las cálidas regiones de Africa: es verdad: la mano de Dios ha impulsado de nuevo á la tribu de Antaruk de oriente á poniente: ya la he visto aparecer una mañana en la vecina rivera, levantar sus tiendas y detenerse en un mismo lugar más tiempo que el que media desde que traspone el sol hasta que nace: Antaruk se ha detenido una luna entera, y ya veo las funestas consecuencias: allí abajo entre los breñales he escuchado cánticos mortuorios, y he visto brillar la hoguera de la fosa de un gran duque. ¿Quién ha muerto entre vosotros?

—Segun creemos, dijo Laiké, la sombra del gran duque Kaleb ha entrado por la puerta del fuego en las praderas eternas.

—¡Kaleb, el justo, el valiente, el bueno! ¡el que sentenciaba por igual las querellas entre el débil y el fuerte! ¡el que arrollaba á sus enemigos en el combate, como el viento arrolla las hojas secas del otoño! ¡el que amaba á todos y se hacia amar de todos! ¡Y no estais seguros de que sea él!

—No estamos seguros, porque cuando fuimos arrojados de la tribu, Kaleb, aunque anciano decrépito y enfermo, ¡vivia aun.

—Que habeis sido arrojados de la tribu; ¿y por qué? ¿habeis mentido? ¿habeis procurado turbar la paz de vuestros hermanos?

—Hemos sido desterrados, porque defendíamos el derecho de ese que ves muerto en la apariencia, y á quien esperamos salvar de la muerte.

—¡Ah! ¿ese hombre no está muerto?

—Ha sido ahorcado, pero su corazon late, y aun conservan calor sus miembros.

—Pensemos primero en el que sufre, que tiempo tendreis despues para contarme vuestros secretos. Venid conmigo.

Laiké y Zim-Zam cargaron con la camilla, y dejando á Kaibur fuera para que velase, entraron con el ermitaño en la ermita.

Era esta, aunque reducida, de bello órden bizantino, y su plano en cruz latina, aunque pequeñísimo, era semejante al de una basílica; al fondo sobre el presbiterio realzado por tres gradas de piedra habia un sencillo altar con un crucifijo, y una lámpara de madera ardia aun próxima á extinguirse su luz.

Laiké miró el templo con extrañeza, y dijo al ermitaño:

—¿No tienes lugar más á propósito que este para hacer volver á la vida á nuestro hermano?

—El varon prudente espera hasta el fin de las cosas para juzgar de ellas, contestó el ermitaño; y acercándose á un sepulcro de piedra sobre el que se veía la estátua yacente de un caballero armado de punta en blanco, oprimió un lugar de la piedra, rechinó un gozne, cedió el frontal del sepulcro y se abrió una ancha entrada, tras la cual se veía una escalera.

—Pasad, les dijo con autoridad el ermitaño.

Laiké, Zim-Zam y Kaibur, conduciendo siempre á Zuanko, pasaron, aunque con recelo: el ermitaño pasó tras ellos, y la secreta entrada volvió á cerrarse.

—Seguid sin temor adelante; aunque estamos envueltos

en tinieblas, dijo el ermitaño, la escalera es larga y recta, y antes de que la terminemos tendremos luz.

Siguieron adelante y en línea recta, y en efecto, á los cien peldaños de profundidad se vió una claridad indecisa, que á medida que fueron descendiendo, aumentó hasta poderse ver distintamente los objetos.

Quedaba poco trecho de la escalera, y cuando llegaron á su pié, se encontraron en un ancho espacio abierto á pico en la roca, en la cual entraba la luz á través de anchas grietas naturales defendidas en la parte interior por rejas cubiertas de hiedra.

Aquel espacio, por su gran extension, por su altura, por la luz, que entraba indirectamente y como cernida á través de los velos de hiedra, era imponente, sombrío, solemne: el pavimento estaba cubierto de una arena finísima, sobre la cual se apagaban las pisadas, y acá y allá desiguales en la colocacion y en el tamaño, se veian hasta seis puertas forradas de hierro.

El ermitaño se encaminó á la más pequeña, la abrió, dejando ver tras ella un pequeño espacio en que habia arcas y armarios, abrió uno de estos últimos, se despojó del hábito, de la cabellera cana y de las barbas, que eran postizas, y quedó en trage de caballero leonés, con una larga crencha negra y cubierto por un camisote de mallas, ceñidos á la cintura un puñal agudo y una espada corta, y abriendo uno de los cofres, sacó de él un riquísimo ropon escarlata bordado de oro, un birrete de brocado y unas ricas sandalias: vistióse todo esto en silencio delante de los asombrados egipcios, sacó del armario un haz de gruesas y relucientes

llaves, las suspendió del pomo de su puñal, y cerrando aquella especie de almacen ó guardarropas, se encaminó á la mayor de las puertas, la abrió, y dijo á los egipcios en su idioma con acento de autoridad:

—Pasad.

Los tres egipcios, aunque maravillados, fueron á asir la camilla; pero aquel extraño personage se lo impidió:

—No, no, dijo pasad vosotros solos.

—¡Nosotros solos! exclamó con altivez Laiké; ¿y piensas que á pesar de las maravillas que nos has dejado ver estamos asombrados lo bastante para no defendernos y dejar en tu poder, en poder de un hombre á quien no conocemos, otro hombre á quien amamos y queremos sálvar de la muerte?

—Por mucho que ameis á Zuanko, dijo con autoridad el incógnito, no le amareis más que yo.

La sorpresa de los egipcios creció.

—¿Quién te ha dicho que este se llama Zuanko? dijo Laiké.

—Le he reconocido: Zuanko es mi hermano menor.

—¡Tu hermano menor! exclamaron á un tiempo los tres egipcios.

—¡Sí! ¡yo me llamo Daruh!

—¡Daruh! ¿el famoso guerrero que llena los cantares de nuestra tribu? ¿el valiente cuyas hazañas se nombran para ejemplo de nuestros mancebos?

—Yo soy Daruh, repitió con acento grave aquel hombre.

—¿Y por qué separas de él á los que le han salvado?

—Porque le habeis salvado os he acogido: si un cris-

tiano se me hubiese presentado con el cuerpo de mi hermano, no hubiera sabido los misterios que se guardan en las entrañas de esta roca bajo una ermita cristiana: el cristiano hubiera muerto: pero vosotros sois hijos de la tribu Andabaruk, en la que yo he nacido, y nada os faltará en mis ocultos dominios, nada de cuanto puede soñar el más ambicioso de placeres, excepto la libertad, que no os concederé hasta que sepa que puedo fiarme de vosotros: pasad.

Los tres egipcios, dominados por el aspecto, la mirada y el acento de Daruh, pasaron.

—¡Fortun! gritó aquel hombre.

Inmediatamente se oyó descender por unas escaleras interiores un hombre, y no tardó en presentarse un fornido montañés armado como los hombres de guerra de entonces.

—¿Qué me mandais, noble y poderoso señor? dijo Fortun en buen dialecto castellano.

—Lleva á esos tres hombres, y aposéntalos en la hospedería, tratándolos como si se tratase de mí mismo, dijo Daruh en el mismo lenguaje, y envíame al momento á Gimeno y á Artal.

—Muy bien, señor, dijo Fortun poniéndose en marcha hácia el interior, seguido de los tres egipcios, que obedecieron á un ademan imperativo de Daruh.

Apenas este se quedó solo, cuando corrió á la camilla donde inmóvil y como muerto yacía Zuanko.

—¡Hermano! ¡hermano mio! exclamó Daruh conmovido: ¿quién habia de decirme hace diez y seis años, cuando para huir el furor de Kaleb me ví obligado á abandonar la tribu, que aquel hermoso niño de diez años, á

quien yo sentaba sobre mis rodillas, habia de venir á mí con el cuello amoratado por el dogal, insensible, casi muerto? pero no importa, tú vivirás, porque yo soy sábio como Wamdihavé; tú me contarás tus ultrajes, y yo, que soy poderoso, te vengaré.

Y como en aquel momento apareciesen los dos hombres que Daruh habia hecho llamar, y que vestian exactamente como Fortun, les dijo:

—Cargad con ese hombre, y seguidme.

Los dos montañeses obedecieron en silencio, y Daruh, cerrando la puerta por donde habian desaparecido siguiendo á Fortun los tres egipcios, abrió otra más pequeña situada á la derecha de aquella, entró con Zuanko, cerró y se aventuró por una larga série de habitaciones iluminadas como el espacio que ya conocemos por grietas abiertas al exterior, defendidas por rejas, y cubiertas las rejas por yedras y madreselvas.

Al fin abrió otra puerta, y entró en una magnífica estancia entapizada y amueblada, como pudiera estarlo la del más opulento alcázar, é iluminada por velas de cera que ardian sobre las mesas.

—Poned ese hombre en mi lecho, dijo Daruh á los montañeses, y llevaos esa camilla.

Gimeno y Artal asieron con gran cuidado de Zuanko, atravesaron una puerta magnífica, y entraron en un dormitorio donde habia un lecho con alto testero blasonado.

El blason consistia en un escudo liso ovalado, fondo de oro con tres barras horizontales de sangre.

Los montañeses (que sea dicho de paso, tenian como el

primero que apareció unas terribles fachas de bandidos,) colocaron en el lecho á Zuanko, y salieron.

Apenas se quedó solo Daruh, cerró la puerta de la cámara, fué á un ancho escudo de bronce suspendido en una pared y blasonado con la misma empresa que el lecho, y tocó en el aro del escudo con el pomo de su puñal por tres veces consecutivas. Dejóse oir instantáneamente un sonido metálico, vibrante como el de una campana, y á poco espacio se levantó una trampa del pavimento, y apareció un viejo pequeñuelo, encorvado, de mirada atenta y recelosa, que á todas luces, por la expresion y el tipo de su semblante y por sus ropas era judío.

—Acércate, sábio Roboam, le dijo Daruh en castellano: ha llegado el momento de poner á prueba tu ciencia.

—Todo lo que sé y todo lo que valgo es tuyo, noble señor, dijo el judío con acento servil.

—Sin embargo, á pesar de que te pago expléndidamente, te prometo un tesoro si vuelves á la vida á ese hombre, dijo Daruh, llevándole al lecho y señalándole á Zuanko.

El médico hebreo, porque médico era el exíguo persosonage, examminó detenidamente al egipcio, y dijo á Daruh:

—Este hombre no morirá de esta vez, y si no me engaño, cuenta con muchos años de vida, si no tropieza de nuevo con un dogal más fuerte que el que le ha puesto en tal estado, ó con el hierro ó con el tósigo.

—Salvémosle ahora, que despues Dios ó el diablo se encargarán de salvarle.

—Pues dále por salvado, señor; dentro de algunas ho-

ras estará tal como si nada le hubiera acontecido, salvo alguna pequeña inflamacion en la garganta.

—¿Estás seguro de que puede vivir? Yo sé casi tanto como tú, me parece lo mismo que á tí, que no hay peligro, pero no he querido fiarme de mí mismo; ¿puedo contar con que á mi vuelta de una expedicion precisa encontraré á este hombre sano y salvo?

—¿De qué me servirian cuarenta años de ciencia, si no te pudiese asegurar de un resultado tan claro? dijo con el desden de un sabio el judío.

—Pues bien, dedícate á salvarle, te dejo solo; pero ten en cuenta, que si al volver no le encuentro enteramente fuera de peligro, te extrangulo, Roboam.

—No me extrangularás, señor; por mucho que te interese la vida de este hombre, puedes marchar tranquilo.

—Adios, pues; parto confiando en tí: hasta la noche, Roboam.

—Hasta la noche, señor.

Daruh lanzó una profunda mirada de amor á Zuanko, y salió, desandando su camino hasta llegar á la primera escavacion del subterráneo: entonces abrió de nuevo su guardarropa, se despojó del ropon, del birrete y de las sandalias, se vistió un traje de bandido montañés, calóse un gorro de paño burdo con una pluma de alcon, tomó una ballesta y una aljaba llena de fuertes venablos, y cerrando aquella especie de vestuario subió las escaleras, llegó á la puerta secreta, la abrió y se encontró en la ermita: volvió á cerrar aquella entrada oculta, abrió la puerta de la ermi-

ta, y encontró en su dintel un pan negro, algunas nueces y cebollas, y un cántaro con agua.

—Hé aquí la caridad de los leoneses, que acude á las necesidades falsas del falso anacoreta con una comida digna de un cerdo: sin embargo, hay que agradecerlo y fingir que se come.

Y entrando dentro de la ermita aquellos toscos alimentos despues de haber visto que nadie podia observarle, cerró, guardó la llave en la ancha bolsa de piel de lobo que pendiente de su cintura le servia de escarcela, y tomando la espalda de la ermita se acercó al borde de la roca tajada por aquella parte y cubierta de brezos y maleza.

Oculto en su encumbrada posicion, sin poder ser visto de nadie, lanzó ante sí y á sus piés una penetrante mirada: á una gran profundidad y distancia vió á la tribu egipcia que plegaba sus tiendas y cargaba en sus caballerías su menage.

—Han ahorcado á mi hermano, dijo roncamente Daruh, han asesinado tal vez al viejo Kaleb, y ahora se ponen en marcha: pues bien, yo sabré adónde van; haré que me acompañe Zaib, que es listo como una ardilla, y cuando no podamos perder el rastro, volveré y sabré por boca de mi hermano de quién debemos vengarnos.

Dicho esto esperó: no pasó mucho tiempo antes de que se pusiese en marcha el aduar, que pasó á los piés de la roca perdiéndose en los desfiladeros de la montaña.

Daruh esperó aún, y cuando iba á ponerse en seguimiento de la tribu vió reflejar á lo lejos en el horizonte los rayos del sol sobre hierro bruñido: la vista de águila del egipcio duda la distancia.

—Soldados del rey, dijo: ¿irán tambien en seguimiento de la tribu? allá lo veremos.

Y esto diciendo, se encaminó al descenso de la roca, y salvó á saltos con la agilidad de una cabra montés las escarpaduras.

CAPITULO XIV.

De cómo un terrible auxiliar vino á sacar de su prision al conde Gonzalo Diaz y al arcipreste Pero Sanchez.

En un oscuro, fuerte y extenso calabozo del castillo de la Hechicera, prision de los olvidados personages que volvemos á nombrar en el epígrafe de este capítulo, encontrábanse los susodichos aquella noche tan fecunda en acontecimientos, en el momento en que Ayelah, vestida de page del rey, sostenia con doña Sancha la escena que ya conocen nuestros lectores.

Un sombrío carcelero acababa de llevar la cena á los presos, cena que, por encargo del rey don Sancho, que no tenia contra ellos ódio alguno, era suculenta y apetitosa, y de dejarles un cabo de vela graduado de antemano para que no pudiese prolongarse su duracion más allá de la cena.

Pero Sanchez á pesar de su obesidad, que parece debia aconsejarle cierta abstinencia, era gloton, y como la diferencia gerárquica le obligaba á servir al conde Gonzalo Diaz y á cenar despues que él, veía con impaciencia que el

conde se mostraba desganado y harto meditabundo y sombrío.

Pero Sanchez, sin embargo, extendió los manteles sobre la mesa, puso el servicio y los manjares en ella, y esperó un tanto, por respeto.

Empero el conde no se movia.

Esperó algo más el arcipreste, y el conde ni por esas; seguia abismado en sus pensamientos.

El cabo de cera menguaba rápidamente á los ojos hambrientos del arcipreste, y esto le extremecia, porque no le gustaba gran cosa cenar á oscuras.

Esperó un poco más, y continuó el silencio y la abstraccion del conde.

El cabo habia consumido la tercera parte de su longitud: la impaciencia habia hecho crecer otra tercera parte el hambre del arcipreste, y como que no hay como tener hambre para atreverse á todo, el buen Pero Sanchez, que, como recordarán nuestros lectores, era tímido y prudente en demasía, hizo el milagro de decir con voz insegura:

—Dejad, señor, pensamientos y cavilaciones para más adelante, y por lo pronto, mirad que la cena se enfria; además que yo tengo para mí que el comer no quita el pensar, y luego que yo creo firmemente, que mejores discursos se hacen con la tripa llena que cuando está vacía, por aquello de: que á cuerpo vacío todas son flaquezas... y... en fin... que lugar hay...

—¿Qué decís, Pero Sanchez? dijo el conde, que no habia entendido bien al arcipreste.

—Dígoos, señor, que la cena os espera.

—¡Ah! ¡se trata de la cena! pues mirad, me siento sin apetito.

—¡Que os sentís sin apetito, señor! dijo todo asustado el arcipreste: pues mirad, es extraño, porque yo no pienso ni cavilo tanto como vos, y tengo un hambre que me perezco.

—Cenad vos, dijo el conde Gonzalo Diaz.

—Pero ¿y vos, señor? dijo algo más alentado Pero Sanchez.

—Ya os he dicho que no quiero cenar, y me causareis gran disgusto no cenando: el que yo no lo haga, por falta de apetito, no es razon para que no lo hagais vos, que lo teneis y sobrado.

Insistió un tanto por cortesanía y por deber Pero Sanchez, pero al fin cedió á las exhortaciones del conde y avanzó á la cena.

—Y es lástima, señor, dijo con la boca llena, porque esta carne de venado está de tal modo aderezada y á punto, que se le pudiera poner al Papa.

—Decidme, señor Pero Sanchez, ¿hace mucho tiempo que el rey ama á su sobrina la infanta doña Sancha? dijo el conde no haciendo aprecio de la observacion culinaria del arcipreste.

—¡Pse! dijo este despues de haber vaciado un enorme cubilete: yo no puedo deciros muy bien cuánto tiempo hace, pero lo que es cierto, muy cierto, que el rey tiene más apetito de la infanta, que yo de un buen tasajo cuando no he comido en veinticuatro horas.

—¡Pero la infanta!

—¿Y cómo quereis que la infanta ame al rey con aquel pellejo que le cuelga á manera de tapiz por todás partes, y aquellos ojos escondidos, y aquel mal humor en que le tiene contínuamente su fealdad?

Como ven nuestros lectores, el arcipreste Pero Sanchez estaba en una completa ignorancia de la transformacion del rey don Sancho el Gordo, ó más bien el ex-gordo y el ex-feo, cuando así hablaba del cuero colgante del buen rey.

—Pero esto no implica, continuó el arcipreste mientras mascaba á dos carrillos; porque aunque don Sancho, á pesar de sus veinticuatro años parezca un... la corona que ciñe á su cabeza le hace hermoso, y tanto hará y tomará y volverá, que al fin repudiará á doña Geloira, y se casará con doña Sancha.

—¿Pues qué, piensa el rey en repudiar á su esposa? dijo el conde pillando al vuelo aquella imprudente palabra del arcipreste, que se arrepintió, aunque tarde, de haberla pronunciado.

—No, no, yo no sé... en fin...

—Vos habeis hablado de repudio.

—Bien puede ser.

—Lo que prueba que algo habreis oido.

—Pues mirad, eso no prueba más...

—¿Qué?

—Que yo me lo figuro.

—¿Que os lo figurais?

—Sí por cierto.

—¿Y qué razones teneis para figurároslo?

—La infanta es una honrada y nobilísima doncella.

—Cierto que sí.

—Y por lo tanto el rey no ha podido pensar en ella sino con un fin honesto.

—¡Ah!

—Pues, y como el único fin honesto que puede tenerse acerca de una doncella...

—Es casarse...

—Pues por lo mismo, como el rey es casado .. como está enamorado como un loco de doña Sancha, y como no puede ver más que al diablo á la señora reina doña Geloira, que es vieja y fea... por lo tanto yo... me he figurado...

—Que el rey piensa en repudiar á la reina...

—Para casarse con la infanta...

—Falta que la infanta quiera.

—De modo que si la infanta se ve obligada...

—¿Obligada á qué?...

—Dicen que en otro tiempo, contestó sentenciosamente Pero Sanchez dejándose arrastrar por su charlatanismo, tenia cierto conde una hija muy hermosa.

—Y un rey la amó.

—Justamente; pero ella no amó al rey.

—¿Y qué hizo el rey?

—El rey la dió ciertos polvos que la aletargaron.

—Dejadme concluir esa historia, señor Pero Sanchez.

—¿Qué, la sabeis?

—¿Y quién no la sabe en España?

—Ciertamente; pero los pormenores...

—Todo se redujo á que el rey abusó de la hija del conde cuando estaba dormida.

—¿Y no puede hacer lo mismo don Sancho con doña Sancha?

—Sería muy imprudente.

—¡Imprudente! ¿y por qué?

—Vos sabeis el resultado que tuvo el exceso del rey don Rodrigo.

—Ya lo creo, el conde don Julian, el traidor, metió á los árabes en España; pero ahora que los tenemos dentro...

—No importa...

—¿Y quién podria?...

—El conde Fernan-Gonzalez, menguado, ya que no fuese el rey de Navarra.

—¡Bah! sabe Dios lo que será del conde soberano de Castilla.

—¿Qué decís?

—El rey no le puede ver ni á cien leguas.

—¿Y sería capaz el rey?...

—Qué sé yo... el rey es bueno y caballero.

—Sí, sí, pero esa pasion por la infanta....

—Las pasiones nos ponen bajo el dominio del diablo, señor.

—Y que don Sancho está dispuesto á hacer una villanía con el conde mi señor, lo prueban dos cosas.

—¿Y qué cosas son esas si me permitís?...

—En primer lugar ha traido con engaños al conde de Castilla á Leon.

—El conde de Castilla es tributario del rey de Leon, y cuando este promulga córtes, el conde de Castilla debe acudir como vasallo.

—Sí, pero esas córtes no eran necesarias.

—¿Quién sabe?

—Porque lo sé lo digo.

—¿Y es esa una de las cosas que prueban la mala intencion del rey?

—Sí por cierto: el rey don Sancho ha querido coger en su córte desarmado al conde de Castilla.

—Pues mirad, bien pudiera ser eso, porque al fin las mujeres son capaces de obligar al más cuerdo á hacer una locura; ¿y cuál es la otra cosa que prueba que el rey de Leon ha armado una zancadilla al conde vuestro señor?

—¿No me han preso á mí creyendo que era él en el huerto del monasterio de San Salvador?

—No sé si os han preso equivocándoos con él ó no.

—De todos modos, si me han preso creyéndome entre la oscuridad el conde de Castilla, ó si solo lo han hecho para apartarme de su lado conociendo mi lealtad, hay felonía, porque ni el conde Fernan-Gonzalez ni yo, hemos cometido delito ni desacato alguno contra el rey de Leon.

—Y en fin, ¿qué se deduce de esto? Yo no he cometido delito alguno contra el rey, y tambien me tienen preso.

—Vos habeis cometido contra el rey un delito grave.

—¡Yo un delito grave contra el rey don Sancho! dijo asustado Pero Sanchez retirando un tasajo que ya llevaba á su boca.

—Sí por cierto, y un delito que jamás os perdonará el rey.

—¿Pero qué delito es ese, señor? exclamó doblemente asustado el arcipreste.

—Ese delito consiste en haberos equivocado, prendiéndome en vez del conde de Castilla.

—La noche era demasiado oscura, y habíais fingido tan bien...

—¿Con que confesais dijo el conde Gonzalo Diaz, que hasta entonces no habia hecho más que tender un lazo á Pero Sanchez, que efectivamente el rey queria, contra toda razon, justicia y derecho, privar de la libertad á mi señor?

Abrió enormemente la boca el arcipreste al verse cogido, y se apresuró á replicar:

—Yo no he dicho nada de eso.

—Basta, contestó el conde: ya sé á qué atenerme y qué pensar de esta prision, que se va haciendo demasiado larga: hace ya un mes que estamos encerrados sin ver á otra persona que al carcelero que nos guarda y nos asiste, y cuando el conde de Castilla no me ha reclamado, es señal cierta de que está preso tambien; y si está preso, ¡oh! si está preso, añadió con torvo acento Gonzalo Diaz, os afirmo que los castellanos no dejarán piedra sobre piedra en Leon, hasta salvar ó vengar á su conde soberano.

—Ved ahí una cosa en que yo nada tengo que ver.

—¿Que no teneis nada que ver, y sois uno de los que han ayudado en sus infamias al rey don Sancho?

—Buen premio me dá, si le he servido, teniéndome preso.

—Castiga en vos vuestra torpeza, ú os tiene á mi lado como un testigo de vista.

—Pues mirad, yo no he podido adivinar, por más que he pensado en ello, el motivo de mi prision: soy de todo punto inocente, señor conde Gonzalo Diaz.

—Pues mirad; me dá el corazon, que antes de mucho hemos de estar libres.

—Dios quiera hacer que el rey se apiade de nosotros.

—Nuestra libertad vendrá de otra parte: nada se pierde si se busca bien, y el conde me buscará. Cuando ménos penseis, un ejército vendrá á cercar este castillo, y le tomará por fuerza de armas: hace tres noches que sueño esto de un mismo modo.

Como si las palabras del conde hubiesen sido una evocacion, oyóse, apenas las habia pronunciado, un estruendo extraño, retumbante, estruendo de combate: aquel estruendo era producido por los egipcios que asaltaban, como recordarán nuestros lectores, el castillo. El conde se levantó de un salto de su lecho, donde estaba reclinado, y se avalanzó á una ventana, que guarnecida por una fuerte reja, daba luz á la prision.

El combate siguió todas las fases en que le hemos descrito, y al fin cesó, sustituyéndole el más profundo silencio.

—Nos hemos salvado, dijo el conde: dentro de un momento, la puerta de esta maldita mazmorra se abrirá.

Pero Sanchez no era del mismo parecer del conde en cuanto á su salvacion: para él, aquello era dudoso: los que se habian apoderado del castillo debian ser rebeldes al rey, y le extremecia que aquella puerta se abriese: Pero Sanchez, como comprenderán perfectamente nuestros lectores, tenia poderosos motivos para no querer la libertad viniéndole por enemigos del rey.

Pero pasó mucho tiempo, y la puerta no se abrió, ni aun se oyó un solo paso alrededor de la prision, como habia sucedido durante el combate. El conde empezó á dudar: como soldado, habia comprendido que el castillo habia sido asaltado, defendido, y al fin ocupado por los enemigos.

Pero ¿qué representaba aquel silencio? ¿Acaso habian muerto todos los defensores, hábia quedado el castillo abandonado, é ignorando que en él habia dos presos, quedaban allí encerrados por una puerta demasiado fuerte para ser forzada, dentro de unos muros robustísimos, y con una reja defendida por espesos y monstruosos barrotes? ¿Iban acaso á morir de hambre?

Esta reflexion, comunicada por el conde á Pero Sanchez, extremeció á este hasta la médula de sus huesos: de todas las muertes, la que más horrorizaba al arcipreste era una muerte por inanicion.

Renunciamos á consignar cuanto dijeron, cuanto dedujeron, cuanto, en fin, se aterraron conde y arcipreste durante aquella noche, que les pareció horriblemente larga: al fin empezó á amanecer, y solo turbó el tétrico silencio que rodeaba al castillo el canto matutino de los pájaros entre las frondas de los bosques circunvecinos; pero ni una voz humana, único indicio que hubiese cerca ó lejos hombres que pudieran socorrelos, vino á turbar aquel silencio amenazador.

La reja por donde recibia la luz el calabozo daba sobre una peña tajada á grande altura sobre un valle sombrío: los dos prisioneros, asomados á aquella reja, asidas las manos á sus barrotes, guardando un silencio fatídico, lan-

zaban al exterior una mirada ansiosa, pretendiendo distinguir algun sér humano que pudiese socorrerlos: de vez en cuando el conde Gonzalo Diaz se acercaba á la puerta y gritaba con todas sus fuerzas por la rejilla abierta en ella; pero solo el eco, retumbando en el castillo como en un lugar deshabitado, contestaba á sus voces. Una de las veces que el conde habia acercado el rostro á aquella reja para hacer oir mejor su voz, un incidente terrible vino á colmar la angustia de de los prisioneros.

Antes que el calabozo habia una cámara extensa que parecia servir de almacen y armería, y en el que estaban hacinados multitud de muebles viejos, por medio de los cuales se pasaba para llegar al calabozo: pues bien, en el momento que citamos, al unir el conde su rostro á la rejilla, percibió un olor acre, punzante, y en medio de una niebla densa de que estaba llena la habitacion vecina, y que empezaba á exhalarse por la rejilla, percibió un resplandor rojizo: aquello era terrible, bastante á aterrar al más bravo: el castillo estaba incendiado, y el incendio avanzaba rápidamente hácia el calabozo.

Al grito de horror del conde, Pero Sanchez se volvió y adivinó, extremeciéndose como jamás se ha extremecido mortal alguno, la terrible verdad.

—¡Oh! pero esto no puede ser, dijo el arcipreste pálido como un cadáver; Dios no puede permitir que dos criaturas mueran ni más ni menos como dos despreciables sabandijas... esto no puede ser... sería horroroso... y yo no quiero morir así; yo no soy brujo, ni herege, ni hechicero, ni egipcio, para morir á muerte de fuego.

—Moriremos ahogados, dijo el conde con desesperacion viendo que el humo entraba en una columna compacta por la rejilla y por los intersticios de la puerta.

—Pero tampoco quiero morir de esa manera, dijo el arcipreste llorando de terror.

—Moriremos si Dios no hace un milagro, dijo el conde, y corrió á la reja, se asió á sus barrotes y los sacudió frenético.

Pero era aquella una empresa superior á las fuerzas humanas, y los barrotes ni aun se movieron.

—Venid y ayudadme, dijo el conde al arcipreste.

—¡Que os ayude! buenas fuerzas tengo yo para doblegar esos enormes hierros, exclamó Pero Sanchez gimiendo.

—Ayudémonos si queremos que Dios nos ayude, dijo el conde forcejeando aun; la desesperacion nos dará fuerzas.

—Y dado caso que rompiéramos uno de esos hierros, dijo con la más profunda desesperacion el arcipreste, siempre quedará á nuestros piés un tajo de cincuenta varas de altura.

—Morir por morir, más breve y preferible es morir despeñado.

—Es que yo no quiero morir ni quemado, ni sofocado, ni despeñado, dijo el arcipreste: no quiero morir de ningun modo.

—Pues bien, en ese caso pedid á Dios que haga un milagro.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Pero Sanchez; ¡tened compasion de mí, y si escapo de esta os prometo meterme monge benito y no comer en toda mi vida más

que legumbres ni beber más que agua! exclamó Pero Sanchez, pegando su rostro á la reja exterior para impedir que le asfixiase el humo, que ya era denso en el calabozo.

El conde habia hecho lo mismo; sin embargo, la densa columna de humo negro, acre, compacto casi, que salia por la reja como por una chimenea, les hubiera ahogado á no ser porque, ya fuese milagro de Dios, que aceptase la promesa formal de Pero Sanchez, ya fuese una casualidad, en el momento en que el arcipreste formuló su voto, un furioso huracan, dejándose caer de los espacios sobre el castillo batiendo de frente la reja, rebatió el humo y sopló constantemente por espacio de media hora.

El viento es lo mas instable que se conoce, y aquel viento salvador tenia en una mortal ansiedad á los prisioneros temiendo que cesase; cinco minutos que hubieran transcurrido calmado el viento ó cambiando de direccion, hubiera bastado para que el humo asfixiase á aquellos dos hombres; pero duró lo bastante para que el incendio devorase los combustibles, y como el castillo era de piedra el incendio se contuvo allí mismo, el humo fué perdiéndose rápidamente en la oscuridad, y al fin desapareció enteramente el peligro.

Entonces el conde y el arcipreste se volvieron y lanzaron una mirada tímida al interior.

Pero aquella mirada se hizo radiante, y entrambos lanzaron un grito de insensata alegria: el incendio habia quemado la puerta del calabozo y estaban libres.

A través de aquella puerta ennegrecida por el humo los prisioneros vieron la cámara anterior cubierta de brasas y

cenizas inflamadas; pero esto no era cosa que los pudiese aturdir; el incendio se habia extinguido enteramente, y los tan milagrosamente libertados, no se atrevieron á esperar temerosos de un nuevo incidente, que podia ser muy bien el desplome de las viejas bóvedas quebrantadas por el fuego.

Así, pues, asieron cada cual una tabla de sus lechos, se valieron de ellas como raseros para abrirse una estrecha senda entre la brasa y al fin se encontraron sanos y salvos en una galeria del castillo cuyo techo incendiado se habia desplomado.

No fué en valde su presteza: apenas habian salido de la armeria cuando su bóveda se derrumbó.

Aguijados por el temor de un nuevo hundimiento saltaron sobre los escombros, ganaron una ancha escalera, y se encontraron al fin en la plaza de armas.

Entonces conocieron la causa del incendio: un monton de cadáveres hacinados sobre una pira encendida ardian con esa tenacidad con que arde el cuerpo humano; el fuego de esa pira se habia comunicado á un hacinamiento de leña colocada en un ángulo del patio; habia corrido á los techos de pino de la galeria, y de allí habia pasado al interior, algunas torres estaban coronadas de una cresta de fuego y lanzaban largas columnas de humo.

La poterna, sin embargo, estaba abierta, alzado el rastrillo, caido el puente, franca, en fin, la salida.

El conde y el arcipreste se lanzaron fuera, y libres ya de peligro, se detuvieron como á descansar de tantas terribles emociones.

Aun no habia salido el sol: el castillo parecia enteramente abandonado, pero el conde notó con extrañeza que algunos cadáveres no habian sido arrojados á la hoguera. Aquellos cadáveres eran de soldados leoneses.

Vamos á explicar esta circunstancia á nuestros lectores.

Poco despues de haber salvado Alida á doña Sancha, el viejo Kairú, que en el primer momento de terror instintivo á la vista de aquel espectro humano habia huido como el rey y el conde Fortun Nuñez, se rehizo al fin, meditó que nada habia en aquel incidente que no fuese natural, recobró por lo tanto la razon, y ya en el ejercicio de ella se dijo:

—Ayelah por sus celos contra esa infanta cristiana ha producido una situacion que puede poner en graves conflictos á la tribu; dentro y fuera del castillo han quedado cadáveres de los nuestros, el rey cristiano repuesto de su terror volverá, y al ver á los egipcios conocerá que ellos han sido los conquistadores del castillo y los robadores de la infanta: eso no debe ser, yo borraré el rastro de modo que nadie sepa quiénes han causado estos sucesos.

Y silbando de una manera particular por tres veces, salieron algunos egipcios de entre las quebraduras y se dirigieron á él.

Kairú les expresó su proyecto, que al momento fué puesto en práctica; los egipcios que le ayudaban despojaron de los vestidos y de las armas á sus correligionarios, hacinaron cuanta leña necesitaron en la plaza de armas, pusieron sobre aquella especie de pira los cadáveres, los entregaron á las llamas, y no partieron hasta que vieron que era

imposible reconocer en aquellos cadáveres abrasados si eran egipcios ó cristianos.

Esta habia sido la causa fatal del incendio.

Volvamos á Gonzalo Diaz y al arcipreste. El primero, despues de dar gracias á Dios por verse libre, como era preciso que lo hiciese un cristiano, pensó en el uso que debia hacer de su libertad: volver á Leon era una locura: lo más acertado era tornar á Castilla, ver si habia vuelto el conde ó se sabia su paradero, y si se ignoraba este, acusar ante las cortes castellanas de felonía al rey de Leon, amenazarle con la guerra si no les entregaba el conde Fernan-Gonzalez, y llevar aquella guerra á cabo, caso de que el conde no fuese restituido sano y salvo á sus estados.

Pero la ida á Castilla desde el riñon del reino leonés ofrecia grandes dificultades para el conde; estaba desarmado, y no tenia cabalgadura con que poder hacer el viage con la rapidez que el negocio pedia de suyo: es verdad que tenia en su bolsillo oro bastante para comprar armas y caballo; pero presentarse en el estado en que se encontraba en una poblacion leonesa á proveerse de aquellas cosas, era esponerse á eventualidades que podian de nuevo reducirle á la impotencia.

La necesidad dicen que aguza el ingenio, y el conde Gonzalo Diaz encontró un medio: tenia armas en cualquiera de los cadáveres de los soldados leoneses, y la armadura de un soldado leonés era lo que más le convenia, puesto que le quitaba todas las apariencias de un caballero castellano: en aquella época no habia pasaportes ni policía, y un aventurero podia campar libremente por donde más le

conviniese, siempre que respetase los fueros señoriales de los barones y abades cuyos dominios atravesase: en cuanto á armas, el conde tenia donde escoger, y muy pronto, despojando á uno de los cadáveres cuyas armas le parecieron mejores, se encontró armado con la ayuda de Pero Sanchez, que, atortolado aun, le enhevilló las piezas del arnés de una manera material y mecánica sin saber lo que hacia; pero una vez armado, encontró que le faltaba cabalgadura.

Entonces tuvo otra inspiracion.

—Si las cuadras, dijo, son fuertes y subterráneas, como acontece generalmente en los castillos, el incendio habrá respetado las de este, y necesariamente encontraré los caballos de estos hombres de armas.

Y sin entrometerse á pensar más, entró de nuevo en el castillo incendiado, buscó las caballerizas, las encontró, vió que habia en ellas doce caballos, eligió el más fuerte, le enjaezó con arneses de guerra, y se preparaba á sacarle de la cuadra cuando se le ocurrió una idea humanitaria: la de que aquel pobre Pero Sanchez, tan tímido y tan cobarde necesitaba como él una cabalgadura para trasladarse donde mejor le pareciese: enjaezó, pues, otro caballo, y con el que habia elegido para sí le sacó fuera del castillo.

El arcipreste estaba en el mismo lugar en que le habia dejado el conde, inmóvil como una estátua; fué necesario para que volviese de su abstraccion que el conde le dijese:

—Hé aquí un caballo para que podais trasladaros donde mejor os convenga: yo por mi parte me pongo al momento en marcha. Con que adios.

Y montando á caballo, transformado en la apariencia en

un aventurero, empuñando una larga y fuerte lanza, y rigiendo un caballo fuerte de guerra, se alejó de Pero Sanchez sin esperar su respuesta, que por su parte no le dió el arcipreste, que ni aun reparó en la ausencia del conde Gonzalo Diaz.

Le dominaba aun el terror, cuando merced al continuado contacto del aire de la mañana se rehizo el arcipreste; al ver delante de sí un caballo enjaezado con arneses de guerra, al rededor suyo una soledad absoluta, y delante un castillo, algunas de cuyas torres lanzaban de sí negras y compactas columnas de humo surcadas por rojas llamas, se frotó los ojos y exclamó con asombro:

—Ha sido un sueño, un horrible sueño: he creido morir de mil maneras y he pasado tres mil agonias; pero ya estoy libre... libre; ¿y por qué?... he hecho una promesa á Dios: sí: he prometido hacerme lego benito y no comer ni beber más que legumbres y agua. ¡Legumbres y agua! exclamó suspirando como quien despues de conseguir lo que ha buscado por medio de una promesa se arrepiente de haber ofrecido mucho, creyendo que con menos hubiera obtenido el mismo resultado: ¡legumbres y agua! esto es demasiado y necesito consultarlo con mi confesor. Pero entre tanto es necesario que nos separemos de aquí. Ese castillo me dá miedo... el conde castellano me ha dejado solo... ¿cómo se ha ido?... no lo sé... el caso es que no sé nada... nada sino que he hecho una promesa que es necesario consultar, que estoy en el campo y tengo delante un caballo... este caballo me vendrá á las mil maravillas para trasladarme á Leon... pero con mi gordura ¿cómo mon-

to en ese caballo, que es tan alto como una sierra?

La historia no se entromete en decir cómo logró montarse Pero Sanchez; limitase solo á consignar que se montó, y que tambaleando sobre el caballo, le dejó ir segun su instinto por aquellos breñales, y que el caballo, atraido por la querencia de otros muchos en que venian soldados leoneses del rey don Sancho, tomó un trote picado, y tal hizo, que cuando ya se veian los campeadores del rey, Pero Sanchez, que hasta entonces se habia podido tener á duras penas, cayó dando un horrible alarido y fracturándose una costilla.

Pero poco despues, el rey, á pesar de los dolores del arcipreste, pudo arrancarle la declaracion de que el conde Gonzalo Diaz, gran escudero del conde Fernan-Gonzalez, estaba libre sin saberse lo que habia hecho de su persona.

La crónica añade en este lugar, que la tal noticia hizo poner cara de hereje al rey don Sancho de Leon.

CAPITULO XV.

En que el autor, siguiendo las huellas de doña Sancha, se vé obligado á seguir al aduar egipcio.

Encerrada dentro del palanquin, sin ver en torno objeto alguno, ni percibir más luz que la que penetraba á través del lienzo que cubria el espacio que la encerraba, iba doña Sancha de Navarra aterrada, irritada en medio de su terror al verse en una posicion extraña, y tal que en ningun libro, leyenda ó cuento de caballerías ó encantamientos, recordaba se nombrase princesa que tan amenazada se hubiese visto, ni metida en tan intrincadas aventuras.

Es verdad, que muchas de aquellas princesas andariegas se habian visto en el espantable poder de encantadores y gigantes feroces y descomunales; pero tales situaciones, en fin, aunque altamente peligrosas y aflictivas, no podian compararse á la en que doña Sancha se encontraba, cautiva en poder de gitanos, y sentenciada para conservar su vida á casarse con uno de aquellos vagabundos.

Pero doña Sancha era mujer animosa, por más que la

hayamos visto alguna vez desmayarse durante nuestro relato, cosa que nada tiene de extraño, porque al fin era mujer, y mujer, aunque valiente y capaz de cualquier empresa, acostumbrada á un trato galan y respetuoso, delicada por su educacion, por su hermosura y por sus costumbres: nosotros tenemos acá para inter nos, que la fuerte y valerosa doña Sancha de Navarra que nos presenta la historia, venciendo dificilísimas situaciones con un valor digno del hombre más alentado, no fué siempre así, sino que adquirió aquella serenidad, aquel valor y aquella astucia admirables que nos relata la historia, á fuerza de continuadas aventuras y peligros que lentamente fueron robusteciendo á un tiempo su alma y su cuerpo.

Una vez en la posicion en que se encontraba doña Sancha, comprendió que solo la meditacion y la sangre fria podian salvarla; doña Sancha apeló á su razon, y su razon la dijo que aquel hombre que la habia pedido y obtenido para esposa con arreglo á las extrañas leyes de los egipcios, la amaba; pensó en que el amor en sus primeros arranques es violento, que se encontraba abandonada y sola en medio de gentes feroces, y que la resistencia no la serviria de otra cosa que de empeorar su situacion, cuando por el contrario, fascinando á aquel hombre, tratándole de una manera astuta, haciendo que su amor llegase hasta la abnegacion, dominándole, no solo se salvaria por el momento, sino que aquel hombre llegaria á servirla de instrumento: además, ella sabia que el conde Fernan-Gonzalez habia caido en poder de aquella horda, y era posible que entonces fuese preso y conducido por ella. ¿Quién sabe si el amor del egipcio

la pondria en los brazos del conde, y los salvaria á entrambos?

Si el egipcio, que marchaba cuidadoso al lado del palanquin, hubiese podido presumir los pensamientos que se agitaban en la mente *de su esposa*, se hubiera extremecido.

La marcha, siempre á través de la montaña, duró todo el dia y parte de la noche: doña Sancha, aunque nada podia ver, habia notado ciertos signos de alarma entre los egipcios, que habian apresurado su marcha. Acaso eran perseguidos. ¿Pero quién los perseguia? Al hacerse esta pregunta la infanta, no podia concebir que los egipcios fuesen perseguidos por otras gentes que por las del rey, y caer en poder del rey era para doña Sancha una desgracia mayor que continuar en poder de los egipcios.

La infanta, pues, se interesaba en que la tribu se salvase, colocándose en la extraña posicion de un prisionero que se interesa en la suerte de los que le aprisionan.

De tiempo en tiempo se oian palabras enérgicas que parecian órdenes pronunciadas en un dialecto extraño, y, siempre, despues que se pronunciaban estas palabras, aumentaba la rapidez de la marcha: estos eran los indicios que doña Sancha tenia de que eran perseguidos.

Al fin, y ya bien entrada la noche, la tribu detuvo su marcha despues de haber subido una ágria pendiente: los que conducian el palanquin de la infanta le dejaron en el suelo, y doña Sancha oyó sin entender las nuevas órdenes, y luego oyó el ruido de los mazos que clavaban las estacas que debian sujetar las tiendas. Pasó un gran espacio, y al

cabo volvieron á levantar el palanquin; anduvieron con él un corto espacio, y le dejaron de nuevo en tierra.

Entonces sintió la infanta que levantaban la cubierta; se abrió esta en efecto, y doña Sancha se encontró en el interior de una tienda y delante de un hombre que la miraba con éxtasis y que la dijo en mal español, pero inteligible:

—Sal, señora; estás en tus hogares; bien quisiera procurarte un alcázar, pero las costumbres de nuestros padres me lo impiden: por lo demás, tu voluntad será cumplida en cuanto desees, y en mí tendrás un esclavo.

Aquel hombre era Karuk.

La infanta se alzó del asiento del palanquin, y sin demostrar desden, y casi con una expresion de alegría, miró primero á Karuk, y luego examinó con muestras de contento la tienda.

Karuk habia apurado cuantos medios habia tenido á su alcance para hacer aquel recinto digno de la mujer que le habia fascinado y á quien amaba ya con una pasion intensa, á la manera que los hijos de Oriente y aun los de Mediodia, se apasionan á causa del ardiente corazon que les alienta. Doña Sancha, que en otra ocasion se hubiera reido de las singularidades, de las extravagancias que representaba la tienda, adornada hetereogéneamente con tapices de colores chillones y objetos relumbrantes, pareció maravillada y dijo á Karuk:

—Tú debes ser un gran jefe.

—Mis abuelos descansan en tumbas de rey, contestó.

—¡Ah! tus abuelos han sido reyes; ¿y cuándo?

—Allá en la inmensidad de los tiempos, cuando el Egip-

to era nuestra patria y todos los pueblos de la tierra se extremecian ante las espadas de nuestros guerreros.

—Y yo tambien tengo reyes entre mis abuelos, dijo la infanta.

—Tú, por tu madre Alida eres descendiente de Kaleb, contestó con respeto Karuk, y por tu padre el conde Fernan-Gonzalez, duque cristiano, tu sangre es exclarecida.

Doña Sancha se extremeció de emocion al oir el nombre del conde de Castilla.

—¿Y dime, preguntó á Karuk, no estaba Fernan-Gonzalez cautivo entre nosotros?

—Sí, dijo Karuk, pero aquí le amenaza la muerte.

—¡La muerte! exclamó palideciendo doña Sancha: ¿acaso?...

—Dios ha puesto en el corazon de los hijos el amor hácia sus padres, dijo sentenciosa y guturalmente Karuk, y es natural que tú, hermosa flor de los bosques, te extremezcas por la vida del conde de Castilla; pero nada temas: el amor de una mujer le ha salvado.

Se extremeció de nuevo la infanta.

—¿Dices que le ha salvado el amor de una mujer? dijo ocultando mal bajo un acento convulso sus celos. ¿Y qué mujer es esa?

—Esa mujer es Ayelah, la hermosa, la hermana de tu madre.

—¿Y cómo le ha salvado?

—Ha huido con él.

—¡Ha huido con él! ¿y el conde ha consentido en seguirla?

—Ayelah, la hermosa de las crenchas negras, tiene bastante poder para hacerse amar de tu padre.

—¿Tan hermosa es esa mujer?

—Sí, pero hay otra más hermosa que ella y que todas las hermosas que ha criado la omnipotente mano de Aldeboran.

—¿Y quién es esa mujer más hermosa que la hermana de mi madre?

—Esa mujer eres tú... pero tú no eres mujer, eres un buen espíritu de los que se nos aparecen en sueños, y que despues de la muerte nos esperan para darnos un amor eterno en las praderas inmarchitas.

—¡Oh! te engañas: yo solo soy una pobre mujer, dijo la infanta haciendo un supremo esfuerzo para fingir una dulce sonrisa.

—¡Oh! ¡si tú me amases! exclamó Karuk, arrastrado por la mágia que habia sabido dar á su mirada y á su sonrisa doña Sancha.

—¿Y por qué no he de amarte? dijo: ¿acaso no eres un un gran jefe? ¿acaso tus abuelos no duermen en tumbas de rey?

—¡Que me amarás... que me amarás, estrella de resplandores! exclamó Karuk juntando las manos y palideciendo de emocion.

—Yo soy hija del extranjero, dijo doña Sancha; tus leyes me condenaban á muerte, y tú me has salvado haciéndome tu esposa.

Karuk adelantó hácia doña Sancha con visibles intenciones de estrecharla entre sus brazos. La infanta retrocedió.

—No, aun no, dijo cubierta de rubor; conozco que debo amarte y te amaré; pero aun no te amo.

—¿Y qué he de hacer para que me ames?

—Escucha: yo, aunque me crees hija de vuestra raza, no me he criado en ella, ni conozco su lenguaje ni sus costumbres. Yo soy cristiana.

—¡Que eres cristiana! exclamó palideciendo Karuk.

—Sí, contestó con firmeza la infanta, y jamás amaré á un idólatra.

—Un idólatra. ¿Y á qué llamais los cristianos un idólatra?

—A vosotros, por ejemplo, que adorais en el sol á Aldeboran.

—Aldeboran es el espíritu creador.

—Aldeboran ó el sol es un astro criado por Dios.

—¿Y no me amarás si no soy cristiano?

—No.

—Pero yo no puedo ser cristiano.

—Un hombre que ama lo puede todo.

—Todo, sí, menos renegar de su Dios y de su patria.

—Pero yo no podria vivir entre vosotros sin morír.

—¿Dónde has vivido hasta ahora?

—He vivido indistintamente en Leon y en Navarra.

—¿Y no conocias á tus padres?

—Sí.

—¿Quién te ha criado?

—Una reina.

—¿Una reina? exclamó con asombro Karuk.

—Sí, la madre del rey don Sancho de Leon.

—¿Y tú, cómo te llamabas entre los cristianos?

—Doña Sancha.

—¡Ah! ¿y por eso sin duda dijiste que tú no eras hija de Alida, sino la infanta doña Sancha de Navarra?

—¿Y si yo no fuese hija de Alida? exclamó la infanta.

— Imposible, nuestros ancianos son sabios.

—¿Y qué importa? ¿los sabios no se engañan?

—No.

En aquel momento se oyó fuera una voz furiosa de mujer, que dijo:

—Dejadme entrar, dejadme entrar, quiero ver á mi hija..

—¿Oyes esas voces? dijo Karuk.

—Sí, contestó la infanta.

—Pues bien, es Alida, la hermana del gran duque, que te llama hija.

—Pero esa mujer está loca, exclamó doña Sancha.

—¡Loca! repitió meditabundo Karuk.

—¿Y no teneis otro testimonio de que yo sea hija de vuestra tribu más que el de esa demente?

—¿Pero cómo se ha apoderado esa mujer de tí?

—Escucha: prefiero decirte la verdad á engañarte.

—¡Oh! sí, dijo temblando Karuk, porque no adivinaba adónde doña Sancha iba á parar.

—Anoche estaba aun presa en un castillo del rey de Leon.

—¡Cómo! ¿el rey de Leon te tenia presa?

—El rey de Leon me ama.

—¿Que te ama el rey de Leon? exclamó Karuk palideciendo de una manera más intensa.

—Sí, con un amor violento, impuro: pero yo no le amo.

—¡Que no amas á un rey!

—No, porque ese rey es casado.

—¡Ah! exclamó Karuk comprendiendo la pureza de la infanta.

—Le rechacé primero dulcemente, le recordé sus deberes, y mi honra... Y el rey se obstinó, y me propuso hacerme reina.

—Pero dicen que los cristianos no pueden tener más que una mujer.

—El rey don Sancho de Leon ha querido repudiar por mí á su esposa.

—Y tú...

—Yo al saberlo le rechacé con indignacion. Entonces apeló á la astucia, á la infamia, y en un dia de caza me hizo robar por gentes compradas por él.

Doña Sancha omitió de intento todo lo que tenia relacion con sus amores con el conde.

—¿Y el rey abusó de tu debilidad? dijo Karuk con un acento en que vibraba la cólera.

—No, por la proteccion de Dios: me encerró en un castillo, y venia á verme todas las noches: durante un mes se mostró conmigo respetuoso, rendido; pero anoche...

—¡Anoche! exclamó con ansiedad Karuk.

—Anoche quiso obtener por la fuerza lo que no le concedia mi voluntad: entonces me acordé de que era hija y hermana de rey, y resistí con todas mis fuerzas hasta el punto de herir al rey con un arma que hube á las manos;

pero la cólera me hizo errar el golpe, y le herí levemente: entonces el rey se irritó; procuré librarme de él corriendo de acá para allá, tropecé, caí, me herí contra un mueble y me desmayé.

Y como en comprobacion de lo dicho la infanta se abrió su dorada caballera, y mostró al egipcio una pequeña herida.

—¡Oh! Aldeboran, el sabio y el justo, te protegió, dijo Karuk; en el sitio donde la recibiste, esta herida pudo ser mortal.

—Me protegió Dios, continuó la infanta: cuando torné de mi desmayo, me encontré al aire libre en el campo, á la luz de la luna, sola con esa horrible mujer que me llama su hija, y que me trajo entre vosotros.

—¿Con que no eres egipcia, hija de extrangero? exclamó meditabundo.

—No, ya te lo he dicho: soy la infanta doña Sancha, hija del rey Sancho Gárces, hermana del rey de Navarra Garci Sanchez, y tia del rey don Sancho de Leon.

—¡Una princesa extrangera! dijo Karuk convencido por el acento de verdad que tenian las palabras de doña Sancha: ¡ah! tú no me amarás nunca: esta tienda, que creyéndote egipcia y vagabunda como nosotros, habia yo adornado á nuestra manera pensando sorprenderte, será para tí, acostumbrada á ricos alcázares, pobre, mezquina, repugnante...

—Pero dentro de ella hay un objeto precioso, una joya que no es fácil encontrar en las cortes.

—¿Y qué joya es esa? dijo Karuk fascinado por el dulce y májico acento de doña Sancha.

—Esa joya es un corazon generoso, noble, valiente...

—¡Ah! exclamó Karuk.

—Y ese corazon es el tuyo.

—¿Crees que mi corazon es noble y generoso? exclamó con ansia.

—Sí, tu corazon vale más que el de muchos reyes.

—Hija del extrangero, exclamó Karuk con un respeto casi supersticioso, yo creo tus palabras, porque es necesario que las crea: la grandeza y la magestad viven contigo, vírgen real; solo el acaso ha podido traerte á nuestra tribu, y el acaso ha hecho que te vea yo y que te ame: por fortuna para tí yo soy uno de los guerreros más fuertes y respetados de la tribu, y aunque la llama del amor haya inflamado el corazon de más de uno de nuestros guerreros, nadie se ha atrevido á disputárteme; esto, lo repito, ha sido una fortuna para tí, porque yo comprendo la distancia que existe entre una poderosa princesa y un egipcio errante: no, tú no puedes amarme; el águila, reina de los aires, siempre mirará con desden á la golondrina errante que apenas levanta su vuelo de la tierra: no, no; pretender llegar á tí, seria lo mismo que pretender tocar con la mano el brillante rostro de Aldeboran: no, no, si yo te he dicho amores, ha sido creyéndote hija de Alida... ahora que sé lo que eres, estoy á tu disposicion, manda, vírgen real, manda á tu esclavo, y tu esclavo obedecerá aunque le pidas la vida.

Era tan sentido, tan profundo, tan resignado, tan noble el acento de Karuk, habia en él tal sinceridad, que otra mujer menos prudente que doña Sancha hubiera confiado en él de una manera completa; pero doña Sancha habia oido

hablar mucho acerca de la doblez y de la astucia de los gitanos, participaba del supersticioso horror con que miraba su pueblo á aquel pueblo tan grande en su historia, tan envilecido, tan miserable en su proscripcion, y se contuvo.

—Dices que yo no puedo amarte, dijo al fin despues de haber infiltrado en la mirada del egipcio una mirada que le fascinó más y más: ¿acaso no me has salvado la vida?

—Si hubieras sido menos hermosa ó menos jóven, te hubiera dejado entregada á tu destino, contestó noblemente Karuk.

—Cuando recibimos un beneficio, no debemos pensar para escusarnos de agradecerlo de las causas que le han motivado, dijo la infanta: y aun cuando no fuera así, la misma hermosura que en mí encuentras, el mismo amor que te inspiro engrandece tu respeto conmigo: otro, tú lo has dicho, no hubiera visto en mí más que una mujer entregada á su voluntad, y hubiera usado de su fuerza y del derecho que sobre mí le dan vuestras leyes: ¿y crees que no deba yo agradecer ese respeto?

—Yo jamás pretenderé obtener una mujer ni por el derecho de la fuerza ni por el de la costumbre, ni por el de la ley, sino por su amor.

Karuk pronunció estas palabras con un verdadero entusiasmo; no se podia dudar de la verdad del sentimiento que expresaban: por otra parte, era jóven robusto, de noble aspecto y hermoso, muy hermoso: en sus negros ojos brillaba una expresion sublime, y en todo su sér una valiente decision de sacrificarse por la infanta.

Sin embargo, aunque esta no podia dudar en vista de

tantas pruebas de la generosidad y de la nobleza del egipcio, cualidades que unidas á su enérgica hermosura, y atendido el carácter romancesco y aventurero de la infanta, acaso la hubieran interesado de una manera grave para su corazon, porque el amor no reconoce razas ni gerarquías; aunque la infanta, decimos, se veia obligada por conviccion á confiar en Karuk, comprendió que sirve mucho mejor un hombre cuando le alienta una esperanza, que cuando sus servicios emanan de la abnegacion. En los servicios de los que esperan ser recompensados por ellos, hay siempre egoismo; la abnegacion no produce más que sacrificios, y por lo tanto, la infanta estuvo acertada en preferir la adhesion de Karuk por medio de una esperanza, que por un sacrificio.

—Espera, le dijo la infanta, espera; pero para que tu esperanza se cumpla...

—¡Habla!

—Sácame de entre los tuyos.

—¿Y dónde te llevaré? dijo resignado.

—A Navarra, á la córte de mi hermano el rey don Garci Sanchez, que te recompensará.

—¿Qué recompensa puedo yo anhelar que no venga de tí?

—Hazte cristiano: una vez cristiano, me pareces valiente lo bastante, para que el rey mi hermano te tome á su servicio.

—Me pides el sacrificio de mi fé, el abandono de mis hermanos.

—¿Y prefieres que yo...

—No, no; ya te he dicho que soy tu esclavo.

—Solo quiero en tí un amigo, un hermano, y despues...

—¿Despues?

—¿Quién sabe? ¿Acaso podemos asegurar lo que ha de suceder? ¿no está el porvenir en las manos de Dios?

—Es verdad.

—Yo haré que el rey de Navarra, mi hermano, te tenga junto á tí, como capitan de sus ginetes.

—Los cristianos aborrecen á los egipcios.

—¿Y qué importa? tú hablas de una manera inteligible el español; tu raza no se conoce bien en estos reinos; los árabes tienen el semblante tan moreno como tú, y hay muchos de nuestros viejos y aguerridos soldados tostados por el sol.

—¡Avergonzarme yo de mi raza! exclamó tristemente el egipcio; ¡yo que hasta ahora habia tenido orgullo por ser egipcio!

—Pues quedémonos, dijo doña Sancha: si alguno de los dos ha de hacer un doloroso sacrificio, no lo hagas tú.

Estas palabras, pronunciadas de una manera dulce, lánguida y triste por la infanta, fueron mágicas para Karuk.

—Marchemos, dijo este levantándose enteramente decidido: ¿qué importan todos los sacrificios posibles, mi sangre, mi espíritu, comparados con una sola de tus lágrimas, vírgen real? no, no; vé á vivir entre los tuyos; yo abandonaré á los mios por algun tiempo, pero despues volveré á buscarlos.

—Tú te quedarás á mi lado.

—¡A tu lado! exclamó Karuk juntando las manos en la expresion de la mayor felicidad: ¡verte todos los dias, saber que tú conoces mi amor, y que le miras en mis ojos, en mis acciones, en mi sufrimiento! ¡vivir siempre junto á tí! ¡oh! ¡partamos, partamos al momento!

—¡Al momento! dijo doña Sancha, que ocultaba por precaucion su ánsia de verse fuera del aduar.

—Sí, al momento: ahora todos duermen: los guardas están cansados, y me será fácil sorprenderlos: espera, voy á prepararlo todo: pronto volveré.

—Escucha, dijo la infanta, que queria evitar encontrarse entre los brazos del egipcio yendo sobre un mismo caqallo; si llevásemos dos cabalgaduras, seria la marcha más rápida.

—¿Sabes cabalgar?

—¿Qué mujer de sangre noble, no sabe regir un bruto en España? dijo la infanta.

—Pues bien: yo me procuraré para tí un caballo poderoso. Espérame.

Y el egipcio salió.

La infanta quedó sola, entregada á la abstraccion más profunda: las circunstancias en que se encontraba eran azarosas: su honor, su libertad, su amor, su porvenir, todo dependia de aquel hombre: una imprudencia, un incidente cualquiera podia privarla de aquel protector, que de una manera tan singular la habia deparado la Providencia.

Cuando más abismada estaba en sus pensamientos, un ligero y casi imperceptible ruido, semejante al de una culebra que se arrastrase sobre la yerba, vino á sacarla

de su abstraccion; miró en torno suyo, y se extremeció al encontrar su mirada una cabeza humana que se introducia por debajo del cuero de la tienda. Doña Sancha se puso de pié instintivamente, pero llamando en su ayuda su valor, esperó á saber lo que podia ser aquello.

Adelantó la cabeza con la vista constantemente fija en la infanta; luego asomaron unos hombros, y al fin se deslizó un cuerpo humano que se puso de pié. Era un mancebo hermoso, á juzgar por su aspecto y por su trage egipcio.

—¿Tú eres doña Sancha de Navarra, amante del conde de Castilla? dijo en voz breve y contenida.

La infanta calló temiendo cometer una imprudencia en su respuesta.

—Yo soy Kaid, amante de Athais, dijo el jóven, y Athais es hija del conde de Castilla.

—¡Ah! exclamó la infanta.

—Yo soy el que te envió dos cartas envueltas en venablos cuando estabas prisionera en el castillo del rey cristiano avisándote de que el conde estaba preso en nuestro aduar.

—¿Y dónde está el conde?

—En poder de Ayelah, que le ha arrebatado consigo; pero yo sé dónde está.

—¿Has hablado con él?

—No.

—¿Y á qué vienes?

—A decirte: espera, yo velo por tí.

—¿Y qué puedes tú hacer, pobre niño?

—Yo puedo matar á Karuk y llevarte á Navarra.

—¡Un asesinato! ¡no! ¡oh! ¡no! ¡asesinar á un hombre que se sacrifica por mí!

—¿Quién sabe si al verse contigo solo, en medio de los campos, el mal espíritu se apoderase del alma de Karuk?

Doña Sancha se extremeció, porque la observacion de Kaid no carecia de fundamento.

—¡Oh! si llega ese caso...

—Yo iré á tu lado, señora... y si Karuk se atreve...

El juvenil rostro de Kaid se tiñó con una expresion de sombría amenaza.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó doña Sancha, protegedle y protegedme.

—Además, el rey cristiano viene con su gente sobre el aduar.

—¿El rey don Sancho?

—Sí.

—Pero no temas; antes de mucho Karuk te habrá sacado sana y salva, y yo velaré por tí.

Sonaron pasos fuera de la tienda.

—¿Ah exclamó asustada doña Sancha.

—Nada temas, princesa: Karuk no me encontrará: ten confianza... espera.

Y Kaid, con una agilidad maravillosa, se echó en tierra, rodó hácia un extremo de la tienda, y se deslizó bajo su cuero como una lagartija que se esconde en su nido.

—¡Pronto! ¡pronto! dijo Karuk; un nuevo peligro nos amenaza: ¿no oyes ese rumor? es el aduar, que se levanta para huir: el rey de Leon viene sobre nosotros.

En efecto, se oía un rumor sordo, que leve al principio fué aumentando hasta convertirse en estruendo.

—Ponte este manto y envuélvete en él, dijo Karuk presentando á doña Sancha un ropon semejante al que en el principio de nuestro libro presentamos sobre los hombros de Ayelah.

Doña Sancha, aunque con repugnancia, se envolvió en aquel manto, se asió con no menos repugnancia al brazo de Karuk, que apagó la luz, y en medio de las más profundas tinieblas, salió de la tienda.

Fuera, una luna clarísima iluminaba la cumbre de la montaña donde habian acampado los egipcios; á aquella luz pálida se veian hombres y mujeres con una actividad infinita plegando las tiendas y cargando sus enseres en las caballerías. Aunque Karuk no hubiera tomado precauciones, nadie hubiera reparado en su fuga con la infanta; estaban todos demasiado ocupados con sus asuntos propios para hacerse cargo de los agenos.

En un momento Karuk salió con la infanta del aduar, y se aventuró en el descenso de la montaña por un estrecho sendero; cuando llegaron á su pié, atravesaron una ancha rambla, entraron en un barranco, se perdieron entre la maleza, y llegaron á un claro de la selva donde habia atado dos caballos á un espino. Karuk los desató y dijo á la infanta:

—Cabalga, señora, y guia.

—¿Que guie? yo no conozco esta tierra.

—Entonces nos esponemos á extraviarnos.

—¿No seria mejor que esperásemos ocultos en alguna gruta de la montaña?

—Tanto me dá: el dia está próximo, alejémonos de aquí, y cuando estemos seguros de no ser encontrados, yo encenderé fuego y te velaré, y...

Karuk se detuvo, poniéndose en la atenta posicion del que escucha.

—¿Nos amenaza algun peligro? dijo doña Sancha.

—Me pareció haber oido pasos éntre la espesura.

—Será el zumbido del viento.

Karuk estuvo algun tiempo escuchando.

—Sí, eso será, dijo al fin.

Y montando á caballo se aventuró por un áspero sendero, llevando de la brida el caballo de la infanta.

Así anduvieron algun tiempo perdidos: ya empezaba á exclarecerse el cielo con la luz del dia, cuando llegaron al pié de la montaña.

—Nos hemos alejado y rodeado bastante, dijo Karuk, y tú, hermosa flor, estás cansada: subamos á este monte, ocultémonos en él, y descansa un tanto; cuando avance el dia, no nos faltará algun pastor ó penitente que nos indique nuestro camino.

La infanta en realidad estaba cansada, porque no habia reposado de una fatiga contínua, que aumentaban las emociones que habia sentido: se dejó caer del caballo ayudada por Karuk, y luego este, prestándola su brazo para apoyarse, trepó con ella por el sendero que entre encinas y carrascas subia á la cumbre, llevando los caballos del diestro.

Cuando llegaron á la parte superior, vieron en un declive de la extensa planicie un edificio arruinado, que tenia todos los visos de un antiquísimo castillo romano. Los es-

combros y las piedras desprendidas estaban cubiertas de un negro musgo, señal inequívoca de la antigüedad de las ruinas; pero quedaban en pié algunas profundas bóvedas de esas que los romanos construian como desafiando al tiempo.

—¡Oh! Aldeboran nos protege dándonos un asilo, dijo Karuk; y entrando en las ruinas se perdió por ellas con doña Sancha y los caballos.

Poco despues una sombra de hombre apareció en las ruinas: aquel hombre parecia un bandido ballestero del país. A poco, otra sombra apareció y se perdió asimismo en las ruinas. Aquella sombra era Kaid.

CAPITULO XVI.

La batalla.—Nuevas aventuras y nuevos trabajos de doña Sancha.

Karuk dejó los caballos en una especie de patio derrumbado, cortó con su espada algunos de los arbustos secos que se veían á la luz de la mañana, acá y allá entre las ruinas, encendió una tea con unos enséres muy semejantes á nuestros fósforos, y haciendo un haz con la leña entró con la infanta por una negra galería.

Al fin de ella se encontraron en un extenso salon de bóveda semicircular, cuyo muro estaba aportillado en muchas partes por anchos boquerones que daban sobre un tajo.

Karuk apiló en el centro de aquel espacio la leña, la encendió, levantóse una brillante hoguera, y Karuk con una fuerza prodigiosa acercó á ella uno de los sillares de las ruinas para que sirviese de asiento á doña Sancha.

—Descansa, vírgen real, la dijo, descansa mientras yo voy á ver si en estas ruinas nos acompaña sér humano.

Salió dicho esto, y apenas se perdieron sus pasos cuan-

do la infanta creyó oir nuevos pasos recatados y dobles como si los produjeran dos personas.

Entonces un terror instintivo la hizo separarse de la hoguera y correr á uno de los boquerones.

—¡Ah! me he salvado! dijo la infanta: esta cortadura es demasiado profunda... sí, sí, antes la muerte que la deshonra.

Y reposando en este valiente pensamiento, se sentó al borde del boqueron sobre el tajo.

Los pasos que la habian aterrado no volvieron á escucharse, y la infanta se tranquilizó creyendo hijos aquellos rumores de su acalorada fantasía. Entonces dedicó una mirada al espectáculo que se presentaba á su vista.

A sus piés se despeñaba bramando un torrente sobre una estensa rambla; más allá bosques de encinas seculares levantaban sus negras frondas, y sobre ellas á dos tiros de ballesta se veía la cima de otra montaña desnuda y árida, bosques interminables, rocas pintorescamente quebradas, un bravio paisage, en fin, de las montañas de Leon.

Pasó algun tiempo antes de que volviese Karuk sin que nada turbase el silencio que envolvia á la naturaleza, más que el rugir contínuo y solemne, por decirlo así, del torrente, y el zumbido del viento entre la maleza.

Era ya muy clara la luz: una faja cerúlea orlaba el distante perfil de las montañas del horizonte, y empezaban á esclarecerse esos millares de rumores que acompañan al dia; de repente otro rumor, que nada tenia de comun con ese instintivo himno de gracias que tributa la naturaleza al Criador á la venida de la luz por medio del canto de sus aves

y de la voz de los animales salvages, cruzó el espacio; aquel estruendo era un estruendo inequívoco de combate; aquel combate pasaba á poca distancia, á juzgar por el ruido de las armas y los gritos de los combatientes.

A punto apareció Karuk.

—¿Por qué has dejado la hoguera, princesa? la dijo.

—He oido ese estruendo, contestó doña Sancha; he querido informarme de la causa, y me parece que á nuestros pies se dá una batalla que no podemos ver porque nos lo impiden los árboles.

—Pronto lo veremos, dijo tristemente Karuk, porque los de mi tribu siempre que pueden ganan las alturas. Mira, ya aparecen algunos de nuestros guerreros en aquella montaña cercana.

En efecto, se veian trepar apresuradamente muchos hombres, mujeres y niños á la eminencia.

—Es el rey de Leon, que se ha arrojado de improviso sobre nuestra tribu, dijo Karuk.

—Sí, por mi causa, en mi busca, dijo extremeciéndose doña Sancha; y estamos tan cerca...

—Pero entre nosotros y ellos, media un torrente invadeable, y si el rey triunfa, le será preciso dar un gran rodeo para llegar hasta nosotros, que habremos tenido tiempo entre tanto de alejarnos en direccion opuesta.

—¿Y por qué no alejarnos en el momento? dijo doña Sancha.

—Alejémonos, pues, dijo siempre sumiso el egipcio. Pero la suerte de mi tribu me interesa.

—¿Acaso, no te has separado de ella?

—Sí, sí, es verdad: yo no debo mirar cómo pelean y mueren los mismos á quíenes he hecho traicion: vamos, pues, noble princesa.

Doña Sancha se separó del boqueron y arrojó una postrera mirada á la montaña vecina: los primeros rayos del sol reflejaban sobre los arneses de los soldados del rey que peleaban en la cumbre.

—¡Ah! exclamó Karuk; nuestros hermanos son vencidos y la carnicería espantosa: huyamos, princesa; huyamos, y que Aldeboran me perdone mi traicion.

Y con un movimiento febril, asió á la infanta y la arrastró consigo.

Pero al llegar á la salida, se le presentó de repente un hombre.

Aquel hombre vestia el trage de los bandidos montañeses.

—¡Ah! exclamó Karuk soltando á la infanta y mirando fijamente al recien llegado. ¿Quién eres?

—Yo soy Daruh, exclamó aquel hombre ganando el costado á la infanta para que no pudiera acercarse á los boquerones que daban sobre el tajo, y acorralándola con Karuk hácia un ángulo del ruinoso salon.

—¡Ah! ?tú eres Daruh, Daruh el bravo, el valiente, el que hace diez y seis años abandonó nuestra tribu?

—Yo soy, contestó sombriamente Daruh.

—¿Y qué quieres?

—Primero, venganza contra todos los que han consentido en la muerte de mi hermano Zuanko.

—Tu hermano hizo traicion al gran duque.

—Yo no reconozco ya vuestras leyes, y por consecuencia solo veo en la ejecucion de mi hermano un asesinato.

—Sea como fuere, dijo Karuk pretendiendo evitar una lucha por no aterrar á doña Sancha, yo tampoco pertenezco á la tribu.

—Lo sé, la has hecho traicion, insensato, porque amas á doña Sancha de Navarra.

Una expresion de asombro se pintó en el rostro de Karuk.

—¡Extrañas que yo conozca tus amores! yo sé todo lo que acontece en mis dominios, y estas montañas son mias; contra ley, es verdad, pero ¿qué importa? yo mando en ellas. Entrégame esa mujer.

—Nunca, exclamó Karuk desnudando la espada.

—Inútil valor, dijo Daruh armando un venablo en su ballesta: no traigo más armas que estas, y no tengo tiempo que perder: estoy seguro que te mataria con la espada, como te mataré, si te obstinas, con este venablo.

Y apuntaba á Karuk, que estaba mudo de cólera y de indignacion.

—Por última vez, entrégame á la infanta, gritó Daruh.

—No, exclamó con energía Karuk.

—Pues muere, exclamó Daruh lanzando de la ballesta el venablo.

—¡Miserable asesino! exclamó horrorizada doña Sancha al ver que Karuk herido en la frente, donde permaneció clavado el venablo de Daruh, habia caido muerto sin exhalar un solo grito.

—Ahora, noble infanta doña Sancha, dijo Daruh, y co-

mo no os queda más protector que yo, que valgo tanto como el que más, seguidme.

—¿Que os siga á vos, infame?... ¿A vos, que acabais de cometer un horrible asesinato?

—¡Ah! ¡amábais al difunto! pues lo siento; sí, vive Dios: á no haber sido tan terco...

—¿Es necesario amar para aborrecer el crímen?

—Esas son palabras que de nada sirven, noble infanta; bien sé que si estuviérais al borde de aquella cortadura seriais capaz de arrojaros por ella: pero afortunadamente he previsto ese peligro: vamos, ahorremos resistencias inútiles: seguidme.

—¿Que te siga yo, bandido? ¿Acaso sabes quién es doña Sancha de Navarra?

—Una dama muy hermosa, muy valiente, á quien ama mucho el rey don Sancho, á la que estan aconteciendo unas maravillosas aventuras, y cuya cautividad me viene muy bien para mis asuntos.

—¡Ah! ¿cuentas conmigo para tus asuntos? dijo doña Sancha comprendiendo mal.

—Yo lo creo... para mis asuntos con el rey don Sancho; por lo tanto, y como hace mucho tiempo que falto de mi alcázar, os suplico con el mayor respeto, noble y poderosa infanta, que me sigais. En mis dominios estareis mejor que entre gitanos; tendreis menos aire y menos luz, pero os afirmo que no echareis de menos vuestros alcázares de Navarra y de Leon: siempre estareis mucho mejor que con vuestra hermana la reina doña Teresa en el monasterio de San Salvador.

La infanta se aterró al sospechar en aquel hombre un agente del rey don Sancho: en la situacion en que se encontraba no tenia otra alternativa que ceder ó provocar una violencia.

—Vamos, pues, dijo resignándose y con indescribible arrogancia á Daruh.

—Vamos, pues, señora; ya sabia yo que al fin oiriais la razon: nuestro camino será un poco largo, no tanto como el que hicísteis ayer: afortunadamente nos serviremos de los caballos con que habeis venido hasta aquí vos y el difunto.

Poco despues salieron de la sala la infanta y Daruh: apenas se habian perdido sus pasos en la galeria, cuando salió un jóven de una oscura arcada, y se acercó al egipcio que habia quedado allí abandonado y muerto.

Aquel jóven era Kaid.

—Pobre Karuk! dijo: el amor de doña Sancha de Navarra te ha costado la vida; pero á pesar de la fama de valiente de Daruh, del renegado Daruh, yo te vengaré.

Dicho esto y despues de haberse cerciorado que Karuk era un cadáver, salió precipitadamente de la sala, se deslizó cautelosamente entre las ruinas, y vió que la infanta á caballo acompañada de Daruh, que habia montado en la otra cabalgadura, descendian por la vertiente de la montaña en direccion opuesta á aquella donde retumbaba aun el combate.

—¡Ah! ¡ah! dijo. ¡Vosotros á caballo! ¡yo á pié! ¡poco me importa! juro á Dios, infanta, que del mismo modo que he seguido á mi tia Ayelah hasta saber dónde ha encer-

rado al conde, te seguiré hasta saber dónde te encierra Daruh.

Y dicho esto siguió sagazmente á doña Sancha y á su guardian.

CAPITULO XVII.

Los espíritus de la montaña.

La marcha de la infanta y de Daruh duró algunas horas: al fin, á las puestas del sol y habiendo caminado bien de prisa, llegaron á la ermita bizantina que ya hemos descrito anteriormente.

Abrió Daruh la puerta y entró en ella doña Sancha: despues el egipcio salió, metió los caballos en el establo de la ermita, volvió á entrar, y la puerta se cerró y no se volvió á abrir.

—Aquí hay misterio, dijo Kaid, asomando poco despues su cabeza entre la espesura que orlaba el borde de la roca: ¿para qué ha traido Daruh á la infanta á esta ermita? ¿estará en ella el rey? pero no, el rey se quedó allá combatiendo contra la tribu: y mi padre ¡Dios mio! ¿qué habrá sido de él? pero mi padre es justo y bueno, y Aldeboran, ó Dios como dice Athais, le protegerán. Athais, mi Athais estará inquieta: dos dias de ausencia... ¿y cómo separarme de aquí? puedo perder el rastro de la infanta... pero no sé qué

voz misteriosa me dice que la infanta no pasará de aquí. Vamos, es inútil esperar, y Athais estará desesperada... vamos, volvamos al aprisco de aquellos buenos pastores: ellos deben conocer esta ermita, y ellos me informarán.

Kaid que no habia pasado del borde de la cumbre, retrocedió, descendió á saltos con una agilidad extraordinaria por entre las cortaduras, llegó á un barranco, le siguió por espacio de un cuarto de legua y desembocó en un pequeño valle, en el centro del cual habia algunas casitas de tierra con techos de bálago, en medio de las cuales se alzaba una pequeña iglesia ó más bien una ermita.

Aquellas casas no eran otra cosa que un aprisco de pastores que se habia unido á la ermita de un monge penitente formando una pequeña sociedad campestre con sus familias.

Kaid adelantó por el sendero que conducia á aquella especie de poblacion, y antes de llegar á ella le salió al encuentro una forma blanca, que al reconocerle se arrojó llorando de alegria en sus brazos.

Era Athais.

—¡Al fin, al fin Kaid! exclamó la hermosa niña: ¡dos dias y dos noches sin saber dónde estabas! ¡Oh! ¡este tiempo ha sido horrible para mí!

—Necesitaba saber dónde llevaba mi tia á tu padre.

—¿Y lo has sabido?

—Sí.

—¿Y dónde es?

—En un castillo distante de aquí algunas leguas: además he visto muchas cosas terribles.

—¿Muchas cosas terribles?

—Sí, nuestro abuelo Kaleb ha muerto.

—¡Que ha muerto! exclamó conmovida Athais.

—Sí, pero despues de haber sentenciado á tu madre, de haber sentenciado á la infanta doña Sancha, á quien confundian contigo: yo despues de haberte dejado aquí encomendada á estas buenas gentes habia vuelto al aduar, habia llegado recatándome al lugar agreste, donde estaba escondido, y desde una encina, á la que me habia encaramado, lo ví todo... Zuanko tambien fué sentenciado y ahorcado.

—¡Ah! exclamó Athais.

—Despues, como mi padre por muerte del abuelo recobró su autoridad de gran duque de la tribu, impidió la ejecucion de tu madre y de la infanta.

—¡Oh Dios mio!

—Luego sepultaron al abuelo, y la tribu entera levantó las tiendas y partió.—Entonces bajé de la encina donde me habia ocultado, llamé á mi lebrela Céfiro, que acudió á mi voz, llegué al sitio donde habia dejado el rastro de Ayelah y del conde y le seguí: al cabo de cuatro horas de marcha Céfiro se detuvo delante de un castillo...

—¡Y en ese castillo estaba el conde!

—Sí; oculto entre los breñales ví que la guarda del castillo era de los egipcios que habia llevado consigo Ayelah, y no tuve duda; entonces quise saber dónde se encontraba la tribu, volví atrás al lugar donde habia estado, y antes de llegar ví un ejército cristiano en el mismo sitio donde habia estado el aduar: resplandecian las armaduras de los solda-

dos como la superficie de una clara laguna; ondeaban los estandartes bordados de oro; los caballos pacian descuidadamente la yerba, y delante de una tienda magnífica ví un caballero muy jóven y muy hermoso con manto rojo sobre los hombros, armadura dorada, y ceñida en la frente una corona de oro: con él se paseaba un hombre muy bajo y muy grueso, tan grueso como una cuba, y escuchaba con rostro lacrimoso al rey, que le hablaba con irritacion.—Yo lo veía todo esto oculto entre las breñas.—De improviso noté que el rey se paraba y daba órdenes á sus capitanes: en el momento sonaron trompetas, y los soldados, que estaban comiendo y descansando sobre la yerba, se levantaron y acudieron á sus caballos.—Yo comprendí que aquel ejército se iba á poner en movimiento en busca de la tribu, pero comprendí tambien que los caballos no podrian caminar muy de prisa entre las quebraduras, y saliendo de los breñales puse á Céfiro sobre el rastro de la tribu y la seguí á la carrera.—Y así por montes, valles y precipicios, estaba ya cerca del aduar, á juzgar por los rastros que encontraba, cuando encontré sentada en un rivazo, cubierta de harapos, con los piés ensangrentados, rendida de fatiga, á una mujer que gritaba retorciéndose las manos:

—¡Es mi hija! ¡mi hija! ¡mi pobre hija, que me la roban!

—¡Pobre mujer! exclamó Athais.

—Aquella mujer era Alida, dijo Kaid.

—¿Mi madre... segun me has dicho?

—Sí, tu madre, que creía siempre que la infanta doña Sancha era su hija: yo la reconocí, aunque solo la habia visto una vez y á lo lejos: ha debido ser muy hermosa,

porque á pesar de su estado de enflaquecimiento y de locura se adivina lo que debió haber sido en otro tiempo.

Athais escuchaba anhelante.

—Me acerqué á ella, continuó Kaid, porque desde que supe que aquella mujer era tu madre la amo. Alida me miró con asombro.—¿Quién eres? me preguntó.—Soy Kaid, hijo de Wamdihavé, la respondí.—¡Ah! ¡el lobezno, el hijo del asesino! exclamó levantándose y huyendo de mí con la mayor ligereza á pesar de lo ensangrentado de sus piés.

—¡Ah! ¡madre mia! exclamó Athais.

—Yo la seguí, continuó Kaid; Alida trepó por un áspero repecho gritando siempre:—¡Mi hija! ¡dadme mi hija!—Y corriendo sin parar llegó al aduar, que estaba en la cumbre de una loma, y pasó sin que los guardas pretendiesen impedírselo, porque ya sabes el respeto con que se mira en nuestra tribu á los que han sido tocados por la mano de Dios.—Yo me detuve antes de ser visto por los guardas, porque no queria que me reconociesen en la tribu, y buscando un lugar á propósito que no estuviese alumbrado por la luna, me deslicé como una serpiente entre la maleza, y penetré sin ser sentido en el aduar.

—¿Y qué buscabas allí? dijo Athais.

—Buscaba á la infanta.

—¡A la infanta! ¿buscabas á la infanta? exclamó Athais con acento celoso. ¡Y yo entre tanto!...

—¿A qué esos celos, alma de mi alma? ¿no sabes que yo te amo sobre todas las cosas?... ¿por quién he consentido en ser cristiano? por tu amor. ¿Por quién vivo, por quién ansío sino por tí?

—Pero la infanta...

—La infanta es la amada de tu padre.

—¡Ah!

—Yo estaba seguro de encontrarla en la tienda de Karuk, y busqué entre todas, y siempre recatándome, la tienda del valiente guerrero: la encontré al fin, arrastréme junto á ella y escuché.—Dentro estaban la infanta y Karuk.—Este, fascinado por la hermosura de doña Sancha, la hablaba de amor, y ella escuchaba sonriendo sus palabras.

—Karuk es hermoso y jóven, dijo incisivamente Athais.

—Te engañas, como se engañaba Karuk, Athais: yo veía perfectamente á los dos, echado en tierra y mirando bajo el halda de la tienda, y conocí la verdad: Karuk estaba completamente enamorado, y la infanta se valia de aquel amor para hacerse respetar: de concesion en concesion logró que Karuk consintiese en abandonar la tribu y en llevarla á Navarra á poder de su hermano el rey Garci Sanchez.—En tanto pasaba esto yo habia notado que, recatándose como yo, un bulto informe, arrastrándose sobre la yerba, habia llegado á la tienda y escuchaba á poca distancia mia, sin haber reparado en mí: este hombre debe ser un egipcio, me dije: ¿qué querrá? Yo lo sabré. Y aprovechando la salida de Karuk, que fué á preparar la fuga, me introduje en la tienda.—Yo sabia que el hombre que como yo habia llegado á ella podia escucharme, y sin embargo no vacilé en dar á la infanta seguridades acerca del conde y en ofrecerle mi ayuda.—Volvió Karuk, y al sentirle me ví obligado á salir precipitadamente de la tienda.—Cuando salí, el hombre que

habia escuchado como yo no estaba ya en su acechadero.—Poco despues Karuk y doña Sancha salieron de la tienda y luego del aduar, aprovechando la confusion de la tribu, que levantaba sus tiendas para huir sin duda del rey don Sancho que la perseguia, yo les seguí hasta alguna distancia del aduar, y luego fuí adonde habia dejado atada á Céfiro, fuí con ella al lugar hasta donde habia seguido á Karuk y á doña Sancha, hice seguir el rastro á la lebrela, y poco antes del amanecer trepamos á una montaña, y me encontré delante de un castillo arruinado: allí aconteció otro suceso terrible: el hombre que habia escuchado como yo oculto la conversacion de Karuk y de la infanta en el aduar, apareció de repente cuando aquellos iban á salir de las ruinas, y despues de algunas palabras y amenazas, asesinó con un venablo á Karuk, se apoderó de la infanta, y la llevó consigo.—Aquel hombre, segun sus propias palabras dichas á Karuk, era Daruh, el valiente guerrero de nuestros cantares.

—¡Daruh, el noble, el valeroso, convertido en asesino! ese hombre no es Daruh, exclamó con indignacion Athais.

—Sea quien fuere, que yo no le conozco, aunque por su lenguaje, su color y su aspecto es indudablemente egipcio, yo le seguí. Hasta entonces no habia reparado que yo le seguia ni reparó despues: pero al bajar la montaña vi otro suceso horroroso.

—¡Más horrores! exclamó Athais.

—Sí, el rey de Leon con sus soldados habia alcanzado á la tribu y la exterminaba.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! ¡y Wamdihavé!

—Dios le habrá salvado, porque segun tú dices protege á los buenos.—Yo, aunque el corazon deshecho de dolor por la desgracia de nuestros hermanos, como no podia socorrerlos, como me veía obligado á ocultarme tambien, seguí el rastro de la infanta.

—¿Y dónde la llevó Daruh?

—¿Ves por cima de esas verdes lomas una punta de granito que parece desafiar al cielo y le recorta sobre el fondo rojo del horizonte? dijo Kaid señalando al occidente teñido con esas ráfagas igneas que deja el sol tras sí al ponerse.

—Sí, contestó Athais.

—¿Ves aquel edificio que hay en la cumbre?

—Es una ermita cristiana, contestó Athais, donde vive un santo y respetable varon, segun han dicho los pastores que nos han dado tan generosa hospitalidad.

—Pues bien, allí entró Daruh con la infanta.

—¡Allí! ¿en el templo de Dios?

—Sí.

—¡Oh! esto es un misterio.

—Así lo he comprendido tambien; pero me he dicho: los buenos pastores que han acogido entre ellos á mi Athais, sabrán lo que haya en aquella ermita de extraordinario; ellos me informarán. Y confiando en que Céfiro siempre encontrará el rastro de doña Sancha, he venido á buscarte, amor mio.

—¿Pero cuántas terribles nuevas has traido? el conde de Castilla preso en poder de nuestra tia Ayelah, que le ama desenfrenadamente y es capaz de todo; el abuelo

muerto, mi pobre madre loca, nuestra tribu destruida, y Wamdihavé, tu padre, muerto tambien ó cautivo... ¡Estamos solos en el mundo, Kaid, solos y débiles!

—¿Y qué importa? lo más deplorable son las desgracias que han acontecido á los nuestros, á los cuales no volveremos á ver. Por lo demás, ese anciano venerable, de barba blanca, que vive entre los pastores, que los domina por el ejemplo de su virtud y á quien ciegamente obedecen; ese anciano, á quien debemos que los pastores hayan vencido la repugnancia de acogernos entre ellos, nos protegerá: no tenemos dinero, ni más que unas alhajuelas; pero estas alhajas vendidas por nuestros huéspedes en el pueblo más próximo producirán lo bastante para que podamos comprarnos vestido españoles, para levantar yo una choza de bálago, y comprar una ballesta y venablos: tú vivirás con la esposa y las hijas del pastor que te tiene consigo... yo en mi choza... para pagar la hospitalidad que nos dan, tú guardarás ovejas y yo perseguiré con mi lebrela la abundante caza que hay en estas montañas: te veré todas las noches en presencia del anciano ermitaño que me instruirá en tu religion y nos enseñará á los dos la lengua en que solo sabemos hacernos entender. Yo entre tanto velaré por tu padre y por la infanta, y por más que sean sensibles las desgracias de los nuestros, tendremos una familia entre estas honradas gentes, adoptaremos por patria la suya, y yo, teniendo tu amor, seré el más feliz de los mortales.

—¡Ah, Kaid, cuánto te amo! exclamó Athais arrojándose en sus brazos.

Kaid la besó en la frente como acostumbraba ha-

cerlo cuando la trataba como hermano, y la dijo:

—Vamos, Athais; la noche cierra, y necesito informarme de esas buenas gentes acerca de los misterios que preveo en la ermita donde entró Daruh con la infanta: además, en dos dias no hé comido más que raices y yerbas.

—¡Oh! vamos, vamos, dijo Athais: y entrambos jóvenes con las manos asidas y hablando de amores se encaminaron á la aldea.

Cuando llegaron á ella les salió al encuentro una robusta y hermosa pastora que traia de la mano dos niños: el candor de los hijos de la naturaleza estaba impreso como un carácter dominante en su rostro, y el cuidado y la solicitud más tierna.

—¡Ah! gracias á Dios que te encuentro, hija mia; y á vos tambien, mancebo; ya es la hora de la cena, y la tardanza de María nos tenia inquietos, sobre la inquietud que vuestra larga ausencia nos causaba, Juan.

Es de advertir, que Athais habia adoptado el nombre de la madre de Dios, y habia hecho á Kaid que adoptase el del Bautista para darse á conocer de los pastores.

—Yo habia ido á esperarle, dijo Athais.

—Yo he invertido bien mi tiempo, dijo Kaid.

—Lo creo, lo creo, hijos mios, añadió la pastora; sois jóvenes, hermosos y francos, y bien se conoce que no mentís. Dios os ha tocado en el corazon, y habeis abandonado esa vida de abominacion que llevábais, prefiriendo vivir entre cristianos. Pero vamos, la cena espera, y nuestros hombres están impacientes.




—¡Ah! Gracias á Dios que te encuentro, hija mia.




Y la pastora siguió á buen paso hácia adelante seguida de los jóvenes.

Poco despues llegaron al aprisco; en medio de las seis ó siete casitas que le formaban, habia una mayor adherida á la ermita: en el interior no habia ningun compartimiento; eran simplemente cuatro paredes de tierra y piedras enjavelgadas de cal, sobre las cuales en una rústica armadura se sustentaba un techo de cañas y ramas, cubierto en el exterior de tierra y bálago: la puerta estaba colocada frente á un enorme fogon, y en las paredes de los costados habia en cada una dos grandes ventanas.

Cuando la pastora entró con Athais y Kaid, aquel espacio estaba lleno de una alegre multitud compuesta de pastores y zagales, de sus mujeres, de sus hermanas, de sus hijos: serian en todos como cuarenta personas: estaban colocados al rededor del hogar, en el que ardía viva y alegre una inmensa hoguera, sobre la cual suspendido con una cadena de la chimenea se veía un enorme caldero, cuyo hervor alegraba la hambre de aquella sociedad campestre.

En el lugar preferente de la chimenea, sentado en un rústico sillon, hábia un anciano vestido de hábito burdo, blancos los escasos cabellos y la poblada barba, de expresion benévola y alegre, de mirada dulce y palabras de paz: era el penitente á cuyo arrimo, buscando á la religion, se habia agrupado aquella pequeña colonia de pastores.

Cuando entró la pastora con los dos jóvenes, les salieron al encuentro alegremente.

—Aquí están, aqui estan, dijeron en coro.

—Y su hermano tambien, dijo ruborizándose una pastorcita.

—Bien venidos seais, dijo el mayoral de la majada.

—Dios os bendiga, hijos mios, añadió el anciano ermitaño.

—¡A cenar! ¡á cenar! dijeron todos.

Inmediatamente dos pastores quitaron el caldero de sobre la hoguera, y con un enorme cazo empezaron á llenar las tarteras que estaban colocadas á lo largo de una estensa mesa flanqueada por bancos, sobre la cual se veian de trecho en trecho teas ardiendo y enormes calabazas hechas de vino.

Cuando estuvo servida la cena, que consistia en un guiso de cabrito salpimentado con ajo, pan de centeno, queso y vino, un pastor ayudó á levantarse al ermitaño, que por su ancianidad era torpe, otros llevaron su sillon á un testero de la mesa, y el penitente hizo sentarse á su derecha á Athais y á su izquierda á Kaid.

No puede darse una hospitalidad más franca ni más sincera que la que se daba á los jóvenes, á pesar del horror que inspiraban los gitanos; en cualquier lugar donde se hubieran presentado, la supersticion pública hubiera caido sobre ellos como una desgracia; pero allí respiraba el espíritu de la caridad evangélica representada por el venerable Athanasio, que habia imbuido en aquellas sencillas gentes los santos principios de la inexistencia de las razas ante el sentimiento de la fraternidad universal que hace que todos los hombres pertenezcan á una familia: á la gran familia humana.

Además, Kaid y Athais se habian presentado como neófitos del cristianismo: habian dicho que abandonaban su tribu para librarse de la idolatria y de las supersticiones egipcias, se les creía hermanos, y habian sido perfectamente acogidos.

Es verdad que Kaid solo habia permanecido un momento en la majada, pero Athais habia dicho que volvería, y todas las noches se le habia esperado y se le habia guardado su lugar en la mesa.

La hermosura lánguida y purísima de Athais y la enérgica y primitiva de Kaid habian sido para ellos dos excelentes recomendaciones: sin embargo, el padre Athanasio habia visto en los jóvenes algo más que hermanos, habia adivinado la verdadera causa de su separacion de la tribu; pero se habia propuesto convertir en bien el mal: el ermitaño nada sabia de su historia, pero habia comprendido que eran amantes.

Además, Athais nada más que el acento tenia de la raza egípcia: era, como hemos dicho, blanca, rubia, con hermosos ojos azules, y de más estatura que lo eran en general las egipcias: era, en fin, un trasunto de la antigua raza goda de que descendia su padre Fernan-Gonzalez.

El padre Athanasio habia notado estos rasgos característicos que diferenciaban á Athais de Kaid, habia visto un misterio en la union de aquellos jóvenes, y habia procurado retenerlos junto á sí con la caritativa intencion de arrancar dos almas al infierno.

Apenas estuvieron los pastores y sus familias sentados á entrambos lados de la mesa, el ermitaño rezó las oracio-

nes de costumbre, las que fuéron repetidas por todos, bendijo la mesa y se empezó la rústica cena.

En los primeros momentos destinados á calmar la necesidad, nadie habló ni se oyó más ruido que el de las mandíbulas; pero cuando empezaron á circular las calabazas, y el líquido que las llenaba fué produciendo sus efectos, empezaron cien conversaciones cruzadas, en que cada cual contó los sucesos del dia.

—¿Sabeis, dijo un anciano pastor, lo que he visto?

—¿Y qué has visto?

—He visto uno de los espíritus de la montaña.

—¡Jesus! exclamaron todos.

—Pero no iba solo, añadió el pastor.

—Esos malditos siempre van en legiones como los diablos, observó uno.

—No, no por cierto, dijo el narrador: era un espíritu hembra el que le acompañaba; los dos iban montados en caballos negros, y corrian entre las rocas como el huracan.

—Esos eran doña Sancha y Daruh, dijo para si Kaid.

—Esos malditos espíritus por todas partes corren, dijo un zagal.

—Yo apenas tuve tiempo para apartarme de su paso, y temí que por haberlos visto me sucediese alguna desgracia; pero he contado al llegar mis vacas, y no me falta ninguna, á pesar de que al pasar junto á mí el espíritu varon me miró de una manera que metia miedo con sus ojazos negros.

—¿Y les viste dónde se metieron?

—¿Pues no lo habia de ver? se encaminaron á la roca del Penitente-rojo, treparon por ella y entraron en la ermita: parécceme qué esa ermita, más que de Dios es del diablo.

—Yo sabré lo que esa ermita es, añadió siempre para sí Kaid.

—Más caridad, más caridad; hermanos, dijo el padre Athanasio: acaso lo que os parecen prodigios, sean la cosa más natural del mundo.

—¿Y quién nos roba nuestras reses, por más que las guardemos? dijo el pastor; ¿quién nos envia las malignas enfermedades que algunas veces padecemos, y en fin, quién mata á los desventurados que algunas veces encontramos asesinados entre las breñas, cuando no hay un solo bandido en los alredores? Y como nosotros nos quejamos, ¿no se quejan tambien los de las aldeas vecinas?

—No debemos pensar mal de nuestros semejantes cuando no tenemos una prueba, dijo con mansedumbre el hermano Athanasio; yo he ido algunas veces, impulsado por vuestras quejas, á ver al ermitaño que habita en la ermita del Penitente-rojo, y he encontrado un varon piadoso, un cristiano convertido de la idolatría, caritativo, perfectamente instruido en nuestra religion, y que pasa una vida solitaria y ejemplar.

—¡Daruh! añadió para sí Kaid.

—Y nosotros, oyendo vuestras amonestaciones, vamos á llevarle uno cada dia agua, queso y pan.

—Dios os premiará vuestra caridad.

—Sin embargo, continúan los robos de nuestras reses,

y alguna vez hemos visto sus despojos al rededor de la roca del Penitente-rojo.

—Apariencias del diablo para inquietaros, dijo el ermitaño.

—Bien puede ser, dijo un mayoral viejo, pero estoy seguro de que si se entrara en esa ermita, que siempre está cerrada y misteriosa, habia de encontrarse algo.

—Eso lo encontraré yo, murmuró Kaid.

Siguió la conversacion el mismo giro: cada cual contó alguna desgracia que le habia acontecido, y al fin, como se hubiese acabado la cena y ya fuese tarde, el ermitaño rezó las oraciones nocturnas, bendijo á los pastores, y estos salieron.

Athais siguió á la hermosa pastora, que, como hemos visto, habia ido cuidadosamente á buscarla á la entrada de la noche, y Kaid, despues que el padre Athanasio fué llevado en su sillon por dos pastores á la ermita, se quedó con él.

El aspecto de la habitacion del ermitaño, era evangélico: todo su menage se reducia á una mesa, un estante con algunos libros, una tarima por lecho, una lámpara colgada delante de una cruz negra clavada en la pared, y bajo ella una pila de agua bendita.

Cuando se hubieron quedado solos, Kaid dijo al anciano:

—Necesito hablaros, señor, pediros ayuda.

—Habla, hijo mio, contestó con gran dulzura el anciano.

—Yo, como habeis notado, y como sabeis, soy egipcio.

—Lo sé.

—Como tal, he seguido hasta ahora las costumbres y la religion de mis padres: he robado sin avergonzarme del robo, y he adorado á Aldeboran.

—Abominaciones son esas que querria que no se uniesen á otra abominacion. Dicen que entre vosotros, los hermanos se casan con las hermanas.

—Así es; pero María no es mi hermana.

—Ya lo habia sospechado: María en nada se parece á los de vuestra raza.

—Sin embargo, señor, María es hija de un poderoso castellano y de una hermana de mi padre.

—¡Ah! exclamó profundamente el ermitaño.

—Hemos crecido juntos: yo la amaba y la amo con toda mi alma: pero María rechazaba mi amor, porque otra de mis tias la habia enseñado la religion de Cristo, y me decia que una union entre hermanos era abominable.

—Y María decia bien.

—Sin embargo, un dia supe de una manera indudable que María no era mi hermana; lo supe por la boca de mi padre. Entonces lo revelé á María, que me dijo: en buen hora, pero no seré tu esposa si no te haces cristiano.

—Entonces huí con ella de nuestra tribu, adopté el nombre de Juan que me dió María, y os pedí hospitalidad: dije á esos buenos pastores que éramos hermanos para no escandalizarlos, pero á vos, padre mio, he querido deciros la verdad.

—Y has hecho muy bien, hijo mio, así como en hacer

que María viva con la buena Marta: en ella solo encontrará ejemplos de virtud.

—Sí, sí, es verdad; pero yo no quiero que ni ella ni yo seamos gravosos á esas buenas gentes.

—El honrado debe ganar su pan, es cierto, dijo el ermitaño, y no vivir del sudor ageno.

—Por lo tanto, padre, María desde el momento en que pueda dejar sus ropas egipcias aceptará parte del rebaño comun, y yo que no tendria paciencia para ser pastor, me dedicaré á la caza; soy buen tirador, fuerte, incansable, y con una ballesta y mi lebrela, ganária lo bastante nó solo para contribuir á mi sustento, sino tambien para con el producto de esa caza vendida en las poblaciones cercanas, pagar el tributo que exige á esos buenos pastores el señor rey por el pedazo que ocupan en sus reinos.

—Muy recomendable y muy justo es cuanto dices, hijo mio, añadió el ermitaño, y como las buenas obras deben ponerse en ejecucion desde el momento...

—Antes será necesario que ella y yo cambiemos de ropas: nuestros vestidos egipcios traerian sobre nosotros la persecucion del rey, que acaba de destruir á nuestra tribu: tomad, padre, (y Kaid sacó de su seno una pequeña bolsa de seda) aquí hay unas alhajuelas de María y una cruz de oro y diamantes: dad á vender eso á algunos de los pastores que yo creo que con ello habrá bastante para comprar ropas á María y un vestido de montero para mí, una ballesta y algunos venablos.

—Sí, venderemos estos objetos de vanidad, menos esta cruz; esta cruz debe conservarla María.

Y el ermitaño apartó con un religioso respeto la cruz.

—Creo que despues de vendidas estas joyas, que son de valor, quedará mucho dinero, mucho más que el necesario para esas ropas, continuó el ermitaño.

—Tened en cuenta que será necesario que yo me fabrique una choza.

—Aun quedará oro bastante para comprar un hermoso rebaño á María.

—Sea como gusteis; guardad esas alhajas, y decidme: ¿cuándo nos bautizareis para que podamos ser esposos?

—Cuando el amor de Dios esté en vosotros más alto que el amor mundano: cuando querais ser cristianos por amor á Jesucristo y no por vosotros mismos: además, es necesario instruiros: María, aunque cristiana, obedece aun á muchas prácticas y supersticiosas, es necesario estirpar de ella todos los vicios de la idolatria.

—Vos nos instruireis, padre; escucharemos vuestra palabra todas las noches cuando ella haya vuelto de apacentar sus corderos y yo de la caza: ahora bien, y entre tanto llega ese dia ¿qué creeis, padre, que debe creerse acerca de lo que han dicho nuestros amigos de la montaña?

—Supersticiones de que el espíritu humano nunca está libre, contestó el ermitaño; ellos ven una obra del demonio en lo que yo veo un misterio de los hombres.

—¿Y qué creeis vos, padre?

—Creo que en estas montañas hay bandidos demasiado astutos para no dejarse ver, y que viven sin duda en algun retiro misterioso é impenetrable.

—¿Y no habeis sospechado nunca del ermitaño que vive

en el lugar á que llaman nuestros amigos la roca del Penitente-rojo?

—Dios me manda que no desconfie de mis semejantes sin pruebas, ó al menos sin indicios.

—¿Y si yo os diese esas pruebas?

—¿Tú?

—Sí, yo: si os dijese: ¿ese hombre que parece penitente no lo es; ese hombre que parece cristiano no lo es, sino un egipcio, un idólatra, un terrible gefe á quien se llama en la tribu de Andabaruk, Daruh el valiente?

—¿Y tienes una prueba de ello?

—Le he visto hoy cometer un crímen, un asesinato horroroso, y arrebatar consigo á la infanta doña Sancha de Navarra.

—¿La infanta doña Sancha de Navarra? exclamó el ermitaño.

—Sí por cierto: ¿y sabeis adónde condujo Daruh á la infanta? á la ermita del Penitente-rojo.

—¡Señor! ¡señor! exclamó el padre Athanasio levantando los ojos y las manos al cielo. ¡Hasta cuándo permitirás que el crímen se encubra con una hipócrita máscara de religion!

Y luego, volviéndose á Kaid, continuó:

—Hace muchos años vivia en esa ermita un monge, que por un capricho singular y misterioso llevaba los hábitos rojos. Por esta razon le llamaban el Penitente-rojo. Antes habia sido un poderoso señor de vasallos, y arrepentido al parecer de los crímenes que habia cometido durante su vida, se hizo construir un sepúlcro, y poner sobre él su misma estátua armada de todas armas. El caballero, el magnate

habia muerto, y solo quedaba el monge.—Seguia, en la apariencia, una vida ascética y ejemplar; pero desde el momento en que aquel hombre se estableció en la montaña, empezaron á suceder en ella desgracias: como ahora, las reses desaparecian sin que se pudiese adivinar quién las robaba: las doncellas eran arrebatadas del hogar paterno, las esposas á sus maridos y á sus hijos, é incendiadas las mieses y los plantíos cuando estaban en sazon: jamás se pudo apresar á los que causaban estos daños, y las gentes sencillas y supersticiosas creyeron obra de espíritus infernales sus desdichas; pero un dia, hace algunos años, se encontró en la montaña al monge rojo cosido á puñaladas, y sobre su pecho un escrito que decia:

—«Hé aquí el demonio protector de los espíritus de la montaña.»

—Pues bien, dijo Kaid; ese asesinato es sin duda obra de Daruh, pero yo os prometo que al fin y al cabo, y antes de que pase mucho tiempo, he de saber si lo que encierra esa roca son espíritus ú hombres de carne y hueso.

—Dicho esto, Kaid se despidió del penitente, se encaminó á la casa que servia para la comida comun de los pastores, y acostándose junto al hogar, teniendo tendida á sus piés á su lebrela Céfiro, cansado por la fatiga se durmió.

CAPITULO XVIII.

En que se sabe de cierto quiénes eran los espíritus de la montaña.

Apenas Daruh estuvo dentro de la ermita con doña Sancha, cuando se encaminó resueltamente al sepúlcro en que el Penitente-rojo aparecia bajo la figura de un feroz caballero de aquellos tiempos.

La infanta seguia á Daruh.

Este oprimió el resorte del frontal del sepúlcro, se abrió la puerta, y el egipcio despues de haber hecho pasar á doña Sancha, encendió una linterna en la lámpara de la ermita, penetró tambien por la comunicacion secreta, y descendió.

Cuando llegaron al pié de la escalera, Daruh abrió la puerta del que hemos llamado su guardaropa, cambió de trage sustituyéndole con uno deslumbrante de infanzon, y cuando estuvo hecha esta transformacion, se volvió á la infanta.

—¿Qué te parece de mí, noble doña Sancha? la dijo con

sarcasmo el egipcio: ¿no es verdad que no esperabas encontrar en estos andurriales todo un señor de horca y cuchillo, con vasallos y estados? Cierto es que mis estados están encerrados en el corazon de una roca; pero no por eso son menos ricos que los mejores. Vamos, alégrate, nada echarás aquí de menos; ni aun el amor.

La infanta guardó un silencio de desprecio.

—¡Ah! ¡ah! ¡la desdeñosa! dijo Daruh: pues mira, águilas tan altivas como tú se han convertido en mi poder en palomas. Vamos, nada temas, sígueme.

—¡Esto es una caverna de bandidos! exclamó la infanta.

—Que por tu mediacion, hermosa señora, van á convertirse en vasallos de un alto y poderoso señor, á quien solo falta que el rey de Leon entregue un pergamino rodado y sellado en el que le llame su muy querido primo. Para eso será necesario que tú seas reina... ya ves cuánto me intereso por tí. Ese conde soberano, sobre no ser más que conde, y conde tributario, es infinitamente más feo y más viejo que el rey D. Sancho. Está en tu interés el casarte con el rey de Leon, y llegará un dia en que me agradezcas lo que hago ahora y te tiene tan hosca y séria. Vamos, hermosa princesa, sígueme. Voy á llevarte á tu palacio.

Daruh abrió la sétima puerta, y tras ella apareció una magnífica escalera de mármol alumbrada de trecho en trecho por lámparas. A pesar de su situacion, la infanta no pudo menos de asombrarse de la magnificencia de aquella escalera de paredes escultadas y techumbre de madera ricamente labrada, que hacia presumir la riqueza de las habitaciones á donde conducia sin duda.

Daruh entró y cerró tras sí la puerta: cuando hubieron llegado al fin de la escalera, se encontraron en una galeria magnífica, alfombrada, entapizada y alumbrada tambien por lámparas.

La luz artificial la prestaba un aspecto sombrío, y la infanta dejó ver en su semblante una expresion de pena.

Daruh lo notó y le dijo:

—Es lástima que el tiempo que permanezcas aquí no puedas ver el sol; pero ¿qué quieres? la construccion de este alcázar subterráneo fué un capricho de cierto monge rojo á quien todo lo solemne y sombrío agradaba sobremanera. Pero en cambio vas á ser servida como una princesa encantada.

Y Daruh tras estas palabras tocó un silbato.

Poco despues se abrió una puerta y aparecieron dos reverendas matronas que tenian todas las trazas de dueñas, enteramente vestidas de negro, cubiertas por largos velos, y sin dejar ver más que sus rostros cetrinos, amarillos y malévolos; detrás de las dueñas, y en dos hileras, venian como hasta una docena de mujeres hermosas y tristes vestidas de blanco, y cada una de ellas con una candelilla en las manos.

—Hé aquí vuestra señora, respetables damas, hermosas doncellas, dijo Daruh; guardadla, honradla y servidla, y tened en cuenta que servís á una reina.

Doña Sancha se entregó, confiando en Dios, á aquella nueva aventura y entró: Daruh cerró la puerta quedándose en la galería, llegó á otra, la abrió, y desapareció por ella.

Dejemos á la infanta entregada á aquellas doloridas, á

quien Daruh habia llamado damas y doncellas, y sigamos al egipcio.

Este atravesó algunos pasadizos, subió y bajó algunas escaleras, y al fin se encontró en la misma cámara donde habia dejado á Zuanko encomendado al judío Roboam.

Nadie habia en la cámara; Daruh llegó al escudo y tocó en él con su puñal: al sonido metálico que aquel choque produjo se presentó Roboam.

—¿Qué ha sido del hombre que te entregué? le dijo Daruh.

—Está sano y salvo viéndome disecar aves en mi laboratorio.

—¿Sano y salvo?

—Enteramente: la ciencia no podia engañarme: solo le queda una señal amoratada al rededor del cuello que desaparecerá pronto, y una extraña manía en la cabeza.

—¡Loco! exclamó Daruh.

—No por cierto, sino que cree que en realidad ha dejado de existir y que está en el pais donde no hay luz...

—¿Pero tú no le habrás dicho?...

—Yo no estaba autorizado para decirle nada.

—Vete y hazle venir.

El judío salió, y poco despues se presentó en la puerta hosco y receloso Zuanko.

—¿Me conoces? dijo Daruh.

—No, nunca te he visto, contestó Zuanko.

—¿Ni recuerdas á tu padre Kairú?

La mirada de Zuanko se fijó de una manera intensa en Daruh, y se iluminó como al impulso de un recuerdo.

—Yo tenia un hermano, dijo: un hermano que se llamaba Daruh.

—¿Y qué ha sido de ese hermano?

—Mi padre antes de morir me contaba todas las noches una triste historia para escitarme á la venganza contra Kaleb y contra su hijo Wamdihavé.

—¿Y qué historia es esa?

—Habia en nuestra tribu una doncella muy hermosa que se llamaba Alida.

Daruh palideció.

—No habia mancebo en la tribu, ni fuerte guerrero que no la amase: descendia en línea recta de nuestros antiguos reyes, era hija del gran duque Kaleb, y hermosa sobre todas las hermosas: mi hermano Daruh, el guerrero más temido de la tribu á quien llaman aun en ella él valiente, se enamoró locamente de Alida y la pidió por esposa al gran duque; pero el gran duque le desdeñó: recurrió como amante á Alida, y Alida le despreció tambien porque estaba enamorada de un extrangero: tantas contrariedades irritaron á mi hermano, que se conjuró con algunos de sus amigos contra Kaleb; pero la conjuracion fué descubierta, y mi hermano se vió obligado á huir.

—¿Y no habeis vuelto á tener noticias de él?

—No; él se quedó en el occidente, y nosotros nos volvimos al oriente: si eres su espíritu que pena en la region donde no hay luz, dímelo, porque yo veo en tí mucho del semblante y de la mirada de mi padre.

—Yo soy tu hermano Daruh, contestó lentamente y profundamente conmovido el egipcio.

—¡Tú, mi hermano Daruhl ¡tú, con el trage de nuestros enemigos los cristianos!... ¡sí, eso debe ser! ¡habrás cometido el crímen de abandonar tu religion, y al morir, el justo Aldeboran te ha sentenciado al tormento de llevar eternamente esas ropas!

—¿Y qué te hace pensar que esta sea la region donde no hay luz?

—Me acuerdo perfectamente: yo he sido ahorcado por sentencia de los ancianos de la tribu.

—¿Y qué delito habeis cometido?

—Quise vengar á nuestro padre, infamemente asesinado por Wamdihavé.

—¡Asesinado! exclamó con furor Daruh; ¡y acaso Wandihavé, el asesino de mi padre y de mi hermano, ha sido exterminado por los cristianos que me han robado mi venganza!

—¡Cómo! ¿tambien aquí se habla de venganza? exclamó Zuanko.

—Vuelve en tí, hermano, dijo con impaciencia Daruh; tú estás tan muerto como yo, que lo estoy tanto como el rey D. Sancho, que vivirá lo bastante para darnos poder y fuerza.

—¡Recibir nuestra fuerza del rey de Leon!

—¿Y por qué no? ¿no está destruida nuestra tribu?

—¡Destruida nuestra tribu!

—Sí, destruida por él, pero no importa: ¿acaso nuestra tribu no me abandonó á mí? ¿no ha dejado sin venganza el asesinato de nuestro padre? ¿no te ha dejado ahorcar á tí? ¡Miserables, que así os doblegásteis ante la tiranía! ¡habeis

merecido vuestro exterminio, y no seré yo quien odie al que le ha causado!

—Pero yo no comprendo nada de esto: al despertar me he encontrado en un lecho magnífico: jamás habia reposado en otro igual; por donde quiera encontraba mi vista sedas y muebles preciosos; aspiraba suaves perfumes, y á no ser por ese viejo repugnante que me mira sin quitarme ojo, me hubiera creido en un lugar de descanso en las regiones inmortales. ¡Y todo esto es tuyo! ¡todo esto es de mi hermano!

—Escúchame, Zuanko, y comprende nuestra situacion.

Daruh se sentó en una silla riquísima é invitó á Zuanko á que se sentase junto á él en otra.

—Como te he dicho, yo, irritado contra el viejo Kaleb, me habia conjurado para destituirle y arrojarle de la suprema autoridad: velaba yo una noche pensando en mis proyectos, cuando hé aquí que se abrió mi tienda y se me presentó uno de mis más fieles parciales.

—Sálvate, me dijo; nuestro intento está descubierto, y nuestros amigos aherrojados: no hay momento que perder.

Sin dejar á mi amigo que acabase de hablar, me lancé fuera de la tienda y luego del aduar: mi amigo me acompañaba: al vernos en campo libre me dijo:

—Tú por allá, yo por estotra parte; de este modo distraeremos á los que nos persiguen, sin duda; que Aldeboran proteja al que mejor le plazca. Adios.

Y se separó rápidamente de mí.

Yo seguí corriendo por valles y montañas, y al fin á las

puestas del sol me dejé caer rendido de fatiga al pié de una roca altísima; habia corrido mucho, no llevaba armas, y un niño hubiera podido hacerme cautivo.

No era de presumir que habiendo andado y rodeado tanto, mis perseguidores me encontrasen: sin embargo, no eran ellos solos á los que tenia que temer: era egipcio; mi raza se dejaba conocer en mi rostro, en mi lenguaje, en mis ropas, y los cristianos matan sin compasion á los egipcios, ó los hacen sus esclavos cuando los encuentran solos.

Por la primera vez tenia miedo.

De repente mi miedo se redobló: saliendo de los jarales inmediatos adelantó hácia mí un fantasma enteramente rojo: cuando llegó á mí ví que era uno de esos frailes que viven en despoblado practicando una vida penitente; pero aun cuando habia visto muchos, nunca los habia visto con los hábitos rojos.

Acercóse á mí, y me habló con un acento duro en un lenguaje que no comprendí; él pareció no comprenderme tampoco cuando le dije en nuestro idioma que era un desdichado que necesitaba amparo.

Entonces con un ademan imperativo me señaló un sendero abierto en la roca y me indicó que marchase por él: víme obligado á obedecer, y yo delante y el fraile rojo detrás, llegamos á la cumbre de la roca y delante de una ermita.

Entonces el fraile me vendó los ojos, me asió una mano y me guió: durante algun tiempo solo sentí abrir y cerrar puertas, bajé algunas escaleras, y cuando al fin el fraile me quitó la venda, me encontré con extrañeza en este

mismo sitio, que estaba sobre poco más ó menos como ahora.

—¿Y el fraile rojo te obligó sin duda á servirle?

—Sí; durante mucho tiempo, el altivo, el soberbio Daruh, se vió obligado á servir á otro hombre.

—¿Y por qué no le mataste?

—¡Matar al Penitente-rojo! Sí, le maté al fin, pero fué cuando pude comprenderle, despues que engañado por mi astucia habia hecho una completa confianza de mí: hasta el dia en que le maté, pasaron para mí muchos años de servidumbre penosa. Aquel hombre me aterraba, como aterraba á todo el mundo.

—¿Y quién era aquel hombre?

—No se sabia quiénes eran sus padres, ni el país donde habian nacido: aquel hombre, bandido en el Pirineo, aventurero despues al servicio del rey don Sancho Abarca, dió de sí tales muestras, que aquel rey le hizo señor, le dió tierras y castillos, y le tuvo por su favorito. Despues el fraile rojo, que habia tenido por nombre mientras fué caballero Jaime de Arlés, cometió no sé qué deservicios á don Sancho Abarca en pró del rey de Leon, deservicios por los cuales, no pudiéndole haber á las manos el rey de Navarra, le confiscó sus estados al mismo tiempo que se los concedia mayores en sus reinos el rey de Leon.

Jaime de Arlés no era hombre que pudiese servir mucho tiempo fielmente á un amo, y precaviéndose á todo evento, se aprovechó de esta roca, en la cual la naturaleza habia hecho grandes escavaciones, las aumentó, hizo un verdadero y magnífico palacio en el corazon de una peña,

colocó sobre ella una capilla cristiana, puso en ella un sepúlcro con su estátua como en señal de humildad, penitencia y olvido del mundo, pero en realidad aquel sepúlcro no era otra cosa que la entrada oculta de sus alcázares subterráneos. Vistióse un hábito rojo como para que este terrible color le recordase la sangre que habia vertido contra razon, derecho y justicia; dejó al rey sus bienes para que los repartiese entre los pobres, no sin haber transportado antes á sus dominios ocultos las numerosas riquezas fruto de sus rapiñas, y en muestra de separarse del mundo se retiró á esta roca.

Desde entonces cayó el azote de Dios sobre la comarca: Jaime de Arlés, que aun era jóven y robusto y dado á los placeres, no supo que habia una mujer hermosa al alcance de su mano, doncella, casada ó viuda, que no la hiciese robar por los suyos y la trasladase á este lugar: todo era robado, incendiado ó destruido segun su capricho, pero de una manera misteriosa, y hasta tal punto, que se creyó que tales daños eran causados por séres infernales, á quienes la credulidad y la supersticion llamaban los espíritus de la montaña.

Yo estuve seis años sujeto á su yugo, siendo testigo de sus placeres y de sus vicios, consolándome con la esperanza de gozar otros placeres iguales. Comprendí que si no inspiraba una gran confianza á Jaime jamás saldria de mi servidumbre, y le fingí tanto afecto, me doblegué de tal modo á su voluntad, estaba tan seguro del temor que inspiraba á cuantos le rodeaban, que al fin confió en mí y me llevó fuera á sus escursiones.

Entonces me preparé á libertarme, y no solo á libertarme, sino á hacerme señor de cuanto aquel hombre poseia: yo conocia sus secretos y la causa por qué las gentes que le servian le eran adictas ciegamente: le creian favorecido por un poder superior: yo sabia demasiado que no era otra cosa que un hombre valiente y audaz, y como á mí me sobraban audacia y valentía, me decidí.

—¿Y qué hiciste?

—En primer lugar pensé en dar cierto prestigio á la muerte de Jaime de Arlés, y el dia en que me decidí á deshacerme de él me previne de un pergamino en que escribí en buen español estas palabras:

«*Hé aquí el demonio protector de los espíritus de la montaña.*»

—¿Y luego?

—Luego, á la caida de la tarde, salí segun costumbre con Jaime. El objeto de aquella salida tenia mucha parte en mi resolucion: tratábase de una mujer á quien pensaba robar Jaime, y que habia producido en mí una profunda impresion: era una montañesa cándida, pura, que creyendo en la fama de santidad del Penitente-rojo, iba á pedirle un milagro por la salud de su padre, que se encontraba gravemente enfermo. La mente de Jaime era confiar á la muchacha y llevarla engañada á la ermita: yo la habia visto una vez, me habia enamorado de ella ciegamente, y me parecia horrible que otro hombre la poseyese.

Jaime estaba citado con ella al oscurecer en una encrucijada cercana al pueblo: yo le acompañaba vestido como él de penitente, con la diferencia de que mis hábitos

eran pardos. Media legua antes de llegar al lugar de la cita, cerca de las puestas del sol, nos encontrábamos en el centro de una selva oscura é intrincada: reinaba un silencio profundísimo, y no era de temer que pasase por allí alma viviente: Jaime marchaba descuidado delante de mí y me hablaba con un cinismo horroroso de sus proyectos acerca de la montañesa.

—¿No es verdad que es una hermosísima rapaza de diez y seis años, y que el hombre que la posea puede llamarse el más feliz de todos los hombres? me díjo.

—Sí, le contesté.

—¡Qué cabellos tan negros, tan sedosos y tan largos los suyos!

—En verdad que son unos hermosos cabellos.

—Cuando aquella admirable crencha esté tendida sobre su blanca espalda; cuando cubran á medias su seno desnudo; cuando sus brillantes ojos cedan ante mis miradas; cuando sus megillas estén cubiertas de rubor...

Las palabras de Jaime irritaron mis celos y no le dejé concluir. Le embestí cojiéndole descuidado, le arrojé por tierra, y antes de que tuviese tiempo de reponerse de su sorpresa le clavé tres veces mi puñal en el corazon.

Cayó y murió sin exhalar un gemido, y yo poniendo sobre él el pergamino que llevaba preparado, seguí á gran paso aterrado por lo que acababa de hacer.

Jamás habia vertido sangre sino esponiendo mi vida, y aquel asesinato me repugnaba.

Cuando llegué al lugar donde esperaba Teresa debia estar sumamente pálido, porque me dijo:

—¿Qué os sucede, padre? estais muy pálido.

La necesidad de justificar mi turbacion me hizo arriesgar una mentira que me sirvió de mucho, porque no sabia cómo hacerme seguir de la hermosa montañesa.

—Sí, sucede una gran desgracia: el santo penitente...

—¡Ha muerto! exclamó Teresa con un acento que me hizo extremecer de celos, porque no sabia si debia atribuirlo á amor. Podia muy bien haberme engañado Jaime y estar ya en inteligencia con ella.

—¿Y si hubiese muerto? la dije.

—¡Oh! no me consolaria nunca, me dijo con candidez, por que ¿quién sino él podria hacer el milagro de salvar á mi padre?

—El penitente no ha muerto, solo está algo enfermo; pero me ha enviado para que os lleve á su ermita; allí le informareis del estado de vuestro padre y os dará ciertas medicinas que le salvarán.

—¡Oh! pues voy á avisar á mi pobre abuela para que no esté con cuidado si tardo, y os sigo.

Teresa se alejó y desapareció entre los árboles, dejándome entregado á la más cruel incertídumbre, que duró poco, porque Teresa, habiéndose puesto sobre sus hermosos cabellos un blanco velo que la hacia más hermosa, adelantó saltando como un corderillo.

—¿Y está muy lejos la ermita? me dijo.

—No, la contesté con la voz trémula de emocion; seguidme: para que podamos hacer más deprisa el camino, asíos de mi brazo.

Teresa enlazó su torneado brazo al mio, y tomamos el camino de la ermita.

Hacia una luna clarísima y á su resplandor Teresa parecia más que una criatura humana una creacion celeste.

Yo hubiera podido abusar de su confianza durante el camino, pero la amaba, estaba interesado en que me amara...

—¿Habeis olvidado á Alida?

—Hubiera olvidado á todas las Alidas del mundo.

—¿Tan hermosa es esa mujer?

—Vas á verla y á juzgar, hermano.

—¿Qué, está aquí?

—Sí; está aquí y es mi esposa. Teresa tuvo poder bastante para esclavizarme á su voluntad; pero tomemos la relacion desde el principio: me habia olvidado de decirte que cuando maté á Jaime le registré y le tomé dos llaves que levaba consigo; cuando llegamos Teresa y yo á la ermita abrí la puerta con una de las llaves y entré dentro.

—¿Dónde está el santo penitente? me preguntó Teresa.

—El penitente hace de vos tal confianza, la contesté, que vais á ver lo que nadie ha visto.

Y llevándola al sepúlcro aparente de Jaime, abrí la puerta secreta.

Al ver su oscuro fondo Teresa retrocedió.

—Yo no entraré por ahí, me dijo: quien así se oculta no puede pensar en cosa buena.

—¿Acaso no teneis confianza en mi? la dije con acento dulce y conmovido: ¿creeis que á mi lado os puede suceder algun daño?

Fuese que yo tuviese ya algun ascendiente sobre ella, ó por otra razon cualquiera, Teresa bajó la cabeza resignada y entró.

Bajamos la escalera, y cuando llegamos al primer espacio la hice esperar, abrí la puerta del aposento donde Jaime tenia sus armas y sus disfraces, cerré la puerta, y á la luz de una linterna me armé y me vestí con un expléndido atavío de caballero.

Mucho debia haber ganado mi aspecto con aquellas galas, que eran riquísimas, puesto que Teresa lanzó una exclamacion de asombro.

—Vos no sois ermitaño, me dijo.

—No, pero no por eso dejaré de salvar á vuestro padre. Entre tanto seguidme, si quereis que se salve otro enfermo que está en peligro de muerte.

—¿Y es necesario que yo?... me dijo ruborizándose, comprendiendo sin duda el sentido de mis palabras.

—En vos consiste, la dije, que ese desdichado se salve.

Noté entonces que Teresa me miraba de una manera particular, que habia algo de terror en su semblante, y que buscaba inquieta en torno suyo algo que pudiese salvarla. Pero yo entonces estaba dominado por un vértigo, su hermosura me fascinaba, habia vertido por ella sangre, y por nada en el mundo hubiera retrocedido. Ella, fuese que viéndose sin amparo en mis manos, no se atreviese á irritarme, fuese, en fin, porque su vanidad se viese satisfecha con la riqueza y el poder que yo demostraba en mi trage, fuese que se viese arrastrada por esas tentaciones inquietas que siempre batallan en el alma de la mujer, me siguió cuando

abrí la puerta que conducia al magnífico retrete donde Jaime acostumbraba á llevar sus víctimas, y que es este mismo en que nos encontramos.

Estaba seguro de no encontrar á nadie, y al fin me ví solo con ella.

Teresa volvió á mostrarse inquieta, pero su inquietud pasó, sino realmente, en la apariencia; yo estaba fuera de mí; todo hablaba á mis sentidos; mi propósito de respetarla cedió al temor de perderla, si despues de haberla alarmado la expresaba unos amores respetuosos. Teresa sonrojada delante de mí, callaba y sostenia la mirada fija en el suelo: su magnífico seno, agitado por el temor ó por la emocion, se alzaba y se deprimia respondiendo á los latidos del corazon.

De lo que resultó que Teresa no volvió á la casa de su padre.

—Sí, sí volvió, dijo Daruh, volvió aquella misma noche, pero acompañada por mí; pero estaba ya seguro de que no me abandonaria, de que partiria su vida conmigo. Además, Teresa se mostraba, si no enamorada, interesada por mí, y al volver á su casa se apoyaba con languidez en mi brazo. Yo no iba ya con los hábitos de monge, sino con unas sencillas ropas que muy bien podian convenir á un médico. Cuando llegamos al pueblo la abuela de Teresa la esperaba inquieta.

—Cuánto has tardado, hija, la dijo mirándome con recelo.

—Todo consiste, abuela, dijo Teresa mintiendo una disculpa en que habíamos convenido, en que el santo peniten-

te, que está enfermo y no puede venir, ha tenido que enviar á su lego á buscar á este sabio médico, que me acompaña y que vive á alguna distancia de la ermita.

Aparentaba yo tan bien la gravedad de un sabio, que la vieja creyó á Teresa y nos llevó á la cabaña de su padre.

Todo allí respiraba simplicidad campestre, pero todo era limpio y cómodo: en un lecho demasiado bueno para un pobre habia un anciano moribundo casi.

—¿Y es ese vuestro padre? dije á Teresa.

—Sí por cierto: ¿os parece viejo, no es verdad? esto consiste en que casó ya entrado en años con mi madre, que era muy jóven, y que murió al darme á luz.

Satisfízome esta contestacion y me acerqué al lecho: el padre de Teresa, aunque en un estado fatal á causa del abandono con que se habia mirado su enfermedad, que era aguda, podia, contando con los esfuerzos de la ciencia, ser salvado, aunque de una manera lenta: yo mismo salí y busqué á la luz de la luna algunas yerbas medicinales en los campos vecinos, y pretestando que necesitaba pasar la noche al lado del enfermo, me quedé en la casa.

Reparé en que mi permanencia allí inquietaba á Teresa, pero por más que hice no pude explicarme la causa de su inquietud. Muy pronto debia conocerla. Como la noche estaba bien entrada, hice á la vieja que se retirase á su aposento, é indiqué lo mismo á Teresa, que me contestó:

—No, no, yo me quedaré aquí; soy jóven y fuerte y os ayudaré á velar á padre.

En efecto se quedó.

Los medicamentos que yo habia dado á su padre le

habian sumido en un letargo profundo: sudaba abundantemente y todo anunciaba una reaccion: Teresa se levantaba de tiempo en tiempo y observaba con gran interés á su padre.

De repente sonó en la calle el débil tañido de un laud. Aquello parecia una seña. Miré á Teresa y ví que se extremeció. El laud seguia tañendo, y se notaba impaciencia en quien lo tañia.

—¿Qué es eso? la dije.

—Es mi novio, me contestó.

—¡Ah! ¿amais á un hombre?

—¿Y quién os ha dicho que yo amo?

—Creía que una mujer no debia tener novio si no le amaba.

—Os engañais: todas las mozas de esta aldea tienen novio, no porque todas los amen, sino porque una muchacha sin novio daria lástima.

—¡Ah!

—Sin embargo de eso, yo voy á quedarme sin él.

—¡Ah!

—Sí, venid, colocaos al lado de la ventana de manera que no os pueda ver, y escuchadme.

Me coloqué donde me dijo Teresa, que abrió la ventana: en el momento cesó el laud y sentí que un hombre se acercaba.

—Cuánto has tardado, Teresa, dijo aquel hombre.

—Mi padre está muy enfermo, padece mucho, y estaba á su lado.

—¿Y el monge rojo no ha venido?

—No: pero ha enviado un médico.

—Dios salvará á tu padre, Teresa.

—Así lo espero, y para que esa esperanza se cumpla he hecho un voto á la Vírgen.

—¿Y qué has votado, Teresa?

—He votado virginidad.

Entonces noté cuánto dominio tiene sobre sí la mujer; Teresa mentia de una manera doble, y sin embargo su voz no temblaba: era una voz seca y glacial.

—¿Es decir que te pierdo? exclamó trémulo el mancebo.

—Primero que tú es la salud de mi padre.

El jóven guardó por un momento silencio y suspiró ruidosamente.

—¿Y cuándo has pronunciado ese voto?

—Esta noche en la ermita del Penitente-rojo, contestó Teresa con una intencion que solo yo podia comprender.

—Esto me matará, dijo el jóven.

—Busca otra, contestó con indiferencia Teresa; zagalas hay en la aldea hermosas, muy hermosas, y que valen mucho más que yo.

—¡Un voto! ¡un voto! ¡Dios mio! exclamó el enamorado.

—Y un voto irrevocable, añadió Teresa recargando su intencion: adios: adios; olvídame, porque no me volverás á ver. ¡Adios!

—No, espera un momento, Teresa, dijo el jóven impidiendo que ella cerrase la ventana.

—No, no: adios hasta la eternidad.

Y Teresa cerró la ventana, y al retirarse dijo con acento indiferente:

—Ya no tengo novio.

—Pero tendrás esposo, la dije.

—¡Ah! me contestó conmovida: ¡esposo! esposo sí.

Pasé toda la noche á su lado: al amanecer su padre estaba fuera de peligro, la reaccion se habia verificado.

—Tu padre vivirá, Teresa, la dije.

—¡Oh! gracias, gracias, me contestó. Y luego añadió con acento conmovido: ¿Y yo debo vivir ó morir?

—¿Morir? ¿morir tú, cuando eres mi vida?

—Es que yo no volveré á entrar en aquella fatal ermita, ni me vereis más hasta que sea indispensable: puesto que mi padre está fuera de peligro, hoy mismo marcho á la montaña á la hacienda de un hermano de mi madre.

—¿Que no he de volverte á ver?

—En vos consiste. Seguid, puesto que sois sabio, cuidando á mi padre, y cuando esté enteramente restablecido pedidme por esposa.

—¡Oh! y entre tanto...

—Basta lo que ha acontecido, me dijo con firmeza; tened en cuenta que no volvereis á verme á solas sino cuando seais mi marido; si os negais á hacerlo, y sobrevienen las consecuencias que temo de vuestro atrevimiento, tened por seguro que moriré.

Y tras estas palabras me dejó solo y desapareció.

La convalecencia del padre de Teresa duró un mes. En el trascurso de este mes acontecieron para mí sucesos notables: al dia siguiente de la muerte de Jaime un cadáver fué encontrado en el bosque, y se leyó con asombro el cartel que yo habia dejado sobre él; su barba postiza y su peluca

justificaban la acusación escrita en el pergamino, y la justicia del lugar más inmediato se trasladó á la ermita, y la reconocieron, pero inútilmente. Nadie podia creer que se ocultaba un pueblo entero tras la tumba falsa de Jaime. En cuanto á mí, mientras la justicia reconocia inútilmente la ermita, yo recorria los dominios subterráneos de Jaime. Allí encontré inmensas ramificaciones subterráneas, y en ellas todo un pueblo de rameras y bandidos: tuve fuerza bastante para hacerme obedecer de ellos y para que me recibiesen por su señor. Ninguno de aquellos feroces bandidos se atrevió á disputarme un puesto de que yo me habia apoderado: en la parte más alta de la roca encontré un verdadero alcázar y en él inmensos tesoros: todo aquello era mio: encontré además gran número de mujeres hermosas cautivadas por Jaime y guardadas como los árabes guardan á sus esclavas en el harem. Aquellas desdichadas me recibieron por su señor, del mismo modo que me habian aceptado los bandidos. La mayor parte de ellas se habian acostumbrado á aquella vida de molicie, á pesar de que no tenian para esparcirse más que un jardin situado en la altura media de la roca sobre un tajo inaccesible, y que por los accidentes de la montaña no podia verse por ninguna parte.

Jaime habia sabido gozar de la vida, se habia rodeado de lujo y de ostentacion, habia buscado cuantos placeres sensuales proporciona la riqueza, y fielmente servido por los bandidos, de quienes sabia hacerse obedecer, ellos le procurabau nuevos placeres y nuevas mujeres robándolas para él en los pueblos cercanos y hasta en los castillos de la nobleza.

Pero á mí no me bastaba esto: yo amaba á Teresa, estaba decidido á hacerla mi esposa y no queria que estuviese encerrada en vida, ni que conociese los hediondos misterios de esta caverna. Al dia siguiente de mi instalacion como señor de la roca, reuní á todos los hombres, les manifesté mi proyecto de fabricar una casa fuerte que tuviese comunicacion con la caverna, y mi voluntad de que aquella comunicacion fuese hecha por ellos: al momento se principió la obra en la direccion que yo les indiqué: entre tanto, y como podia disponer de oro sobrado, me presenté en el pais como un extrangero que deseaba establecerse en él, valiéndome de centenares de trabajadores, logré ver levantado en menos de un mes un pequeño castillo, pero fuerte y de hermosas cámaras: saqué licencia del rey para vivir en él como señor feudal, licencia que conseguí con una ejecutoria comprada á un noble francés arruinado y mediante algun oro.

Llegó al fin un dia en que me instalé en mi castillo: mis gentes habian concluido la mina, se habia hecho en mi cámara una puerta secreta, y estaba en posicion de trasladarme de una manera misteriosa á mis dominios subterráneos.

Para no hacerme reparar mucho, procuré que más que castillo pareciese mi morada pública una casa fuerte de labrador: eran más mis hombres de labranza que mis hombres de armas, que se reducian á diez, y más mis aperos que mis caballos. Si preguntas en el país por Hugo de Creux, señor de la casa de las Palomas, si haces esta pregunta á un noble, te responderá con den:esd

—Es un hidalgüelo breton que vino de Francia hace diez años y que vive de una manera oscura, destripando terrones y mirándose en los ojos de su mujer, de una buena moza que no tiene otro defecto que ser labriega.

Si preguntas á mi servidumbre de la casa de las Palomas, que no me conoce ni más ni menos que la nobleza y la justicia de Leon, te responderá:

—Es un buen amo que nos paga bien, que nos mira como á sus hijos , y que ama mucho á su mujer.

Si preguntas á Teresa, Teresa te responderá: Hugo es el mejor de los maridos, ha hecho mi felicidad y la de mi familia: por él mi padre y mi abuela han gozado antes de morir algunos años verdaderamente buenos: es para mí una paloma, y yo le amo con toda mi alma.

—¿Con que te casaste con ella? dijo Zuanko.

—Sí por cierto; en cuanto mi castillo de las Palomas estuvo concluido y con mi servidumbre labriega y señorial, monté á caballo y me trasladé á la aldea donde vivia el padre de Teresa, que al verme con galas de caballero, se maravilló de mi transformacion.

—¿Qué es esto? ¿á más de sabio y caritativo, me dijo, sois caballero?

—Sí, le contesté, y como caballero necesito hablaros á á solas.

El viejo se encerró conmigo.

—Teneis una hija hermosísima, le dije.

—Sí, me contestó: todos la llaman la flor de la aldea, y todos han sentido su resolucion de retirarse á la montaña con mi cuñado.

—Pero lo que vos no sabeis, le dije, es que como vos me debeis la vida, vuestra hija me debe la honra.

—¡La honra! exclamó alarmado el viejo.

—Nada temais: vuestra hija se ha salvado; el Penitente-rojo era un bandido, un miserable, del cual tenia yo buenas noticias por algunos atentados que habia cometido; pero tenia una gran fama de santidad: Teresa, vuestra excelente hija, viéndoos en peligro de muerte, recurrió á la santidad de ese hombre, y confió en su fingida vejez. Pasaba yo á caballo una noche por un bosque cercano cuando oí gritos de muger que pedian socorro: fué un milagro que yo me encontrase caminando por aquellos lugares y á tal hora: todo consistia en que venia de ver unos campos que deseaba adquirir y que al fin he comprado. A los gritos de Teresa me arrojé del caballo, que no podia penetrar en la espesura, y corrí á su auxilio; á la luz de la luna la ví forcejeando con el Penitente-rojo... y la salvé.

—Pero... ¿fuísteis vos tambien el que puso el pergamino que le acusaba sobre el pecho de aquel bandido?

—Ni yo llevaba el tal pergamino, le contesté con la mayor naturalidad, ni me hallaba en situacion de pensar en tales cosas; sin duda algun enemigo del monge le encontró en el bosque.

—¿Pues qué no fuisteis vos quien le mató?

—No por cierto: el monge abandonó á Teresa cuando vió sobre sí un hombre espada en mano, y yo solo pensé en apartar de aquel sitio á vuestra hija.

—Teresa me ha contado acerca de vos cosas bien diferentes, dijo con recelo.

—Sí, es verdad, Teresa os habrá dicho, como dijo á su abuela, que yo era un médico que el monge-rojo la habia curado.

—Sí, es cierto.

—Fué una mentira en que convinimos para no afligir á la pobre anciana. Pero la verdad es que habiendo yo preguntado á Teresa por qué razon se encontraba con aquel demonio encarnado, sola en un bosque desierto, me contó la verdad del caso. Afortunadamente yo en mi juventud he estudiado medicina, y llegué á tiempo de salvaros de la muerte.

—Jamás lo olvidaré, dijo el viejo: ahora ved en qué os puedo servir.

—Me hareis el más feliz de los hombres haciéndome vuestro hijo.

—Mi hijo...

—Sí; deseo ardientemente ser esposo de Teresa.

—¡Esposo de Teresa!... pero Teresa tenia un novio... un honrado muchacho, que está desesperado por la determinacion que ha tomado mi hija de consagrar su virginidad á la Madre de Dios, y que por lo tanto se ha retirado á la montaña con mi cuñado.

—Esa es una inocente mentira de vuestra hija convenida conmigo para evitar las importunidades de ese hombre.

—Conque mi hija y vos.

—Escuchadme: apenas salvé á vuestra hija, apenas pude verla á la luz de la luna, me maravilló su hermosura. Por el momento la respeté y nada la dije: pero despues que quedamos solos velándoos, no pude contener mi amor, amor

que apenas nacido habia llegado á su último extremo, y con gran sorpresa mia, porque no esperaba tanta felicidad, me prometió ser mi esposa, si vos consentíais. Díjome al mismo tiempo que tenia novio, pero que no le amaba...

—¿Que no le amaba? ¿os dijo que no le amaba? exclamó con extrañeza el anciano.

—Y no debia amarle, cuando escuchándola yo, le despidió y desesperanzó con acento frio y resuelto.

—Sí, bien puede ser, dijo el viejo: los primeros amores son un juego... vos la habíais salvado de la deshonra, y además, comprendo que la hayais hecho amaros, porque á pesar de que la doblais la edad, sois jóven y hermoso, y teneis una mirada que subyuga.

—¿Cuánto tiempo hace que sucedió eso? dijo Zuanko.

—Hace ocho años, respondió Daruh.

—De modo que Teresa tiene ahora veinticuatro.

—Sí por cierto, y está más hermosa que nunca: su belleza parece crecer cada dia.

—Continúa con tu relacion.

—El padre de Teresa me pidió algunos dias para pensar en mi demanda, y yo, respetando sencillos escrúpulos, se los concedí; entre tanto, é informado por mis bandidos del paradero de Teresa, me trasladé á sus alrededores, la acehé, la ví subir á las montañas con el rebaño de su tio, la hablé y me puse de acuerdo con ella para que la relacion que hiciese á su padre no discrepase de lo que yo le habia hecho.

Quince dias despues, Teresa era mi esposa y vivia conmigo en la casa de las Palomas.

—¿Y no habeis tenido hijos?

—Sí, dijo sombríamente Daruh: tuvimos uno, pero murió.

—¿Y Teresa sabe quién eres?

—Jamás me lo ha preguntado.

—¿Y el novio de Teresa? se aventuró á decir Zuanko.

Nublóse el semblante de Daruh.

—El novio de Teresa era un insensato; como que á los pocos dias de nuestro casamiento apareció ahorcado de un árbol delante de las ventanas de mi mujer.

—¿Y ella le vió?

—Sí.

—¿Y lloró?

—No.

—Tu mujer debe ser dura de corazon.

—Es una mujer digna de mí. Yo no tengo la culpa, me dijo: yo no le amaba: ¿por qué se ha matado?

—¿Y no sorprendiste en ella momentos de tristeza?

—No. Yo mandé descolgar el cadáver, é hice cuantos esfuerzos eran posibles por volverle á la vida.

—No me hubiera yo metido en eso. Un hombre que ha llegado á matarse por una mujer, si resucita por un milagro, es demasiado peligroso. Bien muerto está.

—¡Bah! Teresa me adora.

—Lo creo, puesto que la adoras tú. Pero lo que no puedo comprender es cómo te avienes para cumplir con tu doble vida. Labriego allá, capitan y señor de bandidos aquí, ermitaño allá arriba.

—Yo he acostumbrado desde el principio á Teresa, di-

ciéndola que tales son las costumbres de Francia, á dormir en aposento separado del mio. Así es, que puedo dedicarme á mi doble oficio. Antes del amanecer dejo el lecho: abro la puerta secreta, me traslado á los subterráneos, subo á la ermita, y taño en el esquilon la oracion de la mañana. Nadie puede ni remotamente sospechar en las cercanias, que quien así llama á la oracion es el castellano de la casa de las Palomas. Despues con mi disfraz de ermitaño permanezco algun tiempo en la ermita, y recibo á algunos mentecatos que vienen á pedirme auxilios espirituales, y recetas y oraciones para sus parientes enfermos, su buey, su asno ó su cerdo, indistintamente: despues que he satisfecho esta farsa, me retiro, bajo á la caverna, la recorro, destino á mi gente á los trabajos del dia, y vuelvo á mi castillo dos horas despues de la salida del sol, abro la puerta, y me dejo ver de todos. Cómo con Teresa, y no me retiro hasta la noche, en que vuelvo al subterráneo á pedir cuentas á mi gente y á entregarme á los placeres que aquí me esperan.

—¿Y amando tanto á tu mujer?...

—Mi mujer, por lo mismo que lo es, no me satisface.

—¿Y cuando necesites ausentarte por algun tiempo?

—Entonces pretesto que voy á un asunto urgente á una poblacion inmediata. Mi mujer me cree, y aunque tarde no se inquieta.

—Eres, pues, muy feliz, dijo Zuanko.

—Pero esta vida me cansa ya: necesito gozar mis placeres á la luz del sol, como esos ricos y poderosos magna-

tes españoles: ellos tienen privilegios que yo no tengo, mandan en vasallos que me faltan; pero afortunadamente se me ha venido la ocasion á las manos, y el rey don Sancho de Leon me dará todo lo que yo le pida.

—¿Piensas servirle?

—No, pienso poner precio á una persona por quien él daria la mitad de su reino.

—¿Y qué persona es esa?

—Una infanta de quien está locamente enamorado; doña Sancha de Navarra.

—¿Y la tienes en tu poder?

—Sí, y cuento contigo para que me ayudes.

—Cuenta conmigo, hermano.

—Ahora ven conmigo; hace dos dias que falto de la casa de las Palomas, y tengo grandes deseos de ver á Teresa y de que la veas.

Dicho esto, Daruh se levantó, y Zuanko le siguió.

—¡Ah! le dijo antes de salir de la cámara: me habia olvidado: es necesario que dejes tu traje egipcio.

Y buscó ropas y vistió á Zuanko, que apareció transformado.

—Además, es necesario que adoptes un nombre: yo, que no habia perdido la esperanza de volverte á ver, he hablado de tí á Teresa; pero Teresa te conoce con el nombre de Gualtero de Creux.

—Sea en buen hora; me llamo Gualtero de Creux.

—Marchemos pues.

Daruh abrió una puerta, llevó á Zuanko por un interminable laberinto, en el cual se encontraba de tiempo en

tiempo un hombre feroz, con el cual Daruh hablaba algunas palabras, y al fin llegaron, despues de haber descendido muchas rampas y escaleras, á una galería terminada por una roca. Daruh oprimió un mecanismo, giró la roca rechinando, y se encontraron en una caverna.

—Esta es la salida de mis dominios por el pié de la montaña, dijo Daruh cerrando la puerta, que ninguna señal dejó de sí; fuera encontraremos en el bosque dos caballos que he mandado disponer, y esta antorcha nos es ya inútil.

Daruh arrojó la antorcha á un pequeño lago formado por una corriente que se derrumbaba en el fondo de la caverna: asió á Zuanko de la mano y le guió; poco despues se aventuraron en un bosque espeso, y encontraron atados á un árbol los dos caballos.

Entrambos hermanos montaron en ellos, se encaminaron por un sendero del bosque, salieron á campo abierto, y poco despues pararon en la cumbre de una colina, delante de un lindísimo castillejo completamente iluminado por la luna.

En una de sus ventanas se veia el reflejo de una luz.

—Aun no se ha acostado Teresa, dijo Zuanko, despues de lo cual tocó su corneta.

Inmediatamente se abrió la poterna, y los dos hermanos penetraron en el castillo.

CAPITULO XIX.

De cómo el rey D. Sancho conoció que se habia aperreado en vano persiguiendo á los egipcios.

Retrocedamos al momento en que el ejército del rey daba tan buena cuenta de los egipcios en la misma roca donde estos habia levantado su aduar.

Nada habia quedado de ellos más que algunos centenares de cadáveres, algunos miserables viejos, niños y mujeres cautivos, y una presa de animales domésticos, utensilios raros y tiendas ennegrecidas y rotas, entre las cuales los soldados buscaban en vano algunos objetos de valor.

El rey sentado en una piedra, jadeaba de fatiga, porque habia combatido como bueno, si no dignamente, porque más digno hubiera sido un rompimiento contra los árabes por las fronteras del califato de Córdoba. Pero, en fin, el rey podia alegar por disculpa que habia ido á rescatar una princesa cristiana de poder de paganos, aunque de seguro, si no hubiera amado á aquella princesa, no se hubiese movido tan ainas de su castillo real de Leon.

—¿Y qué hacemos con toda esa gente? le dijo Oldegario, su canciller, obispo enjuto y seco que se desvivia por vestir el arnés y montar un corcel para ir á la guerra, siempre que se trataba de gente no cristiana, ya fuesen árabes, como sucedia generalmente, ó gitanos, como acontecia entonces.

—Que los ahorquen, que los maten, que los quemen, que los desuellen vivos, que hagan con ellos lo que más en mientes os venga, reverendo padre, dijo el rey con grandes muestras de fastidio.

—Será necesario enviarlos inmediatamente á Leon, para que empiece á entender en el proceso el señor obispo de la ciudad, nuestro hermano en Cristo, con su tribunal eclesiástico.

—Enviadlos en buen hora... y tú, tú, mi buen Fortun, ¿qué noticias me traes?

—Ninguna absolutamente, señor.

—¿Conque no me traes ninguna noticia? ¿conque la infanta no parece? ¿y para eso te pago yo, y te tengo en el alto oficio de conde de palacio... para que nada sepas... para que nada hagas?

—Pero, señor, la infanta no parece, ni hay uno solo de estos renegados que sepa dar razon de ella.

—¡Ira de Dios! que los torturen, que los espriman, que los estrujen, qne hagan con ellos cuanto sea necesario hacer para que revelen el paradero de la infanta: ¡pues podemos nos, rey cristiano, dejar así abandonada en poder de hereges una princesa de nuestra familia!

—Se hará todo lo posible, señor; pero yo creo que

hemos errado el golpe, y que esta gente no ha visto á la infanta.

—Apriéteseles, que la infanta parecerá.

—Muy bien, señor: se hará con ellos todo lo que haya que hacer.

Y Fortun se separó del rey, y poco despues bajaba el repecho de la montaña, llevando entre lanzas atraillados como lebreles á los desdichados egipcios, que lanzaban alaridos de espanto.

El rey hacia buscar á la infanta, cuando vió en el pié de la montaña un hombre obeso sentado y abatido sobre una piedra.

Aquel hombre era el arcipreste Pero Sanchez.

El rey hizo que uno de sus escuderos le siguiese llevándole el caballo, descendió, y en poco tiempo se encontró junto al arcipreste.

—En qué piensas, alma mezquina? le dijo.

—¡Ah! ¿sois vos, señor? dijo el arcipreste levantando trabajosamente la cabeza: ¿me preguntas que en qué pienso? Pienso pues, en mis desdichas: estoy asendereado y molido, y por lo tanto perdonadme si no me levanto, porque no puedo: ese maldito caballo, y señalaba uno que pacia tranquilamente, ha vuelto á arrojarme á tierra, y si no me trasladan en hombros, no podré volver á Leon.

—Te llevaremos en andas como un santo; pero díme: ¿qué piensas tú de esto?

—Pienso que la infanta se os va como el agua de entre las manos.

—Pero esto es atroz, y no me he de ir de aquí hasta que pierda todas las esperanzas de encontrarla.

—Y no sabeis lo peor, señor.

—¿Qué?

—Que por estas aventuras vais á perder vuestro señorío sobre Castilla.

—¡Bah! ya pagaremos al conde.

—¿Que pagareis? ¿y con qué?... eso era lo mejor que podríais hacer... y ante todo, márcharnos. ¿Quién sabe dónde está la infanta? Mirad, señor, no sea gota de agua que cayó en la mar.

—Eres un asesino, Pero Sanchez.

—Asesinado más bien: me habeis tenido un mes en incomunicacion, sufriendo los furores del conde Gonzalo Diaz; y antes de salir de la prision, á poco más me abraso: despues os encuentro, y me traeis por andurriales hambriento, lastimado, estropeado...

—Llegará el tiempo de la hartura y de la recompensa, amigo mío; pero díme, puesto que saliste del castillo de la Hechicera con el conde Gonzalo Diaz, ¿qué se ha hecho de él?

—¿Qué se ha hecho? ¿y me lo preguntais á mí? ¡bueno estaba yo para pensar en condes ni en condesas! solo sé que cuando pude darme razon de algo, me encontré con un caballo enjaezado al lado, y delante un castillo ardiendo. Pero ved, ved por donde si no me engaño, viene el conde don Vela Sanchez el alcaide que vos habíais puesto en guarda de la infanta.

El rey palideció al ver al conde, que en efecto galopaba repecho arriba en direccion al rey.

Cuando llegó echó pié á tierra é hincó una rodilla.

—¡Cómo, traidor! exclamó el rey sin dejarle hablar; ¡y te atreves á ponerte delante de mí!

—Yo os he servido bien, señor.

—¡Que me has servido bien! sí por cierto: desamparando el castillo de la Hechicera.

—Por el contrario, señor, el castillo es el que me ha abandonado á mí.

—¡Hola! dijo el rey volviéndose á los suyos, que estaban á alguna distancia.

—Si me prendeis, señor, hareis mal, dijo el conde levantándose.

—Es que si hago mal en prenderte, paréceme que haré muy bien en ahorcarte.

—Eso seria peor, mucho peor.

—¿Peor?

—Ya lo creo, porque nada sabríais.

—¿Y qué tienes que decirme?

—Yo no, pero otro mucho.

—¿Y quién es ese otro?

—El que os curó lo holgado de vuestra piel.

—¡Ah! ¡el maldito hechicero!

—Cuenta, señor, que él os puso hermoso, y él puede poneros feo.

Extremecióse el rey.

—¿Y qué tiene que decirme ese hombre? añadió con acento menos irritado.

—Algo que se refiere á doña Sancha.

—¿Y dónde está?

—Poco importa dónde ese hombre está.

—¿Cómo que importa poco? ¿Has olvidado acaso que la infanta?..,

—Sí, sí; ya sé que la infanta es para vos el mayor tesoro de la tierra.

—Y bien, si eso es verdad, si ese hombre puede darme noticias de ella, ¿no ha de importarme verle?

—Es que Wandihavé no se dejará ver de vos hasta que le hayais hecho justicia.

—¿Y qué justicia quiere de mí?

—Vos le habeis dado un seguro para sí y para su gente, y habeis faltado á su seguro acuchillando á la tribu.

—Paréceme que tienes mucho de gitano, conde.

—Cristiano y muy cristiano soy, y como tal, os aconsejo, señor, que cumplais lo que habeis prometido, tanto más, que si no lo cumplís, nada sabreis acerca de doña Sancha.

Aquel hombre era un talisman poderoso, que obraba sobre el rey como el viento sobre una veleta, y esto consistia en que el amor es una locura que dá al traste con los más prudentes, que hace parecer ridículos á los más graves, cobardes á los valientes y valientes á los cobardes. Lo que significa que el amor es una pasion prepotentísima, capaz por sí sola de trastrocar temperamentos, costumbres y aficiones, y tornar á las gentes tan otras, que no las conociera la mismísima madre que las crió.

Así, pues, conminado, amonestado y constreñido el enamoradísimo rey en nombre de su señor, mostróse manso y afable como un cordero y dócil como la cera caliente á cuantas formas se le quisieran dar. Así es que dijo con una

precipitacion que daba á entender bien claro que estaba dispuesto á todo :

—¿Y qué desea tu amigo el egipcio, conde?

—Mi amigo ha visto morir ante sus ojos los ancianos, los guerreros y las doncellas de su tribu: ha visto tambien á los que quedan vivos, marchar atraillados entre sus gentes de armas.

—Segun eso, el tal hechicero está en este momento cerca de nosotros, dijo imprudentemente el rey, demostrando á las claras su intencion de ahorrarse de concesiones y de arrancar por la fuerza, apoderándose de él, su secreto á Wandihavé.

Don Vela comprendió al rey, y se apresuró á decir:

—Cerca de nosotros está el hechicero, pero prevenido; y á la primera señal de violencia contra él, desaparecerá.

—¿Con que nos dicta leyes?

—Solo pide que cumplais vuestro seguro real.

—¿Y cómo quiere que le cumplamos?

—En cuanto á los que han muerto, ya no hay remedio: pero en cuanto á los que viven, Wamdihavé exige que se les deje en libertad.

—¡En libertad!

—Es condicion precisa, sin el cumplimiento de la cual nada sabreis.

—Pero yo he mandado prender delante de mis vasallos á esa gente.

—Vos sois el rey, y como los habeis preso, podeis libertarlos.

—Se murmurará de mí, se me llamará hechicero y mal cristiano.

—Si eso temeis más que perder á doña Sancha, no hablemos más; hemos concluido.

—No, no, dijo don Sancho; ella antes que todo. Esos paganos serán puestos en libertad.

—Importa que lo sean antes de que lleguen á Leon, porque si el obispo Gaufredo se apodera de ellos, no habrá poder humano que los arranque de sús garras.

—¿Qué, no soy yo el rey?

—Pero el obispo es un príncipe de la Iglesia que te excomulgará.

—Lo mismo puede excomulgarme despues de haber soltado á los gitanos.

—Pero Wamdihavé os entregará á doña Sancha, y de otro modo no tendreis á doña Sancha, y la excomunion pesará sobre vos de igual manera.

—¡Con que es preciso!

—Preciso de todo punto.

Hizo el rey una mueca semejante á la de aquèl á quien arrancan una muela, y decidiéndose con un supremo esfuerzo, se volvió á uno de sus capitanes que estaba en un grupo cercano, y le dijo:

—Galvan, montad á caballo, alcanzad al conde de palacio que va con los cautivos; y mandadle que vuelva con ellos sin que le falte uno.

Galvan montó á caballo y partió al galope.

—Supongo, dijo el rey, que en el momento en que esos hereges estén libres, podremos hablar con el hechicero.

—El hechicero, señor, no se dejará ver de vos sino despues que haya puesto en salvo á su gente.

—De modo que si no la considera en salvo hasta que haya llegado con ella al fin del mundo, nos veremos precisados á pedir años de vida al Señor para esperarle.

—Wamdihavé se volverá desde la frontera de Castilla.

—¡Ah! en ese caso podremos verle mañana.

—Vuestra conducta decidirá, señor.

—Paréceme, don Vela, que estás muy de parte de esa gente.

—Os engañais, señor, solo estoy de parte vuestra: si transijo con ellos, es porque en su gran duque consiste el volver la paz á vuestro corazon.

—Gracias, pues, por tu lealtad, conde.

—Tiempo tendreis, señor, de conocer que os soy leal en demasía. Pero ved: ya se perciben á lo lejos vuestros ginetes que vuelven con los cautivos.

—Pues salgámosles al encuentro, dijo el rey: á caballo, capitanes y señores, añadió volviéndose á su gente, que estaba algo atrás en semicírculo; nos volvemos á nuestra buena ciudad.

—¡Viva el rey! gritaron los nobles, como se acostumbraba siempre que se daba por terminada una expedicion.

—¡Viva! repitieron los soldados.

—¿Y yo, señor? ¿y yo? ¿me dejais aquí abandonado? dijo una voz angustiosa á espaldas del rey.

Volvióse su merced, y vió al arcipreste Pero Sanchez que tendia hácia él los brazos, y tenia impresa en el rostro una expresion de indecible agonía.

—No, no es justo, dijo el rey, que abandonemos á nuestros buenos servidores. ¡Hola! cuatro hombres aquí.

Poco despues acudieron cuatro jayanes armados hasta los dientes.

—Llevad en brazos á ese hombre durante el camino.

Los soldados midieron de una ojeada por el volúmen del arcipreste su peso, y se pusieron pálidos de espanto.

—¿Qué, nosotros solos, dijo á media voz uno de ellos, hemos de llevar en brazos á ese hombre? que nos enroden si podemos tal.

Oyólo el rey, y dijo:

—Si no bastais vosotros, basta un escuadron.

Y seguidamente se puso en marcha.

A poco trecho encontróse con el conde de palacio, que volvia acompañado de Galvan con los cautivos.

El rey hizo alto, y todos se detuvieron.

—Ha llegado la ocasion, señor, dijo el conde don Vela: mostrad firmeza al dar libertad á esos pobres diablos, de modo que vuestros vasallos no vean en vos al rey que cede, sino al rey que manda.

Era acertadísima esta observacion, y el rey la tomó en cuenta.

—¡Hola! Fortun Nuñez, mi leal conde de palacio, dijo con voz firme y sonora, mandad soltar esas gentes.

—Apuesto á que el rey nos va á dar una carrera de gitanos, dijo un rico-hombre feroz: pues bien, me alegro; siempre será más divertida que una carrera de zorras.

—Pues mirad, señor Perandallo, dijo un noble barbilindo, gitanilla viene ahí con la cual no me pesaria encontrarme perdido en la carrera entre una de esas quebraduras.

—La lástima es, dijo otro, que no tenemos perros.

—Pero traeis lanzas y espadas, dijo el fanático obispo Oldegario, y la Escritura dice...

—Que amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos, dijo con firmeza el rey, que habia oido las palabras del obispo.

—Y la Escritura dice muy bien, repuso Oldegario; pero es necesario que sepais que no podemos mirar á esas gentes como prójimos nuestros, porque la Escritura dice...

—¿Qué, ha habido otro Adan para ser progenitor de esa gente?

—Indudablemente, señor, y ese Adan es el diablo.

—Pues mirad, yo me atengo al primer texto: y como segun hemos llegado á entender, nos hemos equivocado al pensar que estas gentes egipcianas ó gitanas, como dice el vulgo corrompiendo el vocablo, no han tenido parte alguna en la desaparicion de nuestra muy noble tia doña Sancha de Navarra, como no han entrado en nuestro reino sino mediante permiso y seguro nuestro, como van de paso, y ningun daño han hecho, nos el rey, despues de deplorar las desgracias que les hemos causado, los ponemos en libertad.

Levantóse en torno del rey un murmullo de escándalo y de indignacion.

—¡Hola! ¿qué es esto? dijo el rey volviéndose á sus nobles con fiereza: ¿á quién tenemos que dar cuenta de nuestras acciones? ¿á Dios ó á vosotros? ¡Hola! ¡hola! ¿y os permitís murmuraciones contra vuestro rey y señor natural en su presencia? ¡Pues cuenta no os ahogue yo la voz en la garganta, poderosos barones, santos prelados! ¡Quereis

sangre! ¡Mirad no os la dé el rey de vuestras propias venas! ¿Cómo se entiende? murmurad otra vez, y os quito vuestros estados y se los doy al primero de esos paganos que más me venga en agrado.

A tan formales amenazas, á tan inusitada cólera del rey, que tenia por legítimo orígen su amor á doña Sancha, quedáronse estupefactos los nobles y los prelados, entróles un miedo más que grande, y callaron y permanecieron inmóviles, no atreviéndose á mirarse unos á otros, lo que demuestra que en ocasiones dadas, un rey puede hacer todo lo que quiera.

Entre tanto los egipcios habian sido sueltos.

—Venid acá, mala ralea, les dijo el rey.

—El rey cristiano os llama, dijo en su dialecto uno de los egipcios que comprendia el español.

Los desdichados adelantaron agrupados y temblando, no sabiendo lo que el rey queria hacer de ellos, y se arrodillaron á los piés de su caballo.

—Sois dignos por vuestras hechicerías y malas artes de cualquier castigo por severo que sea, dijo el rey; pero yo, que os permití pasar por mis tierras, no quiero ensañarme en vosotros hasta el punto de arrojaros á la hoguera: idos, salid pronto de mis reinos, y no volvais á parecer más por ellos: porque debeis tener entendido que si dentro de ocho dias en adelante para siempre jamás se encuentra uno de vosotros en Leon, Asturias ó Galicia, os trataré como mereceis, como perros paganos que sois.

—Que Aldeboran, el justo, el santo y el bueno, te acompañe, señor, dijo el egipcio que comprendia el español.

—Idos, idos, y no volvais más: idos antes de que me arrepienta de ser generoso con vosotros, dijo el rey: que os den vuestras bestias y vuestras andrajosas tiendas, y marchaos.

El egipcio intérprete trasmitió aquellas palabras á sus compañeros, y estos, levantando un alarido ininteligible se alzaron y dieron á correr en masa por un repecho arriba, sin detenerse á recoger sus asnos, sus perros y sus cerdos.

—Buena ocasion, si el rey no se hubiera vuelto loco, para un repelon de media hora, dijo el bravío Perandallo.

—¡Lástima de mozas que así se ven tratadas! dijo el noble barbilindo.

—*¡Anathema! ¡anathema sit!* exclamó aunque por lo bajo el obispo canciller mirando de reojo al rey.

—Adelante, señores, adelante, dijo don Sancho arrimando los acicates á su caballo y llevando siempre á su izquierda al conde don Vela.

Cuando hubieron caminado como dos tiros de ballesta, el conde habló algunas palabras en voz baja al rey, y saliéndose del sendero se metió por un bosque inmediato.

Don Sancho, sus nobles y sus lanzas, y por último Pero Sanchez en una camilla de ramas de árboles conducido por diez hombres que se remudaban cubiertos de sudor de cinco en cinco minutos, seguian su ruta hácia la ciudad.

Entre tanto entre unas ásperas quebraduras tenia lugar una escena patética: Wamdihavé armado aun, cubierto de heridas segun se comprendia por los vendajes que se veían en su cabeza y en sus brazos, teniendo al lado al conde don

Vela, estaba rodeado de los restos de su tribu, cuyas miradas anhelantes se clavaban en su gefe.

—Aldeboran el justo y el grande lo ha querido, dijo con voz conmovida: mi padre Kaleb lo habia previsto: la destruccion ha dejado caer su espada de fuego sobre nosotros: no volvamos la vista atrás; solo encontraríamos lágrimas y desdichas: miremos hácia adelante: aun sois numerosos: el sol sale todos los dias, y vuestras mujeres no son estériles: huid de esta tierra inhospitalaria y maldita, y olvidadla: no penseis más que en vuestra nueva regeneracion: nuestros hermanos que han muerto bajo el filo de la espada infiel, están en este momento en las praderas eternas: no lloreis, pues, mujeres de mi tribu: vuestras lágrimas son estériles y ofenden al grande Aldeboran, que al disponer de vuestros padres, de vuestros hijos, de vuestros hermanos, ha dispuesto de lo que era suyo. No lloreis tampoco por vuestra miseria... yo tengo tesoros, y esos tesoros, exceptuando una pequeña parte, son vuestros.

Frunció el gesto el conde don Vela, que no aprobaba el desprendimiento de Wamdihavé. Los egipcios, singularmente las mujeres, continuaban llorando en silencio.

—¿Dices que tus tesoros son nuestros, excepto una parte que reservarás para tí? dijo tristemente un anciano. ¿Quiere esto decir que nos abandonas?

—No, no os abandono, pero me esclavizo por salvaros: si yo no me hubiese entregado al rey de Leon, hubiérais muerto entre tormentos.

—¿Que te esclavizas por nosotros? exclamó una hermo-

sisima egipcia á quien era fama amaba Wamdihavé. ¿Y te quedas entre los cristianos?...

—Pero momentáneamente, Almirah; Aldeboran no querrá separarnos para siempre: yo os acompañaré hasta la frontera de Castilla: en dos noches podreis atravesar el condado, y en otras dos noches el reino de Navarra: una vez en los Pirineos, que abundan en caza y que son inaccesibles, estais en salvo; allí me esperareis, y yo iré á reunirme con vosotros.

—¿Y por qué no seguirnos? dijo con angustia Almirah.

—Lo he prometido.

—Las promesas hechas á los cristianos, que son nuestros verdugos, no obligan.

—Wamdihavé no miente ni engaña: es preciso que me separe de vosotros dentro de poco: entre tanto ven tú conmigo, anciano; venid seis de vosotros, guerreros; vamos al sitio donde tengo enterrados mis tesoros.

. . . .

Aquella noche un funeral semejante al que se habia hecho por Kaleb tuvo lugar en la montaña donde fué acuchillada la tribu: cuando las hogueras se apagaron, cuando no quedaron en la cumbre de la montaña más que montones de tierra cubiertos de musgo, la tribu diezmada se deslizó á lo largo de los desfiladeros, llevando á su frente á Wandihavé y al conde don Vela.

Al amanecer atravesaron la frontera castellana por la sierra de Aguilar, y se ocultaron en las fragosidades.

La tribu errante no debia volver á pisar el territorio leonés.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

La independencia de Castilla

CAPITULO PRIMERO.

En que se tratan muchas y diferentes materias que vienen á cuento á nuestra historia.

Era una hermosa tarde del mes de junio de aquel mismo año de gracia de 998.

El sol cercano al Occidente teñia con reflejos de púrpura los viejos muros de un castillejo, situado sobre una colina cubierta de verdura, sobre un pequeño valle en las montañas de Leon, cercanas á Castilla por la parte de Aguilar.

Aquella misma luz rojiza iluminaba á través de una fuerte reja el hermoso y pensador semblante de un hombre

como de treinta y seis años, cuya mirada fija y abstraida parecia vuelta á su pensamiento: sin embargo, de tiempo en tiempo aquella mirada se animaba, volvia de su abstraccion, y se fijaba con ansiedad en la extremidad de un verde sendero que desembocaba frente al castillo á la vuelta de una alta y árida montaña cercana.

Aquel hombre era Fernan-Gonzalez, conde soberano de Castilla.

Ni su cautividad, ni su estado de impotencia habian amenguado la grave magestad de aquel semblante, ni su valiente expresion, ni su aspecto de fuerza y de confianza: parecia que un génio invisible sostenia la firmeza del conde en aquellas extrañas y aflictivas aventuras á que le habian conducido sus amores por doña Sancha de Navarra.

Tal vez algo más perceptible, más palpable que un génio era lo que sostenia la esperanza y el valor del conde: tal vez aquel algo debia aparecer en el verde sendero donde de una manera tan tenaz fijaba de tiempo en tiempo su mirada Fernan-Gonzalez.

De repente por aquel sendero aparecieron rebotando una tras otra tres moles de roca, y fueron á enturbiar momentáneamente el arroyo que se deslizaba murmurando entre las quebraduras.

—Esto quiere decir que esté prevenido, dijo para sí el conde: y ya es tiempo: ¡sí, vive Dios! hace más de tres meses que me tiene preso ese miserable rey D. Sancho: ¡tres meses! exclamó con alegria: ¡y tengo conmigo el contrato solemne de la venta del azor y del caballo! ¡oh! ¡oh! ¡en dos meses que van trascurridos desde el plazo, ha do-

blado y redoblado de tal manera el precio, que el rey don Sancho no tendrá para pagarme ni aun vendiendo todos sus reinos! La independencia de Castilla será el precio que me satisfaga, y una vez independiente... pero ¡vana esperanza! Me olvido de que estoy en poder de un demonio, de que ese demonio me ama y me tiene seguro en su poder... ese mancebo egipcio que se me ha dejado ver algunas veces entre las quebraduras de esa montaña, ¿qué puede hacer por mí? enviarme cada tres noches un pergamino envuelto en una saeta, asegurarme por medio de lo escrito en esos pergaminos de que hay quien vele y se sacrifique hasta perder la vida por mí. Pero ya ha trascurrido un mes desde el último rollo... ¡y bien! al fin esas tres piedras desprendidas de la montaña por ese sendero, señal que se me ha marcado en el último pergamino, me dicen que esta noche acaso estaré en libertad. ¿Y por qué medio? el castillo es fuerte y está bien guardado; seria menester un ejército para tomarle. . . . . .

En efecto, el conde decia bien: como buen capitan le habia bastado lo poco que conocia el castillo, de su posicion y de la manera como se daba en él la guarda, para conocer que para tomarle era necesario un valiente ejército.

El castillo consistia en cuatro torres chatas y macizas, enlazadas entre sí por cuatro lienzos de muralla, en los cuales estaban las cámaras y las oficinas indispensables: en el interior un pequeño patio comprendia las caballerizas y los cuarteles de los hombres de armas, y le circunvalaba un ancho, profundo y doble foso defendido por una barbacana y una estacada, ó como se llamaba entonces, barrera: estaba

situado en una colina sobre un pequeño valle, en el cual no habia habitacion alguna, rodeado de rocas altísimas y cortadas, y sin más acceso al valle que estrechas quebraduras espuestas de cerca á los disparos de la ballesteria del castillo. En aquellos tiempos en que no habia para combatir las fortalezas otras máquinas de guerra que el ariete y la catapulta, aquel apartado castillo era una posicion que podia llamarse inexpugnable, escondido, por decirlo así, puesto en celada en el centro de aquellas moles graníticas é inaccesibles.

Ayelah se habia hecho abrir aquella fortaleza mediante la órden del rey que poseia, y una vez dentro habia preso y encerrado al alcaide y á los soldados leoneses que componian la guarda para evitar que nadie pudiese saber el paradero del conde, y si Kaid lo habia sabido, no habia sido sino síguiendo cautelosamente á Ayelah y exponiéndose á grandes peligros.

Durante un mes y de tres en tres dias Kaid iba al castillo, esperaba la noche oculto entre las quebraduras, y aprovechándose de las tinieblas y de la luz que brillaba en el calabozo de Fernan-Gonzalez, metia con su ballesta un venablo por la reja y con el venablo un pergamino escrito: por ellos supo el conde que el mismo sér misterioso que habia velado por doña Sancha y que la habia dado noticias de él en el aduar de los egipcios, velaba por su vida y su libertad, y aquella esperanza habia contribuido para sostener en el conde la entereza que desesperaba á la enamorada Ayelah.

Pero llegó un dia, y tras él muchos, en que el conde no

recibió los misteriosos pergaminos: esto consistia en que Kaid habia tomado una decision heróica.

Séanos permitido que dejemos por algun espacio al conde y al castillo de Anaya y nos traslademos á la pequeña aldea pastoril donde tan franca y sincera hospitalidad se habia dado á Kaid y á Athais.

Las alhajas de la jóven, segun la voluntad de Kaid, se habian entregado por el padre Athanasio para su venta, excepto la cruz de oro y diamantes, á un anciano rabadan, que se encargó de venderlas en una poblacion inmediata: las alhajas antes de salir de la aldea pasaron de mano en mano y misteriosamente por todos aquellos sencillos pastores, que se admiraron con el resplandor de las piedras preciosas que jamás habian visto, y que se admiraron aun más cuando al volver á la noche siguiente el rabadan trajo trescientos buenos y relucientes escudos de oro, que le habia dado por las tales alhajas un judío.

Los pastores no habian visto nunca junto tanto dinero, y creyeron de buena fé que los que habian traido consigo prendas de tal valor eran por lo menos príncipes magos, lo que contribuyó á que se mirase con cierto respeto á Kaid y á Athais. Esto demuestra que aun entre las gentes más sencillas y puras ejerce el dinero su omnipotencia, y que se le desea, y que se envidia á quien lo posee, á pesar de todas las utopias de los comunistas, que hablan mal del dinero porque no lo tienen.

El padre Athanasio recibió aquella cantidad, la administró fielmente comprando un hermoso rebaño á Athais, construyéndola una preciosa cabaña, y mandando construir

una casita, verdadero albergue de cazador con alconera y perrera, para Kaid. Guardó el resto, y solo cediendo á grandes instancias de Kaid, hizo los reparos más urgentes á la ermita, que bien lo necesitaba, y compró una tabla por sí mismo en la ciudad, en la cual tabla, con colores chillones y tirantes y dibujo gótico, estaba representada una Vírgen bajo el aspecto de la Encarnacion.

El ser poseedores de tanto dinero hizo á los pastores respetar á los jóvenes: su rasgo de piedad les ganó su estimacion.

Todas las noches, despues que la *pastora rica*, como llamaban á Athais, y el señor montero, como decian de Kaid, habian vuelto respectivamente de apacentar su rebaño y de su caza; luego que habian cenado en comandita, como se acostumbraba en Grecia en los buenos tiempos, Athais y Kaid iban con el penitente á la ermita, y allí hasta una hora muy avanzada escuchaban la explicacion de la doctrina del Crucificado. Pero de tres en tres noches faltaba á la enseñanza Kaid por la sencilla razon de que habia ido á enviar un venablo con un pergamino al conde del castillo de Anaya.

Kaid era incansable: durante el dia se trasladaba á la roca del penitente negro con su fiel lebrela, y expiaba: cazaba en los alrededores aves, por medio de un alcon, y no tardó en conocer que en la casa de las Palomas habia una hermosísima castellana, que su marido era Daruh, el que habia asesinado á Karuk, y que allí moraba tambien Zuanko, á quien sin duda habian salvado de la horca de la misma manera que le habia salvado á él en otra ocasion su padre.

Para Kaid era indudable que en aquella casa estaba prisionera la infanta; pero no podia explicarse que una mujer de semblante tan dulce y simpático como Teresa, fuese cómplice de la violencia que se hacia á doña Sancha.

Inútil es decir que Kaid con su natural astucia habia visto todas estas cosas sin dejarse ver de nadie. Conocia á Teresa por haberla visto pasar muchas veces apoyada lánguidamente en el brazo de Zuanko, que parecia enamorado de ella, por delante de algun jaral en que se habia ocultado rápidamente con su lebrela al avisarle esta con un sordo gruñido que se acercaba gente, y sabia que Daruh era esposo de Teresa y castellano del castillo, porque le habia visto desde lejos entrar y salir en él y habia tomado lenguas de los sencillos labriegos de la casa de las Palomas.

Para él, de una manera indudable Daruh era al mismo tiempo gefe de los bandidos que invisibles siempre infestaban la comarca y solo se dejaban sentir por sus excesos, cuyo encuentro evitaba merced al instinto de Céfiro, que era asímismo el castellano de la casa de las Palomas y el ermitaño de la roca del Penitente-rojo.

Faltábale solo penetrar el misterio de aquella ermita, pero no se habia atrevido á acercarse demasiado á ella solo, sin más auxilio que su valor y su ballesta. Pero una y otra vez habia observado que por la gruta que existia á espaldas de la roca, en el fondo del valle entre la maleza, entraban y salian multitud de monteros, cuyas fachas eran indudablemente de bandidos. El mismo Daruh entraba muchas veces por allí con trage de caballero, y muchas veces al poco espacio Kaid le veia pasar por la parte opuesta, por

algun estrecho sendero del bosque, con sus hábitos de ermitaño y su peluca y su barba postiza, que no habian podido hacerle desconocer de Kaid.

Para este era, pues, indudable que entre la gruta y la ermita por medio de la roca habia una comunicacion oculta.

Kaid observaba esto durante la primera parte del dia, empleaba la segunda en volver al aprisco, al que llegaba siempre á la hora de la cena, cargado de caza, escuchaba las lecciones de religion del padre Athanasio, y cuando se concluian, llevaba á su choza á Athais, la besaba en la boca, se despedia de ella é iba á gozar de un breve descanso. puesto que se levantaba una hora antes del amanecer, tomaba su ballesta, se ponia su alcon en el puño, y precedido por la lebrela y siempre á la carrera, se ponian en demanda de la roca del Penitente-rojo, y de tres en tres dias en camino del castillo de Anaya.

Este ejercicio violento, esta fatiga continuada, robustecieron de tal modo á Kaid, que ya no era el mismo adolescente que en otro lugar conocimos, sino un mancebo robusto, fuerte, de mirada audaz y chispeante y músculos de hierro.

Su viva y fácil inteligencia le pusieron pronto en el caso de conocer el cristianismo mejor que los pastores, que solo le conocian por tradicion, y al fin el padre Athanasio declaró que entrambos neófitos estaban en el caso de ser bautizados.

Señaló dia para este gran acontecimiento, y su víspera Kaid anunció al conde por medio de su último venablo que

ya no volveria á verle sino para salvarle, y que la señal de que su salvacion se acercaba serian tres gruesas piedras desprendidas de la roca sobre el valle por el sendero de la montaña situado frente á la ventana de su prision.

Despues Kaid se trasladó al aprisco, pasó la noche en vela en la ermita con Athais y el ermitaño, y al amanecer, despues de la misa, fueron solemnemente bautizados, sirviendo de padrinos los dos pastores más ancianos y las dos pastoras más hermosas. Athais se llamó María, y Kaid Juan.

Renunciamos á describir el rústico banquete, las danzas, las alegrias y las borracheras de aquellas buenas gentes; pero no podemos renunciar al diálogo que se entabló mientras los pastores se embriagaban entre el padre Athanasio y Kaid.

—Ya eres cristiano, hijo mio, le dijo el buen sacerdote, y tambien lo es María: entrambos os amais, os amais demasiado para que no sea necesario y conveniente de todo punto el casaros : así, pues, si quereis completar nuestra alegria, declararemos á estos buenos amigos que no sois hermanos y os casaré esta noche.

Kaid vaciló ante una tentacion poderosa, pero dominándola contestó :

—Ciertamente que mi mayor gloria será el poseer legítimamente á María: por ella he dejado mi tribu, mis padres...

—Escrito está en los sagrados libros, dijo el penitente.

—Por ella he dejado la idolatría...

—Inescrutables juicios de Dios, que por caminos, acaso

impuros, trae á sus criaturas á la luz, á la verdad, á la salvacion.

—Suya es mi vida, padre, como mi alma es de Dios; pero aun no la he merecido.

—¡Que no la has merecido! exclamó con admiracion el padre Athanasio.

—María es hija de un príncipe, y de un príncipe soberano, dijo Kaid.

—¿Acaso una princesa robada por los gitanos?

—No, padre, no, sino una hija fruto de los amores de ese príncipe soberano con una doncella de mi tribu.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿y la ha reconocido su padre?

—Su padre no la conoce, ni aun sabe que existe.

—¿Y tienes alguna prueba?

—La prueba está en el semblante de María, que se parece á su padre como una gota de agua á otra gota.

—¿Y quién es su padre?

—Su padre (puedo decíroslo, señor, porque sois santo y bueno, y guardareis el secreto) es el conde soberano de Castilla.

—¿El valiente, el noble, el generoso Fernan-Gonzalez? pero segun he oido decir alguna vez á los traginantes, el conde, que vino como tributario al reino de Leon á córtes, ha desaparecido, no se sabe dónde anda, y se teme una guerra entre Leon y Castilla.

—Es que yo sé dónde está preso el conde, dijo Kaid.

—¿Tú? ¿que lo sabes tú?...

—Sí, y todas las noches que, durante un mes, he faltado de vuestro lado, es porque he ido á velar por él.

—¿Y qué piensas hacer?

—Salvarle.

—¡Salvarle! ¿y cómo?

—Yendo á Castilla.

—¿Y qué harás tú en Castilla?

—¡Oh! llevo conmigo tal recomendacion, que me atenderán, os lo juro.

—¿Una recomendacion? ¿acaso del conde?

—Tan del conde, que la reconocerán á primera vista sus vasallos.

El penitente mostró en su semblante una expresion de asombro.

—Venid conmigo, padre mio, dijo Kaid: no quiero tener ningun secreto para vos.

El ermitaño siguió á Kaid á su pequeña casa de madera, que estaba situada en medio de una pequeña floresta regada por un ruidoso arroyo, y cuando estuvieron dentro, sacó de debajo de unas tablas y desenterrándole un objeto cuidadosamente envuelto en cuero; le desenvolvió, y entonces quedó ante los ojos del anciano una brillante espada con empuñadura de oro.

—¿Y esta es la espada del conde?

—Ya veis, padre, en su pomo hay una Castilla coronada.

—¿Y cómo has adquirido esta arma?

Kaid contó al ermitaño cómo habia adquirido aquella espada: nuestros lectores lo saben, y omitimos repetirlo.

—Pero por tu relato, resulta que el conde no te ha dado esta espada.

—Cuando la perdió, yo le salvé la vida: esta es mi prueba. ¿Creeis que el conde no me dará por esta espada su hija?

—¿Quién sabe? si el conde la reconoce...

—Aunque el conde la reconozca, no la presentará á su córte.

—¿Y si la presenta?

—¡Oh! entonces... entonces Fernan-Gonzalez me creerá poco para su hija.

—Confia en Dios, Juan.

—¡Oh! ¡sí! ¡Dios me ha ayudado hasta ahora, y no me abandonará!

—Eres bueno, hijo mio, y Dios no desampara á los que obran bien. ¿Y cuándo piensas partir?

—Mañana al amanecer.

—Búrgos está lejos, dijo el padre Athanasio, y el viaje es largo; ¿necesitas dinero?

—¿Y para qué quiero yo el dinero llevando conmigo mi lebrela y mi ballesta?

—Es necesario que pierdas esas costumbres aventureras en que te has criado: segun las leyes y los usos del país en que vives, la caza que haces la robas, porque no hay un pedazo de tierra en la España cristiana que no tenga un señor, del cual son propiedad absoluta cuantos animales crian los prados, los bosques, los montes, los rios, y las aves del aire: tu profesion de montero libre puede acarrearte una desgracia: un señor feudal te perdonaria acaso el que matases uno de sus vasallos, pero te ahorcaria sin compasion si te encontrase monteando, pescando ó vola-

teando en sus señoríos: es, pues, necesario, respetar la propiedad agena y los usos del país en que vivimos: además de eso, tú no debes presentarte en Búrgos como un mendigo: el dinero vuestro que conservo en depósito es bastante para que hagas cómodamente el viaje y para que te presentes á los vasallos del conde soberano de Castilla, de una manera digna. Posees un hermosísimo caballo; véte con él á Castilla, cómprate armas, cómprate ropas: Andrés el zagal te acompañará como criado: no puedes, pues, buenamente presentarte hasta dentro de tres dias.

Kaid se plegó con una docilidad suma á los consejos del penitente, y á los tres dias, ginete de su caballo árabe, enjaezado á la española, vestido él con un trage hidalgo, y acompañado de Andrés, zagal jóven y buen mozo, que cabalgaba en una mula, tomaron el camino de Castilla, y seis dias despues entraban en Burgos.

La ciudad mostraba una animacion extraña: por todas partes se veían hombres armados, que revueltos con el popular, se agolpaban á la plaza mayor, donde estaba situado el palacio condal. Kaid siguió á la multitud, no sin que muchos reparasen en su color moreno encendido, en lo brillante de su mirada y en cierta indomable altivez que le habian dado sus costumbres salvages. Alguna jóven burgalesa solia decir á su paso á sus compañeras:

—¡Lástima que ese mancebo sea tan moreno!

Y con mucha frecuencia solian contestar algunas buenas mozas á observaciones semejantes á la anterior:

—Pero es hermoso como un sol.

Kaid sin disputa, si en ello hubiera pensado, podia haber

hecho alguna conquista; pero además de que el jóven estaba exclusivamente enamorado de Athais, no era ciertamente la aficion á los galanteos lo que le llevaba á Burgos.

Así, pues, aunque no sin complacencia de su amor propio, por algunos de estos favorables juicios mujeriles, pronunciados acaso con intencion para que se oyeran por el mancebo, este siguió imperturbable su camino y llegó á la plaza en ocasion en que aparecia en el gran balcon del palacio el estandarte del conde y muchos caballeros, delante de los cuales descollaba uno, por su talante y lo rico de su arnés y de sus preseas.

Aquel hombre era el conde Gonzalo Diaz, escudero mayor de Fernan-Gonzalez.

Avanzóse el conde á la gótica balaustrada del balcon, indicó que iba á hablar, y la multitud, tan ruidosa antes, calló como por ensalmo.

—¡Burgaleses! gritó Gonzalo Diaz con voz estentórea que retumbó en los ángulos de la plaza; tres meses hace que nuestro noble y valiente señor el conde soberano Fernan-Gonzalez partió á Leon obedeciendo el mandato de su señor feudal el rey don Sancho, que le llamaba á córtes: tres meses hace que le vísteis marchar, y aun no le habeis visto volver.

Rugió sordamente el pueblo.

—Una traicíon infame, la perfidia más vergonzosa y miserable, continuó Gonzalo Diaz cuando se hubo restablecido el silencio, tendió asechanzas á nuestro noble conde, que ha desaparecido sin que se conozca su paradero: los que le acompañaban han desaparecido tambien, y solo yo

he podido volver por un milagro para acusar ante vosotros de felonía al rey don Sancho de Leon contra nuestro señor.

—¡Guerra á Leon! ¡entremos á sangre y fuego por sus fronteras! gritó el popular.

—Sí, sí, nobles y valientes burgaleses, continuó el orador: ¡guerra al rey don Sancho de Leon, y guerra de exterminio hasta que logremos que se nos entregue sano y salvo nuestro señor el conde Fernan Gonzalez! Pero para que esa guerra pueda llevarse á efecto con buena fortuna, será necesario que todos los que podais llevar las armas sigais el estandarte de Castilla que ondea junto á mí: el rey de Leon, prendiendo y ocultando á nuestro señor, ha cometido delito de felonía, y estamos en el caso de declararnos en guerra con él, libres de vasallage. Valientes burgaleses, ¿podemos contar con vuestras vidas y vuestras haciendas para salvar al conde soberano?

—Sí, sí, sí, gritó en un alarido informe la multitud.

—Pues bien, valientes; corred á vuestras casas, despedíos de vuestras esposas y de vuestros hijos, y venid armados á rodear el estandarte de Castilla. ¡Viva el conde soberano Fernan Gonzalez!

—¡Viva! gritó el pueblo agrupado en la plaza con un entusiasmo que demostraba cuán querido era de sus vasallos el conde de Castilla.

Inmediatamente que el estandarte, los nobles y Gonzalo Diaz abandonaron el balcon, se dispersó la multitud dando bien á entender en lo resuelto de sus semblantes lo belicoso de su pensamiento: nadie absolutamente quedó en la plaza más que la guarda del palacio y Kaid y el zagal, que

podia llamarse su escudero, que llevando sus cabalgaduras del diestro adelantaban hácia el palacio.

—¿Qué quereis, mancebo? dijo un arquero á Kaid, que habiendo llegado á las puertas habia dejado su caballo á Andrés.

—Quiero ver á quien manda en Castilla en ausencia del conde.

—En Castilla mandan los concejos.

—Pues bien, quiero presentarme á los concejos á darles noticias del conde soberano.

Estas palabras fueron mágicas. Poco despues Kaid, llevando en sus manos un objeto cuidadosamente envuelto en un paño de seda, estaba en una cámara del palacio, delante de una larga mesa, tras la cual estaban sentados nueve ancianos ó caballeros, al rededor de los cuales se veian multitud de señores castellanos, entre los cuales se veia en primer término al conde Gonzalo Diaz.

—¿Quién sois? dijo el más anciano de los que estaban sentados.

—Me llamo Juan Kaid, contestó el jóven.

—¿De dónde sois natural? insistió el que preguntaba.

—De la Gascuña, contestó Kaid, que iba ya preparado á esta pregunta.

—Nos han dicho que nos traeis noticias del conde soberano.

—Sí por cierto.

—¿Sabeis dónde está?

—Está preso en un castillo del rey de Leon, junto á la frontera castellana.

—¿Le habeis visto?

—Sí.

—¿Y él os envia?

—Sí.

—¿Y no os ha dado alguna señal para que os podamos creer?

—Sí por cierto.

—¿Cuál?

—Esta.

Puso Kaid el objeto que llevaba envuelto, sobre la mesa, y cuando le desenvolvió, todos aquellos nobles castellanos lanzaron una exclamacion de asombro.

—¡La espada del conde! dijeron.

—Sí por cierto, contestó Kaid; esta es la valiente espada del conde de Castilla. ¿Creeis, pues, que podreis fiar en quien tales prendas trae?

—¿Pero os ha dado el conde esta espada?

—Sí.

—¿Y cómo, dándoos su espada, no os ha dado un pergamino?

—No le ha sido posible, y solo una casualidad ha podido poner en mis manos esta espada.

—¿Y cómo fué?

—Ese es mi secreto: ¿no os basta que yo os diga que sé dónde está el conde, que me envia á vosotros, y que yo puedo con vuestra ayuda libertarle mejor que lo harian todas vuestras amenazas y todos vuestros combates contra el rey de Leon?

—Don Sancho nos entregará al conde, apenas nos pre-

sentemos: el rey de Leon no se atreverá á provocar el furor de Castilla.

—Falta ahora que el rey don Sancho sepa lo que ha sido del conde Fernan-Gonzalez.

—¡Cómo! ¿pues no es el rey quien le tiene preso?

—No por cierto: el rey don Sancho hizo las cosas de manera que no hay testimonio que pueda probar que ha preso al conde: ahora mismo por una sucesion de circunstancias el rey de Leon no sabe dónde el conde se encuentra, y la causa de saberlo yo es una parte de mi secreto. Creedme, señores, no es adelantando los estandartes castellanos por la frontera como recobrareis á vuestro señor: el el rey don Sancho probaria que el conde de Castilla y la infanta doña Sancha de Navarra fueron robados á despecho de las lanzas reales por unos bandidos superiores en número á ellas durante una montería: ante un testimonio innegable os veríais precisados á desistir, y solo una casualidad podria devolveros al conde.

—Pero yo puedo probar que he sido preso por el rey D. Sancho, dijo el conde Gonzalo Diaz.

—¿Y á quién tendreis en apoyo de vuestro dicho?

Quedóse perplejo el conde: el único testigo que habia de su prision era el arcipreste Pero Sanchez.

—Confieso, dijo, que el rey ha sabido urdir de una manera hábil esa traicion; pero siempre tendremos medio para aterrarle.

—El rey D. Sancho se justificará con poco trabajo, protestará de vuestra agresion, pedirá auxilio á Navarra, Aragon y Cataluña, que tienen celos de Castilla, y os vereis

obligados á retiraros sin haber conseguido nada: creedme, para librar al conde no necesitais embestir con el rey de Leon, ni entrar tañendo los atabales y tendidos los estandartes por la frontera. Por el contrario, con menos ruido y en poco tiempo, yo os pondré en las manos al conde.

—¡Vos! exclamaron todos con asombro.

—Sí, yo: ¿qué os espanta? ¿no he sabido penetrar el tupido misterio que rodea la prision de Fernan-Gonzalez? ¿no he sabido apoderarme de su espada que él habia perdido? ¿por mí no sabe el conde que se vela por su libertad? ¿Hay acaso entre vosotros alguno que tenga más interés que yo en la prosperidad del conde de Castilla? Vosotros no comprendeis esto; es parte de mi secreto, y no os importa. Ahora bien; ya os he dicho que no es el rey de Leon el que puede devolveros el conde, sino yo. ¿Quereis fiarme doscientos buenos arqueros?

Miráronse unos á otros los caballeros castellanos antes de contestar; tan extraña les parecia la demanda de Kaid. Al fin Gonzalo Diaz dijo:

—Vuestra peticion, señor francés, es sospechosa. ¿Quién se atreverá á asegurar que el rey D. Sancho no os ha entregado esa noble espada para que os sirva como una prueba entre nosotros, y sabedor de que nos aprestamos á hacerle la guerra, os envia para entretenernos con mentiras mientras él cubre para resistir nuestro ataque sus fronteras?

—Si no os encontrárais en la situacion en que os encontrais, dijo con gran nobleza Kaid, vuestras palabras me ofenderian, caballero: no podeis leer en mi corazon, que si

en él leyérais, yo sé que no desconfiaríais de mí, y por lo tanto, voy á tranquilizaros no con palabras, sino revelándoos lo que pienso hacer y á lo que me obligo.

—Hablad, dijo el más anciano de los de los concejos.

—Habeis dicho que acaso soy un emisario del rey de Leon, que traigo por objeto entreteneros con mentiras para darle tiempo á que se prepare á la defensa, y que esa espada tal vez me ha sido entregada por él: de qué manera he obtenido yo esa espada, solo lo sabrá en su dia el conde de Castilla: en cuanto al rey D. Sancho, tan seguro está de que los castellanos no pueden hacerle cargo de la desaparicion del conde, que no ha movido ni moverá un solo estandarte de su ciudad de Leon, hasta que vosotros pasáseis sus fronteras. Tenedlo esto por seguro: el rey D. Sancho ni me conoce, ni sabe ni puede sospechar lo que en este momento sucede entre nosotros: os he pedido doscientos valientes arqueros escaladores, y sé que me los dareis; pero esto no impide el que vosotros tomeis todas las medidas necesarias para entrar, si necesario fuese, en tala y saqueo por el rey de Leon. La frontera por la parte de Aguilar está descubierta: agolpad vuestros estandartes á esa frontera: yo solo la pasaré con los doscientos arqueros y con ellos libertaré al conde: si, como no lo espero, me fuese imposible libertarle ó muriese en la demanda, entonces podreis embestir por la frontera, y asaltar el castillo donde se encuentra. Eso, sin embargo, seria muy espuesto, porque en tales manos está el conde, que le matarian en último extremo antes que entregarle.

—¿Que le matarian? ¿En qué manos, pues, está nuestro señor? dijo el conde Gonzalo Diaz.

—En las de una mujer que le adora, y á quien desdeña, contestó Kaid: en las de una mujer demasiado valiente para no recurrir al último extremo, antes que en consentir que quedase libre.

—¿Y si ese peligro se corre acometiendo ese castillo, dijo el anciano que habia hablado hasta entonces, para qué quereis esos doscientos arqueros?

—Yo pienso salvar al conde por mí mismo, por astucia; pero podria suceder que necesitase la ayuda de hombres valientes, y os los pido.

—Antes de contestaros necesitamos pensar en vuestra demanda.

—Pues pensad, pensad pronto, porque el conde acaso esté en peligro.

Habia tal ingenuidad, tal interés, tal firmeza en las palabras de Kaid, que causaron una profunda impresion en los castellanos.

—¿Qué pensais que debemos hacer, caballeros? dijo el anciano que presidia.

Los nobles fueron exponiendo uno á uno su opinion, y al fin se determinó que se entregara á Kaid los doscientos arqueros, pero no sin que revelase el lugar donde se encontraba preso el conde, y sin que avanzase el ejército castellano á la frontera leonesa.

—¿Y me jurais por vuestro honor de caballeros y por vuestra fé de cristianos, dijo solemnemente Kaid, que si os revelo el lugar donde se halla el conde, no cometereis nin-

guna imprudencia, ni pretendereis salvarle por fuerza de armas, lo que acaso produciria su muerte, sino cuando los medios que yo emplee sean ineficaces?

Habia tal solicitud por el conde en el acento de Kaid, que los castellanos acabaron de convencerse de que obraba de buena fé.

—Para que la revelacion del lugar donde se encuentra el conde quede secreta, dijo el conde Gonzalo Diaz, lo mejor será que escribais un pergamino, lo cerreis, y sellado con tres sellos, se entregue al canciller obispo de Burgos para no abrirse sino en último caso.

—Sí, sí, sí, dijeron todos los señores castellanos.

Entregóse en consecuencia un pergamino á Kaid, y éste, apartándose á un lado, escribió, sin que nadie pudiese ver lo que escribia, el nombre y la situacion del castillo de Anaya, cerró el pergamino, que sellado acto contínuo con tres sellos, fué entregado al obispo canciller.

—Ahora bien, dijo Kaid, yo os he entregado la espada del conde de Castilla, y al entregárosla me siento aliviado del grave peso de tan noble depósito; pero quiero que por testimonio vuestro conste que yo, Juan Kaid, extranjero, he venido de mi propio motu y voluntad á entregaros esa espada que estaba en mi poder por ciertas razones que no se expresan. Me interesa esto tanto, que os suplico, caballeros, me deis ese testimonio.

El testimonio estendido en forma, y autorizado por todos los que se encontraban allí como testigos, fué entregado á Kaid, que le guardó cuidadosamente en su escarcela, y con la promesa de que aquella misma noche se pondrian

á sus órdenes exclusivas doscientos arqueros castellanos, salió del palacio, y montando á caballo, fuése á descansar á una de las posadas de la ciudad.

Aquella noche, en efecto, Kaid salió de Burgos, llevando consigo los doscientos arqueros con sus trages de montañeses, y sin más vesta, divisa ni señal, por la que pudiese conocerse que eran soldados del conde de Castilla.

Dos dias despues Kaid ocultaba entre una rocas cercanas al castillo de Anaya aquellos doscientos hombres, y se apresuraba á ir á derrumbar sobre el barranco situado frente á la reja de la prision del conde las tres piedras que debian indicarle que se pensaba en su libertad.

Hemos llegado, pues á la situacion en que presentamos al conde de Castilla al principio de este capítulo; pero como ya se ha hecho bastante largo, dámosle fin pasando á continuar nuestra historia en el siguiente.

CAPITULO II.

En que se ve que el amor cuanta más resistencia encuentra más tenaz se hace.

Por mucho tiempo despues que las tres piedras arrojadas por Kaid cayeron al barranco, el conde esperó algo que alterase la monotonía de la vida que hacia durante un mes en su calabozo: sin embargo, el sol se puso, menguó la luz de la tarde, llegó el crepúsculo, cerró la noche, y nada de nuevo aconteció. El conde sintió los pasos de los atalayas nocturnos que se ponian en los adarves, y poco despues sus gritos de vigilancia, repetidos de tiempo en tiempo en un dialecto extrangero.

El conde no se habia separado de la reja: la luna llena iluminaba con una luz pálida y triste aquellas rejas que una hora antes habian enrojecido los rayos del sol poniente, y dominaba en derredor un silencio profundo, alterado solo por el monótono rumor del arroyo que se deslizaba por el fondo del barranco, por el agudo y áspero graznido de las águilas que anidaban en las altas cortaduras, y por los gritos de vigilancia de los atalayas.

Estos ruidos hacian más solemne el silencio y la soledad con su monotonía, y obraban sobre el pensamiento del conde de una manera casi fantástica, inspirándole una tristeza profunda y la languidez poética que siempre acompaña á la tristeza.

Lentamente el espíritu del conde fue transportándose, y no pensó ya más que en los séres que le eran queridos: primero en doña Sancha, porque doña Sancha era despues de Dios la cosa más querida del conde: despues en sus vasallos, en su valiente y querida Castilla, en el cuidado y el trastorno en que debia tenerlos su ausencia, y acaso en la guerra que en aquellos momentos hacian al rey de Leon en demanda de la libertad ó de la venganza de su señor.

Podia decirse que el conde en aquellos momentos soñaba, y tan abstraido estaba en sus pensamientos, que no sintió que abrian la puerta de la prision, ni vió el reflejo de la luz que traía la persona que habia entrado.

Aquella persona era Ayelah.

Vestia á la usanza de las damas castellanas, y de su hermoso cuello pendia una cruz de oro, de una cinta negra: notábase sufrimiento en su semblante y desesperacion en sus negros ojos; su andar era lánguido; todo en ella representaba una tristeza profunda.

Dejó la lámpara sobre una mesa y se puso en silencio detrás del conde, que estaba vuelto de espaldas, con los codos apoyados en el alfeizar de la reja, y el rostro entre las manos.

Por algun tiempo permanecieron así; el conde sin reparar

en la presencia de Ayelah en el calabozo, y Ayelah contemplando al conde.

Al fin éste lanzó un profundo suspiro, y sin cambiar de posicion, exclamó con voz apasionada obedeciendo á sus pensamientos:

—¡Ah Sancha! ¡Sancha mia!

—¡Siempre esa mujer! exclamó con acento sombrío Ayelah.

El conde se volvió al escucharla, la miró friamente, y luego separándose de la reja, se puso á pasear meditabundo en el calabozo, ni más ni menos que si hubiera estado solo.

—Hartas pruebas me tienes dadas de la tenacidad de tu carácter, dijo Ayelah, para que te sea necesario desatenderme de ese modo: ¿el ceder yo al fin del propósito que habia hecho de no volverte á ver sino cuando me llamases, no te anuncia algo extraordinario?

El conde eontinuó en su silencioso paseo.

—En efecto, Fernan, dijo Ayelah, lo que sucede es grave, y tanto que nos obliga á abandonar á Leon.

—¡Ah! ¡partimos! dijo el conde, que se extremeció porque pensó que la partida de aquel punto no era otra cosa que el resultado de haber sabido acaso Ayelah que se pretendia salvarle.

—Sí por cierto, dijo la jóven: es necesario partir: el conde Gonzalo Diaz, á quien el rey tenia preso en el castillo de la Hechicera, ha escapado de él, ha logrado llegar á Castilla, y tus vasallos se aprestan á hacer la guerra al rey de Leon: aunque don Sancho no sabe el lugar donde yo te oculto, porque aunque sepa que estoy en este castillo, no

sabe que te tengo en mi poder, podria sospecharlo, y es necesario cortar las consecuencias de esa sospecha. Antes de la media noche partiremos.

—¿Dices que ha escapado el conde Gonzalo Diaz del castillo de la Hechicera? ¿y cómo?

—Lo ignoro: el castillo no existe ya: el mismo dia que siguió á la desaparicion de tu noble y leal escudero, el castillo apareció incendiado.

El conde volvió á su silencio y á su paseo.

—¡Cómo! dijo Ayelah maravillándose de la indiferencia del conde: ¿sabias que doña Sancha estaba en el castillo de la Hechicera, y sin embargo, al saber que ha sido destruido por el fuego no me preguntas por ella?

El conde no contestó: su indiferencia consistia en que por las cartas de Kaid sabia lo que habia sido de doña Sancha, y aunque lo aquejase una mortal ansiedad por la situacion arriesgada de la infanta, sabia que su suerte no dependia de Ayelah.

—¿Acaso no amas ya á doña Sancha? exclamó la egipcia.

—La amo y la amaré; moriré amándola, y seguiré pensando en su amor despues de mi muerte, en el cielo ó en el infierno, donde me destine la justicia ó la misericordia de Dios, contestó el conde rompiendo su silencio, porque sabia que cada una de sus palabras iba á ser una puñalada para Ayelah.

Comprendiólo así esta, y pensó en vengarse de aquellas palabras con otras no ménos crueles.

—Sí, sí, ámala cuanto quieras, le dijo; no por eso es

ménos cierto que doña Sancha, tenida por equivocacion por tu hija, por la hija de Alida, que la arrebató del castillo de la Hechicera cuando acababa de ser deshonrada...

—¡Deshonrada! gritó el conde.

—Sí, deshonrada por el rey don Sancho: ¿para qué, pues, habia yo de haberla entregado al rey, sino para que la deshonrara?

Serenóse el semblante del conde, que contestó:

—Has sido una insensata en presumir que yo creo en esa deshonra... que tú necesitas para vengarte de mi desprecio.

—En buen hora, dijo Ayelah: pero sigue escuchando mis mentiras: como te decia, Alida, que no habia muerto...

—Ya sabia yo que la noticia de la muerte de Alida era una de tus imposturas...

—Pues, continuó impasible Ayelah. Alida, que no habia muerto, escuchó los gritos de desesperacion de doña Sancha al verse en los brazos del rey, y acudió: al verla don Sancho cubierta de harapos, tan repugnante, tan horrible como hermosa habia sido en su juventud, creyó que Dios le enviaba un demonio vengador, y huyó: esto me lo ha contado uno de los mios, que habia quedado en el castillo, que vió huir al rey á la aparicion de Alida, que salió no sabemos de dónde, y que en el primer momento de asombro dejó escapar á Alida con doña Sancha, á la que llevaba desmayada entre sus brazos con esa fuerza prodigiosa que dá la locura á los desdichados que están poseidos de ella. Alida por un acaso se encontró atravesando mon-

tes y valles con doña Sancha en nuestro aduar, habia tomado en su locura á doña Sancha por su hija, así lo creyeron los egipcios engañados por la extremada juventud que demuestra la infanta, y esto la puso en peligro de morir ahorcada.

Ayelah se detuvo por ver el efecto que estas palabras producian en el conde, que se moviá impasible.

—¿Te parece tambien falso lo que te digo? bien. Escúchame. Doña Sancha no murió, porque hubo uno de nuestros jóvenes guerreros que la tomó por esposa, y aquella noche desapareció con doña Sancha del aduar. ¿No te parece muy bello el que la noble infanta de Navarra, despues de haber sido amante de un conde soberano y manceba, aunque de un momento, de un rey, haya venido á parar en esposa de un egipcio?

Ni por esto el conde rompió su silencio.

—¡Oh! dijo Ayelah: ó tu corazon se ha endurecido, ó no amas á doña Sancha, ó no me crees.

—No puedo creerte, dijo el conde: no quiero hacerte la injuria de creer que eres tan perversa, porque al fin, si todo eso es verdad, tú eres la causa de ello, y como doña Sancha no te ha hecho ningun mal...

—¡Que no me ha hecho ningun mal y me arrebata tu amor, que es mi vida!

—Yo nunca te he amado.

—¡Que no me has amado! ¿ni el recuerdo de la felicidad pasada quieres dejarme y me destrozas el corazon, y quieres que no me vengue?

—Aunque pudiera amarte, lo feroz, lo odioso de tu ven-

ganza me hubiera apartado de tí: no es la violencia el mejor medio de llegar al amor: los cobardes cuando se ven amenazados lo fingen: los hombres de corazon, los que no retroceden sino ante la deshonra, se irritan: si en vez de apelar conmigo y con doña Sancha á la traicion y á la violencia, hubiérais recurrido á las lágrimas, si me hubiérais dicho, yo te amo, ampárame...

--Tú, poderoso conde de Castilla, me hubieras hecho quemar por hechicera.

—Pero si probabas ante un tribunal que eras cristianas, que habias abandonado tu vida errante...

—El noble conde me hubiera dado una limosna.

—Acaso el conde te hubiera vuelto á amar.

—¿A pesar de doña Sancha?...

—A pesar de todas las mujeres del mundo.

—Repíteme, repíteme esas palabras, Fernan, exclamó temblando de emocion Ayelah: ¡oh Dios mio! ¡que me hubieras amado! ¡que hubieras vuelto á amarme!

—Algunas veces, dijo el conde, paréceme que siento otra vez sobre mí el poder de tus encantos, y me extremezco recordando... ¡oh! pero en el mismo momento se me ponen delante tus malas artes: eres un demonio, Ayelah.

—La desesperacion, la locura, la rabia de verme despreciada...

—¿Qué has hecho de la infanta? dijo severamente el conde.

—¡Oh! ¡perdon, Fernan, perdon! mis celos la han perdido, exclamó Ayelah arrojándose á los piés del conde.

—¿Qué has hecho de esa niña que llamabas mi hija?

exclamó con acento más severo Fernan-Gonzalez.

—¿Que qué he hecho yo con Athais?... ¡yo!... ¡Dios mio!... ¡yo que la amo como si fuese mi hija!...

—¿Y dónde está?

—Lo ignoro; nuestra tribu ha sido exterminada por el rey don Sancho, que vengaba en ella á la infanta.

—¡Oh! ¡y acaso entre la matanza esté la desdichada! exclamó el conde con horror: ¡y todo esto es obra tuya, obra de tus horribles celos, resultado de tu venganza! Vete, Ayelah, vete; es imposible que yo no te aborrezca, me dás horror.

—Una palabra no más: ¿si te pongo en libertad?...

—Si me pones en libertad y puedo haberte á las manos, te pediré cuenta de tus crímenes.

—Pero si te entrego á la infanta...

—Serás salvada.

—¿Sí?

—¿Y mi hija?

—Si busco á tu hija y te la entrego...

—¡Oh! entonces te perdonaré.

—¡Perdon! ¡no más que perdon! ¡un perdon humillante! ¡amor no! ¡ni aun un amor fingido!... ¡ni aun algunos momentos de felicidad!

—Yo no miento, yo no sé engañar.

—Pues bien, Fernan, yo tampoco sé engañar ni mentir: yo hubiera fingido que te creia, yo hubiera fingido que era feliz aunque solo me hubieras concedido un amor humillante, porque hubiera sufrido menos que sufro ahora; ¡pero ofrecerme tu perdon!... ¿entre los dos quién tiene que

perdonar? ¿te busqué yo? no: tú fuiste el que te pusiste á mi paso: ¿te supliqué? no: tú fuiste el que te arrastraste á mis plantas; tú al conocerme me salvaste de la muerte; yo impedí la tuya en la batalla de Piedrahita, conde; á no ser por mí el conde don Vela Sanchez te hubiera asesinado. ¿Qué importa que por mi causa estés ahora preso y desesperado? ¿No he sido yo esclava por tu causa? entre los dos, si alguno se halla en situacion de perdonar, soy yo... ¡tú! tú has sido para mí la desgracia, el infierno anticipado sobre la tierra.

—Concluyamos, pues; esto dura demasiado: puesto que tú te crees con razon y derecho para tomar venganza de mí, tómala, mátame y acabemos...

—Es que no puedo matarte, es que tu vida es mi vida.

—En fin, ¿á qué has venido aquí?

—A anunciarte que esta noche partimos.

—Partamos, pues; pero escucha: si algun dia contra tu voluntad me veo libre de tu poder, si caes en mis manos, no esperes de mí compasion.

—Ayelah miró por algunos momentos al conde, y luego dijo:

—Adios, Fernan, adios.

Y saliendo cerró la puerta y dejó al conde á oscuras.

—¡Oh! exclamó el conde: hay momentos en que los hechizos de esa mujer me subyugan y lo olvido todo y me acometen tentaciones horribles... ¡oh! ¡Señor, Señor! si he pecado contra tu ley, castígame en buen hora, pero apártame de este demonio tentador.

Y el conde fué á la reja, se apoyó en su alfeizar, y oró.

Hubo un momento en que en el estrecho y verde sendero de la montaña, iluminado por la luz de la luna, le pareció ver un objeto que se movia y adelantaba, y que al fin tomaba las formas de un hombre.

—¡Oh! ¡es el egipcio! ¡el egipcio que mantiene mi esperanza! ¡Sín duda Dios ha escuchado mi oracion y le envia en mi socorro!

CAPITULO III.

De cómo vale más la astucia que la fuerza.

El conde no se habia engañado: Kaid, despues de haber dejado emboscados los doscientos arqueros en lugar seguro, habia descendido al valle y se encaminaba al castillo.

Dió la vuelta para buscar su entrada, y al llegar frente de la poterna un atalaya gritó en mal español con un marcado acento egipcio:

—¡Qué gente va!

—¡Oh! exclamó Kaid en egipcio puro, te reconozco, Sinkar. ¿Qué haces aquí? ¿sirves á los cristianos?

—Que el grande Aldeboran me extermine, dijo el atalaya, si no es esta la voz de Kaid, el hijo del gran duque Waindibavé.

—Sí, yo soy; pero escucha, Sinkar: ¿habrá peligro para mi en pedir hospitalidad en el castillo?

El peligro que correrias en la tienda de tu padre, contestó el atalaya.

—¿Tan caritativo es el castellano?

—No es castellano, sino castellana: voy á enviar quien la pida licencia para abrirte la poterna.

Y volviéndose el atalaya á otro egipcio que por razon de lo caloroso de la estacion dormia en el adarve, le dijo:

—Escucha Xeiké, despierta.

—¿Qué quieres, Sinkar? contestó medio dormido el otro egipcio.

—Kaid, el hijo del gran duque, espera en las barreras: no sabe que en este castillo mora su tia Ayelah, y me ha preguntado si podrá pedir hospitalidad en el castillo sin correr peligro.

—¡Oh! pues Ayelah va á tener un placer en ver á su sobrino, á quien creia perdido, muerto tal vez ó cautivo en la destruccion de la tribu: voy, voy á decírselo al momento.

Y Xeiké se hundió por la oscura entrada de las escaleras y en direccion al adarve.

—Ya van á abrirte, dijo Sinkar á Kaid, y por cierto que vas á tener una grata sorpresa cuando veas á la castellana.

—¿Es hermosa?

—Hermosa y digna de ser amada, dijo suspirando Sinkar... yo no sé cómo hay hombres que... en fin, yo me entiendo. Pero ya cruje el rastrillo y siento bajar el puente. La castellana como yo esperaba, no se ha detenido mucho en concederte hospitalidad.

Kaid sintió que su corazon latia con violencia al ver caer la pesada mole del puente levadizo; pasaron sobre él

algunos hombres, uno de los cuales traia una antorcha, que adelantaron y abrieron la poterna de las barreras: en el oscuro arco del rastrillo habia quedado una sombra blanca é indecisa.

—Adelanta, hijo de nuestra tribu, dijo entonces uno de aquellos hombres en egipcio puro.

Kaid adelantó y vióse entonces que iba vestido con su trage usual, y que llevaba una aljaba con venablos, un zurron abultado á la espalda, una fuerte ballesta en la mano, y sobre los hombros un cervatillo recien muerto: la lebrela Céfiro que le acompañaba salvó de dos saltos la distancia que la separaba de la forma blanca, y llegando á ella se deshizo á sus pies en caricias: vióse entonces aquella forma inclinarse para acariciar á la lebrela, y en tanto Kaid llegó, y afectó la mayor sorpresa al reconocer al reflejo de la antorcha á su tia Ayelah.

—¡Oh! ¡hijo mio! exclamó Ayelah arrojándose en sus brazos. ¿De dónde vienes? ¿qué ha sido de tu padre? ¿dónde está Athais?

—Malas, muy malas nuevas puedo darte, tia mia, contestó Kaid: hace más de un mes que vago errante por esas montañas, y me siento enfermo, muy enfermo: de otro modo, antes que acercarme á un castillo cristiano, hubiera dormido como hasta ahora en la cumbre de una roca, guardado el sueño por mi fiel Céfiro.

—¡Que estás enfermo! exclamó con ansiedad Ayelah: sígueme, hijo de mi hermano, sígueme; mi ciencia te curará. Arroja esa carga y ven.

Y quitando de sobre los hombros de Kaid el cervato y

el zurron, que recogió uno de los egipcios, asió á su sobrino una mano y le condujo por unas estrechísimas escaleras y una no más ancha galeria á una cámara, en la que quedaron solos.

Sentóle Ayelah en un lecho colocado en el suelo, especie de divan que ella misma se habia procurado siguiendo las costumbres que los egipcios habian adquirido en sus largos viajes por oriente, y se sentó á su lado.

—Ante todo, dices que estás enfermo: ¿qué sientes?

Kaid era demasiado astuto para indicar una de esas enfermedades cuyos síntomas son conocidos: limitóse, pues, á indicar uno de esos padecimientos agudos, cuya inexistencia no puede probar la medicina.

—El pecho se me desgarra, dijo Kaid; de tiempo en tiempo tengo una tos seca y penosa; cuando duermo al aire libre, por la mañana arrojo sangre.

—¡Oh! la fatiga, exclamó conmovída Ayelah...

—Sí, sí, la fatiga... hace un mes unos horribles soldados cristianos...

—Lo sé, dijo Ayelah; acometieron nuestra tribu, la destrozaron.

—Yo huí, exclamó Kaid fingiendo admirablemente una tos seca y profunda que asustó á Ayelah; pero antes de huir y obligado á defenderme, maté á un arquero del rey y me apoderé de sus armas, que son las que traigo conmigo.

Kaid repitió su tos más profunda y más seca: sin duda se habia ensayado mucho, porque aquella tos hubiera engañado al mismísimo Esculapio.

—¡Oh! ¡y aquí no tenemos medios, ni medicamentos, ni yerbas!

—¡Oh! yerbas sobran por todas partes, dijo con una intencion que no pudo comprender, Kaid, y yo las encontraré mañana: por el momento creo bastante curacion el dormir al abrigo de la clemencia del cielo y del recío de la mañana sobre una tierra húmeda.

Y Kaid repitió su tos.

—Sí, sí, eso no es más que un principio de mal; pero será necesario que reposes esta noche, y para ello suspenderé mi partida de este castillo.

—¡Cómo! ¿ibas á marchar?

—Sí, dijo Ayelah: yo me he apoderado por sorpresa de esta fortaleza, que estaba mal defendida, pensando que si la entregaba como fronteriza á los castellanos, ellos me perdonarian el ser egipcia y me darian un pequeño pedazo de terreno para mí y para los mios, donde pudiera vivir á salvo del furor del rey D. Sancho de Leon, que tan cruel se muestra con nosotros; pero no tengo tiempo: han avisado al rey, y temo de un dia á otro una embestida; sin embargo, partiremos mañana al amanecer.

—Sí, partiremos, dijo Kaid sin dar á entender á su tia que conocia su mentira.

—¿Y mi hermano? preguntó con voz conmovida Ayelah.

—No sé lo que habrá sido de mi padre, dijo con verdadera tristeza Kaid.

—¿Y el abuelo Kaleb? el desdichado, paralítico, inmóvil, habrá sido sacrificado cobardemente.

—El abuelo murió antes, herido por la mano de Aldeboran.

—¡Ah! exclamó Ayelah.

—La desgracia ha caido de una vez sobre nosotros: muertos unos, fugitivos otros, presos los más...

—¿De modo que no sabes lo que ha sido de tu hermana Athais?

—No, exclamó Kaid tosiendo más fuerte que nunca.

—Dios ha castigado los pecados de nuestra raza, exclamó con desesperacion Ayelah. Pero tú, hijo mio...

—Yo... corrí durante mucho tiempo; mi fiel Céfiro me habia seguido; ya bien entrado el dia, sentimos hambre los dos; entonces me dije: estos breñales deben abundar en caza, tengo una ballesta excelente: pongámonos en montería; y al poco tiempo un magnífico venado habia satisfecho nuestra hambre. Llegó la noche, y Céfiro y yo dormimos en una cueva: á la media noche desperté y me dije: mañana tendremos hambre tambien: cazar de dia en los cotos señoriales es esponerse á caer en manos de los guardas y á morir ahorcado de una encina; y como ya me han ahorcado una vez, y recuerdo que me supo muy mal, me decidí á evitar de todo punto á caer en las manos de los guardas de montes, aguas, aires y cotos: y encontré un medio para evitarlo y no morir de hambre.

—¿Y qué medio era ese?

—Cazar de noche.

—¡Ah!

—Y esto era mucho más cómodo: Céfiro encontraba con mucha facilidad un rastro, porque la caza hierve en esas montañas; le seguíamos, é íbamos á dar con las reses dormidas ó aturdidas por el sueño: en el primer caso bastaba

un golpe de cuchillo, en el segundo un ballestazo. No teniamos necesidad de hacer nuestra monteria nocturna más que de tres en tres dias, y todo hubiera ido muy bien, porque yo me acercaba cada noche más á las fronteras, sino fuese porque mi salud empezó á resentirse basta tal punto, que preferí morir ahorcado por los vasallos de un señor, á morir solo, abandonado en medio de una selva. Afortunadamente al decidirme á llegar á este castillo, te he encontrado á tí, por castellana, hermosa hermana de mi padre,

Kaid se finjió muy fatigado al concluir su relato, y á pesar de su astucia no comprendió Ayelah que su jóven sobrino la engañaba.

Mirábala el jóven con intencion, y solo vió en ella amor y solicitud. Era ya tarde, y Ayelah le obligó á que se acostase en su lecho, y ella se sentó junto á la mesa y se reclinó en un sillon. A todas luces Ayelah pensaba pasar allí la noche. Durante algun tiempo Kaid, que fingia dormir, vió á través de sus párpados entreabiertos la mirada fija, lúcida y abstraida de Ayelah: al fin aquella mirada fué cargándose, cerráronse los ojos de la egipcia, y su cabeza se inclinó sobre su seno.

Ayelah dormia.

Kaid sin enbargo esperó. Cuando estuvo seguro de que la jóven dormia realmente, levantó primero la cabeza y miró en torno suyo.

Estaban solos. Un profundo silencio dominaba cerca y lejos, y parecia que el sueño se habia apoderado de los guardas del castillo, porque tampoco se escuchaban sus gritos de vigilancia.

Kaid entonces se incorporó lentamente y sacó de entre su jubon un pomo de estaño y algunas pequeñas plumas de águila.

Destapó el pomo, metió en él una de las plumas, y la empapó en un líquido verdoso.

—¿Decís que por estas tierras no hay yerbas que sirvan para nada? murmuró: sin embargo, mi querida tia, yo he encontrado las que bastan para hacerte dormir profundamente tan insensible como un cadáver por algunas horas: pésame sorprenderte de este modo, pero yo amo á Athais sobre todas las cosas, y el conde de Castilla es padre de Athais.

Y mientras decia estas razones se levantó silenciosamente, se acerco á Ayelah de la misma silenciosa y sagaz manera que le hemos visto introducirse en lo más guardado en otras ocasiones, y al fin logró llegar á Ayelah.

Entonces, con la pluma empapada en el líquido verdoso del pomo, la mojó entrambas sienes. Ayelah se extremeció instantáneamente, irguió la cabeza: pero en el mismo punto cayó desplomada, y fué necesario que Kaid la sostuviera para que no cayera al suelo. Entonces la colocó en su lecho, donde Ayelah permaneció inmóvil, y la arrancó de la cintura un haz de llaves.

—Si la suerte me favorece durante algun tiempo, dijo Kaid, hé aquí al conde en libertad: no perdamos tiempo: ahora cerremos esta puerta.

Y buscando en el haz de llaves la que correspondia á la puerta de la cámara, la cerró, y adelantó á oscuras y cautelosamente, llevando en una mano las llaves y en la otra el pomo.

Sus pasos no se sentian ni sus ropas rozaban las paredes: cualquiera le hubiera creido el espíritu maldito del castillo deslizándose por él entre las tinieblas de la noche.

Al revolver el primer ángulo de la galería, sintió la respiracion fuerte de un hombre que dormia.

—Hé aquí un guarda, dijo Kaid, que creyéndose seguro de una sorpresa, se descuida y se duerme; pues mejor, mucho mejor; así evitaremos verter sangre. Adelante, y veamos si te puedo hacer dormir tan de veras como á mi tia Ayelah.

Salióle tan bien su prueba á Kaid, que el guarda rodó inerte por tierra. Arrancóle el jóven su espada, y siguió adelante palpando las paredes, porque, segun él suponia, por aquel lado debia estar la puerta de la prision del conde.

En efecto, á poco que anduvo encontró una puerta forrada de hierro. Probó una por una sus llaves en las cerraduras de sus triples cerrojos, y al fin abrió: una vez dentro se encontró en un espacio tenebrosamente oscuro; nada se veía, y los pasos de Kaid tropezaban do quiera con un objeto duro y metálico. Palpó las paredes y encontró arneses colgados de ellas, y ya creía que se habia equivocado cuando encontró otra puerta: probó en ella de nuevo sus llaves y abrió, entrando en otro aposento, en el cual por una estrecha reja penetraba el débil reflejo de la luna, que próxima al occidente iluminaba de una manera opaca las rocas cercanas. Abalanzóse Kaid á aquella reja, y reconoció el oscuro sendero por donde habia derrumbado las tres piedras aquella tarde, por donde él mismo habia descendido

al valle, y tras el cual, ocultos entre las rocas, estaban los doscientos arqueros castellanos.

Entonces Kaid encendió luz por el mismo medio que en otro tiempo la encendió su padre en la ciudad de Leon, cuando entró con él, acabado de salvar de la horca, y con el rey don Sancho en un casaron ruinoso: esto es, frotó contra el muro un objeto que produjo un leve chasquido y despues una llama lívida, lo que demuestra que los egipcios conocian el fósforo, y que la mayor parte de los inventos de nuestros dias existian ya en los tiempos más remotos. Conocia que Kaid habia previsto todas las eventualidades, hasta la de que podia encontrarse sin luz, puesto que de la bolsa que pendia de su cintura, sacó un cabo de cera y le encendió.

Entonces vió que el menage del calabozo era muy pobre, y que sobre un modesto, pero limpio y cómodo lecho, habia un hombre durmiendo.

Aquel hombre, que estaba enteramente vestido, era el conde de Castilla.

Acercóse á él Kaid, y observó profundamente su semblante.

—¡Él es! exclamó reconociéndole: el padre de mi Athais: tan hermoso como ella, aunque no tan fresco, ni tan jóven, ni tan puro: el conde á la edad de quince años sería un mancebo hermosísimo, tan hermoso como mi Athais: y bien, es necesario concluir cuanto antes; cualquier incidente podria malograr mi empresa.

Y movió suavemente al conde, que despertó.

Por el momento, deslumbrado por la luz, nada vió el

conde; pero despues, al ver ante sí á Kaid, le contempló fijamente, se incorporó y exclamó:

—¡Ah! el mancebo egipcio.

—Sí, yo soy, poderoso, señor, dijo Kaid en buen castellano, aunque con un dulce acento extrangero; yo, el que os he avisado para que estuviéseis dispuesto.

—¿Y contais con medios para ponerme en libertad?

—Sí por cierto, y en muestra de ello, me veis á vuestro lado.

—No sé por qué, dijo el conde, tenia confianza en que me habia de ver libre esta noche, y no me he desnudado para estar dispuesto.

—Aun nos quedan peligros que evitar ó que vencer, dijo Kaid.

—¿Tenemos armas? contestó con valor el conde.

—Fuera hay una armería.

—Pues armámenos y salgamos.

—Pero el ruido de los arneses puede vendernos.

—Me basta una espada, un capacete y un escudo.

—Veamos, pues, si los encontramos.

El conde y Kaid salieron á la habitacion inmediata, que era en efecto la armería del castillo, puesto que se veían en ella algunos arneses completos y espadas, venablos, mazas y otra infinidad de armas.

El conde y su salvador tomaron cada uno un casco, un escudo y una espada; cuando así estuvieron armados salieron silenciosamente y á oscuras, precediendo Kaid al conde; encontraron las escaleras, las bajaron, y poco despues Kaid

se encontró en el estrecho pasadizo que correspondia á la poterna.

A su fondo habia luz: sentados en dos sillares dos egipcios dormitaban.

Kaid por un olvido se habia dejado el pomo del narcótico en la prision del conde, y se veía obligado á usar de la fuerza: entonces, y antes de aventurarse, notó que habia un rastrillo en la parte media del callejon por donde ya habian pasado: el rastrillo era uno de esos que se cierran de golpe, y teniendo Kaid las llaves en su poder, una vez cerrado era imposible que le abriesen por la parte de adentro.

Kaid le cerró, sin dudar, de golpe, despertaron los dos guardas egipcios; pero antes de que pudieran lanzar un grito, se encontraron con las puntas de las espadas del conde y de Kaid al pecho.

—Si no quereis morir, les dijo el jóven en egipcio, no deis un solo grito.

Aterrados los guardas, miraron con estupor á Kaid y al conde.

—Esa puerta está cerrada, y tendremos tiempo de mataros antes de que puedan echarla abajo los de adentro, porque las llaves están en mi poder: entregadnos, pues, las armas.

Los dos egipcios asombrados arrojaron al suelo sus espadas y sus puñales.

—Ahora, dijo Kaid, franquead la salida.

—No tenemos las llaves, dijo uno de los egipcios, y no podremos abrir la puerta del torno de las cadenas del puente.

—¿Cuál es esa puerta? dijo Kaid.

—Aquella, murmuró el guarda.

Kaid se volvió de espaldas para abrir la puerta, y en aquel momento uno de los guardas, sacando un puñal de entre sus ropas, hirió por la espalda á Kaid, que cayó lanzando un grito horroroso.

—Antes morir que vender á nuestra señora, habia dicho el guarda al herirle.

Furioso el conde por aquella traicion, se arrojó sobre los dos egipcios y los tendió á sus piés; pero estos habian tenido tiempo para gritar de una manera horrorosa, y antes de que el conde hubiese podido soltar las cadenas del puente y el rastrillo, que era muy pesado, oíanse los furiosos golpes que los de adentro, que habian acudido á las voces, daban sobre el rastrillo interior, pretendiendo forzarle.

—¡Oh! exclamó el conde haciendo desesperados esfuerzos por alzar el rastrillo; ¡perder la libertad cuando se iba á lograr!

Y sus esfuerzos eran inútiles, porque aunque levantaba el rastrillo lo bastante para poder pasar por debajo, como no habia quien lo mantuviese alzado, cuando el conde soltaba las cadenas para aproximarse á aquella abertura, volvia á caer como la trampa de una ratonera.

—¡Oh! dijo Kaid con acento débil revolviéndose en su sangre; ¡si tuviéramos una corneta!

—¡Una corneta! dijo el conde: hé aquí una pendiente de la pared.

—¡Oh! nos hemos salvado, exclamó Kaid haciendo un esfuerzo é incorporándose: dadme esa corneta, señor.

El conde descolgó la corneta y la entregó á Kaid.

—Ahora, dijo éste con acento más débil, procurad alzar el rastrillo, señor, y mantenedle alzado algun tiempo.

El conde asió las cadenas, hizo un esfuerzo desesperado, y logró alzar el rastrillo á media vara del pavimento.

Entonces Kaid se arrastró hasta ponerse cerca de aquella abertura, y embocando á ella la corneta para que su sonido pudiese oirse fuera, exclamó fervorosamente:

—¡Oh, Señor Dios de los cristianos! ¡ún momento de fuerza y de vida si no quieres que dude de tí!

Y aplicando la corneta á sus lábios, lanzó tres sonidos agudos que retronaron en las rocas circunvecinas.

Luego Kaid hizo un esfuerzo, rodó hácia dentro, y cayó desmayado y sin fuerzas á tiempo que el rastrillo, escapándose las cadenas de las manos del conde, caia con estruendo sobre su afuste.

Entre tanto los golpes y las voces retumbaban cada vez con más fuerza detrás del rastrillo interior, y empezaban á rechinar sus planchas de hierro.

Poco despues el conde sintió fuera delante del castillo voces de

—¡Castilla! ¡Castilla por el conde Fernan-Gonzalez!

Y luego sintió pisadas de hombres sobre el puente, que habia sido calado por el conde, como que para que cayese por su propio peso no habia necesidad de otra cosa que de soltar el torno en que estaban enrolladas las cadenas, cuando por el contrario era necesario alzar el rastrillo, para lo cual no bastaban, por su gran peso, las fuerzas de un hombre solo.

El conde en aquella situacion suprema tomó la corneta de las crispadas manos de Kaid, se acercó á un resquicio del rastrillo, y lanzó por él el poderoso sonido de la corneta tañendo su toque de guerra.

—¡El conde nuestro señor! ¡aqui está el conde nuestro señor! exclamaron algunas voces cercanas.

—¿Me oís, valientes de Castilla? gritó el conde forzando su voz.

—Sí, sí, os oimos, señor, exclamaron muchas voces.

—Solo me separa de vosotros el rastrillo, dijo el conde.

—¿Y no podeis alzarle un tanto, señor, para que podamos nosotros sostenerle? contesto una voz en la que Fernan-Gonzalez conoció á uno de sus capitanes.

—Sí, mi valiente Manrique, sí, contestó el conde: estad atentos.

Y el conde asió de nuevo las cadenas con fuerza desesperada; pero los anteriores esfuerzos habian entumecido sus brazos. Excitado al fin por su desesperacion, logró alzar un tanto el rastrillo, pero le faltaron las fuerzas y las cadenas se escaparon de sus manos. Afortunadamente los arqueros, que estaban atentos, habian metido bajo el rastrillo sus fuertes arcos impidiendo que calara en la ranura de su afuste, y poco despues el rastrillo se alzaba rechinando impulsado por las fuertes manos de aquellos valientes soldados.

Inmediatamente se lanzaron dentro un centenar, asieron las cadenas, las sujetaron, y alzaron al conde en sus hombros aclamándole ruidosamente.

—Apoderaos del castillo, dijo un noble caballero, que

era el mismo á quien el conde habia llamado Manrique.

—No, no, dijo Fernan-Gonzalez; levantad á ese mozo y les señalaba á Kaid, y sacadle fuera. Debeis conocerle.

—¡Oh! es el valiente extrangero que os ha procurado la libertad, señor, dijo Manrique.

—Pues conducidle con el mismo cuidado que conduciríais á vuestra madre moribunda. En cuanto al castillo, abandonémosle.

Kaid fué recogido, y el conde salió con los suyos: ni un solo egipcio se veia en el adarve; comprendíase que todos habian acudido á forzar el rastrillo interior.

Cuando aquel rastrillo fué forzado, ya el conde y los suyos habian desaparecido.

CAPITULO IV.

De cómo puede una mujer ocultar durante mucho tiempo su ódio y su sed de venganza.

Retrocedamos en nuestra accion algunos dias, y traslademonos á un lugar que aun no conocemos bien; esto es, á la roca del Penitente-rojo y á la casa fuerte de las Palomas.

En cuanto á la primera sabemos que era una caverna de bandidos abierta en las entrañas de una mole de granito, perfectamente oculta y apropósito para encubrir los más profundos misterios; una especie de colmena del diablo donde se elaboraban crímenes; un asilo, en fin, desconocido, de bandidos invisibles, cuyo jefe se cubria por la parte de la ermita con la máscara de la religion, por la parte del llano de la casa de las Palomas con el aspecto de un honrado noble, dedicado pacíficamente á la labranza.

Los bandidos de la roca conocian en el colono de la casa de las Palomas á su terrible jefe; pero los labriegos de la casa fuerte no sabian que tales bandidos existiesen en la

roca, ni que hubiese en ella más madrigueras que la parte que daba al bosque y las grietas cubiertas de madreselva que, como sabe el lector, servian de ventanas á algunas galerías del interior.

Zuanko habia escuchado con una profunda reserva las revelaciones que le habia hecho su hermano Daruh, que no creia deber desconfiar de él: sin embargo, Zuanko era perverso, envidioso, traidor: para él nada significaban los vínculos de la sangre, y si se habia levantado contra Wamdihavé acusándole del asesinato de su padre, no habia sido realmente impulsado por su amor filial, sino tomando en aquella muerte un pretesto para acometer á Wamdihavé. Su ambicion era ser gran duque.

Del mismo modo al encontrar á su hermano, á quien creia muerto, antes que el amor filial entró en su corazon la envidia al ver las inmensas riquezas y el poder sin límites que al parecer rodeaban á Daruh. Cuando se envidia á una persona se la odia, y odio fué el que sintió Zuanko por su hermano al conocer que era más afortunado y fuerte que él, aunque su fuerza y su fortuna la debiese al crímen. Para Zuanko lo primero era ser: los medios de ser ocupaban en su alma un lugar secundario: todos eran buenos.

El tribunal de ancianos de la tribu habia ejercido rígidamente justicia al ahorcar á Zuanko; sus amigos descolgándole del árbol fatal habian salvado un lobo.

Hay, sin embargo, necesidad de adorar á la Providencia en ciertos acontecimientos: Daruh habia cometido grandes crímenes, y la Providencia, siempre justiciera é inescrutable, le enviaba en Zuanko la expiacion.

Cuando Daruh llevó á su hermano á la casa de las Palomas, y le presentó á su esposa, á aquella Teresa á quien tanto amaba, el alma de Zuanko acabó de envenenarse á la vista de aquella mujer.

Desde el momento en que la vió, sintió por ella una de esas pasiones violentas, impuras, capaces de hacer un demonio de un ángel, si un ángel pudiera sentir tales pasiones. Teresa era una mujer tal y tan hermosa, que bastaba para impulsar á los mayores crímenes por su posesion á un hombre tal como Zuanko.

Todo lo que en su elogio habia dicho el enamorado Daruh, era pálido, insuficiente, para dar á conocer su hermosura.

Teresa solo contaba entonces veinticuatro años, fuese que los cuidados y las comodidades de que la habia rodeado Daruh hubiesen conservado el brillo de su primera juventud, fuese que su organizacion perteneciese al género de las de esas mujeres que parecen niñas cuando ya han entrado en la edad madura, fuese un privilegio de la naturaleza, la juventud de Teresa resplandecia; era de más que mediana estatura; deliciosamente formada, pura y correcta en las formas como una estátua de los buenos tiempos de Grecia; esbelta, lánguida, voluptuosa: sus cabellos, abundantes hasta un extremo inconcebible, parecian agoviar su cabeza con su peso, y eran brillantes y negros como el ébano pulimentado: negros tambien sus cejas y sus ojos, en que lucía una cándida expresion virginal á pesar de sus ocho años de matrimonio con un hombre tan sensual como Daruh, formaban un maravilloso contraste con su tez blanca,

trasparente, densa, ligeramente matizada por un leve y purísimo tinte de rosa: nada tan rojo, tan fresco, tan puro como su boca; nada tan voluptuoso como su cuello, sus hombros, su seno y sus brazos; nada en fin, tan esbelto como su talle, ni tan perfecto como sus torneadas manos, como sus pequeños pies, que se veian unidos á una pierna admirable por bajo de su corto brial de labradora.

Sobre todo esto su mirada, siempre tranquila y riente, producia el lascivo efecto de la pureza, efecto que es una verdad en el mundo caduco y gastado en que vivimos nosotros y en el que vivieron nuestros abuelos, aunque esta verdad parezca una paradoja: porque no hay nada que escite más á un libertino que los descuidos de la pureza: Teresa, en fin, era un ángel humano, si se nos permite calificar de este modo á una mujer en quien la materia era tan sólida y tan poderosamente bella.

De la misma manera que Zuanko habia guardado anteriormente una de esas reservas que hacen decir de quien las posee que es hombre de pocas palabras, aunque comunmente esta falta de palabras no es generalmente más que sobra de intencion y á veces de doblez y de disimulo, de la misma manera, decimos, que no habia demostrado su envidia, disimuló la impresion que le habia causado Teresa, pero no de una manera tan perfecta que esta no sorprendiese la chispa de deseo impuro que habia brotado rápida como un relámpago de los ojos de Zuanko á la vista de su cuñada.

Daruh la dijo, al presentarle á Zuanko, que aquel era el hermano á quien tanto amaba, y de quien la habia hablado tantas veces; la manifestó que desde entonces en adelante

viviria con ellos, que queria que se le tratase como á él propio, y manifestando que, teniendo asuntos importantes que evacuar en Leon, partia en aquel mismo momento para no volver en algunos dias.

Luego, apartándose con su hermano, le dijo:

—No partiré hoy: pasaré el dia en la roca, y por lo tanto quiero que esta tarde, con pretesto de ir á conocer los alrededores, vayas á la gruta que ya conoces. Adios.

Y dejó á su hermano solo con su esposa.

Teresa se mostró sencilla, cándida y afectuosa con Zuanko, de la misma manera que si le hubiera conocido toda la vida. Hacia un calor intolerable, y como fuese ya la hora de la comida, Teresa le dijo que comerian en un pequeño y hermoso huerto, bajo la sombra de un emparrado. Zuanko la contestó que cualquier lugar le pareceria un paraiso al lado de ella, y Teresa sonrió cándidamente á aquella galantería, que no era más que la primera chispa de un amor próximo á desbordarse, como si absolutamente no hubiera comprendido su intencion.

Durante la comida, y como por causa del calor, las ropas de Teresa no fueron tan rígidas como hubiera convenido que fuesen en presencia de un extraño: pero Zuanko era de la familia, y seria cosa irritante exigir á una mujer la misma rigidez para los de la casa que para los de fuera. Las ávidas miradas de Zuanko adivinaron tesoros de hermosura en su cuñada, y aquella buena voluntad, aquella confianza, aquel honrado descuido, le hicieron más daño que lo que le hubieran hecho los avances, segun se dice ahora, de la cortesana más consumada.

—¡Qué hermosa eres, hermana mia! dijo Zuanko en mal español, no pudiéndose contener en los límites de una prudente reserva, ó no creyendo necesaria esta reserva en ausencia de su hermano.

—Lo mismo me dice á cada momento mi marido, dijo con la candidez más desesperante Teresa.

—¿Y no te lo ha dicho eso nunca un amante?

—Yo me reiría mucho si un amante me requebrara, dijo Teresa riéndose con la mayor naturalidad.

Zuanko se rió tambien no sabiendo á qué atenerse respecto á Teresa, y dejó aquella conversacion, adoptando otra no tan peligrosa.

Pero la contínua y dulce sonrisa de la jóven, sus palabras afectuosas, su descuido de parienta, le asesinaron, por decirlo así, á él, que no estaba acostumbrado á este parentesco.

Apresuróse, pues, á despedirse de Teresa apenas concluyó la comida.

—¿Adónde vais, hermano? le dijo ella.

—Me siento mal, contestó Zuanko; el calor me sofoca: necesito respirar el aire libre; además, acostumbro despues de comer á dar un largo paseo.

—Ved lo que haceis, el sol es ardiente aun.

—Pero en esos bosques cercanos hay sombra, contestó Zuanko.

Y salió como quien escapa.

Cuando llegó á la gruta, ya le esperaba Daruh.

—¿Cómo te trata mi mujer, hermano? le dijo éste.

—Me trata bien: verdaderamente has tenido suerte,

Daruh: es sencilla, dócil é inocente como una niña.

—Pues aun no la conoces bien; es una perla; pero sígueme: tengo que presentarte á mi gente.

—¡Presentarme á tu gente!

—Sí; en mi ausencia tú la mandarás.

—¡Yo!

—Sí por cierto; tú, á no ser que no te sientas con valor para hacerte obedecer de bandidos.

—No es valor lo que me falta, dijo Zuanko, yo les haria que me respetasen.

—¡Que les harias! ¿por qué no dices les haré?

—Porque no encuentro la razon de que quieras ausentarte.

—Ya te he dicho que estoy harto de ser un señor misterioso, entre tinieblas, y quiero ser un poderoso rico-hombre de la córte del rey D. Sancho de Leon: quiero tener fuertes castillos; hacer, en fin, lo mismo que hago ahora, pero á la luz del sol, con mi fuero señorial en la mano y mi bandera desplegada: quiero que Teresa brille en la córte; que sea la más hermosa de las damas leonesas.

—¿Para que te la enamore el rey?

—Teresa no se deja enamorar de nadie.

—No, no he querido decir tanto: en fin, haz lo que mejor te convenga: en cuanto á mí, te obedeceré.

—No, me ayudarás: tambien he pensado en tí: quiero que brilles á mi lado: eres hermoso, valiente... que los que más valgan, que los más ricos, los más poderosos en la córte del rey de Leon sean dos gitanos vagabundos, dos de esos séres maldecidos... es necesario pisar á ese mundo que

nos desprecia, burlarnos de él, dominarle... la ocasion se me ha venido á las manos, y no la dejaré pasar.

Lo que más deseaba Zuanko era que su hermano se alejase, y sin embargo, le hizo aun algunas objeciones.

Daruh se impacientó, porque no era hombre que sufria réplicas; Zuanko afectó ceder á su voluntad reconociendo su autoridad de hermano mayor, y abriendo la puerta secreta, entraron en el subterráneo, que estaba alumbrado de trecho en trecho con una lámpara.

La planta baja era un verdadero laberinto, un pequeño pueblo con sus calles, por el cual de tiempo en tiempo se encontraba algun transeunte, ya mujer, ya hombre, ya niño, ya anciano: todos se descubrian y se detenian al paso de Daruh, inclinándose profundamente: al fin de algunas vueltas y revueltas llegaron á un gran espacio que venia á ser como la plaza de aquel pueblo, y Daruh tocó una campana que estaba suspendida entre dos piedras.

A su sonido, de las cuevas que se veian á un lado y á otro de los conductos subterráneos, salió una multitud feroz compuesta de hombres y mujeres que se agruparon en silencio al rededor de aquel espacio.

Daruh tomó una lámpara, iluminó con ella el semblante de Zuanko, y dijo á la multitud:

—¿Veis este hombre?

—Sí, contestaron todos.

—¿Le conocereis siempre?

—Sí, repitieron.

—Este hombre es mi hermano.

Sucedió un murmullo extraño, que entre aquellas gentes podia tomarse por una aclamacion.

—Es valiente como yo, severo como yo, como yo inflexible para los desobedientes y los sediciosos.

La aclamacion se hizo mayor.

Yo me separo por algunos dias de vosotros, y mi hermano queda en mi lugar. Nada tengo que añadiros: idos.

La multitud se retiró en silencio, y aquel espacio cavernoso quedó desierto.

—Sígueme, dijo Daruh á Zuanko subiendo por una escalera abierta en la roca.

Al fin de la escalera abrió Daruh una puerta y se encontraron en una estrecha galería, alumbrada por grietas defendidas por rejas y cubiertas de maleza, como las otras que ya hemos descrito. Daruh cerró.

—¿Y á qué venimos aquí? dijo Zuanko viendo que aquella galería, cuyo techo era tan bajo que podia tocarse con la mano, no tenia salida.

—Aquí hay una puerta que nadie conoce más que yo: adivina dónde está esa puerta.

Zuanko miró con atencion todos los resquicios, pero nada notó que le indicase una comunicacion.

—No lo sé, dijo.

—Atiende y recuerda bien: ¿ves esa piedra negra más pequeña que las demás que la rodean incrustada como ellas en la roca y de forma más aguda?

—Sí.

—Pues esta piedra es un resorte.

Daruh la oprimió, y en el momento algo más allá se

rasgó el techo, y dejó caer una larga trampa, que apoyándose en el suelo, dejó ver por su parte interior una escalera.

—¿Sabes, dijo Zuanko, que el tal monje rojo que fabricó esta ciudad subterránea era hombre que lo entendia?

—Todo consistió en que era muy rico y tenia muy mala intencion: ahora subamos.

Al llegar arriba se encontraron en un pequeño espacio enteramente cuadrado, abovedado y cubierto en las paredes y en la bóveda por cuero de Córdoba: el pavimento era de mármol; una ventana irregular con reja y cortinage natural de yedra la daba luz: al rededor habia doce grandes arcas de hierro, tres á cada costado.

—Para cerrar esa entrada, dijo Daruh, no hay más que tirar con fuerza del segundo hierro de la derecha de la reja.

Daruh tiró del hierro indicado, é inmediatamente se cerró aquella especie de escotillon.

—Este es sin duda el tesoro, dijo Zuanko.

—Sí, contestó Daruh, y un tesoro inmenso: es el fruto de diez y seis años de jurisdiccion ámplia sobre la comarca. Mira.

Y fué abriendo uno por uno los arcones.

Zuanko vió oro á montones, plata, joyas de inestimable valor, preciosidades sin número, y sin embargo, ni la más ligera expresion de avaricia se pintó en su semblante.

—Con estas riquezas podrias ser rey, hermano, le dijo.

—Me basta con ser rico-hombre: cuando yo haya trasladado todo esto á un fuerte castillo; cuando mis quinientos

bandidos sean hombres de armas, seré más poderoso que un rey; pero es preciso salir de aquí, y como tampoco se advierte puerta alguna, para abrirla es necesario tirar para abajo del primer hierro de la izquierda de la reja.

Y tirando de él Daruh, se abrió en el muro de enfrente de la reja una estrecha puerta, que dejó ver una escalera abovedada y oscurísima.

Daruh hizo luz, encendió una linterna que tomó de un rincon, y entró por aquella puerta seguido de Zuanko.

Cuando acabaron de ascender la escalera se encontraron en una galería, en la cual habia varias puertas.

—Hemos pasado por la riqueza, dijo Daruh, y ahora llegamos á los placeres.

Y Daruh llegó á una puerta y llamó.

Inmediatamente se abrió la puerta, por la que pasó el vivo resplandor del sol. Tras la puerta habia una vieja dueña.

—Guárdeos Dios, doña Elvira, la dijo Daruh: ¿cómo se muestra la última paloma que os entregué?

—Silenciosa y altiva, dijo la dueña; pero nada temais, señor; otras han entrado aquí tan altivas como ella, y ya se han domesticado.

—No hay necesidad alguna de domesticar á esa dama, dijo severamente Daruh: es un depósito sagrado que guardamos en nuestro poder, y que retendremos por poco tiempo. ¿Habeis cumplido mis órdenes con esa señora?

—Sí, señor; la he llevado á la hermosa habitacion del jardin, he puesto dos dueñas para que la sirvan y la acompañen.

—Que no se la aflija, que no se la trate mal; por el contrario, que se cumpla el menor de sus deseos, excepto el salir de la vivienda que la he destinado.

—Muy bien, señor.

—Ahora, doña Elvira, mirad bien á este caballero y reconocedle.

—No le olvidaré, señor.

—Cuando lo desee, dejadle que visite á nuestras damitas, á vuestras buenas hijas, y que permanezca con ellas el tiempo que quiera... miradle, en fin, en este punto como si fuera mi misma persona.

—Muy bien, señor.

—Ahora entremos, hermano.

Zuanko notó que el resplandor del sol entraba á traves de velos de seda, suspendidos entre arcos árabes que correspondian á un jardin al estilo oriental. Cuando entraron en las galerías, el egipcio vió las paredes labradas, los artesonados de alerce, los alicatados del pavimento semejantes en todo á los alcázares de Africa. Más allá el jardin muy abrigado entre un seno de la roca, aunque de gran extension, ostentaba sus cuadros y sus arriates de flores, sus canales y sus estanques, sus bosquecillos de laurel entretejidos de jazmines, y en el centro un magnífico pabellon oriental.

—Este es un alcázar, dijo Zuanko.

—El Penitente-rojo era un hombre que habia viajado mucho, que habia visto mucho, que tenia mucho oro, y no quiso dedicarse á la penitencia sin que su retiro tuviese todas lus comodidades y placeres necesarios para hacer llevadera la vida.

—Pero este jardin visto desde fuera puede revelar el misterio de esta roca.

—No puede verse por nadie sino por los pájaros. Ya ves: está comprendido en un seno de la roca, y los bordes desde donde podria verse son de todo punto tajados é inaccesibles. Puede decirse que solo el Penitente-rojo, yo, y las mujeres y los esclavos que han entrado aquí para no salir sino cuando mueran, como acontece con las monjas entre los cristianos, son los que han visto este alcázar. ¿Y qué te parece de él?

—Me parece magnífico, dijo Zuanko.

—Ahora vas á ver las más bellas de las moradoras. Ven.

Y entrando de nuevo en la galeria, llegó á una puerta dorada, la abrió, y pasando una antecámara, entraron en una magnífica cámara, donde no penetraba la luz sino á través de velos transparentes: un surtidor refrescaba la atmosfera, y en el fondo, en una alhamí ó alcoba, sobre alfombras de Persia, en un divan de damasco rojo, estaba indolentemente reclinada y dormida ó fingiendo que dormia con los brazos echados atrás sobre su cabeza una mujer magnífica. Era una nubia, negra como el azabache, con los labios rojos como el coral, jóven, hermosísima, desceñida una riquísima túnica de brocado blanco, y medio desnuda. Zuanko no pudo menos de confesarse á sí mismo que, despues de Teresa, aquella era la mujer más hermosa que habia visto en su vida.

—Esta es otra joya que heredé del Penitente-rojo, dijo Daruh: cuando yo me apoderé de sus dominios, encontré

aquí á Zinka, tan indolente como ahora, tan engalanada como ahora, y como ahora durmiendo ó fingiendo que dormia: pero no era tan hermosa como ahora: acababa de ser traida de Egipto, la habia enflaquecido un largo viaje, y solo tenia doce años: ahora está regalada, cuidada como sultana, y tiene veinte años. Ella me cree un poderoso sultan, me ama, y te advierto que si te enamoras de ella, te verás obligado á seducirla: lo mejor que puedes hacer es apelar á las joyas que hay en mi tesoro: es muy interesada, y acabará por adorarte si la regalas cada dia un collar de colores, unas ajorcas de diamantes ó unas arracadas de perlas. ¿Sabes el árabe?

—Sí.

—Pues entonces, sabiendo el árabe y regalándola explendidamente, será cosa de tres dias su conquista.

—No pienso ocuparme de ello.

—¡Cómo! ¿no te gusta?

—La admiro, pero no codicio lo que es de mi hermano.

—¡Bah! ¡una esclava! ¡y una esclava á quien se ve todos los dias por espacio de ocho años! Nada importa que me la robes, exclamó riendo Daruh y saliendo con su hermano... que me las robes á todas. Pero te advierto que para ver á Zinka te atavies de una manera explendida y te bañes de perfumes. Esa mujer es toda sensualidad.

Sucesivamente Daruh mostró en otras cámaras hasta una veintena de mujeres de oriente á Zuanko, todas hermosas, todas lánguidas, todas incitantes: las habia blancas como la espuma del mar, pálidas como la luna, doradas como el sol, de tez encendida, de megillas bronceadas: todas

aquellas mujeres, traidas casi niñas de oriente y muy jóvenes entonces, habian sido elegidas y compradas por el Penitente-rojo en los bazares de Bizancio.

—Y bien, ¿qué te parece de mi harem? dijo Daruh á su hermano.

—Esclavas al fin, exclamó Zuanko; y no comprendo cómo un hombre que tiene una esposa infinitamente más hermosa, más inocente, más pura que todas esas prostitutas..

—Hermano, Teresa tiene para mí una grave falta.

—¿Cuál?

—Que es mia, enteramente mia.

—¿Y no la amas?

—¿Quién te ha dicho eso? yo adoro á Teresa; pero con el tiempo mi amor, infiltrándose enteramente en mi alma, se ha convertido en un amor puro, sin deseos, en un cariño íntimo: la amo como se ama á una hermana, á una madre, á un hijo, y nada más: hace ya algunos años que Teresa y yo nos miramos enteramente como dos hermanos: hace mucho tiempo; años enteros, que no entro en las habitaciones de mi mujer, ni ella entra en las mias. Y sin embargo, nos amamos más que al principio. Pero ven: has visto mis esclavas, y vas á ver mis cautivas: hay entre ellas nobles damas, honradas villanas, inocentes labriegas. Pero estas me fastidian; no están acostumbradas como esas mujeres de oriente á la esclavitud, y sufren y lloran y se entristecen, y aun algunas se dejan morir de hambre.

Daruh mostró seguidamente á su hermano toda una coleccion de víctimas arrancadas por sus bandidos entre el incendio y la sangre de sus hogares.

Despues que hubieron pasado revista á aquella especie de harem, Daruh sacó á su hermano de él, y subiendo á las habitaciones superiores que ya conocemos, le presentó á sus funcionarios de más confianza, les dió á conocer á su hermano como su representante durante su ausencia, y desandando lo andado, despues de haber dado á Zuanko cuantas instrucciones eran necesarias para que le sustituyese sin vacilaciones ni dudas, le dió salida al bosque por la gruta.

Aun estaba el sol alto sobre el horizonte: Zuanko tomó preocupado el camino de la casa de las Palomas y entró en ella. Al llegar al jardin donde habian comido, le sorprendió dulcemente el tañido de un laud que resonaba, tañido con una languidez y un encanto indefinibles, en una habitacion situada al extremo de un cenador.

—¿Quién toca ese laud? dijo Zuanko á uno de los sirvientes que pasaba.

—Es la señora, que se ha retirado á sus aposentos, y que se entretiene tocando el laud.

El sirviente salió; Zuanko quedó solo en la galeria.

Poco despues al sonido del laud se unió una voz argentina, dulce, indolente y apasionada, que cantaba una cancion de amores: en ella se nombraba á un extranjero de faz dorada y cabellos negros y ondulosos.

Lentamente la voz y el laud fueron apagándose, y al fin se extinguieron enteramente sus sonidos. Era indudable que Teresa dormia su siesta, obedeciendo á la costumbre que, desde tiempos antiguos, tomaron los solariegos, de los árabes sus dominadores.

Zuanko, preocupado por lo que habia visto, fascinado por la hermosura y por la inocencia tentadora de Teresa, sintió que su razon le abandonaba: ¿seria él el hermoso extranjero de rostro dorado y cabellos ondulosos que habia nombrado en su canto la esposa de su hermano? ¿seria que él hubiese causado en ella una impresion semejante á la que él sentia por su hermosura, y creyéndose sola habia exhalado su amor ó su deseo en aquella incitante trova? ¿No era hermosa y jóven Teresa? ¿No la desatendia Daruh, tratándola con la indiferencia que hubiese tratado á una hermana? ¿Era, pues, tan difícil que él, enamorado, ardiente, lograse arrastrar á una dulce intimidad á aquella mujer formada por el amor, y que debia ser ávida de placeres?

Lo primero que hace un enamorado es seducirse á sí propio; de deduccion en deduccion llegó Zuanko á una persuasion, y avanzando con paso trémulo hasta la puerta entreabierta del aposento de Teresa, entró en él sin que le detuviese el pensamiento de que iba á atreverse á la joya de más estima de un hermano que le amaba, que habia deseado siempre encontrarle, que al lograrlo por un acaso le habia vuelto á la vida, que le habia abierto su corazon y héchole partícipe de sus secretos y de sus riquezas. Lo hemos dicho ya: Zuanko era perverso, y aborrecia á su hermano porque era más fuerte y más rico que él.

Así es, que entró sin vacilar en los aposentos de Teresa.

Nada halló en el primero más que un lujo deslumbrante: adelantó, levantó un tapiz y se encontró en un dormitorio digno de una hada. La sencillez exterior de la casa de

las Palomas ocultaba dentro un verdadero alcázar de rey.

Muellemente reclinada en un magnífico lecho con las ropas desceñidas, el bello semblante dormido y sonriente, medio desnudo el blanco seno, teniendo abandonado sobre el lecho un laud de ébano y marfil, estaba Teresa.

Zuanko se acercó al lecho extremecido, convulso, fuera de sí: llegó y contempló con éxtasis á Teresa dormida: luego inclinó lentamente su semblante sobre el semblante de la jóven, y cuando estaba próximo á tocarle con sus ávidos lábios, Teresa despertó y se alzó.

Zuanko, como un ladron sorprendido, se enderezó de una manera violenta, y esperó el resultado de su atrevimiento.

Teresa le sonreia con una candidez maravillosa.

—¿Se acostumbra en vuestra tierra de Gascuña, dijo, ir á velar el sueño de sus hermanas?

—¡Ah, yo te amo, Teresa! exclamó enloquecido Zuanko.

—¿Que me amas? dijo Teresa cubriéndose indolentemente el seno y sonriendo siempre, yo tambien os amo.

—¿Que me amas? exclamó acercándose de nuevo al lecho Zuanko.

—Sí; pero amo tambien á Hugo.

—Pero está ausente: nadie nos vé... tus ojos me dicen amores, el silencio y el misterio nos rodean...

Y pretendió asir la cintura de Teresa.

—No, no, dijo esta rechazándole con dulzura y pronunciando sus palabras con acento opaco y conmovido: vive.

—¡Que vive! ¡que vive Hugo! ¿y qué importa?

—Hugo me ama y yo le amo tambien.

—Pero me has dicho que me amas.

—Escúchame, dijo Teresa levantándose y sentándose sobre el lecho sin cuidarse de componer el desaliño de su trage y de sus cabellos, y jugando distraida con el laud, del que arrancaba fugitivas y flébiles armonías; escúchame y recobra la razon. Siéntate á mi lado, y nada temas, añadió reteniendo á su lado á Zuanko, que habia hecho ademan de ir á cerrar la puerta. En mi casa yo soy la señora, y nadie pasará los humbrales de mis aposentos si yo no llamo. Siéntate.

Zuanko se sentó en el lecho.

—Yo, dijo Teresa jugando siempre con el laud, me casé enamorada con tu hermano.

—Pero antes de casarte con él amabas á un mancebo de tu aldea, Teresa, dijo Zuanko con profunda intencion, devorando con una mirada profundamente observadora á Teresa, cuyo semblante no alteró por aquellas palabras su dulce y sonriente expresion.

—Sí, es verdad, dijo Teresa con la mayor naturalidad; tenia un novio, y creí amarle; pero me engañaba. Desde el momento en que ví á tu hermano, me sentí subyugada por él, y comprendí que mi corazon no habia amado todavía. Por lo que veo, tu hermano te ha revelado...

—Todo... la infame violencia con que te obligó...

—¡Oh! no, no por cierto: no hubo violencia, dijo con acento sincero Teresa: fuí suya porque quise; si yo no hubiera querido, él me hubiera respetado como me has respetado tú... si no me hubiera respetado, se hubiera visto obligado á matarme, porque yo soy tan valiente como él.

Y Teresa sonreia siempre, y al pronunciar estas palabras su voz era tan apacible como el vuelo de las auras en derredor de las flores, Zuanko se encontraba contenido por una fascinacion inexplicable.

—Fuí primero suya, porque quise: despues su esposa, no porque me deslumbrase su riqueza, sino porque le amaba. Poco despues de casarme; el aldeano, mi novio, cometió la locura de ahorcarse una noche delante de mis ventanas: al amanecer, cuando me asomé á una de aquellas ventanas, le ví y le reconocí: sentí su muerte como se siente la desgracia de un semejante nuestro, pero yo no le habia dado motivo para que se desesperase de tal modo: suya era la culpa si habia tomado de una manera tan grave un simple entretenimiento por mi parte.

La voz de Teresa no temblaba; referia aquel acontecimiento á sangre fria como se refiere un hecho: no se sonreia, acaso por no unir su sonrisa á un recuerdo de muerte; pero seguia jugando indolentemente con las cuerdas de oro de su laud.

—Te juro que si aquel hecho me entristeció por algunos dias, continuó Teresa, en nada alteró la felicidad que sentia al lado de tu hermano: ¡oh! sí, exclamó volviendo á su hechicera y leve sonrisa, que parecia habitual en su dulce y hermosísimo semblante. Durante dos años nuestra felicidad no tuvo igual en la tierra. Hugo no sabia estar sino á mi lado: durante el dia me acompañaba á caballo por las cercanías, recorríamos nuestras haciendas, y en todas partes nos recibian con placer: ¡era tan bueno Hugo! Por las noches me enseñaba á leer, despues me enseñó á escribir, luego á tañer

un laud, á trovar; al fin me enseñó la ciencia del infinito: me dijo por qué leyes se movian en los cielos esas rutilantes estrellas, ese ardiente sol y esa pálida luna: hizo en fin, una dama de una rústica labradora, y yo, yo le adoraba... pero pasaron dos años... las caricias de Hugo fueron haciéndose más tibias, su permanencia á mi lado más corta... me amaba siempre, pero con un amor distinto, más frio, más profundo si se quiere, pero que no satisfacia la sed de mi alma: yo soy altiva, y este descuido en el hombre que amaba, me ofendió... lentamente fuí acostumbrándome á aquella vida, que casi podia llamarse de abandono...

—¿Y dejaste de amarle?

—No; por el contrario, le amé más que antes; pero como él me amaba á mí, de una manera pura, con un amor en que ninguna parte tenian los deseos, con un amor de hermana.

—¿Y tu corazon estaba satisfecho?

—No; mi corazon quedó vacío; aquel amor no le bastaba.

—¿Y amaste á otro?

—No; no habia á mi alrededor nadie capaz de hacerme amar: pasó mucho tiempo sin que los labios de mi esposo se posasen más que en mi frente, como se acostumbra á hacer entre hermanos: pasó mucho tiempo, y mis sueños empezaron á ser inquietos.

—¿Y qué te decian tus sueños?

—Veia en ellos un sér que se parecia mucho á Hugo, que debia ser de su mismo país, de su misma raza: aquel sér, hijo de mi pensamiento, llenó mis sueños de amor, de

un amor delirante, insensato, ardiente, insaciable como le necesitaba mi alma, y yo pasaba durmiendo todo el tiempo que podia, y apelaba al yugo de las yerbas para procurarme sueño, porque en mi sueño estaba mi vida.

—¿Y te satisfacia ese amor soñado?

—Sí; pero un dia... ¡oh! un dia encontré delante de mí al sér con quien soñaba. No era exáctamente el mismo, porque eso hubiera sido maravilloso, pero se le parecia mucho: tenia, como él, el semblante dorado y melancólico, los ojos negros y brillantes, la frente pálida y altiva, la barba negra y sedosa, los cabellos divididos en hermosos rizos negros. Cuando me vió un dia, por orgullo ó por disimulo quiso ocultar su turbacion; pero yo ví en sus ojos una mirada penetrante, ardiente, momentánea, rápida, una chispa escapada de un volcan, y comprendí que habia parecido hermosa, muy hermosa, al extrangero; que al verme me habia amado, y que su amor no se extinguiria jamás.

—¡Y tú!

—Yo le amé tambien, como él me habia amado á la primera mirada.

—¿Y él lo comprendió?

—Debió comprenderlo así, porque me dijo: yo te amo.

—¿Y tú que le contestaste?

—Yo le dije sonriendo: te amo tambien, pero mi esposo vive.

Y como Zuanko, loco de amor, quisiese estrecharla entre sus brazos, Teresa se alzó flexible como una serpiente, se escapó de los brazos del egipcio y salió del dormi-

torio murmurando con acento opaco y preludiando en su laud.

—No, todavia no, mi esposo vive... y yo amo á mí esposo. . . . .

Durante algunos dias, Zuanko sufrió con un valor infinito todo género de encantos: Teresa se sonreia siempre: cuando hablaba de una manera metafórica del hermoso extranjero, sus ojos se entumecian, lucian con un fuego infinito, se entreabrian sus labios, su hermosa garganta parecia dilatarse, su alto seno se agitaba y temblaba de pasion... y Zuanko, que se creia el adorado extranjero, caía, á los piés de Teresa, la suplicaba, lloraba; pero Teresa, como quien despierta de un sueño, huia de él murmurando siempre estas terribles palabras, que habian llegado á ser espantosas para Zuanko:

—No, todavia no: mi esposo vive, y yo amo á mi esposo.

Y esto acontecia cien veces todos los dias.

A fuerza de escuchar esta réplica en los labios de Teresa, Zuanko contrajo un ódio de muerte hácia su hermano, y su vida, que se oponia á su felicidad, le pesaba: primero, por feroz y criminal que fuese, el pensamiento de matar á su hermano, le espantó: sucesivamente, y á medida que sus deseos le irritaban, aquel pensamiento fué haciéndosele menos odioso; al fin le adoptó y se resolvió á llevarle á cabo.

Para esto no fueron necesarios más que ocho dias, que, pasados junto á Teresa, fueron para Zuanko ocho eternidades.

Daruh podia volver de un momento á otro, puesto que no habia fijado la duracion de su ausencia, y Zuanko queria tenerlo todo preparado para cuando volviese: pero no queria que Teresa le pudiese atribuir la muerte de su esposo. Buscó, pues, un medio, y se acordó de Zinka.

—Mucho me engaño, me dijo, si no me sirve esa esclava: Daruh la trata con desprecio; las nubias son apasionadas, terribles: si yo lograse hacerme amar de ella...

Zuanko no reposó en este pensamiento; salió de la casa de las Palomas, se encaminó á la caverna, se vistió con un ropage brillante, se saturó de perfumes, y una vez ataviado, peinado el cabello y aliñada la barba era necesario confesar que Zuanko era un mancebo hermosísimo.

Luego bajó á la habitacion donde estaba guardado el tesoro, abrió uno de sus cofres, y sobre los talegos llenos de oro que le ocupaban, vió un cofrecillo de sándalo con incrustaciones de nácar: abrióle con una llavecita dorada que pendia de él sujeta de un cordon de oro, y encontró en él un magnífico aderezo oriental de perlas y brillantes. Nada falta en él: ni la riquísima gargantilla, del centro de la cual pendia un amuleto, ni los hilos de perlas para entrelazar el cabello, ni las arracadas de diamantes, ni las pesadas y dobles ajorcas de oro cuajadas de rubíes y esmeraldas. Zuanko tomó aquel cofrecillo, se trasladó al jardin, se hizo abrir la puerta del aposento de Zinka por la dueña doña Elvira, y entró.

Al pasar de la antecámara se encontró delante de sí, admirada y altiva, magestuosa como una estátua de ébano,

á la esclava, que al verle tan hermoso y resplandeciente, perdió mucho de su gravedad.

—¿Quién eres? le preguntó ella en árabe con acento gutural.

—Yo soy un hombre que te compadece, lucero de la noche, dijo Zuanko en el mismo lenguaje, cerrando la puerta y sentándose en el divan.

—¿Que me compadeces? exclamó con desden Zinka. ¿Y por qué?

—Porque amas y te desprecian.

Brilló un relámpago sombrío en los ojos de la nubia.

—¡Que me desprecian! te engañas, yo soy aquí la señora: Hugo idolatra mi hermosura, y desfallece de amor entre mis brazos.

—Sin embargo, Hugo me permite que te enamore.

—¡Que me enamores tú! ¿y lo permite él? dijo con una extrañeza y un orgullo inconcebibles la nubia.

—Sí; y para que te convenzas de ello, si quieres pasearemos juntos por el jardin asidos por la cintura delante de los esclavos de Hugo.

—¡Oh! ¡sí! ¡es verdad! dijo Zinka: un dia, hace poco tiempo, estaba yo reclinada en mi lecho; sentí pasos, y me fingí dormida para juzgar del efecto que causaba en Hugo mi hermosura. Pero Hugo no venia solo: venia un hermoso mancebo con él... aquel mancebo eras tú.

—¡Y te has acordado de mí, luz del cielo! dijo Zuanko.

Un hombre no debe llevar jamás otro hombre á la morada de la mujer que ama, dijo sentenciosamente Zinka.

—Pero seguramente que no me habrás recordado como yo te he recordado á tí.

Zinka encogió sus negros y redondos hombros con desden. Zuanko adelantó hácia ella con visibles intenciones de abrazarla, pero la nubia se hizo un paso atrás, y desnudó un pequeño puñal.

—La avispa saca su aguijon, dijo para sí Zuanko; procuremos convertir á la avispa en tórtola.

Y sin avanzar más, la dijo:

—¿Por qué huyes de mí?

—Tú no eres mi señor, contestó la nubia.

—Pero soy tu esclavo.

—¡Tú esclavo de la esclava!

—Tú eres reina de la hermosura y de los amores, dijo Zuanko: además, Hugo me permite que te enamore, y yo, yo te amo con toda mi alma.

Zinka envainó el puñal, pero no se movió ni apartó de Zuanko la mirada recelosa de sus hermosos y negrísimos ojos.

—¿Que me amas? dijo lentamente.

—Sí, y voy á probártelo: yo soy un valiente, rico y poderoso señor: cuando Hugo me trajo aquí, noté que tus joyas eran pobres, señal cierta de que Hugo no te ama.

—¡Pobres! exclamó Zinka con una vanidad de esclava mostrando sus brazaletes de oro cincelado, llevándose la mano á su collar de corales.

—Todo eso es polvo comparado á lo que yo he comprado para tí.

Y sentándose en el divan, abrió el cofrecillo.

Zinka adelantó impulsada por la codiciosa é infantil curiosidad de las esclavas africanas, y se replegó sobre sus rodillas en la alfombra delante de Zuanko.

En aquella situacion, con su exígua ropa que la dejaba en una media desnudez, con la agitacion de su seno, impulsado por la codicia, estaba hermosísima.

Zuanko la quitó el collar de corales y la puso la gargantilla. Sucesivamente fué despojándola de sus sencillas joyas de oro y prendién lola las que sacaba del cofrecillo.

—¿Y ahora crees que te amo? dijo Zuanko, mientras Zinka contemplaba orgullosa las riquísimas joyas que brillaban con una fuerza indescribible, contrastadas por el denso negro de su piel aterciopelada.

—¿Y estas joyas son para mí? dijo con voz alterada por la emocion.

—Sí, vida de mi vida, contesto Zuanko, cuyo torpe pensamiento empezaba á fascinar la hermosura de la esclava... tuyas son... esas y otras más ricas... y tuyo soy yo... y te llevaré conmigo á un alcázar resplandeciente, donde serás verdaderamente la sultana, porque yo no amaré á nadie más que á tí... pero ámame, ámame... sé rica... sé mi esposa...

Zinka levantó sus hermosos y resplandecientes ojos de la alfombra, y posó una mirada en los de Zuanko.

—¡Tu esposa!... ¿tu esposa yo, poderoso señor?... ¿tu esposa y no tu esclava?

Zuanko comprendió que todo estaba consumado: el instrumento de muerte que necesitaba se entregaba dócil en sus manos, y era un instrumento demasiado hermoso para

que no se le apropiase con placer: el regalo de las joyas habia cambiado enteramente las disposiciones de Zinka: tan cierto y tan profundo es aquel proverbio: dádivas ablandan piedras.

Y no se crea que era el interés el solo móvil del corazon de Zinka: entraba por mucho un principio de amor. Zuanko era más hermoso, más jóven, más apasionado que Daruh: Daruh jamás la habia regalado tan preciosas joyas, lo que por una lógica irresistible demostraba á Zinka que Zuanko la amaba más: ella, africana de alma ardiente, apasionada, terrible para todo, para el placer y para la venganza, sintió una impresion vehemente por Zuanko, que la ofrecia ser su esposo, y un ódio sombrío por Daruh, que la despreciaba y permitia indiferente que otro hombre llegase hasta ella. Esto bastaba para decidirla, y se dejó levantar enamorada por los brazos de Zuanko.

Este pasó algunos dias irritándose con la dulce resistencia de Teresa, y yendo á dar nuevas joyas y á devorar placeres satánicos con Zinka. Al poco tiempo, la africana, satisfecha por la primera vez en sus amores, olvidó las joyas, los brocados, los perfumes, y solo pensó en Zuanko.

Habia llegado á amarle, á adorarle con toda la fuerza de su alma y de su sangre africana.

Llegó un dia en que Zuanko comprendió que Zinka haria cuanto él quisiese.

Aquel dia coincidió con la vuelta de Daruh. Habia permanecido un mes en Leon, y durante aquel tiempo habia hablado muchas veces en secreto con el rey don Sancho, habia sabido manejar su obstinado amor por doña Sancha

de Navarra, y el rey á trueque de poseerla se habia prestado á todo: Daruh habia logrado lo que durante tanto tiempo habia sido su sueño, y algunos pergaminos rodados y sellados del señor rey de Leon le constituian rico-hombre, señor de villas y lugares, que sin embargo, debia pagar en buena y contante moneda de oro, con pendon y caldera, vasallos, pechos y derechos con mero mixto imperio, alta y baja justicia y derecho civil y criminal. ¡Cuántos que hoy se enorgullecen con sus pergaminos encontrarian el orígen de su nobleza si se pudiese leer claramente en lo pasado, á servicios tan bajos y degradantes como el que habia ofrecido, hacer al rey don Sancho Daruh!

Apenas llegó este al castillo, se arrojó en los brazos de su mujer, no sin rabiosos celos de Zuanko, que presenciaba este acto, y que hubo de armarse de disimulo.

—Ya eres rica-hembra en todos los reinos de Leon, Galicia y Astúrias, Teresa mia, la dijo Daruh: ya podrás ir á Leon, no como otras veces, como una simple labradora, sino oprimiendo los lomos de un palafren, precedida de hombres de armas, y rodeada de pajes y escuderos, con un alcon en el puño, y cubierta de perlas y brocados como conviene á la esposa de un baron feudal.

Teresa estrechó con amor entre sus brazos á su marido, y le presentó, como en otras ocasiones la frente; pero Daruh se fué más abajo y la besó la boca.

Este beso extremeció á Teresa é hizo rugir á Zuanko.

—Estoy cansado, muy cansado, dijo Daruh: con la impaciencia de traerte estas noticias, he hecho sin detenerme la jornada desde Leon aquí: mañana necesito partir de

nuevo para pagar ciertas alcabalas y derechos al rey: ven conmigo, hermano.

Zuanko siguió á Daruh y se encerró con él en su aposento.

—¿Es verdad que el rey te ha ennoblecido, hermano? le dijo Zuanko.

—¿Y cómo no ha de serlo, si le he puesto por cebo á doña Sancha de Navarra?

—¿Tanto la ama el rey?

—Está loco por ella. Ahora, hermano, y mientras yo descanso, vé á decir á mis gentes que he vuelto; que estén dispuestos á recibirme. Avisa á doña Elvira que tenga preparada para marchar á la infanta; esta noche partiré, y no daré la vuelta hasta dentro de tres dias. ¿Y cómo te ha ido con mis buenos vasallos, hermano?

—Me han obedecido ciegamente.

—¿Y con mis vasallas?

—Mal, muy mal.

—¿Pues cómo? tú eres hermoso, te he dejado alhajas... ¿qué es lo que más puede tentar á una mujer?

—Sí, pero hay mujeres que guardan las alhajas y el amor: entre tus esclavas tienes un tesoro, Daruh.

—¿Y qué tesoro es ese?

—Zinka.

—¡Zinka! exclamó con extrañeza Daruh.

—Sí; como me aseguraste que nada te importaba...

—Ciertamente, dijo Daruh.

—Pues haces mal, hermano, repuso el egipcio, porque debemos amar á quien nos adora, mucho más, cuando es una mujer tan hermosa como esa africana.

—¿Te has enamorado de ella? pues tómala, hermano, tómala: si resiste, domínala.

—No, no, y cien veces no: ya te he dicho que es un tesoro, y ese tesoro es tuyo: aprovéchale, hermano: una esclava como esa es digna de ser la esposa de un califa. Ni dádivas, ni promesas, ni ruegos... nada ha sido bastante. Zinka no vive más que para tí.

—¡Miren la enamorada! dijo Daruh ya con cierta gravedad: pues mira, yo no esperaba tanto de ella... no creia que me amase... pero puesto que me ama, cuando vuelva iré á visitarla, á mostrarme agradecido á tanto amor.

—¿No irás esta noche?

—No, no pienso detenerme en nada: es preciso que mañana esté la infanta en poder del rey de Leon. Vé, hermano mio, vé y haz lo que te he dicho. Cuando todo esté dispuesto, vuelve y avísame.

Zuanko salió, y Daruh se metió en el lecho.

Era esa hora en que en los dias de verano todo calla y reposa, doblegado bajo el calor intenso de los rayos del sol: eran las tres de la tarde. Nadie se veia en el campo: los habitantes de la casa de las Palomas dormian su siesta.

Apenas habia salido Zuanko de la casa, cuando Teresa, pálida y conmovida, salió de su aposento con una cesta pendiente del brazo, atravesó el huerto, abrió un pequeño postigo, miró si podia ser observada, y viendo que nadie habia en los alrededores, cerró el postigo con llave, y en paso apresurado se encaminó á una alameda próxima.

A poco que discurrió por uno de sus senderos, se detuvo, lanzó un grito débil que sin duda era una seña, y espe-

ró: á poco se escucharon rozamientos entre las malezas inmediatas, y apareció un hombre, vestido á la manera de los egipcios, que miró en torno suyo con inquietud.

Aquel hombre era el gran duque de la tribu de Andabaruk: era Wamdihavé.

—Nada temas, dijo Teresa posando una mirada divina, si divina puede llamarse esa llama de amor que un alma apasionada lanza por los ojos: nadie puede sorprendernos toma y come. ¡Oh! ¡Dios mio! tenia una horrible inquietud creia que hoy no podria verte: mi marido ha vuelto.

—¡Que ha vuelto tu marido! dijo Wamdihavé: y bien ¿qué importa? sígueme.

—¡Oh! no, jamás, mientras él viva.

—Seis meses hace que te adoro, luz de mis ojos, y desde que te ví no me han acontecido más que desgracias.

Por estas palabras comprenderán nuestros lectores que Teresa era la leonesa hermosísima, la criatura de quien estaba enamorado Wamdihavé, y de la que habia hablado al conde don Vela: comprenderán tambien que Wamdihavé era el extranjero á quien nombraba en sus cantares Teresa, aquel á quien recordaba con tanto entusiasmo hablando con Zuanko que creia ser él el extranjero adorado.

—¡Oh! yo siento tus desgracias como las mias propias, dijo con sentido acento Teresa, y los peligros que por mí corres, me extremecen: tú podias haber seguido los restos de la tribu, haberte casado con alguna de sus doncellas, que serán tan hermosas como tú; y la has abandonado por mí, por mí te espones á una muerte segura, y es necesario que huyas.

—¡Y que te pierda! exclamó conmovido Wamdihavé sin pensar en los manjares que habia puesto sobre la yerba: ¿y cuándo, Dios mio? cuando por tí me he decidido á hacerme cristiano, á abjurar de todas mis creencias.

—Tengamos confianza en Dios, Wamdihavé: tal vez un dia se apiade de nosotros: yo no puedo seguirte, no; vive mi esposo, vive aun... y si te encontrase conmigo... ¡oh! nos mataria á los dos.

Wamdihavé lanzó una mirada de valentía salvage.

—¡Oh! mi marido es un lobo; la sangre no le detiene, dijo Teresa contestando á la mirada de Wamdihavé.

—Y sin embargo, le amas.

—Nunca le he amado.

—¿Y te niegas á seguirme? ¿acaso te espanta mi pobreza?

—Pobre, miserable, te preferiria al rey más poderoso de la tierra... Y sin embargo, no te seguiré, Wamdihavé; no he vivido con él ocho años para separarme así de su lado, para abandonarle.

Y al pronunciar sus últimas palabras, la voz de Teresa era sombría.

—¿Me prescribes, en fin, que te deje?

—No, solo te pido que seas prudente... para que no necesites de mí, he traido conmigo algun oro.

—¡Oro! exclamó con orgullo Wamdihavé.

—Tú lo has perdido todo, y aceptarás la ayuda de tu hermana, dijo Teresa.

Y mostró una bolsa de seda al egipcio, que no se atrevió á rehusarla: de tal manera y con tal expresion de amor y de ansiedad le habia sido presentado aquel oro.



—Tengamos confianza en Dios, Wamdihavé.

—Ahora, come y vete: ese cristiano, tu amigo que dices te acompaña, puede procurarse, sin necesidad de que tú te espongas presentándote con ese oro, lo que hubieras menester: ocúltate durante el dia, y ven todas las noches al mediar á este mismo sitio. Si yo puedo verte, te veré. Entretanto, adios.

—¿Y sin una esperanza? dijo desalentado Wamdihavé.

—Espera, dijo Teresa; Dios tendrá compasion de nuestro sufrimiento: no provoquemos su cólera con impurezas; adios.

Y se alejó.

Wamdihavé la estuvo mirando desesperado hasta que se perdió entre los árboles.

Al volverse encontró tras sí al conde don Vela.

—¿Conque ese es el ángel que cuida de nosotros? dijo; ¿y me habias ocultado que la veias todos los dias?

—¡Oh! ¡no sabes cuánto la respeto, cuánto la amo!

—Yo la amaria tambien si no estuviera enamorado de tu hermana Ayelah, dijo el conde: esa mujer es hermosísima, lo que no quita que tu hermana me enamore más. ¿Y es esa acaso la bella leonesa de la buena ventura... aquel amor sin esperanza que tan triste te tenia?

—Sí.

—¿Y cómo diablos has vuelto á encontrarla? ¿Sabias dónde vivia?

—No; no la habia vuelto á ver desde que salimos de Leon; pero cuando llegamos aquí errantes en busca de Ayelah de Athais y de Kaid... un dia que nos habiamos apartado el uno del otro, al cruzar este mismo bosque, la encontré de

repente delante de mí: turbéme, turbóse: estaba sola, la hablé, me contestó: la dije que no la habia olvidado: ella me juró que no habia dejado de pensar un solo momento en mí. Me preguntó la razon de encontrarme en estos lugares... la referí mis desgracias, y ella, ella ha sido la que nos ha procurado sustento.

—¡Angel divino! dijo el conde, que saboreaba la parte de comida que le habia reservado Wámdihavé.

—Pero hoy... hoy me ha mandado que me aleje dándome oro.

Y Wamdihavé entregó á don Vela la bolsa que le habia dado Teresa.

—Escudos, y escudos de buena ley, dijo el conde; esa mujer debe ser rica.

—No lo sé, dijo con distraccion el egipcio.

—¡Pues es necesario saberlo, ira de Dios! en estas circunstancias, una mujer rica y enamorada es una providencia de Dios. Que robe á su padre.

—No tiene padre.

—¿Pues qué tiene?

—Marido.

—¡Ah! ¡es casada! pues bien, que robe á su marido y huya contigo.

—Se ha negado á seguirme.

—¿Conque esto es asunto concluido? ¿conque es decir que tenemos que contentarnos con este puñado de oro?

—Ella me ha dicho que me oculte durante el dia y que venga á este sitio todas las noches al mediar cada una de de ellas: que si puede verme, me verá.

—¡Oh! Pues entonces no hay nada perdido: la noche es propicia para los amantes: resistirá la primera, vacilará la segunda, y te seguirá la tercera. Vamos, tu amada tiene tanto talento como hermosura: conoce que aquí estamos espuestos cada cual por su estilo durante el dia, porque no podemos fiar en la fé del rey de Leon, á pesar de sus últimas promesas. Paréceme que debemos seguir el consejo de tu enamorada: hemos comido; pues bien, cobremos nuestros caballos, á quienes por cierto no falta excelente pasto en estos bosques, y ocultémonos en lo más intrincado. Esta noche volveremos.

Y llevándose consigo á Wamdihavé, desaparecieron entre las quebraduras.

Entre tanto Zuanko, dirigiéndose en direccion opuesta á la caverna, parecia herborizar á su paso. Pero parecia no ser muy feliz en su busca, puesto que en su semblante se notaba una expresion de impaciencia. De improviso lanzó un grito de alegría, se inclinó y cortó una yerba de hoja ancha y obtusa, y de un color verde impuro.

—¡Oh! exclamó roncamente, en todas partes hay yerbas que matan.

CAPITULO V.

De la mala manera con que correspondian á la confianza de Daruh Zuanko y Teresa.

Al oscurecer de aquel dia Daruh se despidió de Teresa, y montó á caballo para volver á Leon.

Al mediar aquella noche, al mismo tiempo que Daruh salia de la caverna con la infanta, Zuanko entraba en la estancia de Zinka, y Teresa acudia á su cita en el bosque con Wamdihavé.

Por lo tanto, todos estaban convenientemente ocupados en sus negocios.

La infanta habia seguido resignada á sus extrañas aventuras, y resuelta á perder la vida antes que el honor, á Daruh; habia entrado en una litera, y sintió su movimiento sin saber adónde la conducian.

Dejémosle seguir su viaje.

Wamdihavé se esforzaba en vano á sacar partido de la proteccion de la noche respecto á Teresa: su entrevista se redujo á una simple conversacion de amores tan puros como pudieran haberlo sido los de dos niños.

Aquella entrevista duró una hora; al fin de ella los dos amantes se separaron: Teresa volvió á su casa, entró en ella recatadamente como habia salido por el postigo, y Wamdihavé se internó con don Vela en el bosque.

—Era preciso, le decia el conde: una mujer que se aprecia en algo debe negarse la primera noche; y luego tú, que la respetas tanto...

—Es que la amo como nunca he amado.

Los dos aventureros se alejaron, y una ráfaga de viento arrastró las palabras con que don Vela habia contestado al egipcio.

Zuanko encontró consternada á Zinka.

—Me han dicho que ha vuelto Hugo, exclamó.

—Sí, es verdad, contestó Zuanko; pero ha partido otra vez.

—¿Para no volver? exclamó con alegria la africana.

—No, volverá antes de tres dias.

Desvanecióse la alegria de Zinka.

—Por lo mismo debemos estar preparados.

—¿Preparados? ¿á qué?

—¿Me amas, Zinka?

—¿Y puedes dudarlo? exclamó con impaciencia la africana: ¿acaso se puede fingir una pasion como la mia? ¿acaso no me ves desfallecer entre tus brazos? ¿se puede amar más? ¿se puede enloquecer más? Tú eres para mí más que la sangre que corre por mis venas, más que el alma que me alienta. Creo que si me arrancasen el corazon podria vivir mejor que sin tu amor.

Zuanko la estrechó frenético entre sus brazos, porque si

la africana le amaba, él la amaba de una manera que no excluía el amor que le inspiraba Teresa.

—Pues bien, nos amenaza el peligro de vernos separados, dijo el egipcio.

—¿Separados? ¿y por quién? ¿quién se atreveria á separarme de tí? exclamó Zinka con la voz rugiente como la de una leona á quien roban sus cachorros.

—Hugo, contestó Zuanko.

—Pero tú dices que Hugo no me ama, exclamó la jóven extremeciéndose.

—Hugo te adora.

—¡Que me adora Hugo! exclamó aterrada Zinka; y sin embargo, ha permitido que tú poseas á la muger de su amor.

—Si Hugo supiera que yo te habia poseido, nos mataria á entrambos.

—¿Y no puedes tú matarle á él? exclamó sombriamente Zinka.

—Hugo es más fuerte que yo.

—Y entonces, ¿cómo te has atrevido?...

—Hugo y yo somos muy amigos, y cuando se separó de mí me dijo: Zuanko, yo amo á una mujer, y esta mujer parece amarme: no ha conocido más amor que el mio, é ignoro si resistiria á una prueba: quiero que esa prueba la hagas tú....

—¡Ah! exclamó ofendida Zinka; ¿con que tú solo querias ponerme á prueba?

—No, yo te adoraba desde que te ví, lucero de res-

plandores, y la casualidad de que Hugo se valiese de mí para probarte fué una felicidad para mí.

Disipóse la sombría expresion que habia nublado el rostro de la esclava.

—Hugo, continuó el egipcio, ha vuelto hoy, y lo primero que me ha preguntado ha sido si podria confiar en tu amor.

—¿Y qué le contestaste? preguntó anhelante Zinka.

—Que tenia en tí un tesoro.

—Y él...

—El dijo: juro á Dios que he de hacerla mi esposa.

Esta respuesta de Zuanko solo tenia por objeto probar si podia fiarse de Zinka: el semblante de la jóven tomó ese color bronceado que es la palidez de los negros, se extremeció á impulsos del terror y gritó:

—No, yo no quiero ser su esposa, no quiero sér de nadie más que tuya.

Era tan desesperada la expresion del exagerado amor de Zinka, que Zuanko comprendió que no habia peligro en fiarse de ella.

—Pues bien, la dijo, solo nos queda un medio para no separarnos.

—¿Cuál? dijo anhelante Zinka.

—Mátale tú.

—Sí, le mataré si se duerme entre mis brazos, dijo la nubia poniendo con una decision horrible la mauo en su puñal.

—No, no, dijo Zuanko, el puñal vierte sangre; es mejor el veneno.

—Pero yo no tengo tósigo.

—Yo te le daré.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Tras estas palabras y creyéndose ya salvada Zinka, enlazó frenética de alegria sus brazos de ébano al rededor del cuello de Zuanko.

. . . .

. . . .

. . . .

Pasaron aquellos tres dias: durante ellos, Teresa advirtió que Zuanko escuchaba con menos impaciencia el eterno estribillo con que contestaba á sus amores.

—No, no, todavía no: aun vive mi esposo, y yo amo á mi esposo.

Por las noches Zuanko se trasladaba á la caverna: Teresa iba al bosque.

Zinka se mostraba cada vez más enamorada y más resuelta á deshacerse de Daruh: Wamdihavé más exigente y pensativo con Teresa.

Al fin vencida esta por su amor, abrió sus brazos al egipcio, y le prometió huir con él á la noche siguiente.

Inútil es decir si Wamdihavé asistiria á la cita.

Pero llegó la media noche, pasó, adelantó el tiempo, y al fin el alba lució sobre los campos.

Cuando ya desesperado Wamdihavé iba á retirarse. apareció una forma blanca entre los árboles.

Era Teresa, que venia pálida, descompuesta, desencajada.

—Mi esposo ha muerto, dijo.

Y cayó desmayada entre los brazos de Wamdihavé.

CAPITULO VI.

De cómo un envenenamiento pudo producir una comedia, un melodrama y una tragedia.

Si la muerte de Daruh no hubiese motivado acontecimientos interesantes, nos reduciríamos á decir en gracia de la brevedad:

Daruh fué envenenado por Zinka.

Veamos, pues, cómo sucedió.

Daruh volvió á su casa cuatro dias despues de su última partida.

—Ya está todo concluido, dijo á su mujer: no falta ahora más que pagar al rey el valor de las villas y castillos que me ha otorgado al parecer graciosamente, y despues que esto esté hecho, iremos á vivir á la córte.

Teresa se mostró más amante que nunca á su marido, á pesar de lo cual, Daruh se redujo, como siempre, á besarla en la frente, se retiró á su aposento so pretesto de sentirse cansado, y apenas se encerró en él, se encaminó por la comunicacion que ya conocemos á la caverna.

Su primer cuidado fué ir á su tesoro, á preparar el dinero que debia entregar al rey.

Al abrir uno de los arcones, su mirada se fijó en él con cuidado.

—Es extraño, dijo; juraria que aquí estaba el cofrecillo de sándalo que guardaba el aderezo que Jaime de Arlés compró por capricho al bajá Seyk. Veamos, sin embargo.

Y Daruh abrió todos los arcones.

—Indudablemente no está aquí; y aquellas joyas son de un valor inmenso. ¿Habrá tentado acaso con ellas Zuanko la codicia de Zinka? ¡Veámoslo!

Y subió desaladamente á los aposentos de la esclava, adonde sin aquel motivo no hubiera subido en mucho tiempo, á pesar de las recomendaciones de Zuanko.

Zinka le esperaba sin duda: estaba reclinada en su lecho en una posicion voluptuosa, vestida con suma explendidez y prendida con las alhajas que buscaba Daruh.

—Guárdete Dios, sultana, la dijo acercándose á ella y contemplándola á la luz de una magnífica lámpara que pendia de la ensambladura de la alcoba. ¡Qué hermosa estás, adorada mia!

—¡Ah! ¿Te parezco hermosa, mi señor? dijo Zinka: hace mucho tiempo que no oía de tu boca tan dulces palabras.

—Es que tu hermosura resplandece esta noche.

En efecto, Zinka medio desnuda, á la luz de la lámpara, arrojando destellos de luz sus joyas sobre su negrísima y lustrosa piel, producia un efecto mágico.

—Mañana contaré el dinero del rey, dijo Daruh, y se reclinó en el lecho al lado de Zinka.

Ella, amaestrada por Zuanko, se quejó amargamente de que hubiera querido poner su amor á prueba, y arrojando con desden lejos de sí las joyas, exclamó:

—Hé ahí en lo que yo aprecio los dones: tu amor es mi primer tesoro, Hugo; sin tu amor moriria.

Daruh no esperaba tal abnegacion, tal desinterés en Zinka; no desconfiaba de su hermano, y se sintió fascinado por la astuta y hermosísima esclava.

Sus transportes no conocieron límites: la aseguró que la adoraba, y rendido por la fatiga de su reciente viaje, se adormeció.

Pero su imaginacion, escitada por tantas emociones, por su nueva grandeza, por las recientes y ardorosas caricias de la esclava, por un torbellino, en fin, de pasiones, hizo que su sueño no fuese profundo, y vió...

Zinka, al creerle dormido, se habia incorporado, y le examinaba atentamente. Daruh no era cobarde, y viendo en la accion de la esclava un misterio, la dejó obrar: acaso no sospechó que corria peligro su vida, aunque la expresion del semblante de Zinka era terrible.

Hubo un momento en que Zinka se volvió naturalmente, y Daruh no pudo ver lo que hacia; luego la esclava se volvió con un finísimo lienzo en las manos, y de repente lo aplicó á las narices de Daruh.

Aquel pañuelo estaba mojado: Daruh aspiró con espanto el olor acre y nauseabundo de un veneno que conocia demasiado, y que sabia que era de todo punto mortal: alzóse

violentamente y asió con fuerza á Zinka, que cayó aterrada de rodillas á los piés del lecho.

—¿Quién te ha seducido para que me envenenes? exclamó Daruh con voz terrible desenvainando su puñal.

—Era... yo... que... te aborrecia... ese veneno... estaba en el cofrecillo de las joyas.

—¡Oh! ¡tal vez! murmuró roncamente Daruh.

Y luego, midiendo torvamente el hermoso pecho de Zinka, levantó lentamente su puñal.

Al ver brillar el arma fatal sobre su cabeza, Zinka lanzó un grito horrible, é impulsada por el terror, se alzó y desnudó su puñal: pero era tarde; Daruh furioso, viéndose asesinado por ella, hundió por tres veces su puñal en su seno.

—¡Oh! ¿qué significa esto? exclamó mirando el ensangrentado cadáver de la esclava, que habia caido sin exhalar un grito: esta miserable dice que ha encontrado ese veneno en el cofre de las joyas: acaso sea verdad: acaso tentada su codicia por Zuanko... pero yo conozco este veneno... sí, sí... conozco los efectos... estoy envenenado sin remedio... solo Zuanko... ¡horror!... ¡haber muerto á su hermano!...

Y Daruh, pálido, trémulo por el terror, escapó de los aposentos de Zinka, bajó al subterráneo, y sin saber cómo llegó á la casa de las Palomas.

Entonces se detuvo delante de la poterna.

—¡Oh! ¡ella! ¡ella! ¡Teresa! ahora conozco cuánto la amo, ahora que voy á perderla, porque este veneno es mortal, irremediable, seguro... ¡oh! ¡hermano, hermano infame y miserable! ¿pero quién sabe? acaso alguna im-

prudencia suya ha puesto en manos de esa esclava maldita ese veneno... no, no; quiero engañarme... y no puedo... es que Zuanko ha tenido envidia de mis riquezas y ha querido apoderarse de ellas... cuando yo se las habia franqueado... ¡oh! es que Dios me castiga por mis crímenes. Pero al ménos es necesario que la suerte de Teresa quede asegurada: que sea grande, rica-hembra y señora de vasallos, que pueda bendecirme.

Daruh dió algunos pasos hácia la casa.

—Y para asegurar esa fortuna á Teresa, será necesario pagar al rey los quinientos mil escudos estipulados... sí, sí; solo Zuanko sabe dónde está mi tesoro... solo él puede... es el último recurso que me queda, y para eso es necesario que él no desconfie... es necesario que le perdone... ¡perdonar á mi asesino!... ¡Oh! ¡es que si yo le perdono, es solo por Teresa!... ¡por Teresa, Dios mio! ¡Oh! ¡yo no sabia que la amaba tanto!

Calló un momento y reflexionó.

—Ea, valor, dijo al fin; mi muerte es irremediable, pero aun me quedan algunas horas de vida: si yo hubiese aspirado más tiempo el tósigo, no hubiera despertado... y mi hermano... ¡oh! es horrible... el hermano á quien tanto amaba... pero Dios, que todo lo vé, que todo lo sabe, castigará al fratricida.

Entonces llegó á la poterna y llamó.

Sus gentes se maravillaron al verle venir de fuera cuando le creian recogido en su aposento.

Sin embargo, por respeto no se atrevieron á hacer ninguna observacion.

Daruh entró y se encaminó desalado á las habitaciones de Teresa: esta estaba levantada preparándose á su fuga con Wamdihavé.

Al ver entrar á Daruh pálido, descompuesto, Teresa se aterró creyéndose perdida: Daruh atribuyó á amor aquel terror, porque creyó que su esposa habia leido en su semblante la muerte.

—¡Oh! ¡Me han asesinado, Teresa mia! dijo arrojándose en sus brazos.

—¡Asesinado! exclamó Teresa, cuya palidez se hizo lívida.

—Sí, sí: pero silencio... haz llamar á mi hermano.

Teresa se serenó y mandó á uno de los labriegos que fuesen á despertar á Zuanko, que estaba en su aposento. Entre tanto Daruh se habia arrojado sobre el lecho de su esposa, y cuando entró Zuanko, que disimulaba mal su recelo, le dijo:

—Voy á morir, hermano.

—¿Que vas á morir? exclamó afectando una dolorosa sorpresa Zuanko: ¿estás herido?...

—No, no; pero me siento enfermo, enfermo de muerte: mira, hermano, monta á caballo, parte, llega á la villa más próxima, y trae contigo un notario; necesito hacer testamento, asegurar la suerte de mi viuda.

Daruh dejaba por heredera á su viuda, y nada sospechaba de él cuando así le trataba: esto llenó de una alegría feroz el alma de Zuanko.

—¿Pero quién te ha dicho que vas á morir? exclamó afectando un dolor hipócrita.

—Antes del amanecer habré muerto, dijo Daruh; apresúrate, pues, hermano; hay que aprovechar el tiempo.

Zuanko no esperó más: fingió ceder á la voluntad de su hermano, y partió. Una hora despues volvió con un notario.

Cuando entró pareció animarse el semblante del enfermo.

—Vé, hermano mio, dijo Daruh, vé á mi aposento; toma esta llave; en un gran cofre encontrarás un rollo de pergaminos, bájale.

Zuanko desapareció.

—Se me ha llamado, segun creo, dijo con voz ronca por efecto de una bronquitis crónica el notario, para otorgar un testamento.

—Sí, en verdad, dijo Daruh.

—¿Y dónde está el enfermo? dijo el notario.

—Delante de vos, contestó Daruh.

—Pues no le veo, dijo el escriba mirando en torno suyo.

—El enfermo soy yo.

—¿Vos, vos el enfermo, mi noble señor, cuando la salud os revienta por los carrillos? dijo el notario atribuyendo á salud el color febril que por efecto del tósigo aparecia en el semblante de Daruh.

—Sí, yo dentro de pocas horas habré muerto. Así, pues concluyamos; despues de concluir con vos, tengo que empezar con el sacerdote.

—Aprensiones, murmuró el notario: y sentándose junto á una mesa y acercando la luz, se puso sobre unos pergaminos que le habian preparado, y empuñó su pluma con la

misma prosopopeya que un rey hubiera empuñado su cetro.

—Vuestros dictados; señor, dijo.

—Hugo de Creux, natural de Gascuña en Francia, ennoblecido por el señor rey don Sancho I de Leon, de Asturias y de Galicia, señor de las villas de Cercedillo, de Robledo y de Amaya, y de los castillos de Aguilar, de Fitero, de Lerma y de Noa.

A cada uno de estos dictados el notario levantaba la cabeza y miraba progresivamente con más asombro y respeto al testador.

—¿Y á quién dejais por vuestro heredero? dijo el escribano.

—A mi esposa doña Teresa Ramirez, que está presente.

Teresa, consternada y pálida, estaba sentada en un sillon cerca del enfermo.

—¿Heredera universal?

—Universal.

—Bien está: ahora, señor, ¿no teneis ninguna deuda, obligacion ó voto que confiar? no os ofendais; es la fórmula.

—No tal: confieso una deuda de quinientos mil escudos de oro...

—¿Habeis dicho quinientos mil escudos de oro? dijo el notario escandalizado de la enormidad de la deuda.

—Sí por cierto, de quinientos mil escudos de oro, segun consta por obligacion hecha al señor rey de Leon don Sancho I, deuda que será satisfecha al dicho señor rey por mi viuda antes de entrar en posesion de mis estados.

—¿Y no teneis parientes legítimos á quien puedan pasar con mejor derecho esos bienes?

—Sí, sí, dijo generosamente Teresa; teneis un hermano.

—Yo no tengo hermanos, señora, exclamó con severidad Daruh; y si hay alguno que pretenda que lo es, que lo pruebe.

Extremecióse Zuanko al escuchar estas palabras, y Teresa calló aterrada.

—Ahora bien: ya está extendido el testamento, dijo el notario. ¿Quiénes serán los testigos?

—Haced entrar á mi mayordomo, á mi escudero y á mi maestre-sala, amigo mio, dijo Daruh dirigiéndose á Zuanko, que vió una confirmacion de que Daruh le reconocia como su asesino, en el hecho de no haberle indicado como testigo.

Poco despues los tres criados, que eran otros tantos labriegos, entraron asombrados.

—Firmad como testigos donde os señale el señor notario.

—Nosotros no sabemos escribir, dijo el mayordomo.

—Yo escribiré vuestros nombres, y vosotros pondreis una cruz debajo de ellos; pero antes de todo, firmad vos, señor, si podeis.

—Sí puedo, dijo Daruh.

Entonces el escribano mojó bastantemente la pluma, llevó el pergamino al lecho, y entregó la pluma á Daruh. El llamado escudero alumbró.

—¿Quereis que os lea el testamento? dijo el notario.

—No, le leeré yo, dijo Daruh tomándole.

—¿Hay alguna omision, señor?

—Ninguna, y en prueba de ello, firmo.

Y firmó.

Entonces el notario se volvió con sus mamotretos á la mesa, y pidió su nombre á cada uno de los presentados como testigos, añadiendo bajo cada uno de aquellos nombres: «Y estando presente yo el infrascrito notario público, hizo una cruz por no saber firmar.»

El escribano hizo hacer una cruz á cada cual debajo de sus nombres, y despues les dijo:

—¿Reconocereis siempre estas cruces que habeis hecho?

—Sí, señor, dijeron en coro los tres.

—Muy bien: habeis concluido por vuestra parte, señores.

—Idos, pues, les dijo Daruh.

Los tres domésticos salieron sin poderse dar cuenta de lo que aquello significaba.

Acto contínuo el notario libró testimonio por extenso, le entregó á Daruh, y llevándose el testamento original, como matriz, y recibido un bolsillo en oro por sus honorarios, salió inclinándose respetuosamente por tres veces, y deseando muchos años de vida al testador.

Por órden de Daruh, el notario, suficientemente acompañado, fué conducido en una mula á su villa.

Con el escribano habia desaparecido la comedia: solo quedaba allí el melodrama.

—Acercáos, dijo Daruh á Teresa y á Zuanko.

Entrambos se acercaron.

—Encuentro la muerte cuando tocaba la felicidad, dijo Daruh: ni una palabra más, añadió con severidad, viendo que Zuanko hacia ademan de hablar: no culpo á nadie de mi muerte. Pero tengo que hacerte algunas explicaciones, hermano.

Zuanko se extremeció.

—¿Por qué me llamas hermano, cuando me has negado delante de las gentes? dijo afectando sentimiento Zuanko.

—Porque no podemos probar nuestro parentesco, contestó conteniéndose y con voz más afectuosa Daruh; pero delante de mi esposa, delante de Dios, te confieso hermano mio, hijo de un mismo padre y de una misma madre. Por lo mismo que era imposible una prueba de que éramos hermanos, no te he nombrado heredero de mis bienes públicos; pero lo serás de mis bienes privados, excepto de los quinientos mil escudos que entregarás á Teresa para que pague lo que adeudo al rey de Leon, sin cuyo requisito el rey confiscaria los bienes que me ha concedido, y sin los cuales Teresa se veria reducida á ser una rica-hembra muy pobre: además, para sus lutos entregarás á Teresa otros quinientos mil escudos. Aun así queda en mi tesoro una cantidad veinte veces mayor. Ahora bien, esos estados y esos tesoros pueden reunirse en uno solo.

—¡Ah! señor, dijo Teresa.

—Sí, continuó Daruh. Y ved cómo. Entrambos sois jóvenes y hermosos: y el moribundo, que tal podia llamarse, asió las manos derechas de los dos: despues que se haya cumplido el luto, casaos.

—¿Es esa vuestra voluntad, esposo y señor? dijo Teresa llorando.

—Sí, esa es mi voluntad: por mucho que me ames, Teresa, tu dolor pasará, porque todo dolor pasa: eres jóven y hermosa, y mi hermano te amará, te servirá de apoyo: juradme para que muera consolado que sereis esposos.

Entrambos callaron.

—¿Qué, me negareis ese postrer consuelo? exclamó fingiendo admirablemente una desesperacion profunda Daruh.

—Yo... te lo juro, esposo mio, exclamó balbuceando Teresa.

—Y yo, contestó conteniendo mal su alegria Zuanko.

La comedia asomaba por un momento su riente carátula, pero su risa era horrible.

—Ahora bien, y puesto que me lo habeis jurado y que cumplireis vuestro juramento, porque las promesas hechas á los que van á morir son sagradas, déjame solo con mi esposa, hermano; me siento próximo al durísimo trance, y la muerte me espanta. Déjame, dejame solo con ella.

Zuanko salió: apenas salió, Teresa se separó del lecho y cerró todas las puertas de las habitaciones inmediatas para que nadie pudiese oir lo que allí iba á suceder.

Despues volvió junto á Daruh y le observó profundamente.

Su semblante empezaba á descomponerse, y sus ojos estaban inyectados de sangre.

—Agua, agua, dame agua, Teresa, exclamó Daruh apretándose las sienes: siento aquí un fuego que me abrasa.

Teresa fué por agua, y Daruh la bebió con ansia.

—He estado conteniendo mis horribles dolores, dijo, porque ese miserable no se aterrase y huyese... porque él, él, mi hermano es quien me ha envenenado, Teresa.

Teresa guardó un sombrío silencio: su rostro habia perdido su expresion dulce, y resplandecia con una alegría cruel, que en razon á su estado no podia Daruh percibir.

—Sí, él me ha envenenado; no tengo duda de ello: el veneno de que se ha servido es un veneno que solo conocia nuestra raza: secreto trasmitido de padres á hijos, de generacion en generacion. No tengo duda de que mi hermano, ignoro por qué, me ha envenenado, y de una manera irremediable, mortal; inútiles serian todos los auxilios de la ciencia. Pues bien, yo no he hecho pedazos al infame fratricida, porque solo él sabe dónde están ocultos mis tesoros, y no he querido que esos tesoros se pierdan; quiero que sean para tí: tú eres hermosa, irresistible, Teresa. Enamórale, procura que te entregue esos tesoros, y cuando los tengas en tu poder, entonces véngame: mata al infame como él me ha muerto á mí: en mi cofre encontrarás un veneno semejante... pero no le aspires, porque la más leve aspiracion te mataria. Házselo aspirar á él en un momento de delirio... véngame.

Teresa asió las manos de Daruh y le miró fijamente; su vista empezaba á extraviarse, el color rojo de sus ojos era cada vez más fuerte, sus manos estaban frias.

—¿Que te vengue del asesino? dijo Teresa con voz terrible.

—Sí, véngame, contestó Daruh, conteniendo por un momento los ahogados gemidos que le arrancaba el dolor.

—Tu asesino soy yo, dijo Teresa con voz terrible.

La tragedia lúgubre y espantosa empezaba.

—¿Tú, tú, la mujer de mi amor, tú mi asesino? exclamó Daruh.

—¡Acuérdate! le dijo Teresa.

—Me acuerdo de tu amor.

—¡Acuérdate! repitió Teresa; yo era inocente y pura: hubo un dia en que mi padre enfermo, moribundo, necesitaba un milagro para salvarse; yo fuí á buscar ese milagro en un bandido que pasaba por santo, y al buscarle, tú te cruzaste en mi camino.

—¡Ah! ¡por piedad! ¡perdon! exclamó Daruh con voz débil revolviéndose desesperado en el lecho.

—¡Perdon! hay crímenes que no pueden tenerlo. ¡Acuérdate! tú engañándome me condujiste á una caverna de bandidos: estaba en tu poder débil y sola: temí una violencia brutal, y fuí tuya contra mi voluntad.

—Yo te amaba entonces, como te he amado durante ocho años, como te amo ahora.

—Yo amaba tambien, con toda mi alma, como se ama con el primer amor, y tú me robaste ese amor, porque yo no hubiera engañado al hombre á quien amaba casándome con él deshonrada, ni le hubiera revelado mi deshonra: preferí rechazarle fingiendo un voto por la salud de mi padre, y huí á ocultar mi deshonra á la montaña. Yo nunca me hubiera casado contigo, pero mi desgracia era completa no tardé en conocer que llevaba en mis entrañas el fruto de la odiosa violencia de un bandido.

Daruh, desesperado, quiso deshacerse de los brazos de

Teresa, que le sujetaban; pero el tósigo le habia debilitado quiso gritar, pedir socorro, y la voz se ahogó en su garganta.

—Al fin, continuó Teresa, fuí tu esposa, y al dia siguiente de nuestro casamiento apareció el desdichado á quien habia abandonado por tí, ahorcado delante de mis ventanas: habia preferido morir á verme en los brazos de otro. Mi corazon se desgarró, y sin embargo, me mostré indiferente á aquella horrible venganza, pero la lloré á solas, y juré vengarme,

Teresa se detuvo y contempló de nuevo á Daruh, que se agitaba de una manera horrorosa.

—Y me vengué, continuó ella: me vengo ahora: y he esperado ocho años mi venganza: durante ellos he perdido á mi hijo, he perdido á mi padre, á mis parientes, como si la maldicion de Dios hubiera caido sobre mi cabeza por haberme unido á tí, asesino, á tí, miserable, á tí, bandido. Sí, me vengo, y de una manera horrorosa. Podia haberme vengado antes, pero queria gozar mi venganza sin que los hombres pudieran hacerme cargo de tu muerte, y el infierno me ha traido al fin con tu hermano mi venganza.

—¡Mi hermano! murmuró roncamente Daruh.

—Sí, en el momento en que ví por primera vez á tu hermano, comprendí el impuro deseo que le habia inspirado mi hermosura, hermosura que, á pesar de mis dolores, Dios ha conservado para tu mal, y ví la perversidad de tu alma en su semblante. Apenas le dejaste conmigo me enamoró, y yo acogí su amor.

Daruh lanzó un largo y sordo rugido de desesperacion y de rabia.

—Y siempre que, frenético, queria estrecharme entre sus brazos, yo le decia: yo te amo, pero jamás seré tuya mientras viva mi esposo. Y tu hermano, que como tú ha creido mi amor, enloquecido por mí, te ha matado para poder llegar al logro de sus deseos, para que no pueda decirle más: yo te amo, pero no seré tuya mientras viva mi esposo. ¡Oh! mi venganza ha sido tardía, pero completa... mueres asesinado por mí, á manos de tu hermano, y me dejas tus tesoros y tu grandeza para que las parta con Wamdihavé, con el hombre á quien mi alma adora.

—¡Wamdihavé, el hijo de Kaleb, el gran duque de mi tribu! exclamó Daruh.

Y la rabia acabó de ahogar su voz ya débil, y sus miembros se tendieron, y sus ojos rodaron en sus órbitas, y solo quedó allí un moribundo que luchaba sin fuerzas con una dolorosa agonía.

Teresa pasó toda la noche encerrada con Daruh, observando aquella agonía horrorosa: al amanecer todo habia concluido, y Teresa, horrorizada de su propia venganza, se lanzó por el postigo del huerto en el campo en busca de Wamdihavé.

CAPITULO VII.

De qué manera puede una mujer reir por dentro y llorar por fuera.

Mi esposo ha muerto, habia dicho Teresa, y habia caido desmayada en los brazos de Wamdihavé.

El egipcio tuvo celos de aquel que parecia un dolor profundísimo, á pesar de lo cual, llevó á Teresa á un arroyo y la roció con agua el rostro.

—¿Qué es esto que acontece? ¿por qué se ha desmayado esta dama? dijo el conde don Vela saliendo de entre una quebradura.

—Ha muerto su esposo, contestó sombriamente el egipcio.

—¿Que ha muerto su esposo? repuso el conde: pues indudablemente se ha desmayado de alegría.

—Calla, calla, ya vuelve en sí: ¡si te oyera, si te viera, conde! exclamó Wamdihavé! vete, ocúltate.

El conde miró sonriendo con malicia á Teresa, y se retiró entre la espesura murmurando:

—No sé por qué se desmayan siempre las mujeres cuando mueren sus maridos.

Teresa abrió al fin los ojos, se pasó la mano por la frente calenturienta, y exhaló un gemido.

—No temas, la dijo Wamdihavé; estás entre mis brazos, alma de mi alma.

—¡Ah! ¡eres tú! ¡tú! ¡no estoy ya con él! exclamó con terror Teresa: ¡oh! ¡ha sido una noche horrible! ¡una noche de agonía!

—¡Con que es verdad!

—Sí, Dios ha tenido compasion de nosotros, y mi esposo ha muerto.

Teresa se puso de pié.

—¿Y ahora me seguirás, puesto que nada hay que te lo impida? exclamó con ansia Wamdihávé.

—No, no te seguiré... tú te quedarás, amor mio, te quedarás á mi lado, y yo seré tuya, tuya hasta la muerte; pero hazte cristiano; es necesario... de todo punto necesario.

—Lo soy ya, dijo el egipcio; solo falta bautizarme.

—Pues bien: espera, espera algunos dias, y no te acerques á mi casa: yo vendré todas las noches á este mismo sitio, y las pasaré contigo hablando de nuestro amor; pero delante del mundo es necesario que yo afecte un dolor intenso por la muerte de mi esposo. Adios.

—¡Tan pronto!

—¡Es preciso! además, estoy muy agitada, y luego, aun nadie sabe esa muerte; es necesario que yo vuelva. Adios.

—Que él te bendiga, amada mia, exclamó Wamdihavé estrechándola entre sus brazos.

Teresa se separó llorando de Wamdihavé, y se volvió á la casa de las Palomas; aun no era de dia claro: nadie la habia visto salir, y nadie la vió entrar.

Extremecida de horror penetró en la estancia mortuoria: Daruh, inmóvil, rígido, mostraba aun la expresion de la agonía en su semblante horriblemente contraido.

—Nunca, nunca, exclamó Teresa contemplando el cadáver, hubiera yo levantado sobre su pecho mi puñal, ni hubiera puesto tósigo en su copa: los celos, la desesperacion de verme en tus brazos mataron á aquel infeliz; pues bien, unos celos tan terribles como los suyos, los celos de tu hermano y su desesperacion te han matado: esto era justo. Ahora que mi venganza está cumplida, es necesario concluir.

Y Teresa, abriendo de repente las puertas, llamó desolada á voces á su servidumbre, gritó, pidió socorro para su esposo del mismo modo que lo hubiera hecho la mujer más enamorada.

Poco despues todo era confusion y gritos en la casa: corrian los criados de acá para allá sin saber lo que hacian aturdidos, asombrados, y en tanto Zuanko, el vil asesino gemia aparentando la desesperacion más profunda sobre el cadáver de su hermano.

Al fin aquellos momentos pasaron, como todo pasa en este mundo; el hermano y la viuda fueron separados del difunto por algunos vecinos que á la nueva de la catástrofe habian acudido de las cercanías, y el cadáver fué colocado en un lecho de honor y guardado por la servidumbre armada como era ceremonial y costumbre para los ricos-hombres.

Entre tanto Zuanko no perdió el tiempo: encerróse en el aposento de su hermano, so pretesto de llorar á solas, é inmediatamente que se encontró sin testigos, se irguió.

—¡Oh! ¡oh! dijo; mi hermano cuando asesinó al Penitente-rojo, supo hacerse respetar de sus bandidos: yo me haré respetar del mismo modo: desde ahora, soy más rico y poderoso que un rey, y la mujer más hermosa del mundo es mia... sí, sí, Teresa me ama; no tengo duda de ello.

Y sin que le afectase al parecer la muerte de su hermano, preocupado por su ambicion y por su amor, abrió la puerta de la mina que comunicaba con la caverna, y se trasladó á ella.

Por el camino recordó á Zinka.

—¡Oh! dijo: Zinka es tambien hermosísima: Teresa es la más hermosa de las blancas, y Zinka la más hermosa de las negras: Zinka me adora: ¡qué feliz voy á ser! Teresa será mi esposa, y Zinka mi amante: la una, la altiva ricahembra brillará en la corte del rey; la otra será la altiva sultana de mi alcázar invisible.

Y como llegase á las puertas del jardin llamó.

Abrióle doña Elvira, maravillada de una visita tan matutina.

Zuanko entró silenciosamente en los aposentos de Zinka creyendo sorprenderla dormida.

Lo primero que se presentó á su vista fueron las joyas arrojadas acá y allá: maravillóle esto y adelantó.

Entonces lanzó un grito de horror; vió á Zinka por tierra, sobre un lago de sangre coagulada, con los ojos horriblemente abiertos, mates y vidriosos, y el pecho

rasgado por tres puñaladas: entonces comprendió cómo Daruh habia podido llegar hasta su casa, su larga agonía, sus palabras ambigüas; sin duda la esclava habia revelado su crimen á Daruh; pero lo que no podia comprender era que sabiéndolo Daruh no le hubiese inmolado.

—No, no, dijo: Zinka me amaba demasiado para morir guardando mi secreto, y mi crímen ha quedado oculto. No sé por qué me llena de dolor la muerte de esa africana.

Todo consistia en que la hermosura de Zinka hablaba á sus sentidos.

A pesar de su dolor, Zuanko no olvidó las joyas; las recogió una por una, las guardó en el cofrecillo, le puso bajo su brazo cubierto con sus ropas, y salió cerrando con llave la puerta de aquel sangriento retrete. Luego bajó, puso las joyas en el tesoro, y se presentó en la caverna entre los bandidos anunciando que su hermano habia muerto, y que él, como su heredero, quedaba constituido en su señor.

Zuanko no se habia engañado al contar con la sumision de los bandidos. Estos vieron en él un digno gefe y le aceptaron.

Despues bajó al tesoro, contó el millon de escudos que eran necesarios, mitad para satisfacer al rey, mitad para Teresa; puso con ellos las joyas que habian servido para seducir á Zinka, y otras muchas más, no tan ricas, aunque de gran valor. Luego empleó todo el dia en trasladar aquel oro y aquellas alhajas al aposento que habia sido de su hermano, por la comunicacion secreta.

Si algunos de los servidores de las Palomas se acordaron del hermano de su difunto señor, al ver la puerta

cerrada, se volvieron atribuyendo aquella circunstancia á un profundo dolor.

Teresa se habia encerrado tambien en otro departamento del castillo. Entre tanto el cadáver de Daruh, noblemente vestido y encerrado en un ataud de roble, fué trasladado á la iglesia de la villa inmediata; los vecinos del castillo se encargaron de los funerales, y al dia siguiente, cuando Zuanko y Teresa se presentaron al fin, nada encontraron ya más que la tristeza de los criados.

Cuando quedaron solos, Zuanko se acercó conmovido á Teresa.

—Yo te amo, la dijo; y tu esposo ha muerto.

—Sí, y seré tuya, dijo ella; pero es necesario esperar... ¿qué diria el mundo si nos uniésemos, calientes aun sus restos? nos atribuirian su muerte.

—¿Y por qué no unirnos antes en medio del más profundo misterio?

—¡Oh! ¡tú no amabas á tu hermano! dijo Teresa.

—Que no le amaba...

—No: ¡estás viendo correr lágrimas de dolor por las megillas de su viuda, y la hablas de amores!

Zuanko calló ante la fuerza de esta observacion, y luego dijo:

—Para evitar el tormento de verte y no poseerte voy á partir á Leon.

—¿A Leon? ¿Y á qué?

—¿Olvidas que es necesario pagar quinientos mil escudos al rey?

—¡Ah! es verdad; dijo con distraccion Teresa.

—Los tengo en mi poder en el aposento de mi hermano: tengo además los otros quinientos mil para tí y un tesoro en joyas: cuando yo parta tómalos. Tu vista me hace pensar delirios. Adios.

Aquella tarde, Zuanko partió para Leon llevando consigo los quinientos mil escudos. Apenas habia salido, cuando Teresa subió al aposento del difunto Daruh, cuya llave le habia dejado Zuanko: sobre una mesa habia un deslumbrante monton de oro acuñado: sobre el lecho de Daruh, de una manera que podia llamarse simbólica, una multitud de joyas riquísimas.

—¡Oh! exclamó Teresa, abarcando con una mirada indecribible aquellas riquezas: soy feliz y poderosa; he sufrido muchas desgracias, he esperado ocho años, pero aun soy jóven, y al fin con Wamdihavé y este tesoro seré feliz.

Luego metió aquellas riquezas en un cofre donde encontró el pomo del tósigo de que le habia hablado Daruh.

Aquel pomo fué á los fosos del castillo.

—Yo no sé asesinar, dijo la jóven al arrojarle.

Un momento despues cuatro forzudos jayanes doblegados por el peso de aquel cofre le condujeron á las habitaciones de Teresa.

CAPITULO VIII.

De lo que aconteció en el alcázar de Leon entre el rey don Sancho, la infanta doña Sancha y la reina viuda doña Teresa.

Como sabemos, Daruh, á cambio de algunas altas dignidades, habia entregado á la infanta sana, salva é íntegra al rey don Sancho: éste, que habia perdido casi enteramente las esperanzas de volver á ver á doña Sancha, estuvo á punto de volverse loco de alegría, y esta especie de locura que se apoderó de él trastornándole el seso, le hizo continuar en las imprudencias en que habia incurrido hasta entonces, y de las cuales debia haberle apartado la experiencia de las malaventuras á que hasta entonces le habia conducido su empeño por doña Sancha.

Pero como no hay enamorado que sea prudente, y las dificultades sean el incentivo más fuerte del amor, y como el amor hace parecer nécio al más discreto, loco al más cuerdo, imprudente al más circunspecto, el rey siguió la misma línea de conducta que hasta entonces habia seguido, esto es, una conducta de misterio y de violencia, encerran-

do á la infanta en una apartada torre de su castillo real de Leon, en la cual podia entrar desde su misma cámara por ciertos pasadizos; y como era preciso que alguien sirviese y cuidase á la infanta, el rey se valió de quien ménos debiera, esto es, de Pero Sanchez, el arcipreste de las monjas de San Salvador, que habia vuelto á su antiguo y pacífico destino, y se hallaba contentísimo en él, considerándose salvado, como debió creerse el hijo pródigo al volver á la casa paterna.

Pero la fortuna, deidad caprichosa y voluble, no quiso que el arcipreste gozase de su dulce tranquilidad: una noche que acababa de acostarse, y, arreglándose cómodamente en su lecho, daba gracias á Dios por haberle sacado salvo de tan variadas aventuras, sintió llamar de una manera misteriosa á la puerta de su habitacion, que daba al huerto de la abadía.

Primero Pero Sanchez se decidió á callarse, esperando que cansado de llamar el importuno se alejaria dejándole en paz; pero no sucedió así: los golpes se repitieron con más fuerza: al fin, y como Pero Sanchez no contestase, este sintió que andaban con un puñal en la cerradura, cosa que le hizo sentir un terror pánico, y asomarse, no sin precauciones, á una ventana lateral.

—¿Quién anda ahi? ¿quién es? dijo temblando.

—¡Ah! contestó una voz muy conocida del arcipreste: ¿estabas despierto, y sin embargo, me has obligado á que procure descerrajar tu puerta para entrar en tu cubil?

—¡Ah! ¡señor! ¡poderoso señor! exclamó Pero Sanchez. ¿Es vuesa merced?

En efecto, el hombre que habia llamado á la puerta del arcipreste era el rey de Leon.

—Sí, yo soy, y espero que al saber que tu rey y señor está á tu puerta, no cometerás la rebeldía de no franqueársela.

—Líbreme de tal delito el cielo, señor; permítame vuesa merced que me cubra un tanto de ropas, porque como aun hace calor estoy en trage no muy decente.

—Concluye pronto, porque tengo graves asuntos que tratar contigo.

Cinco minutos despues el rey de Leon estaba sentado en el lecho del arcipreste, que era el asiento mejor que habia en la habitacion, y hablaba con Pero Sanchez, que estaba respetuosamente de pié, de esta manera:

—Estoy muy satisfecho de la lealtad con que me has servido.

—Muchas gracias, señor.

—Y aunque hasta ahora no te haya recompensado...

—Me habeis recompensado en demasía, señor.

—¡Cómo!

—Ciertamente, dejándome gozar en paz de mi arciprestazgo, junto á estas benditas madres.

—¡Oh! ¡oh! no tienes razon para quejarte aun.

—Es que yo no me quejo, aunque bien pudiera.

—Sí, sí, ya sé que has sufrido por servirme.

—¿Que si he sufrido?... he estado un mes preso con un lobo, quiero decir, con el terrible conde Gonzalo Diaz, en cuyas manos temí quedar alguna vez, y cuando me ví libre, no fué sin gran peligro de tostarme la piel... despues

he estado quince dias derrengado de resultas de dos caidas de caballo, y por lo tanto os digo, señor, que la mayor merced que me habeis hecho ha sido dejarme en paz en mi humilde oficio.

—No basta, no basta, es necesario que yo te recompense dignamente.

—¿Y para eso, señor, os habeis introducido á media noche en el huerto de la abadía y habeis venido á mi casa?

—Esto solo indica que para que la recompensa sea mayor, es necesario que prestes nuevos servicios.

Extremecióse Pero Sanchez.

—¡Nuevos servicios! dijo balbuceando; ¿pero no comprendeis, señor, que estoy demasiado gordo, que apenas puedo moverme, que necesito reposo, y sobre todo, que las buenas madres, y sobre todo la reina doña Teresa, vuestra madre, y la infanta doña Elvira, vuestra tia, no saben pasarse sin mí?

—Pues te juro que te necesito, y necesitándote, me haré servir de tí, quieras ó no quieras.

—¿Y para qué me quereis, señor?

—¿Puede escucharnos alguien?

—¿Y quién quereis que pueda escucharnos á estas horas? todos están en siete sueños. Podeis hablar, señor.

—Pues bien, dijo con alegria el rey, la infanta doña Sancha está en mi poder.

Abrió desmesuradamente los ojos el arcipreste,

—¿Que la infanta doña Sancha está en vuestro poder? exclamó con asombro.

—Sí por cierto.

—¿Y quién os la ha entregado?

—Nada te importa esto: yo estoy seguro de que nadie conoce más que tú los amaños de que yo me valia para apoderarme de esa ingrata hermosura: he vuelto á recobrarla, es necesario que alguien la sirva, y no encuentro para ello otra persona de quien fiarme que tú.

—Pero señor...

—No hay remedio, he pensado en tí, y fuerza será que me obedezcas.

—¿Y me espera sin duda otra cautividad en algun castillo roquero?

—No por cierto; la infanta está en úna torre del castillo real de Leon.

—¡En vuestro mismo palacio!

—Ciertamente: al alcance de mi vista: como que puedo trasladarme desde mi misma cámara por una comunicacion secreta á la torre.

—¡Ah! ¡por vuestra misma cámara! entonces la infanta está en la torre del Traidor.

—Sí.

—Pero esa torre está deshabitada, y se cuentan de ella cosas espantosas.

—Patrañas.

—No por cierto: dicen que en ella se ahorcó un clérigo á quien el rey D. Ramiro, vuestro padre, habia encerrado en ella por ciertos delitos, y que desde su muerte su hombre vaga en la torre, y se oyen gemidos y ruido de cadenas y cosas espantables.

—¡Cuentos! ¡cuentos! dijo el rey.

—¡Qué! ¿no creeis en las almas en pena, señor?

—Y tanto como creo: soy cristiano, y no dudo de la justicia de Dios. Pero yo sé á qué atenerme respecto á la torre del Traidor. Yo sé que mi hermano D. Ordoño la habia destinado á los reprobados usos de la alquimia, y para que nadie pudiese observarle, hizo correr la voz del fantasma y referir el cuento del clérigo, y aun hizo que un astrólogo judío, que le acompañaba en sus hechicerias, gimiese y diese gritos y arrastrase cadenas... Lo sé por el mismo judio, que tuvo la audacia de proponerme el descubrimiento de la piedra filosofal, y á quien hice ahorcar *ipso facto*. Pero antes me habia dicho...

—¡Qué, señor!

—Pues... me habia dicho, que para que el misterio fuese mayor, podia entrarse en la torre no solo por el interior, sino por fuera de los muros por cierta puerta secreta. Ahora bien, por esa secreta puerta exterior, tú desde mañana introducirás la vianda de la prisionera, y yo, que estaré esperándote, se la serviré: doña Sancha no tiene necesidad de ver á nadie más que á mí, y todo se reduce á que tú, á las horas que te diré, esto es, por la mañana, al mediodia y al principio de la noche, entres por la puerta secreta con la comida: en esto no hay peligro, ni necesitas faltar á tus buenas monjas, y te haces merecedor á la recompensa que pienso darte.

Ocurriósele un pensamiento diabólico para el rey á Pero Sanchez, y este pensamiento le decidió á doblegarse en la apariencia á la voluntad del rey.

Más adelante tendremos ocasion de conocer los proyectos de Pero Sanchez, viéndolos realizados.

—Siendo así, señor, dijo, que ningun peligro corro y que puedo servir á vuestra merced, soy contento de serviros.

—No esperaba yo ménos de tí, dijo don Sancho, y como será preciso que conozcas el sitio por donde has de entrar y salir en la torre del Traidor, acaba de vestirte y vente conmigo.

Vistióse el arcipreste suspirando, pues el rey le quitaba dos buenas horas de sueño, y poco despues salia de su casa con el enamorado monarca, que llegó á la puerta del huerto, la abrió con llave, salieron, tornó á cerrar el rey, y habló algunas palabras con un hombre que le esperába fuera. Aquel hombre partió á buen paso, y el rey y el arcipreste le siguieron en paso lento. Cuando llegaron á una puerta cercana de la ciudad, que el hombre que les precedia habia hecho abrir, rey y arcipreste salieron al campo, y la puerta tornó de nuevo á cerrarse, quedando el hombre que les habia precedido hasta allí, en espera.

Algun tiempo despues oyóse llamar á la puerta, que se abrió, y el rey y el arcipreste entraron de nuevo en la ciudad.

—Ya sabes lo que debes saber, dijo el rey á Pero Sanchez, abriendo con la llave que poseia el postigo del muro del convento. Ahora toma: hé aquí una bolsa llena de oro: compra los mejores manjares que encuentres en el mercado y hazlos condimentar en la mejor hostería de la ciudad... ya sabes: mañana por la mañana te espero con el almuerzo de la infanta.

Y dicho esto, el rey dió las buenas noches al arcipreste, le empujó dentro del huerto, y cerró el postigo. Pero Sanchez permaneció arrimado á él mientras sonaron los pasos del rey que se alejaba; cuando se hubieron perdido en el silencio, el arcipreste se encaminó hácia la abadía murmurando:

—Pues no, no; yo no debo ser cómplice de esto: ya en otra ocasion me metí en ello, deslumbrado por las promesas del rey, que nada me ha dado, y he pasado mil peligros, sustos y congojas: está visto que Dios protege á la infanta, y una señal de la proteccion hácia ella es que el rey haya pensado en valerse de mí, cuando estoy arrepentido de mi tercería. Pero á bien que aunque yo sea débil, la reina doña Teresa es fuerte: doña Teresa no puede consentir en que el rey deshonre á su hermana, por más que le aborrezca á causa de sus amores con el conde de Castilla. Doña Teresa me sacará de este apuro, pero es preciso avisarla al momento. Pues bien, la avisaré.

Y sin dudar un punto el arcipreste llegó á la verja del claustro que daba al huerto, y tiró fuertemente de la cadena de una campana. Poco despues acudió sobresaltada una monja, y despues de haber cambiado algunas palabras con Pero Sanchez, abrió la verja.

Poco despues monja y arcipreste se perdieron á lo largo de la galería.

CAPITULO IX.

En que se demuestra que nada puede el hombre contra los decretos de la Providencia.

Era el oscurecer del dia siguiente.

En un salon lóbrego, iluminado apenas con la luz dudosa del crepúsculo que penetraba por algunas estrechas y profundas saeteras, se paseaba doña Sancha de Navarra con ese desaliento que se nota en todos los prisioneros.

Estaba vestida de blanco, y su esbelta figura á la media oscuridad de la cámara tenia mucho de fantástica: quien la hubiese visto allí, preocupado por las consejas que se contaban de la Torre del Traidor, la hubiera creido una aparicion.

Conocíase en el movimiento nervioso con que de tiempo en tiempo se volvia al más ligero ruido producido por un accidente natural, ya por el viento que zumbaba contra las saeteras, ya por el roce de su mismo vestido, hácia la puerta de la cámara, que un cuidado, un temor intenso la ocupaban.

Y no era en vano su temor: ya en otra ocasion se habia visto á punto de ser deshonrada por don Sancho; una casualidad la habia arrancado de entre sus manos, y no era de esperar que otra casualidad viniese á salvarla de nuevo. Doña Sancha media todas las consecuencias de una violencia á su honor: era su sentencia de muerte, porque ella, nieta, hija y hermana de rey, no podia sobrevivir á su deshonra. Y no era la muerte lo que la espantaba, no; doña Sancha poseia esa fuerza de espíritu que nos hace superiores á todos los sufrimientos, á todas las desgracias; pero su valor la abandonaba al recuerdo de Fernan-Gonzalez que vivia intenso, eterno, voraz, en su alma; acaso las dificultades con que habia tenido que luchar desde su principio aquel amor, le habian llevado al extremo en que se encontraba; acaso si nadie se hubiera opuesto á él, doña Sancha no hubiera amado tanto al conde de Castilla, y tal vez al conocer la historia de los turbulentos amores de su juventud hubiera renunciado á ser su esposa; pero las almas enérgicas se irritan con las resistencias, se obstinan con las dificultades, y doña Sancha habia llegado á apasionarse de una manera decisiva de Fernan-Gonzalez.

Por esto temia la muerte; morir era perderle; y como la deshonra era para ella la muerte, el verse abandonada é indefensa en poder del rey don Sancho la aterraba, y en cualquier rumor casual la parecia sentir los pasos del enamorado mancebo que se acercaba.

Hubo un momento en que doña Sancha no pudo dudar: resonaban verdaderamente pasos cerca de ella; pasos dobles y sostenidos como de dos personas, y que parecian resonar

no por la parte de la puerta de la cámara, sino á través de los muros. Doña Sancha no supo á qué atribuir aquella circunstancia, pero aquel rumor misterioso la aterró más y más: al fin el sordo rumor de aquellos recatados pasos cesó y no se abrió la puerta. Al fin poco despues resonaron tras ella pisadas decididas, brilló luz por las junturas de la puerta, abrióse esta, y entró en la cámara el rey don Sancho con una cesta debajo del brazo, y una bujía encendida en la mano.

—Dios os dé muy buenas noches, mi amada tia, mi hermosa ingrata, dijo el rey acercándose á la mesa y preparando sobre ella la cena, como pudiera haberlo hecho una camarera: decidme, mi cruel y terrible doña Sancha, ¿no os conmueve el ver á un rey empleado por vuestro amor en tan bajos oficios?

—Me causan indignacion vuestras bajezas.

—¡Bajezas! Pues mirad, yo creia que lo que estoy haciendo por vos son altezas, y altezas muy altas.

—Sí, sí, es verdaderamente heróico el perseguir á una dama de vuestra familia, como vos la perseguís, el sentenciarla á lo que la habeis sentenciado, el ofender su pudor, su virtud, su orgullo con pretensiones absurdas é imposibles: sí, son hazañas que si vuestro cronista las escribe asombrarán á la posteridad.

—¿Y quién tiene la culpa de que yo haya recurrido á estos medios?

—Vuestra locura.

—Y si conoceis que estoy loco, ¿por qué me culpais?

—Porque no habeis sabido ser cuerdo á tiempo.

—En fin, señora, ¿no cenais?

—No.

—¿Pretendeis, pues, dejaros morir?

—Sí, morir cien veces antes que esponerme á comer alimentos preparados tal vez para aletargarme.

—¡Oh! no tengais miedo: escuchad: no siempre habrá fantasmas que vengan á salvaros.

La infanta se extremeció.

—Además, por mucho que griteis, importa poco; porque habeis de saber que estais encerrada en la torre del Traidor de mi castillo real de Leon.

—¡En la torre del Traidor!

—¿Conoceis por ventura lo que se cuenta de esta torre?

—No, pero su nombre...

—Es un nombre antiquísimo que nada tiene que ver con nuestro asunto. Lo que sí es importante que sepais, para que perdais toda esperanza de evadiros á mi amor, es que por más que griteis nadie vendrá á socorreros, porque todo el mundo creerá que quien grita es un alma en pena.

—¡Un alma en pena!

—Sí por cierto; en esta misma cámara se ahorcó hace veinte años un clérigo, á quien tenia preso por graves delitos mi padre el rey don Ramiro: y mirad, de esa viga está pendiente aun parte de la cuerda con que aquel pobre demonio se ahorcó. Desde entonces la torre está deshabitada y se cree que vaga en ella el alma en pena del clérigo. Podeis, pues, gritar todo cuanto querais: en vez de acercarse á nosotros las gentes huirán creyendo vuestros gritos los de un alma condenada... y yo seré feliz... como que cuando

ya no tenga remedio, vos lo pensareis mejor y comprendereis que es preferible ocupar en mi tálamo y mi trono el lugar de la horrible doña Geloira, á quien repudiaré, que mataros ó moriros de rabia... eso sería un disparate, porque...

Interrumpió al rey un áspero rechinamiento que resonó á sus espaldas, y al volver los ojos el rey y doña Sancha se extremecieron: dos sombras altas y negras habian aparecido por una abertura del muro; la infanta creyó que aquella era una estratagema del rey para aterrarla; el rey, que el poder misterioso que parecia protejer á doña Sancha se mezclaba de nuevo en sus asuntos.

Poco duró la perplejidad de los dos personages; echáronse atrás los mantos en que venian envueltas las dos sombras, y dejaron ver el grave y pálido semblante de la viuda del rey don Sancho Abarca y el feísimo rostro de la reina de Leon doña Geloira.

El rey se aterró al verse cogido en aquel lance por su esposa, hasta el punto de desear que la tierra le tragase; y doña Sancha, lanzando un grito de alegria, se arrojó en los brazos de su hermana la reina doña Teresa.

—¡Oh! al fin me he salvado, doña Sancha, dijo con voz ronca doña Geloira: no puede ni podrá decir lo mismo ese traidor, ese infame (y adelantaba hácia el rey, que retrocedia instintivamente como por resultado de una causa física): ¡con que es decir que quereis repudiarme y casaros con la infanta vuestra tia!... pero sois desgraciado, don Sancho: habeis acordado tarde á recobrar vuestra hermosura... la infanta está enamorada...

—Y aunque no lo estuviera, señora, dijo con altivez doña Sancha, aunque amase á vuestro esposo, me encerraria en un convento antes que robároslo... ¿Qué sería de vos si el rey os repudiase?

Habia sarcasmo en el acento de doña Sancha, como antes habia un ódio mal encubierto en las palabras que la habia dirigido doña Geloira.

La reina doña Teresa terció entonces en la conversacion.

—Lo que está aconteciendo de algun tiempo á esta parte, dijo, es escandaloso: vos mi hijo, os atreveis á la honra de vuestra tia, ofendeis á vuestra esposa, y os olvidais de los sagrados deberes que estais como rey obligado á cumplir sobre la tierra. Vos mi hermana, habeis olvidado que el conde de Castilla fué el matador de vuestro padre, y le amais. Esto es necesario que concluya.

—Pero en todo caso, dijo el rey rehaciéndose, yo estoy en mi derecho.

—¿Y en qué estais en vuestro derecho, don Sancho? exclamó doña Geloira.

—En repudiaros, señora.

—¡En repudiarme!

—Sí por cierto, puesto que no me habeis dado hijos.

—Vos teneis la culpa, exclamó sulfurada la reina esposa.

—Sí, ciertamente, puesto que consentí casarme con una mujer tan fea como vos.

—No estábais vos mucho más hermoso.

—Yo...

—Sí... vos pareciais una odre.

—Señora...

—Os llamaban don Sancho el Gordo.

—Pero en fin...

—Despues debieron llamaros don Sancho el pellejudo.

—Y ahora que deben llamarme don Sancho el hermoso, no seré vuestro, ni me uniré á vos, ni pasaré los dinteles de vuestra cámara, como no pasaria los del infierno, y os repudiaré mal que os pese.

—Concluyamos, dijo con dignidad la reina viuda: esto es vergonzoso. Vos, don Sancho, podeis hacer lo que mejor os cuadre, puesto que teneis sobre vuestra esposa la doble potestad de rey y marido; pero en cuanto á vuestra tia la infanta doña Sancha de Navarra, es necesario que comprendais que si habeis podido apoderaros una vez de ella por traicion, al fin la protejo yo, que soy vuestra madre: entendedlo esto bien: guardad para vuestro alcázar las reyertas con vuestra esposa, y en cuanto á doña Sancha, sabed que en este momento parto con ella, resguardada por los hombres de armas de mi señorío, y me encamino á Navarra, donde la pondré bajo el amparo de nuestro hermano el rey don Garci Sanchez.

—Juro al traidor que me ha vendido que sus orejas han de servir de pasto á los gorriones clavadas en la almena más alta de la torre del Traidor.

—Os anuncio que tendreis que renunciar tambien á vuestra venganza sobre el arcipreste, porque me le llevo conmigo á Pamplona.

—¡Madre! ¡madre! cuidad no volvais á encender de nuevo la guerra entre Leon y Navarra.

—Acordaos, hijo mio, del azor y del caballo que comprásteis á Fernan-Gonzalez, y cuidad no se os vaya de entre las manos el condado de Castilla. En todo caso atribuid las desgracias que puedan aconteceros á vuestros excesos. Ven, hermana mia, ven: no debemos permanecer aquí ni un punto más.

Y asiendo de una mano á doña Sancha, desapareció por la abertura del muro, que se cerró tras ella.

El rey permaneció un momento inmóvil, y luego, cerrando los puños y enseñándoselos á doña Geloira, exclamó:

—¡Horrible mujer! nada esperes de mí más que ódio.

—Ni tú esperes de mí, rey miserable, más que venganza.

Y doña Geloira se precipitó tras don Sancho, que fuera de sí habia salido de la cámara.

Aquella misma noche la reina doña Teresa y la infanta doña Sancha salieron de Leon con direccion á Navarra, escoltadas por cien hombres de armas y doscientos ballesteros, entre los cuales, conducido en una litera y creyendo terminadas sus miserias, marchaba el arcipreste Pero Sanchez.

CAPITULO X.

Las pesquisas de Kaid.—La desesperacion del conde.—Otros acontecimientos notables.

Fernan Gonzalez, despues de haber sido libertado de su cautividad por Kaid, se trasladó á sus estados, llevando consigo al generoso jóven que habia espuesto su vida por salvarle.

No viene á nuestro propósito entretenernos en describir la alegría, las fiestas, las demostraciones de los buenos castellanos, y sobre todo de los burgaleses, al volver á ver bueno y sano entre ellos á su señor. Describir uno por uno aquellos festejos sería asunto para llenar un volúmen. Pasamos, pues, por alto regocijos y danzas, justas y torneos, y proseguimos con lo esencial de nuestro cuento.

Por algun tiempo los médicos hebreos del conde creyeron mortales las heridas del jóven egipcio, á quien el noble y agradecido Fernan-Gonzalez habia mandado poner en su palacio en una cámara contigua á la suya: mientras Kaid estaba entre la vida y la muerte, el conde habia tenido lugar de informarse cómo el jóven se habia presentado al con-

cejo, habia mostrado la espada del conde, y se habia hecho dar por el testimonio de aquella prenda los doscientos arqueros con los cuales le habia salvado de su cautividad.

El noble conde juró en sus adentros por su honor y su corona recompensar á Kaid de tal modo, que hubieran de tenerle envidia sus vasallos, en el caso de que escapara de la muerte: mandó reservadamente al obispo de Burgos que hiciese rogativas al cielo por su libertador, y por asegurarse más ofreció una corona de oro macizo con piedras balajes á nuestra Señora de la Antigua si sacaba sano y salvo del peligro al egipcio.

Fuese que la Vírgen escuchase los votos del conde, fuese que la herida de Kaid no fuese mortal, á los quince dias de su llegada á Burgos, el jóven pudo dejar el lecho y dar algunos paseos por los jardines de palacio.

Un dia el conde se hizo encontradizo con Kaid en los jardines. Estaban solos, y el conde le asió familiarmente y le dió su brazo.

—Y bien, ¿cómo os sentís, mi valiente libertador? le dijo.

—Me siento impaciente, señor, contestó Kaid.

—¿Impaciente? ¿y por qué?

—Aun me queda una hermosa é ilustre persona que salvar de un cautiverio en que está en peligro.

—¿Una persona ilustre que está en peligro? dijo el conde con sorpresa.

—Sí por cierto, señor, y una persona á quien vos amais en demasía.

—¿Y qué persona es esa?

—Esa persona, contestó Kaid posando una mirada profundamente observadora en el conde, es la infanta doña Sancha de Navarra.

El conde palideció.

—¿Y decís que la infanta está cautiva?

—Sí.

—¿En poder de quién?

—En poder de un bandido formidable.

—¿Y le conoceis vos?

Kaid contó al conde todo lo que sabia acerca del paradero de doña Sancha.

—¡Oh! ¡y cómo librarla! exclamó el conde.

—Yo la libraré, dijo con entusiasmo Kaid.

—Pedidme entonces la mitad de mi corona.

—Tal vez os pida algo más, señor, dijo Kaid.

—Vuestro será, os lo juro, dijo el conde.

—¿Os acordais, señor, dijo el egipcio, de un dia en que llevábais sobre vuestro caballo á doña Sancha?

—Sí, contestó el conde; el animal iba desbocado, marchaba hácia un abismo; de repente una jara lanzada desde la espesura, hirió al animal y le contuvo matándole. Quien disparó aquella jara libró mi vida y la de la infanta, mucho más preciosa que la mia.

—¿Y no habeis adivinado, señor, quién disparó aquella jara?

—¿Fuísteis vos?

—Antes de arrancar á la infanta del arzon de su caballo, arrojásteis vuestra espada, que llevábais desnuda... yo he presentado esa espada á vuestro concejo...

—¡Oh, sí, sí! ¡fuísteis vos!

—Yo fuí. ¿Y sabeis por qué os salvé?

—Lo ignoro.

—Porque necesitaba hacerme merecedor de una gracia vuestra.

—¿Y qué gracia es esa?

—Aun no ha llegado el tiempo de que os la pida, señor: ahora bien, y puesto que voy á partir...

—¡Que vais á partir!

—Sí, me siento fuerte: dadme los doscientos arqueros con que os salvé del poder de Ayelah, y os juro entregaros la infanta.

—¿Y cuándo pensais partir?...

—Mañana.

—Yo os acompañaré.

—Fuera imprudente, señor: el rey de Leon os aborrece; si por un azar caíais en sus manos...

—¿Y qué me importa?...

—Pensad en vuestros vasallos, señor...

—En todo caso mis vasallos me salvarán.

—Hay prisiones de las cuales no puede salvarse á nadie, y cuando esa prision es la tumba... dejadme... dejadme partir solo, señor... ya sé que sois valiente... ya sé que amais á la infanta; pero os juro que no necesito de vos para salvarla, y que os poneis acompañándome en uno de dos peligros: si llevais vuestro ejército, encontrareis la guerra tras las fronteras de Leon, y os esponeis á que el temor de quien guarda á la infanta la haga desaparecer: si entrais con poca gente, os esponeis á ser conocido, acome-

tido por fuerzas mayores que las vuestras, y preso: así, pues, iré yo solo: haced que vuestros arqueros se vistan á la manera de los monteros leoneses, y yo os respondo de la libertad de la infanta.

Pareciéronle de peso al conde las razones de Kaid, convino con él en darle lo que le pedia, y Kaid continuó:

—Como podrá suceder que no nos veamos en mucho tiempo, aunque yo liberte á la infanta; como podrá suceder que muera en la demanda, dadme una señal, señor, por la cual os obligueis á dar al que os la presente, ya sea yo, ya sea otra persona, lo que por la dicha señal yo ó esa persona os pidamos.

El conde se quitó del dedo del corazon de la mano derecha una rica sortija de oro en que estaba su sello, y la entregó á Kaid diciéndole:

—Os juro por mi palabra real dar á vos ó á quien me presente esta sortija, lo que por vos ó por quien la posea me fuese pedido.

—Y yo acepto vuestra sortija y vuestro juramento, dijo Kaid añadiendo para sí: Athais, la hermosa de mi alma, es mia.

Y como no tuviesen otra cosa importante de que tratar, el conde y el egipcio se volvieron al palacio.

. . . .

Tres dias despues, doscientos monteros perfectamente armados vagaban al rededor de la aldea de los pastores que habian acogido á Kaid y á Athais, y se ocultaban en los senderos de las selvas cercanas.

Un dia que Athais, pálida, triste y llorosa apacentaba sus ovejas en un pintoresco altozano, sentada á la sombra de un roble, sobrecogióla de repente el sonido de una corneta de caza: aquella corneta tocaba una balada egipcia: Athais creyó reconocer en aquel toque á Kaid, y se puso de pié trémula y conmovida: el sonido de la corneta se acercaba; al fin apareció por un sendero un hombre, y Athais lanzó un grito de alegría, vaciló sobre sí misma y se desmayó.

Cuando volvió en sí se encontró entre los brazos de Kaid, que la habia llevado junto á un arroyo y rociaba con agua su semblante: la mirada del jóven fija con un amor intenso en ella volvió el color á sus megillas y la sonrisa á sus labios.

—¡Ah, Juan! ¡Juan mio! dijo la jóven; ¿dónde has estado tanto tiempo?

—¿Por qué me llamas Juan? dijo Kaid.

—¿Acaso no eres cristiano? dijo Athais: ¿acaso no es necesario que olvidemos esos nombres que nos recuerdan la idolatria? ¡Oh! ¡amado mio! yo he rogado por tí incesantemente á la Vírgen, he llorado mucho, y al fin la Vírgen te me devuelve... no volverás á separarte de mi... no... otra ausencia, otra ansiedad tan cruel como la que he sufrido causaria mi muerte, y tú no querrás que tu María muera,

Extremeciose Kaid.

—¿Querer yo que tú mueras, ángel mio? exclamó el enamorado jóven: no, muera yo mil veces primero.

—Es que tu muerte causaria la mia, Juan.

—Pues bien, te juro que no moriré: no sé porqué, pero

tengo confianza en que un poder supremo me protege... y á pesar de que es preciso que arrostre aun algunos peligros, no los temo; la dulce Vírgen cuyo nombre llevas me protegerá.

—¡Que tienes que exponerte á nuevos peligros! ¿es decir que los has arrostrado durante tu ausencia?

—Sí, los he arrostrado para salvar á tu padre, que estaba prisionero en poder de nuestra tia Ayelah.

—¿Y le has salvado?

— Sí, y ahora vengo de Castilla.

—¿Y sabe mi padre que yo existo?

—Aun no; no he creido prudente revelárselo... pero dentro de poco se lo revelaré; escucha: ¿ves esta sortija?

—Sí... ¿y qué significa esta alhaja? tiene un escudo de armas, y en el escudo un castillo coronado.

—Este es el sello del conde Fernan-Gonzalez.

—¿Y te lo ha dado él?

—Sí.

—¿Y para qué?

—El conde de Castilla me ha empeñado su palabra de no negar nada á quien le presente esta sortija.

—¡Ah!

—Yo voy á partir.

—¡Que vas á partir! exclamó polideciendo Athais.

—He prometido á tu padre salvar de la cautividad infame y del peligro en que se halla á la infanta doña Sancha.

—¿Y vas á esponer tu vida por ella?

—El conde la ama.

—Pero si mueres...

—Habré muerto sirviendo á tu padre... escucha, María; si tardo más de un mes en esta nueva empresa, recurre al padre Athanasio: él sabe tu origen: muéstrale esta sortija que te dejo, y dile que necesitas presentarte al conde de Castilla: el padre Athanasio te procurará los medios de que puedas llegar hasta el conde... el conde te reconocerá, porque eres su semejanza perfecta... pero no basta que te reconozca por su hija en secreto; ha prometido no negar nada á quien le presente esta sortija... al presentársela pídele que te reconozca por su hija ante la faz de sus vasallos.

—¡Oh! ¡no! ¡no! para eso seria necesario que reconociese á mi madre...

—Pero tu madre...

—Mi madre vive... está conmigo...

—¡Que Alida está contigo!

—Sí; un dia apacentaba yo mi ganado en la cercana rivera; estaba sentada junto al agua, triste y apenada pensando en tí: de repente mi mastin Leal, que estaba tendido á mis piés, se levanta, gruñe y parte con el morro erizado: yo creia que se trataba de un lobo y me aterré. Leal habia desaparecido tras un seto, donde yo habia dejado mi zurron con las viandas: apenas habia desaparecido Leal, cuando oí gritos desgarradores de mujer; comprendí lo que podia ser aquello: alguna desdichada hambrienta que habia querido robarme mi provision: me lancé al seto, y llegué á tiempo de contener á Leal, que se habia arrojado sobre una mujer miserable, cubierta de harapos: el terror habia hecho que la infeliz se desmayase. Yo la socorrí: cuando volvió en sí, las primeras palabras que pronunció fueron:

—¡Tengo hambre! ¡mucha hambre! y ese ¡horrible perra ha querido devorarme!

Luego despues de haber posado en mí sus miradas por algun tiempo, palideció, se extremeció y lanzó gritos terribles.

—¡Fernan! ¡Fernan! exclamó tendiendo hácia mí sus brazos descarnados: ¡en todas partes te veo! ¡á todas partes me sigues! ¡tú eres Fernan-Gonzalez, y has tomado la forma de una pastorcita para atormentarme!

Luego, despues de haber reflexionado algun tiempo, y de haberme contemplado de una manera avara, exclamó lanzándose hácia mí:

—¡Tú eres, tú! ¡sí! ¡eres mi hija! ¡mi hija! ¡mi hija!

Y al pronunciar estas palabras, sus brazos dejaron de oprimirme, vaciló y cayó otra vez desmayada.

—¡Dios mio! ¿y estás segura que esa mujer es Alida?

—Sí, sí, dijo Athais: es mi madre, mi pobre madre: cuando volvió en sí á fuerza de mis socorros, noté que la vaga expresion de sus ojos habia desaparecido, que brillaba en ellos la razon, porque antes aquella mujer parecia loca: me miró de nuevo, sus ojos se humedecieron, y al fin exhalaron un torrente de lágrimas.

—¿Quién eres tú, me dijo, que tanto te pareces á él? ¿eres acaso hija del conde de Castilla?

—Yo no supe qué contestar.

—Tú no puedes ser mi Athais; no; no crece tanto una criatura en un dia: Wamdihavé, mi hermano, el cruel Wamdihavé me ha arrebatado á mi hija... me ha encerrado... y estoy en libertad y cubierta de andrajos y vieja...

La infeliz se miraba en un pequeño lago formado por el arroyo en la pradera.

Cuando yo la encontré estaba indudablemente loca; mi vista la habia vuelto á la razon. Yo la pregunté su nombre.

—Me llamo Alida, me contestó.

—¿Sois egipcia? añadí.

—Sí, egipcia de la tribu de Andabaruk.

—¿Decís que vuestro hermano se llamaba Wamdihavé? ¿sabeis cómo se llamaba vuestro padre?

—Sí, mi padre se llamaba Kaleb.

—¡Oh! sí, sí, dijo Kaid, es tu madre, tu madre, que perdió la razon al perderte, y la ha recobrado al encontrarte. Es natural que no se acuerde de nada de lo que la ha acontecido durante su locura.

—Solo se acuerda de sus amores con el conde de Castilla y de mi nacimiento: aun no comprende bien cómo puede ser el que aquella niña que vió un momento recien nacida en sus brazos, sea yo. Ayer me decia contemplándome con delicia:

—Yo debo haber estado durmiendo durante los diez y seis años de su existencia.

—¿Vive, pues, contigo tu madre? dijo Kaid.

—Sí, pero nadie sabe que lo es: la llevé conmigo á la aldea, y dije que era una infeliz que habia eneontrado moribunda de necesidad: todos quisieron partir conmigo lo que llamaban mi buena obra; pero yo me he negado: solamente el padre Athanasio sabe que Alida es mi madre: la hemos procurado ropas cómodas, y con la locura ha desaparecido su aspecto repugnante: está triste, muy triste, pero es jóven

aun, y con mis cuidados va renaciendo su hermosura... hermosura á que dan cierto encanto sus cabellos enteramente blancos. Pero tú la verás... ya se pone el sol y voy á recoger mi ganado.

—No, no, dijo Kaid; solo he venido á verte, á tranquilizarte: sabia que te encontraria por estos oteros, y necesitaba ponerme de acuerdo contigo.

—¿Y vas á partir de nuevo?

—Sí.

—¿Y cuándo te volveré á ver?

—Lo ignoro. Si tardo un mes...

—¡Oh! si tardas es que alguna desgracia...

—Sin que me acontezca desgracia alguna puede prolongarse mi ausencia: sin embargo, cuando transcurra un mes, pide al padre Athanasio que te lleve á Castilla, preséntate al conde y muéstrale esa sortija.

Y Kaid se levantó del rivazo donde se habia sentado.

—¿Con que es preciso? dijo Athais pálida de ansiedad.

—Preciso de todo punto.

—¿Pero corres un peligro cierto? exclamó anhelante la jóven.

—No, María, mi hermosa María, no; no tengo conmigo gente del conde que me auxilia, y espero volver muy pronto sano y salvo: adios, pues; el sol ha traspuesto enteramente y necesito ponerme en marcha; recoge tu hato, vuélvete á la aldea, y nada temas: adios.

—Adios, exclamó sollozando la jóven.

Kaid la contempló un momento, y despues, no teniendo

valor para prolongar la situacion, se puso en marcha rápidamente y se alejó sin volver el rostro atrás.

Athais le estuvo mirando inmóvil, consternada, muda, hasta que desapareció: luego guardó cuidadosamente la sortija del conde, recogió su ganado, y con los ojos llenos de lágrimas y el corazon oprimido, se volvió á la aldea.

Entre tanto Kaid llegó á una selva cercana, tocó su corneta, y á su sonido se reunieron á él los doscientos arqueros castellanos, que iban exactamente vestidos como los monteros libres de Leon: al frente de ellos, y con un trage enteramente igual, venia el capitan Manrique.

—Caballero, le dijo Kaid, estamos en marcha: mañana al amanecer hemos de tener cercada esa maldita peña de que os he hablado. Adelante, pues; para llegar á tiempo será necesario que andemos á buen paso.

—Ya lo oís, amigos, dijo Manrique; si quereis servir lealmente al conde, será necesario que os esforceis.

—¡Adelante, capitan, adelante! ¡viva el conde soberano! gritaron los arqueros.

—Pues bien, silencio y en marcha, dijo Kaid adelantando por un sendero, seguido de cerca por el capitan Manrique.

Sin detenerse un solo punto y por sendas, barrancos y vericuetos, anduvieron toda la noche: una hora antes del amanecer divisaron la peña del Penitente-rojo, llegaron al fin á ella, y Kaid emboscó su gente de modo que ni por la ermita ni por la caverna podia salir uno solo de los bandidos de Daruh sin caer en manos de los arqueros.

Kaid, que tenia sus motivos para espiar la casa de las

Palomas, se acercó á ella protegido por la oscuridad; al llegar al postigo del huerto parecióle que una sombra vagaba en sus alrededores, y sintió los pasos de un hombre, que se agazapó al fin entre unos matorrales á poca distancia del postigo.

—¿Estará ese hombre esperando á mi padre? dijo.

Esto demostraba que Kaid conocia las entradas y salidas de Wamdihavé en la casa de la hermosa viuda de Daruh.

—¡Oh! pues si es el traidor Zuanko, dijo el jóven, le prometo que ha errado la ocasion: por muy sagaz que sea, yo le juro que le he de ganar en sagacidad.

Kaid detuvo su pensamiento y armó precipitadamente una jara en su ballesta; la cerradura del postigo habia rechinado y habia salido un hombre.

—No, pues ese no es mi padre, dijo Kaid: paréceme más bien el conde castellano que le acompañaba. En efecto, el hombre que habia salido de la casa de las Palomas era el conde don Vela.

Aun no habia empezado á esclarecer el dia, y era fácil equivocarse, á no ser tan sagaz como Kaid; así es que el hombre que se habia agazapado poco antes entre la maleza siguió al conde don Vela tomándole sin duda por Wamdihavé.

El conde tomó el camino del bosque cercano, y Zuanko, que él era, le siguió. Inútil es decir que Kaid les siguió tambien.

Apenas se habian internado unos tras otros en el bosque, cuando el conde don Vela se detuvo. Zuanko adelantó hácia él, y Kaid, dando un rodeo y deslizándose de árbol

en árbol, de una manera silenciosa logró llegar á punto desde donde podia ser testigo de todo lo que aconteciese entre el conde don Vela y Zuanko.

Empezaba á rayar el dia y á detallarse confusamente los objetos. Zuanko adelantó, y se puso frente á frente del conde, que estaba vestido con un trage egipcio y cubierto el rostro con un pequeño manto enque aparecia embozado: solo la perspicacia de Kaid, mejor dicho, su instinto, habia podido conocer que aquel hombre no era Wamdihavé.

—Al fin nos encontraremos en un lugar en donde nadie puede socorrerte, asesino, dijo Zuanko lanzándose con la espada desnuda sobre don Vela.

El conde retrocedió, desnudó la suya, y dijo:

—Cabalmente nos encontramos en el mismo caso; yo pudiera decirte que gracias al diablo te tengo en mi poder.

Zuanko retrocedió asombrado.

—¿Tú no eres Wamdihavé? dijo.

—Cierto que no: yo soy su amigo el conde don Vela, el que te prendió hace algun tiempo en el mismo momento en que acababas de dar un golpe traidor por la espalda á Wamdihavé.

—¡Ah! ¡eres tú! ¡tú el cristiano miserable que te atreviste á entrometerte en nuestros asuntos!... pues bien, me alegro de encontrarte... yo pensaba haber sorprendido á Wamdihavé, á quien ama esa miserable cristiana que me engaña.

—¡Que te engaña! ¡bah! ¿y qué querias que hiciera la hermosa Teresa? ella te necesitaba para que la libraras del infame Daruh... la has librado... la has entregado creyéndo-

te amado de ella inmensos tesoros, y ha llegado la hora de que tú, que eres otro estorbo, caigas tambien. Teresa y Wamdihavé sabian que era necesario recelar de tí, porque tú habias recelado de ella: tú espiaste y supiste que Wamdihavé entraba á la media noche por el postigo y salia al amanecer... yo, que te espiaba tambien, sé que hace tres dias esperas á la salida del postigo. Wamdihavé no ha salido durante esos tres dias, y has esperado en vano: al fin, como era preciso concluir yo he vestido las ropas de mi amigo Wamdihavé, he salido, te has engañado, porque nada hay que ciegue tanto como el ódio, y me has seguido: has caido en el lazo. Ahora bien, esfuérzate cuanto puedas, porque yo tengo demostrado que soy fuerte y valiente, y si no me matas mueres.

—¡Morirás! ¡morirás! dijo Zuanko ferozmente; pero no será ciertamente á mis manos; ya ha amanecido y mis gentes vendrán en mi auxilio.

—¡Ah! ¡tienes miedo!

—¡Miedo yo! no por cierto, sino que como no me satisfacia una venganza vulgar, contestó Zuanko, contra esa miserable que me ha burlado, queria llevar mi venganza á un extremo cruel; mi gente, mis buenos bandidos habrán salido de su caverna antes del amanecer, y estarán emboscados por este sitio.

—Pues es lástima que se hayan emboscado por aquí, dijo don Vela con una calma irónica, mientras Wamdihavé y Teresa se les escapan por allá.

—Esa es una estratagema tuya para escapar del peligro en que te encuentras, dijo con un gozo feroz Zuanko.

—¡Oh! ¡oh! por pronto que acuda tu gente, siempre tendré tiempo para enviarte al infierno, dijo don Vela, y avanzó hácia Zuanko, que retrocedió rápidamente, y llevando una corneta de caza á sus labios, la tañó por tres veces.

—¡Ah miserable! exclamó el conde lanzándose de nuevo sobre el egipcio; no sucumbiré sin haberte antes estermi-nado.

Zuanko recibió el ataque de don Vela y le contestó: trabóse un combate reñido espada contra espada: los dos combatientes eran diestros y no alcanzaban respectivamente ninguna ventaja: Zuanko, mientras se defendia con una serenidad y una destreza sumas, tañía con fuerza desesperada su corneta.

—¡Oh! me han vendido, exclamó al fin, imprudentemente.

—¡Ah! ¡que te han vendido! dijo el conde retirándose repentinamente de su ataque: tienes razon: ninguna corneta ha contestado á la tuya, nadie parece: éres verdaderamente desgraciado, Zuanko, todo te sale mal.

Zuanko se lanzó de nuevo furioso contra el conde.

—Yo solo basto para castigarte, dijo: es verdad que yo queria que mi venganza fuese más terrible, queria prolongar tu agonía porque te aborrezco, conde.

—Pues yo me contento con matarte, dijo don Vela aprovechando el furor del egipcio que le hacia descomponerse, y te mato... toma.

Y tendiéndose en una estocada inevitable, atravesó de parte á parte á Zuanko, que vaciló un momento, y al fin cayó rugiendo de rabia.



Trabose un combate reñido, espada contra espada.




—¡Ah! ¡ah! ¡asesino!... hé aquí que al fin nos vemos libres de tí: el diablo se ha cansado de protegerte y no escaparás de esta, como escapaste, no sé cómo, del dogal... y me has cansado, sí, vive Dios, y esto debe llenarte de orgullo; eras valiente, y es lástima que no hayas sido más caballero. Ahora, y como te quedan algunos momentos de vida, escucha: quiero que mueras de la manera más grata posible, y voy á darte noticias de la mujer que amas.

Y con una sangre fria que horrorizó á Kaid, don Vela se sentó en una piedra junto á Zuanko, que se revolvia en su sangre, y solo podia lanzar sonidos inarticulados, porque la espada del conde le habia atravesado la garganta.

—Sí, voy á darte noticias de la mujer que amas, continuó don Vela limpiando su espada con su manto: todo lo que se refiera á Teresa debe interesarte; pero tranquilízate: te puedo asegurar que Teresa es muy feliz: ama á Wamdihave, y Wamdihavé, que dentro de poco se nombrará de una manera cristiana y se casará con ella, la adora: tu hermano y tú habeis contribuido á esa felicidad; tu hermano entregando la infanta doña Sancha al rey don Sancho, consiguió estados, honores y dignidades del dicho enamoradísimo rey; pero para entrar en posesion de esos estados era preciso que pagase á don Sancho cierta crecida suma: cuando hizo testamento dejando á Teresa por su heredera absoluta, te encargó que pagases los tales dineros, y tú, que creías en el amor de Teresa, no solo los pagaste, sino que la entregaste tesoros y alhajas que en este momento, bien resguardados, caminan hácia Leon. Resulta de esto que doña Teresa, noble, rica, poderosa, se casará con Wam-

dihavé, á quien el rey de Leon debe mucho, para que no olvide su orígen egipcio, le encubra y le admita en su corte: Wamdihavé pasará por un extrangero. Muertos tu hermano y tú, no tienen enemigos. El feliz matrimonio gozará de su amor, y tú debes morir contento por la felicidad que les has procurado.

Zuanko al escuchar estas palabras hizo un poderoso pero inútil esfuerzo; rugió de rabia, se agitó en horribles convulsiones, y espiró.

—Hé aqui por esta parte hemos concluido, dijo don Vela mirando friamente el cadáver :¡ vamos á procurar concluir por la otra.

Y se aventuró por un sendero inmediato dejando abandonado el cadáver de Zuanko.

En el momento en que desapareció el conde apareció Kaid: estaba pálido, irritado: miró por un momento el cadáver, y luego exclamó:

—¿Con que es decir que mis esfuerzos han sido inútiles? ¿que estoy como al principio, empeñado en nuevas dificultades? ¿con que tu hermano Daruh, el miserable ladron, el asesino, ha entregado al rey don Sancho la infanta vendiéndola á un precio vil? pues bien, aunque don Sancho la haya escondido en las entrañas de la tierra, yo sabré encontrarla: ahora sigamos á ese conde maldito... dijo que necesitaba concluir por otro lado... veamos... estoy seguro de encontrar su rastro... no se me extraviará.

Y tomó á buen paso por el sendero que habia seguido el conde, y le recorrió durante una hora.

De repente sintió pasos en la espesura, y se ocultó.

Poco despues apareció el conde llevando una mujer de la mano. Aquella mujer era Ayelah.

—¿Adónde me llevas, conde? dijo la jóven deteniéndose.

—A casa de la esposa de tu hermano, dijo don Vela; acaban de partir á Leon, y en su ausencia yo quedo por dueño: allí estarás mejor que en la cueva donde has vivido hasta ahora, allí podrás meditar que tu amor por el conde es una verdadera locura: aunque tu sobrino Kaid, segun me has contado, no hubiera salvado de tu poder al conde, el conde te hubiera despreciado siempre.

—¿Y crees que porque el conde me desprecie he de amarte yo? contestó con desden Ayelah.

—Es el mejor partido que puedes tomar.

—No; me queda otro mejor.

—¿Cuál?

—Vengarme de Fernan-Gonzalez.

—¡Vengarte del conde de Castilla! Sin embargo le has tenido en tu poder, te ha despreciado, y te ha faltado valor para matarle.

—Siempre me faltaria... pero si no me vengo en él, me vengaré en doña Sancha.

—Tambien eso es imposible.

—No, no tan imposible como crees: doña Sancha está en poder del rey de Leon.

—Te engañas, Ayelah; doña Sancha partió ayer para Navarra, donde la lleva, para entregarla á su hermano el rey don Garci-Sanchez, la reina doña Teresa.

—¡Ah! exclamó con desesperacion Ayelah.

—Si el rey don Sancho estuviese apoderado de la infan-

ta, una violencia del rey te vengaria; pero Dios lo ha dispuesto de otro modo.

—Iré á Navarra.

—En primer lugar, yo no te dejaré que vayas: en segundo lugar, que aunque te me escapases te faltan medios: has perdido tu gente... eres pobre... vamos, Ayelah, créeme... yo te adoro... el amor que sientes por el conde de Castilla solo es un empeño... desiste de él... y vamos, estoy seguro de que me amarás.

Kaid no quiso escuchar más: sabia que la infanta estaba camino de Navarra, y concibió un atrevido proyecto: habian salido el dia anterior; caminando bien, podia alcanzarla, puesto que la reina doña Teresa se detendria á pasar las noches en los pueblos de tránsito: así pues, Kaid dió un rodeo para salir de la espesura, y se encaminó á gran paso al lugar donde habia dejado emboscados frente á la salida de la caverna al capitan Manrique y parte de los arqueros.

Al llegar comprendió la razon de que nadie hubiese acudido á la llamada de Zuanko: todos los bandidos que moraban en la peña del Penitente-rojo habian sido presos en pequeños grupos al salir de la caverna por los arqueros del conde de Castilla.

Al ver aquella gente, robusta, feroz, bravía, que rugía de cólera atada á los árboles, Kaid pensó en aprovecharse de ella.

—Hemos errado el golpe por el momento, capitan, dijo Kaid á Manrique: no solo no está la infanta en el lugar que yo creía, sino que va camino de Navarra con su hermana la reina doña Teresa.

—¡Camino de Navarra! es decir, la ponen en manos de uno de los más irreconciliables enemigos de mi señor.

—No importa, noble Manrique; yo os juro que la arrancaré del poder del rey Garci-Sanchez.

—¡Vos!

—Yo.

—¿Y cómo?

—No lo sé aun, pero me lo dice el corazon. Escuchad: por mucho resguardo que lleve consigo la reina doña Teresa, ¿no creeis que los doscientos arqueros del conde y esos trescientos bandidos bastarán para robar á la infanta?

El castellano miró con asombro á Kaid.

—Lo que proyectais es muy aventurado, le dijo: el valerse de bandidos siempre es muy espuesto: es gente sin ley, sin fé, sin religion; yo por mi parte creo que lo mejor que podia hacerse con ellos era colgarlos de estos árboles.

—Os engañais; esta gente es dura, incansable, valiente, y sabiéndola manejar... creedme... nada se arriesga... dejadme que yo lleve á cabo mi plan. En él entra que en el momento partais vos mismo á Castilla.

—¡A Castilla! ¿y para qué?

—Para avisar al conde que yo prosigo en mi demanda, y que probablemente antes de que llegue la infanta á la frontera de Navarra estará en mi poder.

—Mirad bien lo que haceis en cuanto á valeros de esos bandidos... ¿no creeis que para arrebatar la infanta á la reina doña Teresa bastará con nuestros doscientos arqueros?

—No sabemos el resguardo que llevará la reina, y yo quiero dar el golpe sobre seguro; en todo caso, lo último

que puede suceder es que yo pierda la vida, y ya he estado muy cerca de la muerte en servicio del conde.

—Sí, sí, bien lo sé, y por lo mismo os aprecio más de lo que pensais.

—Demostradme, pues, vuestro aprecio.

—¿Qué quereis de mí?

—Que mandeis á los vuestros que me obedezcan ciegamente, y que partais al momento á Castilla á dar cuenta al conde de lo que sucede y de lo que voy á hacer.

—Sea como vos lo deseais, dijo Manrique; y volviéndose á los arqueros castellanos, añadió: voy á partir, amigos mios; en mi lugar queda mandándoos este caballero, y señaló á Kaid: ¿me jurais obedecerle como obedeceríais al conde soberano?

—¡Sí! ¡sí! ¡sí! gritaron los arqueros.

—Acompañadme cuatro de vosotros, y en marcha.

Salieron del grupo de los soldados cuatro de los que estaban más próximos al capitan.

—Ahora bien, amigo mio, dijo Manrique tendiendo la mano á Kaid y estrechándole la suya, quedad con Dios; que él y la Vírgen os ayuden.

—Esperad, esperad: me habia olvidado de deciros que será prudente que el conde de Castilla se acerque con su ejército á las fronteras de Navarra.

—Por supuesto.

—Pero será necesario que yo sepa por qué punto.

—La reina doña Teresa de seguro se encamina hácia las costas cántabras, donde para evitarse de atravesar Castilla para llegar á Navarra, se embarcará; el ejército del

conde se dirigirá, pues, á Santillana, y de esta manera estará próximo á la costa y á la frontera.

—Pues no hay tiempo que perder.

—Descuidad: el conde habrá llegado al lugar de su espera antes que la reina haya pasado las fronteras del reino de Leon y entrado en el de Asturias. Adios; sin embargo, no cometais ninguna imprudencia.

—Descuidad, y adios.

Manrique partió con los cuatro arqueros, y Kaid se dirigió á los que habian quedado con él.

—Soy vuestro capitan, les dijo.

—Sí, si señor, y os serviremos bien y lealmente, dijo contestando por todos un soldado viejó.

—Y vuestro juez, añadió Kaid volviéndose á los bandidos que estaban atados con las cuerdas de sus mismas ballestas á los árboles.

Ninguno contestó.

—Puedo, pues, ahorcaros, amigos mios, añadió Kaid.

Continuó el mismo silencio.

—Pero si en vez de ahorcaros quisiese tomaros á mi servicio, ¿me serviríais?

—Tanto nos dá serviros á vos como á otro, dijo uno de los bandidos: lo que nosotros queremos es un capitan valiente, y vos, aunque jóven, lo pareceis.

—Soltad á esa gente, dijo Kaid á los arqueros castellanos.

Los arqueros desataron á los bandidos, que estiraron sus brazos entumecidos, y se acercaron á Kaid.

—¿Qué ha sido de vuestras armas? dijo el jóven sin

mostrar temor alguno porque aquellos feroces bandidos se viesen de nuevo armados.

—Hemos sido sorprendidos á medida que saliamos de nuestra guarida, dijo el bandido que habia hablado antes, y se nos han recogido las ballestas, los venablos y los puñales.

—¿Esas armas, dónde están? dijo Kaid dirigiéndose á los arqueros.

—Amontonadas en una de las avenidas de la cueva, contestó un arquero.

—Id por vuestras armas y volved.

Los bandidos se dirigieron al lugar indicado por el arquero, y Kaid quedó paseándose en silencio y esperando su vuelta.

Fuese que el aspecto del jóven les impusiese, fuese que los arqueros castellanos los aterrasen, ó su aventurera inclinacion de variar de vida, todos los bandidos volvieron al poco espacio sin faltar uno.

—¿Por qué os habeis entregado al crímen? les dijo Kaid.

—No teníamos en qué ocuparnos, dijo el bandido que habia contestado las veces anteriores: cuando los años eran secos, ó no venia la peste ó la guerra, el rey don Sancho nos azotaba con tributos: moriamos de hambre... encontramos un hombre que nos prometió oro, y le servimos.

—Nada me agradezcais, dijo el jóven, porque yo no tenia intencion de salvaros: agradecedlo á Dios. Y bien ¿son esas las riquezas? dijo Kaid viendo acercarse algunos bandidos, que venian cargados con un cofre.

—Hé aqui lo que hemos encontrado en todo el subter-

ráneo, en la habitacion del capitan difunto: lo demas son muebles y armas que aunque ricos nos hubieran embarazado: pero esto es oro, y oro de buena ley, dijo uno de los bandidos.

—Apartad la quinta parte que me corresponde de derecho, y repartid lo demas entre esas pobres mujeres, los arqueros castellanos y vosotros.

Este último rasgo de generosidad fijó el concepto ventajoso que aquellas malas gentes habian formado de Kaid, y este comprendió que le servirian de buena voluntad hasta perder el pellejo.

Cuando estuvo hecho el reparto, Kaid, los arqueros y los bandidos partieron, dejando á las cautivas rescatadas, llenas de asombro, libres en medio de un campo y con oro.

Es fama tambien que muchas de aquellas infelices, no atreviéndose á volver deshonradas á sus familias, fundaron en aquellos sitios un monasterio.

Es fama tambien que la roca, andando el tiempo, volvió á ser caverna de bandidos; pero dice la crónica que como nadie conociese las entradas secretas del lugar donde se guardaba el tesoro del cual habia dejado en las arcas Zuanko una gran parte, el tesoro quedó allí perdido, y alli probablemente se halla. Es verdaderamente una lástima que la crónica que tal revela no haya revelado la verdadera posicion topográfica de la roca del Penitente-rojo.

CAPITULO XI.

De cómo salió Kaid con su empresa.

Harto agena la reina doña Teresa de que la seguia un pequeño ejército, y segura por otra parte de que el rey don Sancho no se atrevería á una nueva intentona contra la infanta, yendo ella misma en su guarda, caminaba despacio, y cómodamente á su paso, y al tercer dia de haber salido de Leon, entró al repique de las campanas, y recibida por el cura párroco, el alcalde del concejo y el alcaide del castillo, en la villa de Saldaña.

Aposentáronla con la infanta en una vieja casa que se llamaba palacio, por haber dormido en ella una noche la reina Adosinda, por una aventura tan andariega como las de doña Sancha, y una vez aposentadas, bailaron delante de la casa las mozas del pueblo, vaciáronse las despensas del abad y del cura para regalar á las ilustres huéspedas, y los milicianos del concejo con la bandera de tres puntas desplegada, dieron guardia de honor á sus mercedes, que cansadas de la caminata, se acostaron muy temprano, cada

cual en su aposento, sin cuidarse de los festejos y de las fogatas y de la algazara del buen popular, que seguia alborotado delante de la casa.

Entre los grupos de papanatas que miraban las paredes del susodicho palacio, ni más ni menos que si hubiera sido de cristal y hubieran podido por lo tanto dejar ver á las damas hospedadas, habia un montero jóven y hermoso, aunque de semblante algo tostado, á quien nadie conocia, y á quien sin embargo miraban con gran aficion las mozas más garridas del pueblo.

—Ese mozo, decia una rubia, alta de pecho y recia de caderas, debe sin duda ser de las gentes de sus mercedes; y si no, nadie le conoce: por lo menos, yo nunca le he visto: de seguro que á haberle visto me acordaria de él.

—Ciertamente, Juana, dijo una rolliza montañesa; como que tienes fama de que nunca te se olvidan los buenos mozos y que más bien son ellos los que te olvidan á tí.

—¡Miren quién habla, cuando ella está que no le ha vuelto aun el color de la cara desde que!...

—¿Desde qué?...

—Yo me entiendo... pues... y á Dios gracias, que de mí nadie tiene que decir nada.

—¿Pues qué dirán de mí?

—Y mucho que dirán.

—¿Y qué dirán?

—Vamos, paz, zagalas, paz, dijo un pastor mediando entre las dos irritadas doncellas; lo mejor es no soltar la lengua para que se puedan estar quietas las manos; y en cuanto á lo que ha dicho Juana, de que ese montero barbi-

lindo y hermoso que nadie conoce en la villa, debe ser de la servidumbre de sus mercedes, paréceme que tiene la jóven razon, porque ved allí que está en plática amigable con aquel señor gordo de la sotana que está á la puerta del palacio.

En efecto, el arcipreste Pero Sanchez, que era el gordo señor á quien se referia el de la villa, hablaba mano á mano con el montero, que no era otro que nuestro buen conocido Kaid.

—¿Conque decís, preguntaba el jóven al arcipreste, que la señora doña Teresa no me admitirá á su servicio?

—Lo que os digo, amigo mio, contestó Pero Sanchez con cierta gravedad afectada, es que su merced la reina mi señora no puede admitiros esta noche á su presencia.

—Pero mañana...

—Mañana muy temprano partiremos, y no es el amanecer la mejor hora de andarse con solicitudes. Por lo demas, si os adelantais á nuestra jornada, y llegáis antes que nosotros á la villa de Cervera, podreis hablarla, y no digo que no os admita, porque su merced la reina gusta de tener gente garrida y jóven en su servidumbre.

—¿Conque mañana vais á parar á Cervera?

—A no ser que Dios disponga otra cosa.

—Pues entonces, amigo mio, dijo Kaid, para Cervera me remito; y adios quedad, y que él ós dé muy buenas noches, que yo he menester descansar si he de levantarme á tiempo para adelantar á su merced la reina. ¿Y á qué hora saldrá?

—Al amanecer.

—Agradecido por todo, buen señor, y adios.

—Id con él, mancebo, y hasta mañana.

Tras estas palabras metióse dentro del llamado palacio el arcipreste. Kaid se aventuró en la plaza y luego en las oscuras calles, salióse de la villa por una puerta, burlando con su agilidad acostumbrada la vigilancia de los guardas y se perdió en el campo.

Pasó la noche, y al amanecer se abrió la puerta del palacio, salieron la reina y la infanta, entraron en una litera despues de haber recibido las felicitaciones de las personas notables de la poblacion, y seguidas de las literas de su servidumbre y de su resguardo, emprendieron su jornada.

Durante algun tiempo atravesaron un paisage eminentemente pintoresco por la ladera de una montaña, pero al revolver á un pequeño valle empezaron á internarse en un encinar espeso y lúgubre en que se perdia el camino.

A medida que avanzaban, la selva se iba haciendo más lóbrega, hasta el punto que doña Teresa se impresionó y doña Sancha no pudo reprimir la expresion de su disgusto.

—¡Ay, hermana, dijo, y qué lugar tan horrible!

—Pues yo no le encuentro tan malo, dijo dominando su preocupacion la reina: por el contrario, estas selvas con sus altísimas y copudas encinas me agradan: hay aquí no sé qué de magestuoso y grande.

—Sí, lo grande y lo magestuoso del horror, dijo la infanta.

—No necesitas tú de que la naturaleza se presente tétrica á tu vista, hermana; hace mucho tiempo, desde que olvi-

dándote de lo que debes á tí misma, como hija del rey don Sancho Aborca, amas á su asesino...

—El conde de Castilla, si tuvo la desgracia de matar á nuestro padre, le mató en defensa propia, hermana: bien lo sabes: tu ódio es inmotivado.

—Como lo es tu amor.

—Amo al soberano más noble y más valiente del mundo.

—Sea en buen hora; pero ese amor tendrá mal fin.

—Confio en que el conde será mi esposo.

—Antes te vea muerta que deshonrada con tal enlace.

—Pues mira, me dá el corazon que no ha de tardar mucho tiempo en acontecer mi matrimonio.

—Tu corazon se engaña.

—Lo veremos.

—Lo veremos.

Guardaron silencio por algun tiempo las dos hermanas.

—Dicen que el conde de Castilla está perdido, dijo la reina de repente.

—Pues yo, hermana, creo que está ganado.

—¿Ganado?

—Sí por cierto: no será mi feroz hermano el rey de Navarra, ni mi *noble tio* el rey de Leon, quien pierdan al conde.

—¡Oh! no me has entendido, Sancha; quiero decir que no se sabe dónde está el conde, si muerto ó vivo.

—Tampoco durante algun tiempo se ha sabido de mí, y al fin he parecido sana y salva.

—Eso ha sido un milagro que no sucederá con el conde.

—¿Qué quieres decir?

—¡Nada!

—Sí, sí; tu acento es lúgubre.

—¡Es este sitio tan triste!

—¿Acaso el conde?...

—¡Cuánto le amas, Sancha!

—¿Y no merece ser amado?

—¡Un hombre que ha enamorado á miserables egipcias!

—Era mancebo.

—¡Un vasallo rebelde!

—Mientes...

—El conde no merece otra cosa que la muerte.

—Luego si la merece, aun no ha muerto.

—No lo sé, pero te prometo darte noticias de él cuando seas de Dios.

—¡Yo!... ¡yo esposa de Dios... mientras él viva!

—¿Y si muriese?

—Si muriese, me quedaria en el mundo para vengarle.

—Quien no venga á su padre, no venga á su amante.

—¡Teresa!

—Concluyamos: está visto que no podemos entendernos: afortunadamente la fuerza y la razon están de mi parte... y en cuanto al conde, ya encontraremos medios.

—En buen hora; creo que tampoco han de faltarnos medios á nosotras.

—Lo veremos.

—Lo veremos.

—Por esta vez la reina y la infanta en vez de callar fueron interrumpidas de una manera formidable; voces de

¡á las armas! ¡á las armas! habian resonado en la vanguardia.

Atravesaban entonces lo más intrincado, sombrío y áspero de la selva.

—¿Qué es eso? exclamó la reina sacando la cabeza por el ventanillo de la litera.

—Es que estamos acometidos, cercados, dijo uno de los ginetes que se habian agrupado al rededor de la litera.

—¿Pero por quién? ¿quién nos cerca? exclamó irritada la reina.

—Sí, ¿quién nos cerca? repitió con doble irritacion la infanta.

—Bandidos ó demonios que parecen nacer del suelo, contestó. Y sin decir más, embistió con un grupo que avanzaba hácia la litera.

La reina y la infanta, valientes como pudieran haberse mostrado dos caballeros, animaban con sus voces á su gente.

Pero su valor fué inútil; muy pronto diezmados sus defensores, acorralados, agoviados por el número, se vieron obligados á estrecharse contra la litera, junto á la cual cayeron unos tras otros. Vencidos, en fin, enteramente, la reina y la infanta se vieron rodeadas de monteros, al frente de los cuales venia un hermoso mancebo.

La infanta al verle dió un grito: habia reconocido al egipcio que cuando estaba presa en el castillo de la Hechicera se habia dejado ver de ella, y la habia enviado noticias del conde por medio de sus venablos.

Era Kaid.

—Noble infanta doña Sancha de Navarra, dijo el jóven; sois mi prisionera.

—¿Y por qué no lo soy yo tambien? dijo la reina con estupor.

—A vos, señora, contestó Kaid, para nada os queremos en Castilla: así, pues, en el momento en que nos hayamos alejado con la infanta, quedareis en libertad de ir á Navarra ó de volveros á Leon.

La reina estaba muda de cólera; la infanta confusa.

—¡Ah! ¡ah! dijo á la sazon Pero Sanchez, á quien habian sacado de la litera: hé aquí el mancebo de anoche; buenos modos teneis, mozo, de pedir que os reciban por criado: ¡oh! ¡ah! ¡eh!

—¡Os envía el conde de Castilla! dijo con irritacion la reina.

—Permitidme que no os conteste, señora: la infanta va violentada á Navarra, y nosotros no hacemos más que rescatarla.

—De modo que yo me niego á seguiros... dijo toda trémula doña Sancha, que veía en aquella intentona la mano de Fernan-Gonzalez.

—Si os negais á seguirme, doña Sancha, dijo con acento respetuoso, pero firme, Kaid, me veré obligado á llevaros conmigo.

Y abrió la puerta de la litera.

—Basta: me robais, vos, quienquiera que seais, pero es inútil que querais poner en mí las manos; yo saldré.

—No sois vos la que debeis salir, señora, dijo Kaid, sino la reina, puesto que hemos de conduciros en esta litera.

—Esto producirá una guerra con Navarra y con Leon á Castilla, dijo la reina saliendo furiosa de la litera.

—Culpad en todo caso á vuestras violencias con doña Sancha, dijo Kaid cerrando la litera y poniéndose en marcha con ella.

La reina, Pero Sanchez, las damas, la servidumbre y algunos soldados leoneses que miraban asombrados esta escena, vieron desaparecer la litera en que era arrebatada por Kaid doña Sancha de Navarra.

CAPITULO XII.

Continúan los maravillosos acontecimientos de este libro.

Ha pasado un mes.

Doña Sancha no es ya la doncella asendereada y perseguida. Sus aventuras parecen haber terminado.

Es condesa soberana de Castilla.

Burgos hierve aun en fiestas. Los buenos burgaleses estan ébrios de alegría, orgullosos con la hermosura y la grandeza de su nueva señora.

Fernan-Gonzalez al despertar cada dia en su ancho tálamo, al ver junto á sí á la por tanto tiempo suspirada prenda de sus amores, cree estar entregado á un hermoso sueño, y para cerciorarse de la realidad, necesita estampar un ardiente beso en la pura frente de su esposa.

Todo es contento y júbilo. Aquel matrimonio hecho de una manera tan extraña y casi por violencia, aquel matrimonio tras el cual se creía ver empeñada á Castilla en una guerra con dos reinos poderosos, no ha producido más que venturas.

Los embajadores enviados por el conde de Castilla á los reyes de Leon y de Navarra dándoles noticia como á parientes de doña Sancha del matrimonio, han sido magníficamente acogidos, y han vuelto con dones más ricos que aquellos de que habian sido portadores.

Hasta la misma reina doña Teresa parece haber olvidado su odio al conde, puesto que escribe á los recien casados príncipes una larga y amorosa carta congratulatoria.

El generoso Fernan-Gonzalez espacía su corazon con aquellas muestras de afecto; pero doña Sancha, que conoce mejor á sus parientes, teme bajo aquellas apariencias de amistad traidores intentos; sin embargo, disimula y calla.

Nada, pues, turba la alegría en Burgos: el conde en gracia á su felicidad ha dispensado á sus pueblos el pago del tributo durante un año, duran aun los saraos, las máscaras, las encamisadas, las justas y los torneos, y parece que jamás van á concluirse aquellas fiestas.

Sin embargo, á quien ha motivado toda aquella alegría, á quien ha casado, por decirlo así, á Fernan-Gonzalez y á doña Sancha no se le ve en las fiestas, ni aun está en Burgos: pero el conde no le olvida, y espera con impaciencia su vuelta para premiar dignamente sus servicios.

Kaid al partir ha prometido volver dentro de un mes.

El conde ha prometido esperarle el dia en que el mes se cumpla por la tarde al trasponer el sol en un jardin reservado de su alcázar, de cuyo postigo ha llevado consigo una llave Kaid.

. . . .

. . . .

El conde se habia separado con un pretesto de doña Sancha; habia bajado al jardin cuando estaba próximo á ponerse el sol, y esperaba.

En el momento en que el astro del dia dejó de dorar la aguja de la torre más alta del castillo condal, rechinó una llave en la cerradura del postigo, junto al cual esperaba el conde, y entró Kaid: traía asidas cada una de una mano dos mujeres encubiertas.

—¿Qué es esto, Juan, hijo mio? le dijo Fernan-Gonzalez; ¿qué mujeres son esas?

—Recordad, señor: vos habíais prometido dar todo cuanto os pidiese á quien os presentase esta sortija.

—Sí, lo prometí; lo cumpliré, dijo él conde.

Al pronunciar Fernan-Gonzalez estas palabras, una de las tapadas sacó una pequeña y hermosísima mano blanca como el alabastro de debajo del velo, y mostró en ella la sortija.

—Y bien, ¿qué quereis, señora? dijo el conde.

—Un convento para mi madre, señor, contestó la jóven con voz conmovida.

—¿Y quién es vuestra madre? dijo el conde.

Entonces la otra tapada se arrancó el velo y se arrojó á los piés del conde.

—¡Ah! ¡Fernan! ¡Fernan! exclamó: ¡he estado loca diez y seis añosl

Nuestros lectores habrán reconocido en esta exclamacion á Alida: no era ya la repugnante criatura que habia salvado del castillo de la Hechicera á doña Sancha: por el contrario, era una mujer hermosa aun, de rostro dorado,

aunque de cabellos blancos, de mirada ardiente y expresion lánguida y triste.

--Yo no os conozco, señora, dijo Fernan-Gonzalez con la mayor naturalidad.

—Si no reconoceis á la madre, señor, ved si podeis reconocer á la hija.

Y arrancándose la otra mujer el velo apenas dichas estas palabras, dejó ver al conde el hermosísimo semblante: era Athais.

El conde la miró un momento con asombro, luego palideció intensamente, sus ojos se llenaron de lágrimas y exclamó lanzándose con los brazos abiertos á Athais:

—¡Hija! ¡hija de mi alma!

Pero Athais retrocedió, y asiendo á Alida de la mano, dijo:

—Esta, señor, es mi madre.

—¡Tu madre! ¡Alida! ¡la egipcia! ¡oh Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué castigas en este momento las locuras de mi juventud?

—Fernan, Fernan, dijo Alida, acabas de contraer un enlace digno con una noble princesa; la pobre egipcia no podia ser más que tu amante, y cuando se arrojó en tus brazos lo sabia: desde entonces acá han pasado muchos años: yo he estado loca: tú has olvidado: pensemos que entrambos hemos muerto, y pongamos entre nosotros la eternidad.

—Sí, un convento... dijo el conde.

—El olvido, murmuró Alida, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Pero esta inocente es mi hija! ¡mi hija, y tengo un deber en reconocerla! harto tiempo ha sido desgraciada: yo la presentaré á mis vasallos y les diré: hé aquí una hija de mi amor: una princesa de Castilla.

Kaid palideció.

—No, no, padre y señor, dijo Athaís notando la palidez de Kaid y comprendiéndole: una princesa, una hija vuestra no podria ser esposa de un egipcio por más que se hubiese bautizado, y yo le amo, le amo y ansío ser su esposa.

Y tendió sus brazos hácia Kaid.

—¡Su esposa! ¡oh! ¡sí! á él debo...

El conde contuvo las palabras que iba á pronunciar por respeto á Alida.

—Le debo mucho, añadió despues de un momento de silencio: ¿y tú le amas, hija mia? pues bien, Kaid, desde este momento eres esposo de mi hija, y además... no basta esto... conde y señor de villas y lugares...

—¡Ah señor!

—¡Alza! alza, valiente hijo mio! dijo el conde levantando á Kaid entre sus brazos: has espuesto dos veces por mí la vida, y al fin me entregas á mi hija, á una hija que he llorado durante muchos años: me la entregas casta, pura, hermosa, cristiana: ¿qué más felicidad podias darme? ¿Qué importa que seas egipcio, si tu alma está sublimada por la virtud y por el valor?

Y luego, estrechando entre sus brazos á los dos jóvenes, exclamó:

—Yo no puedo hacer feliz como quisiera á vuestra madre... Dios lo ha querido de otro modo.

—¡Ah señor! exclamó Alida.

—La suerte nos separa.

—¡Oh! Ella, ella, haced felid á vuestra hija, y... os perdono.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó el conde: ¡al fin habeis tenido piedad de mí!

Y volviéndose á Kaid, añadió:

—Llévatelas á mi palacio de la márgen del Arlanzon, dijo: aquí temo que nos sorprendan: antes que vosotros llegará al palacio uno de mis condes, que os franqueará las habitaciones. Aposentáos en ellas y esperadme esta noche.

—¡Señor! ¡señor! ¡cuán generoso sois! exclamó Kaid.

—No hago más que cumplir de una manera incompleta una deuda sagrada. Y adios; voy á dar las órdenes para que os esperen en el palacio de Arlanzon. Yo iré á veros esta noche.

. . . .

. . . .

El conde cumplió su palabra yendo á pasar parte de la velada con su antigua amante, con su hija y con Kaid.

Esto, por supuesto, sin que tuviese noticia de ello doña Sancha.

CAPITULO XIII.

De cómo se transformaron para casarse Kaid y Athais.

Durante algun tiempo nadie turbó la ventura de nuestros personages.

El conde y doña Sancha se adoraban, y Kaid y Athais, acompañados de Alida, pasaban una vida feliz, aunque retirada, en el palacio de las márgenes del Arlanzon.

Los reyes de Leon y de Navarra seguian en buenas relaciones con el conde, y aun la reina doña Teresa, cuando escribia á doña Sancha, le llamaba *«su muy querido hermano.»*

Los corazones generosos se dejan seducir fácilmente por las apariencias, y esto aconteció al conde y á doña Sancha: creyeron de buena fé que sus enemigos se habian reconciliado con ellos por su casamiento, y se entregaron enteramente á su ventura.

El conde de Castilla, por lo tanto, por más que estuviese en posicion de reclamar el exorbitante precio á que habian llegado por las condiciones de su venta el azor y el

caballo, no reclamó su pago, y siguió confesándose vasallo tributario del rey de Leon.

Entre tanto Kaid y Athais esperaban que llegase el dia en que el conde, cumpliendo su palabra los casase. Este momento llegó al fin.

Pero primero el conde presentó en su corte á Kaid con el nombre extrangero de Juan de la Croix.

Con motivo de los servicios importantes y arriesgados que le habia hecho, le nombró conde de su palacio, le dió tierras y castillos y una ejecutoria castellana: cuando todo esto estuvo hecho, el conde fué al palacio de la márgen del Arlanzon y se encerró en una cámara apartada con Alida.

—Ha llegado el momento, la dijo, de que nuestra querida hija María sea feliz; pero para esto será preciso que tú tesacrifiques un tanto, que dejes la soledad en que vives, y que te prestes á un finjimiento.

—¿Y qué finjimiento es ese?

—Ante todo, es necesario que hagas un viaje á Tolosa con María, en el cual te acompañará Juan; ireis secretamente; pero volvereis en público.

—¿Y para qué es ese viaje?

—Es necesario que María tenga un nombre legítimo.

—¡Un nombre legítimo! ¿y cómo?

—Todo lo facilita el oro. He aprovechado el tiempo que ha pasado desde que os presentásteis á mí, y he comprado á fuerza de oro á un anciano caballero francés de la más antigua nobleza: este hidalgo, que se nombra Arturo de la Rocheblanc, se ha prestado á reconocerte por su hija, y por lo tanto por su nieta á María. Tú pasarás por viuda de

un conde breton llamado Heriberto de la Foretrouge, por lo cual nuestra hija se llamará María de la Foretrouge.

—Pero todo esto es inútil: María te se asemeja de tal modo, que todos la tendrán por tu hija.

—Yo he estado muchas veces en Tolosa, como que era grande amigo y aliado de su conde soberano... y en todo caso... aunque sospechen... aunque crean, callarán... lo que importa es que nuestra hija tenga un nombre...

—Sí, sí, es verdad... poco importa que murmuren de mí, dijo Alida: primero es nuestra hija.

—Tú solo estarás en Burgos el tiempo suficiente para que se efectúe el casamiento... despues partirás, pues que quieres retirarte del mundo, al monasterio de Oña.

. . . .

. . . .

Hízose, pues, lo que el conde quiso: al mes de esta conversacion entraron en Burgos hidalgamente acompañaos de pages, escuderos y lanzas, y en sendas literas, el noble caballero Juan de la Croix, la noble dueña doña Malfalda, viuda del poderoso conde de la Foretrouge, y su hija María.

Inútil es decir que no eran otros que Alida, Kaid y Athais.

Kaid se encaminó á un antiguo casarón situado en la plaza de las Carnicerías, que le habia donado el conde de Castilla, aposentóse ostentosamente en él con Alida y Athais, y al dia siguiente con gran aparato las presentó en la corte.

Recibióles el conde sentado en su dosel, teniendo á su izquierda á doña Sancha de Navarra.

En honor de Kaid, ó como se le conocia en la corte de Castilla, del conde Juan de la Croix, la recepcion era solemne. Asistian á ella los grandes oficiales de la casa del conde, los altos dignatarios, los prelados, los abades, los caballeros, los mesnaderos. Parecia que Fernan-Gonzalez al presentar á su corte á Athais, pretendia que todos al notar su gran semejanza con él la reconocieran por su hija.

Doña Sancha, como saben nuestros lectores, conocia este secreto; pero nunca habia visto á Athais: al verla, su generoso corazon tuvo que ahogar un principio de celos causados por la hermosura de Athais; pero doña Sancha habia aceptado en su corazon los extravios de la juventud del conde, y habia cerrado los ojos para ellos al casarse con él. Así es que perdió su prevencion para Athais, y su recelo todo entero pasó á Alida.

A pesar de sus desgracias y de su locura, la egipcia habia vuelto, sino á todo el brillo de su belleza, á un estado capaz de causar celos á una mujer tan impresionable como doña Sancha. Fernan-Gonzalez notó la mirada tenaz de su esposa fija en su antigua amante, y la confusion de Alida, que posaba los ojos en el suelo, dominada por la mirada de doña Sancha.

—Hé aquí las consecuencias de las locuras de mi juventud, dijo el conde para sí; pero juro á Dios que pronto no tendrá doña Sancha motivos de celos.

—¿No os parece, decia á la sazon una de las damas de la condesa á una dueña, que esa damita francesa se parece demasiado al conde?.. no debiera presentarla así... esto es decirnos: ahí teneis á mi hija.

—No tal, no tal, doña Sol, dijo con una sonrisa cáustica la vieja: todos los dias vemos personas que se parecen tanto á otras sin ser parientas suyas, que nada podemos sospechar buenamente: si no, sin más andar ahí está la pequeña hija de vuestra doncella Antola, que se parece á vos como una gota de agua á otra gota, y sin embargo, nadie se atreverá á decir ni á creer que era vuestra hija.

Ruborizóse doña Sol, balbuceó algunas palabras, y aprovechó la primera ocasion para escurrirse del lado de la vieja.

El conde entre tanto se habia levantado de su silla y habia dicho á su corte:

—Nuestro bueno y leal vasallo el conde Juan de la Croix, á quien como es notorio tantos y tan importantes servicios debemos, nos ha presentado á la honrada dueña doña Malfalda de Rocheblanc, de nacion francesa, y á su hija la noble doncella doña María de la Foretrouge, con la cual nos ha pedido licencia para contraer matrimonio: nos y nuestra muy amada esposa doña Sancha, con la cual juntamente reinamos sobre vosotros, acogemos estas damas en nuestra corte, consentimos en el dicho matrimonio, y damos en muestra de nuestro agrado en dote á doña María, nuestra villa de Santisteban de Gormaz.

—¡Vivan nuestros condes! gritaron algunos jóvenes á quienes habia interesado la hermosura de Athais.

—¡La dá por dote un infantazgo! dijeron algunos.

—¿Y qué menos para una hija? contestaron otros.

Besaron sucesivamente las manos á los condes Kaid, Alida y Athais en señal de agradecimiento: cuando Alida

besó la mano de doña Sancha, esta temblaba y los labios de la gitana ardian.

. . . .

. . . .

Tres dias despues con gran pompa y solemnidad el noble conde Juan de la Croix casó en la capilla del palacio condal con doña María de la Foretrouge.

Hubo opíparo y ostentoso banquete, justas y torneos, danzas y otros contentamientos: se tiró al gallo y al cerdo, se divirtió, en fin, Burgos durante tres dias, y al fin de ellos Kaid y Athais salieron de Burgos para ir á vivir á su villa de Santisteban de Gormaz, y Alida para ir á sepultarse durante toda su vida en el monasterio de Oña.

El conde procuraba que doña Sancha no pudiese tener celos.

XIV.

De cómo mal escarmentado el conde de Castilla, volvió á ponerse de nuevo en peligro.

No duró mucho tiempo el contento de los recien casados.

Y no se crea por lo que acabamos de decir que les aconteciese desgracia alguna, salvos el verse separados por un incidente imprevisto cuando estaban cabalmente apurando lo más dulce de las dulzuras de su luna de miel.

Quince dias despues de haber llegado los esposos á Santisteban de Gormaz, una mañana á punto que amanecia sonaron dos discretos y recatados golpes en la puerta de la cámara nupcial.

—¿Qué se os ofrece á estas horas? dijo con acento irritado Kaid.

—Perdonadme, señor, dijo una voz de page; pero acaba de llegar un mensagero de Burgos que trae para vos unas letras de la condesa doña Sancha, y está esperando en la sala rica.

Arrancóse todo mohino Kaid al oir estas palabras de los brazos de Athais, púsose al borde del anchísimo lecho, encajóse sus calzas, sus borceguíes y su sayo, peinóse rápidamente, y soñoliento y angustiado se trasladó á la sala rica.

En ella le esperaba un caballero armado y cubierto de polvo, que miraba con harta curiosidad el flamante blason de Kaid que estaba colgado bajo el dosel señorial.

—Bien venido seais, caballero, dijo el jóven dulcificando su semblante.

—Guárdeos Dios, caballero, dijo el enviado.

—Traeis, segun creo, para mí unas letras de la alta y poderosa señora condesa de Castilla.

—Sí por cierto, dijo el caballero; y hélas aquí.

Y entregó á Kaid un pergamino que sacó de la bolsa de pieles que pendia de su cintura.

Kaid desenrolló el pergamino y le leyó: decia así:

—«En otras ocasiones habeis tenido astucia y valor «bastantes para servir tanto á mi esposo como á mí: en«trambos tenemos motivos bastantes para confiar en vues«tra lealtad: hoy por desgracia nos son de nuevo necesarios «vuestros servicios. Partid en el momento que hayais leido «esta nuestra carta, y seguid al mensagero que os envío, «que os conducirá hasta mí.—Doña Sancha, condesa sobe«rana de Castilla.»

Kaid no vaciló: despidióse de Athais, armóse precipitadamente, montó á caballo, y acompañado de parte de su servidumbre, siguió al enviado, que sin descansar un punto, le condujo á la pequeña villa de Covarrubias, situada en la frontera del reino de Leon.

Pararon en una posada, y desde allí su guia le llevó al castillo donde le esperaba doña Sancha, que se encerró con él en una cámara.

—Os he mandado venir, le dijo, porque todo lo espero de vos.

—¿Que todo lo esperais de mí, señora?

—Sí; en otro tiempo estaba yo presa en poder del rey de Leon: tenia una gran ansiedad por la suerte del conde, y vos tuvísteis medio de hacerme saber que el conde vivia y que se velaba por él; despues supísteis á fuerza de astucia y de valor librar al conde; luego me arrancásteis de manos de mi hermana la reina doña Teresa; á vos debo ser esposa de Fernan-Gonzalez, y á vos hé de deber tambien el no ser viuda.

—¡Viuda, señora!

—Sí, exclamó con angustia doña Sancha; mi esposo está preso en Leon.

—¡Preso! ¡preso en Leon el conde de Castilla! ¿y cómo ha podido ser eso? ¿Acaso le ha vencido el rey don Sancho? Pero no ha habido guerra... ¿cómo el conde ha podido ser sorprendido?

—Por medio de la traicion más infame.

—¡Pero si el rey de Leon, el de Navarra y aun vuestra misma hermana trataban amistosamente al conde!

—Hé ahí en lo que consiste la traicion: sus afectuosas cartas, sus regalos, sus muestras de amistad, no eran otra cosa que un lazo que se tendia á nuestra noble confianza; el rey de Leon acaba de convocar unas córtes, y mi esposo como su vasallo tributario acudió...

—¡Olvidándose de que en otra ocasion semejante fué preso!

—Los buenos perdonan las injurias y las olvidan, sin pensar que perdonar á los malos es sentenciarse á sí mismos. Pero no importa; vos, yo, todos salvaremos al conde; y cuando se encuentre de nuevo entre los suyos, ¡ay entonces de Leon y de Navarra! Castilla les cobrará con honra sus ofensas, se declarará independiente, y se hará respetar de una manera estable y duradera.

—¿Pero cómo ha podido estar ignorado este suceso?

—Cuando el conde llegó á Leon, el rey don Sancho no salió á recibirle como otras veces, y cuando se le presentó en su palacio con su escaso acompañamiento, al arrodillarse ante don Sancho, este lo hizo oir palabras afrentosas, y mandó ponerle en prision con los que le acompañaban: afortunadamente el conde Gonzalo Diaz, que recelaba algo y que estaba á la puerta del alcázar, logró escapar y ha venido á traerme la noticia.

—¿Y nada saben sus vasallos?

—Nada... ni es oportuno que lo sepan... si lo supieran volarian á rescatarle, y tal vez el rey de Leon le mataria... es necesario evitar una desgracia... es preciso que me ayudeis.

—Os ayudaré, señora.

—Pues bien, vamos á partir en el momento; con pretexto de que voy en romería á Santiago de Compostela, pasaré por Leon: precededme vos: avisad á la reina doña Teresa mi hermana de mi ida para que salga á recibirme y me ampare del rey. Informaos además en dónde está pro-

so el conde; consoladle, si podeis poneros en comunicacion con él, y decidle que su esposa va á salvarle, y que le salvará. Partid: no perdamos un momento: yo parto en seguida, sin esperar más tiempo que el necesario para que podais avisar á mi hermana, y esta tenga tiempo de salirme al encuentro.

Kaid partió.

Tres dias despues al empezar la noche entraba en Burgos, sólo, ginete en una mula y envuelto en un tabardo. Preguntó por el monasterio del Salvador á un hombre que atravesaba á la sazon la plaza Real, y que al escuchar la voz del jóven se detuvo y lanzó un grito de sorpresa y de placer á un tiempo:

—Kaid, ¿eres tú, hijo mio? exclamó aquel hombre que estaba hidalgamente vestido.

—Yo no me llamo Kaid, sino el conde Juan de la Croix, dijo el jóven, aunque habia conocido en aquel hombre á su padre Wamdihavé.

—¡Ah! exclamó el egipcio: tú tambien eres conde, y prudente por lo que veo: sin duda te acuerdas de lo que te aconteció en este lugar hace un año.

Wamdihavé se referia á la ejecucion de Kaid por su robo de los vasos sagrados.

—¡Ah! exclamó el jóven desmontando de la mula, y mirando de un modo no muy complaciente á la horca de piedra que se veía en un ángulo de la plaza: en verdad, en verdad que no habia reparado en este maldito sitio.

Y dirigiéndose á su padre, le dijo:

—En este lugar hay demasiada gente todavía: vaie

mos á otro sitio en que podamos hablar sin testigos.

—En ninguna parte mejor que en mi casa, hijo mio, dijo Wamdihavé.

—Sí, pero antes será necesario que yo vaya á la abadía de San Salvador.

—¿Y para qué?

—Necesito dar un mensaje á la reina doña Teresa.

—¡A la reina doña Teresa!

—Sí, un mensaje de su hermana la condesa de Castilla.

—¿Que sin duda pretende salvar á su esposo?

—¡Cómo! ¿sabes tú que el conde está preso?

—Sí por cierto. ¡Oh! ¡maldito rey! ¡cuán fatal ha sido para nosotros! ¡Fatal! no por cierto... yo le debo lo que soy, mi nobleza, mi oro, mi conversion al cristianismo.

—¡Cómo! ¡tú tambien! ¿Te has bautizado tú, padre? dijo Kaid, como si nada supiese de los amores de Wamdihavé con Teresa.

—Sí; y no solo me he bautizado, sino que me he casado.

—¿Con alguna condesa?...

—No, con una rica-hembra.

—¡Ah! pues yo me he casado tambien.

—¡Que te has casado! ¿y acaso tu mujer te ha hecho conde?

—No por cierto; aunque es hija de un conde, yo soy quien la ha hecho condesa.

—¡Hija de un conde! ¿quién es?

—Mi esposa se llama doña María de la Foretrouge.

—¡Oh! no importa, yo me llamo Pedro de Reulx, y sin embargo... ¿qué ha sido de Athais, Kaid?

—Athais es mi esposa.

—¡Tu esposa!

—Sí, me la ha concedido el conde de Castilla.

—¡Oh, Dios mio! ¿y sabes acaso qué ha sido de mi hermana Alida?

—Es religiosa en el monasterio de Oña. Y ahora bien... ¿qué ha sido de mi tia Ayelah?

—Está con nosotros, y se casa.

—¡Que se casa! ¡qué! ¿no estaba enamorada del conde de Castilla?

—Sin embargo, ha conocido que su amor es imposible... ha escuchado mis consejos... y ha hecho lo que hacen otras tantas mujeres: va á casarse desesperada.

—¿Y con quién se casa?

—Con el conde don Vela.

—¡Con el conde don Vela! pero ese conde estaba declarado traidor por el rey de Leon.

—Sin embargo, el rey le debe algunos servicios, cree que yo y mi hermana somos hechiceros, y hemos sabido hacer de manera que el rey de Leon le ha vuelto sus honores y sus estados. Pero hé aquí que llegamos á la abadía.

En efecto, á la luz de la luna en una plazuela irregular, se levantaba el pardo frontispicio gótico de la abadía, con sus triples y profundos arcos ojivos, sus esbeltos botareles y las altas y caladas agujas de sus torres.

Kaid dejó las riendas de su mula á Wamdihavé, y se encaminó á un obeso personage que cerraba á la sazon la cancela del pórtico.

—Esperad, esperad, amigo mio, le dijo Kaid.

—¿Qué se os ofrece á estas horas? dijo el arcipreste Pero Sanchez, que él era.

—¡Ofrecérseme! no es ciertamente á mí á quien se ofrece, sino á la condesa de Castilla, que me envia.

—¡Ah! ¡os envia la condesa de Castilla!

—¡Sí, por cierto!

—¿Y á qué os envía?

—Eso se queda para la señora reina doña Teresa, á quien os mando que me anuncieis.

—¡Ah! ¿Venís á ver á la reina doña Teresa?

Kaid se puso de un salto junto á Pero Sanchez, y le mostró á dos dedos de los ojos una reluciente daga.

—Escucha, le dijo asiéndole fuertemente de una mano, tú me has visto dos veces, una en trage de montero en la villa de Saldaña.

—Es verdad, dijo sudando de congoja el arcipreste.

—Otra en el bosque de Cervera, cuando arrebaté á doña Teresa su hermana doña Sancha.

—Es verdad, añadió más compungido el arcipreste, que por lo visto solo habia nacido para llevar sustos.

—Pues bien, figúrate que no me has visto.

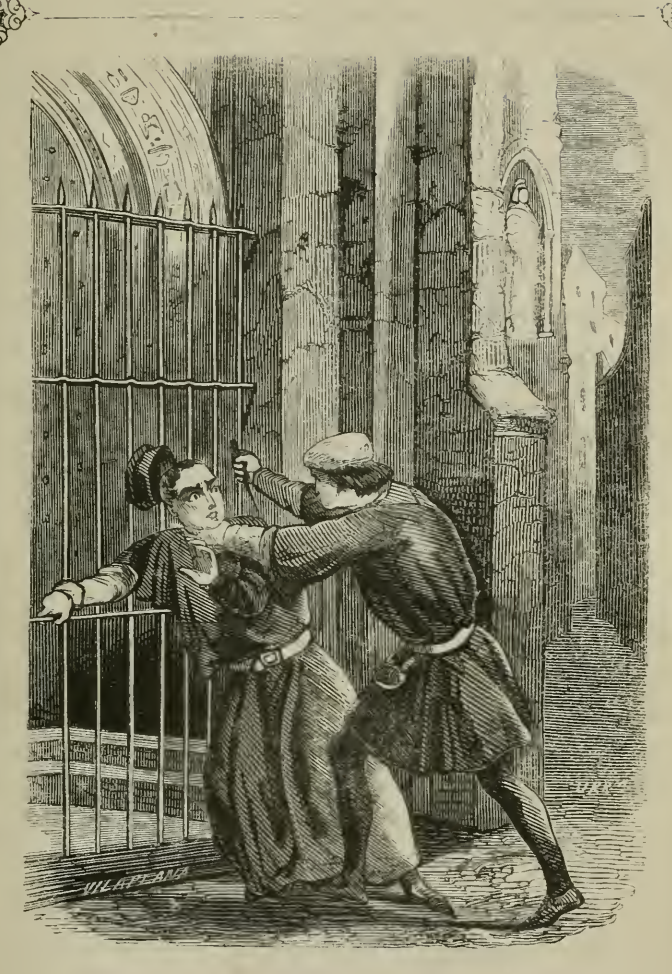
—No os he visto, no, os lo juro; no os conozco, exclamó temblando el arcipreste.

—Además, y como doña Teresa me recibirá en el locutorio, procura que en él haya poca luz.

—Lo procuraré.

—Para que no olvides lo que acabo de encargarte, escucha: ¿ves aquel hombre que me guarda la mula?

—Sí que le veo.



Kaid se puso de un salto junto á Pero Sanchez, y le mostró á dos dedos de los ojos una reluciente daga.

—Pues bien, si no salgo sano y salvo como he llegado á la abadía, ese hombre se encargará de envainarte en el vientre una daga tan larga como esta.

Extremecióse todo Pero Sanchez.

—Ahora bien, guíame y avisa á la reina doña Teresa que un conde castellano viene á verla con un mensage de su hermana doña Sancha.

—Entrad, entrad, caballero, y seguidme, contestó con acento servicial el arcipreste.

Entró Kaid, cerró Pero Sanchez la cancela, abrió una puerta de roble, y se encontraron en un zaguan ancho y lóbrego en que habia muchas puertas.

—Esperad un momento aquí, caballero, dijo el arcipreste; voy á abrir el locutorio y á encender luz.

—Procurad que esa luz esté puesta de modo que no pueda vérseme el rostro.

—No lo olvidaré, contestó Pero Sanchez abriendo una de aquellas puertas.

Poco despues volvió é introdujo á Kaid en una habitacion tétrica, en cuyo fondo había una doble y espesa reja, y junto á la reja dos sillones.

El jóven notó que la luz estaba puesta de modo que solo le alumbraba por la espalda, y envolviéndose en su tabardo, se sentó en un sillon y esperó á que viniese la reina, á quien fué á avisar Pero Sanchez.

—Es muy difícil que me conozca, dijo Kaid; solo me ha visto una vez, y aun así, con otros vestidos, en otra situacion, con los cabellos revueltos, cubierto de polvo y de sudor... sin embargo, es necesario ser prudente.

réceme que se abren puertas, suenan pasos, ella es.

En efecto, una mujer vestida de negro acababa de entrar en el locutorio.

Kaid se puso de pié.

—Sentaos, sentaos, caballero, dijo la dama: me han dicho que me traeis un mensage de mi hermana la condesa de Castilla.

—Segun eso, tengo la honra de estar en la presencia de la noble reina doña Teresa, dijo Kaid sentándose.

—En efecto, caballero, dijo la reina, y yo creo que he oido, no recuerdo dónde, vuestra voz.

—No puede ser, señora, dijo Kaid; hace muy poco tiempo que llegué á Burgos desde Tolosa, mi patria, y no he salido de la corte de Castilla.

—Es posible que me equivoque, y en efecto, mi equivocacion nace de vuestro acento extrangero. ¿Y decís que os envía á mí mi hermana?

—Sí, señora: la noble condesa de Castilla, en ausencia de su marido, que como sabreis está actualmente en córtes en Leon, ha pensado cumplir un voto que habia hecho al glorioso apóstol Santiago de ir en romería á su sepulcro de Compostela, y como el mejor camino es por Leon, os ruega que salgais á recibirla, por temores que dice tener de entrar sola en la ciudad.

—¿Y qué temores son esos?

—Perdonad, señora, si no puedo contestaros; pero no me ha dicho más doña Sancha.

—Y la noble condesa al venir á Leon, ¿no tiene otro objeto que hacer el camino de Compostela?

—Lo ignoro, señora, aunque creo que solo piense en cumplir su voto.

—¿Y la esperais vos?

—No, señora; yo seguiré adelante como hasta ahora para procurarle posada durante el camino.

—Por de contado, que ireis á visitar al conde de Castilla vuestro señor.

—No por cierto.

—¡Cómo! yo supongo que un vasallo leal...

—La condesa quiere que su voto se cumpla secretamente, y por lo tanto yo debo tambien guardar el secreto. Si me viese el conde me preguntaria el objeto de mi viaje, y me veria obligado á mentir. Una mentira es vergonzosa, y no le veré.

—O no sabe nada, ó miente á las mil maravillas, dijo para sí la reina: y luego añadió alto: ¿y cuándo va á llegar mi hermana?

—Solo la llevo de delantera algunas horas.

—De modo que será necesario salirla al encuentro al momento.

—Así lo creo.

—Cuento con que me acompañareis.

—No puedo aceptar tanta honra, señora, porque en este momento voy á salir de Leon. Así, pues, y habiendo cumplido mi mensage, que os guarde Dios, señora.

Y sin esperar á que doña Teresa le contestase, se levantó y partió. Doña Teresa que era una mujer de una memoria extraordinaria, le reconoció al partir en el talante, aunque solo le habia visto una vez, y gritó:

—¡Pero Sanchez! ¡Pero Sanchez! detened á ese hombre.

Pero el arcipreste, aunque habia oido perfectamente estas palabras, por estar detrás de la puerta, hízose el sordo recordando las amenazas de Kaid; le echó fuera, y solo así que se hubieron alejado Kaid y Wamdihayé entró en el locutorio.

Doña Teresa estaba asida á los hierros de la reja y fijaba una mirada terrible en la puerta.

—¿Habeis dejado escapar á ese hombre? esclamó furiosa.

—¡Qué si le he dejado escapar! le he abierto la cancela...

—¿Y se ha ido?

—Pues... sí, señora; se ha idó.

—¿Pero no habeis oido que os mandé que le detuviéseis?

—Nada he oido, señora.

—¿Y no habeis conocido á ese hombre?

—No le he visto hasta ahora.

—Mentís.

—¿Que miento?

—Ese es el hombre que nos arrebató á doña Sancha.

—¿Que es ese? ¿y yo no le he conocido? ¿y se ha escapado el infame? pero aun será tiempo... voy...

—No, no; hemos perdido la ocasion; vos no servís para nada. Id á mi habitacion; os necesito.

Y la reina irritada y sombría salió del locutorio.

Una hora despues, acompañada de su servidumbre y de algunos hombres de armas, salió de la ciudad para recibir á la infanta.

CAPITULO XV.

En que dá nuevas pruebas de valor doña Sancha de Navarra.

Media noche era por filo, aunque no daba el reló las doce, primero, porque no habia relojes en aquellos tiempos, y segundo, porque no se conocia la division de horas de nuestros tiempos.

Era, pues, como se decia entonces, el principio de la tercera vigilia cuando se abrió la portería del monasterio de San Salvador, y entró en ella despues de un año de ausencia y de aventuras, la infanta doña Sancha de Navarra.

Acompañábala hosca y sombría la reina doña Teresa su hermana, y no menos sombría y hosca se mostraba su sobrina la abadesa doña Elvira, que habia salido con la comunidad á recibirla á los claustros.

Doña Sancha abrazó y besó de una manera fria y ceremoniosa á su sobrina como habia besado y abrazado en el camino á su hermana, y so pretexto de encontrarse cansada, se retiró con la reina á su cámara.

Una vez allí y á solas, retirada la servidumbre, las dos mujeres se quitaron la máscara.

—Os saludo, noble condesa soberana de Castilla, dijo con sarcasmo la reina: acostumbrada á ser una doncella andante, os proponeis sin duda ser una condesa andariega.

—Y vos, reina, intrigando con el hombre impuro que me amaba, os proponeis sin duda continuar en vuestras torpes y miserables intrigas contra el esposo que me ha dado su nombre y su corona.

—¡Sancha!

—¡Teresa!

Y las dos hermanas, que tenian en sus venas la terrible sangre del rey don Sancho Abarca, se miraron por un momento en una actitud agresiva.

—¿Conque vas á peregrinacion á Compostela? dijo doña Teresa sin dejar su punzante ironía.

—Vengo á salvar á mi esposo, contestó con firmeza doña Sancha.

—Pues qué, ¿corre algun peligro el hermoso, el noble, el valiente conde de Castilla?

—A haber venido á otro lugar que á Leon, ningun peligro le amenazaria; pero en Leon hay una reina traidora que tiene por hijo un rey tan traidor como su madre, y el conde de Castilla ha sido tenebrosamente preso.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡tenebrosamente! y sin embargo, lo sabe toda la ciudad... sí... sí por cierto... todos saben que el rey don Sancho Abarca tiene descendientes que ansían vengar su muerte por más que haya tenido tambien una

hija que no ha tenido por deshonroso ni por infame el unirse al asesino de su padre.

— Fernan-Gonzalez fué provocado; Fernan-Gonzalez tuvo la desgracia de matar á mi noble padre en defensa propia, cuando era su enemigo, cuando habia entrado á sangre y fuego por sus estados. Mi valiente padre habrá aprobado ciertamente en el cielo nuestra union, porque era generoso y leal: mi noble padre lo que mirará sin duda con horror desde el cielo, es la manera vergonzosa con que sus hijos y su nieto el rey de Leon pretenden vengarle. ¿Por qué mis nobles parientes no han buscado su venganza en el campo, bandera contra bandera, lanza contra lanza? ¡Oh! No la han buscado porque son cobardes, porque no pueden prender al conde sino con traicion... y si no, recuerda que cuando tu hijo el rey de Navarra don Garci-Sanchez rompió por las tierras de mi esposo, este le venció en Piedrahita, le prendió, le tuvo encerrado en Burgos, y al fin, cuando le hubo demostrado que era árbitro de su vida, le puso en libertad: no, lo que sentís contra Fernan-Gonzalez, no es el corage por la muerte de nuestro padre, es la envidia, el ódio con el invencible caudillo que sin ser rey es más poderoso, más grande que cuantos reyes hay sobre la tierra; y esa envidia voraz os hace cometer bajezas... pues bien... yo, su esposa... yo, la mujer que por su amor he arrostrado miserias y peligros, que como tú dices me he visto reducida por él á la condicion de una doncella andante, le salvaré, Teresa, le salvaré, te lo juro, y ¡ay del dia que le salve!

—¿Y quién te salvará á tí?... ¡salvarle!... ¿olvidas

acaso que el conde de Castilla es vasallo del rey don Sancho?

—Te juro que dentro de poco no lo será.

—Pero entre tanto lo es, y vasallo traidor.

—¡Vasallo traidor! ¿vasallo traidor el conde, cuando ni aun ha reclamado el precio del azor y del caballo?

—¡El azor y el caballo! exclamó doña Teresa. Una venta en que se sorprendió la buena fé del rey!... ¡una venta aconsejada con engaño por una hechicera que sin duda os servia!

—Fernan-Gonzalez quiso regalar aquellos animales á tu hijo... pero orgulloso don Sancho, no quiso aceptar un regalo, quiso una venta: no era un azor y un caballo lo que el conde vendia al rey, sino el orgullo de decir, yo he comprado y el conde de Castilla me ha vendido... ¡Oh! ¡oh! y Fernan-Gonzalez no vendió, sino que compró con un pájaro y un bruto la independencia de Castilla, señal clara de lo poco en que apreciaba el derecho de señorío de los reyes de Leon.

—Antes de que pueda llegar ese caso, la pena de su traicion habrá caido sobre el conde.

—¿Y quieres decirme, hermana, en qué consiste la traicion de mi esposo?

—En ser tu esposo.

—¡En ser mi esposo!

—¿Qué, acaso no te robó á mano armada?

—Es que yo me dejé robar.

—Sí, pero tú eras vasalla...

—¡Miserable pretexto!

—Pretexto bastante para hacer rodar la cabeza del conde.

—¡La cabeza del conde! exclamó doña Sancha pálida de furor. ¿Sabes tú lo que sucederia si el cielo permitiese esa infamia? ¿sabes tú lo que haria yo, yo, su esposa, para vengarle?

—Indudablemente más de lo que has hecho por vengar á tu padre. Pero ya que hablas de vengarte, ¿quién te vengará á tí? ¿no te has puesto tú misma en nuestras manos? ¿no has contraido un matrimonio sin autorizacion de tus parientes y de tu señor? ¿y crees que tu audacia ha de quedar impune? no, Sancha, no: has pasado las puertas de un convento, y no saldrás de él: pasarás en él tu vida, y las lágrimas marchitarán tu hermosura.

—Aunque os atreviérais á matarle, no mataríais al conde de Castilla, no: llevo en mi seno el fruto de mi amor: mis vasallos lo saben, y ¡desdichados de vosotros! Castilla caería como un vendabal sobre Leon y sobre Navarra; arrasaria, vengaria con torrentes de sangre la muerte de su señor, me arrancaria de mi encierro, y pondria sobre el trono de su padre al hijo que ya vive en mis entrañas.

—Lo veremos, Sancha.

—Lo veremos, Teresa.

Y la reina irritada salió de la cámara dejando sola á doña Sancha, que confusa y llena de cuidados pasó la noche orando, arrodillada delante del reclinatorio de la reina.

CAPÍTULO XVI.

De cómo Kaid se encontró en una boda y sacó partido en ella para hacer nuevos servicios al conde de Castilla.

Wamdihavé llevó á su hijo á su casa.

Era este un enorme edificio de piedra, situado en el centro de la ciudad á orillas del Arlazon, enorme palacio que la vanidad de Daruh habia comprado al rey don Sancho bajo el título especioso de donacion, que habia heredado su viuda, y que habia pasado por su casamiento con ella á Wamdihavé.

Kaid vió con placer todas estas muestras de que su padre, si bien habia dejado de ser el rey de una tribu egipcia, era entre los cristianos un alto y poderoso señor, ni más ni menos que lo era él en Castilla.

A más de lo ostentoso de la casa, era ostentosa la servidumbre: desde el zaguan, lleno de flores y de juncia, se veía un largo cordon de pages, escuderos y criados que subian y bajaban por las anchas escaleras, con sus vestas abigarradas y sus flotantes plumas; estaba todo iluminado; todo,

en fin, mostraba ese risueño aspecto de una casa rica en que se celebra una boda.

Empezaban á ir convidados, y á cada momento se hacian más numerosos, á pesar de que hacia muy poco tiempo que Pedro de Reulx y su esposa doña Teresa se habian establecido en Leon, y de que nadie los conocia: esto sin embargo, al poco tiempo de su residencia en la ciudad, todo lo más noble y más rico se apresuró á trabar conocimiento y un conocimiento íntimo, con ellos, porque para hacerse numerosos amigos no hay otra cualidad mejor que la de ser ricos. Nadie reparó en lo cobrizo de la piel de Pedro de Reulx: atribuíase esto á mil causas, entre las cuales no entraba por poco la cualidad de extrangero de Wamdihavé; nadie reparó tampoco en lo un tanto rústico de las maneras de doña Teresa: esto se atribuia á su costumbre de vivir en sus posesiones: por lo demas, las mujeres encontraban muy sencillo y muy galan al extrangero, y los hombres seductora, adorable, irresistible á la campesina.

Así es que la boda de María de Reulx, hermana del señor Pedro de Reulx, que con tal nombre fué presentada en la corte Ayelah, con el conde don Vela Sanchez, estaba concurrida por lo mejor y lo más selecto de la sociedad leonesa: habia allí magnate que se jactaba de descender de Chindasvinto, y rica-hembra que hubiera sido un prodigio á tener tanta hermosura como vanidad y soberbia; pululaban en estensas cámaras caballeros, damas, doncellas, donceles, clérigos y aun abades y alguno que otro obispo..

Podia decirse que Kaid habia llegado á buena hora á la

casa de su padre, á quien habia encontrado providencialmente cuando volvia de avisar en persona al reverendo Ermigildo, obispo de Compostela, que se hallaba á la sazon en Leon, y se habia prestado graciosamente y de *motu propio* á dar la bendicion nupcial á los novios.

Pero por más que Kaid hubiese llegado á buena hora no habia llegado en buen trage, y por lo tanto su padre, en vez de subir con él por la escalera principal, torció por una crujía del piso bajo, tomó por unas estrechas, oscuras y solitarias escaleras, y le metió en una cámara, donde despues de haberle provisto de nobles ropas y de haberle hecho más de una pregunta y más de ciento, en las cuales tuvo ocasion Kaid de relatarle cuanto le habia acontecido en el tiempo que habian estado separados, le llevó por un laberinto de corredores y cámaras, le introdujo en la *sala rica*, cuajada de una noble concurrencia, á cuyo testero estaban doña Teresa y los dos novios, y le presentó á su esposa como el hijo de un antiguo compañero de armas.

Al verle Ayelah palideció, y el jóven se sintió turbado; dominó sin embargo su turbacion, y acercándose á su tia la dijo:

—¿Conque os casais?

Ayelah se levantó y llevó á su sobrino al alfeizar de una ventana.

—¿Te has curado ya de tu reuma, Kaid? le dijo.

—¡Ah, tia mia! ¡querida tia! contestó Kaid; ciertamente que he sido muy culpable con vos; pero ¿qué quereis? el conde es padre de Athais, yo la amaba, y la amo, y la amaré; vos teniais preso sin esperanzas de libertad á su pa-

dre... pero en fin, os vais á casar, y nada debe importaros ya aquello.

—Sí, Kaid, hijo mio; me caso con un hombre que me ama, pero me caso desesperada: me caso como podria envenenarme, ahorcarme, arrojarme por un precipicio... pero no se trata ahora de eso... el conde está preso.

—Lo sé.

—Está preso en Leon.

—¿En Leon, en la ciudad?.... ¿estás segura, Ayelah? dijo Kaid abandonando el lenguaje hinchado y ceremonioso que habia usado hasta entonces: ¿y cómo lo sabes?

—Lo sé por una casualidad: ¿ves aquel capitan que se pasea y viene hácia nosotros asido al brazo del clérigo?

—Sí, aquel señor alto, flaco, de mirada mortecina...

—Justamente. Ese es uno de los hombres en quienes tiene más confianza el rey don Sancho: pero no ha podido verme sin enamorarse. Yo me entretenia, me distraia de mis dolores escuchándole... venia todas las tardes... me faltó tres consecutivas. Cuando volvió, cuando me dijo amores, le contesté que pocas pruebas daba de amor quien pasaba tres dias sin verme.—Es que he estado preso, me dijo.—¿Preso vos? repuse; ¿pues qué habeis hecho?—Servir demasiado lealmente al rey, me contestó.—Pues no os comprendo, repuse.—Sí, ciertamente, añadió él, parece incomprensible: digo, pues, que aunque no haya estado preso, he estado guardando de vista á un alto personage.—¿Y qué personage es ese? le pregunté.—¡Oh! esto es un secreto, un secreto que podria costarme la cabeza, me con-

testó.—Para una mujer á quien se ama no se tienen secretos, insistí.—Al fin por simple curiosidad me obstiné, y me dijo vencido por mi empeño:—Guardad el secreto, pero sabed que el hombre á quien guardo es el conde de Castilla: todo el mundo sabe que ha sido preso, pero nadie la prision en que se halla.—Pues tened cuidado en que no os sorprendan y os roben al prisionero, le dije.—¡Oh! descuidad, descuidad, doña María, me dijo; le guardaré del mismo modo que guardaria mi cabeza.—Despues de saber que Fernan-Gonzalez, el hombre á quien amo, estaba en peligro, me decidí á todo por salvarle; pero su salvacion me hubiera costado un terrible sacrificio: tú eres sagaz, hijo mio; yo haré que el capitan Velasco de Rivas te trate con amistad: engáñale, sorpréndele.

—¿Guarda aun ese capitan al conde?

—Sí.

—Y entonces, ¿cómo está aquí?

—Ha dejado por un momento su guarda para asistir á mi boda.

—¿Y asiste á tu boda un hombre que te ama?

—Ese hombre es casado.

—¡Ah! exclamó comprendiendo Kaid.

—¿Y volverá á su guarda esta noche?

—Indudablemente.

—Escribe una carta para el conde, díle en ella que está en Leon doña Sancha.

—¿Que doña Sancha está aquí? dijo con un acento en que vibraban los celos Ayelah.

—Sí; ha venido á salvar á su esposo.

—Pues bien, á pesar del ódio que la tengo, tratándose del conde, la ayudaré.

—Escribe tú esa carta, puesto que yo no pnedo escribirla, si me he de procurar alguna confianza con el capitan Velasco. Escríbela al momento y dámela; pero antes hazme trabar conocimiento con ese capitan.

—Aquí se acerca.

En efecto, el hombre alto, seco, de la mirada mortecina, ateniéndonos á la breve descripcion de Kaid, se acercó.

—¡Oh! ¡oh! noble y hermosa señora, dijo, ¿este jóven caballero tiene la fortuna de conoceros?

—Sí, sí por cierto, dijo Ayelah: es paisano nuestro, hijo de un antiguo amigo de mi hermano y mio: acaba de morir, ha dejado su dignidad de conde y sus riquezas á sus hijos, y éste que se ha propuesto recorrer las cortes de España, ha llegado á tiempo, con mucho contento mio, de presenciar mis bodas.

—¿Conque sois conde?

—Sí por cierto; conde de palacio del conde de Armagnac.

—¡Ah! ¿sois francés?

—Sí por cierto, caballero. Juan de la Croix para serviros.

—Sirvais á Dios y á vuestro señor natural, mancebo.

—Inútil es deciros, añadió Ayelah, que yo le aprecio, como que casi puede decirse que le he visto nacer; y como aun no ha venido el reverendo prelado que ha de unirme al yugo, y recuerdo que tengo un que hacer urgente, y el

señor Juan de la Croix acaba de llegar á Leon, os suplico que seais su guia y le hagais conocer á nuestras hermosas damas.

Y Ayelah, saludando al avellanado capitan con un adios, una mirada y una sonrisa que le transportaron á los cielos, se alejó.

—Doña María, dijo Velasco asiéndose del brazo de Kaid, me ha encargado que os haga conocer las damas hermosas que aquí concurren: ¿y dónde están, por Dios vivo, esas hermosas damas? donde vive doña María no hay ninguna.

—Cuidad no os oiga el conde don Vela, dijo sonriendo Kaid y dejándose conducir.

—¡Y qué! se lo he dicho mil veces: no mereceis á la mujer con quien vais á casaros; es demasiado hermosa para vos: si doña Gontranda no viviera ó no la hubiera yo conocido, no seríais vos esposo de doña María: habeis de saber, señor conde Juan de la Croix, que esa doña Gontranda hace quince años que es mi mujer: vedla allí: es aquella dueña tan gruesa que viene entre dos damitas como un roble entre dos retamas; aquellas dos damitas son sobrinas mias; la una se llama doña Sol y la otra doña Estrella.

—Pues son un cielo vuestras sobrinas, señor capitan Velasco.

—Sí, ciertamente son hermosas, dijo el capitan tomando en lo que sonaba el epígrama de Kaid; al lado de doña Gontranda parecen más hermosas... porque mi mujer, en fin, se ha puesto fea á fuerza de engordar... pero venid, venid, voy á poneros en trato con ellas.

Y arrastró á Kaid hácia una especie de mujer gigante, toda carne, todas cejas, y toda boca y bigotes, que traía al lado dos jóvenes que eran verdaderamente bellas.

—Hé aquí una buena ocasion, dijo para sí Kaid, si yo no estuviera recien casado con Athais.

—El señor Juan de la Croix, amada esposa, queridas sobrinas, dijo el capitan Velasco presentando á Kaid á sus parientas; el señor Juan de la Croix, conde de palacio del alto y poderoso señor conde de Armagnac.

—¡Oh! ¡ah! ¡eh! dijo doña Gontranda con voz hombruna mirando con gran envidia á Kaid. ¿Con que este mancebo es ya conde de palacio? pues dígoos, marido mio, que esto es tener suerte, y que si sigue así, cuando llegue á vuestros sesenta...

—A mis cincuenta y tres, señora, á mis cincuenta y tres.

—Sean cincuenta y tres... pues cuando llegue á vuestros cincuenta y tres será papa.

—Pienso serlo antes.

—¿Antes?

—Cierto que sí, si no á papa, á padre.

—¡Ah! bien se conoce la libertad de las gentes francesas, dijo doña Gontranda notando que doña Sol, en quien tenia fija de una manera particular la vista Kaid, se habia puesto encendida como un madroño.

—Esto consiste, señora, en cuanto á los adelantamientos de este mozo, en que los señores franceses saben pagar mejor los servicios que los reyes de España; y en cuanto á lo que vos llamais libertad, en que las damas de allá tienen

un pudor menos asustadizo que las de acá; vamos, vamos, señor conde de palacio del conde de Armagnac, venid conmigo... como hemos de tratarnos mucho tiempo, lugar tendreis de esplicaros con mi sobrina doña Sol y de acomodarla á las costumbres francesas, que son indudablemente mucho mejores que las de nuestra tierra. Adios, queridas mias, adios.

Quedóse doña Sol con las orejas y el corazon echando fuego, escandalizada doña Gontranda, y envidiosa doña Estrella, porque, como su hermana doña Sol, desde el punto y hora en que le vió, le habia encontrado muy digno de ser querido.

No necesitaba ciertamente de tanto Kaid para apoderarse en cuerpo y en alma del guardian del Conde de Castilla: el capitan Velasco estaba enamorado como un idiota de su tia, y la sobrina del capitan, ó mucho se engañaba Kaid, ó estaba perfectamente templada para dejarse enamorar de él.

Kaid, pues, no habló al capitan de otra cosa que de su tia, ni le preguntó de otra cosa que de su sobrina, y esta doble adulacion se infiltró tanto en el alma del esposo de doña Gontranda, que adquirió por Kaid una aficion interesada, que son las aficiones más peligrosas, hasta el punto de que Kaid, creyéndose seguro del éxito, se colocase en el terreno que le convenia.

Con una habilidad suma trajo la conversacion al terreno del interés, habló de los servicios que deben los vasallos á los señores, y recíprocamente de las recompensas que deben los señores á los vasallos, y una vez traida á este punto la conversacion, dijo:

—Vos, por vuestra parte, si hasta ahora os encontrais mal recompensado, en ocasion os hallais en que puede ser tal el premio que os satisfaga de las injusticias pasadas; por lo pronto el rey os honra con su confianza.

—¿Que el rey me concede su confianza?... sí por cierto; el rey hace mucho tiempo que confia en mí, pero hace tambien mucho tiempo que me paga mal.

—Es que nunca os ha encargado un servicio tal como el que ahora desempeñais.

—¡Oh! ¡sí ciertamente!

—¡Guardar á un prisionero tal como el conde de Castilla!

—¿Cómo, sabeis?...

—¡Todo! como que doña María, mi hermosa amiga, no tiene secretos para mí.

—¡Y os ha dicho!...

—¡Elogiándoos! ya se ve, yo reparé en vos y me dije: aquel debe ser uno de los caballeros más valientes, más nobles, más leales del reino de Leon. Yo necesito saber quién es ese caballero... ser su amigo.

—¿Y preguntásteis á doña María?

—Ciertamente.

—¿Y qué os dijo? preguntó el capitan con ese anhelante interés de todo enamorado, especialmente cuando es viejo.

—¡Oh! me hizo los mayores elogios de vos... me dijo... lo que sois; lo que se concibe en vos solo al miraros, y para dar más fuerza á sus elogios, añadió: ya veis, el rey le ha confiado la guarda del conde de Castilla.

—¡Oh! oh! ¡y habia encargado el secreto á doña María!

—Es que doña María sabe que revelarme un secreto es como guardarlo en un arca con siete llaves.

—Y además, nada importa; el rey quiere que nadie sepa el lugar donde está encerrado el conde, porque ya en otra ocasion se le robaron de cierto castillo donde le tenia oculto. Pero ¡bah! esta precaucion es inútil, porque os juro que á mí no me le robarán.

—Y tanto podeis asegurarlo, como que en alguna ocasion en que querais tener libertad para ver á doña María, yo ocuparé vuestro lugar.

—¡Oh! ¡cuánto os agradezco!... ya veis, por asistir á la boda de doña María me he visto obligado á dejar la guarda á un alférez zafio... y aunque no sabe lo que guarda, ni nadie sabe el lugar en donde está guardado el tesoro... pero no hay necesidad de que vos... á propósito, ya va á efectuarse la ceremonia, habré cumplido con lo que prometí á doña María, y me volveré á pasar una mala noche en mi guarda.

—¡Oh! pues yo os acompañaré.

—¿Que me acompañareis? ¿llevareis vuestra amistad hasta el punto de pasar una mala noche conmigo?

—¿Mala noche llamais á la que se pasa con una persona como vos?... pero paréceme que la gente nos deja solos.

—En efecto, van con los novios, con los padrinos y con el obispo de Compostela á la capilla. Vamos, pues, nosotros.

Y salieron.

La cámara quedó desierta, y permaneció así durante una hora.

Nosotros llevaríamos á la capilla á nuestros lectores, si no nos atustase la prosa de su casamiento: casamiento como todos en la esencia; diferente de muchos, porque tanto el novio como la novia mostraban en sus semblantes algo de sombrío mal encubierto; esto consistia en que Ayelah se casaba por una razon que nuestros lectores verán más adelante, y en que don Vela si no llegaba á sospechar la tal razon, no estaba enteramente contento del amor que le demostraba Ayelah.

Acabóse, en fin, la ceremonia, y los convidados volvieron á la sala rica, donde empezó el baile.

En el momento en que iba á lanzarse en él el conde don Vela con Ayelah se les acercaron al capitan Velasco y Kaid.

—Os he cumplido mi palabra, hermosa doña María, dijo Velasco: he asistido á vuestro casamiento, que yo hubiera querido fuese conmigo, y me vuelvo á mi obligacion. Adios, señora, adios, y en vuestra felicidad acordaos de mí.

—Adios, doña María, adios, dijo Kaid acercándose recatadamente á Ayelah y recibiendo á hurtadillas una carta que aquella le entregó.

—¿Cómo, formalmente me acompañais? dijo Velasco viendo que el jóven le seguia.

—Yo no digo las cosas más que una vez.

—Pues sea, dijo el capitan. Pero os aseguro que vais á pasar una mala noche.

—No puede serlo mala pasándola con vos.

—Que yo no duermo.

—No dormiré tampoco.

—Mejor, así hablaremos de doña María.

Y el capitan suspiró.

—Y de doña Sol, vuestra sobrina, dijo Kaid.

Y lanzó un suspiro mayor que el del capitan.

—Será necesario que apresuremos el paso.

—¿Qué, tan lejos está?

—Ya lo creo.

—Pues apresurémonos.

—Habeis de saber que no me gusta gran cosa andar tarde por Leon.

—¿Por qué?

—Desde que ahorcaron el año pasado á cierto mozo egipcio.

—¡Ah! ¡ahorcaron á un egipcio!

—Sí por cierto: habia robado algunos vasos sagrados.

—Hicieron, pues, bien en ahorcarle.

—Pero aconteció una cosa singular.

—¿Y qué aconteció?

—Que al dia siguiente al amanecer vieron que habia desaparecido de la horca.

—¿Y eso ha dado lugar?...

—A que se crea que anda en pena por Leon.

—Pues mirad, bien puede ser que le lleveis al lado.

—Callad, callad por Dios: no temo un ejército de vivos...

—Y una sola alma en pena os extremece...

—Hasta los tuétanos.

—Dejemos, pues, la conversacion.

—Decís bien, hablemos de doña María.

—Y de doña Sol.

Y volvieron á su conversacion de amores.

A pesar de esto, caminaban muy de prisa.

Atravesaron un intrincado laberinto de callejas estrechas y lóbregas, y al fin llegaron al muro y siguieron pegados á él hasta que una voz ronca les detuvo.

—¿Quién vá? dijo.

—De la guarda, contestó Velasco.

—El capitan, dijo el atalaya.

A aquella voz se vió brillar una luz en la pequeña puerta de la torre, y adelantó un moceton greñudo armado con un pesado arnés.

—Guárdeos Dios, alférez, dijo Velasco; ¿ha ocurrido alguna novedad?

—Ninguna, señor.

—¿Hadie ha venido?

—Nadie.

—Entremos, pues; vos, señor conde, dijo Velasco deteniéndose.

—De ninguna manera, dijo Kaid: los años, el valor y la virtud deben pasar primero.

—Sea como querais.

Velasco y Kaid entraron, y á seguida la puerta de la torre se cerró dejando fuera al atalaya.

CAPITULO XVII.

De cómo es muy espuesto fiar en los amigos de un dia.

Apenas estuvieron en el estrecho y negro recinto en que se apiñaban los soldados de la guarda, el capitan Velasco pidió una lámpara á un soldado, y abriendo por sí mismo una fuerte puerta de hierro, entró con Kaid, cerró por dentro, y adelantó por un lóbrego y tortuoso callejon.

—Ya estamos aislados, separados, fuera, como quien dice, del mundo, exclamó el capitan; porque como veis muy bien, esto no es el mundo, sino un infierno.

—En verdad, en verdad, que no debe ser lo más agradable vivir aquí, dijo Kaid.

—¿Qué quereis? añadió el capitan; el rey lo manda y es necesario obedecer; y luego, como ese conde ó ese demonio es tan terrible...

—¿Acaso llegamos? dijo Kaid viendo que el capitan abria otra puerta y se aventuraba por otra estrecha escalera de caracol.

—Aun no; el rey ha sepultado á su prisionero en vida, y es muy posible que segun los pensamientos de su merced me sepulte con él tambien. Este es un servicio penoso, muy penoso: preferiria entrar cada dia en batalla con los árabes, con los castellanos ó con los navarros, á pasar la mitad de mi vida sepultado á diez picas de profundidad de la tierra entre cuatro paredes húmedas: pero ya hemos acabado de descender; ahora solo nos falta andar un pasadizo tan largo como el de arriba, abrir cuatro puertas, y hétenos en nuestra casa.

—¿Sabeis que el rey debe tener mucho miedo de que ese prisionero se le escape? dijo Kaid mientras el capitan abria una de las puertas que habia anunciado.

—Así parece, dijo el capitan pasando de aquella puerta con Kaid y cerrándola: dicen que ese conde, ayudado por un ángel ó por un diablo, se escapa de lo más cerrado.

—Pues si es verdad que un poder superior protege al conde, vos que temeis tanto á los espíritus...

—Os diré: aquí no los temo.

—¿Y por qué?

—Porque creo que lo horroroso del lugar los ahuyentaria, contestó el capitan abriendo la segunda puerta. Para venir aquí, para sepultarse vivo en esta tumba, es necesario ser tan leal como yo lo soy al rey. Pero ya hemos llegado, añadió el capitan abriendo la tercera puerta.

Encontráronse en una especie de calabozo de diez pasos en cuadro, de bóveda deprimida, á la cual, por su alta estatura tocaba casi el capitan con la cabeza, y de muros macizos y robustos: á un lado habia una mesa y un sillon,

al otro un lecho: sobre la mesa se veia una cesta con provisiones.

—¡Ah! ¡ah! dijo Kaid; ¿comeis aquí, señor capitan, ó por ventura es la comida del conde?

—La suya y la mia, dijo el capitan, porque habeis de saber que el rey ha dispuesto que comamos juntos.

—¡Ah! ¿de modo que pasais con el preso parte de vuestro tiempo?

—Así es.

—¿Y ha cenado el conde ya?

—No por cierto, y con vuestra venia voy á avisarle.

Kaid ahogó una exclamacion de alegría. Todo se le allanaba en los principios, y esto era un buen augurio para los fines.

—Pero por Dios, dijo el capitan, á nadie reveleis que habeis visto al conde de Castilla: esto me haria perder la gracia del rey.

—¿Por quién me tomais, señor Velasco?

—Perdonad, perdonad; pero las precauciones exageradas que se toman con el prisionero me causan cierto temor vago: ¿querreis creer que siempre que abro la puerta miro con cuidado al interior del calabozo temiendo que se me haya ido el prisionero por las rendijas?

—¡Bah! hombres de carne y hueso no se escapan de prisiones como esta. No hableis, pues, de escapatorias: cuando un prisionero oye estas cosas de boca de sus guardianes, se anima.

—Decís bien, y yo no hablaria si el conde pudiese escucharnos.

—¿Cómo! ¿pues no está tras esa puerta?

—Tras esa puerta y otras dos más fuertes que esa, amigo mio.

—¡Ah! ¡de ese modo!

—Permitidme, voy á avisar al conde de que podremos cenar cuando quiera: esta noche es ya algo tarde; ¿pero qué quereis? de ello ha tenido la culpa la boba de doña María: ¡y pensar yo que mientras ella... y él... y otros... yo estoy aquí sepultado vivo!...

—Estóilo yo tambien.

—Pero vos lo estais por vuestro gusto.

—Ciertamente, por el gusto de vuestra compañía.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias, señor Juan de la Croix! yo os agradezco sobremanera vuestra compañía; pero para que pueda gozar libremente de ella, permitidme que concluya con el conde: ¡ah! me olvidaba: vuestra amiga doña María me tiene vuelto el seso: es necesario antes preparar la mesa, porque al fin el conde de Castilla es un gran señor, punto menos que un rey, y don Sancho quiere que se le sirva con respeto. Hacedme la merced de ayudarme á colocar esa mesa en el centro... muchas gracias; ahora dejad.

Y el capitan empezó á cubrir la mesa.

—¡Oh! dijo Kaid, ¡escudillas y copas de oro!

—¿Qué quereis? el rey se esfuerza por tratar dignamente á su huésped.

—No sé entonces de qué pueda quejarse el conde de Castilla.

—Como no sea de lo frio de los guisos... mirad: una ánade fria: este trozo de pernil, frio: jamon de javalí, frio

tambien: frio todo: aquí todo es frio... hé aquí otra de las cosas á que me sentencia el rey... ¡yo que necesito de manjares calientes! Ahora permitidme que os deje á oscuras mientras busco al conde. No tengo más que una lámpara. ¡Ya se vé! el rey no habia previsto que yo podria tener un convidado. Vuelvo al momento.

Y el capitan tomó la lámpara, abrió una puerta, y entró por ella dejando solo y á oscuras á Kaid.

Este hizo para sí el brevísimo razonamiento siguiente:

—Me desembarazo de una puñalada de este imbécil, me apodero de sus llaves, y salvo al conde. No... no... eso fuera imprudente... la guardia es numerosa... estamos además dentro de la ciudad... no, no... esperemos y aseguremos el golpe.

Apenas habia pensado esto Kaid, cuando se abrió de nuevo la puerta y apareció el conde de Castilla precedido del capitan.

—¿Sabeis que me voy ya cansando de vuestra vista, señor Velasco, dijo el conde, y de la frialdad de vuestras comidas?

—Lo siento, señor, contestó Velasco, y os puedo asegurar que aparte del placer que me causa el honor de hablaros y serviros tres veces al dia, yo tambieu estoy cansado; porque, en fin, yo tambien estoy preso como vos.

—Por lo que veo no estais solo, exclamó el conde reparando en Kaid y cambiando con él una penetrante mirada: ¿acaso este caballero va á relevaros?

—No, no por cierto, señor; pero este caballero, que aunque le conozco de muy poco tiempo, es ya un gran-

de amigo mio, se ha prestado á acompañarme esta noche.

—Muy vuestro amigo debe ser, repuso el conde, cuando os atreveis á desobedecer al rey trayéndole aquí.

—¿No sabeis, señor, que si yo cumpliera exactamente las órdenes del rey, estaríais cargado de hierros?

—Gracias, gracias, capitan Velasco; ya sé que sois un caballero, y si como espero, me veo pronto en libertad, os recompensaré.

—Paréceme, señor, que no tendreis ocasion de recompensarme; porque pensar que yo os he de dejar escapar es un sueño...

—Descuidad; sin que vos querais me escaparé yo.

—¡Ah, noble conde! dijo Velasco sonriendo; ¡bien sabe el rey en qué manos os ha puesto!

—Veremos, capitan, veremos.

—Una apuesta, señor.

—Como gusteis.

—Si os escapais...

—Si me escapo, os presentareis á mi merced en la corte de Castilla.

—Lo prometo.

—¿Y si no me escapo?

—Es que sino os escapais, no podeis pagarme nada. No hay pues, apuesta posible.

—Sí, sí, que la hay, porque de seguro me escaparé antes de tres dias.

—Pues sea la apuesta: si antes de tres dias os escapais, os hago pleito-homenage y juramento de presentarme á vos y ponerme á vuestra merced, sino es ya que el rey de Leon

me asegure tambien que me sea imposible cumplir mi juramento.

—Si el rey de Leon os asegura, yo le obligaré á que os suelte; descuidad. Quedamos, pues, en la apuesta: ahora cenemos.

—Cenemos.

Sentóse el conde, y el capitan Velasco se sentó frente á él.

—Y vos, caballero, dijo el conde dirigiéndose á Kaid, ¿no cenais?

—Permitidme, señor, dijo Kaid; ,tanta honra...

—Sentaos, sentaos, mancebo, que yo os juro que cuando escape de esta tendremos festin en que os colocaré delante de toda mi corte á mi derecha.

—¿Y yo, señor? dijo Velasco permitiéndose una libertad.

—Vos, dijo grave y friamente el conde, nos servireis la escudilla.

Mordióse los labios mortificado el capitan.

—No os ofenda esto, capitan Velasco: si yo doy un festin, estaré libre, y vos, cumpliendo con vuestro pleito-homenaje, estareis á mi merced; y cuidad de que merced os haré si os doy mi escudilla, porque tal oficio no le alcanzan en mi corte más que altos condes y leales caballeros.

—¡Ah, señor!.. procurad escaparos... porque yo os juro que no os he de dejar escapar.

—¿No habeis oido? dijo el conde con autoridad á Kaid: sentaos ¡vive Dios! pues yo os lo mando; sentaos á mi derecha; mancebo; ¿no veis que os espero para empezar, y que el capitan se impacienta?

Kaid se sentó á la derecha del conde, colocándose como por casualidad tan cerca de él que le tocaba con las rodillas.

—Hé aquí la ocasion de darle la carta de mi tia Ayelah, pensó el jóven.

Y mientras se arreglaba la servilleta sobre las rodillas, sacó hábilmente la carta de la escarcela, y por bajo de la mesa tocó rápidamente al conde, y encontrando una de sus manos, le entregó la carta.

—Decididamente, señor Velasco, dijo el conde disimulando su alegria y guardando con gran disimulo la carta; me escapo.

—Escapaos en buen hora, señor, dijo ya un tanto preocupado Velasco por la insistencia del conde en aquel pensamiento; pero si os escapais, cuidad de decir que me habeis sorprendido, para que no padezca mi honor.

—Os juro que vuestro honor no padecerá.

Y el conde, que se habia servido un trozo de pernil, se puso á comer en silencio y no volvió á desplegar los lábios.

El capitan y Kaid callaban tambien por respeto.

Cuando el conde hubo concluido se levantó.

—Volvedme á mi encierro, dijo.

—¿Qué, señor, tan pronto? observó el capitan.

—¡Ira de Dios! ¿quién os entromete en preguntarme? volvedme cuanto antes á mi encierro: esa luz me hace ma y sobre todo, á oscuras medito mucho mejor, y necesito encontrar el medio de escaparme.

—Sea como querais, señor.

Y el capitan Velasco se levantó con la boca llena, tomó

las llaves y la lámpara, y desapareció con el conde, que por cálculo no se despidió de Kaid.

Cuando tornó el capitan, se volvió con señales de disgusto á Kaid.

—¿Sabeis que el conde ha estado esta noche como nunca le dijo, y que esto me pone en cuidado?

—¡Bah! ¿y por qué?

—Ni aun se ha despedido de vos.

—¿Qué quereis? cosas de gran señor... yo estoy acostumbrado á estas cosas: así ni más ni ménos es el conde de Armagnac.

—Y esa idea fija, esa idea fija de la evasion...

—Es la idea fija de todo cautivo.

—Y esto de decir que medita mejor á oscuras...

—Y tiene razon; en la oscuridad se concentra más el pensamiento.

—Pues será necesario llevarle luz.

—Tanto más, que la luz ahuyenta los espíritus, y si el conde cuenta con alguna ayuda sobrenatural...

—Apagará la luz.

—Pero vos habreis puesto cuanto habeis podido de vuestra parte.

—Teneis razon; voy á buscar una lámpara á la guarda, y con gran sentimiento mio os dejo de nuevo á oscuras, á no ser que querais tomaros el trabajo de acompañarme.

—Os acompañaré, dijo Kaid temiendo si se quedaba que una sospecha pudiese iluminar el obtuso entendimiento del capitan.

Algun tiempo despues, el conde tenia luz en su calabozo.

—¡Oh! ¡Juan! ¡Juan! ¡hijo mio! dijo el conde cuando hubo oido cerrar al capitan las tres puertas que precedian al calabozo. Tú eres mi providencia, y esta carta... será de ella... de mi Sancha... veamos.

El conde se acercó á la luz, desdobló el pergamino, y suspiró al leer su escritura.

—No, no es de ella, exclamó.

Y luego, buscando la firma, dijo con espanto:

—Es de ella; de la hechicera; de Ayelah.

Y se acercó á la luz.

—Pero no, no, cuando Juan me la ha dado, Juan, que me ama, que es el esposo de mi hija, debe importarme esta carta: leámosla.

Y el conde leyó lo siguiente:

«Fernan, decia, esta es la última vez que te dirijo mi »pensamiento, y por la última vez te digo que te amo. No »volveré á decírtelo más, aunque te ame siempre en el »fondo de mi alma, porque si te lo dijera dentro de un mo»mento, faltaria á mis deberes. Voy á casarme. Cuando »leas esta carta estaré entre los brazos del conde don Vela »Sanchez. ¿Y sabes por qué me caso? por poner entre mi »amor y tú mi honra. Si yo permaneciese libre, te busca»ria, te seguiria, te acosaria con mi amor, y mi amor te »seria funesto. Casada, mi dignidad, mi virtud, me con»tendrán. Para que pudieras ser mio, enteramente mio, »seria necesario cometer un crímen con doña Sancha: yo »no cometeré jamás un crímen. Te amo, y te amaré siem-

»pre, pero en silencio. Estás preso, y te salvaré, pero por »medio de otras manos, y esas manos serán las de doña »Sancha. Valor, Fernan, valor. Tu esposa está en Leon, te »ama y es valiente: yo te amo tambien, y por medio de mi »sobrino Kaid la ayudo. Espera... ten confianza... dentro de »poco estarás en libertad y podrás reclamar á don Sancho »el precio del azor y del caballo: ese precio me le debes, me »lo debes todo, y vas á deberme la libertad. Así se venga »de tí la hechicera, la maldita, la gitana Ayelah.»

—¡Oh! ¡esa mujer! ¡esa mujer! exclamó Fernan-Gonzalez. Dice que se venga de mi abandono: ese es sin duda un nuevo lazo que me tiende... ¡y doña Sancha está aquí, y esa mujer tambien!... ¡oh! ¡protégela, Señor! ¡defiéndela de un crímen!

Ayelah era desgraciada: el conde en su prevencion interpretaba de una manera terrible hasta sus acciones generosas.

La carta de Ayelah explica la razon de su casamiento con el conde don Vela.

Una vez casado el conde de Castilla, necesitaba poner entre los dos su honor y su deber.

Y sin embargo, el conde no la comprendia.

Fernan-Gonzalez pasó orando toda la noche.

Kaid y el capitan Velasco la pasaron hablando de doña María y de doña Sol hasta una hora muy avanzada.

Al amanecer Kaid salió de la torre, y despues de haber observado á la deshecha sus alrededores, se trasladó á la casa de su padre.

CAPITULO XVIII.

De cómo no habian acabado los compromisos y los sobresaltos para el arcipreste Pero Sanchez.

Al mediar la noche siguiente, dos hombres atravesaban la desierta y silenciosa ciudad de Leon.

Aquellos dos hombres eran Wamdihavé y Kaid.

Llegaron á las tapias de la huerta de la abadía de San Salvador, y se detuvieron junto al postigo. Oyóse un hierro en la cerradura, y el postigo, que sin duda estaba cerrado solo con llave, se abrió.

Indudablemente en aquella ocasion servia mucho á los dos egipcios su práctica de ladrones.

Pero entonces su robo era sublime: iban á arrebatar una víctima á la tiranía.

Entrambos penetraron en la huerta y llegaron poco despues á la puerta de la mansion de Pero Sanchez, que fué abierta con las llaves maestras, á las que hoy se da el nom-

bre vulgar de *ganzúas,* con la misma facilidad que el postigo.

No habia luz dentro, pero se oía la fuerte respiracion de un hombre dormido.

Wamdihavé encendió luz por el cómodo y rápido medio que ya conocemos.

Oyéronse entonces pasos, una sombra interceptó la luz de la lámpara, y una mujer desalada se asomó á la reja.

Era doña Sancha.

—¿Quién sois? preguntó.

—Soy yo, vuestro más leal servidor.

—¡Ah! ¡Juan! ¡Juan! ¡vos aquí! ¿á qué venís?

—A daros noticias del conde.

—¡Ah, Dios mio! ¿le habeis visto?

—Sí, señora, anoche le ví.

—¡Preso!

—Preso.

—¿Y le hablásteis?

—No pude: habia testigos delante; pero pude dejarle una carta en que le decia que vos estábais en Leon.

—¿Y podreis salvarle?

—Será muy dificil, señora.

—¡Oh! ¡Dios mio!

—¡Pero si vos pudiérais hablar al rey, engañarle!

—¡Oh! qué pensamiento... sí, sí, es necesario que el rey sepa que estoy aquí.

—Lo sabrá.

—¡Oh! entonces hemos salvado al conde. Haced que el rey sepa cuanto antes que yo estoy en Leon.

—Lo sabrá mañana.

—Dios os premie, valiente Juan: no en vano confiaba yo en vos.

—¿Y cómo podiais dudar?...

—¡Pero Dios mio! vos dentro de la abadía esponiendo por mí vuestra vida.

—¿Y qué es mi vida, señora?

—¡Oh! vuestra vida es preciosa para mí, para el conde... para vuestra noble esposa.

—¡Ah! señora, el recuerdo de María me dá valor.

—Idos, idos; todo lo que hablemos es inútil, y tiemblo por vos mientras esteis dentro de la abadía.

—Sí, sí, señora, adios.

—Él os proteja.

Y tras estas palabras Kaid se dejó caer, cayendo de pié en el patinillo.

—Vamos, dijo Kaid á Wamdihavé.

—¿La habeis hablado, señor?

—Sí.

—¿No la habeis dicho que yo soy quien os ha traido hasta aquí.

—No. Marchemos, marchemos; nada tenemos que hacer aquí.

Un momento despues Kaid y Wamdihavé estaban fuera de la abadía.

. . . .

. . . .

Al dia siguiente al amanecer cuando el rey acababa de levantarse, porque entonces los reyes madrugaban, entró

uno de sus camareros y le entregó un pergamino enrollado y sellado.

—¿Qué esto? preguntó don Sancho.

—Unas letras que han dejado para vos, señor, en la guarda.

—¿Y quién los ha dejado?

—No se sabe.

—No se sabe... debíais detener á todo el que trajése letras para mí.

El camarero no supo qué contestar, y don Sancho desarrolló el pergamino y lanzó un grito de alegría.

—¡Que está aquí! ¡que está aquí! ¡en la abadía de San Salvador! ¡y mi madre me lo oculta! un ángel debe ser el que ha traido esta carta. Hola, Melendo; mis galas, mis mejores galas: has avisar á mi conde de palacio que espere en el patio con mi caballo y veinte hombres de armas. ¡Pero pronto! ¿no ves que estoy impaciente?

El camarero se apresuró á cumplir las órdenes del rey, que exclamaba con una alegría delirante:

—¡Está aquí! ¡está aquí! ¡y mi madre la guarda! ¡oh¡ !oh! yo juro á la señora reina doña Teresa que no me la volverá robar; yo se lo juro.

CAPITULO XIX.

En que el rey don Sancho hace una de las suyas.

Acaba de salir el sol y de levantarse la reina viuda doña Teresa, cuando de repente se abrió la puerta de su cámara y se la presentó su hija la infanta doña Elvira, abadesa de San Salvador, pálida y demudada.

—¿Qué acontece, hija mia, que así te muestras? dijo azorada la reina.

—Mi hermano don Sancho sabe que mi tia doña Sancha está en el monasterio.

—¡Que lo sabe el rey! exclamó con cólera la reina. ¿Y quién ha podido decírselo?

—No lo sé. La comunidad no lo sabe, yo á nadie lo he dicho.

—¡Ah! acaso el hombre de anoche... pero no importa... trasladaremos á mi hermana á otra parte.

—Es imposible, madre mia, imposible: el rey ha cercado con sus hombres de armas el monasterio: ha venido él en persona.

—¿Que ha venido en persona?

—Y usando de su autoridad de rey, ha mandado, ha aterrado, ha roto la clausura, y en este momento acompañado de sus feroces condes recorre la abadía, y no hay religiosa ó quien encuentre á quien no levante el velo creyendo que es doña Sancha.

—¡Oh! yo impediré los extravíos de ese loco mancebo, dijo la reina.

—Tened en cuenta, señora, que ese á quien llamais mancebo loco es vuestro rey, dijo don Sancho que entraba á punto en la cámara de su madre, y habia oido las últimas palabras.

—Si sois mi rey, yo soy vuestra madre, don Sancho, gritó la reina, y me debeis respeto y obediencia.

—En el asunto de que se trata, señora, hay consideraciones que me impiden obedeceros.

—¿Y de qué asunto se trata?

—Habeis reducido á prision á la condesa de Castilla; la condesa es nuestra pariente; nadie más que nos tenemos derecho á secuestrarla, y os la reclamamos.

—Y yo os digo, señor rey de Leon, mi soberano, que os han engañado... que no solo no está en mi poder la infanta doña Sancha de Navarra, mi *hermana menor*, sino que ni aun sé lo que es de ella.

—Me obligareis, señora, á que haga uso de mi autoridad.

—¡De vuestra autoridad!

—Sí por cierto; y si os resistís á entregarme á doña Sancha, forzaré las puertas de vuestro cuarto como he forzado las de la abadía, y no dejaré piedra sobre piedra hasta que encuentre á Doña Sancha.

—Doña Sancha en todo caso no es vasalla vuestra.

—Al venir á mi corte me rindió pleito-homenage.

El rey de Navarra don Garci Sanchez es el único que debe entender en la rebelion cometida por doña Sancha contra su familia.

—Yo soy el hijo reinante de vuestro esposo el rey don Ramiro, y como tal...

—Qué teneis vos que ver con los hijos de vuestro abuelo el rey don Sancho Abarca?

—Si mi tio me disputase el derecho que tengo sobre doña Sancha, llevaria mis huestes sobre el reino de Navarra.

—En buen hora, entendeos para este asunto con mi hermano el rey don Garci Sanchez.

—Entenderéme con él si le ocurre tomar cartas en este negocio; pero como está aquí la condesa de Castilla, y vos me la negais, me entiendo con vos.

—Pues os juro, hijo y señor, que yo no os entiendo.

—¡Hola! conde Armildez, gritó el rey.

—¡Cómo! ¿pretendeis allanar mi cámara, como habeis allanado la casa de Dios?

—Conde Armildez, dijo el rey sin escuchar á su madre: so pena de traicion si me desobedeceis, adelantad, registrad, forzad las puertas que encontráreis cerradas.

—Basta, dijo la reina; no permitiré que de tal modo se pise mi decoro.

—Retiraos, conde Armildez; yo misma entregaré al rey lo que busca.

—Retiraos, conde, dijo el rey.

El conde se retiró.

—¿Conque es decir que nada hay que se oponga á vuestra incontinencia, don Sancho? ¿Conque es decir que no satisfecho con haber penetrado á mano armada en la casa de Dios, de haber ofendido el pudor de estas castas religiosas, pasais sobre vuestra madre y la pisais?

—Cuando llegue la cuaresma, exclamó impaciente el rey, vendré á que me prediqueis; por ahora entregadme á doña Sancha, ó vuelvo á llamar decididamente al conde Armildez.

—Voy á entregárosla, pero os la entrego con mi maldicion.

—En buen hora: siempre que vuestras maldiciones no vuelvan á ponerme gordo me importan poco. En cuanto á vos, hermana doña Elvira, pudibunda abadesa, á quien veo zahiriéndome con vuestro rostro compungido, podeis en buena ó mala largaros de aquí é ir con vuestras horribles monjas á pedir á Dios venganza en contra mia.

—¡Oh! ¡decididamente, hermano, estais loco! dijo doña Elvira; ¡que Dios tenga piedad de vos!

—¡Vete! gritó el rey trémulo de cólera; ¡vete, hermana, ó haré contigo un desacierto!

La abadesa salió más que á paso y santiguándose, á punto que la reina entraba en la cámara llevando de la

mano á doña Sancha, cuya alegría al ver satisfecho su deseo, se ocultaba mal.

—Ahora bien, dijo el rey, que mi hermosa tia decida: ¿sois mi vasalla ó no, señora?

—Soy vuestra vasalla, dijo doña Sancha.

—¡Su vasalla! ¡tú su vasalla! exclamó furiosa la reina.

—Sí, hermana, sí, dijo doña Sancha, su vasalla soy, como esposa del conde de Castilla.

—Pero si el rey reconoce ese vasallage, reconoce ese casamiento, que yo, así como el rey de Navarra, no queremos, ni podemos, ni debemos reconocer.

—Por más que vos no querais reconocerlo, ese casamiento está hecho, consumado, y aun fructificado si hemos de juzgar por las apariencias.

—Es verdad, dijo la infanta levantando su pálida frente con orgullo: soy madre.

—Deshaced, pues, ese matrimonio si podeis, dijo don Sancho... y en fin, esta no es la cuestion... que decida mi tia. ¿Reconoceis algun derecho en vuestra hermana doña Teresa para teneros en prision?

—No, dijo doña Sancha.

—En ese caso, mi noble tia, daos á prision á vuestro rey.

—Me entrego á vos, señor, confiando en vuestra grandeza.

Don Sancho, ébrio de alegría, ofreció su brazo á doña Sancha, que arrojó una larga mirada de triunfo á doña Teresa.

—Lleváosla, señor, lleváosla, dijo la reina, pero tened presente que llevais con ella vuestro castigo.

Y la reina se entró irritada y rugiente en las habitaciones interiores.

—¡Oh! ¡qué hermosa, qué hermosa estais, doña Sancha! dijo el rey; me habeis robado vuestras primicias... tengo unos horribles celos... sin embargo, la maternidad os hace más hermosa.

—Ved, señor, que estamos en un convento.

—Es verdad... salgamos cuanto antes: estas paredes me sofocan: hola, conde Armildez, adelantaos: que arrimen la litera al pórtico. Vamos, señora, vamos.

Poco despues el rey entraba triunfante en su palacio llevando consigo á doña Sancha.

CAPÍTULO XX.

De cómo la mujer más pura transige un tanto si ve amenazada la vida del hombre que ama.

Era el medio dia cuando en una espaciosa y dorada cámara del castillo de Leon, reclinada en un estrado, con un hechicero abandono, y la dulce mirada lánguidamente fija en don Sancho, se veia á la hermosísima doña Sancha de Navarra.

La emocion, el deseo, el amor inmenso que don Sancho sentia por la condesa hacian brillar la magnífica hermosura del rey.

Si doña Sancha no hubiera estado enamorada del conde de Castilla ó hubiera sido menor su hermosura que la del rey don Sancho el amor que rebosaba de sus grandes, elocuentes y negros ojos la hubieran fascinado.

Además el rey, que apenas habia cumplido veinticinco años y se encontraba por lo tanto en el período florido de su juventud, era muy simpático: tenia un alma noble,

benévola, entusiasta, y de seguro si hubiera enamorado á do ña Sancha antes de que la enamorase el conde de Castilla, doña Sancha le hubiera amado.

Pero cuando el rey requirió de amores á su tia estaba repugnante, horrible, con la piel arrugada y asquerosa, y doña Sancha no pudo amarle á pesar de su corona, porque doña Sancha valia demasiado para venderse.

Si entonces se mostraba sonriente y lánguida con el rey, era porque doña Sancha contaba con su fascinacion para salvar á su marido.

El rey sin embargo, prcpenso como todos los enamorados á interpretar la más leve señal de aprecio en su favor, creyó que el objeto de doña Sancha al casarse con el conde más que amor habia sido ambicion por ceñirse una corona que, aunque no de rey, habia adquirido sobre la frente de Fernan-Gonzalez, un valor superior al de las de muchos reyes, y que una vez satisfecha esa ambicion, doña Sancha condenaria al conde á la suerte comun de los maridos.

Justo es que digamos á nuestros lectores que don Sancho se engañaba; pero para que no se hubiese engañado era preciso que no hubiera estado enamorado.

—Al fin, al fin, os vuelvo á ver, adorada mia, dijo el rey pretendiendo asir una mano, que doña Sancha retiró con una hechicera coquetería: al fin despues de tanto sufrir veo una dulce sonrisa en vuestros labios una mirada de paz en vuestros ojos.

—Culpa ha sido vuestra, don Sancho, dijo la condesa, si siempre no habeis tenido en mí una parienta cariñosa.

—¡Oh! ¡culpa mia!

—Sí, culpa vuestra: ¿y qué diríais si os afirmase que vos habeis tenido la mayor parte en mi casamiento con el conde de Castilla?

—No hablemos de eso, doña Sancha, no hablemos de eso; ¿acaso vos no os habeis empeñado en ser su esposa á pesar de los cielos y la tierra?

—Acaso si no hubiera encontrado tantas dificultades no hubiera sido tanto mi empeño: nada amamos tanto, señor, como aquello que se nos prohibe.

—¡Oh! ¡oh! ¡acaso porque ahora os esté prohibido amarme, me amareis!

—¿Y cuándo no os he amado yo, don Sancho?

—¡Señora! si me habeis amado, me habeis dado muy malas pruebas de ello.

—¡Consistia eso en que me pedíais un amor imposible!

—¡Imposible y os ofrecia mi mano, mis reinos, mis tesoros!...

—En daño de vuestra esposa, que me hubiera maldecido.

—Pero ahora somos casados los dos.

—Eso aumenta las dificultades.

—¡Cómo!

—Sería necesario que los dos olvidásemos nuestros deberes.

—¡Deberes! ¡deberes! ¿querreis creer que esa palabra me ha parecido siempre áspera y amarga?

—Por lo mismo vale tanto el que sabe cumplir con lo que se debe á sí mismo y á los demas.

—Pues yo creo, señora, que lo que *debemos hacer* es lo

que más grato nos sea: ¿quién nos agradecerá nuestros sacrificios?

—Dios y nuestra conciencia.

—Pero en fin, amada, hermosísima tia, ¿no me concedereis una sola esperanza?

—¿Acaso puedo robaros yo lo que Dios concede al hombre hasta su agonía, hasta en su último momento? ¡la esperanza! la esperanza está en nosotros: ¡la esperanza nadie puede dárnosla ni quitárnosla.

—Pero la esperanza que lucha con la duda, es ya una esperanza cruel.

—¡Esperad!

—¡Que espere! ¡vuestros adorados labios me dicen que espere!

—Sí, sí, os digo que espereis: tenemos la misma edad, somos jóvenes: quién sabe si mañana...

—¡Mañana... es decir, esperar indefinidamente!

—¿No fuera peor que os dijera: no espereis, porque no os amo?

—¿Y me amais?

—Dadme motivos para que os ame.

—¿Y qué quereis que haga, señora?

—No seais cruel con mi esposo.

—Vuestro esposo, señora, me ha ultrajado...

—Sea así; pero sed justo con él, juzgadle sin pasion, y sobre todo dejad ese vergonzoso misterio: decid ante la faz del mundo: he preso á mi vasallo el conde de Castilla; le he sometido á la justicia de mis reinos; le he hecho juzgar por mis córtes: si el conde es sentenciado por las córtes, no me

quejaré, no habreis sido vos quien le haya matado, sino la ley... pero entre tanto sed humano...

—Solo habeis venido por vuestro esposo, dijo el rey, cuya frente se nubló.

—¿Y cuál era mi deber?...

—Es verdad, dijo convencido el rey.

—Además, señor, y aunque no sea más que para cubrir las apariencias, debeis tratarme como á vuestra parienta que soy; dejadme en libertad en vuestro palacio.

—¿Y no lo estais, señora? ¿dónde están vuestros guardas?....

—Además, señor, debeis permitirme que vea alguna vez, aunque no sea más que un momento, á mi marido.

El rey guardó silencio y meditó.

—Ella es enérgica y valiente, se dijo: si yo me obstino, necesariamente la irritaré: además, ¿qué pierdo en que vea al conde... en dejarla cierta libertad?... si ama á su marido como dicen, y como parece haberlo demostrado, mientras él esté preso, la tendré segura... si no es tanto su amor, mi solicitud por servirla la interesará por mí: en todo caso lugar tengo de llegar á los extremos.

—¿No me contestais, señor? dijo doña Sancha.

—¿Quereis, mientras las córtes deciden de la suerte del conde, verle algunas veces?...

—Sí, es prudente... todos saben que estoy aquí... el no visitarle yo, os haria parecer tirano.

—Pues bien, ¿cuándo quereis verle?

—Mañana.

—Mañana os daré una órden para el guardian del conde y un guia para su prision.

—Aun me falta una gracia que pediros.

—¿Cuál?

—Se me tiene reclusa en el interior del castillo.

—¿Os agrada esta cámara? tiene por un lado miradores á la plaza, y por otro á los jardines.

—Bien, me quedaré en ella.

—¿Podré contar con que me concedereis vuestra adorada visita con alguna frecuencia?

—¿No sois mi rey y mi señcr?

—Es que no quisiera disgustaros.

—Venid, venid cuando querais, señor.

—¡Ah doña Sancha! usaré de vuestra licencia... pero los deberes de la corona son enfadosos... y el consejo me espera.

—Sí, sí; id, señor, y cumplid con vuestros deberes.

—Pensad en mí, doña Sancha.

—Pensad vos en lo que os he pedido.

—¿Y pensareis vos en mis peticiones?

—Esperad.

Don Sancho besó respetuosamente, aunque con más ardor del justo, una mano de doña Sancha, y salió.

La condesa notó que cerraban la puerta.

—No me importa, dijo, si me habeis dejado miradores sobre la plaza.

Y se asomó á uno de ellos.

—¡Allí está! ¡allí está siempre fiel y leal! ¡oh! ese jóven merece bien que Fernan le haya dado por esposa á su

hija... ya oscurece... aprovechemos la luz que queda de dia.

Y yendo á una mesa en que acaso por olvido habian dejado recado de escribir, estendió apresuradamente algunas líneas en un pergamino.

Despues le enrolló y le sujetó con una rica sortija.

Entonces esperó, y cuando empezó á oscurecer hizo con su pañuelo desde dentro de sus miradores señas de que se acercase Kaid.

Un momento despues el jóven estaba bajo el mirador, y doña Sancha dejó caer el pergamino.

Kaid le recogió y partió.

Aquel pergamino decia:

«Puesto que sabeis cuál es la prision del conde y podeis penetrar en ella, estad mañana á la noche allí, armado y dispuesto á todo; yo entraré: cuando salga, acompañadme: tened cerca de la prision un caballo y algunos hombres de confianza. Mañana al oscurecer. Doña Sancha, condesa de Castilla.»

Cuando Kaid llegó á casa de su padre y leyó esta carta, exclamó:

—¡El conde, mi noble y valiente padre, se ha salvado!

Y fué á ver á Wamdihavé, que exclamó:

—¡Doña Sancha es una gran mujer!

CAPITULO XXI.

De cómo el capitan Velasco tuvo motivos para arrepentirse de haber estrechado de una manera tan espontánea con Kaid.

Apenas habian tocado las campanas de Leon las oraciones de la noche del dia siguiente, cuando dos hombres á caballo se encaminaron hácia la parte de la ciudad en que estaba situada la torre que servia de prision al conde de Castilla.

Al llegar á una plazuela inmediata, uno de aquellos hombres desmontó, y entregando las bridas de su caballo á su compañero, le dijo:

—Padre, espérame aquí.

Luego siguió adelante y llegó á la prision.

—¿Quién vá? gritó el atalaya.

—Decid al señor capitan Velasco que está aquí su amigo Juan de la Croix.

Poco despues el avellanado veterano recibió con los brazos abiertos á su jóven amigo, y le introdujo en la torre.

No pasó mucho tiempo hasta que una dama tapada, acompañada de un escudero, llegó á la torre.

—¿Quién vá? repitió el atalaya.

—Haced venir á vuestro capitan de órden del rey, dijo el escudero.

Avisó un soldado al capitan Velasco, que se presentó pasado algun tiempo.

—Informaos de esta órden del rey, dijo el que acompañaba á la tapada, dándole un pergamino.

El capitan Velasco entró y leyó á la luz de la lámpara de la guarda el pergamino, que decia así:

«Don Sancho por la gracia de Dios, rey de Leon, de »Asturias y de Galicia, á nuestro buen vasallo el capitan »Velasco de la Riva: Por la presente os mandamos que »permitais entrar en la prision del conde de Castilla y permanecer á solas con él, á la dama que esta nuestra real »órden os presentare, y que no pretendais saber quién sea, »dejándola salir libremente cuando lo deseare. — El rey.»

—Entrad, entrad, señora, dijo el capitan.

La tapada entró: el hombre que la acompañaba fué á entrar.

—Vos no, dijo el capitan; la órden que me habeis presentado solo permite la entrada á esta dama; lo más que puedo hacer por vos, es que la espereis dentro de la guarda: vos, señora, cuando gusteis...

—Guiad, caballero, dijo la dama con una voz tan sonora que encantó á Velasco, hombre á propósito para dejarse encantar.

—Al llegar á la antecámara de la prision del conde, la dama se extremeció al ver en ella á Kaid.

El capitan en silencio abrió las tres puertas que conducian al calabozo, y la tapada entró.

Las puertas volvieron á cerrarse.

En el primer momento el conde de Castilla creyó que aquella mujer sería Ayelah, y su rostro se nubló; pero cuando hubo sonado al cerrarse de la última puerta, y la mujer se descubrió, el conde lanzó un grito de alegría.

Era doña Sancha de Navarra.

—¿Tú, tú aquí, Sancha mia? exclamó el conde no creyendo á sus propios ojos y abrazando á su esposa, que se dejó caer desfallecida entre sus brazos. ¿Acaso ese infame te sepulta conmigo en vida?

—No, no, dijo doña Sancha con voz apagada por la conmocion: puedo salir cuando quiera, pero no saldré; quien saldrá eres tú.

—¡Tú! quedarte tú aquí, espuesta á las asechanzas de ese miserable!

—¿Qué, acaso no lo estoy?

—¡Cómo!

—Yo tambien estoy presa.

—¡Presa tú!

—Preciso era que esto sucediese para salvarte.

—¡Dios mio! ¡salvarme yo y dejarte aquí, en mi lugar! eso no puede ser, Sancha; imposible: dejarte espuesta...

—Tu prision me espone más...

—¿Que te espone más mi prision?

—Si mañana ese miserable rey te sentenciase; si pusiese mi honra por precio á tu cabeza...

—¡Oh! ¡tu honor y el mio antes que todo! ¿qué importa la vida cuando se trata del honor?

—¡Oh! yo no tendria valor... tu vida... si eso aconteciese... te salvaria, te deshonraria y moriria despues.

—¡Oh! ¡qué horror!

—Un solo medio hay para conjurar esa desdicha.

—¿Cuál?

—Yo puedo salir; he entrado encubierta: somos de la misma estatura; ponte mis ropas; déjame las tuyas... sálvate... Fuera te espera el esposo de tu hija...

—De mi hija...

—Sí, todo lo sé... te he perdonado tus locuras de mancebo... pero sálvate, Fernan, sálvate; fuera te espera Kaid... más allá un caballo... yo te traigo mis vestidos, oro y un puñal.

—¿Pero has concebido bien las consecuencias... las horribles consecuencias?...

—Si no te salvas, muero...

—¡Oh! por piedad, Sancha, por piedad... escúchame: aprovecha los servicios de ese valiente mancebo para salvarte tú... vuelve á Castilla, trae contigo mi valiente bandera, mi ejército...

—¿Y si entre tanto?...

—De igual modo puede peligrar tu vida.

—No, no; yo sabré contener al infame; además tengo á mi hermana, que me protejerá; el rey don Sancho no se atreverá á nada en contra mia, porque temerá al mismo

tiempo la cólera de mi hermano el rey de Navarra, la tuya, el escándalo de su mismo reino. Por el contrario, matándote á tí, nada tiene que temer, porque contará con el apoyo del rey Garci-Sanchez, y Navarra y Leon unidos despreciarán á Castilla, porque tu ejército solo es invencible cuando le mandas tú: vé, Fernan, vé: levanta tu bandera, acomete á Leon, reclama con las armas en la mano á tu esposa, y hazte de una vez independiente: siguiendo mis consejos, nada tienes que temer; si te obstinas, todo lo hemos perdido.

El conde vaciló aun; pero fueron tales las razones y las lágrimas de doña Sancha, que al fin cedió; cambió sus ropas con su mujer, ocultó bajo ellas un puñal que doña Sancha le habia entregado con un cinto de oro, y cuando estuvo hecha esta transformacion, doña Sancha llamó á la puerta y se acostó en el lecho vestida con las ropas de Fernan-Gonzalez.

En aquel momento Kaid prometia al capitan Velasco que él habia de saber quién era la misteriosa tapada que habia entrado.

—Algun lazo que le tiende el rey, dijo Velasco; pero el tal lazo debe ser magnífico... cuando salga acompañadme, seguidle y sepamos quién es.

—Os juro que lo sabreis, dijo Kaid, y que lo sabreis muy pronto.

—Lo creo, lo creo, porque vos, señor conde, sois lo más aproposito para estos empeños: dígalo si no el afecto con que os trata la esposa de don Vela... pero llaman otra vez... voy á abrirla; estad atento.

En efecto, el capitan abrió y salió á poco con la tapada: la vista perspicaz de Kaid no le engañó: bajo aquel manto, bajo aquel brial habia reconocido al conde de Castilla.

El capitan nada conoció, ni tampoco, cuando hubieron llegado á la guarda, conoció el cambio quien habia acompañado hasta allí á doña Sancha.

El conde disfrazado y el escudero salieron.

—Id, id en pos de ella, dijo el capitan á Kaid, y no la perdais.

—¡Oh! dijo Kaid, estad seguro que no la perderé.

Y siguió al conde y al escudero.

A alguna distancia de la torre en una calleja lóbrega y escusada, Kaid avanzó y desnudó su espada.

—Rendíos, gritó asiendo al atónito escudero y poniéndole ante los ojos la punta de su espada.

—Sí, rendíos al conde de Castilla, exclamó Fernan-Gonzalez levantando sobre él su puñal.

El escudero atónito no acertó á pronunciar una palabra: Kaid retiró la mano para herirle.

—No, no, dijo el conde, la sangre inútil provoca la cólera de Dios. Atémosle con un pañuelo los brazos y con otro la boca, y llevémosle delante.

Hízose como lo habia dicho el conde, y al fin llegaron adonde estaba Wamdihavé con los caballos.

Montó Kaid en el suyo, puso delante de sí, como si se tratase de una dama, al conde, y poco despues los tres salian de Leon por una puerta cercana.

CAPITULO XXII.

De cómo Fernan-Gonzalez encontró cuando menos lo esperaba su egército.

Mientras el capitan Velasco, ál encontrar en vez del conde á doña Sancha, maldice su suerte y se mesa los vigotes; mientras el rey don Sancho jura tomar cruda venganza de aquella mala pasada, y atormenta á su hermosa tia y la obliga á poner en juego todos los recursos de su valor y de su virtud, sigamos á Kaid y al conde, que solos ya, y habiendo mudado el segundo de vestidos, cabalgan á mata caballo hácia la frontera castellana.

Dos dias despues de los acontecimientos anteriores, y á tiempo que amanecia, avistaron el Carpio: de esta villa á la frontera quedaba entonces muy poco trecho; pero como iban fugitivos y era de presumir que se les persiguiese, se apartaron del camino para tomar los montes y evitarse con un rodeo pasar por la villa, donde si eran conocidos podian correr algun peligro, y empezaron á trepar por el repecho de una loma.

El dia esclarecia más y más. De repente se detuvo el conde y aplicó el oido.

—¿No oyes, Juan, hijo mio? dijo el conde.

—Sí, sí por cierto, señor; oigo á lo lejos de la parte de la villa trompas de guerra.

—¿Y no conoces el son que tañen esas trompas?

—¡Ah, señor! exclamó Kaid, es el son de la marcha de guerra de los castellanos.

—Sí, sí, Kaid; esperemos, esperemos: mira, allá junto á la villa una nube de polvo se levanta entre las nieblas de la mañana: ¿no oyes ya más distintamente el alarido de mis trompas? ¿no ves, no ves brillar yelmos y escudos? ¡Ellos son! ¡ellos son! ¡mis bravos castellanos que vienen á salvar á su señor!

—Tal vez sea una embajada.

—No, no, hijo mio, es mi ejército: mira, mira, el pendon del señor San Yago nuestro patron; mi bandera roja con su cruz y sus castillas de oro. Adelante, Juan, adelante; salgámosles al encuentro; ¡son ellos!... ¡mis valientes! ¡mis leales vasallos que entran en guerra por Leon! ¡Oh, ¡rey don Sancho, rey don Sancho! ¡puedo revolver sobre tí y hacerte pedazos, infame, antes de lo que esperaba!

Y el conde y Kaid descendieron, llegaron al camino y se escondieron pié á tierra entre una arboleda.

No tardó mucho tiempo en escucharse próximo el son de las trompas: poco despues agrupados en monton pasaron á buen paso como mil arqueros castellanos, en medio de los cuales flotaba un pendon verde con una cruz en el centro orlada de castillas.

—Los arqueros de mi guardia con su bravo conde Anzures, exclamó Fernan-Gonzalez con alegría: allá van, allá van: mira, aquel es el bravío Asnar, este otro que canta alegremente Pero de Aguilera; aquel que de tiempo en tiempo reconoce la cuerda de su arco, como si estuviera próximo á entrár en batalla, Jacobo Maldonado: ¡ah! ¡valientes mios! ¡creeis que vuestro conde está en peligro y correis á su ayuda! ¡no sabeis que vuestro señor os está mirando extremecido de alegría!

El trage de estos arqueros era brevísimo y pintoresco: componíase de una gorra con pluma de águila, de un camisote de mallas con capellina, de un sayo verde, sujeto por un ancho cinturon de piel de toro, del que pendia una bolsa, un puñal y una aljaba llena de flechas: calzaba abarcas y llevaban en las manos fuertes arcos de acebo.

Apenas pasaron los arqueros, dejáronse ver quinientos honderos, en el centro de los cuales ondeaban una bandera azul; luego pasaron dos mil ballesteros con bandera blanca; luego se oyó un rechinamiento duro, y tirada por treinta bueyes pasó lentamente una de esas pesadas máquinas de guerra, que ha hecho inútiles la artillería, y que se llamaban arietes, pasaron tres de estos; despues pasó un tropel de hombres de armas, armados con pesados yelmos y planchas de hierro, ginetes en poderosos caballos, empuñando largas y pesadas lanzas, y embrazando anchos escudos; en medio de este escuadron flotaba la bandera roja del conde pesadamente bordada de oro que llevaba el conde de Salas de Lara.

Aunque quedaba por pasar el grueso del ejército, Fer-

nan-Gonzalez no pudo contenerse al ver á todos sus nobles y valientes capitanes al rededor de su bandera; pero Kaid le detuvo.

—Esperad, esperad, le dijo: ¿qué es aquello que vuestros vasallos traen en aquel carro?

El conde miró: efectivamente á la sazon rodeado de los primeros vasallos de Castilla, iba un carro tirado por ocho caballos blancos cubierto de paños de púrpura, y sobre los paños en un alto estrado una estátua de piedra, en cuya cabeza se veía una corona de oro, y un manto sobre sus hombros.

Aunque grosera la estátua tenia una gran semejanza con el conde Fernan-Gonzalez.

—¿Por qué han hecho ese simulacro de piedra? dijo el conde: vive Dios que se me parece harto, y que no adivino lo que quieren mis vasallos.

—Acaso lo declaren los versos que están escritos en esa tabla al costado del carro.

El conde reparó en la tabla y leyó los cuatro versos siguientes escritos en letras descomunales.

La imágen de nuestro conde,
llevamos en esta piedra,
y atrás no nos volveremos
si atrás no se vuelve ella (1).

(1) He aqui parte del romance antiguo á que nos referimos en los versos del testo:

Juramento llevan hecho
todos juntos á una voz
de non volver á Castilla
sin el conde su señor;
la imágen suya de piedra
llevan en un carreton,
jurando si atrás no vuelve,
de non volver ellos, non.

Véase la coleccion de romances españoles anteriores al siglo XVIII, de don Agustin Duran.

—¡Oh! mis valientes y mis leales! exclamo el conde conmovido: no me volveré yo tampoco á Castilla antes que esa tosca imágen, hasta salvar á mi esposa.

Y apretando los acicates á su caballo, se encaminó á los suyos seguido de Kaid.

Algunos de los castellanos al ver venir hácia ellos dos hombres armados, se volvieron con aspecto amenazador pero al reconocer al conde, se levantó un alarido de alegría.

En un momento Fernan-Gonzalez se vió rodeado de sus capitanes, de todo su ejército, que exhalaba fréneticos gritos de júbilo. El conde esperó á que se exhalase aquella alegría, y cuando se hubo calmado, les dijo:

—Habeis pasado la frontera de un reino en que se nos ha hecho una traicion infame: la misericordia de Dios nos ha salvado por medio de nuestra valiente esposa, que ha quedado presa en nuestro lugar.

—¡Venganza! gritaron todos. ¡A Leon! ¡á Leon!

—Si, amigos mios, á Leon; habeis venido por vuestro señor, y vuestro señor os lleva en demanda de su esposa.

—¡Sí, sí! ¡salvemos á nuestra señora!

—¡No dejemos piedra sobre piedra en Leon.

—¡Guerra y venganza!

—¡Sí, sí, amigos mios! exclamó el conde; ¡guerra y venganza! á Leon, amigos mios, á Leon, y escuchad lo que os dice vuestro conde: yo os juro no envainar mi espada ni volver á Castilla, sin haberla rescatado del feudo y tributo que paga á los monarcas de Leon.

—¡Viva el conde Fernan-Gonzalez! gritó entusiasmado al escuchar aquel juramento el ejército.

—¡Adelante, amigos mios, adelante! gritó el conde. ¡Castilla y San Yago! ¡estamos en guerra con Leon!

Y el conde rompió adelante, y el ejército prosiguió en marcha lanzando gritos de guerra.

CAPITULO XXIII.

De cómo el rey acabó de convencerse de que sus amores con doña Sancha eran cosa imposible.

Con gran asombro del capitan Velasco el rey no hizo con él ninguna ostentacion de enojo ni de autoridad, cuando temblando fué á noticiarle que en vez del conde de Castilla habia encontrado en la prision á doña Sancha de Navarra, vestida con las ropas del conde.

El rey al escuchar esto se redujo á dar algunos paseos por su cámara asiéndose la barba y con la vista fija en el suelo en ademan profundamente pensativo.

Esto aumentó el terror del capitan Velasco, que no acertó á atribuir aquel silencio y aquella meditacion sino á que el rey andaba escogiendo el suplicio más duro é inusitado para castigar su torpeza por haberse dejado engañar.

En efecto, en el capitan Velasco no habia más delito que el de torpeza, porque se habia quedado con una prenda tal, que no podia acusársele de traidor.

—¿Qué hemos de hacer? dijo el rey deteniéndose: confieso que esto me contraría y me irrita sobremanera porque al fin yo los tenia á los dos en mi poder; pero confieso tambien que toda la culpa es mia.

—¡Señor! ¡ah, señor! ¿qué decís? exclamó el capitan creyendo un sueño de su deseo aquellas benignas palabras.

—Digo que tan engañado he sido yo como tú: por mejor decir, yo he sido el único engañado: yo no debia haberme fiado de su dulce sonrisa, de sus palabras falsas, de sus miradas traidoras. Pero no importa: si ha salvado á su marido, no ha sido sin quedarse en nuestro poder... pues bien, Velasco, sigue en tu guarda... guárdala, pero guárdala mejor que has guardado al conde.

—¿Y con el mismo misterio?

—Con el mismo misterio.

—¿Y comeré con ella como comia con su marido?

—No, no, yo mismo me encargaré de eso.

—¡Ah! dijo para sí Velasco, comprendo: esto no es muy honroso para mí, y el rey ha encontrado un medio de castigarme... pero no importa; prefiero este castigo á un descabezamiento ó á una prision de por vida.

Como se ve, en aquellos tiempos en que se creia, en que se rendia por todos un culto idólatra al honor, habia hombres que preferian perderlo á perder la cabeza. El rey por otra parte sabia demasiado que un noble no puede vivir sin cabeza, pero sin honra sí; sabia cuánto es amable la vida, y no se detenia en exigir á sus nobles cierta clase de servicios.

El rey se trasladó con el capitan á la prision y se hizo encerrar con doña Sancha.

El rey entró en el calabozo calenturiento, por mejor decir, desesperado.

Doña Sancha le recibió con un desprecio glacial: no era ya la hermosura tentadora que le habia fascinado el dia anterior, sino la representacion fria, severa, de la virtud resignada á todo, á la lucha, á la muerte si era preciso.

El rey se desconcertó ante el aspecto glacial de doña Sancha.

—¿Sabeis que os sienta muy bien el noble trage de vuestro esposo? dijo con sarcasmo el rey.

—Todo lo que pertenece á mi esposo me sienta bien, dijo con una calma profunda doña Sancha.

—¡Ah! ¡os sienta bien todo! ¿y os sentará de igual modo bien el hacha y el tajo que yo le destinaba por traidor?

—Cuando he entrado aquí he entrado resuelta á morir, dijo doña Sancha.

El rey dejó ver una amarga sonrisa por aquel amor sublime que así se sacrificaba.

—Pero él vive, dijo doña Sancha; es valiente y poderoso y él me vengará.

—¿Y qué me importa? ya sabeis que tengo un formal empeño en poseeros, y os poseeré á pesar de todas las venganzas del mundo.

—No me poseereis, don Sancho, esclamó con su inalterable sangre fria doña Sancha.

—¿Y quién ha de salvaros? dos veces habeis estado en mi poder sin defensa; la una os salvó un demonio; la segunda

mi mujer, que es casi tan fea y tan vieja como el diablo, en union con mi madre, que ha contraido un formal empeño en entrometerse en mis cosas; pero ahora. ¿quién os salvará de mí?

—¡La muerte! exclamó doña Sancha con su eterno acento glacial.

—¡La muerte! ¡bah! exclamó el rey sobreponiéndose á un terror sordo que aquella palabra habia hecho brotar en su alma: ¡la muerte! eso se dice...

—Y cuando lo dice una mujer como yo, se ejecuta.

—Os juro que sabré evitarlo.

—Escuchad, don Sancho, dijo la condesa, sacando un pequeño objeto de oro de su seno: ¿veis esto?

—Sí.

—¿Y sabeis lo que es?

—No.

—Pues bien, esto es un pomo.

—¿Un pomo?

—Sí; en este pomo hay un veneno activo, terrible; una sola gota de este veneno que caiga sobre la piel únicamente, causa una muerte instantánea.

—Pero eso no puede ser... eso sería cometer un crímen inútil, dijo el rey enteramente atortolado.

—Dad un paso más hácia mí si os atreveis.

—No, no, doña Sancha, exclamó el rey retrocediendo en vez de avanzar; sois capaz de todo, bien lo sé, y yo jamás me perdonaria el haber causado vuestra muerte.

—¡Oh! ¡bien lo sabia yo! dijo doña Sancha con despre-

cio: sois malo á medias: por lo mismo antes de venir á salvar á mi esposo me preparé á todo.

—Bien, dijo para sí el rey, todo tiene remedio: un brebaje que aletargue... se la quita el pomo, se toman precauciones, en todo caso se la ata como á una loca... y el tiempo... el tiempo y la paciencia domestican á las fieras.

Parecia que doña Sancha habia comprendido el pensamiento del rey, porque le dijo:

—Pero aunque mi muerte os horrorice, bien sé que sois capaz de un atentado: ese atentado puede suceder, por ejemplo, dándome alguna yerba en la comida que altere mi voluntad ó me adormezca; por lo mismo, no comeré más que huevos que yo misma haya cocido, mientras esté en vuestro poder.

El rey abrió los ojos y la boca de una manera singular.

—¿Por quién me tomais, señora? dijo.

—Os tomo por lo que sois, y estoy dispuesta á esperar, siguiendo la conducta que os he dicho, á que mi esposo venga á obligaros á ponerme en libertad.

—Estais muy envanecida con vuestro conde de Castilla, señora, dijo el rey irritado: no parece sino que vuestro esposo es un paladin de la Tabla redonda: como si yo no tuviese ejércitos, ó como si mis hombres fueran de masa, y mis murallas de corcho: podrá suceder muy bien, si el conde se atreve á hacerme la guerra, que le prenda y le mate, y entonces...

—Entonces moriré yo tambien.

A aquella contestacion el rey dió un paso hácia doña Sancha, y esta levantó el pomo hasta su boca.

El rey horrorizado se hizo atrás, llamó á la puerta, le abrieron, y escapó.

—¡Oh! dijo tranquilamente doña Sancha guardando el pomo en el seno y reclinándose en el lecho: quien no teme á la muerte no puede ser deshonrado.

Era una heroina, tenia la conciencia tranquila, estaba satisfecha de sí misma, y se durmió.

En cambio el rey, á quien la noche anterior habia desvelado la esperanza, no durmió ni un solo momento, desvelado por la desesperacion.

CAPITULO XXIV.

De cómo por permision de Dios, que castiga los vicios, las cosas fueron para el rey don Sancho de mal á peor.

Ocho dias despues de la evasion del conde, los buenos vecinos de la ciudad de Leon despertaron asustados por un amenazador estruendo de trompetería que resonó de repente delante de los muros, y los condes ó gobernadores de las torres corrieron desalados al palacio á dar al rey la nueva.

—Un poderoso ejército, señor, le dijeron, ha aparecido entre las montañas, ha adelantado, y en este momento se ocupa de poner cerco á la ciudad.

—¿Y vosotros qué habeis hecho? dijo mirándoles el rey con el mismo aspecto de indiferencia que si le hubieran dicho que habia aparecido una bandada de estorninos.

—Tenemos muy poca gente, señor, dijo uno de los condes.

—Y mal armada, añadió otro.

—Y los enemigos son innumerables, observó un tercero.

—Y traen arietes, catapultas y ballestas, concluyó otro.

—¿Pero qué habeis hecho? repitió flemáticamente el rey.

—Hemos cerrado las puertas.

—Hemos cubierto las almenas que hemos podido.

—Hemos venido á avisaros.

—Hemos preparado piedras en los matacanes.

—¿Y no habeis salido á reconocer á los enemigos?

Los condes callaron.

—El miedo os ha hecho ver innumerables á los enemigos, cuando nada hay innumerable más que las estrellas. Ea, quitaos de delante de mí, cobardes; id á defender vuestras torres, y tened en cuenta que al que me vuelva á dar otra prueba de cobardía, le ahorco por los piés.

Los condes salieron cabizbajos y mohinos.

—¡Galvan! ¡Anzures! ¡escuderos! gritó el rey.

Al momento se presentaron los llamados.

—Al momento, Galvan, dijo el rey, vé á ver qué gente es esa que ha venido á visitarnos tan de mañana: tú, Anzures, has tocar á rebato y reune mis guardas: vosotros armadme.

Galvan y Anzures salieron, y los escuderos empezaron á armar á su señor.

Poco despues oyóse en el patio del castillo un gran tráfago de hombres, armas y caballos, y algo adelante el son de todas las campanas de la ciudad que tocaban á rebato.

Entre tanto armados hasta los dientes habian rodeado al rey su conde de palacio, sus proto-espatarios, sus escuderos, su mayordomo, toda su alta servidumbre en fin.

—Conde Dieguez, dijo el rey, vé y has pregonar por la ciudad que todos los hombres desde diez y seis á cincuenta años se presenten armados en los muros; que las mujeres permanezcan en sus casas; que estén estas cerradas y las calles libres; que por la noche cada vecino asome una luz á su puerta: tú, Garci-Dávalos, recorre la ciudad contínuamente con cien hombres, y cuida de que se obedezcan estas órdenes: y tú, Braulio, mi buen capellan, vé á decir al obispo que con sus canónigos y clérigos ruegue á Dios en la iglesia mayor para que nos dé la victoria. Ahora vosotros todos conmigo.

—¡Señor! dijo un mayordomo á la puerta, el conde de la torre de los Leones.

—Que entre el conde.

Entró un caballero anciano.

—¿Qué ocurre, Per Alvar? le preguntó el rey.

—Señor, un heraldo de los enemigos me acompaña.

—Que entre ese heraldo: así por las armas de su dalmática sabremos quién es nuestro enemigo.

Harto sabia el rey que su enemigo no podia ser otro que el conde de Castilla, pero no le convenia decirlo.

Entró el heraldo, y el rey don Sancho le recibió de pié sin ceremonia, en medio de su cámara particular, rodeado de su alta servidumbre.

Entonces pudieron ver todos que el heraldo llevaba bordadas en oro sobre su cota de armas roja, el blason de Castilla.

—¿Quién os envia? preguntó el rey al heraldo, que habia doblado una rodilla en tierra y se habia descubierto.

—El conde de Castilla, señor, contestó el heraldo.

—¡Ah! ¿es por acaso el conde de Castilla el caudillo de esas gentes que, segun me han dicho, han cercado mi ciudad real?

—Sí, señor.

—¿Ha olvidado el conde de Castilla que es mi vasallo?

—Porque no lo ha olvidado, yo, que lo represento, estoy ante vuesa merced descubierto y arrodillado. Pero si negais la peticion que vengo á haceros, entonces os hablaré de pié y cubierto.

—¿Y qué pide el conde?

—Pide que se le entregue su esposa la alta y poderosa señora condesa de Castilla é infanta de Navarra doña Sancha Garcés.

—Id y decid á mi leal y buen vasallo el conde de Castilla que sentimos no poder acceder á su demanda, porque ninguna noticia tenemos de su esposa nuestra amada tia, á la que creíamos en Burgos.

—Mi señor os suplica de nuevo por mi boca que atendais su peticion.

—Os repito que nada sé de su esposa.

—¿Os afirmais en vuestra respuesta, señor?

—Y tanto como me afirmo, ¡vive Dios! ¿pensais acaso, señor heraldo, que no sé lo que me digo?

El heraldo se levantó y se cubrió.

—¿Cómo es esto? dijo el rey.

—Escuchad, señor rey de Leon, de Asturias y de Galicia: escuchad tambien vosotros, caballeros hidalgos y mesnaderos; escuchad todos los presentes lo que yo, he-

raldo de armas del conde soberano de Castilla, voy á declarar en nombre de mi señor, solemnemente como si de la boca de mi señor saliese.

—Escuchamos, dijo el rey.

—El conde de Castilla, usando del derecho de libertad que tiene todo vasallo cuando ha recibido una grave ofensa de su señor feudal, se declara libre del pleito-homenaje que habia hecho al rey de Leon: otro sí: habiéndose negado dicho señor rey á entregar al dicho señor conde mi amo, su esposa doña Sancha de Navarra, á quien tiene injustamente presa en su poder, el dicho conde mi señor se declara enemigo personal del rey de Leon, y le reta y desafía como traidor. En prenda y señal de lo cual yo arrojo en nombre de mi señor el conde de Castilla la manopla de su mano derecha al señor rey de Leon, y le desafío.

Y el heraldo, con una dignidad, una tiesura y una prosopopeya sin iguales, arrojó en medio de la cámara un pesado guantelete de hierro.

A una indicacion del rey recogió aquella prenda el conde de palacio, mientras el rey exclamaba colérico:

—Vive Dios, don traidorzuelo, que si no os mando ahorcar, ó al menos zurrar de firme hasta que se os cayera á pedazos la dalmática infame que vestís, es porque quiero que tengais fuerzas para decir á vuestro señor que al recoger su guante no recogemos su guante, sino su cabeza.

—Asi lo haré presente á mi señor, contestó sin apearse de su gravedad el heraldo.

—Idos, vive Dios, si no quereis que me arrepienta de mi indulgencia y os pese.

—Que os guarde Dios, señor, dijo mesuradamente el heraldo.

Y haciendo una reverencia al rey, salió.

—Ahora, dijo el rey, nosotros á las murallas, y veamos cómo sostiene ese jactancioso su desafío

---

CAPITULO XXV.

En que por fin y remate de esta maravillosa historia, el rey se ve obligado á soltar su presa y su señorío sobre Castilla.

Durante cuatro dias la ciudad se defendió de la manera más bizarra del mundo, y el rey, siempre en los lugares de mayor peligro, demostró que si era vano, indolente y sensual de contínuo, tambien sabia, cuando llegaba la ocasion, ser valiente.

Pero al quinto dia se vió que la defensa era ya de todo punto imposible. Los arietes habian aportillado los muros, las catapultas lanzaban sobre la ciudad enormes pedruscos, y las ballestas habian empezado á disparar enormes dardos inflamados.

Aquello era una equivalencia imperfecta de la bala rasa, de la bomba y de la camisa embreada que se usan en nuestros dias.

El rey estaba desesperado: á medida que sus murallas se desmoronaban, la firmeza de doña Sancha iba en aumen-

to: no comia más que huevos cocidos, y en cuanto el rey se presentaba, empuñaba el pomo horrible.

El rey, pues, no sabia qué hacer.

Pero vino á sacarle de su perplegidad un nuevo mensage del conde de Castilla.

Aquel mensage era muy lacónico.

O se le entregaba en el término perentorio de cuatro horas su esposa, ó entraba por asalto la ciudad y la entregaba al deguello, al saqueo y á las llamas.

En vista de tan tremenda amenaza, el rey, despues de haber buscado inútilmente un medio de defensa, sin meterse á pedir consejo á su consejo, porque el asunto de que se trataba era un tanto sucio, mandó llamar al capitan Velasco, y le dijo:

—Tomad una litera.

—La tomaré, señor.

—Meted en ella á la prisionera.

—La meteré, señor.

—Llevadla despues al campo enemigo, y entregadla en hora mala á ese conde infernal.

—No me dejarán salir de la ciudad, señor.

El rey escribió en un pergamino.

—Mediante esta órden, dijo, no solo os dejarán salir, sino que ni aun reconocerán lo que vá dentro de la litera.

El capitan guardó el pergamino.

—Pero no me dejarán entrar, señor, añadió.

—¿Y para qué os queremos aquí? ¡vive Dios! Idos, idos, y no volvais á parecer nunca en mi presencia, porque podrá suceder que me acuerde de que vos, dejando escapar por

torpeza al conde de Castilla, sois la causa del conflicto en que me veo, y no os vaya bien.

El capitan al oir estas palabras escapó murmurando:

—Hé aquí cómo se pagan en este tiempo los buenos servicios: capitan á los cincuenta años; no haber logrado siquiera llegar á conde, y salir al fin despedido como un perro.

. . . .

Aquella noche el capitan Velasco entregó su esposa al conde de Castilla, y le manifestó humildemente que por no haberle sabido guardar, habia sido desterrado de Leon.

Fernan-Gonzalez, contento por haber recobrado á su noble y hermosa doña Sancha, nombró al capitan Velasco conde de sus caballerizas y de sus perreras, esto es, le hizo gobernador de sus caballos y de sus perros.

Pretenderán nuestros lectores que les refiramos el júbilo de los dos esposos, la alegría de su ejército, las demas cosas que acontecieron á causa del rescate de doña Sancha.

Esto sería hacer una injuria á la penetracion de nuestros lectores, y nos abstenemos de ello.

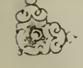
Algunas líneas más y concluimos.

Creyóse el rey don Sancho libre ya de enemigos y de disgustos con la entrega de su hermosa y formidable tia á su no menos formidable esposo. Pero se engañó. El ejército del conde amaneció al dia siguiente cercando la ciudad aunque sin hostilizarla.

—¿Pretenderá ese maldito conde, pensó el rey, en negarme la entrega de su esposa por lo mismo que esa entrega




El capitan Velasco entregó su esposa al conde de Castilla.




ha sido secreta? Yo debia haberle exigido un recibo, ó por lo menos, no haber desterrado al capitan Velasco, que podia haber atestiguado en último caso. Pero está visto, el amor de mi tia me ha trastornado de tal manera el seso, que desde hace un año hago todas las cosas al revés. ¿Y qué querrá ahora el conde?

No tardó mucho en saberse lo que queria el conde Fernan-Gonzalez.

Presentóse de nuevo el heraldo castellano, que habia venido á convertirse para el rey en un objeto de horror, y demandó el precio de la famosa venta del azor y el caballo con arreglo al contrato firmado por el rey, y cuya copia llevaba.

Entonces el rey reunió su consejo.

Hablóse mucho; discutióse mucho; el tesorero del rey halló ajustando la cuenta que habian pasado once meses desde aquella venta; que durante aquellos once meses, por la cláusula de la venta, que determinaba que no pagándose el precio en el plazo estipulado, doblase por cada un dia, y así sucesivamente, contándose además para doblarse la cantidad doblada, y que por lo tanto no habia dinero en el mundo para pagar el azor y el caballo, pudiendo comprarse con aquel valor usurario todos los azores y todos los caballos habidos y por haber desde antes del diluvio y despues del diluvio hasta la fin del mundo.

Leyóse y releyóse el contrato en busca de una frase ambigua, de una anfibología, de una sutileza; pero todo estaba claro, terminante, preciso.

El rey se vió precisado á declararse en quiebra.

El conde, menos manso que los acreedores de hoy, rehusó avenirse con un tanto por ciento, y amenazó de nuevo.

El rey pidió un plazo.

El conde le señaló de media hora.

El rey escribió de su propio puño al conde, llamándole su querido primo, y suplicándole que vista la imposibilidad de satisfacerle aquel monstruoso y nunca oido precio, arbitrase él mismo un medio honroso.

El conde contestó de su propio puño tambien lo siguiente:

«El único precio posible del azor y del caballo es *la independencia del condado de Castilla del feudo y tributo que paga al rey de Leon, de Asturias y de Galicia, y de otro cualquier derecho que pudiera alegarse por dicho señor rey sobre Castilla.*»

El rey sintió el golpe, pero le resistió con ánimo sereno. el consejo, cansado de tener miedo, aconsejó que aquel era un buen medio de avenencia. El rey por lo tanto mandó á su secretario que estendiese sobre un pergamino un largo fárrago, en que se declaraba lo que el conde queria que se declarase. Colgóse del pergamino el sello de plomo del rey pendiente de hilos de seda; firmó don Sancho, firmaron confirmando los magnates, prelados y demas gente importante de la corte, refrendó el secretario, y el pergamino fué enviado en una bandeja de oro cubierta con un paño de brocado al conde de Castilla.

Al dia siguiente el ejército sitiador habia desaparecido y todos estaban alegres.

Solo el rey murmuraba encerrado en su cámara:

—He perdido la mujer que amaba y mi señorío sobre

Castilla: ya no podré llamar más al conde á mis córtes como tributario, y me será imposible prenderle.

Entre tanto el conde, cabalgando hácia Castilla al frente de su ejército victorioso, al lado de doña Sancha, la decia lleno de amor y de orgullo:

—Te debo mi felicidad como hombre, y mi independencia como príncipe.

EPÍLOGO.

Pocas palabras tenemos que escribir para llenar esta parte, indispensable en toda novela moderna: los lectores, como es natural, quieren saber hasta el fin, hasta el último extremo posible, lo que ha sido de los personages, y nosotros, que comprendemos ese deseo, vamos á complacerlos.

La infanta doña Sancha de Navarra, hija del famoso rey don Sancho Abarca, hermana del tremendo rey don Garci-Sanchez, y tia del desdichado en amores don Sancho *el Gordo*, rey de Leon, fué tan feliz al convertirse en condesa soberana de Castilla, por su casamiento con el conde Fernan-Gonzalez, como debia serlo una mujer cuyo amor hácia su marido habia acrecido con las dificultades, las aventuras y los peligros de todo género por que habia pasado hasta conseguir ser su esposa: en cuanto al conde, con un candil que la hubiera buscado, no hubiera podido encontrar mujer más á propósito para su carácter é inclinaciones; entrambos cada cual por su parte contribuyeron al engrandecimiento de Castilla, vivieron largos años, queridos y respetados de

propios y extraños, y bajaron á la tumba honrados por las lágrimas de sus vasallos, dejando su corona á su hijo el valiente Garci-Hernandez, digno sucesor del gran capitan de su tiempo.

Kaid y Athaïs, ó como queramos, el señor Juan de la Croix y doña María de Reulx, fueron tan dichosos como debia suponerse de su amor satisfecho al fin, y de la alta dignidad que ocupaban en la corte del conde de Castilla. Murieron algo más tarde que éste dejando una valiente y numerosa sucesion masculina, de la cual descienden muchas casas nobles de España.

Ayelah tuvo que apelar á la filosofía, á ese último recurso de los desesperados, para consolarse de no haber logrado sus amores con Fernan-Gonzalez; y aun es fama que tal arte supo darse su marido el conde don Vela, que al fin y al cabo Ayelah, olvidada del conde de Castilla, le amó, y como prueba de su amor le dió dos hijos, muy conocidos por cierto en la historia, bajo el nombre de los hijos del conde don Vela. Sus padres murieron á tiempo para no ver el desastroso fin de estos dos desgraciados, á quienes el rey don Sancho el mayor quemó vivos en auto público en Nájera, castigando en ellos el asesinato que cometieron siendo ya viejos, en el conde de Castilla don García, biznieto de Fernan-Gonzalez, á quien asesinaron á las puertas de la catedral de Leon, cuando estaba en la flor de sus años.

Alida, á quien solo las desgracias habian puesto fea, volvió á su hermosura, y dicen antiguos pergaminos que fué tan ejemplar su vida en el monasterio de Oña, que

andando el tiempo la eligieron y murió en olor de santidad.

Teresa y Wamdihavé, honrados por el rey de Leon, vivieron muchos años verdaderamente dichosos gozando el fruto de lós crímenes de Daruh y de Zuanko, y dejáron á la nobleza de Leon una numerosa descendencia.

La reina doña Teresa hubo de desistir de vengar á su padre el rey don Sancho Abarca, y murió en olor de santidad en la abadía de San Salvador de Leon, dejando al fin en paz al arcipreste Pero Sanchez, á quien estuvo mortificando durante doce años.

El rey don Sancho jamás olvidó la hermosura de su tia la condesa de Castilla, y para que en todo fuese desgraciado, murió algunos años despues envenenado por un vasallo traidor.

En cuanto al capitan Velasco, conde de los perros y de los caballos de Fernan-Gonzalez, llegó á tomar cariño á su oficio, y murió á los ochenta años rodeado de lebreles.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTA NOVELA.

LIBRO PRIMERO.

EL AZOR Y EL CABALLO.

		PÁG.
CAP. I.	*En que se trata de amores y venganzas, y se presentan misterios que se explicarán más adelante.*	3
—II.	*En que se trata de lo que trataron un rey que fué gordo y un arcipreste que fué flaco.*	17
—III.	*De cómo el rey don Sancho siguiendo á su madre tuvo un mal encuentro, y de la manera como salió de él.*	34
—IV.	*De cómo acontecieron al rey nuevas y no menos extrañas aventuras.*	41
—V.	*La magia blanca y la magia negra.*	55
—VI.	*Lo que era la magia de Ayelah.—El amor de Atar.*	75
—VII.	*En el que el rey dá un golpe en vago, y no sabe cómo remediarlo.*	82
—VIII.	*En que se demuestra que el conde don Vela, á pesar de sus traiciones, ganó con ser preso y presentado al rey.*	93
—IX.	*De lo que pasaba entre tanto en la abadía de monjas de San Salvador de Leon.*	103
—X.	*De lo que aconteció en una venta cerca de Leon.*	118
—XI.	*El castillo de la Hechicera.*	127
—XII.	*El aduar de los egipcios.*	134
—XIII.	*En que se trata de una montería, y de los sucesos y ex-*	

PÁG.

traños incidentes que en ella tuvieron lugar. 152
CAP. XIV. *La Cruz roja.* 161
—XV. *Las traiciones amorosas del rey don Sancho.* . . . 173
—XVI. *Que no es otra cosa que la continuacion del anterior.* 182

LIBRO SEGUNDO.

LOS AMORES DEL CONDE.

CAP. I. *En que se demuestra, tomando por ejemplo al rey don Sancho que es más fácil cambiar de figura que de carácter.* 187
—II. *En el que se trata de doña Sancha de Navarra particularmente, y por incidencia de otros curiosos asuntos.* 202
—III. *De cómo no es prudente entregar la guarda de un castillo á un hombre enamorado.* . . . . , . . . 218
—IV. *De qué manera iban enredándose algunos personages en la trama de una intriga, del mismo modo que las moscas en una tela de araña.* 231
—V. *De cómo se apoderó Ayelah del castillo de la Hechicera.* 257
—VI. *Historia de unos amores del conde de Castilla Fernan-Gonzalez..* 252
—VII. *De cómo el rey tuvo ocasion para creer que Dios se mezclaba en sus asuntos.* 271
—VIII. *Prosecucion del antecedente.* 280
—IX. *De la conspiracion que se fraguó contra Wamdihavé.* 293
—X. *De lo que aconteció á seguida en la tienda de Fernan-Gonzalez..* 299
—XI. *La insurreccion contra el gran duque.—La justicia de los egipcios.* 316
—XII. *En que siguen las desventuradas aventuras de doña Sancha de Navarra.* 339
—XIII. *De cómo no todo el que parece muerto es muerto.* . . 350
—XIV. *De cómo un terrible auxiliar vino á sacar de su prision*

al conde Gonzalo Diaz y al arcipreste Pero Sanchez. 364
CAP. XV. *En que el autor, siguiendo las huellas de doña Sancha, se ve obligado á seguir al aduar egipcio.* 383
—XVI. *La batalla.—Nuevas aventuras y nuevos trabajos de doña Sancha.* , ... 403
—XVII. *Los espíritus de la montaña.* 411
—XIX. *En que se sabe de cierto quiénes eran los espíritus de la montaña.* . . . . , ... 432
—XVIII. *De cómo el rey don Sancho conoció que se habia aperreado en vano persiguiendo á los egipcios.* 462

LIBRO TERCERO.

LA INDEPENDENCIA DE CASTILLA.

CAP. I. *En que se tratan muchas y diferentes materias que vienen á cuento á nuestra historia.* 476
—II. *En que se ve que el amor cuanta más resistencia encuentra más tenaz se hace.* 500
—III. *De cómo vale más la astucia que la fuerza.* 510
—IV. *De cómo puede una mujer ocultar durante mucho tiempo su odio y su sed de venganza.* 526
—V. *De la mala manera con que correspondian á la confianza de Daruh Zuanko y Teresa.* 562
—VI. *De cómo un envenenamiento pudo producir una comedia, un melodrama y una tragedia.* 568
—VII. *De qué manera puede una mujer reir por dentro y llorar por fuera.* 584
—VIII. *De lo que aconteció en el alcázar de Leon entre el rey don Sancho, la infanta doña Sancha y la reina viuda doña Teresa.* 591
—IX. *En que se demuestra que nada puede el hombre contra los decretos de la Providencia.* 599

CAP. X. *Las pesquisas de Kaid.—La desesperacion del conde.—Otros acontecimientos notables.* 607
—XI. *De cómo salió Kaid con su empresa.* 632
—XII. *Continúan los maravillosos acontecimientos de este libro.* 641
—XIII. *De cómo se transformaron para casarse Kaid y Athais.* 647
—XIV. *De cómo mal escarmentado el conde de Castilla, volvió á ponerse de nuevo en peligro.* 653
—XV. *En que da nuevas pruebas de valor doña Sancha de Navarra..* 665
—XVI. *De cómo Kaid se encontró en una boda y sacó partido en ella para hacer nuevos servicios al conde de Castilla.* 670
—XVII. *De cómo es muy expuesto fiar en los amigos de un dia.* 684
—XVIII. *De cómo no habian acabado los compromisos y sobresaltos para el arcipreste Pero Sanchez.* 695
—XIX. *En que el rey don Sancho hace una de las suyas.* . . 699
—XX. *De cómo la mujer más pura transige un tanto si ve amenazada la vida del hombre que ama.* 705
—XXI. *De cómo el capitan Velasco tuvo motivos para arrepentirse de haber estrechado de una manera tan espontánea con Kaid.* 712
—XXII. *De cómo Fernan-Gonzalez encontró cuando menos l esperaba su ejército.* 718
—XXIII. *De cómo el rey acabó de convencerse de que sus amores con doña Sancha eran casi imposible.* 724
—XXIV. *De cómo por permision de Dios, que castiga los vicios, las cosas fueron para el rey don Sancho de mal á pecr.* 730
—XXV. *En que por fin y remate de esta maravillosa historia, el rey se ve obligado á soltar su presa y su señorío sobre Castilla.* 736
EPÍLOGO.. 742

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

PÁGS.

PORTADA.

—¿Y podremos ver desde aquí?. 15

—¡Sancha! ¡Mi adorada Sancha! 106

Prision del conde de Castilla y de doña Sancha.. . 185

Entrégate, conde, esclamó roncamente el que parecia jefe de los bandidos. 228

Tan extraño personaje salvó á doña Sancha. . . . 291

Zinzam, con la agilidad de un gato montés, trepó á la encina y cortó con su puñal la cuerda. . . . 351

—¡Ah! gracias á Dios que te encuentro, hija mia. . 420

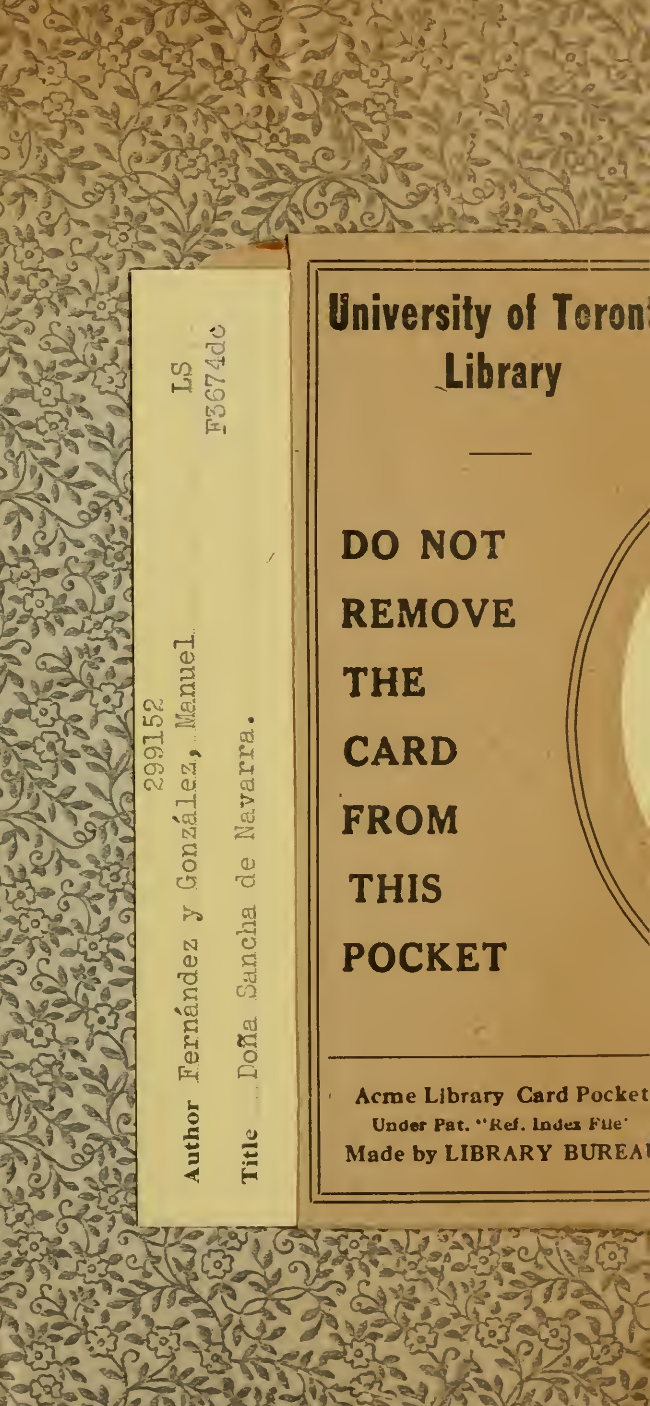
—Tengamos confianza en Dios, Wamdihavé.. . . 558

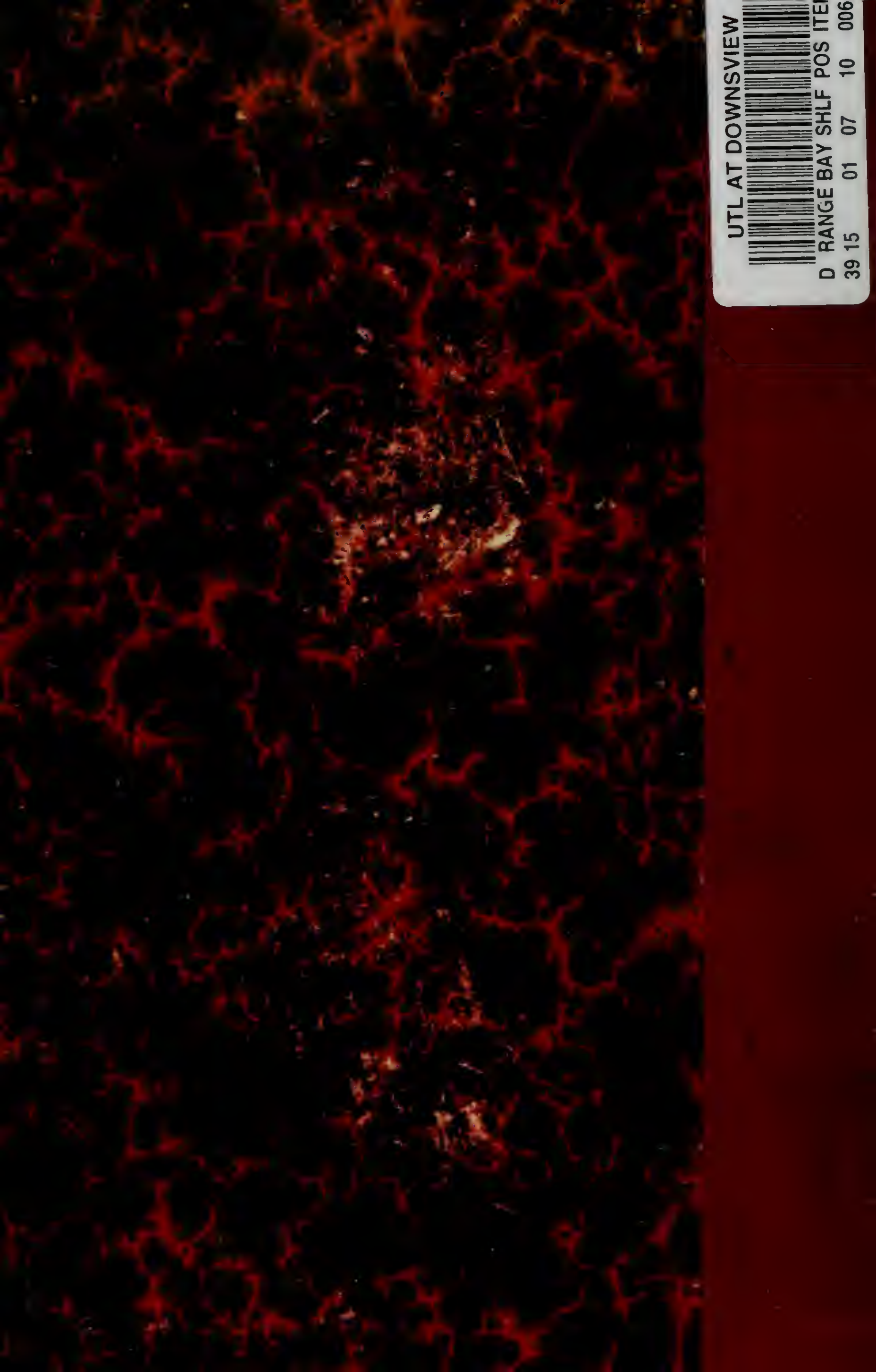
Trabóse un combate reñido espada contra espada. . 622

Kaid se puso de un salto junto á Pero Sanchez, y le mostró á dos dedos de los ojos una reluciente daga. 660

El capitan Velasco entregó su esposa al conde de Castilla. . . , ... 738




LS
F3674dc
299152
Author Fernández y González, Manuel
Title Doña Sancha de Navarra.
University of Toront
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREA


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITE
39 15 01 07 10 006